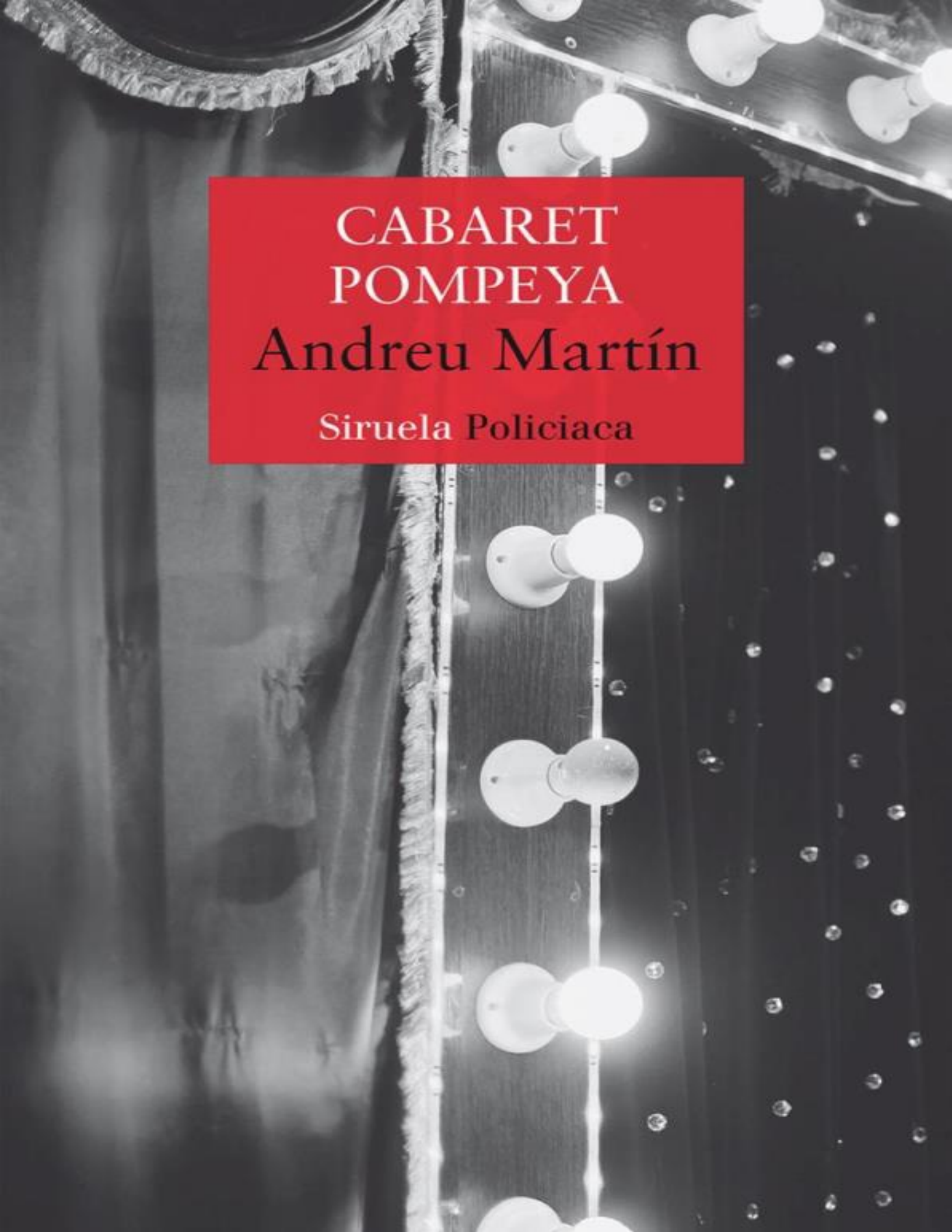
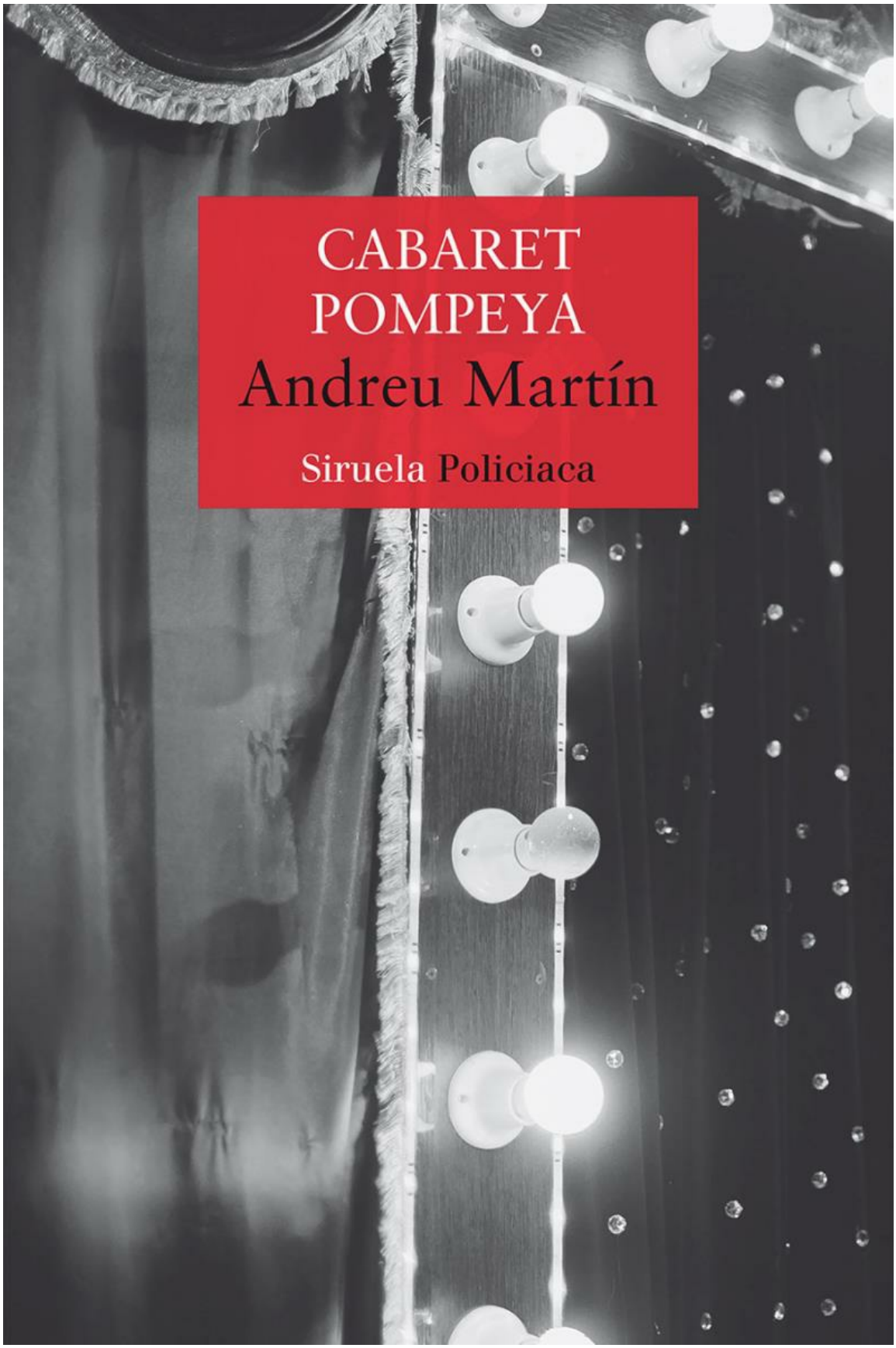
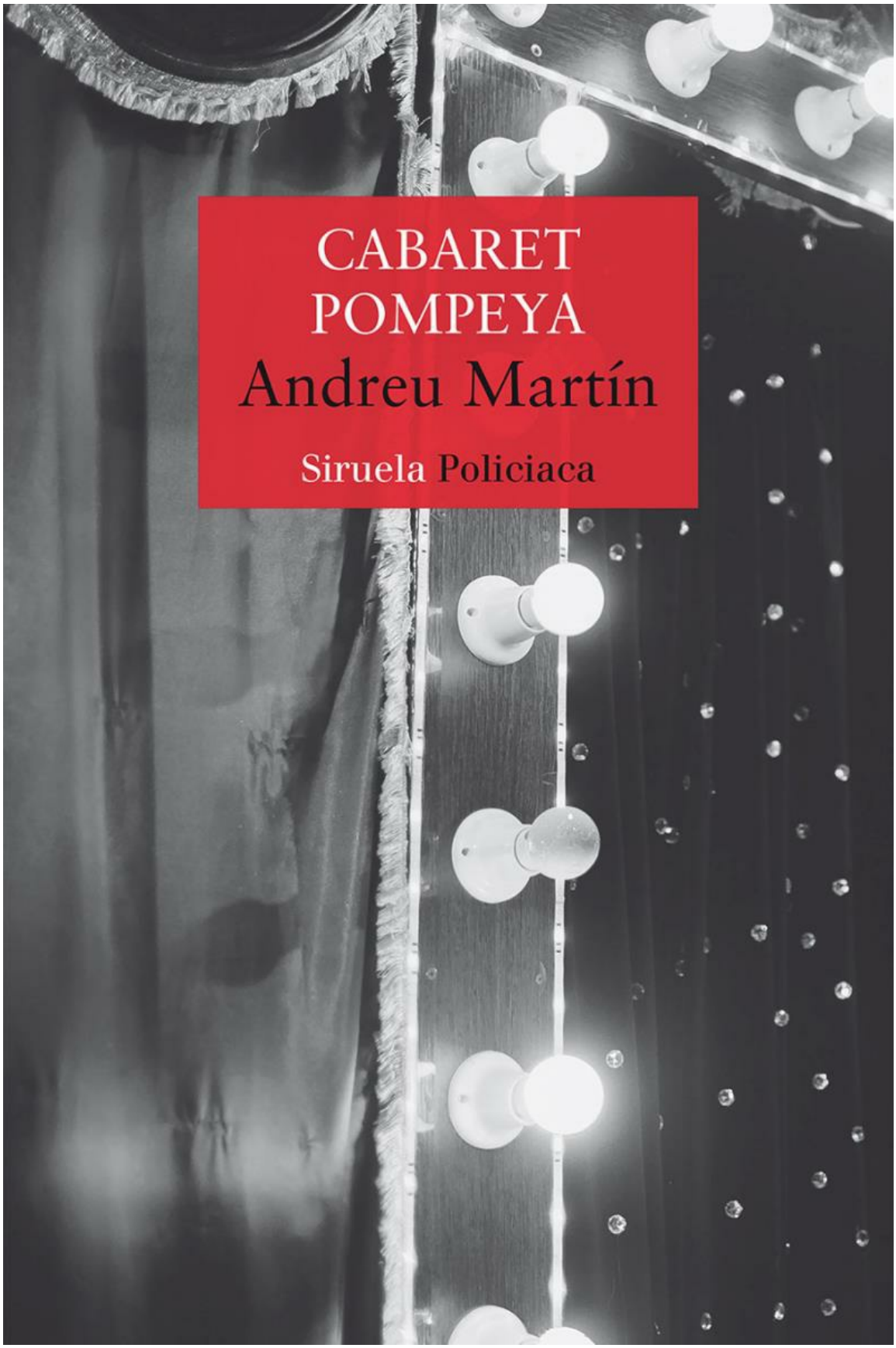

CABARET
POMPEYA
Andreu Martín
Siruela Policiaca


CABARET
POMPEYA
Andreu Martín
Siruela Policiaca


CABARET
POMPEYA
Andreu Martín
Siruela Policiaca

Andreu Martín

CABARET POMPEYA

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: junio de 2023

Título original: Cabaret Pompeya

En cubierta: © Vershinin / iStock (Getty Images)

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Andreu Martín, 2011, 2023

Licencia otorgada por Edicions 62, S. L. U.

Peu de la Creu, 4, 08001, Barcelona

correu@grup62.com www.grup62.com

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19744-74-6

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

PRIMERA PARTE El Pompeya del Paralelo

SEGUNDA PARTE El hombre de la gabardina gris

TERCERA PARTE Carmen

CUARTA PARTE Desbarajuste

QUINTA PARTE Heridas abiertas

SEXTA PARTE La guerra interminable

Agradecimientos

PRIMERA PARTE

El Pompeya del Paralelo

1

Era un domingo por la noche. Mediados del mes de noviembre de 1975.

Habíamos visto el partido de la selección española de fútbol de Kubala contra la selección de Rumanía, en Bucarest, por la Eurocopa. Habían empatado a dos. Preludio de una tarde interminable y vacía. Yo me retiré a mi cuarto para mirar el techo, compadecerme de mí mismo, suspirar y dejarme llevar por el sueño, y mis padres, después de la siesta más o menos voluntaria, se fueron a dar un paseo por el centro, tal vez para tomar una horchata en La Valenciana o una merendola en la calle Petritxol.

A su regreso, me pillaron bebiendo mi tercera cerveza y contemplando sin interés una película titulada Tráeme a Christy Love y, desde las nueve, estábamos soportando El torero, su soledad y destino, a la espera de las noticias de las diez.

Solo había una cadena de televisión, en blanco y negro, y la recuerdo borrosa, nevada por la caspa.

Mi madre, con aquellos movimientos lentos y cansados, lastrados por el sobrepeso, había estado haciendo la cena tan concentrada como si cada ingrediente fuera un explosivo de gran capacidad destructiva. Callada, ausente, siempre un poco triste. Ya hacía tiempo que no le preguntábamos: «¿No te encuentras bien, te pasa algo?». Ya nos habíamos acostumbrado. En lugar de eso, a veces, le decíamos: «¿Dónde estás ahora?», y suspiraba: «En el pasado, en otros tiempos, otros mundos». La nostalgia de quien empieza a tomar conciencia de que esto se acaba y de que la experiencia atesorada solo son recuerdos, tan inconsistentes e inestables como el humo.

Ahora traía la sopera, las sardinas, la tortilla de alcachofas. Mi padre y yo poníamos la mesa. La jarra del agua, el pan, los cubiertos, los platos, las servilletas. Él siempre dinámico e infatigable. Era increíble cómo se conservaba a su edad. La gente le calculaba poco más de sesenta, quizá los setenta como mucho, pero nunca podían imaginar que ya tuviera setenta y cinco. Cada día daba una larga caminata por la ciudad, y estaba seguro de que era eso lo que le alargaba la vida. «Mientras tenga fuerza en las piernas, todo irá bien», decía.

Sacó del frigorífico el champán que había descorchado a mediodía e inició el debate sobre la ineficacia de meter el mango de una cucharilla de café en la boca de la botella para evitar que se pierda el gas (él, en catalán, decía que s’esbravi).

—Esto no sirve para nada —era la opinión de mi padre.

—Pues en casa lo hemos hecho así toda la vida —defendía mi madre.

—Tendré que abrir otra.

—Sí, hombre. A ver si ahora cada domingo te vas a beber dos botellas de champán.

—Cada domingo, no. Solo mientras dure la agonía de Su Excelencia el Jefe del Estado.

—Vamos, anda.

—Solo con un poco de champán entre pecho y espalda puedo soportar que me hablen de las heces en forma de melena —mi padre estaba obsesionado con las heces en forma de melena desde que las había mencionado el equipo médico habitual el último día de octubre, «se han apreciado heces hemorrágicas en forma de melena»—. ¿Cómo serán las heces en forma de melena? Desde que lo dijeron, cada vez que voy al váter, miro cómo son mis heces, y no me parece que sean en forma de melena. Claro que vete tú a saber.

Desde el 12 de octubre, Francisco Franco, el Generalísimo, se estaba muriendo. Y cada noche, cuando iban a dar el telediario, mi padre nos hacía callar para escuchar atentamente los partes del equipo médico habitual.

«Las casas Civil y Militar comunican que la evolución de la enfermedad de S. E. el Jefe del Estado, hospitalizado en la Ciudad Sanitaria de La Paz es la siguiente:

»El curso postoperatorio continúa con constantes de presiones arterial, venosa, ritmo y frecuencia de pulso dentro de límites aceptables.

»La situación pulmonar permanece estable. Sigue con respiración asistida, según las técnicas habituales de reanimación postoperatoria. La sesión de hemodiálisis se realizó con buena tolerancia y eficacia. El pronóstico sigue siendo gravísimo.

»Firmado: El equipo médico habitual».

Y mi padre bebía el champán a sorbitos y se fumaba un puro habano, y mi madre lo reñía, porque el médico le había prohibido rotundamente tanto el alcohol como el tabaco.

—Son días muy especiales.

—Pues espérate al día en que se muera, que aún será más especial.

Yo lo miraba con antipatía.

No estábamos en buenas relaciones. Nunca lo habíamos estado, desde la época de mi rebeldía adolescente. Cuando me casé y escapé de casa, tuve una perversa sensación de liberación. Por fin, rompí las rejas que me encerraban y asfixiaban y descubrí el mundo real donde gente de verdad follaba y bebía, y se colocaba con todo, y se casaba de cualquier manera, y cometía adulterio, y se divorciaba, y lloraba por rincones solitarios y se daba de cabeza contra la pared hasta hacerse sangre, y se liaba con una de las jefas de la editorial donde trabajaba y, por fin, un día catastrófico, se peleaba con la amante-jefa, jefa-amante, llegaban a las manos, y abandonaba su puesto de trabajo para no tener que verla nunca más, y tenía que regresar, a mis treinta y un años, a casa de papá y mamá, con el rabo entre las piernas, derrotado, fracasado y humillado, para comprobar que papá y mamá, a sus setenta y pico, aún follaban como niñatos. Era yo quien me despreciaba, ahora ya lo sé, era yo quien me sentía inútil, patético e impotente, pero entonces creía que eran los otros quienes pensaban eso de mí. Mi ex primera, y la amante-jefa-cargo-

importante de la editorial, y mis amigos, pero sobre todo mis padres, sobre todo mis padres, yo estaba seguro de que me despreciaban. Y esa sensación no me ayudaba precisamente a reconciliarme con el mundo. Como es natural, en justa reciprocidad, yo también los despreciaba a todos.

A mi padre, pequeño, delgado, manso y siempre sonriente y amigo de todo el mundo. Y a mi madre gruesa, hinchada por suspiros derrotistas, con papada de tanto agachar la cabeza, piernas pesadas sobrecargadas por la resignación. Formaban la típica pareja de tebeo, él entrando en casa de madrugada, borracho, con los zapatos en la mano y de puntillas, y ella esperándolo con rulos y bata de boatiné, detrás de la puerta, con el rodillo de amasar en la mano. Una familia de puto chiste.

—¿A qué viene tanta celebración —le solté aquella noche, porque me había bebido unas cuantas cervezas y ahora me ayudaba con el champán—, si a ti Franco nunca te hizo nada, si siempre te la ha traído floja?

Se puso muy serio y me clavó una mirada furiosa como una bofetada.

—¿Que nunca me hizo nada? Pero ¿qué dices?

Supongo que aquella noche los dos habíamos bebido de más. Mi madre acababa de servir la sopa y suspiró ruidosamente.

—Bueno, vamos a cenar, que esto frío no vale nada.

—Más de una vez te he oído decir —insistí— que, antes de la guerra, esto era un caos de tiros y asesinatos y terrorismo y que alguien tenía que acabar con eso. Y que fue Franco quien puso orden.

—Antes de la guerra —reivindicó—, vivíamos muy bien. Había cultura y libertad. Libertad de pensamiento, palabra y obra.

—Tú lo recuerdas así porque eras joven —intervino mi madre escéptica.

Y él levantaba la voz, como si se indignara:

—Vivíamos en el país que permitió que surgieran artistas de fama mundial, como Picasso, Dalí, Buñuel, Pau Casals, un país en que todos podíamos pensar, opinar y decir lo que queríamos.

—Había de todo —iba diciendo mi madre como acompañamiento de fondo—. También había tiros y bombas.

—… Antes de la guerra, este era un país idealista, utópico, generoso, donde se luchaba para que los hombres, algún día, fueran todos iguales, y para que desapareciera la miseria, la explotación y la esclavitud.

—Había de todo.

—… Y había desórdenes, y pistolas y anarquismo, también, sí, y alguien tenía que acabar con los tiroteos y las bombas, sí, y llegaron los señores del puñetazo en la mesa y dijeron: Basta ya. Y entonces nos aplastaron a todos, a todo el mundo, a todos los españoles. Y no se limitaron a apagar el fuego y volverse al cuartelillo. Apagaron el fuego y apagaron el fuego y apagaron el fuego y apagaron el fuego, y cuando ya no hubo fuego trituraron a los incendiarios y luego a las víctimas y luego a los que pasaban por ahí. Aplastaron las tertulias de intelectuales que se reunían en los cafés, aniquilaron la poca ilustración que había en este país, el respeto por la cultura. No acabaron con la anarquía: acabaron con Picasso, con Lorca, con Buñuel…

Se estaba congestionando mucho. Hasta mi madre se volvió hacia él alarmada. Tan poca cosa como era, huesudo, arrugado como una pasa, tanta energía parecía que tenía que romperlo en pedazos. Un infarto, una embolia, lo vi al borde de la muerte. O de la locura.

—… Jodieron a toda España. Jodieron a todos los españoles, a todos.

En ese momento, tuve que haber entendido que hablaba de personas muy concretas, íntimamente relacionadas con él. Hablaba de heridas que no se habían cerrado todavía, que no se cerrarían jamás. Y yo estaba hurgando en esas heridas. A veces somos crueles y no podemos dejar de serlo aunque nos demos cuenta de ello.

—A ti poco te jodieron —me atreví todavía—. Tú estabas por ahí, en Grecia, Italia, Turquía, qué sé yo dónde.

Mi madre me disparó un dardo de recriminación.

—Jordi —avisó.

—Es verdad —insistí—. Tú poco sufriste a Franco.

—Jordi —repitió la matriarca conciliadora—. Tu padre estaba trabajando para alimentarnos a ti y a mí.

Mi padre me miraba irritado. Hacía rato que yo movía la cabeza con lástima insultante.

—Franco nos jodió a todos —insistió, bajando la voz—. A los que protestaron y a los que callaron, y a los que se fueron a Sudamérica, y a los que se escondieron en un sótano, y a los que murieron y a los que sobrevivimos. A todos. Incluso a los franquistas de toda la vida, que ahora lo llorarán y se rasgarán las vestiduras. A ellos también los jodió, aunque parezca que no.

Mi madre callaba y trataba de evadirse con la vida de los toreros en la tele gris. Yo encendí un cigarrillo. Fumaba y sorbía la sopa al mismo tiempo.

—Entonces, qué —continuó mi padre, provocador y belicoso—. ¿No lo celebro? ¿Hago como si nada?

—Yo solo digo —replicaba mi madre, siempre fija en el televisor— que no tendrías que beber alcohol ni fumar. Eso es lo único que yo digo. ¿Qué pasa? ¿Que te quieres ir con Franco? ¿Os enterramos a los dos juntitos?

En ese momento, llamaron a la puerta.

Era Víctor Luys.

2

Fue a abrir mi padre. Porque estaba exacerbado y el sonido del timbre disparó todos los resortes de su cuerpo y lo proyectó fuera de la silla y del comedor con tanto ímpetu como si pensara partirle la cara al intruso que acababa de interrumpir su mitin. ¿Quién será a semejantes horas? Un vecino. A ver qué pasa.

El sonido de la puerta al abrirse fue seguido de un silencio tan denso que mi madre y yo, después de un instante de inquietud, nos dirigimos también al recibidor con la seguridad de que nos íbamos a encontrar con algo muy grave.

—¡Víctor!

El grito nos pilló por el pasillo y aceleró nuestros pasos.

Mi padre se encontraba ante un hombretón de tórax enorme, una gran mata de pelo blanco, gafas de gruesos cristales y nariz prominente, ganchuda y soberbia. Vestía con modestia, una camisa de cuadros, pantalones de trabajo anchos, bastos y manchados, y una cazadora de piel de carnero, con las solapas recubiertas de espeso pelo amarillento. Contemplaba con plácida ternura a mi padre, que estaba plantado ante él, le daba cachetes y decía: «Victorino, Victorino, la madre de Dios, me cago en la madre que te parió». Me fijé especialmente en los ojos del recién llegado. Pequeños, de mirada serena y firme, brillaban con lágrimas trémulas. Movía la cabeza afligido como un niño pillado en falta, había puesto sus manazas sobre los hombros de mi padre, y solo atinaba a insertar palabras sueltas en su verborrea arrolladora. Le oí decir: «Lo siento. No pude. Necesitaba otra vida».

—La Virgen, Victorino —decía mi padre—, estás vivo, si yo ya sabía que estabas vivo, cuando me lo dijo Miguel no me lo creí, por la manera como me lo dijo no me lo pude creer. Figúrate, si todos habíamos pasado por muertos. A mí me disteis por muerto en el frente del Ebro; a Miguel creímos que le habían aplicado la ley de fugas, ¿te acuerdas? Ahora te tocaba a ti. Le dije a Miguel: «¿Dónde ha muerto? ¿Cómo? Quiero ver el cuerpo», le dije. Y él: «Imposible». Digo: «No me lo creo, si no lo veo, no lo creo». Y aquí estás, la madre de Dios. Suerte que no sufro del corazón, cabrito, porque, si no, me matas, apareces aquí de pronto y me matas, cabrón… Siempre pensé que saldrías en el 69, ¿te acuerdas?, cuando prescribieron las responsabilidades políticas y los topos salían de sus escondites, ¿os acordáis?, todos aquellos que estuvieron escondidos en sótanos y cuevas durante treinta años y, de pronto, salieron a la luz. Entonces, pensé que saldrías tú y, cuando vi que no salías, me dije: «¡Malo!», en ese momento dudé. Pero aquí estás, que yo sabía que estabas vivo…

Se abrazaron. Uno tan grandote e imponente, el otro tan esmirriado, «Victorino, la madre que te parió», con la voz estrangulada por el llanto.

—¿Te acuerdas? La última vez que nos vimos fue en Ca l'Agustí, en la calle Bergara.

Mi madre también se había quedado de piedra al ver a aquel hombre. Se hizo oír entre las exclamaciones incongruentes de mi padre:

—¿Víctor? ¿Eres Víctor Luys?

Mi padre se volvió hacia ella, hacia nosotros. Entonces vi los lagrimones que caían por sus mejillas hundidas y mal afeitadas:

—¡Es Víctor! ¿Recuerdas que siempre te dije que estaba vivo? ¡Siempre dije que estaba vivo! Por la manera como me lo dijo Miguel. No le creí. Le dije: «No me lo creo, Víctor no está muerto».

El visitante se dirigió a mi madre contemplándola con franca veneración.

—Montse —dijo—. Qué ojos y qué boca. Eso no cambia, ¿eh? Siempre tan hermosa. Siempre mucha mujer —se soltó de mi padre, lo dejó atrás y, con gran delicadeza, como para no estropear nada, besó las mejillas de mi madre al tiempo que murmuraba en un catalán muy catalán—: Tranquila, Montse, que hoy ya no traigo pistola. Se acabaron las pistolas. Ya no tenemos edad.

Ella me miró de reojo, con aquella expresión tan suya de que no lo oiga el chico, y eso desvió la atención de Víctor Luys hacia mí. Me tendió la mano y, de la misma forma que, cuando había atendido a mi padre, no había nadie más en el recibidor y, cuando besó a mi madre, ella era la única protagonista en su vida, al acercarse a mí me sentí valorado, acogido, animado, vivo. El apretón fue calloso, de hierro, lleno de promesas y lealtad.

—Y tú eres el chaval. Coño, el chaval. Todo un hombre. ¿Qué edad tienes ahora?

—Treinta y uno.

—Òstima, treinta años. Cuando te conocí, acababas de nacer. Tenías meses. Eras un renacuajo —dijo—. Te vi antes yo que tu padre. Òstima, òstima. ¿Cómo te llamas?

—Jordi. I ja pots parlar català, que en aquesta casa parlem català.

—Imposible —se rió él. Dio un paso atrás para abarcar a los tres a la vez con la mirada y el gesto y, como mi padre quedaba incluido en el ámbito de su auditorio, continuó hablando en su castellano acatalanado—. Yo a tu padre lo conocí hablando en español. Qué digo español. En argentino. En auténtico lunfardo —parodiaba—: Este, vihte, que sos un sofica siempre con el camandulaje, che… —era una caricatura espantosa, pero él se reía de sí mismo y volvía a pasar su brazo por encima de los hombros de mi padre, que había cerrado la puerta, y le daba un achuchón cómplice—: ¿Te acuerdas? Le llamábamos el Fueye, ¿te acuerdas? El Fueye.

Replicaba mi padre:

—Y tú Victorino.

—Los Tres del Pompeya —remataba el otro, orgulloso de su pasado.

Siguió un parpadeo simultáneo, significativo y doloroso. Yo me pregunté quién sería el tercero del Pompeya. Avanzábamos hacia el comedor.

—Bueno, ¿cuál es el último? —preguntó.

—¿El último?

—Coño, el último chiste.

—Huy —hizo mi padre, como avergonzado.

Víctor lo observaba con un brillo expectante en los ojillos y un anuncio de risa en la boca fruncida. Mi padre se animó:

—Dice que era un hombre tan pequeño, tan pequeño, tan pequeño que no le cabía la menor duda.

Víctor estalló en una carcajada espléndida, un premio exagerado para un chiste tan viejo, pero tan generosa, limpia, espontánea y llena de vida que mi madre y yo permitimos que se nos contagiara, aunque me conste que, hasta aquel momento, nos habíamos estado resistiendo a la alegría.

—Tendremos que abrir una botella de champán, que esto hay que celebrarlo —dijo mi padre mientras nos sentábamos alrededor de la mesa—. Montse: saca otra botella de champán, que esta está esbravada. ¿Has cenado?

—Bueno, me he tomado un bocadillo en el bar de abajo. No sabía si subir a estas horas. He visto que la portería estaba abierta y me he dicho: «Qué coño». Pero vosotros cenad, cenad.

—Qué joder. Íbamos por el primer plato y tú también comerás un poco. Ah, a las diez, dentro de un momento, van a dar el parte del equipo médico habitual. A ver si hoy hablan de las cacas en forma de melena… ¿Pero dónde coño te habías metido?

—En un pueblo de la sierra del Cadí, cerca de Andorra —respondió el visitante—. Tengo una casa, un terreno, cuatro vacas, cuatro ovejas, gallinas, conejos, una mujer, dos hijos… ¿Sabes quién se vino a vivir conmigo? Xavi, el hijo de Teresa.

Evocaciones de este tipo conseguían llenar de lágrimas los ojos otra vez. A mi padre se le curvaba la boca de ternura:

—Xavi… Javierito.

—Al final, lo encontré. Lo estuve buscando, lo localicé y, en fin, una vida nueva —resumía Víctor—. Ya te contaré.

—No te imagino de payés.

—Bah, no es difícil. Se trabaja de sol a sol, pero al menos comemos bien. Y, mientras trabajas, no piensas.

—Pero, por fin, has venido.

—Son momentos muy importantes y tenía que pasarlos contigo. Como si hubiéramos llegado al último capítulo, ¿no te parece? No quería pasarlo allí solo. No tenemos tele y los chavales no han vivido nada. He venido a recordar los viejos tiempos. Que no se nos olviden.

—Cómo se nos van a olvidar.

—¿Cómo era aquel de la nena que llevaba la vaca al toro?

—Ah, sí. La niña que va con una vaca por el campo, y se encuentra con dos de ciudad que le dicen: «¿Dónde vas, nena?». Dice ella: «A llevar la vaca al toro». Y le dicen: «¿Y esto no puede hacerlo tu padre?». Y la niña: «No: tiene que ser el toro».

—¡Ja ja ja ja ja!

Iniciaron una larga, larguísima, interminable conversación sobre los viejos tiempos.

Y yo escrutaba el rostro de mi madre como si fuera la primera vez que lo veía, y descubrí que efectivamente tenía una mirada hermosa y poderosa y unos labios gruesos, de línea delicada. Y me preguntaba cómo podía haber vivido con aquella mujer toda mi vida sin darme cuenta de ello, fijándome únicamente en sus arrugas y su papada y en su cabello despeinado y su mueca despectiva que, si uno se fijaba bien, eran meros añadidos que no conseguían arrebatar la belleza al conjunto. De pronto, comprendía por qué mi padre podía haberse enamorado un día de ella.

En ese momento me dije que siempre debería estar agradecido a Víctor Luys por haberme ayudado a ver a mi madre de aquella manera.

3

Víctor Luys se quedó a dormir aquella noche («¿cómo te vas a ir a un hotel?, estarás loco, si tenemos ahí una cama, en el cuarto de la plancha») y los días siguientes, hasta la muerte de Franco y después, él y mi padre llenaron la casa de recuerdos, de vivencias, de chistes y lágrimas, amistad, cariño y rabia, y yo me convertí en un espectador mudo y embobado ante un mundo que desconocía por completo.

La primera noche, cuando mis padres dormían, Víctor Luys abandonó el cuarto de la plancha y se metió en el mío y me despertó. Lo encontré sentado en el borde de la cama, observándome con sus ojos mansos e insistentes.

—Tu padre es un gran hombre —me dijo antes de que yo terminara de despertarme del todo—. Y no me ha gustado cómo le mirabas. Tienes que valorarlo más. Habrá cosas de su pasado que no te ha contado por respeto a tu madre. Cuando se conocieron, tu padre ya era mayor, ya había vivido mucho. Pero siempre fue un hombre extraordinario, un buen amigo, un hombre de corazón. Un día tenemos que ir tú y yo a tomarnos unos whiskies por ahí, y te contaré cosas que no te puedes ni imaginar. Y un día nos iremos de juerga por ahí los tres, y tu padre nos contará cosas que ni yo me puedo imaginar.

En días sucesivos, se cumplió su deseo. Salí con Víctor, y me reveló aspectos insospechados de la vida de mi padre, y luego salimos los dos con mi padre, como tres amigos. Y, en las terrazas de las Ramblas, o en un banco del parque de la Ciudadela, o pateándonos las calles del Barrio Chino («aquí estaba la Bombonera», «aquí tuvimos un bar»), hablaron y hablaron y hablaron, y yo escuché y escuché y escuché.

Y un día en que ellos no estaban, porque habían ido a ver a su amigo Miguel Jinete, me animé por fin a hablar con mi madre. Y descubrí que ella también tenía una vida. Resultó que los cuadros del pasillo, que siempre me habían parecido vulgares, los había pintado ella. Y dejaron de parecerme vulgares.

No llegué a conocer al tercer miembro del Trío del Pompeya, Miguel Jinete, porque murió poco antes de las Navidades de aquel 1975, pero me acerqué a su familia, conocí a su hijo Eduardo y, a través de él, entré en contacto con un individuo muy peculiar, llamado Madurga, del que hablaré más adelante y que me ayudó a construir la biografía de ese tercer personaje, acaso el más fascinante del Trío del Pompeya.

Y, en enero de 1976, después de las fiestas, ya me presenté en el despacho del director editorial de Bruguera con el primer proyecto de este libro que, inicialmente, se titulaba «Los Tres del Pompeya».

Acababa de entregar la traducción de un libro de Japrisot y ya me habían confiado otro de Jean-Patrick Manchette, cuando le pregunté a María Dolores, la chica que siempre me atendía:

—¿Tú crees que el director editorial me recibiría ahora, si le pido cinco minutos?

Para mi sorpresa, ella dijo: «Claro», descolgó el teléfono, murmuró cuatro palabras y me indicó que ya podía subir.

Desde las profundidades, todo parecía más complicado y protocolario de lo que era. Cuando llegabas a la quinta planta, los despachos no eran tan lujosos ni sus ocupantes tan soberbios como esperabas. Me recibió un argentino joven, afable y parlanchín. Era el creador de la colección de novela policiaca donde se publicaban mis traducciones y resultó que le gustaba mi trabajo. Me dedicó un discurso profundo, largo y enfático sobre la sublime liturgia del traductor, que oficia de sacerdote entre el genio artístico y el humilde consumidor de lecturas y, acto seguido, después de echar una somera ojeada a mi proyecto, me miró esforzándose en aparentar indiferencia y preguntó:

—¿Por qué los Tres del Pompeya? ¿Qué es el Pompeya?

4

Barcelona, marzo/abril de 1920

El Pompeya era un music-hall ubicado en la esquina de la calle Conde del Asalto con el Paralelo, aquel hervidero escandaloso, risueña tierra de nadie donde se encontraban obreros con gorra y señoritos con sombrero que firmaban una tregua momentánea para aplaudir a las mismas cabareteras. La fachada hacía pensar en una sórdida nave industrial pero el interior era un estallido de vida, placeres, mujeres, juego, canciones y alcohol.

Cuando aquella noche entraron Víctor y Miguel, sin embargo, reinaba en el local una insólita quietud. El globo de espejitos giraba en lo alto disparando destellos azules, rojos y verdes sobre una cantante angelical que tenía hipnotizado al público salvaje y cervecero.

—Es ella —dijo Miguel.

En el foso, la orquesta de siete músicos del argentino Pablo Alfaro. En el escenario, una pareja de bailarines porteños dibujaba firuletes complicados y espectaculares, ella enseñando las piernas, él castigando. Pero la admiración de la parroquia babeante, la que mantenía aquel silencio reverente, era la cantante, Aurorita Escolá. Una de las múltiples cupletistas que habían incorporado a su repertorio los nuevos tangos con letra que llegaban de Buenos Aires firmados por Contursi. Quizá no cantara tan bien como Ofelia de Aragón, La Bella Dorita o Ramoncita Rovira, que triunfaban en otros music-halls, pero era mucho más hermosa que las tres juntas. Víctor Luys nunca ha podido olvidar aquel cuerpo, vestido de negro contrastando con la tez blanca, la mirada triste de pestañas larguísimas, los labios intensamente rojos que silabeaban con mucho sentimiento la letra de Milonguita:

Milonguita,

los hombres te han hecho mal

y hoy darías toda tu alma

por vestirte de percal.

—¿Qué te parece? ¿A que es una maravilla?

Víctor estaba impresionado. Su forma de cantar aquella historia de mujer degradada resultaba remilgada y provocadora a un tiempo, inocente y canalla, distante pero ansiosa de proximidad. Todo hombre que vio a Aurorita Escolá quedó conmovido para el resto de sus días.

… Y entre el vino y el último tango

p'al cotorro te saca un bacán…

¡Ay, qué sola, Estercita, te sientes!

Si lloras… ¡dicen que es el champán!

Milonguita,

los hombres te han hecho mal

y hoy darías toda tu alma

por vestirte de percal.

Una ensordecedora explosión de aplausos, bravos y piropos saturó la sala durante un buen rato. Aurora Escolá saludó, agradeció la ovación y salió de escena para dejar paso a las otras chicas del elenco, que harían aullar a la concurrencia mostrándoles las partes más íntimas de su anatomía, y a los cuadros cómicos de actores gritones en ropa interior, o a algún número de acróbatas o equilibristas. Mientras no actuaba Aurora Escolá el público del Pompeya no dejaba de berrear y decir ordinarieces. Mi padre recordaba el día en que a un prestidigitador le había fallado un truco y se pegó fuego y se convirtió en una antorcha humana y el público se reía y aplaudía entusiasmado.

Víctor y Miguel paseaban por el local, echando una ojeada a la zona servida por camareras de la entrada, dirigiendo guiños a las fulanas que se les insinuaban desde un palco, asomándose a la sala donde se jugaba a las siete y media, pero su objetivo aquella noche era Aurora Escolá. Se lo habían prometido al salir de casa.

Eran dos jóvenes altos y fuertes. Miguel más elegante, con camisa reluciente, el nudo de la corbata muy bien hecho y pañuelo en el bolsillo superior de la americana. Víctor, con aquella nariz aristocrática, vestía de forma más modesta, sin corbata y con alpargatas, pero la percha lo ayudaba. Los dos con gorra. Los dos dispuestos a comerse el mundo.

Cuando empezó un cuadro cómico y los músicos pudieron tomarse un respiro, los dos localizaron al joven bandoneonista, que se sentó solo a una mesa, pidió una copita de ojén y permaneció pensativo, melancólico, absorto en el vaso de líquido transparente, como si a través de él pudiera ver un mundo mejor. Era un individuo menudo, delgado, fibroso, cargado de energía.

—¿Podemos sentarnos?

Los miró de reojo y, con gesto vago, les dio a entender que le daba igual.

—Me llamo Miguel Jinete, y este es mi amigo Víctor. Tú eres músico, ¿verdad? —El hombre delgado esperaba. Y Miguel Jinete continuaba—: Sí, eres el bandoneonista. Tocas de fábula, amigo. Eres un artista. Me encantan los tangos. Pero sobre todo me encanta la tanguista. A mi amigo y a mí nos gusta mucho la tanguista. ¿Nos la podrías presentar?

El músico suspiró.

—No soy la persona ideal para presentársela —dijo con marcado acento argentino. Se bebió el aguardiente—. Primero, porque estoy enamorado de ella. Segundo, porque esta misma noche le he declarado mi amor. Y tercero porque me acaba de enviar al pedo.

Los dos amigos se rieron. Les hizo gracia la manera que tenía aquel sujeto de confesar su desengaño amoroso. Se rieron y bromearon hasta contagiarle su alegría, y le invitaron a otra ronda, pagaba Miguel, y en seguida se impusieron la misión de animarlo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntaron.

—Fernando Gavanza —era mi padre. En aquel momento tenía veinte años y no necesitaba mucho alcohol para arrinconar sus penas.

—¿Veinte años? —gritaron los otros dos a coro—. ¡Igual que nosotros! ¿Naciste en el 1900?

Había nacido en el 1900 y brindaron también por eso. Y media hora después, mi padre ya estaba contando un chiste:

—Un cura predicando en un colegio de monjas: «… Y pensad que, por una hora de placer, podéis condenaros a una eternidad en el infierno!». Y levanta la mano una de las niñas y pregunta: «¿Cómo lo hace para que le dure una hora?».

Entonces, pudo escuchar por primera vez la espléndida carcajada de Víctor Luys.

—Miguel nunca acababa de entender los chistes —comentó mi padre—. Se reía, pero solo como eco de las carcajadas de Víctor, y al mismo tiempo nos observaba inseguro, como para comprobar que no le estábamos tomando el pelo.

—Sí —intervino Víctor—. Recuerdo que había una cosa que le hacía partirse de risa. Cuando tú decías, así, en argentino, Mirá vos, qué piola, ¿te acuerdas?

—Ah, sí —celebraba mi padre—. Fue con el tango Confesión de Discépolo. Pero eso sería cuando la República, en el 31, o por ahí. El tango dice —cantaba mi padre—: «Sol de mi vida/ fui un fracasao/ y en mi caída/ busqué dejarte a un lao/ porque te quise tanto/ y tanto que al rodar/ para salvarte/ solo supe hacerme odiar…».

Víctor aplaudía:

—¡Sí! Ese era, ese era, sí…

—Espera, espera… Y dice al final: «El recuerdo que tendrás de mí/ será horroroso,/ me verás siempre golpeándote/ como un malvao…/ ¡Y si supieras bien qué generoso/ fue que pagase así/ tu gran amor!».

La hilaridad lo atragantaba y lo interrumpía. Y Víctor tomaba el relevo:

—Y tú decías aquello: Mirá vos, qué piola, la faja a puñadas y luego dice que era por hacerle un bien, y Miguel se descuajaringaba de la risa. Solo tenías que decir Mirá vos, qué piola, y se meaba encima. ¿Te acuerdas?

Aquella noche, la primera del Pompeya, en honor a mi padre los dos amigos renunciaron provisionalmente a Aurorita Escolá y fue Miguel quien propuso:

—¿Qué os parece si nos vamos a conocer a unas señoritas?

Y se fueron de putas.

5

Salieron a la calle y conquistaron la ciudad.

Barcelona era entonces una metrópolis enloquecida por el dinero. Acababa de enriquecerse con la Gran Guerra que, mientras devastaba Europa, convertía el territorio neutral en paraíso de estafadores, especuladores, traficantes de armas, vendedores de secretos militares y mercaderes de señoritas y cocaína, que solían celebrar reuniones donde se destapaban las botellas de champán a docenas. Los que ya eran millonarios se hicieron entonces multimillonarios y los que tenían un pequeño comercio, o un local, o una idea, o simplemente una ocurrencia, terminaron amasando más dinero del que ellos creían que existía en el mundo. Se hizo famoso un fabricante de Terrassa que dijo en público: «Yo, a Guillermo II, le tendría que hacer un busto de oro». Y Domingo Mumbrú, el gran bailarín de tango, se apropió de esta frase: «No sé qué hacer con el dinero».

Tanta riqueza volvió loca a la ciudad. Ya no se trataba de comprar uno, o dos, o tres automóviles, que desplazaban a los carros tirados por caballerías, ni de que las señoras vistieran tremendos abrigos de pieles y se coronasen con sombreros inverosímiles, y los señores fueran cada vez más gordos y fumaran puros habanos interminables y cruzaran sus abdómenes con pesadas leontinas refulgentes. Eso no era nada, estaba al alcance de cualquiera. Había que conseguir lo que nadie más pudiera tener, para hacer ostentación de ello. Había que comprar lo imposible. Y lo imposible se conseguía en los cabarets, en los music-halls, en los teatros, o en las casas de señoritas.

Miguel se las conocía todas. Llevó a mi padre y a Víctor al Chalet del Moro del pasaje de la Pau, donde las chicas iban vestidas de odaliscas y los camareros parecían el genio de la lámpara; y a Casa Emilia, de la calle Conde del Asalto, 12, principal, donde los coitos se multiplicaban por mil gracias a la gran cantidad de espejos que había por todas partes; y a la sala Apolo, «sociedad recreativa con cincuenta señoritas dispuestas a bailar»; y a La Cubista, con una sala octogonal alfombrada de colchones; y a la Sevillana, que tenía pianista y una tertulia literaria muy aburrida. Una vez, para celebrar su cumpleaños, los invitó al mítico local de Madame Petit, con espectaculares murales de motivos procaces, y compartimentos desde donde podían elegir a la chica sin ser vistos. Un lujo. Otra vez, para gastarles una broma, Miguel dijo que los llevaba «a un sitio muy especial», donde habían de encontrar «lo nunca visto», y los metió en un antro asqueroso llamado el As de Oros, en la calle de Robador, esquina Sant Pau, donde sorteaban mujeres a diez céntimos el número, y otra vez los condujo a lo que se llamaba la Terra Negra, en el Paralelo, detrás de la fábrica de electricidad donde pululaban las mujeres más estropeadas y envilecidas que mi padre había visto nunca.

A mi padre y a Víctor no les gustaban aquellas bromas, les asqueaba la sensación de estar jugando con la miseria ajena, quizá porque ellos no se sentían tan lejos de aquella miseria. Bueno, en realidad, a mi padre no le gustaba la aventura de ir a conocer señoritas, como decía Miguel. Tenía su corazón y su mente ocupados en exclusiva por la divina Aurorita Escolá, y ninguna otra mujer conseguía despertar realmente su interés. Se dejaba llevar, porque se divertía mucho con sus amigos, y de vez en cuando probaba suerte pero, cuando salían, siempre acababa comentando: «Yo, qué quieres que te diga, esto de bajarme los pantalones delante de una señorita a quien le importo un rábano, pues qué quieres que te diga». La mayoría de las veces, mientras los otros dos se revolcaban con sus parejas, él se quedaba en el salón, mirando o charlando con las chicas o con la madama. Así fue como estableció una relajada amistad con aquellas dos andaluzas que siempre andaban juntas y se hacían llamar Dulce y Bombón. Le gustaba hacerles reír con sus chistes:

—La chica que va en el tranvía, apretujada por todas partes. Y el tipo que se coloca detrás y pone la mano donde no debe. La muchacha se vuelve para reconvenirle: «Oiga, joven, me parece que se equivoca». Y el tipo dice: «¿Me equivoco? ¿No es el culo?».

Las ocasiones en que subía con alguna chica normalmente se debían a que la madama le reñía por no hacer gasto o por probar una nueva, pero era muy difícil sacarlo del «Qué quieres que te diga».

Los realmente aficionados al puterío eran Víctor y Miguel pero, aunque era Miguel quien tomaba siempre la iniciativa («¿Vamos a conocer señoritas?»), el que sacaba más jugo de aquellas experiencias era Víctor.

Se diría que Víctor no tenía una especial necesidad de sexo, le daba igual quedarse prolongando una sobremesa, o ir al teatro o al cine a ver una de Charlot. Miguel era el entusiasta, el que entraba en los burdeles haciéndose notar más y el que elegía primero a las chicas para asegurarse de que se quedaba con la más guapa, o la más exótica, o la más tetuda. Pero, después, mientras Miguel decía: «Estupendo, estupendo», y se desprendía de la chica con gesto fatigado, Víctor salía de la habitación abrazado a su compañera, soltando sus carcajadas contagiosas, y se quedaba charlando animadamente con ella, como si en aquel rato hubieran forjado una amistad

para toda la vida. No importaba que se hubiera quedado con la que Miguel no había querido, la más fea, la más boba, la más marginada, la más melancólica o la más amargada y arisca, nadie sabía cómo lo hacía, pero conseguía que su fin de fiesta fuera feliz para todos. Siempre sabía encontrar algo especial en la chica del momento y, luego, lo comunicaba a sus amigos con entusiasmo, como si se tratara de un tesoro. Con su desabrido «Estupendo, estupendo», Miguel se quedaba con la sensación de haber recibido mucho menos por su dinero.

Un par, o tres, de veces a la semana, Víctor y Miguel iban a buscar a mi padre a su puesto de trabajo y salían a liberar sus instintos y su imaginación. Como él podía dormir todo el día antes de regresar al music-hall por la noche y los otros dos eran sus propios jefes, las juergas se podían prolongar y se prolongaban tanto como les apetecía. Normalmente, salían los sábados y algún otro día entre semana, el martes o el miércoles, pero nada les impedía tomar determinaciones transgresoras que, por lo común, tenían su origen en la sugerencia de Miguel: «¿Y si mañana no hay barco?».

Si no había barco, quedaban otras tareas que hacer, pero no eran tan duras ni había por qué hacerlas a primera hora de la mañana. A veces ni siquiera había por qué hacerlas. De manera que la frase: «¿Y si mañana no hay barco?» equivalía a determinar que la noche no tenía límites.

Miguel Jinete aparentaba estar siempre relajado y dispuesto a transgredir las normas pero (me comentó Víctor) la verdad era que, cuando decía: «¿Y si mañana no hay barco?», era porque ya lo había calculado y al día siguiente no había ningún barco que descargar y barrer.

Muchas de aquellas largas noches de sábado las habían pasado juntos, dormitando en camas ajenas o en bancos de la calle o en el rincón de un bar, para continuar el domingo con sus aventuras. Pronto fueron conocidos como los Tres del Pompeya. Víctor recordaba que fueron Dulce y Bombón quienes los llamaron así por primera vez. Luego, ya fue normal que el camarero de este bar o el portero de aquel teatro los recibieran con la exclamación: «¡Ya están aquí los Tres del Pompeya!».

Se habían metido en bodas al aire libre para comer de gorra. Las localizaban de antemano, por la prensa o por el chivatazo de algún párroco amigo, y se vestían para la ocasión. Daban el pego. De lo alto del armario del cuarto de la plancha, mi padre me pidió que bajara una caja de zapatos que estaba llena de fotografías antiguas. Allí encontramos un par del Trío del Pompeya. Mi padre, el más elegante, era el único que usaba sombrero. Los otros dos, más altos, con gorra, parecían los guardaespaldas de un gángster peligroso. Con aquella apariencia, tan guapos y simpáticos y buenos conversadores, una vez superados los controles pertinentes se mezclaban con los invitados y se divertían gorreando, conociendo gente e inventándose relaciones fantasiosas con el novio o con la novia. Si alguna vez habían detectado su intrusión nadie les dijo nada para no perderse el placer de su compañía.

Una vez, cuando tomaron un taxi para regresar a casa de madrugada y el conductor les preguntó dónde iban, le contestaron:

—Ya se lo indicaremos.

Y, cuando el taxista se puso en marcha, empezaron:

—Frío, frío, frío… —cuando doblaba una esquina—: Caliente, caliente. Se acerca, se acerca. Ahora, se enfría. Tibio, tibio. Frío, frío… Caliente, caliente.

Otro día, Miguel los llevó a una timba clandestina para levantar el muerto. Consistía en rondar por la ruleta, atento a los apostadores y a sus apuestas. Había que localizar a los que ponen muchas fichas sobre los números, de manera compulsiva, y seleccionar al que iba muy borracho o estaba distraído y levantarle su apuesta y sus beneficios al primer descuido. Solo lo hicieron una vez, porque a mi padre y a Víctor les parecía que eso no era nada más que un robo, pero Miguel no era la primera vez que lo hacía porque el croupier lo conocía y, mirando para otro lado, canturreó por lo bajo un fragmento del chotis que cantaba Raquel Meller: «… Mira niño que la Virgen lo ve todo…».

Conteniendo la risa y sin dirigirse a nadie en particular, Miguel continuó la misma canción: «… Qué mala entraña tienes pa' mí…».

Era él quien pagaba casi siempre. Decía que tenía un negocio familiar que iba viento en popa y que le servía para pasárselo bien con sus amigos, así que no admitía discusión. Mi padre tenía que insistir y adelantarse a veces en abonar consumiciones porque, al fin y al cabo, ganaba quince pesetas al día, que no era mal sueldo. Y Víctor se dejaba invitar sin inmutarse porque no le daba ninguna importancia al dinero.

6

Víctor y Miguel se conocieron durante la Semana Trágica, en julio de 1909, durante la quema de un convento del Ensanche barcelonés. Tenían entonces solo nueve y diez años, respectivamente, y eran dos de los golfillos sucios y andrajosos que se sumaron al tumulto revolucionario que, después de haber volcado y quemado tranvías en Poblenou, se trasladó al centro de la ciudad.

Los padres de Víctor se alarmaron cuando no fue a dormir a casa y se movilizaron para seguirle la pista. Se les pusieron los pelos de punta cuando alguien les dijo que había visto al pequeño Víctor con los rebeldes de Pekín. Se suponía que en el barrio de Pekín vivía la purria más miserable de toda la ciudad. Fueron hasta la plaza de Cataluña y localizaron a un vecino de Poblenou que los dirigió adonde estaban los de Pekín.

Encontraron al chaval en la calle de San Antonio Abad, en pleno asalto al convento de las jerónimas. Él y Miguel habían visto, maravillados, cómo unos hombres rociaban con petróleo la puerta principal del templo, cómo le pegaban fuego y cómo irrumpían en el recinto sagrado con la ayuda de un ariete. Luego habían sacado a la calle bancos, confesionarios y toda clase de muebles, hicieron un gran montón con ellos y con los libros y todo el material combustible que encontraron y prendieron una hoguera enorme, como si fuera la noche de San Juan. Un enjambre de niños sucios y chillones bailoteó alrededor de la pira junto a una pandilla de borrachos que vestían ropas de misa. Otros sacaron a la acera una serie de imágenes de yeso policromado,

santos, vírgenes, ángeles, jesucristos, y unos cuantos se dedicaron a destrozarlos a culatazos con sus fusiles.

A continuación, unas mujeres salieron aullando y riendo de manera salvaje mientras cargaban cadáveres putrefactos y esqueletos troceados. Habían encontrado un cementerio de quince tumbas en la cripta y lo estaban profanando y sacando las momias a la luz para demostrar que las monjas eran torturadas en su clausura.

Cuando sus padres encontraron a Víctor, Miguel acababa de regalarle una calavera y andaban jugando con ella. Miguel se la ponía junto a la mejilla para que Víctor comparase una cara viva con otra muerta. Una experiencia inolvidable.

La madre de Víctor, Margarita, arrebató aquel despojo de la mano del niño, gritó: «¿Qué coño hacéis con esa porquería?», la tiró a un lado sin reparo alguno, y se llevó al chico a su casa con pescozones y gritos, «¿Pero qué te has creído? ¡Me vas a matar a disgustos!». Y el reciente amigo de su hijo los siguió como un perrito perdido hasta aquel deplorable barrio de chabolas que había junto a las tapias del cementerio de Poblenou.

Recorrieron una calleja sin asfaltar, donde perros pulgosos levantaban polvo y se sacudían las pulgas, flanqueados por frágiles barracas sin cimientos, inclinadas y desvencijadas por cien tempestades inclementes, hasta llegar a una casita de adobe, la más bonita del lugar, enjalbegada y techada de madera. El interior parecía recién pintado y se veía obsesivamente limpio y ordenado, con detalles ornamentales que hacían agradable el cuchitril.

Una vez dentro, Margarita se volvió hacia su hijo y descubrió al acompañante. Era un niño muy sucio, el más sucio que Margarita había visto en su vida, sucio de un negro hollín, mucho más sucio que cualquiera de los pequeños trinxeraires que dormían en la calle.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Miguelín.

Hablaba castellano y la familia Luys se dirigió a él en castellano mientras estuvo con ellos. Se movía con cautela y los ojos muy abiertos, como si se supiera perdido en un mundo infestado de peligros, pero al mismo tiempo sumamente atractivo. Le maravilló la pulcritud de la morada de su amigo y en seguida preguntó:

—¿Tenéis bañera?

No tenían, claro está. Por no tener, en aquel barrio no había agua corriente ni alcantarillado. Pero aquel niño zarrapastroso no podía entender que una casa tan impoluta no tuviera bañera.

Aquella noche, Miguelín cenó con los siete miembros de la familia Luys, que lo aceptaron sin la menor extrañeza. Margarita cocinó una sopa de ajo y un arenque por cabeza, el señor Luys de ojos rojos le alborotó el pelo y Víctor le presentó a sus cuatro hermanos. Fraternal, el mayor, entonces tenía diez años; Eleuteri, el Teri, seis; Llibert, cinco, y Giordano Bruno, que era el pequeñajo de dos. Víctor era el segundo, entre Fráter y el Teri.

Todos dieron por supuesto que Miguelín era un niño abandonado, de los diez mil que sobrevivían robando lo que podían, mendigando y durmiendo por las calles de la ciudad. Según era la buenaza de Margarita, no habría tenido ningún inconveniente en adoptar al nuevo amigo de su hijo porque siempre estaba dispuesta a compartir lo suyo con cualquier vecino que hubiera caído enfermo o que necesitara algún tipo de ayuda. Pero al día siguiente el chiquillo declaró por sorpresa que deseaba regresar a la casa de sus abuelos.

—¿Abuelos? ¿Tienes abuelos?

—Sí.

—Pues estarán muy preocupados por ti. ¿Sabes la dirección de tu casa?

—Calle de la Vía, 2, Poblenou —dijo él, mecánicamente.

—¿Y no sabes cómo ir?

—Es que no sé dónde estoy.

—No está lejos. Yo te acompañaré.

La casa de los abuelos de Miguel era una carbonería situada en un recóndito edificio de dos pisos cuya fachada, en aquella época, miraba al mar y distaba cuatro pasos contados de la vía del tren de Mataró, que cada dos por tres cruzaba a velocidad infernal, como un vendaval ensordecedor, ante las narices o por encima de quien saliera del edificio sin prestar atención. Con el pasar de los años, unos cuantos muertos después, el ayuntamiento se animó al fin a levantar un muro entre aquella línea de casas y la vía férrea, y la calle de la Vía se convirtió en un estrecho callejón sin salida escondido tras las fábricas de Poblenou.

Que fuera una carbonería explicaba la suciedad tan intensa y especial de la piel y las ropas de Miguelín, y allí encontró Margarita a un hombre y una mujer de edad indefinida, espantosamente sucios, que aceptaban ser los abuelos del chico pero no parecían muy preocupados por su ausencia. «Bueno, de vez en cuando desaparece, pero siempre vuelve.»

Víctor casi nunca fue a jugar a la oscura e inhóspita carbonería pero, en cambio, Miguelín prácticamente se instaló a vivir en casa de los Luys. Margarita intercedió para que sus abuelos le permitieran asistir a las clases del Centro Libertario, con Víctor, donde enseñaban a leer, escribir y las cuatro reglas, y desde entonces ella se encargaba de ir a buscarlos y les daba de merendar antes de que Miguelín regresara a la carbonería, que no estaba muy lejos. Los dos críos crecieron como hermanos.

Once años después, cuando Víctor y Miguel llevaron a mi padre a la casita de adobe, junto al cementerio de Poblenou, y le presentaron a Margarita, los dos la llamaban mamá. Era una mujer excepcional. Una luchadora alta, fuerte, irreductible, siempre sonriente y descarada, con voz tonante pero, al mismo tiempo, atenta y delicada. De ella aprendió Víctor a tratar a la gente y a mirar a los ojos como quien se mira en un espejo mágico.

Siempre trabajó como costurera, zurcidora y bordadora para una modista del centro y no debía de

serle nada fácil sacar adelante a sus cinco hijos, después de la muerte de su marido. Todos los hermanos tuvieron que ponerse a trabajar a edad muy temprana en distintas fábricas de los alrededores o en la construcción del metro. Víctor tenía diez años cuando entró en la fábrica de ladrillos Aymerich e Hijos.

Eran tiempos duros. Mientras la ciudad crecía, prosperaba y enloquecía en el Paralelo y en el centro, en los lujos del Liceu y del paseo de Gracia y de la Rambla de Cataluña, la mano de obra en los suburbios vivía en la miseria. Sin embargo, Margarita nunca permitió que sus hijos pasaran hambre. Cuando hizo falta, no dudó en acudir a los cuarteles para conseguir el sobrante del rancho, o a los mercados, para revolver la basura en busca de lo que otros habían despreciado. Comían bacalao, arenques o lo que se llamaba carne de sábado, que era grasa desechada en el matadero; aunque fuera pan seco, sus chicos se iban a dormir con el vientre lleno. Y más de una vez recurrió al sistema de la incautación que predicaban los anarquistas. Más de una vez la acompañaron Víctor y Miguel a una tienda, y la vieron elegir una buena cantidad de comida, como si fuera para su consumo doméstico, antes de que entrara un individuo, armado o no, que arramblaba con las cestas cargadas de víveres y se las llevaba por las buenas o por las malas.

Algunas noches, había preparado la cena y había dejado a los chicos solos mientras ella se iba con un grupo de vecinos que regresaban horas después cargados de víveres. Cuando eran mayores, Margarita les contó que, en aquellas ocasiones, los habitantes de las chabolas, oprimidos por el hambre, o enfurecidos por las subidas de precios y la arrogancia de los patronos, iban a asaltar almacenes y depósitos portuarios. Y alguna vez llevó a alguno de sus hijos a un restaurante para comer sin pagar, lo que se llamaba comer a la fuerza.

—No robamos —les decía con énfasis, muy convencida—. No le quitamos la comida a nadie. Nadie se va a quedar sin comer porque nosotros nos hayamos llevado lo que necesitábamos. Al contrario: seremos más los que comeremos. Es como si nos hubieran invitado los ricos, ¿comprendéis? Y, creedme, se lo pueden permitir.

7

—¿Así que tú no eres argentino?

—No —decía mi padre con aquel deje porteño tan exótico—. Yo nací aquí. Pero mi madre murió durante el parto. Mi padre se quedó muy solo y, como tenía familia en Argentina, se fue para allí, conmigo, para buscar fortuna.

A finales de siglo, un hermano de mi abuelo, que se llamaba Luis Luys porque el bisabuelo era muy bromista, se fue a Argentina y entró a trabajar de carretero en una empresa de transportes. Tenía una historia muy curiosa mi tío Lucho, allí le llamaban Don Lucho. Trabajaba llevando mercancías y suministros de todo tipo desde Buenos Aires hasta Neuquén, en la Patagonia. Era

un viaje muy largo y penoso. El tío Lucho se quedaba unos días en Neuquén y luego regresaba a la capital cargado de lana y otros productos de aquella tierra. Pero, un día, un estanciero le pidió que llevara no sé qué cargamento a un puerto llamado Ingeniero White, en Bahía Blanca, donde hacía poco que acababa de llegar el ferrocarril y que en seguida se convertiría en zona de embarque de todos los cereales de aquellas latitudes. Aunque ni el carro ni los caballos eran suyos, el tío Lucho realizó el encargo, se embolsó el dinero y, no solo eso, se apropió del carro y de los caballos y se quedó en Neuquén aceptando otros trabajos y se olvidó de su patrón de Buenos Aires. Así prosperó, trabajando de sol a sol, sobre todo carreteando cereales desde cualquier punto de la Patagonia a Ingeniero White, y fundó su propia agencia de transportes. Cuando el empresario porteño se trasladó al sur para ver qué había pasado y exigir que le devolvieran lo suyo, el tío Lucho ya era Don Lucho, un hombre muy respetado en Neuquén, y ya tenía muchos vehículos y empleados, y le devolvió con creces el coste del viejo carromato y los caballos y las pérdidas que pudiera haber ocasionado. No solo eso: se asoció con el de Buenos Aires y, al final, acabó siendo el dueño único de la empresa, uno de los negocios de transportes más importantes de Argentina, que cubre la provincia de Buenos Aires, desde la capital hasta la Patagonia.

Cuando llegaron a Neuquén, en 1901, el tío Lucho le dio trabajo a mi abuelo. Mi padre tenía un año y creció en su estancia. Vivieron muy bien. Allí contaba mi padre que vio uno de los primeros camiones de motor que hubo en Argentina. Un Leyland. Mi abuelo y el tío Lucho le enseñaron a conducirlo…

—¿Sabes conducir automóviles? —se maravillaban Víctor y Miguel cuando el relato llegaba a este punto.

—Sí, bueno, no es muy difícil… —mi padre luchaba contra su modestia natural.

—Y allí aprendiste también a tocar el bandoneón, claro.

—Primero, la guitarra. Y luego, el bandoneón. Allí, ahora, es el instrumento de moda. Gardel es un héroe nacional.

—¿Y por qué os vinisteis, si estabais tan bien?

—Mi padre… —retomaba el narrador, refiriéndose a mi abuelo—. Bueno, es una persona de temperamento melancólico. Le costó mucho reponerse de la muerte de mi madre pero, en 1903, se volvió a enamorar como un adolescente. Se casó con una mujer muy joven y muy hermosa, Kinga…

—¿Cómo?

—Kinga, es nombre polaco, era polaca. Con ella tuvo a mis dos hermanos, bueno, hermanastros, Cándido y Ernesto, que ahora tienen dieciséis y catorce años. Viven con nosotros. Pero aquello duró poco. Ella se quedó embarazada por tercera vez, hace un año, o un año y medio, y murió en el parto.

—No me jodas —exclamó Miguel—. Como tu madre.

—Murieron. Ella y la criatura que llegaba.

—No me extraña que tu padre tenga el temperamento melancólico.

—Y aún no se ha recuperado. En las dos muertes de sus mujeres ve una especie de fracaso personal, como si fuera su culpa. La maldición de los Gavanza. Allá decía que era mufa. Tuvo que abandonar Argentina porque no soportaba ver ninguno de los lugares donde había estado con su esposa, y decidió regresar a Barcelona porque nunca se había desprendido del todo de la morriña. Y nos vinimos para aquí, él y mis dos hermanos y yo.

—¿Y de qué trabaja ahora?

—Tiene un remanente de dinero que ha traído de Argentina, y el tío Lucho lo ayuda. Se compró un coche, un Studebaker, se afilió a la Federación de Arrendadores de Automóviles y ahora tiene un coche de plaza…

—Es taxista —apuntó Miguel, por utilizar una palabra moderna.

—Le gusta pasarse el día recorriendo la ciudad. Y, cuando no está deambulando por ahí o esperando en las paradas, se queda en casa, leyendo o entreteniéndose con su colección de sellos.

—¡Eh, tenéis automóvil! —exclamaba Miguel—. Me podrás enseñar a conducir, ¿no?

—Se lo puedo decir a mi padre. Un día tenéis que venir a casa a conocerlo.

Mi padre, sus hermanastros y mi abuelo vivían en el chaflán de Borrell y Diputación, en un cuarto piso de tres habitaciones pequeñas e incómodas, deformes, con los rincones en ángulos agudos u obtusos. Los Tres del Pompeya conocieron al abuelo Alberto frente a su colección filatélica.

—Hola, padre. Quiero presentarle a unos amigos.

El abuelo Alberto, según he podido comprobar en las dos fotos que mi padre conserva de él, tenía su misma complexión y unos ojos grandes y redondos, de párpados pesados. Miró a los tres jóvenes y pestañeó una vez para demostrarles que los estaba viendo y que los aceptaba en su casa.

—Dicen que les gustaría que les enseñase usted a conducir el automóvil.

Mi abuelo concedió el favor con otro parpadeo solemne. Y, en seguida, les mostró su querida colección de estampillas, como decía él.

Había empezado a reunir sellos antes de ir a Argentina, de muy joven, a partir de la correspondencia que mantenía con mi tío Lucho. Una vez estuvo allí, prosiguió con su afición carteándose con gente de España y de otros países del mundo, y hasta estudió un poco de filatelia, entretenimiento característico de gente solitaria, que solo puede relacionarse con el exterior a través del correo. Tenía sus estampillas perfectamente ordenadas en dos álbumes de tapas de cartón forradas de tela roja. Su estampilla preferida era una verde, de diez pesos, con las

inscripciones «República Argentina» y «Diez Pesos» y una ilustración en blanco y negro que representaba a una dama muy digna, quizá personaje mitológico, de perfil y al revés, cabeza abajo. Por lo visto, se trataba de un error de impresión y a mi abuelo le habían dicho que aquello daba un valor enorme a la estampilla y, por tanto, a la colección. Cuando mostraba sus álbumes, muy orgulloso, antes de nada abría el álbum uno por la página de la joya verde.

—Yo creo que esto debe de valer muchísimo —decía tímidamente—. ¿No os parece?

Víctor y Miguel le aseguraron que sí, que debía de valer horrores.

Todavía no habían levantado la vista de la colección cuando llamaron a la puerta. Mi abuelo puso los ojos en blanco y murmuró: «La Llusieta, lo que me faltaba». Pronunciaba «Yuseta».

La Llusieta resultó ser la vecina de arriba, una mujer pequeñita, redonda, rubicunda, con grandes pechos, sonrisa de oreja a oreja y ojillos traviesos, portadora de unas galletas que acababa de cocinar ella misma.

—Verge Santíssima, los he oído desde mi piso —dijo, muy pizpireta—, y me ha parecido que les gustaría probarlas con la merienda.

—No, señora —rezongó mi abuelo, en castellano seco y esquivo—. Precisamente ahora íbamos a salir.

Pero a Miguel y a Víctor les gustó la forma en que la Llusieta miraba a mi abuelo.

—Bueno, no hay prisa —intervinieron—. Podríamos quedarnos un rato a probarlas. Tienen muy buena pinta.

Mi abuelo miró a mi padre como si le acabaran de entrar ganas de asesinarlo, a él y a los gamberros que había traído consigo.

Así que prepararon café con leche para mojar las galletas e iniciaron una charla que en seguida despertó la risa loca de aquella mujercilla vivaz y descarada que no paraba de exclamar Verge Santíssima de una manera muy cómica.

Contaba mi padre:

—Uno dice: «Oye, ¿cómo se llaman los habitantes de Guadalajara?». Y el otro, después de pensarlo un poco, pregunta: «¿Todos?».

Las carcajadas de la Llusieta y el Verge Santíssima se mezclaron con la de Víctor y, durante un buen rato, reinó la felicidad en aquel piso sombrío, de bombillas de luz amarillenta. En seguida, los dedos de la señora se escapaban hacia los brazos de Víctor y no tuvo el menor reparo en palparle los bíceps.

—Qué fuertes estáis, Verge Santíssima. No seréis boxeadores, o algo así.

—Pues sí, señora —respondió Miguel—. Yo sí practico un poco de boxeo.

—¿De verdad? —chilló la mujer, admirada—. ¡Verge Santíssima, no me lo digas!

—Bueno, solo un poco, nada profesional.

—¡Verge Santíssima, si a mí me encanta el boxeo! —proclamó ella a gritos. Y se ve que mi abuelo fruncía el ceño ante sus voces, visiblemente molesto—. Procuro ir cada semana al Circo Barcelonés o al Frontón Condal. Mis combates preferidos son los del Club del Pugilista, son más profesionales, ¿no os parece?

—¿En serio? Pues debemos de haber coincidido por allí…

—Verge Santíssima. Me vuelve loca, el boxeo. Si yo, al señor Alberto —señalaba al abuelo—, le pido siempre que me acompañe, porque ya sé que no es un ambiente adecuado para una señorita sola. ¿Por qué no vamos la semana que viene al parque de la Ciudadela, que boxean Kamaloff y Hoche? ¡Verge Santíssima, será estupendo! Y llevamos al señor Alberto, para que se airee un poco, que siempre está aquí, tan solo, con esta colección de sellos…

—No me gusta el boxeo —dijo mi abuelo.

—Verge Santíssima.

Pero quedaron en ello.

Cuando salieron a la calle, Víctor y Miguel estuvieron de acuerdo en que la Llusieta estaba enamorada del abuelo Alberto y decidieron hacer todo lo posible por casarlos. Mi padre se reía y cabeceaba. Trataban de convencerle:

—… La mujer tiene razón. ¿Qué edad tiene tu padre? ¿Cuarenta y cinco, cuarenta y seis? No es edad para quedarse toda la tarde en ese piso oscuro mirando sellos de correos. ¡Tenemos que espabilarlo!

Tarea ímproba. La semana siguiente no consiguieron sacarlo de su casa. Dijo que tenía trabajo y se fue a recorrer la ciudad con su taxi. Y los Tres del Pompeya se fueron al boxeo acompañando a aquella mujer redonda, bajita y tetuda.

8

Barcelona, julio de 1920

Era un caluroso domingo de verano con resaca. La noche anterior, el Trío del Pompeya había

estado celebrando la inauguración de un pisito que acababan de montar sus amigas Dulce y Bombón. De alguna manera, se habían despedido del burdel donde trabajaban y habían establecido su propio negocio en un piso antiguo, enorme, de la calle d'En Carabassa, que se iba a llamar la Bombonera. En la celebración, se habían divertido tanto como había sido posible, habían conseguido echar la primera cabezada en lecho ajeno, de madrugada habían combatido la migraña con un baño helado en la playa a la luz de la luna y habían despertado sobre la arena cuando los primeros bañistas acudían a su cita semanal. Luego siguió un día abotargado, con el sofoco del sol y la costra de la sal crepitando sobre la piel. Comieron en cualquier parte y, a la hora del café, con la copa, fue Miguel quien tomó la determinación:

—Quiero presentarte a una persona —se dirigió a Víctor—. Tenemos que presentarle a Juliol. No puede pasar ni un minuto más sin que le presentemos a Juliol.

Se trasladaron en tranvía a Poblenou. Al apearse, Miguel anunció que tenía que ir a darse una ducha a su casa.

—Y me pondré otra ropa, porque me parece que mañana no hay barco, Victorino, y habrá que continuar la juerga. Id al Centro, que yo en seguida me reúno con vosotros.

Víctor y mi padre arrastraron su agotadora felicidad, gastando en ello su último aliento, hasta el ateneo de la calle Canals i Guerau, conocido como Centro Libertario.

Allí era donde Víctor y Miguel habían aprendido a leer y escribir. Inicialmente, no era más que una taberna con estantes llenos de libros manoseados y en cuya trastienda convivían los barriles, las cajas de botellas y el tufo del alcohol con las mesas y bancos donde se apiñaban los chavales para cantar el abecedario o las tablas de multiplicar. Cuando mi padre lo conoció, el Centro había crecido. Sus dirigentes habían comprado los almacenes que flanqueaban la taberna primitiva y así habían podido ampliar su oferta de servicios. La taberna se había convertido en café donde habitualmente bullía una tertulia discutidora y que servía de sala de actos para conferencias y debates. En la trastienda había una gran cocina donde se impartían clases para quienes querían ser cocineros y donde se elaboraba comida para indigentes cuando había con qué. La biblioteca era enorme, con muchas estanterías llenas de libros de segunda mano de Zola, Proudhon, Hugo, Gorki, La Novela Ideal, La Novela Libre, el periódico Solidaridad Obrera y revistas como El Escándalo o L'Esquella de la Torratxa, y compartía espacio con cinco aulas donde se escolarizaba a niños, pero también a adultos en esforzadas clases nocturnas. Y el almacén de la derecha se había convertido en gimnasio con aparatos y cuadrilátero para boxeadores, porque los anarquistas consideraban que tan importante era el cultivo de la inteligencia como el del cuerpo y la salud.

—Aquí venimos Miguel y yo a boxear —dijo Víctor—. ¿Por qué no te apuntas, tú que tienes las mañanas libres?

Solo en la biblioteca, acodado en la mesa, rumiando el final de un domingo interminable y agarrado a un vaso de aguardiente, estaba Juliol.

—Es el hombre que nos enseñó todo lo que sabemos. Aquí nos daba matemáticas y gramática y geografía. Y nos sacó al exterior para que conociéramos el mundo —era evidente que Víctor sentía un gran respeto por él—. Juliol: quiero presentarte a un amigo. Se llama Fernando

Gavanza. Es argentino. Le llamanos el Fueye.

—Casi argentino —matizó mi padre.

Juliol era un hombre demasiado derrotado para su edad. El aguardiente y el humo del cigarrillo le enturbiaban la mirada y lastraban sus movimientos y su dicción. Huesudo, de rostro chupado y ojos saltones y llenos de furia, con el pelo lacio y grasiento, y manos largas de dedos expresivos, vestía con el blusón y la boina y las alpargatas de los obreros. Y se movía muy lentamente para enfatizar cada una de sus frases.

—Sembles un burgès, collons —dijo.

—No —dijo Víctor—, pero es músico. Y, además, viene de Argentina.

Le hablaba en castellano para que el otro se percatara de que mi padre no le entendía

—Ah, si es músico y viene de Argentina… —aceptó Juliol con retranca.

—Anda, cuéntale ese que me contaste anoche…

—Ah, sí —dijo mi padre dispuesto a seducir al viejo—. Entra uno en una zapatería y pregunta: «¿Tienen ustedes zapatos de cocodrilo?», y le contestan: «Claro que sí. ¿Qué número calza su cocodrilo?».

Víctor estalló en carcajadas. Juliol solo arrugó un poco el rostro. Quedaba claro que si le perdonaba a mi padre la elegancia y el sombrero y el castellano era porque venía en buena compañía y porque la borrachera del día anterior, y el baño nocturno, y el cansancio habían deteriorado suficientemente su imagen como para convertirlo en persona de confianza.

—A mí, llámame Juliol —decía, pronunciando la jota desgarrada a la manera castellana y remarcando la ele final—. Juliol. En realidad, me llamo Julio pero quiero que quede bien claro que es Julio por el mes de julio del calendario romano, en honor a Julio César, y no Julio por san Julio papa, que fue un cabrón. Bueno, este ya lo sabe pero lo digo para que lo tengas claro tú, que acabamos de conocernos. Anda, quítate ese sombrero, siéntate y bebamos.

—Aquí se empeñó Juliol en hacer de nosotros unos buenos libertarios —decía Víctor con orgullo —. Nos hacía escribir dictados donde siempre aparecían las palabras co-mu-nis-mo y pro-le-ta-ria-do.

Juliol no se avergonzaba por ello. Al contrario, se reafirmaba:

—Textos sacados de libros de Bakunin —y recitaba de memoria—: «El hombre, animal feroz por excelencia, es el más individualista de todos. Pero, al mismo tiempo —y este es uno de sus rasgos distintivos—, es eminente, instintiva y fatalmente socialista…».

Su exalumno le interrumpía.

—Y nos llevaba a pasear por la ciudad. A conciertos de música clásica que se daban al aire libre,

en el parque de la Ciudadela… O aquel día, al Romea, para que oyéramos a Miguel de Unamuno. Yo no me enteré de nada. La tarde más aburrida de mi vida.

—Pero algo queda, algo queda… —murmuraba Juliol, para sí, con voz ronca.

—Nos llevaba por los barrios pobres, más pobres que este, por las chabolas, que conocíamos de sobra, y nos mostraba y explicaba las enfermedades que producían la miseria y la falta de higiene. Nunca se me olvidará. Que si el tifus, que si el cólera, la meningitis, la tuberculosis, incluso la peste bubónica. Y luego nos llevaba a los barrios ricos, al paseo de Gracia, para que viéramos aquellas tiendas de lujo, y aquellos cochazos, y aquella gente tan limpia y bien vestida y orgullosa. Y decía: «Este es el mundo de verdad, nosotros vivimos en el sótano, nos tienen encerrados allí, aislados en subterráneos asquerosos para que nos creamos que el mundo es aquello, pero no, no os engañéis: el mundo de verdad es este». Y nos señalaba las iglesias y decía: «Y ahí nos venden el mundo de mentira». Nos mostraba los curas, con esas capas negras: «Esos pajarracos son los encargados de vender resignación, conformidad y paciencia. Mientras el patrón os pisotea la cabeza, estos cuervos os quieren convencer de que así es como ha de ser y que vivís en el mejor de los mundos y, si no os gusta este, os prometen que, después de muertos, estaréis mejor…».

—Pero, sobre todo —intervenía el maestro—, les mostraba el miedo que tienen los ricos a los pobres. Esa manera de arrugar la nariz al vernos, como si olieran mierda. Los gestos de asco. Cuando llevábamos un rato cerca de aquellas joyerías, aquellos bancos, aquellos teatros, aquellos escaparates, en seguida hacían acto de presencia un par de guardias moviendo las porras para echarnos de allí. «Pero si son niños», les decía yo. «Solo son niños.» Nada, nada, «¿no ve que están molestando?, ¿no ve que están sucios?, ¿no los ve, cómo miran, con esos ojos?». Y nos echaban. Les dábamos miedo solo con la mirada. Les da miedo la miseria, y eso es buena señal, porque demuestra que conocen nuestra fuerza, que saben que más vale tenernos miedo.

En ese momento, llegó Miguel, con traje nuevo, aplastado el cabello negro por la brillantina. Juliol se levantó para darle un abrazo. Parecía especialmente contento de verle.

—Ayer mataron a un compañero, ¿te enteraste? El capataz de la cantera Borinot de Montjuïc, un tal José Vilalta. De tres tiros. No pertenecía a ningún sindicato, pero era bueno con los obreros. Más de una vez había intercedido por sus hombres ante el patrón —¿por qué se lo comentaba a él, precisamente a él, y a los otros dos no se lo había mencionado? En seguida, manteniendo el brazo protector sobre los hombros del recién llegado, añadió—: Yo habría hecho de vosotros unos buenos anarquistas de no haber sido por el padre de este —se refería a Víctor.

El padre de Víctor, Dimas, se enfrentó una vez a Juliol. Fue a verle al rincón donde solía beber después de las clases. Se le acercó decidido y llevaba de la mano a su hijo y a Miguelín.

—¿Tú eres Juliol?

—Sí.

—¿El que enseña a leer y escribir a mi hijo y a este chico?

—Entre otros. Sí.

Dimas de sentó. Los chicos se quedaron de pie, uno a cada lado. El padre de Víctor tenía los ojos enfermos, sangrientos y lacrimosos, porque trabajaba en una fundición de antimonio, conocida como la fundición de las diarreas porque allí se manipulaban ácidos que, al entrar en contacto con el antimonio, emitían gases tóxicos y todos los obreros estaban enfermos de una forma u otra. En realidad, bastaba con respirar polvo de antimonio para terminar asmático y medio ciego. Y, a veces, en la fábrica se producían explosiones donde había muerto más de uno y más de dos. Juliol conocía perfectamente este aspecto de la vida de Dimas y eso hacía que le guardara un gran respeto.

—Yo soy anarquista —continuó el padre del chico, después de escrutar unos instantes al maestro —. Mis hijos se llaman Fraternal, Víctor, que es este, Eleuteri, Llibert y Giordano Bruno, conque calcula tú si seré anarquista. Pero no me gustan las pistolas ni las bombas, y no quiero que estos acaben siendo pistoleros ni dinamiteros. El acta de fundación de este ateneo dice que está abierto a todos los obreros de buena fe y buena voluntad, no a los de una creencia, clase o partido, porque se supone que todos somos hermanos. ¿Es así o no es así? —era así—. Pues háblales de justicia, háblales de solidaridad, háblales de unión, háblales de sus derechos, enséñales esperanto y hazlos vegetarianos, si quieres, pero no les hables de violencia.

—La lucha de clases —dijo Juliol, duro y sin inmutarse— es una lucha. Y no hay lucha sin violencia.

—De la violencia les hablaré yo, en mi casa. Y cuando haga falta luchar, los tendrás en primera línea de combate. Pero ese es un tema delicado que quiero controlar yo. Quiero asegurarme que darán las bofetadas en la cara adecuada y en el momento oportuno. ¿Estamos?

Juliol tardó en contestar.

—Si no estamos, ya enseñaré yo las cuatro reglas a los chicos en mi casa.

—No, no —cedió por fin el maestro—. Estamos. Estamos.

Dimas Luys se puso en pie.

—Llévales al mercado de San Antonio —dijo— o a los puestos de Santa Madrona, a que vean libros, que son el futuro.

Juliol sostuvo la mirada de ojos enfermos y terminó accediendo con la cabeza, con una actitud tan sumisa y reverente, tan ajeno al maestro que conocían sus alumnos que ni a Víctor ni a Miguel se les despintó jamás.

—De acuerdo —murmuró—. Creo que te equivocas, pero en tus chicos mandas tú.

Aquel día del año 20, ya mayores, Juliol, siempre amargo, comentó:

—Tu padre era un inútil. Era muy buen hombre, muy inteligente, muy entero, pero un inútil, porque no era un hombre de acción.

Por lo visto, esas palabras, en boca de Juliol, eran todo un homenaje.

Muchos años después, en un viejo bar llamado Boston de la calle Aribau, casi esquina con Aragón, Víctor nos contaba, a mi padre y a mí, aspectos de la vida de su padre que recordaba con admiración:

Un día, los llevó a él y a Miguel a un mitin en un teatro de Barcelona. En el escenario, tras una mesa, había una serie de personajes políticos lanzando sus encendidos discursos. En un momento dado, el pequeño Víctor le dijo a su padre:

—No entiendo lo que dicen.

Y su padre le respondió:

—No están hablando contigo. Ni conmigo. Hablan entre ellos. Nosotros solo somos el tema de conversación.

Tal como había prometido a Juliol, una vez en casa les habló de la violencia:

—Tal vez haya que destruir para volver a construir, pero lo malo es que quien sabe destruir difícilmente sabrá construir. Y yo prefiero que seas de los que construyen.

Víctor había retenido discursos enteros de su padre y los había convertido en lemas de su vida.

—No luches nunca por ideas políticas, que son meros discursos camaleónicos en torno a la idea del poder, del dominio y la manipulación de las masas. Lucha, sí, por la justicia. Por la justicia se ha de dar la vida incluso, porque no merece la pena vivir en un mundo injusto.

—Puede que haya gente de buena fe que destruya, queme, mate y robe por el ideal de implantar el comunismo libertario, no lo sé, yo creo que no he conocido a nadie así. Todos los que yo he conocido han acabado siendo destructores, incendiarios, asesinos y ladrones.

Dimas Luys murió en 1910, de un maldito ataque al corazón, a los treinta y cinco años, catorce meses después de que Miguel lo conociera. A partir de entonces, Margarita se las tuvo que apañar sola con sus cinco hijos y su ahijado Miguelín.

Aquel caluroso domingo de julio de 1920, ya anochecía, y ya se habían tomado unos cuantos vasos de aguardiente, y empezaban a mirar el reloj para irse, cuando Juliol se dirigió a Miguel y le puso la mano sobre el antebrazo, reteniéndolo, como con ganas de hablarle en voz baja. Ya hacía rato que lo miraba de forma especial, como si tuviera algo especial que comunicarle.

—¿Por qué llevas pistola? —preguntó entonces.

Víctor y mi padre se volvieron hacia Miguel muy sorprendidos, casi asustados. Juliol había detectado el arma en la sobaquera al abrazar a Miguel.

—¿Yo? Caramba, no se te escapa nada —ganaba tiempo el aludido con media sonrisa, mientras sus amigos decían: «¿Una pistola? ¿Una pistola?». Y añadió, como haciendo un esfuerzo, muy azorado—. Bueno, pues llevo pistola porque soy un hombre de acción. Yo sí que soy un hombre de acción —y añadió—: Estoy en un grupo de afinidad.

Víctor y mi padre no podían disimular su estupefacción.

—¿Pero qué dices?

—Bueno, a él se lo podemos decir, ¿no? —continuó Miguel. Se inclinó hacia su mentor para contarle el secreto—. Aún lo estamos formando. Es prematuro hablar de ello aún.

Sus amigos se miraban pero decidieron seguirle la corriente. Era lo que hacían siempre en los bromazos que gastaban a cualquiera durante sus juergas sabatinas, solo que aquella vez la ocurrencia parecía una salida de tono excesiva, dirigida a la persona equivocada.

—Bien —decía el maestro anarquista, con entusiasmo—. Los grupos de afinidad son nuestra punta de lanza en la lucha contra el capitalismo. ¿Cómo os llamáis? ¿Tenéis nombres? Yo conozco a miembros de «Los Indomables», «Los Desheredados», «Los Fills de Puta»…

—Nosotros nos llamamos «Progreso Hoy».

—¿«Progreso Hoy»? Eso me parece demasiado intelectual para ti…

—Dinamita cerebral, Juliol —decía Miguel, siempre en voz baja, alimentando el desconcierto de sus amigos—. Esa es nuestra arma principal, ¿no?

—¿Y cuántos sois?

—De momento, seis. Nosotros tres y otros tres. Ya tenemos el ideólogo, pero no nos queremos complicar mucho la vida. El objetivo de nuestra lucha son los tres ochos: ocho horas para trabajar, ocho horas para dormir y ocho horas para la diversión y la educación.

Juliol levantaba el dedo índice:

—Pero no lo olvidéis nunca, no perdáis nunca esta máxima: no luchamos para mejorar las condiciones de trabajo de los obreros, luchamos para terminar con el capitalismo y el Estado y por el nacimiento de una sociedad sin clases.

—¡Naturalmente! —aplaudía Miguel, muy serio y responsable.

Le habían dado a Juliol la mayor alegría que pudiera imaginarse. Ahora colocaba sus manos sobre los antebrazos de Fernando y de Víctor, para transmitirles las vibraciones de felicidad que lo sacudían.

—Bravo, muchachos, muy bien: porque sabed que estamos más cerca que nunca de la victoria. Los patronos andan desesperados. Apostaron por la política del Máuser, han tenido que acudir a pistoleros de baja estofa y eso es prueba de su debilidad. Ya no creen en la policía ni en las leyes burguesas: han venido a nuestro terreno, y nosotros ya nos cargamos al cabrito de Bravo Portillo, el Chulo, ese jefe superior de policía, espía, asesino, sicario de la patronal; y el mes de mayo expulsaron del país al asqueroso barón de Koening, que ni era barón ni era nada, que era un mangante que trabajó de espía para los alemanes y al acabar la guerra se quedó sin trabajo y vino aquí a tirar de pistola. Todo el mundo sabía que eran ellos quienes escriben anónimos

amenazadores a los empresarios para luego ofrecerles protección, y que fueron ellos quienes mataron al jefe de la Patronal Graupera porque no quería ceder a su chantaje. Se les está hundiendo el negocio, chicos. Milans del Bosch ya nos puso en estado de sitio y no consiguió nada. Y, desde que vinieron el rey y Dato a Barcelona y se percataron del aire que se respira en esta ciudad, el Gobierno ya empieza a condenar los asesinatos de los Sindicatos Libres, que no hacen más que enrarecer el ambiente y provocar a los obreros del Sindicato Único. Si esto sigue así, dentro de dos días también cerrarán el chiringuito a los pistoleros del Libre y ya solo nos quedará vencer a la policía.

Cada palabra que pronunciaba Juliol con febril alborozo aumentaba la aprensión de Víctor y de mi padre, que la sabían provocada por una mentira.

—Todo juega a nuestro favor —insistía el anarquista—. España sigue siendo un país pobre, catastróficamente pobre. En el primer semestre de este año, se han ido a Sudamérica más de cincuenta mil españoles, ¿lo sabíais? Y solo uno de cada treinta y tres españoles se muere de viejo, ¿sabéis eso? El promedio de vida entre los obreros es de treinta y nueve años, ¿lo sabíais? En Andalucía, el dos por ciento de los propietarios controla el cincuenta y seis por ciento de la riqueza. Y los pobres se están hartando ya de su condición. La guerra nos ha puesto demasiada riqueza, demasiada altanería, demasiados Hispanosuizas y Renaults delante de los morros. Durante la guerra, era prematuro hablar de mejoras sociales porque el negocio estaba en auge pero no había alcanzado todavía su objetivo ideal. Nos aumentaron los alquileres entre un cincuenta y un ciento cincuenta por ciento, pero nos tuvimos que aguantar porque eso era progreso y el progreso es para todos, eso es lo que nos quieren hacer creer. Pero hoy, ah, hoy ya es demasiado tarde porque, con el fin de la guerra, se acabó lo que se daba. Como ahora los fabricantes exportan menos, empiezan a prescindir de los obreros. La zanahoria que nos obligó a tirar del carro desaparece de pronto y el obrero ingenuo es ahora un obrero decepcionado y resentido. Como los sindicatos los fuerzan a unos sueldos que les parecen excesivos, llenan trenes de andaluces, que en su tierra están mucho más explotados, y los traen aquí para que trabajen en las obras del metro y en sus fábricas a mitad de precio. Y los inmigrantes aceptan, naturalmente, porque allí se están muriendo de hambre, que ganan jornales de dos pesetas, y el Gobierno no quiere acabar con el caciquismo y el régimen feudal, y se convierten en esquiroles. Pero que no se equivoquen esos chupasangres porque cuantos más obreros traigan, más engrosan las filas del ejército proletario con el que tendrán que luchar. Esos inmigrantes se van instalando en Hospitalet, Santa Coloma, Sant Andreu, y crecen y crecen. Tenemos que aprender que nuestros enemigos no son los esquiroles andaluces, que son tan víctimas como nosotros, sino los patronos que cada vez tienen menos razón y menos fuerzas. Y tenemos que educar al andaluz, o al murciano, o al extremeño que llega para que no vea en el catalán a un enemigo egoísta que no quiere compartir el sueldo de diez pesetas con ellos, sino a un luchador que le enseñará a luchar y que quiere luchar con él codo con codo para conseguir un jornal de veinte pesetas.

»Les enseñamos de qué éramos capaces con la huelga de la Canadiense, cuando dejamos sin agua, electricidad, gas y transporte a toda la ciudad durante cuarenta días. Ni los teatros funcionaron en esos días. Implantamos la “censura roja” y ningún periódico pudo hablar contra nosotros. Ni con el estado de guerra pudieron vencernos. Y, al final, conseguimos que soltaran a todos los detenidos, más de tres mil, y que readmitieran a todos los despedidos. Desde entonces, la CNT ha triplicado el número de sus afiliados, somos ya más de setecientos mil, el sindicato más poderoso porque es un sindicato único y unánime. Faltan meses, creedme, apenas unos

meses, para que impongamos a los opresores la dictadura del proletariado.

»En Francia, Bélgica y Holanda ya tienen la jornada de ocho horas, ¿sabíais eso? En Múnich, se acaba de proclamar el gobierno soviético comunista de la República de los Consejos Obreros de Baviera. Y en marzo de este año se ha fundado aquí el Partido Comunista Español. Está llegando nuestra hora, amigos míos.

Los Tres del Pompeya se miraban entre sí y no sabían qué decir.

9

El abuelo de Miguel salía de casa cada día a las cinco de la madrugada y se iba al puerto con su nieto. Supuestamente, iban a barrer las bodegas de los barcos que transportaban carbón, después de que hubieran pasado su carga a los carros, camiones o vagones de ferrocarril que los llevarían a las fábricas o a distintos puntos de venta. Él decía que solo era un barrendero más pero, en realidad, era el jefe de la brigada, el que decidía cada mañana quién cogía la escoba y quién no. Y, gracias a unas propinillas interpuestas, resultaba que los descargadores solían dejarse una buena cantidad de carbón en las bodegas. Era la cantidad que el abuelo Jinete y sus hombres barrían, limpiaban y transportaban a uno o dos camiones y con la que alimentaban gratuitamente el sótano de la carbonería de la calle de la Vía del Poblenou.

Miguel había sido barrendero de carbón desde antes de los diez años y, mucho tiempo después, cuando conoció a mi padre en el 20, esa era todavía su forma de ganarse la vida. Solo que su abuelo ya estaba muy mayor para ir al puerto como antes y Miguel se fue limitando a organizar la cuadrilla de barrenderos y a impartir órdenes. Y, en cuanto pudo, le dio trabajo a su amigo Víctor. Él, muy señorito, vociferaba desde el muelle con las manos en los bolsillos y Víctor dirigía a la cuadrilla subiendo con ellos al barco, indicándoles qué era lo que tenían que barrer, qué era lo que debían acumular en un rincón y en qué camiones cargarlo para transportar aquellos sobrantes hasta la carbonería de la calle de la Vía.

Desde que era un niño, la higiene personal era una idea fija para Miguel. Lo primero que preguntó cuando accedió a la casita de los Luys fue si tenían bañera. Lo primero que hizo en cuanto se lo pudo permitir fue construirse en la azotea de su casa una ducha de agua de lluvia y cada tarde, al regresar del trabajo, tanto si hacía frío como si hacía calor, con nieve, viento o granizo, se metía bajo la ducha y se frotaba hasta el último pliegue de su cuerpo para librarse de la menor traza de hollín que pudiera llevar consigo. Estaba obsesionado con la limpieza y con la elegancia. Se hacía los trajes, las camisas y los zapatos a medida y, huyendo de la suciedad asfixiante de la carbonería, buscaba con desesperación el lujo de la cosmópolis, la alegría de sus noches locas, los espectáculos deslumbrantes, el ambiente bohemio, las chicas fáciles, las timbas febriles, las orgías sofisticadas, le florecían claveles reventones en las solapas y fumaba Muratti.

Tanto mi padre como Víctor estaban de acuerdo en que, si frecuentaba el gimnasio del Centro

Libertario, más que por su afición al boxeo era por el placer de darse una buena ducha de agua caliente.

Aquel día, con calzón corto, sudoroso y con los músculos en tensión, Miguel estaba enviando al costal series de tres jabs de izquierda rematadas por un derechazo contundente. Un, dos, tres y zas; un, dos, tres y zas. Resoplaba y jadeaba con rabia. A su lado, Víctor saltaba a la cuerda frente al espejo, más reposado. Mi padre se había quitado la chaqueta y el sombrero porque allí hacía mucho calor, como si la energía que emanaba de los atletas que se ejercitaban en el local, saltando en el cuadrilátero o levantando pesas o simplemente gritando, tuviera el efecto de una especie de calefacción central.

Hasta ese momento, la conversación sostenida el domingo anterior con Juliol había quedado suspendida, como una anécdota intrascendente, como una broma sin gracia. Ni Víctor ni mi padre aprobaban que Miguel le hubiera tomado el pelo al maestro de su infancia aprovechándose de la ceguera que le provocaban sus convicciones, y Miguel había sabido torear las preguntas directas con hábiles quiebros que no le comprometían a nada.

—¿Pero por qué tuviste que decirle eso?

—Una broma, joder, una broma. No es la primera broma que gasto en mi vida. Y, si la hubierais apoyado, nos habríamos reído mucho.

—No nos habríamos reído mucho, Miguel. Yo no quiero reírme de Juliol. ¿Y por qué llevas pistola?

—Todo el mundo lleva pistola. Están matando a gente por las calles, coño, ¿o es que no lo sabéis? Llevamos dieciséis tiroteos, con muertos y heridos, en lo que va de mes, joder. Desde que se cargaron a Elizalde, en diciembre, ¿cuántos muertos van? Que si el Tero, que si casi se cargan a Graupera, que se cargaron a ese francés, Genny, de Sabadell, que atentaron incluso contra el Noi del Sucre, joder. En el mes de marzo de este año, catorce bombas. Los raros sois vosotros, que vais desarmados.

No eran respuestas satisfactorias, pero sus amigos dieron por cerrada la conversación antes de pasar a otros campos de interés. Por eso los sorprendió que aquel día, cuando Miguel se cansó de aporrear el costal y dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, mirando al suelo y sin aliento, dijera:

—Voy a fundar ese grupo de afinidad que le dije a Juliol, «Progreso Hoy». He estado pensando en ello y…

Se estaba quitando los guantes. No decía más. Sus amigos lo miraban sin comprender.

—¿Pero qué estás diciendo?

—Bueno, en realidad ya he empezado a fundarlo. En un bar de la calle Cortes que se llama El Tranvía. Con un tío que se llama Guitard, un teórico que sabe mucho de Bakunin y los anarquistas y todo eso. Y dos estudiantes, que se llaman Ussía y Segura. Tendríais que venir.

—¿Te has vuelto loco?

Miguel se trasladaba a la zona de duchas y Víctor y mi padre le seguían perplejos, sin poder creer lo que oían.

—Joder, tarde o temprano, Juliol querrá conocer a los miembros de la célula.

—¿Pero no decías que era una broma?

Miguel se volvió hacia mi padre y Víctor parpadeando muy deprisa.

—No era una broma. Era…

—¿Qué era?

En aquel momento, supieron que Miguel se disponía a revelarles algo de suma importancia.

—Me preguntó por qué llevaba pistola y…

—¿Y por qué coño llevas pistola?

—No se lo podía decir.

—¿No me lo puedes decir a mí? —exigía Víctor, crispado.

—Sí, a ti, sí. A ti sí te lo puedo decir, claro.

—Pues dímelo de una vez, coño.

—Estoy afiliado al Sindicato Libre. Por eso llevo pistola.

Víctor palideció.

—¿El Libre? ¿Estás con los pistoleros de Ramón Sales?

—No seas absurdo. No te creas todo lo que te dicen.

—¿Que no? —exclamaba Víctor en un susurro, echando ojeadas en torno, temeroso de que alguien los oyera—. ¡Por favor, Miguel! ¿Cuántas veces lo hemos hablado? El Sindicato Libre lo fundaron los carlistas del Ateneo Legitimista, Ramón Sales, Laguía y toda esa pandilla y los dirigió el hijoputa asesino y espía de los alemanes Bravo Portillo, no para proteger a los obreros, ni siquiera para proteger a los patrones, sino para exterminar a los asociados a la CNT. Esto me lo has dicho tú mil veces. Y estuvieron conectados con la banda de pistoleros del barón de Koening, que les hacía el trabajo sucio. Dicen que, cuando entras en el Libre, con el carnet te dan la pistola, y ahora acabo de comprobar que es verdad…

Víctor se había metido bajo la ducha para eludir aquella situación embarazosa. Gritaba para hacerse oír por encima del chorro del agua.

—¡Es mentira! La pistola me la he comprado yo. ¡Y no he visto a Ramón Sales en mi vida!

—¡Me cago en la puta, Miguel! ¡El Libre es la patronal, la Mano Negra, los pistoleros de Koening! ¡Ellos atentaron contra el Noi del Sucre en enero y no pararán hasta matarlo! ¿Es verdad que os pagan quince pesetas diarias, y los atentados aparte?

Miguel sonreía para aparentar que era inmune a las pullas.

—Simplemente me apunto al caballo ganador, hermano. El boxeador obrero y delgado, hambriento y mal nutrido, o el boxeador de la patronal fuerte y musculoso, ¿por quién apuestas?

Víctor resopló.

—Te equivocas: son diez boxeadores obreros y cargados de rabia contra un boxeador pagado por la patronal. ¿Por quién apuestas?

Miguel salió de la ducha envalentonado, como si el agua hubiera aumentado sus fuerzas. Procedió a secarse con una toalla grande como una túnica.

—Soy empresario —dijo—. Te recuerdo que soy empresario y tengo que saber cuál es mi lugar.

—¡Tú qué coño vas a ser empresario! Ni siquiera eres carbonero. Eres barrendero del puerto, barrendero de carbón.

Mi padre decía que nunca los había visto discutir de aquella manera.

Y, de pronto, a Víctor se le dilataron los ojos y se quedó boquiabierto como si acabara de descubrir una presencia fantasmal en el vestuario.

—¿Y estás fundando un grupo de afinidad anarquista? ¿Una célula? ¿Tú, del Sindicato Libre? ¿Para qué?

Miguel se puso muy serio para salir al paso de una grave acusación.

—Lo hago por Juliol —declaró.

—Es precisamente lo que siempre han hecho los del Libre…

—¡Lo hago por Juliol, Víctor, no es lo que piensas!

—Es el tipo de trampa propio de Koening…

—¡No es ninguna trampa!

—¡Crear una célula anarcosindicalista para denunciarla a la policía y, después de que la hayan aniquilado, dar la razón a los patronos y colgarse medallas!

—¡No voy a denunciar a nadie, joder! Y tú tampoco lo vas a hacer. Tienes que confiar en mí, Victorino, coño, en mi buena fe —y, arrastrado por la inercia de sus propios gritos, reveló la

verdad—: ¡Lo hago por mí, porque quiero tener cubiertas las espaldas! ¡Quiero estar a salvo! Tú lo has dicho antes: unos desconocidos atentan contra el Noi del Sucre y la policía enchirona al Noi del Sucre. ¿Cómo se entiende eso? Ese es el bando equivocado, Víctor. El bando que seguro que sale perdiendo. Soy empresario, pero también soy obrero, me crié en este puto centro, coño, pero no quiero que venga ningún pistolero anarquista y me vuele la cabeza solo porque me sobra dinero para divertirme. Tú sabes que nunca le tendería una trampa a ningún obrero, nunca levantaría mi mano contra ningún obrero, Víctor, y tú lo sabes. Aunque lleve pistola, no hago daño a nadie, tú sabes cómo soy, tú me conoces. Sé evitar las situaciones escabrosas, sé nadar y guardar la ropa, no me meto en jaleos, nunca he disparado el arma, ni siquiera para tirar al blanco. Solo sobrevivo. Y no pasa nada. ¿Cómo puedes desconfiar de mí?

Un día, hablando de Miguel, mi padre dijo:

—Miguel era el que tenía más miedo de los tres. Era un pobre desgraciado asustado.

Yo, que en aquel momento ya conocía toda la historia, protesté airado:

—¿Un pobre asustado? ¡Era un hijo de puta!

—Eso también, pero un hijo de puta asustado.

—Me da igual que estuviera asustado. Lo estás disculpando.

—Lo estoy describiendo. Solo trato de entenderlo.

—No quiero entenderlo —me resistía—. Me da igual que estuviera asustado.

—Hay que entender a las personas para no caer en los errores en que ellas cayeron.

—Empiezas entendiendo a las personas y terminas disculpándolas.

—No digas majaderías.

10

No conocí a Miguel Jinete porque murió poco después de Franco, en el mes de diciembre de 1975, días antes de Navidad. Yo ya había decidido recopilar y ordenar el material histórico que me proporcionaban mi padre y Víctor Luys y me fastidió la pérdida de aquel miembro del Trío del Pompeya. Incluso llegué a pensar que su desaparición haría imposible la escritura del libro porque había muchos detalles de la vida de Miguel Jinete que mi padre y Víctor desconocían.

Leí la esquela en el periódico y le transmití la noticia a mi padre. Soltó un ligero respingo, como si acabara de experimentar un pinchazo interno, agudo pero sin importancia.

—Tenía mi edad —comentó—. Y la de Víctor. Los tres nacimos el mismo año: 1900.

Y nada más.

Mi madre, en la cocina, hizo una mueca de disgusto y negó con la cabeza.

Telefoneé a Víctor. En su pueblo, solo tenían un aparato, en casa de un vecino. Anuncié que llamaría otra vez, por la noche. Cuando lo hice, se puso él.

Le dije:

—Que se ha muerto Miguel Jinete.

Respondió:

—¿Ah, sí? Vaya —nada más. En seguida—: ¿Y tu padre, qué tal está?

—Bien.

Acudí al funeral con la sensación de iniciar, al mismo tiempo, el luto por esta obra que tenía que salvar mi vida. Una vez en la ceremonia, sin embargo, me resistí a darme por vencido. Se me ocurrió que aún tenía una oportunidad.

Fue un entierro multitudinario, con mucha presencia oficial de subsecretarios del Gobierno Civil y viejos policías franquistas y nostálgicos, pero no se respiraba el menor aliento de calidez y afecto. El noventa y nueve por ciento de los asistentes no se molestaba en disimular las ganas de largarse en cuanto considerasen cumplido el trámite, y el uno por ciento restante estaba representado por una esposa ensimismada y alejada de dos hijos, una nuera y unos nietos totalmente inexpresivos que en ningún momento le pusieron la mano encima.

Escuchamos disciplinadamente los rezos y las evocaciones del sacerdote, acompañado por los gemidos de un violín, un chelo y un piano; seguimos al féretro hasta un panteón del cementerio más monumental de la ciudad y contemplamos cómo lo metían en la fosa y lo ocultaban bajo la pesada losa de mármol que había de garantizar que no se movería de allí en toda la eternidad. Se disolvió el duelo rápidamente, demasiado rápidamente, abandonando a los parientes impávidos.

Durante toda la ceremonia, me había fijado en la señora Jinete. La tenían olvidada en un rincón. Ella misma parecía haberse olvidado de sí misma. Solo distinguí sus ojos tristes y hermosos, de mirada lejana, y no me animé a hablar con ella de mi interés por su marido. Me quedé rezagado y aproveché la primera ocasión para presentarme ante uno de los hijos, que se llamaba Eduardo.

Tenía unos diez años más que yo, una barba muy bien recortada y parecía cómodo en su traje y su corbata, como si esa fuera la indumentaria que usara habitualmente. En la época de la transición en que nos encontrábamos, esa era una característica negativa, desde mi punto de vista. Me recibió con mirada de reojo, un poco hostil.

Le conté quién era mi padre, le resumí lo que sabía de la vieja amistad, le anuncié mi interés en escribir un libro sobre ello y él miró al suelo taciturno.

—No sé mucho de la vida de mi padre —dijo—. Nunca contaba nada de su trabajo en casa —pero tenía ganas de ayudarme. Hacía muecas de contrariedad y cabeceaba dubitativo. No sabía si echarme una mano o no. Entonces no lo entendí pero ahora sé que ese fue un momento importante en su vida. De pronto, se habían puesto a hervir en su interior sentimientos y resentimientos, recuerdos y deudas pendientes, la prudencia y la rabia, y ganó el afán de venganza. Sonrió amablemente y tomó una determinación—: Hay un hombre que se llama Madurga. Mariano Madurga.

»Fue compañero de mi padre en la Brigada Político-Social prácticamente desde su fundación, desde que entraron en Barcelona las tropas de Franco. Es muy mayor ya, pero tiene buena memoria y, sobre todo, conserva muchos documentos, escritos, cartas, declaraciones, e incluso una especie de memorias de mi padre. Vino a verme con la intención de vendérmelos, pero a mí no me interesa hurgar en el pasado. A lo mejor a ti te convengan.

Me proporcionó el teléfono y la dirección de Mariano Madurga. Y, cuando se lo agradecí y le estreché la mano y ya me iba, me retuvo y me miró de manera muy significativa para decirme:

—No le digas que te envío yo. De ninguna de las maneras. Si sabe que te envío yo, no te dirá nada. Telefonea al Departamento de Prensa de la Jefatura de Vía Layetana y habla con uno que se llama Gracia. Dile que estás escribiendo un libro y que te gustaría hablar con Madurga, que te dé su dirección o su teléfono. Siempre podrás decir que lo has encontrado a través de Gracia.

Asentí. Sonrió. Me soltó la mano.

Recuerdo que fui a visitar a Mariano Madurga el martes 13 de enero del 76. Martes y trece. Simbólico. Vivía en un edificio muy grande y muy antiguo de la parte baja de las Ramblas, cerca del restaurante Amaya y del frontón Colón. A partir de media tarde, aquellas aceras se llenaban de fulanas aburridas, vendedoras de tedio, y en el centro del bulevar, al otro lado de la calzada, se apiñaba una muchedumbre de mirones, indecisos o decididos únicamente a mirar, que me intimidaron. Al destacarme de ellos y cruzar la calle, parecía que mi objetivo solo podía ser la contratación de una de aquellas señoritas. Y, cuando pasaba entre ellas ignorando sus miradas, sus chistidos y sus proposiciones, me convertí en bicho raro y sospechoso.

Penetré en aquel portal majestuoso pero sucio y mal iluminado, con artísticas pinturas y molduras ocultas por la roña, y tuve que subir a pie hasta el tercero, porque no había ascensor. La escalinata era ancha y ascendía en curva, pretenciosa, sin duda diseñada pensando en vestidos largos que arrastrasen su cola por los escalones, y por sombreros de copa aristocráticos, y una lentitud mayestática.

Llamé a la puerta, esperé, y me abrió un individuo grotesco. Era un rostro enrojecido por alguna enfermedad cutánea que lo había hinchado y le había apatatado la nariz, de ojillos pequeños, porcinos y lacrimosos, arrugas de amargura que inducían a la compasión, y un peluquín rojizo espantoso, despeinado, como una boina peluda y ladeada. Vestía camisa blanca arrugada y pantalones baratos algo caídos bajo su panza esférica. Me miraba como si mi presencia le diera asco.

—¿El señor Madurga?

—Sí.

—Soy Jordi Gavanza…

Le conté quién era, y qué quería. Escribía un libro sobre tres amigos, uno de los cuales era Miguel Jinete, sobre el cual me habían dicho que él tenía mucha documentación.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Alguien de la Jefatura de Vía Layetana. Me han dicho que trabajó usted con el señor Jinete durante muchos años.

Me escrutaba indiferente.

—¿Quién de Jefatura?

—El señor Gracia, del Departamento de Prensa.

Pensaba y pensaba. No sabía si le gustaba mi visita. Le era útil.

—Pase.

El piso había sido de lujo, pero estaba abandonado, mal iluminado, cubierto por aquella capa de cochambre que parecía característica de todo el edificio. Hacía mucho tiempo que no pintaban sus paredes, y hacía más tiempo aún que alguien lo había llenado de muebles caros, pesados y heterogéneos que ahora se iban convirtiendo en antigüedades bajo el polvo y una cantidad agobiante de objetos horteras acumulados con los años. Una concha con el letrero pintado a mano: «Recuerdo de Villagarcía de Arosa». Un cenicero «robado en Restaurante Las Arcadas».

En la gran sala comedor, con dos balcones que se abrían a las Ramblas, a las putas y a los mirones, el televisor era el rey ante un espectacular sillón forrado en cuero negro y, en la mesita al alcance de la mano, una botella de coñac destapada para ganar tiempo y un vaso largo sucio. En el suelo, de madera, había rayas que parecían trazadas con navaja, dos calcetines hechos un burujo y el estallido de un líquido que acaso en el pasado fuese invisible pero que se había impregnado de polvo suficiente como para volverse negro y de textura aterciopelada.

El hombre me condujo hasta la mesa del comedor. Por lo visto, lo había sorprendido poniendo orden en una colección de miles de cintas de cassette. Peret, Los Chunguitos, Julio Iglesias, Mocedades. En medio de tanto pop, distinguí una copa de coñac llena, un lápiz de labios y una cajita redonda de polvos de cosmética.

Le volví a contar lo que deseaba. No podía relatar la vida de mi padre y de Víctor Luys sin contar la de Miguel Jinete.

Me escuchó en silencio, indiferente y hastiado, tal vez pensativo.

Por fin, dijo: «Un momento», se levantó y salió de la habitación. Yo me quedé solo con las cintas de cassette. Triana, José Luis Perales, Manolo Sanlúcar. El bimbó de Georgie Dann.

Oí cómo marcaba un número en un teléfono del pasillo y cómo preguntaba de pronto, con un susurro estridente:

—¿Eduardo Jinete? —sí, hablaba con Eduardo Jinete—. Soy Madurga. Bueno, hoy ya es el ultimatun —dijo «ultimatun», con ene—. Quiero saber si ha reconsiderado mi oferta. Le advierto que tengo la posibilidad de hacer público todo lo que sé de su padre. Pues está muy equivocado. Hay gente interesada. Gente dispuesta a pagar mucho dinero por lo que yo sé. Está usted loco, señor Jinete. Si yo cuento lo que sé, la memoria de su padre quedará embarrada para siempre. Tengo papeles, tengo documentos.

En ese momento comprendí que al hijo de Miguel Jinete le daba completamente igual que saliera a la luz el pasado turbio de su padre. Más aún: se me hizo evidente que Eduardo Jinete tenía cuentas pendientes con su padre y quería que su vida fuera conocida por todo el mundo. A eso respondía la mirada zozobrante, la duda trémula que pude observar en el cementerio, justo antes de que me escribiera la dirección de Mariano Madurga en un papel.

Eduardo Jinete quería poner el cadáver de su padre desnudo ante la sociedad y adiviné que hacía tiempo ya que Madurga le estaba proponiendo el chantaje y el hijo de Miguel lo estaba provocando para que sacara a la luz los papeles que tenía. ¿Pero qué iba a hacer aquel desgraciado de Madurga? Era incapaz de escribir un libro y no sabría ni cómo conseguir una entrevista con un periodista. Ni cómo convencerlo de que la historia de Miguel Jinete podía interesarle a alguien. Mi aparición no podía ser más oportuna. Yo representaba la solución perfecta. Para Madurga, que podría obtener un dinero por sus secretos, y para Eduardo Jinete, que vería cumplidos sus sueños de venganza.

Sonó estrepitoso y enfermizo el timbre de la puerta. El dueño de la casa interrumpió su discurso telefónico para decir: «¡Va!». Me levanté y me dirigí al vestíbulo.

El que había llamado era un niño muy pálido, con los pelos de punta, que se llevó un susto al verme y esquivó mis ojos, visiblemente desasosegado.

—Venía a jugar con el señor Mariano, pero si no está me voy —dijo muy deprisa, de un tirón.

Dio media vuelta y huyó a toda prisa escaleras abajo. Me dejó desconcertado, con un suspiro en el pecho, y regresé a la mesa cubierta de cassettes, Lorenzo Santamaría, Lole y Manuel, Massiel, con aquel lápiz de labios y polvos de maquillaje.

Me senté y pensé que tenía miedo, que quería salir de allí cuanto antes. Despavorido como el niño que venía a jugar.

Madurga regresó al fin al comedor.

—¿Quién ha llamado? —me preguntó.

—Un niño —le comuniqué, clavándole la mirada entre ceja y ceja, con la esperanza de discernir una chispa de perversión—. Decía que venía a jugar.

Madurga se sentó junto a la mesa, se acodó en ella y me preguntó:

—¿Cuánto pagaría por esos papeles?

—¿Cuánto me pediría usted?

—Tenía la medalla de plata, la roja y la blanca al mérito policial, lo que significa una pensión del diez por ciento y el quince por ciento del sueldo, que no es moco de pavo. Y la Cruz de Caballero de la Orden de Cisneros, la Cruz del Mérito Militar, la Encomienda de Alfonso X el Sabio y qué sé yo cuántas más. No estamos hablando de un bofia de tres al cuarto. Y lo que tengo yo en esas carpetas es dinamita pura —probó—: Cien mil pesetas.

Iniciamos el regateo.

Pasadas las fiestas, cuando fui a Editorial Bruguera y tuve la entrevista con el editor argentino que me preguntó: «¿Por qué los Tres del Pompeya? ¿Qué es el Pompeya?», después de transmitirle mis pretensiones, adoptó de nuevo aquella expresión de pasmo que tenía tan ensayada.

—¿Cincuenta mil pesetas? —exclamó—. ¿Me está pidiendo un adelanto de cincuenta mil pesetas por un libro que todavía no ha empezado a escribir?

En Bruguera eran tiempos de generosidad y derroche. El grupo de jóvenes ejecutivos agresivos que acababa de irrumpir en la quinta planta se había propuesto dignificar a golpe de talonario aquella editorial especializada en tebeos y novelitas de a duro. Habían creado una colección de novela policiaca a imagen y semejanza del Séptimo Círculo de Borges y Bioy Casares, y más adelante comprarían la Crónica de una muerte anunciada de García Márquez por una cantidad exorbitante para la época. De momento, se iniciaron en su magnanimidad concediéndome las cincuenta mil pesetas necesarias para comprar los documentos de Mariano Madurga.

11

El grupo de afinidad «Progreso Hoy» se reunía en el bar El Tranvía de la calle Cortes, esquina con Urgel, muy cerca del piso donde vivía mi padre con el abuelo, tío Cándido y tío Ernesto.

Mi padre y Víctor asistieron a unas cuantas de las reuniones que se celebraron durante aquel tórrido verano de 1920 y, si al principio iban con recelo y molestos por las manipulaciones de su amigo Miguel, pronto se relajaron y se lo tomaron a la ligera. Porque a Víctor le resultaba muy fácil disculpar a cualquiera, y más si se trataba de su hermano del alma, y porque mi padre aún hablaba con acento porteño y tenía tendencia a compararlo todo con los enfrentamientos sociales que se vivían en la Argentina de Yrigoyen.

Para ir a encontrarse con los compañeros de la célula, Miguel se quitaba la corbata, se colgaba la chaqueta del brazo y se despeinaba un poco. A Víctor y a mi padre les daba risa ese cambio de imagen. Fruncía el ceño de manera muy estudiada, entraba en el bar de súbito y se precipitaba al

rincón donde le esperaban sus correligionarios como si todo fuera muy urgente.

En un principio, eran tres estudiantes, jóvenes, sesudos, trascendentales y con gafas (Guitard, Ussía y Segura) que, sumados al Trío del Pompeya, formaron un grupo de seis que pagaban la cuota reglamentaria, diez céntimos, cinco de los cuales iban destinados al periódico Solidaridad Obrera.

Después de sentarse y de pedir algo de beber, generalmente una cerveza, Miguel decía con gravedad: «Salve, camaradas», a lo que todos respondían: «Salve», y comenzaba con un pequeño exordio compuesto con palabras y conceptos de Juliol. «Nuestro objetivo son los tres ochos, ocho horas de trabajo, ocho horas de sueño, ocho horas de diversión e instrucción, pero no olvidemos jamás que nuestro objetivo no es el de mejorar las condiciones de trabajo sino el fin del capitalismo para implantar una sociedad sin clases…». O bien: «No debemos permitir que se hagan horas extra mientras haya compañeros en paro…». O «No podemos fiarnos de los políticos, que fatalmente nos traicionarán…». O el discurso basado en el concepto de que, si el obrero está satisfecho, su espíritu revolucionario se duerme.

A continuación, Guitard, el ideólogo, solía leerles algunos párrafos significativos de autores esenciales como Kant, Spinoza, Bakunin, Kropotkin o Proudhon. Sus dos compañeros, Ussía y Segura, lo idolatraban. Ussía sabía mucho de casi todo y creía que debía demostrarlo a cada momento.

—Hoy vamos a leer un fragmento de la obra de Bakunin… —empezaba Guitard, por ejemplo.

Y Ussía intervenía:

—Ah, sí, Bakunin. Miguel Bakunin, filósofo ruso que sentó las bases del socialismo libertario. O, más bien, anarcocolectivista porque fue Kropotkin quien se adjudicó el término socialismo libertario como crítica al anterior…

Segura, en cambio, siempre tenía preguntas que hacer. Y solía añadir el adverbio «exactamente» al interrogante:

—¿Pero cuál era exactamente su postura ante el concepto marxista de la lucha de clases, por ejemplo? ¿Y en qué se diferencian exactamente el anarcocolectivismo y el socialismo libertario?

—¡Bueno, vamos a ver! —Miguel tenía que poner orden—. Dejémonos de interrupciones que, si no, no vamos a terminar nunca. Lee, Guitard.

Mi padre y Víctor a duras penas podían contener la risa.

La célula inicial resultaba demasiado intelectual e inane y distante de la clase obrera, de manera que incorporaron a otros cuatro miembros, Sifrot, Súñer, Sánchez y Fábregas, que aportaban la rudeza de la mano de obra explotada. Sifrot era el dueño del bar, simpatizante de la causa, que empezó sentándose con ellos para ver qué hacían y terminó sumándose a las discusiones. Súñer, barrendero, era un hombrecillo calvo que escuchaba atentamente, asentía con su gran cabeza y, si tenía que decir algo, se mostraba dispuesto a cualquier cosa.

—Si hay que hacer la revolución, se hace y ya está. Vosotros decidme lo que tengo que hacer.

Sánchez y Fábregas, obreros de la construcción, eran más entusiastas. Sánchez pedía armas:

—¿Dónde están las pistolas, los revólveres? Vamos a incautar algo, ¿no? ¿Y bombas? ¿Tenemos dinamita? —medio en serio, medio en broma.

—Ahora estamos en período de instrucción, Sánchez —le decía Miguel—. Ya vendrá la hora de las armas. Tú estate atento a Guitard. Sigue, Guitard.

Guitard continuaba la lectura de Bakunin:

—«… Si existiera realmente una identidad sustancial entre el cantón de Tesino y Lombardía, no hay duda alguna de que Tesino se uniría espontáneamente a Lombardía. Si no es así, si no siente el más leve deseo de hacerlo, ello demuestra simplemente que la Historia real —la vigente de generación en generación en la vida real del pueblo del cantón de Tesino, y responsable de su disposición contraria a la unión con Lombardía— es algo completamente distinto de la historia escrita en los libros…»

Fábregas era un soñador:

—Cuando hagamos la revolución, me voy a comprar uno de esos automóviles franceses, un Peugeot, o un Citroën, de esos que llaman limusinas, y me veréis circulando por el paseo de Gracia, fumando un purazo de esos…

—Que no, coño, que no es eso —le corregían Miguel o Guitard.

—¿Cómo que no es eso? ¿Qué pasa, que ya no vamos a fabricar limusinas? ¿Y los obreros que trabajan en esas fábricas, qué? ¿Todos a la calle? Y, si construimos limusinas y no las usamos nosotros, ¿quién las va a usar?

Fábregas tenía la virtud de hacer preguntas que Ussía y Segura no sabían cómo responder. De eso se encargaba Miguel, echando mano de las enseñanzas de Juliol, y sabía hacerlo con su lenguaje llano y comprensible para sorpresa de los estudiantes, que no podían disimular su admiración por él.

—Se trata de construir un mundo mejor, y no podemos hacer nada mejor, ni siquiera bueno, sobre las ruinas de este, que es injusto y cruel y absurdo. Tendremos que partir de cero, y eso hace muy difícil imaginar cómo será el futuro. Tú eres albañil, ¿verdad? Sabes que, si quieres levantar una casa, tendrás que allanar bien el terreno, dejarlo bien liso, eliminar por completo los restos del edificio que había antes, arrancar hasta los cimientos. O, si no, tu nueva construcción te quedará torcida. Injusta, cruel y absurda como la anterior.

Como predicaba la necesidad de sindicación de las mujeres, Miguel también invitó a las esposas de sus compañeros, que en seguida asistieron a las reuniones con más fervor e interés que sus maridos, si eso era posible. Conchita, la de Sifrot, la buena cocinera; Esperanza, la de Súñer, era hermosa y repartía seductoras caídas de ojos a troche y moche; la Reme de Sánchez era inocente como un corderito, con ojos azules que hacían pensar en un ángel un poco bobo; Elisa era

redondita y amable, con aire ido de beata en el rosario. Escuchaba las lecturas de Guitard mientras hacía labor de ganchillo. A partir de su llegada, las reuniones se convirtieron en meriendas en que se bebía café o chocolate acompañado de churros o de galletas caseras que ellas traían. La más hermosa era la Reme, señora de Sánchez, con aquellos ojos azules, pero Esperanza sabía mover mejor las pestañas, en unos parpadeos que parecían promesas de noches locas. Todos pensaban que su marido, el cabezón Súñer, era un pobre infeliz y un cornudo. Solía dormitar durante la lectura, «el hombre, dirá Zaratustra, es un tránsito y un ocaso…», y Sánchez, que era un guasón, lo despertaba de un codazo y le gritaba: «¡Despierta, coño, que te estás perdiendo lo mejor!».

Así se formó, en aquel verano de 1920, el grupo de afinidad «Progreso Hoy». Y su fundador llevaba en el bolsillo el carnet del Sindicato Libre.

Mi padre y Víctor se lo pasaban en grande en aquellas reuniones. Y, en el fondo, los dos pensaban que, si estaban allí, era para impedir que Miguel pudiera hacer mal uso de aquel extraño experimento y de la confianza que aquellas pobres gentes depositaban en él.

12

Un día me llevaron al Boston. Estaba en la calle Aribau, número 50, casi esquina con Aragón, donde ahora hay un Tex Mex, y en 1975 se conservaba prácticamente igual como era en 1920. Las mesas de mármol con pie de hierro forjado, un mostrador con apenas unos pocos apliques de formica, el perchero con repisa en lo alto para los sombreros.

—Aquí —dijo mi padre—, cuando entraban, los del Libre dejaban el sombrero y la pistola.

Lo que me dio a entender que alguna vez había acompañado a Miguel a sus partidas de póquer con los del Libre. Se lo pregunté. Antes de que me respondiera, me pareció que le daba un poco de apuro reconocerlo delante de Víctor, como si lo hubiera hecho a sus espaldas, como si nunca se lo hubiera comentado, premeditadamente.

—Bueno —respondió, evasivo—, alguna vez había venido a buscarlo aquí.

Por eso pudo indicarnos cuál era el rincón que ocupaba la pandilla de Moscoso, y por eso pudo describirnos a los tipos que la componían y el ambiente enrarecido que allí se respiraba. Eran seis o siete y todos vestían bastante bien, la mayoría con sombrero. Moscoso era el que llevaba el vozarrón cantante, gritón y ampuloso, alto y fornido, una mole humana con bigote y cejas espesas y risa ultrajante. Le reía las gracias uno muy pálido llamado Rodrigo, y los acompañaba siempre uno de los que llevaba gorra, al que llamaban el Mahonés, retraído y hosco, con el rostro agrisado por una barba pertinaz que brotaba a los diez segundos del afeitado. Todos eran mayores que Miguel, al que trataban como niñato inexperto, sin ninguna consideración.

—¡Hombre, ya está aquí el Milhombres! —le llamaban Milhomes, en catalán. Todos los de la

pandilla hablaban en catalán.

En uno de sus primeros encuentros, Miguel había cometido el error de contarles una mentira para darse importancia. Que se había encontrado en la calle con tres obreros borrachos y sucios que la habían tomado con él por el brillo de sus zapatos. Que le habían insultado y habían pretendido que se apeara de la acera para dejarles pasar. Era la acera estrecha de la calle de San Pablo. Miguel les plantó cara y acabó sacando la pistola y a uno le dio un golpe en la ceja, que empezó a sangrar, y todos salieron huyendo despavoridos. La pandilla de Moscoso nunca le echó en cara que aquello fuera un invento, pero por la forma en que recibieron la noticia, a carcajadas acompañadas de palmadas en la mesa, era evidente que no le creían.

—¿Qué pasa? ¿Que no me creéis? —decía él, manifestando un desconcierto y un desconsuelo delatores.

—¡Sí, hombre, sí! ¡Venga, Milhombres, siéntate con nosotros y saca el parné, que te vamos a desplumar!

Moscoso se tomaba la libertad de darle cachetes tan cariñosos como humillantes.

En aquellas tertulias se comentaban a voces las afrentas recibidas por parte de los anarquistas y las hazañas propias. Durante el mes de julio, el 6, los activistas libertarios habían matado al cocinero Joan Purcet, que trabajaba en el restaurante Royal; el 8, Moscoso, Rodrigo y un carlista llamado Baldrich al que llamaban l'Onclo se encargaron de Vicens Roig, un cenetista del ramo del agua, en la plaza de Urquinaona. La policía atrapó a l'Onclo y aún no lo habían soltado. El 21, los anarquistas recaudadores de cuotas mataron a Antoni Pons, que quería echarlos de su taller; y el 24, a Joan Casanovas, que quería montar el Sindicato Libre de la Goma. El 4 de agosto fue acribillado en Valencia el conde de Salvatierra, gobernador civil de Barcelona que en más de una ocasión hacía dicho que los atentados eran cosa normal en su ciudad.

—Esos cabrones nos están ganando la partida —rezongaba Moscoso—. ¡Nos estamos durmiendo, joder!

Lo último que faltaba era que los anarquistas los hubieran echado del quiosco de bebidas de la plaza del Peso de la Paja.

Los de Moscoso acostumbraban a ir allí en verano. Se estaba bien, en la terraza, a la sombra, tomando una cerveza fresquita. Aquel había sido su territorio durante el verano anterior. En invierno, habían elegido el Boston para resguardarse del frío pero, con la llegada del buen tiempo, habían regresado al bienestar de la sombra y los refrescos. Entonces, pudieron comprobar que había en el local algunos parroquianos que miraban mal sus expansiones, sus risotadas y las exhibiciones de Brownings y algún tiro al aire para celebrar lo que fuera. Naturalmente, llamaron al orden a los inoportunos y, naturalmente, se encontraron con réplicas desagradables, «si no le gusta a usted mi compañía, ya se está largando con la música a otra parte». Hubo algún cliente que no sabía con quién estaba hablando y se atrevió a plantarles cara. De manera que le pegaron una paliza allí, en medio de la plaza del Peso de la Paja, lo convirtieron en una bola a base de puñetazos, puntapiés y una larga serie de silletazos y, durante unos días, los del Libre pudieron disfrutar de aquel enclave con paz y tranquilidad, «que viene de tranca».

Pero, recientemente, los anarquistas habían reconquistado el lugar. El día 28 de julio, mientras Moscoso, Mahonés, Rodrigo y los otros fanfarroneaban, unos desconocidos se fueron mezclando entre el personal e, inesperadamente, se pusieron a disparar. Cayeron heridos tres del Libre que, en medio de los gritos y la desbandada, replicaron al tiroteo y mataron a un anarquista llamado Restituto Gómez. Todos se alejaron corriendo por las callejas adyacentes, agresores y agredidos. Y al día siguiente eran los anarquistas quienes llenaban el quiosco y, de momento, reinaban allí con desenfado insolente.

Los libros de historia que recrean aquella época de Barcelona mencionan la batalla del quiosco de bebidas de la plaza del Peso de la Paja. En los papeles de Miguel Jinete consta una referencia basada en los comentarios que sobre aquel incidente hacía la pandilla de Moscoso en el Boston y el testimonio de primera mano de la que tal vez fuera la última escaramuza. Aquel día de julio que Miguel Jinete no precisa, Moscoso se había bebido ya más de sus tres coñacs habituales y descargó la palma de la mano sobre la mesa para hacerse oír:

—¡Ya sé por qué nos echaron del quiosco! ¡Porque no teníamos con nosotros al Milhombres, coño! Por eso nos echaron esos descamisados trinxeraires. ¡Me cago en la mar, pues hoy, como hay Dios que vamos a reconquistar la plaza!

Decía esto mientras ponía la mano sobre el hombro de Miguel y le daba sacudones bajo la mirada socarrona de sus amigos.

Miguel había asegurado a Víctor, en presencia de mi padre, que sabía capear el temporal, que sabía evitar las situaciones escabrosas, que sabía nadar y guardar la ropa, que nunca se metía en jaleos, que nunca había disparado el arma, ni siquiera para tirar al blanco. Pero no podía escabullirse eternamente. Tarde o temprano tenía que llegar aquel momento. En las pandillas de bravucones uno siempre acaba teniendo que demostrar su bravuconería. Lo iban a poner a prueba y, si quería seguir con ellos, no le quedaba otro remedio que superarla.

Salieron a la calle y se dirigieron a los dos Citroën que los esperaban enfrente. Moscoso exclamó:

—¡No, no! Dejad que sea Miguel quien conduzca, que dice que él ya sabe. Venga, demuéstranos que sabes conducir, Milhombres.

Decididamente, aquel era el día de su iniciación. Miguel agarró la manivela, como había visto que hacía el conductor de la pandilla, y los otros lo rodearon, Moscoso desafiante. Era evidente que nunca habían creído que supiera conducir y esperaban su primer error con las risotadas y las palabras humillantes bailando en sus labios.

Miguel encajó la manivela en el morro del automóvil, le imprimió dos giros enérgicos y el motor se puso en marcha. A continuación, corrieron todos a los asientos del Citroën, montaron en él, Miguel al volante, Moscoso a su lado. Y comenzaron a avanzar, lentamente primero, quizás con alguna sacudida inesperada, pero luego cada vez más a prisa, más a prisa, con toda seguridad. Y Miguel Jinete, según cuenta en sus escritos, recibió una estrepitosa ovación.

—¡Coño, pues sí que sabe conducir el Milhombres!

Siempre que podía, Miguel iba al encuentro de mi abuelo, a la plaza de Cataluña, donde solía esperar que lo contrataran, y le pedía que le enseñara a conducir. Y, si mi abuelo no tenía trabajo, le permitía dar un par de vueltas a la plaza.

Fue un corto trayecto por la calle de Muntaner abajo hacia la ronda de San Antonio. Ahí estaba la irregular plaza del Peso de la Paja, como un mero ensanchamiento de la ronda. Dejaron los dos automóviles a prudente distancia, en la plaza de Goya, accionaron las automáticas para colocar la primera bala en la recámara y se apearon, cuatro de cada automóvil, ocho hombretones sacando pecho, avanzando decididos por la acera de la derecha de la ronda, escrutando con ojos entrecerrados.

Pero no escrutaron lo suficiente. Mientras cruzaban la calle, Miguel se fijó únicamente en un hombre mal afeitado que estaba apoyado en un árbol, y en otro que parecía distraído mirando el escaparate de una ferretería. Los dos hicieron movimientos bruscos, uno metiendo la mano en la chaqueta, el otro buscando en el bolsillo del pantalón. «Ese va a sacar una pistola», pensó Miguel. Y se precipitaron las cosas.

Es curioso cómo lo expone Miguel Jinete en su escrito, por riguroso orden alfabético:

Abuela sentada en banco, petrificada, desmigando pan.

Bandada de palomas que se desvanecen alborotadas.

Cristales de los escaparates pulverizados.

Chillidos de mujeres.

Dueño del quiosco bajo el mostrador.

Estallido de botellas en los estantes.

Frenazos de los automóviles que ven invadida la calzada por la desbandada.

Gritos de hombres.

Horror en los balcones.

Impactos secos contra los troncos de los árboles.

Jadeos de pánico.

Kermese de explosiones centelleantes.

Ladridos de perrito feroz.

Mesas y mármoles y refrescos y vasos por los suelos.

Niebla acre.

Ñoñería gimoteante del timorato.

Onzas de plomo rebotando en los adoquines.

Petardeo ensordecedor e interminable.

Quebraduras en las paredes.

Rodrigo corriendo como un gamo, disparando sin mirar.

Silbido rabioso de las balas.

Transeúntes boca abajo en la acera cubriéndose la cabeza con las manos.

Ulular de un niño espantado.

Vibraciones de muerte en el aire.

Whisky, coñac, anís y cazalla de las botellas rotas lloviendo sobre la camisa nueva del quiosquero.

Xilófono de objetos metálicos rebotando sobre las baldosas.

Y de pronto todo se termina.

Zas, y silencio. Zas.

El desierto, el silencio, el «¿Ya está?», las manos que se apartan de las cabezas con cautela, miradas medrosas que se aseguran de que realmente ha pasado el peligro, el más valiente que se levanta y se sacude el polvo del pantalón, la primera voz de protesta: «¡Siempre estamos igual, hombre, esto no puede ser!», las palomas que regresan por las migas de pan que les dará la viejecita en cuanto salga del estupor, el perrito feroz que deja de ladrar, el dueño del quiosco asomando la nariz por encima del mostrador.

Miguel Jinete es despiadado consigo mismo en el relato de este episodio: «Corrí como un conejo», escribe.

Todos corrieron como conejos, en realidad. La banda de Moscoso se desperdigó por los alrededores, se perdió por las calles de Erasmo, Ferlandina y la Paloma.

No se sabe que se produjera ninguna víctima en aquella refriega. La historia ni siquiera habla de ella. Pero, a partir de ese momento, ya no se menciona la batalla del quiosco del Peso de la Paja que, por lo visto, pasó a ser propiedad exclusiva de la CNT.

Lo peor fue el regreso a la tertulia del Boston, al día siguiente, «¡Coño, mirad a quién tenemos aquí, el Milhombres!», y soportar de nuevo las palmadas demasiado fuertes, los cachetes humillantes, las miradas desdeñosas, el afecto excesivo, empalagoso y falso, «¡Venga, chaval, no te desanimes, que es duro eso de hacerse un hombre!».

—¡Joder, Milhombres, cómo corrías ayer! ¡Corrías como un conejo!

Fue Moscoso quien utilizó aquella expresión. Luego, al escribir sus memorias, Miguel la reprodujo tal cual, «como un conejo». Eso describe perfectamente un aspecto de la manera de ser de Miguel Jinete. Aunque pareciera lo contrario, se fijaba mucho en todo lo que ocurría a su alrededor, lo retenía todo.

Nunca olvidaba.

Se reía en el Boston y decía, tratando de hacerse oír por encima de carcajadas y groserías:

—Ayer todos corrimos, Moscoso, todos corrimos, no solo yo.

13

En la tertulia del Boston en algún momento Miguel presumió de que conocía a la cupletista más guapa del Paralelo, Aurorita Escolá, la estrella del Pompeya. Probablemente incluso exageró un poco en lo referente a su intimidad con ella. Y un sábado de agosto Moscoso y los suyos decidieron ponerlo nuevamente a prueba. Por la noche, se presentaron en el Pompeya con él.

Solo tres del Boston: Moscoso, Rodrigo y el Mahonés. Tres matones sacando pecho y oteando el horizonte en busca de camorra, Moscoso con su bigotazo, Rodrigo pálido como un muerto viviente y el cazurro del Mahonés. Y, junto a ellos, un Miguel descolorido, como un matón de imitación.

Se les cortó el aliento cuando se fijaron en Aurorita Escolá que, en ese momento, estaba cantando El Relicario, gran éxito que Raquel Meller había puesto de moda. «Iba en calesa/ pidiendo guerra/ y yo al mirarlo/ me estremecí…».

Asegura Miguel en su escrito que se les cortó el aliento, con estas mismas palabras. Era asombroso comprobar que aquella belleza conseguía conmover incluso a brutos como aquellos pistoleros del Libre.

—Joder —murmuró Moscoso—. Es una muñeca.

Miguel sabía que Moscoso lo mataría si alguna vez se atrevía a difundir que había pronunciado aquellas palabras. Pero las pronunció. Y se le alteró el aliento. Y el Mahonés, granujiento, resolló:

—Y esos ojos, ¿no le ves los ojos? Son ojos de llorar. A esa tía le gusta llorar.

Ojos tan tristes. La voz delicada, como de cristal, escalofriante y cursi. Vestida de negro con brillos de azabaches, moviendo las manos a un lado y a otro, con suaves oleadas sentimentales,

inconsciente de los centenares de ojos que la observaban con arrobo y en suspenso. Transmitía felicidad, sosiego, comodidad, como si hubiera nacido para cantar y aquellos instantes fueran su medio natural, el mar hermoso, quieto y profundo en el que su vida flotaba apaciblemente algunas horas al día.

Los cuatro arrimaron unas sillas y se sentaron a la mesa donde estaban Víctor y mi padre. Al llegar a la tanda de cuplés, el bandoneón descansaba y mi padre se trasladaba a la zona de mesas servidas por camareras, cerca de la entrada, para hacer compañía a su amigo. Se formó cierto jaleo con las presentaciones, «estos son mis amigos Víctor y Fernando», Moscoso y el Mahonés levantaron demasiado la voz, «¡pues muy bien, hombre, los amigos de mis amigos son mis amigos, coño!», sin ningún respeto por la cantante. Hubo quien chistó exigiendo silencio. Luego, el jaleo de pedir las bebidas a la camarera. Primero el coqueteo con ella, que si cómo te llamas, que si cuánto te llamas, prenda. Tardaron en ponerse de acuerdo. Anís del Mono con agua para todos. Invitó Miguel.

—¿Y esa que canta, quién es? ¿Tu Aurorita?

—Joder, está buena, la tía. ¿Canta La Pulguita?

La Pulguita era un cuplé que había popularizado la Bella Chelito para desnudarse con la excusa de andar buscando una pulga oculta entre las ropas.

Víctor recordaba perfectamente la expresión airada y torva de mi padre. Una mirada furiosa «como pocas veces he visto en él». Una sacudida de rabia proporcional al afecto que sentía por aquella mujer.

Moscoso captó la ojeada y, en consecuencia, provocador, continuó hurgando allí donde dolía.

—¿Y te la tiras tú, Milhombres? ¿Cuál de los tres se la tira?

Miguel forzaba una sonrisa quebrada. Sus ojos eran como un gimoteo.

—Ninguno —dijo, débilmente. Y, para quedar bien con los brutos que le acompañaban—: Todavía.

—¡Me cago en la mar! —gritaba Moscoso, consiguiendo que algunos espectadores se volvieran para mirarle disgustados—. ¡Pues a ver si espabiláis, que os la vamos a quitar!

Víctor se acodó en la mesa. Como siempre, se mostraba amable y conciliador. Muy amable y conciliador. Demasiado amable y conciliador.

—No, no —dijo—. La chavala ya está adjudicada.

—¿Ah, sí? ¿A quién? ¿A ti?

Algún reojo debió de escaparse hacia mi padre que, de pronto, se convirtió en el centro de atención. Pero él ya había dado la batalla por perdida. Intervino Miguel:

—A él y a mí. Nosotros la vimos primero.

Moscoso paseaba la vista de Miguel a Víctor, de Víctor a Miguel, tratando de adivinar su juego. Descartó a mi padre:

—Porque tú no, ¿eh? Tú ya perdiste tu oportunidad.

La atmósfera se estaba haciendo tan densa que los segundos pasaban uno a uno, con dificultad.

—Él es quien tiene más oportunidades —intervino Miguel, solidario—. Es músico de la orquesta.

Pero no cuajó la mentira.

—Si es músico y todavía no se la ha tirado, se le ha pasado la oportunidad. Ahora la niña está entre vosotros dos. Y después nos tocará a nosotros —compartía su opinión con sus compinches —: ¡Porque está buena la tía, ¿no?!

—¡Yo me presento voluntario! —se reía el Mahonés.

Aurorita terminaba el cuplé:

—… que un relicario me voy a hacer/ con el trocito de mi capote/ que haya pisado/ que haya pisado/ tan lindo pie — chis pum.

El público, enamorado e incondicional, premió la actuación con aplausos enloquecidos, gritos y silbidos que se prolongaron cuando salió al escenario el presentador, un caricato que anunciaba con gansadas a la artista siguiente, una señorita exhibicionista.

—¿Por qué no os la jugáis a cara o cruz? —propuso Moscoso—. Si no es para el músico, será para ti o para el Milhombres. Vamos. Y la invitáis para que venga a la mesa. El que gane se la tira primero. Luego, el otro y, después, nos tocará a nosotros —salió al paso de las miradas encendidas de mi padre—: ¡Que es broma, coño, que en este país lo que falta es sentido del humor, joder! ¡Venga, aquí tenéis una moneda!

Echó una moneda de diez céntimos que tintineó sobre la mesa, entre los vasos de anís aguado.

Víctor tardó unos largos segundos en tomar una determinación. En ningún momento había dejado de sonreír pero, al cabo de ese lapso de tiempo, su rostro se iluminó un poco más. Aceptó, «de acuerdo», y a mi padre aquellas palabras le sonaron como un insulto. Cogió la moneda de encima de la mesa y se volvió hacia Miguel dando por supuesto que también aceptaba.

—¿Quieres lanzarla tú? —preguntó.

—La echaré yo —se ofreció Moscoso.

—No me fío —Víctor buscó alrededor. Localizó a un niño que en aquel momento cruzaba el bar, procedente de la sala donde se jugaba a las siete y media, con una caja llena de billetes de banco. Las propinas. Le llamó—: ¡Chinchín!

Chinchín era el hijo de Chencho, el encargado del local, Crescencio Ramos. Con frecuencia andaba por allí el muchacho recogiendo vasos de las mesas o las propinas de la sala de juegos. Aunque no tendría más de ocho años, le gustaba bromear con las camareras.

—Ven un momento, chico.

—Tengo que llevarle esto a mi padre.

Nada desviaba al niño de su misión. Cumplió con su deber y, después de consultar con Chencho, se aproximó con aprensión a los seis señores vociferantes. Era un niño de ojos grandes, negros y espabilados. El hombre de la nariz grande tenía una moneda de diez céntimos en la mano y le decía al otro:

—¿Qué pides tú, Miguel?

—Di tú.

—Cara.

Miguel dijo «Cruz».

Víctor le entregó la moneda al niño.

—Tírala al aire, a ver si sale cara o cruz. Luego te la puedes quedar. ¿Sabrás hacerlo?

Al chico le pareció bien el trato y no se hizo de rogar. No era la primera vez que jugaba a aquel juego. Lanzó la moneda a lo alto haciéndola girar en el aire, la recogió en el dorso de la mano izquierda y la retuvo y ocultó con una aplastante palmada de los dedos de la derecha. Visto y no visto. Ahí estaba la moneda, oculta por sus deditos. Esperó.

Víctor miraba ilusionado a Miguel, Miguel miraba angustiado a mi padre, mi padre miraba a Moscoso con rencor, Moscoso miraba con codicia la mano de Chinchín.

—A ver.

El niño levantó los dedos de su mano derecha.

La moneda de cobre, sobre el dorso de la izquierda, mostraba la efigie de Alfonso XII, por la Gracia de Dios y la fecha 1878.

Cara.

Víctor soltó una de aquellas carcajadas con que solía celebrar los chistes de mi padre. En aquel momento, era un triunfador, el triunfador absoluto por encima de los otros cinco hombretones que compartían con él mesa y anís aguado. Se puso en pie.

Mi padre lo miró y, años después, muchos años después, cincuenta y cinco años después, Víctor recordaba todavía el dolor agudo que vibraba en aquellos ojos, el desengaño, la ofensa, la humillación, y mi padre confesaba que tuvo que hacer un gran esfuerzo por no doblegarse al

llanto.

Pero así es el juego, y en el amor y en la guerra todo vale, y hay que saber perder y, al fin y al cabo, mi padre ya hacía días que había renunciado a Aurorita Escolá. La suerte había favorecido a Víctor, de manera que fue este quien se puso en pie como un vencedor y apoyó las manos sobre la mesa para aproximar su narizota a los rostros de Moscoso y de Miguel.

—No me gusta que me miren mientras trabajo —susurró—, de manera que ya os estáis largando. Miguel, llévales al Café de las Siete Puertas, que dice que hay un cómico muy divertido que se llama Alady y una bailarina a la que llaman la Bella Aspirina. Dejadme a solas con Aurorita y los dos nos reuniremos con vosotros allí y os la presentaré. Si os portáis bien.

No admitía réplica. Era el ganador y él imponía las reglas. Miguel, con cara de nada, fue el primero en ponerse en marcha, «de acuerdo, vámonos», y con él lo hicieron Moscoso, Rodrigo y el Mahonés.

—Yo no voy —dijo mi padre, rotundo—. Tengo que actuar otra vez.

Pero su tono indicaba que no iría nunca, de ninguna de las maneras, que jamás se uniría a semejante tropa y, probablemente, tampoco a Miguel y a Víctor. Allí terminaba la broma.

Se fueron los del Sindicato Libre con Miguel, y mi padre, alegando que pronto le tocaría actuar de nuevo y que quería ensayar un poco, se alejó con paso cansino y desapareció por alguna puerta donde se advertía que estaba prohibido el paso.

Víctor se quedó solo para iniciar el asedio de Aurorita Escolá.

Ahí estaba ella. Muy seria, con su vestido negro brillante de azabaches, que fuera del escenario parecía de luto, bebiendo algo sin alcohol en compañía de unos señores y señoras que seguramente eran de su familia y estaban allí para protegerla de los impertinentes.

Víctor se alisó la ropa, se metió la gorra en el bolsillo, se atusó el pelo, se acercó a la mesa con paso firme, se inclinó hacia la hermosa mujer de los ojos tristes y se presentó:

—Discúlpeme, señorita. Me llamo Víctor Luys y quisiera hablar con usted un momento. Soy amigo de Fernando Gavanza, el bandoneonista.

Ella lo miró a los ojos. A la nariz. Y le gustó lo que veía.

14

Víctor llegó tarde a la cita con Miguel y sus amigos del Libre en el Café de las Siete Puertas. Habían bebido de más y habían entrado en ese estado de fatiga alcohólica que reblandece los

músculos a una hora determinada de la noche. Lo miraron hastiados y más hastiados aún al comprobar que, además de tarde, llegaba solo.

—¿Y Aurorita?

—Lo siento. Debo confesar mi fracaso. He estado hablando con ella, y me ha escuchado, y hemos tomado una copita del estudiante, pero no ha querido venir. Se ha resistido rotundamente. Es una mujer inexpugnable.

—Cuando yo le meta la mano encima, verás si es inexpugnable —comentó Moscoso, aburrido.

—A esa mujer le gusta llorar —comentó el Mahonés—. Tiene ojos de llanto.

—Tú —aseguró Víctor mirando fijamente los ojos del pistolero— nunca le pondrás la mano encima.

Víctor, en el Pompeya, había hablado con Aurorita durante un buen rato. La invitó a anís enturbiado con agua y ella aceptó la invitación y le contó que a aquella bebida ella la llamaba la copita del estudiante. ¿No sabía Víctor que se llamaba así?

Y conversaron y conversaron. Y mi padre, según me confesó otro día, los estuvo espiando desde lo alto del escenario, entre bastidores, con ese masoquismo patético propio de los enamorados que no saben renunciar deportivamente al objeto de su deseo. Vio cómo hablaban y hablaban hasta que lo llamaron a escena.

Se metió en el foso de los músicos, agarró su bandoneón y tocó lo mejor que supo Milonguita («los hombres te han hecho mal») y Una más («Te quiero, me decía el embustero») y Rosa de fuego («porque sus labios quemaban al besar»), y Aurora Escolá los interpretó con aquella vocecita lastimera que ponía nudos en la garganta. En un par de ocasiones, se encontraron las miradas de la cantante y el bandoneonista, y él la esquivó mientras ella parecía querer insistir, como para transmitirle algún mensaje.

Cuando terminaron la actuación y cesaron los aplausos y apareció en escena el cómico de las gansadas, mi padre enfundó su instrumento y se dirigió resuelto hacia la puerta, «mañana será otro día». Le sorprendió que Víctor se interpusiera en su camino, entre las mesas de las camareras. No quería pasar junto a él, pero no le quedaba otro remedio. Apretó el paso. Pero algo lo detuvo. La voz de Aurorita a su espalda.

—Fernando.

Se volvió. La miró. Se miraron.

—He estado hablando con tu amigo Víctor —mi padre, mudo—. ¿Podemos sentarnos un momento?

Víctor me contó aquello un día en que salimos los dos solos y nos sentamos en la terraza soleada del bar Alegría de la calle Borrell para descansar de una larguísima caminata. No quería que estuviera mi padre presente, ni mucho menos mi madre, para poder expresarse con libertad.

Mientras tomaban sus copitas del estudiante, Víctor le había hecho a la cantante un retrato de mi padre enamorado, con todas sus virtudes y su sensibilidad, le describió el sufrimiento de la renuncia al ser amado y su resistencia firme a la resignación y preguntó porqués para los que ella no tenía respuesta.

—No sé exactamente lo que le dije a Aurorita —me respondía, dubitativo, años después, en la terraza del bar Alegría—, pero el caso es que la convencí. Se llevó a tu padre aparte, se sentaron uno frente al otro y no se planteó el noviazgo de sopetón, pero sí que ella le dio una oportunidad. Y tu padre aprovechó aquella oportunidad, puedes creerlo.

Mi padre pegando el grito en el Pompeya, con lágrimas en los ojos. Agarrando repentinamente la mano de Aurorita Escolá.

—¡¿De verdad?! ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿No es una broma?

Se le escapaban ojeadas hacia la mesa donde estaba su amigo Víctor Luys, que se puso en pie lentamente y se encaminó a la salida para dejar en paz a los tortolitos y dirigirse al Café de las Siete Puertas donde le esperaban los pistoleros del Libre.

—No sé lo que dije para convencerla pero sí sé lo que le dijo tu padre. Aurorita se descuajaringaba de risa cada vez que lo recordaba. Le contó un chiste. Yo no tengo la gracia que tiene él pero te diré que se trata de un hombre que se presenta a los padres de su novia y les dice: «Vengo a pedir la mano de su hija», y el padre le pregunta: «¿La mayor o la menor?», y el muchacho dice: «¿No tiene las dos manos iguales?».

—¿Y qué habría pasado —pregunté—, si hubiera salido cruz?

Sonrió y entrecerró los ojos. Respondió mirando a la gente que se apresuraba, que cruzaba la calle, los coches que pasaban.

—¿Y qué habría pasado si yo no hubiera convencido a Aurorita de que prestara atención a tu padre? ¿Si me hubiera enviado al cuerno? ¿Y si Aurorita se hubiera enamorado de mí? ¿Y si yo me hubiera dejado cautivar por ella? No lo sé. Solo puedo contarte lo que ocurrió. La vida pasa. Da igual lo que preveas, lo que desees o lo que temas. Puedes prepararlo todo para que cada día suceda lo que tú quieres que suceda, o puedes dejarlo todo al azar y dejarte sorprender. Da igual. Sea como sea, la vida pasa. Pasa lo que pasa. Y luego lo cuentas y la gente responde «pues claro, como tenía que ser» o dice «¡es increíble, parece mentira!». Cuando te encuentras con algo que te gusta y deseas, estás de suerte, adelante, aprovecha. Si sale cruz, da igual: continuarás viviendo y podrás rectificar y volver a probar. Siempre estás a tiempo de tirar la moneda al aire y ver qué sale. Y siempre hay dos opciones: que te guste el resultado o que no te guste. Y, si te da igual lo que vaya a salir, más vale que dejes de jugar porque quiere decir que estás muerto.

Así hablaba Víctor Luys.

En el Café de las Siete Puertas, se inclinó sobre el cuarteto abotargado que le esperaba y dijo, sin disimular su regocijo:

—Aurorita se ha quedado con el músico —se dirigía a Moscoso—: Ya te dijo Miguel que era el

que tenía más posibilidades.

Y le dedicó un guiño a Miguel, que lo contemplaba perplejo.

—Es un placer hacer feliz a tu padre —me decía Víctor—. Cuando tu padre es feliz, irradia su bienestar como un hogar irradia calor y lo contagia a todos los que le rodean. ¿No lo notaste cuando yo llegué, después de tantos años? Su alegría puso luz en sus ojos, en su risa, en su manera de moverse. De pronto, había más luz en tu casa. Cuando tu padre es feliz, hace lo posible para que todo brille a su alrededor. Cuenta chistes, toca el bandoneón. Canta. Porque tu padre canta muy bien los tangos. Di que no se ha dedicado a eso, pero los canta muy bien. Le llamábamos el Fueye, así, con pronunciación argentina, Fueshe, ¿sabes por qué? Porque en lunfardo, en el argot argentino, al bandoneón lo llaman el fueye. ¡Fueye!

»Era un placer ver a tu padre a partir de aquel día. Cuando volvimos a encontrarnos, me abrazó y me besó en las mejillas. Reía, cantaba, lloraba, saltaba.

Víctor hacía una pausa, emocionado por los recuerdos. Mentalmente, se planteaba alguna cuestión íntima y, después de reflexionar, decidía compartirla conmigo.

—Tu padre amó muchísimo a Aurorita —afirmó por fin—. No puedo decir si la amó más que a tu madre, pero sí que te aseguro que la amó de una forma especial, distinta. Me hace pensar en el amor de tu abuelo por sus mujeres y la forma en que lo vivió, con tanta intensidad y exclusividad. También tu padre se entregó a Aurora Escolá como quien se lanza de cabeza al mar.

»Durante unos días se alejó de Miguel y de mí. En seguida envolvió a la cantante con su entusiasmo y se hicieron novios. Si ella quería resistirse durante un tiempo para observarlo de lejos, apenas dispuso de un par de días antes de verse atrapada por los tentáculos del músico, y llegaron los besos y la pasión y todo eso y no hubo en Barcelona pareja más dichosa que ellos.

»Pasado el primer estallido, volvió a reunirse el Trío del Pompeya, pero con un cuarto mosquetero añadido. Nuestro D’Artagnan era la maravillosa Aurorita. Tu padre quiso compartir su dicha con nosotros y la sumó al grupo para que también Miguel y yo pudiéramos contagiarnos de tanto bienestar.

»Aurora se reveló como una mujer extraordinaria. Curiosa, interesada por todo. Era perfectamente capaz de participar en las gamberradas del Trío, como aquella noche en que fuimos a hacer el resopón al restaurante Can Culleretes y salimos corriendo sin pagar, perseguidos por un camarero, ella levantándose las faldas, la más veloz de los cuatro; pero también era capaz de hablar con entusiasmo de la Olimpíada de Amberes, o dar lecciones magistrales de pintura abstracta o de fotografía. Tu abuelo Alberto la paseaba en su taxi y hasta le dio unas clases de conducir; y la llevamos a las casitas del cementerio para que conociera a mi madre y a mis cuatro hermanos, y estuvo cocinando con ella un bacalao a la llauna insuperable.

»Igualmente, nosotros tuvimos la oportunidad de conocer a los Escolá. Vivían en una casa modesta del barrio de Gracia. El padre, el señor Elías, estaba empleado en una imprenta y, además, tenía en su casa un laboratorio fotográfico donde inmortalizaba a recién nacidos, bautizos, primeras comuniones, bodas y difuntos, y en ese negocio le ayudaba su hijo, que

también se llamaba Elías. El padre se dedicaba asimismo a la pintura moderna y frecuentaba los ambientes bohemios de Els Quatre Gats o las salas de exposiciones de la calle Petritxol. Siempre decía estar preparando una exposción sublime y provocativa, pero no mostró nunca ninguna de sus obras. Su esposa, doña Aurora, era partidaria de la emancipación de la mujer, muy liberal y exigente y, sin duda, llevaba los pantalones de la casa. En la distancia corta, nos intimidaba un poco pero, de lejos, le agradecíamos que dejara a su hija en libertad y le permitiera llegar a cualquier hora de la madrugada, si sabía con quién estaba.

»Un día, fuimos con Aurora al cine Palace. Ponían una película del desierto y dos jornadas de un serial que se llamaba El rugido en la sombra, pero sobre todo nos divertimos muchísimo con la de risa, que se titulaba El casto Casiano. Qué risa tan bonita tenía Aurora. Aguda y contagiosa, y se movía con una especie de frenesí infantil. Las películas eran mudas y un pianista ponía el fondo musical. De vez en cuando, el músico se cansaba de tocar, bajaba la intensidad de su tecleo y el público rugía para protestar: «¡Música, grandul!». Y le descubrimos el boxeo, a donde ella no había ido nunca. Fuimos al Iris Park. Competían Vallespín y Cecil, pesos gallo, por una copa de plata. Nos acompañaron la señora Llusieta Verge Santíssima, y tu abuelo y todo. Qué risas aquella noche, también. Entre Aurorita que se asustaba y daba gritos y se abrazaba a tu padre, pero no podía apartar los ojos del ring, y la Llusieta que no paraba de gritar Verge Santíssima.

»Aquella noche, tu padre se inventó un chiste. El del boxeador que está hecho polvo contra las cuerdas, pero hecho polvo, sangrando por todas partes, magullado, descoyuntado, y entre un asalto y otro se le acerca el preparador y le dice: “Tu contrincante tiene problemas, está aturdido, destrozado por dentro… ¡Es que, por un momento, se creía que te había matado!”.

Mi padre el chistoso. Quién me lo iba a decir.

—Inevitablemente —dijo Víctor—, cuando consideramos que ya estaba preparada para ello, la llevamos a conocer a Juliol.

15

Se hablaba mucho de anarquismo en la casa de la familia Escolá. Ninguno de sus miembros militaba en sindicato alguno pero eran muy críticos con el funcionamiento de la sociedad, creían que pronto deberían cambiar las cosas teniendo en cuenta a los desfavorecidos y el comunismo libertario era la única solución que en aquellos momentos se vociferaba por las calles. Por eso, para Aurorita fue una experiencia significativa conocer a Juliol. Y el Trío del Pompeya daba por supuesto que a Juliol le gustaría conocer a Aurorita.

Cuando llegaron al Centro Libertario del Poblenou, Aurorita lo recorrió como si fuera un palacio real. Se detuvo ante el tablón de anuncios donde se exponían los diversos actos previstos y quería apuntarse a todo: mostró su entusiasmo ante la posibilidad de visitar el Observatorio Fabra y el

Museo del Fomento Regional de Sant Martí de Provençals, incluso de tomar un cursillo de hipnotismo, quería conocerlo todo. La ternura entristeció su gesto cuando sorprendieron al coro de niños del barrio ensayando el himno de los Ateneos:

Ateneus de Catalunya, centres instructius obrers

sou la joia mes preuada del gran carro del progrès…

Juliol andaba por la biblioteca, buscando algo entre los estantes. Cuando llegaron hasta él, acababa de encontrarlo. Un libro. Se dirigió a mi padre y se lo entregó.

—Mira, llegas justo a tiempo porque precisamente estaba pensando en ti. Quería regalarte esto.

Era una gramática catalana.

—Creía que los anarquistas estabais a favor del idioma universal, el esperanto, para entendimiento de todos los pueblos —dijo mi padre.

—Una cosa no quita la otra, amigo Fernando —repuso el maestro—. La patronal está utilizando el idioma para dividir a los obreros, de manera que nosotros debemos usarlo también, pero para conseguir la unión y la complicidad. La Lliga, en catalán, revienta huelgas con sus somatenes organizados, y en catalán aporrea a los que reparten propaganda anarquista. Con eso fomenta la idea de que los catalanes son ricos capitalistas y solo es obrero aquel inmigrante que habla en castellano…

Estaban apretujados en el estrecho pasillo de estanterías llenas de libros y eso había impedido que Juliol viera inmediatamente a Aurora. La atisbó mientras hablaba y sus ojos se llenaron de interés y de vida.

—… Eso da protagonismo a los obreros que acaban de llegar y se conforman con sueldos ínfimos y renuncian a derechos que nunca conocieron en su lugar de origen, y debilita a los obreros catalanes que han conseguido unas ventajas a fuerza de lucha sindical, anarquista y obrera —sin dejar de perorar, se abrió paso entre mi padre, Víctor y Miguel para llegar hasta la mujer más hermosa que había visto en su vida. Aquellos ojos tan tristes—. La Lliga fomenta que los obreros canten de fora vingueren que de casa et tragueren y Catalunya és plena de merda, sort en tenim dels murcians que la netegen amb la llengua. Así, nos tienen divididos, enfrentados los unos contra los otros, quitan poder a los más exigentes y se lo dan a los más ignorantes y conformistas —terminó precipitadamente su discurso—: No, amigo: la lucha es conjunta y, si todos sabemos expresarnos en catalán y en castellano, nadie podrá usarnos a unos contra otros y todos formaremos un todo. ¿Quién es esta chica?

Tendió la mano maquinalmente.

Aurora saludó al maestro de Víctor y Miguel, de quien tanto le habían hablado, como si fuera

una personalidad de fama mundial. Y el maestro, como todos los hombres que tenían el privilegio de contemplar a Aurorita Escolá, se enamoró de ella inmediatamente, y los Tres del Pompeya intuyeron que la iba a mimar mucho más a ella que a cualquiera de ellos. En seguida, Aurora y Juliol se sentaron, pidieron copitas del estudiante («yo la llamo así, ¿no se llama así?») y se pusieron a discutir como si los otros no existieran. Establecieron de entrada los puntos en común. Los pobres tenían el derecho inalienable de proteger su existencia como fuera, por cualquier medio a su alcance, tanto si era legal o ilegal. Una cuestión de defensa propia. El derecho a la vida. Y, para sorpresa de sus amigos, a partir de aquel momento la cantante se expresó con un desparpajo y una ingenuidad que ellos jamás se habrían permitido ante el furibundo anarquista. Dijo la chica que ella estaba de acuerdo en que había que cambiar las cosas, pero no estaba segura de querer una revolución, «es decir, un violento giro de ciento ochenta grados».

—¿Pues qué quieres? —ironizó Juliol, un poco despectivo—. ¿Un suave giro de noventa grados?

—Hay que desmontar un reloj para volver a montarlo y tener un reloj mejor —decía ella, con candidez seductora, bajo la mirada orgullosa del Trío que la apadrinaba—, ¿pero qué pasa, si después de desmontarlo, no sabemos reconstruirlo otra vez?

—Te equivocas. Si desmontamos un reloj, no es para montar otro reloj sino algo completamente distinto. Si desmontamos un sistema capitalista explotador y despiadado, no es para construir otro sistema capitalista mejor ni nada parecido. Si caemos en los errores de conservadurismo burocrático, nos estaremos cavando nuestra propia tumba.

—Pero las piezas son de reloj —objetaba ella, sin ceder terreno pero ávida de aprender—. Quiero decir que las piezas que componen lo que tenemos son hombres y mujeres, con sus pasiones y sus envidias, capaces de grandes heroicidades y de traiciones, codiciosos y generosos, grandes creadores y absolutos ineptos incapaces de hacer nada a derechas. Esas son las piezas, esa es la materia prima, y con ella hasta ahora la humanidad solo ha sido capaz de fabricar un reloj, esta porquería de reloj que tenemos. Y tú pretendes ahora que, con estas piezas, se construya una locomotora. No lo veo. Lo que a mí me parece es que, con piezas de reloj, solo se pueden fabricar relojes. Solo que confío en poder construir un reloj que no sea explotador ni despiadado.

Si hubiera estado discutiendo con otra persona, Juliol ya habría sacado el genio, el puñetazo en la mesa y las palabras gruesas. Incluso cuando debatía de política con el Trío del Pompeya se mostraba intolerante. Aurora, en cambio, con aquel «reloj que no sea explotador ni despiadado», consiguió arrancarle una risa que ni siquiera había aflorado con los chistes de mi padre.

—Tú no te preocupes, relojera —dijo al fin, atreviéndose a agarrarle la mano—, porque estamos ganando la guerra. El Sindicato Único de la CNT ya pasa de los setecientos mil afiliados. Solo en Barcelona tenemos un cuarto de millón de miembros. Vivimos en la capital del anarquismo europeo y aquí haremos que la utopía se haga realidad.

16

12 de septiembre de 1920

Aquel domingo llovía intensamente sobre Barcelona, sobre el Paralelo y sobre el Pompeya. La edificación del music hall era tan precaria como cualquiera de los almacenes del cercano puerto, y el estruendo del diluvio traspasaba techo y paredes y era perfectamente audible incluso desde el foso de la orquesta donde mi padre estaba tocando el bandoneón con la mirada fija en los ojos tristes de Aurorita.

Ella estaba cantando Aquel maldito tango con su voz aguda y cursilona. «… Fui entonces en la cocaína/ mi consuelo a buscar…» La gente que entraba en el local lo hacía precipitadamente, encogida, sustrayéndose a la lluvia del exterior. Cerraba paraguas y se desprendía de gabardinas empapadas. Reían aliviados, como si acabaran de salir de alguna clase de infierno para entrar en alguna clase de paraíso.

Recordaba mi padre los ojos repentinamente desorbitados de la cantante y la boca que se paralizó en forma de o cuando estaba diciendo «… tango que mata y que domina…», en el momento en que Aurorita distinguió el humo que salía de debajo de la gorra abandonada sobre una de las sillas. Lo vio al mismo tiempo que el hombre de la mesa de al lado que, sorprendido por el «olor a trapos quemados», levantó la gorra y descubrió la bomba humeante que allí se ocultaba. Se interrumpió en seco el tango, «¡maldito sea el tango aquel!», y continuó la orquesta inconsciente, por inercia, acompañando lo que de pronto fue un chillido desgarrador.

Mi padre aún tuvo tiempo de preguntarse qué le pasaba a Aurorita, por qué desafinaba de aquella manera cuando más solía lucirse, y comprendió al instante que algo horrible iba a suceder cuando vio cómo la cantante caía de bruces y ocultaba el rostro entre las manos. A continuación, el mundo estalló en mil pedazos.

Esa es la sensación que produce una bomba. Hay ante tus ojos una realidad de personas felices y un decorado ordenado y lógico donde cada cosa ocupa el lugar que le corresponde y, súbitamente, un relámpago cegador te hace pestañear y un estampido instantáneo y fugaz te cierra los oídos como si una daga entrara por tus orejas al tiempo que una granizada enloquecida de piedras y cascotes cae sobre ti como diluvio y, en el segundo siguiente, al salir del parpadeo, el mundo ya es completamente distinto. Se han apagado las luces, se han parado los relojes a las doce y dieciocho de la noche. La oscuridad y un pitido inhumano en los oídos te sitúan en un mundo desconocido y aterrador. Y, cuando alguien prende candiles y cerillas, y puedes empezar a ver y oír algo descriptible, el humo y el miedo ponen en los ojos lágrimas que desdibujan cuanto abarca la vista. Y todo es caos y destrucción, desorden, dolor, seis personas descuartizadas, dieciocho ensangrentadas y aullando, un mundo de mesas patas arriba y sillas astilladas, sembrado de diminutos espejos de la bola del techo, todo ilógico e inadmisible.

—¿Y los bailarines? —pregunté.

Mi padre interrumpió el relato y titubeó.

—No, no había bailarines en aquel momento. No recuerdo que hubiera bailarines. Aurora estaba sola en el escenario.

Alguna vez, a lo largo de mi vida, en reuniones familiares o a partir de alguna imagen aparecida en el televisor, mi padre había contado algo de una bomba que cayó cerca de él pero, hasta aquel momento, yo lo tenía olvidado, confundido entre muchas otras anécdotas de la Guerra Civil o de la Segunda Guerra Mundial que nunca acabé de creer del todo. Cuando me lo relataba aquel día de finales de 1975, en una terraza de las Ramblas, lejos de mi madre, comprendí que nunca me había resultado convincente, un suceso insulso, inofensivo como un petardo de verbena, porque le faltaban detalles y pasión. Le faltaba Aurorita, a quien mi padre jamás mencionó delante de mi madre. Le faltaba el miedo por lo que pudiera haberle sucedido a su adorada Aurora, ese era el detalle esencial que le faltaba, y esa carencia desvirtuaba absolutamente la bomba del Pompeya, porque el espanto de su bomba del Pompeya fue la angustia ante lo que le pudiera haber sucedido a ella y el alivio sobrevino cuando saltó a lo alto del escenario y la abrazó y pudo comprobar que estaba ilesa. Si Aurorita no había sufrido ningún daño, no había pasado nada, todo estaba bien, el mundo volvía a estar en orden.

Luego vendría el horror ante los muertos, los heridos, la sala destrozada, los alaridos, los charcos de sangre, pero (decía mi padre) si tú estás a salvo y tus seres queridos están a salvo (decía mi padre, «ya sé que es terrible decirlo, muy egoísta e inhumano», con cierto pesar, quizá remordimientos), al final resulta que todo está bien.

—Por mal que esté —decía mi padre—, todo está bien.

17

La CNT culpó al Sindicato Libre y los del Libre dijeron que habían sido los anarquistas. La policía actuó rutinariamente y persiguió y encarceló a tantos anarquistas como pudo. ¿Pero quién se lo iba a creer? Los muertos eran de clase obrera. Decía Juliol: «¿Qué anarquista pondría una bomba en el Pompeya?».

Había un policía en el barrio, muy bigotudo y con ojos vidriosos de alcohólico, que se llamaba Arredondo y que, en ocasiones como esta, visitaba a Juliol en el Centro Libertario. Juliol no solía moverse de allí. El policía se plantaba ante su mesa y le mostraba el dedo índice.

—Juliooool —decía, alargando la o.

—No me vengas con hostias, Arredondo —le respondía el anarquista—. Murió gente obrera. Que sabes tan bien como yo que esto es cosa de los vuestros.

El otro asentía con los párpados en una resignada confirmación, amenazaba de nuevo con el índice, como diciendo: «Te tengo en el punto de mira», y la mayoría de las veces se iba sin más. Ocasionalmente, detenía a Juliol, lo llevaba a comisaría y lo ponía en manos de sus compañeros que le pegaban cuatro sopapos antes de aceptar que no sabía nada, que no había podido organizar nada desde aquel rincón del bar del Centro. Otras veces, Arredondo se quedaba con él, se invitaban mutuamente a anís o a cazalla y pasaban el rato comentando que el mundo era una mierda.

—Sí, pero los míos van ganando —decía Juliol en aquella época—. Y, cuando lleguen, te vamos a colgar por los huevos.

El policía respondía con una mueca de mandíbula que significaba, a la vez, que le daba igual, que iba a pasar mucho tiempo antes de que llegaran los de Juliol y que no tenía huevos por donde pudieran colgarle.

Aquella vez no le detuvo. Se sentó al otro lado de la mesa con la fatiga del vencido que ha agotado ya todas sus fuerzas.

—Ya no engañan a nadie —rezongó refiriéndose a ellos, a los pistoleros del Libre.

—Nunca habéis engañado a nadie —respondió Juliol, reuniendo en el plural al mismo policía, a los amigos del policía, y al jefe de la policía Arlegui y probablemente hasta al gobernador civil Federico Carlos Bas.

No consiguieron engañar a nadie. En el Ministerio del Interior ya se estaban hartando de tantos tiros y tanto juego sucio en Barcelona. Alguien se enfrentó a la patronal, que continuaba exigiendo la aniquilación de los sindicalistas por la vía rápida. Había que poner orden en Cataluña antes de que volviera a estallar la indignación obrera. Y el 7 de octubre unos pistoleros del Sindicato Libre (o sicarios de los patronos, o los mismos agentes de policía, que todos estaban en el mismo bando) mataron a un miembro del Sindicato Único de Vaqueros. Y el jueves, 15 de octubre, tirotearon en Montjuïc a uno que había trabajado para el barón de Koening, al que llamaban el Pintor. Corrían rumores de que los del somatén preparaban una matanza indiscriminada de anarquistas. Y, por fin, desde el Consejo de Ministros, llegó el grito de basta ya. Y el gobernador civil Bas estaba de acuerdo en oponerse a los métodos de la patronal.

Ese mismo jueves 15, dos policías de trajes arrugados, bigotes y cejas espesas de pocos amigos, entraron en la tasca y casa de comidas La Tranquilidad, en el Paralelo, junto al teatro Victoria. Era sabido que la clientela de ese local estaba formada por anarquistas y sindicalistas que allí se sentían como en casa. Tan como en casa que solían organizar sorteos de pistolas Star entre la parroquia. Eran frecuentes las redadas y las reyertas, los tiroteos y las carreras en La Tranquilidad. Pero en aquella ocasión, cuando llegó la autoridad, solo se notó su presencia porque calló el niño que correteaba entre las mesas pidiendo una pequeña aportación para la causa, «cinc centimets per a la dinamita!, ¡cinco centimitos para la dinami…!». Nadie hizo el menor gesto para proteger o defender al hombre menudo y escuchimizado que bebía vino en un extremo del mostrador, debajo del retrato de Ferrer i Guàrdia.

—¿Inocencio Feced? —dijo uno de los policías, que se llamaba Ronceño—. Tenga la bondad de

acompañarnos.

En los días siguientes, la policía fue soltando a los anarquistas detenidos, más o menos maltrechos.

18

Durante las vacaciones forzosas que siguieron al atentado, mientras reconstruían el Pompeya, mi padre y Aurorita Escolá estrecharon más sus relaciones. «Que se hicieron novios, vaya», dijo Víctor mirando a mi padre con picardía, como si lo desafiara a contármelo todo, las partes más embarazosas de toda relación, los tocamientos en lugares oscuros, los encuentros en habitaciones ajenas, los besos, la complicidad de las miradas, las bromas de los amigos, el ridículo ruboroso. Entonces comprobé que mi padre no quería hablar de ello. Hurtaba su mirada y se le amargaban las facciones, como si su alma se precipitara en el abismo.

Solo accedió a hablar de paseos por el Salón de Víctor Pradera, o la asistencia a una obra de teatro llamada Els uns se'n porten la fama interpretada por la Compañía Santpere, del padre de Mary Santpere; y la película El casamiento de Jimy, con Douglas Fairbanks, y otra, por episodios, Barrabás, Barrabás, Barrabás, pero incluso eso le dolía. Llegó hasta el incidente del chiste en el café Español, pero no fue capaz de ir más allá. Tuvo que ser Víctor, en aquel paseo a solas, quien me contara el terrible desenlace.

De momento, nada: días felices. Las visitas a Juliol, que siempre acababa citando a Bakunin («al abolir el matrimonio religioso, civil y jurídico, restauramos la vida, la realidad y la moralidad del matrimonio natural basado exclusivamente sobre el respeto humano y la libertad de dos personas: un hombre y una mujer que se aman»), insuflándoles el optimismo de un próximo, cada vez más próximo, triunfo de la clase obrera sobre el capitalismo opresor. Alguna noche en que salieron los cuatro, el Trío del Pompeya más Aurorita Escolá, algo bebidos y cantando «Y responde la niña:/ "Como somos tan pobres,/ los niños, en casa,/ los hace papá."/ Firu-firu-lí, firu-firu-lá». Una excursión al Montseny, llenándose los pulmones de aire puro que olía a libertad y a felicidad. Y aquella velada de boxeo en el Iris Park, donde Miró venció por KO a Alaix en el segundo round, con una la señora Llusieta que no paraba de decir Verge Santíssima y una Aurorita que no quería mirar, que no quería mirar, entre risas de Miguel y de mi padre.

Por aquellas fechas, mi padre entró en casa de los Escolá. Participó en comidas familiares, con tíos y primos a los que era presentado como el xicot de l'Aurorita. El hermano de la chica, Elías, se llevaba aparte a mi padre y le hablaba de política en susurros. Se había formado la idea de que era un anarquista militante, le suponía unos profundos conocimientos sobre teoría libertaria debido a su profesión de músico y a su acento argentino, que lo hacía exótico, procedente de mundos fascinantes, y le pedía consejo con avidez, qué libros tenía que leer, a qué reuniones debía asistir, a quién convenía conocer. Era un chaval de apenas quince años y mi padre le tomaba el pelo. Don Elías y doña Aurora, padres de Aurorita, miraban a su futuro yerno con

admiración porque les parecía maravilloso conocer a alguien que supiera tocar más de un instrumento musical. Para ellos, la música era una forma excelsa de cultura y eran adoradores de la cultura. Con frecuencia le pidieron que llevara a las reuniones familiares el bandoneón o la guitarra.

19

Miguel Jinete entró una tarde en el Boston, tal vez la del 15 de octubre, viernes, o quizá la del lunes 18, después de haber pasado un estupendo fin de semana con sus amigos, y se encontró a Moscoso y los otros más borrachos que de costumbre, más peligrosos por tanto, golpeando el mármol de la mesa con los vasos para dar mayor contundencia a sus protestas indignadas.

—¿Qué pasa?

—¡Que han detenido a Feced, joder! Que dicen que fue él quien puso la bomba en el Pompeya. Que ya no te puedes fiar ni de tus amigos, coño.

Miguel tardó un poco en comprender a qué se referían. Les parecía intolerable que Ronceño hubiera detenido a Feced porque daban por supuesto que los dos eran amigos, porque sabían de buena tinta que Feced trabajaba para la policía, que era un infiltrado entre los anarquistas y servía de confidente. Si lo detenían y lo acusaban públicamente, eso significaba que alguien había decidido acabar en serio con la guerra secreta de la patronal y el Sindicato Libre. Para la policía, un confidente era muy importante y tenían que haber recibido presiones tremendas desde las alturas para echarle el guante.

—¿Pero fue él quien puso la bomba? —preguntó Miguel el ingenuo.

—¡Coño, claro que fue él! —escupió Moscoso con insultante desdén—. Eso es lo peor del asunto. Si destapan que fue él, se sabrá que no fueron los anarquistas, que fue un montaje. Por eso digo que están desmontando el tinglado.

El desaliento abrumaba a los pistoleros del Libre. Comentaban que muchos de ellos, los que tenían más delitos de sangre y se habían significado más, se habían alistado voluntarios en el Tercio Extranjero del general Millán-Astray, con destino a la guerra de Marruecos. Desde que habían echado al barón de Koening del país, se decía que el gobernador civil Bas estaba dispuesto incluso a plantar cara al somatén y al Sindicato Libre. Solo había faltado que el rey Alfonso XIII y el presidente del gobierno Dato hicieran una visita a Barcelona para «resolver el conflicto social».

Hablaban y hablaban los pistoleros («Vienen a por nosotros, joder, vienen a por nosotros») y disparaban miradas significativas en dirección a Miguel, como si estuvieran enfadados con él, como si le echaran la culpa de algo. Y, al fin, el Mahonés le espetó:

—… Y todo por culpa de tu amiguita.

—¿Mi amiguita?

—Espero que ya te la hayas tirado bien tirada porque pronto nos va a tocar a nosotros.

Miguel procuró mantenerse impertérrito.

—¿De qué coño estáis hablando?

—De Aurorita Escolá, la tanguista del Pompeya.

Miguel Jinete resume esta conversación, en pocas palabras, en un documento titulado «Púgiles de despacho». Yo me permito alargarlo y dialogarlo, apoyándome en lo que Víctor me contó. Un joven Miguel Jinete clavado en la silla, sin aliento, asustado por las palabras de sus compañeros de mesa y pistola, y por las miradas que lo taladraban, desafiantes.

—… Hemos sabido que Aurora Escolá se tiró al suelo del escenario antes de que explotara la bomba. Eso quiere decir que lo vio todo, desde allí arriba. Ella vio a Feced poniendo la bomba y solo ella ha podido ir a chivarse a la policía.

«Qué tontería», escribe Miguel en sus papeles.

Y yo supongo que lo dijo tal cual:

—Qué tontería. Cualquiera pudo haber visto a Feced. Los que estaban sentados a la mesa de al lado. Los camareros. Las putas de los palcos. Estos días he hablado con Aurorita y no me ha dicho nada de que viese a Feced ni a ningún otro poniendo la bomba.

—Sí, claro. A ti te lo iba a contar.

Aurora Escolá nunca dijo a ninguno del Trío del Pompeya, ni siquiera a mi padre, que hubiera visto al terrorista.

Decían los pistoleros:

—Maldita chivata. Me cago en la madre que la parió.

—Esa hija de puta nos la tiene que pagar.

En sus papeles, Miguel Jinete escribe «Me c— en la madre que la p—» y «Esa p— nos la tiene que pagar» porque en aquella época las plumas se resistían a las palabras feas.

20

El café Español era sin duda el más grande de España y probablemente de Europa. Sus mesas, en la calle, ocupaban casi una travesía entera del populoso Paralelo barcelonés. En el interior, un conjunto de siete músicos, el Septimino Armónico, amenizaba las numerosas tertulias que se formaban en torno a sus mesas. Allí se reunían excéntricos artistas de variedades, vocingleros asentadores del mercado, discretos gitanos con sus compraventas, bulliciosos aragoneses, siniestros anarquistas conspiradores y policías al acecho. En su sótano se podían contar más de cincuenta mesas de billar.

Decía mi padre que, al entrar en el café, sobre un velador de mármol te esperaba ya la botella de agua y cuatro copas, dentro de las cuales estaba el azucarillo envuelto en papel cebolla, con dos colas retorcidas, como un caramelo. En seguida venía a verte Leandro, calvo y ceñofruncido, zigzagueando entre los numerosos veladores y sus correspondientes sillas, muy serio, como absorto en tremendos pensamientos. Pero, en cuanto llegaba a tu mesa, iluminaba el semblante con una especie de explosión de júbilo.

—¿Qué tomamos, don Fernando?

—Pues lo de siempre.

Se volvía Leandro hacia sus huestes, que esperaban junto a la barra:

— ¡Aboquen!

El grito movilizaba al abocador, un joven de expresión ingenua y acoquinada que corría hasta tu mesa con la cafetera y la jarra de leche.

—¿Café con leche, don Fernando? ¿Unas gotitas? —ofreciendo unas gotas de ron o de anís para alegrar el café con leche.

—No, gracias.

—¿Esperando a la señorita Aurora?

—Pues sí.

El gesto del camarero de momento no significó nada, solo una pausa brusca, como un tropezón involuntario, como si tuviera algo que decir pero no recordara exactamente qué. Un mínimo gesto que quiso pasar desapercibido pero que, una vez adquirido su pleno significado, se grabaría para siempre en la memoria de mi padre.

Luego los cuchicheos de Leandro y el abocador al otro lado del bar, dirigiendo hacia él miradas de soslayo.

Aurora se estaba retrasando. Un cuarto de hora era lo normal. Veinte minutos, veinticinco, ya inducían a que mi padre consultara el reloj de bolsillo y lo cotejara con la gran esfera que presidía la pared de enfrente, qué raro, ya tendría que estar aquí. Y ya pasaban cuarenta y cinco minutos. Cincuenta. Casi una hora.

Dos músicos conocidos llegaron y se sentaron a la mesa.

—¿Qué tal, Fernando?

—Pues aquí estoy, de plantón.

—¿Algún chiste nuevo, Fernando?

—Bueno, yo siempre.

Llegaba corriendo Leandro, haciendo quiebros de cintura entre mesas y sillas, para dar la bienvenida a los recién llegados.

—¿Qué vamos a tomar?

—Café.

—Café con gotas.

—¡Aboquen!

Se acercaba el abocador, Manolo, con una mirada aprensiva rondando a mi padre.

—Espera, espera, Leandro, que ahora nos iba a contar uno de sus chistes.

—A ver.

Se ponía mi padre:

—Este es un tipo que le dice a otro: «Ayer estuve con la muchacha más hermosa que te puedas imaginar…».

Manolo se dirigía a la mesa que mi padre tenía a la derecha, donde un señor mayor, solo, alzaba la voz debido a su evidente sordera, y preguntaba algo que empezaba por «¿No es este el músico que…?».

Mi padre continuaba con aquel chiste que no podría olvidar jamás.

—«… Unas piernas maravillosamente torneadas, tobillos finos, hasta sus rodillas eran bonitas, y mira que es difícil… —dos miradas mal disimuladas dieron en él y rebotaron para fingir que hablaban de otro. Manolo se rascaba la sien para ocultar sus labios, «sí, el del Pompeya»—. Cintura de avispa, un busto extraordinario. Unas manos delicadas…» —ahí se interrumpió, «perdonadme un momento», para dirigirse a Manolo y al parroquiano de al lado—. Perdonen, ¿están hablando de mí?

Sorprendidos, sonrojados, azorados:

—Oh, no, no…

—No, de usted no…

—Hablábamos de…

—Oh…

—¿Sí? —mi padre sabía arquear una ceja mientras la otra mantenía el gesto feroz y así transmitía la sensación de que estaba dispuesto a todo y era muy peligroso—. ¿De quién hablaban?

—De la señorita que canta tangos en el Pompeya. Le hemos visto con ella más de una vez y…

—¿Y qué?

Manolo era un buen chico. Movió la cabeza con una ligera torsión de cuello que equivalía a la toma de una determinación, «sí, don Fernando es cliente, no se lo podemos ocultar, qué pensaría».

—Que no viene la señorita Aurora, ¿verdad?

—No —se prendió la alarma, como un chispazo que deja humo y llama en papeles cercanos.

—No, que a lo mejor está en su casa —¿qué trataba de decir?—. A lo mejor ha considerado más prudente no venir.

El fuego, vivo y luminoso, el humo, la niebla, la asfixia.

—¿Más prudente? ¿Pero por qué? ¿Qué pasa? —la alarma ya era incendio, llamarada colgándose de las cortinas, la sirena de los bomberos.

—A lo mejor, le han llegado rumores. Ayer había unos, allí, en las butacas del fondo, que hablaban de ella.

—¿Unos?

—Unos del Libre —muecas de asco—. Y hablaban mal de ella, como si le tuvieran ojeriza.

A mi padre le fue imposible relatar lo que sucedió a continuación. El episodio del chiste interrumpido ya tuvo que arrancárselo Víctor con cautelosa insistencia y con la seriedad que se reserva para las tragedias que marcan una vida. Mi padre nunca terminó de contar aquel chiste y nunca más lo contó, y solo sé cómo era porque Víctor añadía a la narración aquello que a mi padre se le atascaba en el paladar. Cuando empezaba a decir que salió disparado del café Español, tropezó con su límite y enmudeció. Tragó saliva, desvió la mirada para fijarla en el suelo y cabeceó, cincuenta y cinco años después, como si los hechos hubieran vuelto a pillarle desprevenido.

Víctor dijo «déjalo» y abandonamos la historia con cierto desasosiego, y tuve que esperar a otro día para que el amigo de mi padre, a solas, terminara de ponerme al corriente de los hechos.

Los señores Escolá carecían de teléfono. Había muchos taxis aparcados en el Paralelo. Tomó uno

que lo llevó a Gracia. Aurorita no se encontraba allí. Su familia estaba muy preocupada porque no sabía nada de ella desde que había dicho que iba a reunirse con mi padre. Un accidente de tráfico, el tranvía, un automóvil, una agresión callejera, una bomba, un tiroteo, una equivocación de la policía, los peores presagios. Los hospitales, los dispensarios.

Desde Gracia, mi padre corrió al Centro Libertario de Poblenou, donde solía encontrarse el Trío desde la destrucción del Pompeya. Allí le esperaban Víctor y Miguel. Se quebraron las risas de bienvenida, se esfumaron las bromas, no hubo palmadas ni qué quieres tomar ante la expresión atormentada del recién llegado.

—¿Qué ha pasado?

—Aurora.

Víctor dijo:

—En ese momento, se me llenó el pecho de aire y la cabeza de nada, y tuve la sensación de flotar muy lejos de allí. Un mareo. Un naufragio.

A Miguel se le agrió el gesto en cuanto oyó el nombre de Aurora. Palideció, se le contrajeron los músculos, se puso en pie y dijo:

—No os mováis de aquí hasta que vuelva u os envíe un recado. Dormid aquí si hace falta, si me retraso, pero os quiero tener localizados.

—¿Pero dónde vas? ¿Qué piensas que pueda haberle sucedido? —preguntó Víctor.

Miguel no contestó. Se puso la gabardina gris y el sombrero flexible y salió corriendo a la noche. Ya había oscurecido.

Fue mi padre quien murmuró con labios prietos y supersticiosos:

—Moscoso.

21

Entre los papeles de Miguel Jinete que me dio Madurga, hay una carpeta de cartón marrón, sujeta con gomas elásticas, con una etiqueta blanca donde pone «Púgiles de despacho». Previamente, Miguel había escrito «Mala conciencia», pero lo tachó.

En el interior, hay una colección de papeles de todo tipo, algunos con el membrete de diversos hoteles. En unos folios amarilleados por el paso del tiempo y bajo el título «Mala conciencia. El primero», escrito a mano, de su puño y letra, Miguel relata lo que sucedió aquella noche del

jueves 22 de octubre de 1920.

Como si fueran apuntes para un escrito posterior más desarrollado, se expresa de forma esquemática. Después de referir el rumor que le llegó en el Boston, continúa: «Busco a Moscoso y los suyos. Calle de Sagristans. Hablo con Sales. No sabe nada de ellos. Solo que Rodrigo estaba celebrando su cumpleaños. Digo "corren peligro, les persigue un comité anarquista"…».

Interpreto. En la calle de Sagristans estaba la sede del Sindicato Libre. Miguel inició su búsqueda por allí. Habló con Ramón Sales, el presidente de la Unión de Sindicatos Libres de España. Le aconsejaron que buscara por los locales del Paralelo. Me lo imagino recorriendo la larga avenida, pasando de una acera a otra, bajo las luces deslumbrantes del music-hall Apolo hasta los carteles multicolores del gran teatro Condal, pasando por el Novelty y el Madrid-Concert, preguntando a unos y a otros, porteros y camareros y limpiabotas o vendedores de lotería o tabaco.

—Tengo que encontrarlos con urgencia. Un comité anarquista los está buscando para matarlos.

Siguió la pista hasta un tugurio del peor Barrio Chino. De día, la pestilente calle Migdia estaba llena de pordioseros que esperaban junto al cuartel de las Atarazanas que les echaran las sobras de la comida. De noche, no se sabía exactamente quién pululaba por allí porque escaseaban las farolas de gas. Solo sombras furtivas, como fantasmas, como amenazas inconcretas por los rincones.

En el interior de un local tenebroso, encontró a Rodrigo, aquel pistolero pálido y enfermizo que, junto a la pista, tiraba de la cinta húmeda y larguísima que salía lentamente del sexo de una bailarina desnuda. Ella movía las caderas sinuosa y diabólica. Él dedicaba la proeza al tendido, a sus amigos carcajeantes, a todo el distinguido público que chillaba y aplaudía, felizmente perverso.

Acodado en el mostrador de la entrada, con el sombrero puesto y levantadas las solapas de la gabardina gris, Miguel esperó a que acabara, que disfrutara de los aplausos y las risas y groserías de los presentes. Durante ese tiempo, comprobó que ni Moscoso ni el Mahonés ni ningún otro miembro de pandilla se encontraban en la sala. Rodrigo estaba celebrando su cumpleaños solo. Eso era extraño. Cuando la atención general se apartó de él porque otra cabaretera salía para continuar animando al personal, Miguel se sentó a su lado con gesto de quien acaba de llegar impelido por una urgencia.

—Tienes que venir conmigo. Han herido a Moscoso —Rodrigo le miró con ojos turbios—. Vienen a por nosotros. Unos anarquistas.

—¿Moscoso? —dijo el otro—. ¿Dónde?

Quería asegurarse. Desconfiaba. Él sabía dónde estaba Moscoso, y sabía que no era probable que allí lo hubieran encontrado los pistoleros de la CNT. Miguel pasó la mano derecha por debajo del sobaco izquierdo y le clavó la pistola en las costillas de manera que nadie pudiera percatarse de nada. Sin variar la expresión, murmuró:

—Ahora, nos vamos a la calle. Estoy dispuesto a matarte, cabrón —lo de «cabrón» dicho con énfasis valiente de quien pretende mortificar el orgullo antes de matar el cuerpo—. Si montas

bulla, serás el primero en caer.

—¿Pero qué haces? —protestó el otro, incrédulo, como si sospechara que aquella situación solo era producto del exceso de alcohol.

—Te voy a matar. Como no te levantes ahora mismo, eres hombre muerto.

Para contener el temblor del miedo, Miguel agarrotaba la mandíbula y los músculos del cuello y la voz le salía deforme, seca y tensa, cargada de peligro, convencida de que realmente poseía los redaños necesarios para hacer lo que decía. El susto evaporaba la cogorza de Rodrigo.

—Miguel, hombre, que yo no tengo nada que ver —casi sollozó: sabía perfectamente cuál era el motivo de aquel comportamiento—. Son los otros. Aurorita. Yo no me he querido meter en eso.

—Tú lo has querido —definitivo: una despedida—. Adiós.

Rodrigo se puso en pie casi de un salto. Hizo demasiado ruido con la silla pero el público solo tenía ojos para los pechos que la chica del escenario acababa de descubrir y atronaba la atmósfera con gritos, aplausos y silbidos.

Miguel agarró a Rodrigo de la hombrera y lo condujo tan disimuladamente como pudo hasta la puerta del antro y en seguida pasaron de la penumbra de las luces rojas a la oscuridad de la calle sin farolas.

—Oye, Miguel, no jodas, que yo no he hecho nada…

—¿Tienes el coche cerca?

—Ahí.

El Citroën negro estaba estacionado cerca de la esquina siguiente. Se acercaron a él. Rodrigo metió la mano en el bolsillo. Miguel, muy nervioso, le dio un golpe en la mejilla con la pistola. «Cuidado.» El otro sacaba las llaves del coche, se las entregaba, sumiso.

—Llévatelo —le dijo.

Miguel aceptó las llaves y, sin dejar de encañonarle, mirándole a los ojos, se las guardó en el bolsillo con la izquierda. Le empujó contra el coche estrujándole la pechera de la camisa y le puso la pistola delante de la nariz, para que la viera bien a pesar de la penumbra.

—¡Miguel, coño, si yo no he sido, los he dejado allí, les he dicho que yo no quería meterme en eso…!

Dos hombres discutiendo en el callejón. Nadie los iba a molestar. Era una situación frecuente en aquel barrio.

—¿Dónde los has dejado?

—Miguel, coño… —sollozaba el hombre pálido y enfermizo. Le temblaban las piernas—. Yo no

he querido jugar.

Le golpeó con el cañón de la pistola en los dientes y brotó sangre de las encías, pero no le pareció lo bastante doloroso y volvió a pegar con saña. Más sangre.

—Miguel, por favor…

Enfurecido por la resistencia y envalentonado por su debilidad, Miguel descargó el arma contra la sien de Rodrigo que cayó de rodillas.

—Qué hijo de puta, voy a tener que matarte.

En un escrito posterior, Miguel hablaba de la fuerza que nace de la fragilidad ajena. «Cuando dominas o humillas o anulas a otra persona, no estás destruyendo nada, no eliminas su energía, sino que te alimentas de ella, como si le chuparas la sangre, la vida. La víctima se va achicando porque el victimario crece, y el victimario crece gracias a que la víctima empequeñece, y el objeto se reduce a nada, entonces el sujeto se vuelve todo.» Miguel lo aprendió aquel día. Creció y creció; cuando el otro sollozó, se hizo gigante; y cuando al fin confesó, ya fue todo, como él decía. TODO.

Disparó.

Puso la pistola contra la sien de Rodrigo y apretó el gatillo. El hombre postrado se convirtió en un bulto informe, basura contra la pared de la calle oscura. Basura que un Miguel irreconocible por el sombrero y las anchas solapas de la gabardina metía en el maletero del Citroën rápidamente, a tirones nerviosos.

Luego se puso al volante y arrancó y desapareció el coche del callejón.

Todo esto escrito bajo el título «Mala conciencia».

«El primero.»

22

Aquella noche, según Víctor, mi padre se quebró. Lloró y mostró una rabia y un dolor que sus amigos nunca le hubieran imaginado. Maldijo a Miguel por haberse mezclado con pistoleros del Libre, como si aquella decisión hubiera sido un acto de infidelidad contra él y contra Víctor y, sobre todo, contra Aurora. Hablando con el vaso de vino, recriminó mil veces que hubiera llevado a Moscoso y los suyos al Pompeya. Pero, cuando llegó Miguel, con aquel sombrero flexible, el ala sobre los ojos, la gabardina gris envolviéndolo como una capa, no le dijo nada. Solo le miró como se mira a quien trae la solución de los problemas.

—Venía cambiado —me contó Víctor—. Él también había cambiado aquella noche. Creo que aquella noche todos cambiamos. Advertí perfectamente la transformación de tu padre y de Miguel, pero supongo que yo también debía de estar mutando. Era miércoles, 20 de octubre de 1920, día esencial en nuestras vidas. Nos embargaba esa sensación que suele asaltarnos en los momentos de angustia, como si las horas de diversión, risas y felicidad hubieran sido una estafa o, al menos, una miserable pérdida de tiempo.

Miguel dijo que tenía un coche esperando, les ordenó que salieran de inmediato. Montaron en el Citroën, que de momento nadie entendió de dónde había salido, y él se puso al volante.

Mi padre se sentó atrás, cabizbajo, acongojado, débil, vencido. Ni él ni Víctor sabían dónde se dirigían ni qué se disponían a hacer.

—Ahora veo —me contaba Víctor— a tres jovenzuelos despavoridos y dirigidos por el que se sentía más culpable, el más asustado, el más temerario también solo porque llevaba una Browning en la sobaquera.

En medio del silencio insoportable, dijo mi padre:

—¿Dónde vamos?

Miguel, concentrado en la conducción, no contestó.

—La tiene Moscoso, ¿verdad?

Víctor y mi padre pendientes de lo que pudiera decir Miguel, que se mantenía callado. Abochornado. Para qué contestar, para qué hablar si los tres pensaban lo mismo.

Al cabo de un rato, murmuró entre dientes:

—Ese hijo de la gran puta —con la voz estrangulada por un sollozo.

—¿Pero qué vamos a hacer? —insistía mi padre.

Nada. Silencio. ¿A ti qué coño te parece que vamos a hacer, Fernando?, pero no lo decía nadie.

—¿No tendríamos que llamar a la policía?

—¡Por favor! —gruñó Miguel, impaciente, exasperado—. ¡Ellos son la policía!

—¿Entonces…?

Entonces, Víctor puso la mano en el hombro de mi padre para hacerle callar.

Miguel detuvo el coche junto a la acera.

—Ya hemos llegado —dijo—. Vamos.

Estaban en una calle de Horta, en cuesta, flanqueada por casitas de dos plantas, quién sabe si

refugio de entretenidas. Pasaba un organillero por el cruce. Los niños lo seguían, saltando y gritando, a la espera de que se detuviera y empezara el concierto. La gente saldría al balcón, el organillero llamaría su atención chistando, «¡Pchst! ¡Pchst!», y le tirarían monedas.

Miguel precedió a mi padre y a Víctor hasta un hotelito con veleidades modernistas. Cruzaron un breve jardín con un limonero muerto, protegido por setos ralos y despeinados. Se oían lejos las primeras notas de un pasodoble marchoso y los gritos de alegría del público infantil. Suspiros de España.

Ya ante la puerta, Miguel metió la mano en la chaqueta y extrajo la Browning. Miró a mi padre y se la ofreció.

Mi padre le devolvió una mirada de horror. Parecía a punto de echarse a gritar. Sus ojos decían que tenía muy claro para qué servía una pistola y no quería usarla. Aunque Moscoso hubiera secuestrado a Aurorita, aunque le hubiera hecho lo que le hubiera hecho. Dijo Víctor que fue un instante muy violento. Mi padre tembló, avergonzado por no ser capaz de matar, consciente de que estaba decepcionando a su amigo y, tal vez, de que estaba perdiendo a Aurorita en aquel instante, de que estaba empezando a perderla porque no hacía nada por merecerla. También Miguel se sintió mal porque le estaba pidiendo a su amigo que matara, porque le estaba demostrando a mi padre que no era capaz de matar, porque lo estaba enfrentando a su cobardía.

Víctor decía que la pistola retuvo su mirada y lo hipnotizó, como si nunca hubiera visto un artefacto tan diabólico que no solo servía para matar, sino que sacaba a flor de piel los peores sentimientos de las personas. Y pensó (me contaba) que tenía que agarrar aquella herramienta y usarla él en nombre de mi padre, usarla para redimir a mi padre, pero no lo hizo, no le dio tiempo porque ya Miguel se impacientó y la hurtó a las manos de uno y otro, y llamó al timbre y asumió el protagonismo de lo que sucediera a continuación.

Abrió la puerta Moscoso en persona irradiando felicidad infantil, con una sonrisa babosa y ojos de mañana de Reyes, el torso desnudo, fláccidos los músculos bajo la piel lechosa, bigotazo y cejas anchas de malo de cine. Lagrimeaba porque había estado llorando de risa hasta poco antes. Con serenidad de estatua, Miguel alargó el brazo, le apoyó el cañón de la Browning entre ceja y ceja y disparó sin dudar. Sonó un estampido de los que hacen parpadear y dejan pitidos metálicos en los tímpanos y Moscoso se convirtió en un monstruo y cayó de espaldas.

No hay agujeros limpios en un tiro a bocajarro como aquel. Los gases que salen por la boca del arma se infiltran entre la piel y el hueso y la frente se hincha como un globo y la cara se deforma, los ojos se salen de las órbitas, la nariz pierde su curva, careta grotesca que el hijo de puta se llevó al infierno.

Antes de que el cadáver hubiera dado con la espalda en el suelo, Miguel ya estaba en el recidibor de la casa, ya miraba a un lado y a otro y localizaba al hombre peludo como un oso que aparecía en el fondo del pasillo, con cara de susto, atraído por la explosión. Iba en mangas de camisa, los pantalones mal abrochados, el cinturón suelto. No llevaba zapatos.

Miguel alargó el brazo otra vez, para poner la pistola lo más cerca posible del blanco, y apretó cuatro o cinco veces el gatillo, porque es muy difícil darle a una persona a una cierta distancia. El hombre era el Mahonés, rústico y torpe, y recibió dos impactos en su ancho tórax. El resto de

balas perforó la pared que tenía detrás y pulverizó un objeto de cerámica que desapareció como por arte de magia.

En el papel amarillento encabezado con el título «Mala conciencia», después del relato de la muerte de Rodrigo, el primero, Miguel había escrito: «El segundo, Moscoso; el tercero, el Mahonés; para salvar a Aurora». A continuación, tiempo después, con tinta de otro color y letra más comprimida y puntiaguda, que demostraba que a lo largo de los años había vuelto a leer y a reflexionar sobre aquellas notas, había añadido «Con el beneplácito de Dios». Pero luego lo había tachado.

Miguel recorrió el pasillo con firmeza militar, precedido por la pistola, y se plantó ante la puerta por donde había salido el Mahonés. Víctor vio que echaba la cabeza hacia atrás, como si aquello que veía le hubiera hecho el efecto de un escupitajo en la cara.

Se metió la pistola en el bolsillo y dijo:

—Quédate ahí, Fueye.

Pero mi padre no se quedó ahí. Aunque Víctor le agarró de la manga y trató de impedírselo, él se desprendió de un tirón y se dirigió hasta donde se encontraba Miguel, hasta donde se encontraba Aurorita.

Estaba echada en una cama de sábanas revueltas, desnuda, atada en forma de aspa, a la cabecera y a los pies de reluciente latón. Dirigía el rostro angustiado hacia el rincón del cuarto donde no podía ver a nadie, como si así evitara que la viesen a ella.

Miguel se sentó a su lado y, mientras deshacía los nudos de sus ataduras, le suplicaba con voz temblorosa que dijera a la policía que él había estado en aquella casa, que no le había tocado ni un pelo, pero que había estado con Moscoso y con el Mahonés, «dilo, por Dios, porque si no querrán matarme tanto los del Libre como los de la CNT». Decía: «Di que he estado aquí, te lo ruego».

Mientras Víctor cubría a la muchacha con mantas, y mi padre buscaba su ropa desparramada por todo el piso, y ninguno de ellos sabía qué decir ni dónde mirar, Miguel se hizo con una maleta de cartón que había debajo de la cama y metió en ella las Brownings de los tres pistoleros y la suya propia y anduvo de un lado para otro, abriendo una ventana de la cocina y limpiando huellas.

Por fin, muy avanzada ya la noche y cuando el organillero y los vecinos habían dejado la calle desierta, montaron todos en el Citroën. Por el camino, Miguel no dejó de repetir, suplicante, que la muchacha tenía que decir a la policía que él había estado en la casa de Horta, que no le había tocado un pelo pero que estaba allí, que unos anarquistas los habían atacado de pronto y la habían salvado, que Miguel había escapado por la ventana de la cocina, que eran unos anarquistas quienes la habían acercado a su casa en el barrio de Gracia.

Y la dejaron de madrugada a una travesía de su casa, «no podemos acompañarla hasta la misma puerta, no, no podemos». Magullada, temblorosa, envuelta en una manta, cabizbaja, arrastrando los pies, vieron cómo se alejaba, imagen patética de la humillación y la derrota.

La primera vez que mi padre se había acercado a ella, en la casita, en el dormitorio de la profanación, la muchacha rehuyó sus manos y dijo: «Por favor, no». Solo permitió que Víctor la ayudara a vestirse. Quién sabe por qué. Tal vez porque el contacto de mi padre le hacía pensar en el sexo y eso era lo que más detestaba en aquel momento. Tal vez eso fue lo que los alejó definitivamente. El sexo. El ultraje. La cobardía. La vergüenza.

Es tan frágil una relación.

SEGUNDA PARTE

El hombre de la gabardina gris

23

Mi padre no volvió a ver a Aurorita Escolá.

Intentó visitarla dos veces. La primera, el señor Elías y la señora Aurora le dijeron que su hija no quería salir de su dormitorio, muy afectada por lo sucedido, y que no recibía a nadie más que al doctor. Que ya no iba a volver a cantar, ni en el Pompeya ni en ninguna otra parte. No quería saber nada de los hombres. «Tienes que entenderlo, Fernando.» Que no era nada personal. Que ya le avisarían.

La segunda vez que mi padre arrastró los pies hasta el barrio de Gracia, la casa estaba cerrada y los vecinos le notificaron que la familia Escolá se había mudado a un pueblo de la provincia de Tarragona de donde eran originarios. Ya no lo volvió a intentar.

Se encerró en el piso de la calle Borrell con Diputación y se enfrascó en el estudio de la colección filatélica de mi abuelo. Se acabaron los chistes. Me dijo Víctor que tardó tantos años en oírle contar un nuevo chiste a mi padre que podía recordar perfectamente cuál fue el primero después del aburrido paréntesis. El del borracho y la farola.

En aquella época, se le llegó a oír decir, abrumado por la melancolía:

—Mierda de país. En mi Argentina querida no ocurren estas cosas.

Solo salía de casa para buscar trabajo. Cuando se terminó la restauración del Pompeya y fueron a buscarle, dijo que no pensaba volver a tocar en público si no era para acompañar la voz aguda y cursi de Aurorita Escolá. El mismo director de la orquesta, Pablo Alfaro, fue hasta su piso para tratar de convencerlo y al fin tuvo que desistir. Alegaba que, de todos modos, pronto tendría que dejarlo todo para cumplir los tres años de servicio militar.

Mi abuelo le dijo:

—Tú no irás al servicio militar.

Cabía suponer que estaba dispuesto a pagar las dos mil pesetas estipuladas para librar a los chicos de la obligación castrense. Ese dinero que hacía que solo los pobres se vieran obligados a tomar las armas y usarlas en primera línea de fuego de cualquier conflicto ajeno. Lo aceptó, porque sabía que a mi abuelo le iba bien su trabajo, pero continuó buscando un empleo que no tuviera nada que ver con la música.

Lo encontró en los Grandes Almacenes El Siglo, donde permanecería durante diecisiete años, empezando como dependiente y luego como jefe de sección, muy valorado porque su facilidad para los idiomas le permitía atender a los ricos clientes extranjeros.

Sin embargo, no abandonó la afición por el tango. Cada día, al caer la tarde, para mantener la

agilidad de sus dedos, tecleaba en el bandoneón los arpegios tonales y las escalas mayores y menores. Y tocaba tangos tristes.

Durante el tiempo que tardó en encontrar trabajo y se quedó enclaustrado, la señora Llusieta se acostumbró a bajar a visitarle. Primero, con la excusa de darle a probar aquellas galletitas que terminaba de hacer, tan buenas para la merienda y el desayuno. Luego, simplemente para oírle tocar. «Si a usted no le importa, me gustan tanto estas canciones, y cómo suena el bandoneón…» Las prácticas de mi padre coincidían con la hora en que ella solía pasar el rosario, de manera que terminó dándose la extraña situación de que mi padre tocaba tangos («Dice que el tango tiene/ una gran languidez/ y por eso lo ha prohibido/ el Papa Pío Diez»), mientras ella murmuraba avemarías y Virgo Potens y Virgo Fidelis.

Muy probablemente, la señora Llusieta empezó a visitar el piso de los Gavanza para continuar probando suerte con mi abuelo Alberto, aprovechando que mi padre era más simpático y acogedor, pero pronto desistió de su empeño cansada de tropezar una y otra vez contra la resistencia arisca del viejo taxista, que llegó a espetarle:

—Viudo dos veces, señora Llusieta. Más vale que no baje tantas veces, que traigo mala suerte a las mujeres.

Renunció a un feliz matrimonio pero no dejó de bajar para cuidar a los hombres del cuarto piso, mi abuelo, mi padre y sus dos hermanastros, tío Cándido y tío Ernesto. Y un día les llevó un caldito y otro día un estofadito y otro día unos macarroncitos, y terminó cocinando para ellos un par, o tres, de veces a la semana porque ella, sola, «ya se sabe, siempre acabo haciendo más comida de la que puedo comer».

Otro que se asomaba por el irregular piso de Borrell día sí día no era Víctor. Se ofreció para ir a ver a Aurorita y tratar de hablar con ella y hacerla razonar, pero mi padre no se lo autorizó. «Es evidente que me culpa por todo lo que pasó», decía. «Es evidente que me odia.» De todas formas, Víctor fue al piso de los Escolá en Gracia, pero sin éxito, así que se abstuvo de comentarlo.

—¿Y Miguel? —le preguntó mi padre, un día, con la cautela de quien viola un tabú.

Víctor había visto a Miguel al día siguiente mismo del rescate de Aurorita, en el muelle del Morrot, cuando los dos acudieron al trabajo puntualmente. Se reunieron con la cuadrilla de limpieza, Víctor con el mono de trabajo, Miguel con su traje cortado a medida, afilada la raya del pantalón, perfecto el nudo de la corbata, airoso el sombrero de medio lado. Apenas se cruzaron sus miradas inexpresivas.

—A partir de hoy, os ponéis a las órdenes de Víctor Luys —dijo Miguel—. Yo voy a estar de viaje durante unos días.

No le dirigió la palabra a su amigo. Solo dio media vuelta y desapareció. No lo vieron al día siguiente, ni al otro, ni al otro.

Cuando mi padre preguntó por él, Víctor respondió:

—Precisamente ayer, Juliol me dio noticias —esto sucedía en la última decena de octubre—. Parece que fue a verle uno de la célula «Progreso Hoy».

Mi padre enarcó las cejas. Sabía cómo se había creado aquel comité de acción y lo veía del todo incompatible con Juliol. Le parecía que el viejo anarquista en seguida detectaría que aquellos libertarios eran más falsos que un duro de madera.

Pero así habían sido las cosas. Súñer, el barrendero cabezón, había llegado al Centro Libertario del Poblenou con una actitud de conspirador que hacía extraño que la policía no lo hubiera detenido en su desplazamiento. Se había mostrado extremadamente respetuoso con Juliol, como un neófito ante el Dalai Lama, y le contó que Miguel lo enviaba para tranquilizarlo, a él y a sus amigos. Que estaba escondido provisionalmente. Que lo había detenido la policía por la muerte de tres sindicalistas del Libre, que le habían dado unos cuantos pescozones y lo habían soltado por falta de pruebas y ahora permanecía escondido. Había ido a ver a la célula del bar El Tranvía y les había pedido que hablaran con Juliol, que le dijeran que estaba bien.

Juliol celebró con risotadas triunfales que a Miguel le atribuyeran los asesinatos de tres sindicalistas del Libre. Había leído en los periódicos la noticia de la muerte de Moscoso, el Mahonés y Rodrigo y le hacía muy feliz poder poner al ejecutor el nombre de su querido Miguel Jinete.

—Va por ahí —murmuró mi padre, pensativo y suspicaz— pregonando que ha matado a tres del Libre y haciéndose pasar por anarquista, después de pedirle a Aurorita que dijera a la policía que él formaba parte de la banda de Moscoso.

—Líos de los suyos —sentenció Víctor, renunciando a comprender.

24

Después de acompañar a Aurorita a Gracia y de dejar a mi padre y a Víctor en algún punto del Ensanche, Miguel continuó con el Citroën hasta la parte baja de la ciudad, siempre consciente de que llevaba en el portaequipajes un cadáver y cuatro pistolas en una maleta.

Abandonó el automóvil en el puerto, en un callejón estrecho y oscuro entre dos tinglados. Tiró la maleta al mar. Luego se fue caminando a su casa, al piso caótico y sucio que había encima de la carbonería de la calle de la Vía, y trató de dormir un poco.

A primera hora del día siguiente, jueves 21 de octubre, acudió a su cita con la brigada de limpieza de barcos del muelle del Morrot y notificó el nombramiento de Víctor como jefe de la cuadrilla en su lugar. Luego desayunó y se fue a la sede del Sindicato Libre, en la calle de Sagristans. Preguntó por Sales, el presidente, y se sentó a esperar que llegara.

Sobre las once de la mañana, logró encerrarse en un despacho con Ramón Sales y mantuvieron

lo que Miguel, en sus papeles, resume como «una larga entrevista». Pasado el mediodía, Sales pidió que le preparasen su automóvil e hizo una llamada telefónica. Se trasladaron los dos al edificio del Gobierno Civil, en el Pla del Palau.

Allí los recibió Miguel Arlegui, el jefe superior de policía. Alto y delgado como un vampiro, de cabello blanco y espeso, cortado al estilo militar, sobre un rostro huesudo surcado de arrugas amargas como cicatrices. Miraba, hablaba y se movía como si le diera asco verse obligado a relacionarse con las personas.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Es referente a esos asesinatos… —empezó Sales, protector de Miguel.

—Sí. Moscoso y el Mahonés. Qué.

No habían encontrado todavía el Citroën con Rodrigo en el maletero.

Entre los documentos de Miguel, encontré una libreta con el título de «Interrogatorios» llena de ejemplos de los que había aprendido. Las primeras páginas tenían fecha de 21/10/20 y reconstruían su primer encuentro con Arlegui mediante anotaciones de alumno aplicado. Empezaba diciendo: «Arlegui de pie, yo sentado, él por encima de mí, yo debajo, sometido, él más, yo menos, se pasea y con frecuencia se pone detrás de mí, no puedo seguirlo con la vista, no lo veo, me puede sorprender por la espalda, atacarme a traición, estoy en sus manos».

Miguel Jinete contó su versión de los hechos. Él era amigo de Moscoso, miembro de la banda, afiliado al Sindicato Libre, como podía certificar con su carnet. Se habían llevado a la casa de Horta a una cabaretera del Paralelo, una tanguista, y se estaban divirtiendo con ella. Una fiesta privada. Bah. No. Volvía atrás. En realidad, ya hacía un tiempo que él se estaba tirando a la muchacha y aquel día había decidido compartirla con los amigos.

En ese momento, Arlegui se volvió a Sales, que parecía aburrirse.

—Tú ya te puedes ir. Este y yo ya nos entendemos.

Sales se levantó de la silla, se puso el sombrero y colocó una mano ingrávida sobre el hombro de Miguel. Se limitó a decir, como despedida: «Trátalo bien, es un buen chico», con la mueca que acompaña a las cosas de poquísima importancia; y desapareció.

Cuando se quedaron a solas, Arlegui se frotó los ojos y recuperó el tema de conversación:

—… Habías decidido compartirla con los amigos —«Tuteándome, que da más miedo.»

—Sí, Moscoso y el Mahonés insistían y aquella noche accedí y, bueno, nos estábamos divirtiendo. Y, entonces, llegaron unos anarquistas.

—¿Cómo llegaron unos anarquistas?

—Llamaron a la puerta. Yo estaba en la cocina. Oí que Moscoso decía: «Debe de ser Rodrigo»,

otro componente del grupo…

—Sé quién es Rodrigo.

—Empecé a oír tiros. Yo estaba en la cocina, y me asusté y salté por la ventana a la parte de atrás de la casa, y me escapé corriendo.

—¿Y cómo sabes que eran anarquistas? —se iniciaba un interrogatorio en el que Miguel era sospechoso.

—¿Quiénes más podían ser? Cuando matan a alguien del Libre, son los anarquistas, ¿no? Y cuando matan a un anarquista, es uno del Libre. Esto es una guerra.

—Supongamos que fue el chulo de la tanguista. O sus amigos, o parientes. Que no les gustaba lo que le estabais haciendo a la muchacha.

Comentaba Miguel: «Primera premisa: el declarante miente. El declarante siempre es el primer sospechoso. ¿Por qué ha venido a comisaría a declarar? Buscar alternativas a lo que diga y soltárselas como si fuera la verdad contrastada. Así, le dices que sabes que está mintiendo y que no te va a engañar».

Miguel calló. ¿El chulo, amigos, parientes? Podía ser pero, en todo caso, él no podía saberlo. No podía estar seguro de que eran anarquistas, si huyó por la ventana. No podía tener réplica para aquella suposición. Dejó que el silencio ponderase las palabras del policía y le pareció que la balanza se inclinaba a favor de los anarquistas asesinos.

Arlegui asintió, como aprobando el examen del alumno.

—¿Y qué quieres de mí?

—¿Qué quiero? —Miguel lo miró a la cara y jugó sus cartas—. Luchar contra el anarquismo, eso quiero. Pero no a la manera de Moscoso. La guerra entre los Sindicatos Libre y Único solo sirve para crear confusión. La destrucción del anarquismo tiene que ser cosa de la policía.

—¿Quieres ser confidente? ¿Cuánto dinero crees que gana un confidente?

—No lo haría por dinero. No lo necesito. Soy comerciante, aunque modesto. Tengo una carbonería en el Poblenou, vivo de ella. Lo que quiero es paz en las calles.

—Paz en las calles —repitió Arlegui como si hablara de un ideal inalcanzable—. Y paz en la tierra para los hombres de buena voluntad —añadió, sin alterarse—: Mierda de ciudad. Durante la Gran Guerra se echó a perder. Entró mucho dinero, mucho. ¿Pero quién lo trajo? Mercachifles sin escrúpulos que igual vendían a un bando que a otro, traficantes de armas y de cocaína y de mujeres. Se llenaron los barrios bajos de macarras, ladrones y sicarios. Así nos llegó esa carroña de Rudolf Stallmann o Stillmann, que se hacía llamar barón de Koening. Lo echamos, pero dejó aquí a todos sus gángsters. Esto ya no hay quien lo arregle, joder. Y, para colmo de males, en Rusia las tropas del ejército rojo han vencido a las tropas zaristas de Wrengel. El día 15 cayó Sebastopol.

Para Arlegui ya estaba todo perdido. Ya todo le daba igual. Pero le interesó Miguel lo suficiente como para animarse a formular la siguiente pregunta:

—¿Y qué podrías vendernos ahora?

—Cosas de Moscoso y los suyos.

—Ya lo sé todo sobre Moscoso y los suyos.

—A lo mejor, no.

—Y, además, están muertos —y añadió—: Y bien muertos que están.

—¿Usted sabe algo de la batalla del quiosco del Peso de la Paja? —pregunta ingenua para que él dijera: «Claro que lo sé», y bajase la guardia.

—Claro que lo sé —replicó el policía con desdén.

—¿Y cómo mataron a Pedro Torres?

—¿Pedro Torres? —frunció el ceño. Quizá sabía, pero le daba a Miguel la oportunidad de lucir sus conocimientos.

—Pedro Torres era un obrero de la construcción que fue herido en la batalla del quiosco del Peso de la Paja. Lo llevaron al Hospital Clínico. Moscoso le tenía especial ojeriza porque decía que había herido a un amigo suyo en el quiosco, de manera que fue a esperarle con Rodrigo a la salida del Clínico. Un día de finales de julio, primeros de agosto, cuando Torres salía vendado y maltrecho aún, le pegaron cuatro tiros. No murió. Cargaron con él, lo metieron de nuevo en el hospital, lo operaron de urgencias. Se salvó. Salió de nuevo a la calle el último día de agosto, más vendado y más maltrecho todavía. Moscoso y Rodrigo volvían a estar allí, aguardando, cargados de paciencia. Volvieron a dispararle y esa vez ya lo mataron.

Arlegui esbozó media sonrisa, como si acabara de escuchar una anécdota simpática.

—Sabes mucho de Moscoso y los suyos.

—He sido uno de los suyos. No se dedicaba solo a la CNT, ¿sabe? Cuando necesitaban dinero, robaban bancos o gasolineras, o cajas fuertes de fábricas. Saqueaban pisos y torres de la parte alta de la ciudad.

—Pero ya están muertos.

—Si investiga en la dirección que yo le indico, podrá recuperar botines que tienen escondidos, o que están en los pisos de sus fulanas… y los podrá devolver a sus legítimos propietarios. Joyas, objetos de arte…

Arlegui se sentó. Respiraba complacencia.

—¿Y qué me dices de los anarquistas?

Miguel suspiró.

—También sé cosas. Nací en Poblenou, un barrio de anarquistas, y frecuento el Centro Libertario, conozco a algunos. Me aceptan. Y dirijo una cuadrilla de limpieza en el puerto. Todos sus miembros son de la CNT. Tipos duros, con acceso a armas, tanto cortas como largas.

—¿Acceso a armas?

—Sí, ahora que han prohibido la venta de armas de fuego si no se tiene licencia. No sirve de nada. Desde que Alemania se rindió, por el puerto no dejan de entrar muchísimas armas de contrabando. Sobre todo, la pistola Star, francesa, que la llaman «la sindicalista». Las traen en carguero, o en pequeñas barcas de pesca, o de remos, por las playas de la Barceloneta y Poblenou. Hay quien las roba en las armerías de los barcos, que siempre llevan un buen arsenal.

Escribía Miguel en sus papeles.

«Vi cómo Arlegui se derretía ante mí.»

—Solo tenemos un policía por cada setecientos habitantes —se lamentó—. Y mal preparados. Y mal pagados. Así no hay manera. La mayoría de agentes tiene que trabajar a media jornada, para industriales, para empresarios, para el Libre, y no se lo puedo recriminar. Así no hay manera. Y entonces viene la Guardia Civil y nos pasa la mano por la cara.

—A través de la cuadrilla del puerto, conseguiré contactos entre los anarquistas. Si me deja las manos libres y no los molestan, seguiré la pista de las armas que entran por el puerto. Y, con lo que sé de Moscoso y de los suyos, podrá neutralizar a los hombres del barón.

Arlegui ensanchó el pecho. Casi sonrió.

—Y ahora —dijo «y ahora» como si ya le hubiera concedido un favor y llegara el momento de pedirle algo a cambio—, y ahora, ¿qué le pasó a Moscoso?

—Exactamente lo que le he contado.

—¿Dónde fuiste después de escaparte por la ventana de la cocina?

—De putas, señor Arlegui. Necesitaba desahogarme.

—¿Dónde?

—A un pisito que le llaman la Bombonera, en la calle d’En Carabassa, cerca de Escudellers. Estuve con una que la llaman Dulce —Arlegui le miraba con insistencia y rumiaba la información lentamente, como dicen que digieren las anacondas. Miguel añadió—: ¿Pero quiere que le diga una cosa? Yo no le daría muchas vueltas a ese caso.

—¿Ah, no?

—Moscoso era una mala persona, señor Arlegui. Muy mala.

—Es mi obligación averiguar quién lo mató.

—Sí. Y averiguar quién mató al albañil Pedro Torres, y no sabía que fueron Moscoso y Rodrigo cuando estuvieron montando guardia ante el Clínico días y días y dispararon sin ocultar la cara. Los que mataron a Moscoso fueron anarquistas, y tarde o temprano caerán. Lo que quiero evitar, y usted lo comprenderá, es que molesten a la tanguista del Paralelo… —dejó caer como por error —: A Aurorita Escolá.

—¿Cómo se llama? —pillándolo al vuelo, mordiendo el anzuelo.

—Aurora Escolá —Arlegui lo hubiera averiguado de todas formas—. Me gustaría que no la interrogara, que la dejen en paz. ¿Sabe? Ahora me arrepiento de lo que le hicieron… —ponía Miguel cara de dolor y arrepentimiento. Midiendo cada palabra—. Si yo no hubiera estado tan asustado.

—¿Qué habrías hecho?

—Si yo no hubiera estado tan asustado…

—¿Habrías matado a Moscoso y al Mahonés?

—El caso es que no lo hice, señor Arlegui. ¿Me hará este favor? ¿Dejará en paz a Aurora Escolá?

25

Miguel Jinete se reincorporó a la vida pública el 29 de octubre, en una memorable velada pugilística en el Iris Park. Ferrando contra Torelló, Valls contra Americano y, en letras pequeñas, al final de todo, Jinete contra Goñi.

El día anterior, jueves, se presentó en el Centro Libertario para darle un abrazo a Juliol.

—¡Miguel! ¿Es prudente…? —preguntó el veterano anarquista, emocionado de verle.

—Dicen que sí. No puedo permanecer eternamente escondido. En realidad, ya me detuvieron y no les quedó más remedio que soltarme. Si me he mantenido al margen, ha sido por si acaso, por lo que pudieran averiguar a continuación, una prueba, nuevos testigos, ya sabes lo que es eso. Pero ahora me dicen que estoy seguro, que ya nadie pregunta por mí ni por lo que ocurrió aquella noche…

—¿Aquella noche? ¿Moscoso…?

—¡Schsst! ¿Tú cómo estás?

—Como siempre. Orgulloso de ti. ¿Te has enterado de lo de los rusos? ¡El socialismo ha derrotado a los zares!

Un nuevo abrazo emocionado.

—¿Y Victorino? ¿Y el Fueye? ¿Vienen por aquí?

—Víctor, sí. El Fueye está muy jodido.

—¿Qué le pasa?

—Desde aquella noche. Ya sabes. Aurorita no quiere saber nada de él. Está hundido.

Miguel fue al piso de la calle Borrell.

Llamó al timbre. Mi padre lo vio a través de la mirilla. Latió en el aire la posibilidad de que lo rechazara como Aurora lo había rechazado a él. «Déjame en paz.» Pero no lo hizo. Fue duro. Exigió un esfuerzo visible. Pero abrió. Sin decir palabra, se abrazaron. Y mi padre, en brazos de un amigo, lloró de nuevo.

No hablaron de lo de aquella noche. Apenas una mención, «me han dicho que Aurorita…», «déjalo», y en seguida las novedades tristes de mi padre, «he dejado la música», «¡no me jodas!», «trabajo en los Grandes Almacenes El Siglo, «¿pero qué dices?», y las noticias alegres de Miguel:

—Mañana debuto como profesional en el Iris Park. Ah, sí, señor, no pongas esa cara. Jinete contra Goñi, ahí me verás en los carteles, en letra pequeña pero ya crecerá. Lo organiza el Ateneo Enciclopédico Popular en el Iris Park. Esto del boxeo está en alza en todo el mundo, Fueye. En Francia están como locos desde que su campeón Carpentier noqueó al americano Lewinski, en Nueva York. Es el deporte del futuro, y yo soy uno de los principales valores de este país. ¿Qué te parece? Dicen que pronto van a fundar la Federación Española y quiero ser uno de los primeros afiliados. Estos días he estado yendo a un gimnasio del Raval, uno de verdad, no como el del Centro, y he entrenado, y mi preparador dice que estoy listo para partirle el alma a Goñi. Y mañana quiero verte allí, en primera fila, pidiéndome a gritos que lo mate.

La expresión desolada de mi padre hacía pensar que se identificaba con el pobre Goñi.

—El caso es que mañana pensábamos ir, con Víctor y la Llusieta, a ver el Tenorio…

Habían estado eligiendo entre las seis diferentes versiones que se ofrecían aquel año, como era tradición en las vísperas de Todos los Santos, en los teatros Novedades, Doré, Circ Barcelonès, España, Bosque y Círcol de Sans, y ya se habían decidido por el Doré, donde Anita Adamuz hacía de doña Inés y Manolo González de Don Juan.

—¡Pues lo dejáis para otro día! Mañana os quiero ver a ti, a Víctor, a la señora Llusieta… ¿Todavía le gusta el boxeo a la Llusieta? ¿Todavía dice Verge Santíssima todo el rato? —aprovechó que mi padre sonreía para preguntar—: ¿Cuál es el último?

—¿El último?

—¡El último chiste, coño, Fueyito!

—Ah, No. Se acabaron los chistes, Miguel.

—No me jodas. Se acabó la música, se acabaron los chistes, has dejado de ver a Dulce y Bombón…

—¿Cómo lo sabes?

—¿Que cómo lo sé? No hay más que verte. Estos días he estado escondido en el piso d'En Carabassa. Y esta misma tarde, en cuanto localice a Victorino, iremos a verlas y les haremos los honores, porque esto no puede ser. Deja esta colección de sellos para tu padre, coño. ¡Que tienes veinte años, joder! ¡Eres joven, estás vivo!

Descubrí algo interesante respecto a Dulce y Bombón y su Bombonera de la calle d'En Carabassa. No recuerdo que ni mi padre ni Víctor hubieran mencionado la ubicación exacta del burdel cuando apareció en la relación de los hechos de la noche de 19 de enero del 21, que más adelante relataré. Escribió Miguel Jinete que salían con Ángel Espada de la Bombonera y, «allí mismo, en la esquina d'En Carabassa con Escudellers…». Esa referencia me remitió a un documento muy especial que tenía carpeta propia entre los papeles que me dio Madurga: un contrato de compraventa fechado en 1962 mediante el cual Miguel Jinete vendía el piso segundo, puerta primera, del número 5 de la calle d'En Carabassa. Eso evidenciaba que Miguel Jinete había sido el propietario de la Bombonera, que él había retirado a Dulce y Bombón del burdel donde las había conocido, probablemente había pagado un precio por ellas y las había instalado allí para que trabajaran para él. Eso explica que, entre el 22 y el 29 de octubre se hubiera escondido allí, como dijo. Al fin y al cabo, aquella era su casa.

Llegó Víctor y, al ver que mi padre había aceptado a Miguel (que tenía sus dudas), también lo acogió con un abrazo y con risas. El Trío del Pompeya reunido de nuevo.

—¿Sabéis qué me han dicho? Que, al reconstruir el Pompeya, en lugar de las mesas que había alrededor del escenario, han puesto unos bancos, como de iglesia.

—Qué bárbaro. Te pondrás allí como esperando a que te recen el dóminus vobiscum.

—Bueno, tiene su atractivo. Resulta un poco depravado, ¿no os parece?

Fue feliz el reencuentro con aquellas dos mujeres, Dulce y Bombón, tan hermosas, siempre sonrientes, siempre complacientes y tan sabias en el trato de los hombres. Ellas supieron envolver a mi padre en halagos y perfume… y eso es todo lo que pude obtener de Víctor: que ellas envolvieron a mi padre en halagos y perfume. Supongo que debo interpretar que mi padre, poco a poco, iba volviendo a la vida.

La noche siguiente, Víctor, mi padre, mi abuelo Alberto, la señora Llusieta y Dulce y Bombón se encontraron vociferando frente al ring del Iris Park donde Miguel se enfrentaba a un sujeto más canijo y torpe que él, llamado Goñi, que atacaba y atacaba, enfurecido e inofensivo como el

perro ladrador ante el buey paciente. Miguel estuvo absorbiendo sin esfuerzo aparente sus golpes predecibles durante dos rounds. Al principio del tercero se cansó de bailar, pasó al contraataque y, con un par de directos a la mandíbula, tiró al otro a la lona y ganó por KO.

Dulce y Bombón daban saltitos y chillaban, y atraían las miradas codiciosas de los hombres de alrededor. Ellas se colgaban de Víctor para que las protegiera. Junto a los tres, la señora Llusieta se ponía colorada, se mordía los nudillos y gritaba Verge Santíssima. El abuelo permitía, tolerante, que se le contagiara la excitación. Y mi padre me reconoció que se sentía orgulloso de llamarse amigo del campeón.

Entre un round y otro, Víctor le comunicó la noticia a mi padre:

—He recibido una carta. Me han llamado a filas.

—¿Ah, sí? ¿Y sabes dónde te envían?

—¿Dónde me van a enviar? A África. A matar moros.

—Entonces, no tardarán en llamarme a mí también. Tenemos la misma edad.

26

Al final, con el pretexto de una sonada huelga de la metalurgia, la patronal ganó el pulso a los buenos propósitos del Gobierno. Basta ya de tantas contemplaciones, tantos tiroteos, tantas bombas, tantos heridos y tantos muertos. Triunfó la indignación, el puñetazo sobre la mesa, el ciego y brutal basta ya, la guerra más sucia todavía. «Ahora van a ver esos piojosos.» El gobernador civil de la ciudad, Federico Carlos Bas, se percató de lo que se avecinaba y dimitió. «No quiero ser un gobernador asesino», dicen que dijo. Y cedió su puesto al que hasta aquel momento había sido gobernador militar, Severiano Martínez Anido.

—¿Lo conoces? —preguntó mi padre a Juliol, al ver la mueca con que este acogió la noticia.

Estaban los Tres del Pompeya y el viejo anarquista acodados en una mesa de la taberna del Centro Libertario.

—Una bestia —respondió Juliol—. Estuvo en Filipinas. Fue uno de esos imperialistas que no pudo digerir la pérdida del imperio. Es un militar derrotado y, por tanto, frustrado, y, por tanto, rabioso. Si pensabais que estos tiempos no podían ser peores, comprobaréis lo equivocados que estabais. Volveremos a los tiempos de Milans del Bosch y Bravo Portillo. Milans puso de jefe de la policía a un delincuente asqueroso y sanguinario, que era Bravo Portillo, asesinado en buena hora. Martínez Anido no tendrá que buscar mucho porque ya tiene en el puesto al carnicero de Arlegui. Bas era un ingenuo manipulado por una jauría de lobos que se aprovechaban de él y le tomaban el pelo. Martínez Anido es un militar que nos atacará como si fuéramos los moros del

Rif y cada una de las sedes de la CNT, o ateneos, centros, comités, células, lo que sea, fueran trincheras enemigas.

No obstante, después de una andanada como esta, Juliol se reía y mostraba un entusiasmo tan desconcertante como contagioso:

—Pero no temáis. Todo eso precisamente nos hace más fuertes. Ya nos hemos librado de los pistoleros del Libre y Martínez Anido no les dará más prerrogativas porque no quiere tener competencia. Ahora solo tendremos que enfrentarnos a la policía y al ejército, y podremos con ellos, ya os digo yo que podremos con ellos.

»De momento —añadió, como si fuera un dato sin importancia—, yo ya tengo un nicho en el cementerio y lo voy llenando de fusiles y pistolas. Para cuando llegue el momento.

Mi padre y Víctor intercambiaron una mirada de sorpresa. Juliol y Miguel, en cambio, se sonrieron cómplices, como si compartieran un secreto.

—¿Qué es eso? —preguntó Víctor—. ¿Un nicho del cementerio lleno de fusiles?

—Y pistolas —repetía Juliol, travieso—. Y, en cuanto podamos, dinamita, ¿verdad, tú?

Miguel asentía con la cabeza, misterioso.

El general Martínez Anido eligió el día 19 de octubre para realizar la gran redada que habría de terminar definitivamente con la CNT. Miguel Arlegui dio la orden de madrugada y miles de agentes del Cuerpo de Vigilancia y del Cuerpo de Seguridad se desperdigaron por la noche tranquila con unos objetivos muy concretos. Detuvieron a más de treinta personalidades destacadas de la vida política barcelonesa, entre las cuales estaba el abogado Lluís Companys.

Sonaron los golpes en la puerta de la carbonería como truenos. Miguel saltó de la cama, se tambaleó adormilado aún y entendió que las voces que llegaban de la calle anunciaban la presencia invasora de la policía. «¡Abra a la policía! ¡Abra a la autoridad!»

Se puso los pantalones y una camisa, temiendo que los exasperados importunos terminaran por derribar la puerta, y se encaró con ellos, al fin, sin acabar de abrocharse, los faldones por fuera.

—¿Es usted Miguel Jinete Valle?

—Sí.

—¡Dese preso!

Le pusieron las esposas y le propinaron empujones innecesarios. Miguel no opuso resistencia alguna. No preguntó qué sucedía, ni por qué lo detenían. Sabía que así se ahorraría algunos golpes. Se dejó llevar por una pareja uniformada dejando atrás a dos de paisano que entraron en la casa dispuestos a ponerlo todo patas arriba hasta que encontraran algo que demostrara su pertenencia a algún grupo de indeseables. No iban a encontrar nada.

Fue el primero de una cuerda de presos que, en procesión, fue conducida hasta el edificio del Gobierno Civil. Coincidieron en el Pla del Palau con otras cuerdas de presos sumisos y cabizbajos, como pequeños rebaños controlados por pastores de uniforme.

Lo separaron de los demás. «¡Tú! ¡Por aquí!» Los otros detenidos lo miraron con lástima porque en estos casos nunca es conveniente ser distinguido del resto.

Lo metieron en una habitación pequeña, de paredes desnudas, mal pintadas y sucias, con una silla plantada en medio. Lo esposaron a la silla. Uno de los agentes le dijo tímidamente: «Hijoputa», y lo dejaron solo.

Después de un buen rato de espera, asfixiante y cargada de los peores augurios, se abrió la puerta y entró Arlegui, delgado, huesudo, arrugado, adusto, acompañado de un tipo de piel oscura y cabello negro, con bigote, ceño fruncido, hombros anchos y puños enormes.

Arlegui dijo:

—Este es Miguel Jinete, ese que te digo —y, con la misma entonación—: Estás jodido, chaval. ¿Sabes que todo el mundo va diciendo por ahí que tú te cargaste a Moscoso y los suyos?

Un día me dijo mi padre que Miguel era un pobre hombre asustado, el más cobarde de los Tres del Pompeya. No sé, él lo conoció y yo no. Trato de compaginar esa idea con el comportamiento que Miguel Jinete se atribuye en sus papeles, cuando describe el «Segundo interrogatorio». Lo imagino tragando saliva y mirando a los dos hombres con ojos desorbitados. Tal vez le resultaran útiles la palidez, los temblores y el tartamudeo para ganarle la partida al veterano policía.

Arlegui dio un paso adelante y le soltó un inesperado y sonoro bofetón.

—¿Lo sabes? —insistió.

—Sí, señor —respondió él. Y tragó saliva—. Lo voy diciendo yo. Voy presumiendo de haberlos matado. Eso me da buena fama entre los anarquistas de La Tranquilidad, o de La Electricidad, o bares como esos. Lo conté a los de la cuadrilla de barrenderos del puerto con la intención de que lo difundieran. Cuando llego al trabajo por las mañanas, también les digo «Salud, compañeros» y les hablo de Bakunin. Soy un héroe para ellos. Creí que usted quería que me infiltrase entre esa gentuza, señor Arlegui.

—¿Qué te parece? —dijo el jefe superior—. Ya te he dicho que quiere ser confidente.

—Astuto —roncó su acompañante bigotudo de piel oscura.

Arlegui lo presentó:

—Este es Joaquín Espada, mi mano derecha. Cuando no me quiero manchar las manos, lo llamo a él.

—Ahora verás cómo me ensucio las manos, muchacho. Te diré que me gusta ensuciármelas.

—Pero lo he dicho de buena fe —tartajeó Miguel con voz aguda—. Ya le conté lo que pasó aquella noche. Yo no fui. Debería haberlo comprobado.

—Lo comprobé —dijo Arlegui—. Y el caso es que hay un testigo que te vio.

—¿Un testigo?

—En un tugurio llamado El Sapo. Rodrigo estaba celebrando su cumpleaños. Llegaste tú, hablaste con él y salisteis juntos.

Miguel se quedó petrificado mientras pensaba: «Imposible, yo no me quité el sombrero y llevaba levantadas las solapas de la gabardina y había poca luz, imposible, yo no había estado nunca antes en El Sapo en compañía de Rodrigo, imposible, no han traído a nadie para que me identifique, puede que tengan un testigo que viera a alguien con sombrero y gabardina pero no pueden saber que era yo». Pero, sobre todo, pensó: «Yo no puedo saber que mataron a Rodrigo». Pensamientos atropellados en el silencio y la inmovilidad del pánico.

—¿Rodrigo? —soltó en voz muy baja.

—Lo encontramos muerto, metido en el portaequipajes de un automóvil abandonado.

Miguel solo fue capaz de decir «No». Arlegui le pegó otra bofetada, más fuerte que la primera.

—¡Te tenemos agarrado por los huevos!

—No. Es mentira. Traiga a ese testigo. Que me identifique mirándome a los ojos.

—Ya lo tenemos a punto de caramelo, jefe —intervino Espada, los puños cerrados—. Déjemelo a mí y en un minuto lo tendrá cantando una saeta.

—Puede comprobarlo —seguía Miguel, ansioso—. Hable con las chicas de la Bombonera, que me vieron aquella noche…

Ya lo habían hecho. Dos policías fueron a la Bombonera mientras Miguel estaba escondido allí. Dulce y Bombón dijeron lo que tenían que decir y ellos, no muy inteligentes, deslumbrados por los escotes, se conformaron sin insistencias. Usaron a las chicas sin pagar y se fueron tan contentos.

—Ya estuvimos allí —dijo el jefe superior.

La mirada del policía agarrada a la mirada despavorida del detenido. Un pulso. A ver quién resistía más rato sin parpadear. Por fin:

—Y hablamos con Aurora Escolá. Cerdos. La traeremos aquí y la pondremos delante de ti y se hundirá como un castillo de naipes —eso significaba que Aurorita también había dicho lo que tenía que decir—. Te tenemos agarrado por los cojones, pobre desgraciado.

Miguel Jinete volvió a tragar saliva, convencido ya de que no lo tenían agarrado por ninguna parte, pero sostuvo la mirada, impertérrito en su actitud espantada, y supo que había ganado o

que, al menos, estaba bien enrocado, a salvo de las artimañas de su rival.

—¿Le doy, jefe? —insistía Espada, relamiéndose.

Arlegui no le hizo caso.

—Tienes una manera de librarte de esta. Demuéstrame que de verdad estás de mi parte. Comprométete por mí. ¿Lo harías?

—El otro día se lo pedí a propósito. Quiero luchar contra el anarquismo. De verdad. Quiero ayudarles a ustedes. Lo dije.

—¿Conoces a un tal Francisco Layret?

—¿Qué?

—Francisco Layret. ¿Lo conoces?

—Es… Un abogado, ¿no?

—Leguleyo defensor de anarquistas. Un tullido asqueroso, tramposo que engatusa a los jueces para que suelten a esos terroristas que por su culpa pueden continuar poniendo bombas impunemente. Francisco Layret, sí. Esta noche hemos metido en chirona a más de cuarenta cabecillas de la CNT pero ese Layret ya debe de estar haciendo sus chanchullos para soltarlos. ¿De qué coño sirve la labor policial si luego los jueces están atrapados por esos trapisondistas?

Miguel no podía hacer otra cosa que tragar saliva y esperar.

—¿Nos ayudarías a librarnos de él?

Pausa tensa.

Miguel indicó que sí con la cabeza.

—¿Cómo lo harías?

—Como… como lo hacían Moscoso y los suyos. Montaríamos la parada alrededor de su domicilio y… lo rodearíamos, le haríamos la media caña —el argot de los asesinos lo hacía más creíble.

—Te voy a soltar —añadió Arlegui—. Irás a ver a una persona que seguramente ya conoces. Carlos Baldrich, alias l’Onclo.

—Sí. Un carlista, militante del Libre, amigo de Moscoso. Ellos dos y Rodrigo se cargaron a uno en la plaza Urquinaona.

—Yo te diré cómo encontrarlo. Dispondréis de veinte mil pesetas, ¿me oyes? Veinte mil pesetas.

—Yo no quiero dinero —murmuró Miguel Jinete, cabizbajo y terco.

—¿Qué quieres?

—Primero, no quiero que me llamen al servicio militar ni que me envíen a África. Y, segundo: quiero ser policía, como usted —y añadió, dándolo por hecho—: Y no puedo salir así. Dirán que me han tratado demasiado bien.

El jefe superior de policía contuvo una sonrisa de aprobación. Le gustaba cómo había aguantado el tipo aquel chaval de apenas veinte años. Se dirigió a Espada:

—Tócale un poco la cara. Que pueda presumir de torturas.

—¿Le hago el trimotor? —se ilusionaba el hombre simiesco.

—No seas idiota. Solo un poco la cara. Y suéltalo esta misma noche y sin quitarle las esposas, como si hubiera escapado de una ley de fugas.

Salió del cuartucho y Espada disparó su puño, grande y sólido como una maza.

Al día siguiente, se correría la voz de que dos sindicalistas detenidos por la policía habían intentado escapar, uno frente a la plaza de toros Monumental y otro en la calle del Conde del Asalto, y tuvieron que ser abatidos a tiros por los guardias que los custodiaban. La gente supo en seguida que aquello no era cierto y que Martínez Anido estaba desenterrando la antigua ley de fugas que el conde de Salvatierra ya había puesto en práctica.

Miguel golpeó la persiana metálica del bar El Tranvía, de la calle Cortes, hasta despertar al propietario, Sifrot, que vivía en el altillo. Este se asomó a la ventana, le vio esposado, con la cara sangrante y tumefacta, sollozando. Corrió a abrir.

—Por favor, ayudadme. Me han aplicado la ley de fugas. He podido escapar de milagro. Me perseguían a tiros, pero he corrido más que ellos.

Miguel se había orinado encima. Eso había sido lo más fácil.

27

Dijo mi padre:

—Los partidarios de la mano dura y las soluciones expeditivas se equivocaron una vez más. Martínez Anido era militar y los militares, para conseguir la paz, preparan la guerra. Y, si la guerra ya está iniciada, como era el caso, la recrudecen, pero no acaban con ella porque la guerra es su profesión.

En cuanto se hizo cargo del Gobierno Civil de Barcelona, Martínez Anido ilegalizó la CNT,

estableció la censura previa para la prensa, detuvo a más de treinta sindicalistas, incluido el idolatrado Salvador Seguí, el Noi del Sucre; recuperó los métodos de torturas del odiado Milans del Bosch y, contra los vaticinios de Juliol, nadie paró los pies a los pistoleros del Libre. A pesar de lo cual, o precisamente a propósito de lo cual, los atentados, los tiroteos, muertos y heridos aumentaron de forma escalofriante. Desde el día 9 de noviembre, en que el general ocupó su cargo, hasta el día 30, hubo veintidós muertos de uno y otro bando, y un número incalculable de heridos, con las consiguientes huelgas y manifestaciones de protesta.

Ese día 30 de noviembre de 1920, por la mañana fueron conducidas al puerto las treinta y seis personalidades del movimiento sindical, entre las que se encontraban Salvador Seguí y Lluís Companys, para ser deportadas al penal de La Mola de Mahón en el barco Giralda.

A las seis de la tarde, cuando ya habían encendido el alumbrado público, el abogado Francesc Layret salía de su casa de la calle de Balmes, número 26, tambaleándose sobre sus muletas, para montar en el coche de la señora de Companys que le estaba esperando. Se disponían a trasladarse al ayuntamiento para interceder por los deportados. Un muchacho de unos veinte años, vestido con mono azul de mecánico y gorra gris, cruzó la calle ágilmente, pasó por detrás del coche, sacó del bolsillo un revólver, alargó el brazo para poner el arma bien cerca del rostro del abogado y apretó siete veces el gatillo antes de que el hombre atónito empezara a desplomarse. Una bala le perforó la frente y salió por el parietal izquierdo, otras dos le destrozaron los pómulos, una cuarta la nariz y las otras tres, al tuntún, dieron en el cuerpo convulso que caía, una en la axila derecha, dos en el hombro izquierdo.

Según los papeles de Miguel Jinete, el chico del mono se llamaba Fulgencio Vera y le llamaban Mirete, y solo cobró cien pesetas por la ejecución. A su alrededor, en las esquinas y la otra acera, montando la parada que había de proteger su retirada, estaban Carlos Baldrich l'Onclo, Ángel Coll y Fulgencio Grisca. Miguel no menciona su propio nombre.

La señora Companys exclamó: «¡Pobre señor Layret!».

Al día siguiente, los vendedores de periódicos en las esquinas vociferaban: «¡Asesinado Francesc Layret! ¡Asesinado el abogado de los obreros!».

En el Centro Libertario gritó Juliol, mientras estrujaba el periódico entre las manos, «¡Hijos de puta, los mataremos a todos!». Y como Arredondo, el policía gordo y abúlico, desde lejos le hacía señas de advertencia y precaución, continuó gritando, exclusivamente para él:

—¡Vengaremos a Layret, sea quien sea su asesino! ¡Sea quien sea su asesino, Arredondo, aunque sea un colega tuyo!

Y Juliol no fue el único que gritó.

—¡Este crimen merece una respuesta!

—¡Layret vale por diez como ellos!

—¡Si quieren guerra, la tendrán!

Gritos que se ahogaban en el silencio espeso y deletéreo que de pronto asfixiaba la ciudad. Silencio de tranvías y automóviles inmóviles, silencio de corazones en suspensión, silencio de industrias infructuosas, de huelga general espontánea e inevitable, silencio cargado de gruñidos de perros que muestran los colmillos antes de atacar, silencio de cascos de caballos del Cuerpo de Vigilancia sobre los adoquines, silencio en el centelleo amenazante de los sables desenvainados, silencio de miedo, silencio sobrevolado por detonaciones lejanas, procedentes del Camp de l'Arpa, de Fabra y Puig o Santa Eulalia, donde los del Libre habían tratado de abortar la huelga a tiros y la primera en caer había sido un ama de casa de la calle Premiá que, asomada a ver qué sucedía, había recibido una bala perdida. Silencio, en fin, respetuoso, devoto, el día 2 de diciembre a las tres de la tarde, frente al número 26 de la calle Balmes, cuando cuatro obreros sacaron el ataúd a la calle y la multitud reunida se quitó gorras y sombreros y se santiguó, o apretó los puños y se tragó improperios rabiosos.

En medio del gentío, estaban mi padre y Víctor y Juliol, y los hermanos de Víctor, Fráter y el Teri, y su madre, la señora Margarita. Mi abuelo Alberto no asistió porque «no le gustaba meterse en cosas de política», y a Miguel no lo vieron y nadie sabía dónde se escondía. Temían por lo que pudiera haberle pasado.

El cortejo fúnebre, encabezado por Eugenio d'Ors y un joven representante del ayuntamiento llamado Nicolau d'Olwer, avanzó lentamente hacia la plaza de Cataluña con la intención de bajar por las Ramblas hacia el Paralelo. «Vamos a llevar el ataúd por delante de los palacios de los patronos que han pagado a los asesinos.» La policía no lo iba a permitir. Caballos impacientes sobre los adoquines cubiertos de arena para no resbalar, sables desenvainados. La manifestación silenciosa y terca insistió en forzar el paso. Nunca creyó que los jinetes fueran a cargar. No se atreverían. Se atrevieron. Cargaron.

Un griterío sobrenatural rompió en mil pedazos el silencio, la multitud y la devoción. Los hermanos Luys se agruparon en torno a su madre, para protegerla. Mi padre se vio apretujado por todas partes, atropellado por los que querían huir, rebotado entre los más osados que pretendían lanzarse contra la caballería atacante.

Inesperadamente, se vio a un par de metros escasos del ataúd que los obreros llevaban a hombros luchando contra el torbellino humano que los arrollaba. Vio mi padre al policía a caballo que enarbolaba el sable y lo descargaba, sacrílego, sobre la caja de madera que contenía los restos venerados. Sintió un escalofrío cuando la hoja del sable se partió y un grito de horror acompañó al desequilibrio de los portadores avasallados por el caballo encabritado, y el ataúd basculó, se decantó y cayó al suelo con estrépito.

Fue otro tipo de silencio el que siguió. Un silencio exclusivo en el cerebro de mi padre que, de pronto, pensó que se habían superado todos los límites y que no había vuelta atrás. Intuyó en ese instante un futuro de furia y venganza incontenibles, y aquel recuerdo y aquel estremecimiento le acompañaron ya por siempre, durante los acontecimientos que vendrían luego, durante los horrores de la Guerra Civil y la pesadilla del franquismo posterior.

El joven político D'Olwer tuvo el coraje de intervenir a gritos, enfrentándose a la carga destructora.

—¿Se puede saber qué demonios están haciendo? ¡Respeto, respeto al difunto!

La comitiva tuvo que desviarse por la Gran Vía de les Corts Catalanes hacia la plaza de España, renunciando al recorrido por las Ramblas, y con aquella claudicación pudo recuperar al fin la compostura y la paz de la muerte hasta el cementerio del Sudoeste, en Montjuïc, donde el maltrecho féretro fue introducido para siempre en el nicho 242.

Aquella noche, como las precedentes, como las que seguirían, triunfaba Maurice Chevalier en el Principal Palace.

28

Estaba Víctor con Juliol en el bar del Centro Libertario, tomándose unos vinos, hablando de la lotería de Navidad, cuando llegaron dos tipos tan altos y tan fuertes como él, tan parecidos a él que solo podían ser sus hermanos.

—Víctor. ¿Podemos hablar a solas?

Víctor se alegró de verlos. Los presentó a Juliol, «son Fráter y Teri, mis hermanos, ya te he hablado de ellos», y se excusó para conducirlos a una mesa apartada.

—¿Qué hay?

Los invitó a unos vasos de vino tinto como el que tomaba él.

—Mal, Víctor.

—El cabrón de Montagut ha declarado el lock-out.

Los dos trabajaban en una fábrica de productos químicos de Sabadell y los dos sufrían conjuntivitis y toses crónicas, como su padre. Después de una huelga en que los obreros habían demostrado su unanimidad y su fuerza, el industrial, llamado Montagut, había echado a todo el mundo a la calle y había cerrado el negocio. Dos mil trabajadores habían tenido que irse a su casa. «Yo tengo suficiente dinero para continuar viviendo a todo tren aunque no volviera a abrir la fábrica», había dicho Montagut a los representantes sindicales. «Vosotros, dentro de una semana, estaréis pidiendo limosna. Entonces veremos quién es el más fuerte.»

—¿Y qué pensáis hacer? —preguntó Víctor.

—Un atraco.

Víctor permaneció callado y expectante, mirando a sus hermanos y respirando.

—Todo el mundo lo hace, Víctor —dijo su hermano Fraternal, el mayor, un año mayor que él—. Es ladrón el comerciante, que vende tan caro como puede, solo dependiendo de algo tan relativo e inconcreto como la competencia; y es ladrón el industrial que se hace rico y solo da al obrero migajas de lo que gana porque también se basa en el principio de la competencia. Como hay muchos obreros, somos baratos. Y competimos entre nosotros para vendernos cada vez más baratos, porque el caro no trabajará. Los policías hacen la vista gorda a cambio de dinero, los jueces perdonan a cambio de dinero, los caseros cobran alquileres desorbitados, los abogados desfalcan, los taberneros aguan el vino, los panaderos nos roban el peso del pan, los más ricos mienten para no pagar impuestos. Todo el mundo roba, Víctor. Solo que hay quien roba cada día del año, desde primera hora de la mañana hasta que se acuesta, y nosotros solo robaremos una vez. Un golpe que nos permita establecernos por nuestra cuenta.

—Pondréis un comercio —ironizó Víctor, pesimista—, y sisaréis en el peso de lo que vendáis.

—Esas son las reglas del juego —dijo Teri—. Ahora, por fin, las hemos aprendido. Haremos lo que todo el mundo hace.

—¿Y queréis atracar a Montagut?

—Nadie lo merece más —dijo Fraternal—. Pero ellos han cerrado la fábrica. Allí no hay dinero. No: pensamos en una fábrica más próspera, en el Poblenou. Aymerich e hijos. Tienen técnicos que cobran mucho dinero, y también obreros, y jornaleros. Justo antes de Navidad reciben una gran cantidad para pagar a todo el mundo. El dinero entra a primera hora de la mañana del día anterior a Navidad y lo reparten a medida que salen los trabajadores de los diferentes turnos.

—¿Cómo lo sabes?

—Tenemos un informante allí dentro. Un compañero de confianza.

—Malo —torció el gesto Víctor—. Será lo primero que investigarán. Si dan con él, dan con los ladrones —hizo una pausa bajo la mirada escrutadora de sus hermanos—. ¿Y para qué venís a verme a mí?

—Porque somos hermanos —dijo uno.

—Porque una vez comentaste que en el puerto se pueden conseguir armas. Y tú trabajas en el puerto.

—En todas partes podéis conseguir armas. En el bar La Tranquilidad del Paralelo las rifan. Las venden a plazos. Pero en el puerto se obtienen más baratas, y más discretamente, eso es verdad.

—Tú te encargarías de las armas. Y una cuarta parte de lo que sacáramos se lo daríamos a mamá.

—Son dos mil trabajadores —dijo Teri—. A un promedio de doscientas pesetas al mes, son cuatrocientas mil pesetas. Si le añades aguinaldos, que es muy probable que los den, al menos podemos calcular medio millón.

—¡Podrás redimirte del servicio militar! —remachó Fraternal, que se había librado de ir a

quintas porque era primogénito de viuda.

—Eso sería lo último que haría, Fráter. No seáis imbéciles. Yo continuaré siendo pobre y yendo a mi servicio militar. Y vosotros seréis pobres que comprarán un negocio a crédito y tendréis grandes dificultades para pagarlo. Suerte tendréis de que os va a dar mucho dinero trabajando duro y de sol a sol. Poquito a poco, irá entrando ese dinero. No os va a permitir lujos, no podréis tirar nada por la ventana. Continuaréis siendo obreros mal vestidos.

—Claro, Víctor. Eso ya lo hemos pensado nosotros. No somos idiotas.

—… Y, cuando yo regrese del servicio militar, me encontraré un negocio que irá milagrosamente viento en popa o a una familia estúpida y en la cárcel. Eso será asunto vuestro. ¿En qué pensáis invertir?

—En una taberna del Raval. Ya le tenemos echado el ojo. Ya hemos hablado con el dueño, un viejo que nos la vendería porque ya se quiere retirar. Sería un negocio para toda la familia. Para ti también, Víctor. Para que, cuando vuelvas del servicio militar, tengas la vida solucionada.

—¿Aguaríais el vino?

—Claro.

29

Días antes de Navidad, nevó, cosa nada frecuente en Barcelona, y la blancura de las calles, combinada con unos días de sol espléndido y la típica venta de pavos y figuritas de belén y muérdago y niños cantando villancicos en las iglesias, proporcionó un espejismo de ilusión a quienes procuraban mantenerse al margen de la violencia. Regresaba mi padre de una larga y agotadora jornada en los Grandes Almacenes El Siglo, el paraíso de los regalos de Reyes, cuando encontró a mi abuelo sentado a la mesa camilla, con las manos posadas sobre ella, extendidas, en esa actitud de «Te estaba esperando y tenemos que hablar» que suele preceder a las malas noticias.

—¿Qué pasa? —preguntó mientras se sacudía la nieve de los hombros—. Está nevando, ¿te has fijado?

—Siéntate.

Antes de obedecer, mi padre volvió al recibidor mientras se desprendía del sombrero, el abrigo y la bufanda.

—¿Pasa algo malo?

—Nada malo. Todo va bien. Ven aquí.

Colgó las prendas de ropa en el perchero.

—¿Y Cándido? ¿Y Ernesto?

—Ya vendrán, Fernando. Ahora quiero hablar solo contigo. Haz el favor de venir aquí y sentarte.

Mi padre se sentó ante él con semblante preocupado.

—No te preocupes, todo va bien —lo tranquilizó el abuelo Alberto—. Voy a ampliar el negocio, ¿sabes? Creo que podré comprar un camión, y otro automóvil, y contratar a alguien para que lo conduzca.

—¿Entonces…?

—Tengo que hablarte de algo que nunca te he contado.

La actitud grave y trascendente, unida a la intención de hablar largo y tendido, tan poco frecuente en él, resultaban alarmantes. Con un gesto, mi padre le animó a continuar.

—Siempre te he dicho que tu madre murió cuando tú naciste.

En ese momento, las manos de mi padre empezaron a temblar y sintió una especie de mareo, como si estuviera despegándose del suelo.

—Sí.

—No es cierto. Está viva y vive en Barcelona.

Y así, de repente, a bocajarro, sin preparación previa, sin que mi padre albergara previamente la menor sospecha, mi abuelo Alberto le contó una de esas historias que todas las familias tienen guardadas con llave en un armario.

En los últimos años del siglo XIX, mi abuelo Alberto trabajaba en una fábrica textil de Sant Martí y allí conoció a una jovencita del departamento de confección. En Industrias Villarroya no solo se hacían lonas, lonetas y otros tejidos resistentes, sino que también se confeccionaban uniformes militares y tiendas de campaña. Mientras él se pasaba doce horas en los telares, ella, que se llamaba Hortensia y solo tenía diecisiete años, operaba en una máquina de coser grande como un tanque. Se enamoraron con el entusiasmo desesperado de la juventud. Pero, al mismo tiempo, se enamoró de ella, «se encaprichó», dijo mi padre exactamente, Julián Villarroya, el hijo del dueño de la fábrica. Acosaba a la muchacha, le prometía la luna, le exigía que dejara a mi padre para casarse con él.

Un día de noviembre de 1899, Hortensia se enteró de que estaba embarazada. Se lo comunicó a Julián Villarroya como argumento para rechazarlo definitivamente. Suponía que él ya no querría tener ninguna relación con una chica que había quedado embarazada de otro. Sostuvieron una larga charla. Era el ultimátum.

—No sé qué le diría aquel cabrón a Hortensia —concluía mi abuelo su relato— pero, después de aquella entrevista, vino a verme muy confusa, asustada, incapaz de mirarme a los ojos, y me dijo que se iba a casar con Julián. Yo no lo podía creer. Habíamos hecho planes, y la sabía sumamente ilusionada ante la perspectiva de ser madre. Pero estaba aterrorizada. Me dijo que no quería al niño, que me lo quedara yo y que desapareciera de su vida —el abuelo Alberto no sabía cómo justificarse ni cómo mirar a mi padre, y mi padre no sabía cómo devolverle la mirada ni qué decir—. En aquel tiempo, los poderosos eran muy poderosos, Fernando. Amenazó de muerte a tu madre, a mí, a ti mismo, y Hortensia y yo sabíamos que era muy capaz de cometer un disparate. Y… —Se avergonzaba—. No supimos oponernos a Villarroya. No éramos luchadores. No éramos valientes. Nos queríamos, no sé cómo convencerte de cuánto nos queríamos tu madre y yo, pero simplemente no podíamos contrariar a nuestro dueño y señor. La vida de los pobres está hecha de renuncias y de resignación ante la injusticia y, aunque ahora me parece horrible reconocerlo, obedecimos, nos rendimos. Hortensia y yo nos dimos un fuerte abrazo, lloramos, y un beso de despedida que me desgarró el corazón.

»Cuando naciste, yo había contratado a la comadrona, yo llevé a su casa a las amigas que la acompañaron, y estuve en la habitación de al lado, fumando un cigarrillo tras otro. Oí tu llanto, te sacaron, te pusieron en mis brazos, y te llevé a casa de un ama de cría que te esperaba. En todo ese tiempo, traté de convencerme de que era lo mejor para tu madre. Yo nunca le habría podido dar lo que le dio Villarroya. En aquella época no pensábamos en la felicidad, ¿sabes? Hay que tener un poco de dinero para empezar a pensar en la felicidad. Solo nos preocupaba la subsistencia. Me dijeron que tu madre ni siquiera te vio. No quiso verte. Me dijeron que lloraba mientras te paría, y no por el dolor, en todo caso no por el dolor físico. Decía “Lleváoslo, lleváoslo porque, si lo veo, me lo quedaré”.

»Dos días después, me llamó el encargado a su despacho y me dio un sobre con mucho dinero y me despidió. Yo le había dicho a tu madre que pensaba irme a Argentina, bien lejos, con tu tío Lucho, de manera que en el sobre había dos billetes de barco, uno para ti y otro para mí. Recuerdo que un oficial, cuando íbamos a subir por la pasarela, me preguntó: “¿Y la madre?”, y yo dije, por primera vez, “Murió en el parto”, y me eché a llorar —se cubrió la cara con las manos y negó con la cabeza, vencido—: No sé qué más decirte.

Era difícil hablar.

—¿Por qué? —pudo preguntar al fin mi padre—. ¿Por qué me lo dices ahora?

El abuelo se apartó las manos de la cara, no supo qué hacer con ellas. Se las sujetó con fuerza, como si tuviera miedo de que, de pronto, pudieran desmandarse y cometer alguna inconveniencia.

—Porque uno de estos días volví a ver a tu madre —confesó—. No quiero llamarla tu madre. Nunca quiso serlo. No lo merece. Dios mío, había estado pensando en ir a verla desde que regresamos de Argentina. Y me decía: «No debes hacerlo, ella está muerta, no existe, nunca existió». Pero el otro día… —Tragó saliva—. Necesitaba dinero para redimirte de tu servicio militar. Yo tengo algo ahorrado, pero quiero ampliar el negocio, quiero que heredes un negocio próspero, que te garantice un futuro de comodidades, como te mereces. Te voy a pedir que trabajes conmigo en cuanto puedas. Celebro que hayas dejado la música y considero que esto de

El Siglo es provisional. Haremos crecer la empresa, que es tu futuro, hijo —se iba por las ramas. Dio un cabezazo para obligarse a volver al tema—: Y me dije: «Qué coño, también es hijo suyo, aunque no quiera». Y fui a verla a su mansión de la Derecha del Ensanche, cerca del Arco del Triunfo.

—¿Y…?

—Triste. Le pedí que intercediera por ti ante su marido, que tiene buenas relaciones con los militares y accedió en seguida. Yo temía que no quisiera saber nada, ni de ti ni de mí, que me recriminara que hubiera vuelto, pero accedió en seguida. Sin entusiasmo, con una especie de indiferencia muy dolorosa, pero accedió. Dijo: «No te preocupes, yo hablaré con Julián».

—¿Y…?

—Y nada más.

—¿No preguntó por mí? ¿No te dijo que…?

—Nada más.

30

—¿Un atraco? —exclamé.

A Víctor le hizo gracia mi expresión escandalizada. Sonrió.

—Recuerda que mi madre, de pequeños, nos llevaba a expropiar en las tiendas o en los almacenes, y a comer a la fuerza en algún restaurante. Y nos decía: «No robamos. Nadie se va a quedar sin comer porque nosotros nos hayamos llevado lo que necesitábamos». En aquel momento, yo también creía que nadie se iba a quedar sin comer si nos apropiábamos de lo que necesitábamos.

El 24 de diciembre nevaba en Barcelona. En el vestíbulo del gran banco Hispano Colonial, de Vía Layetana, número 3, conversaban dos hombres muy elegantes, con sombrero, bigote y lentes, raya geométrica en los pantalones, uno incluso con botines, leontina en el chaleco, los nudos de las corbatas perfectos, ¿quién podría imaginar que eran atracadores? Nada que ver con los desharrapados sindicalistas de la clase obrera. Eran señores. Señores hablando de cosas importantes en mitad del paso.

En la calle blanca se detuvo una camioneta de caja descubierta con el distintivo del Tejar de Aymerich e hijos. No se había inventado todavía el furgón blindado para el transporte de caudales. Viajaban en ella tres guardias de seguridad. Uno se quedó al volante, procurando que no se parase el motor para no tener que recurrir a la engorrosa manivela de arranque en el

momento de reemprender la marcha. Los otros dos, armados con fusiles Máuser y portando dos bolsas de lona vacías, se metieron en el imponente edificio modernista. Ni siquiera se atrevieron a levantar la voz cuando tuvieron que pedir respetuosamente a los dos hombres de negocios «por favor, despejen de aquí, despejen» y no comprobaron si les hacían caso.

Entraron hasta el fondo, llenaron las dos bolsas con dinero sacado de la enorme cámara acorazada, y volvieron a salir con la misión de llevarlo a la fábrica de los Aymerich en el Poblenou.

Uno de los guardias iba cantando «Esta noche es Nochebuena y mañana Navidad, dame la bota María que me voy a emborrachar». Los dos señores elegantes continuaban en medio del paso y uno dijo: «Felices fiestas», lo que tendría que haberles hecho sospechar porque esta clase de señorones nunca dicen «Felices fiestas» a unos vulgares guardias de seguridad, y cuando los dos uniformados les habían rebasado y estaban a punto de salir, el de las Felices fiestas puso una pistola en la nuca del guardia cantor mientras el otro señorón se encargaba del segundo guardia. En un instante, les quitaron los fusiles, les arrebataron las bolsas llenas de dinero y los empujaron hacia el interior del banco. Mientras los mantenían a raya con las pistolas, retrocedieron rápidamente. Curiosamente, los dos llevaban bigote y gafas. Sombrero, bigote y gafas, y nada más, ahí acababa la descripción. Para un observador ocasional, asustado y desconcertado por la violencia y el peligro, la combinación de sombrero, bigote y gafas borra la forma de la nariz y de los labios, y el prognatismo o la boca dentona.

Salieron a la calle.

Allí, otro caballero respetable acababa de sorprender al tercer guardia de seguridad que se vio desplazado del volante y se encontró en medio de la calle mientras la camioneta se alejaba a toda velocidad entre violentos petardeos, y desaparecía de la vista de los uniformados al doblar la esquina del paseo de Isabel II para perderse a continuación por la calle del Marquet, o la calle de la Plata, hasta las cercanías de la plaza de la Mercè, donde aparecería más tarde. No se encontró el menor rastro de los hombres de los sombreros, los bigotes y las gafas. Ah, sí, porque el que actuó en la calle también llevaba bigote y gafas.

Aunque el dinero pertenecía a la familia Aymerich, tanto la policía como la prensa hablaron únicamente del asalto a un banco. De esta manera, nadie sospechó del informante que los Luys tenían dentro de la fábrica. Las investigaciones partieron en direcciones equivocadas. Por ejemplo, los atracadores no habían gritado «¡Viva la anarquía!», ni «¡Esto es una expropiación!», ni «Muerte al capital». No debía de ser, pues, un grupo de acción anarquista en una de sus expropiaciones o confiscación de nóminas para el Comité Pro Presos. Además, uno de ellos sabía conducir, lo que apuntaba a miembros de la clase alta y tal vez a los sindicalistas del Libre, o a profesionales extranjeros, marselleses tal vez. O ni una cosa ni otra. Volviendo al inicio, algún policía perspicaz sugirió que también podían ser libertarios que hubieran variado su modus operandi para despistar. Había que aguardar a que la misma banda repitiera el golpe. La identificarían por el modus operandi. «Siempre repiten, cuando les ha salido bien.» Y, al final, terminan cometiendo algún error.

Le pregunté a Víctor Luys:

—¿Habrías disparado si alguno de aquellos guardias te hubiera plantado cara?

Dudó antes de responder, mirando a lo lejos, como para localizar en el horizonte al Víctor joven e ingenuo y burlarse un poco de él, con sonrisa condescendiente:

—Si me hubieras preguntado en aquella época, te habría dicho que sí, claro que sí. Que, si empuñas una pistola, tienes que estar dispuesto a apretar el gatillo. Pero, luego, con los años, descubrí que no. Que hay dos clases de personas: los que matan y los que no matan. Y yo soy de los que no matan.

Me contaba esto un día en que nos encontrábamos solos porque seguramente le habría dado vergüenza confesarlo delante de mi padre y, mucho más, delante de mi madre. Era un hombre mayor, de setenta y cinco años, y la vida todavía le reservaba sorpresas.

31

El último día del año 1920, mi padre metió en el piso de Borrell mucha más gente de la que cabía. Además de mi abuelo y de mis tíos Ernesto y Cándido y de la señora Llusieta, invitó a la familia Luys al completo. Víctor y sus hermanos Fraternal, Teri, Llibert y el pequeño Bruno, que llegaron cargados de comida, el pavo ejecutado y troceado aquella misma mañana, los turrones, el vino, el champán, los licores, y la señora Margarita, la madraza enorme, redonda, sonriente y espléndida, dispuesta a cocinar. Ella y la señora Llusieta simpatizaron mucho y subieron al quinto piso, con Ernesto y el hermano pequeño de Víctor, Bruno, para encargarse de los fogones.

También se presentó Juliol, aunque protestando que a él no le gustaba celebrar aquellas fiestas. Mi padre defendía, como siempre, que había que celebrarlo todo, todo, fiestas civiles y religiosas, e incluso paganas, tanto el cumpleaños como la onomástica o el triunfo del equipo de fútbol o la recuperación de un amigo. «Porque, si no», decía, «en cuanto te descuidas, la familia solo acabará reuniéndose en los entierros».

—Qué forma tan rara tiene esta casa, ¿verdad?

—Es que estamos en pleno chaflán.

Tuvieron que juntar la mesa del comedor con la mesa camilla y bajar sillas del piso de arriba para apretujarse en torno a la escudella y carn d’olla y al pavo relleno y los turrones y la bebida interminable.

—Me habían hablado mucho de usted…

—Espero que fuera para bien.

A los postres, cuando ya estaban todos un poco achispados, Juliol notificó a gritos que tenía algo

que decir:

—… Solo para los que me entiendan —advirtió—. Este es un chisme privado —soltó—: Miguel está vivo —gran alegría para mi padre y para Víctor. Algo emocionante. Risas y brindis. Y preguntas ávidas para conocer más detalles, ¿cómo lo sabes?, ¿quién te lo dijo?—: Lo detuvieron cuando la gran redada, como suponíamos, y quisieron aplicarle la ley de fugas. Pero consiguió escapar, y ahora está escondido.

Mi tío Ernesto también tenía algo importante que decir, y me temo que lo soltó como réplica a la intervención de Juliol, como provocación. El año 21 iba a representar un cambio esencial en su vida porque había decidido entrar a estudiar en el seminario. Estas palabras congelaron la atmósfera durante unos segundos que se habrían hecho eternos si Víctor no hubiera roto el hielo con su propia noticia: se lo llevaban a África. No podía haber noticia peor, pero él mismo se encargó de devolver la alegría a la concurrencia con una de sus risotadas contagiosas.

A medida que iba corriendo el champán, menudearon los comentarios inoportunos. Como en voz baja, como en privado pero procurando que lo oyera el joven Ernesto, Juliol le comentó a mi padre: «Anda, que tienes una familia…». Y soltaba, con más frecuencia que de costumbre, su blasfemia inevitable, Cago'n Déu!, mirando de reojo al futuro sacerdote, a Cándido o a la señora Llusieta, que se persignaba rápidamente sin abandonar la euforia.

Pasada la medianoche, cuando ya habían tomado las doce uvas, una por cada campanada, saltó la furia de Cándido, que tenía malas pulgas. Se levantó de la silla y se dirigió a Juliol:

—Sepa usted que, como vuelva a blasfemar, le echaré de mi casa porque, por si no lo sabe, esta es una familia católica.

Intervino el abuelo Alberto, rompiendo su habitual circunspección:

—Tú no vas a echar a nadie, porque esta casa es mía y aquí todo el mundo es libre de pensar y expresarse como quiera —y añadió, dirigiéndose a Juliol—: De todas formas, le ruego que cuide sus palabras, por respeto a los demás.

Juliol estuvo a punto de replicar, pero mi padre y Víctor le salieron al paso con mirada convincente. «Déjalo ya.»

Luego, mi padre sacó el bandoneón y resultó que el hermano mayor de Víctor sabía tocar la guitarra, y cantaron tangos, boleros y cuplés con fuego cruzado de miradas resentidas. La señora Llusieta tenía buena voz. Cantaba «Tápame, tápame, tápame que tengo frío…» y retaba al abuelo Alberto con ojos picarones, Verge Santíssima.

Mi abuelo había comprado una cámara fotográfica para la ocasión y, cincuenta y cinco años después, rescatamos la instantánea entre el montón de las que se conservaban, en confusa mezcla, en la caja de zapatos que había en el cuarto de la plancha. Allí conocí a Juliol y a la señora Llusieta y a mi tío Ernesto y a mi tío Cándido, y a Víctor y a los hermanos de Víctor. Mi padre estaba sentado en primer término y sostenía el bandoneón entre las manos y en las rodillas. Y mi abuelo no salía porque era el que tiraba la foto.

Y, cuando ya se despedían todos en el rellano de la escalera, con gran alboroto y abrazos y besos y apretones de manos, mi padre agarró los brazos de Víctor y le dijo: «Joder, a África… Joder, joder». Víctor le miró con pesar, como si tuviera en la punta de la lengua las palabras «Y tú no, ¿verdad?», y mi padre hizo una mueca como si reprimiera las palabras «Y yo no voy». Y Víctor, al fin, consiguió suspirar para decir:

—Venga, Fueye, cuéntame el último.

—¿El último?

—El último chiste, coño. Para el viaje.

Mi padre hizo un esfuerzo infructuoso.

—No puedo. Hace mucho tiempo que nadie me cuenta ninguno.

Víctor no manifestó su decepción. Solo un abrazo muy fuerte, una palmada en el brazo del amigo y «Adiós, Fueye», y nada más.

—Adiós, Victorino.

Adiós y nada más.

32

Una de las carpetas que me proporcionó Madurga, azul y con la inscripción «Anarquistas», contiene un informe muy extenso, escrito a máquina, en hojas de papel cebolla, evidentemente copias de papel carbón a veces poco legibles, donde se detallan todos y cada uno de los servicios que le habían valido a Miguel Jinete Valle ser admitido en el Cuerpo de Vigilancia de Barcelona en marzo de 1921, y un par de medallas, una el 30 de abril de 1921, con motivo de haber desbaratado el plan para atentar contra el rey Alfonso XIII y Martínez Anido, y otra, a finales de mayo del mismo año, por haber —literalmente— «descabezado y desarticulado definitivamente el sindicato anarquista conocido como Confederación Nacional de Trabajadores, CNT».

Esa larguísima retahíla de casos da idea de la intensa actividad de Miguel Jinete mientras permaneció oculto, después de haberse salvado milagrosamente de la muerte cuando querían aplicarle la ley de fugas. Había ido recopilando sus proezas, con abundancia de detalles y referencias comprobables con vistas a que le sirvieran en un futuro, y conservó aquellos documentos, escondidos quién sabe dónde, incluso en épocas en que era un alarde suicida conservarlos. Eran una demostración de que Miguel Jinete nunca había dejado de pensar en el futuro, en cubrirse las espaldas, en militar siempre en las filas del vencedor.

«… una célula anarquista que siempre se reunía, con la complicidad de unos ferroviarios, en un

vagón en vía muerta de la estación de Francia…»

«… En enero de 1921, supimos que Rudolf Stallmann, alias barón de Koening, había vuelto a Barcelona y se dedicaba a la venta ambulante…»

«… El grupo de acción que se reúne en la taberna de un tal Martínez Valls, en la calle Valencia, suele efectuar clases de tiro con pistolas Star, en un terraplén del Campo de la Bota o en una cantera abandonada de Montjuïc. Estos alardearon en público de haber secuestrado a un esquirol y haberlo llevado a Poblenou, para "pelarlo en la pared de Can Girona"…»

«… En el cuarto piso del número 10 de la calle de Toledo, se encuentra un taller clandestino donde se fabrican granadas de mano y explosivos…»

En sus escritos, Miguel Jinete se permitía incluso incluir algunos párrafos de opinión: «Salvador Seguí, el Noi del Sucre, era incompatible con los anarquistas utópicos, individualistas, sentimentales y alejados de toda realidad, que le amargaron la vida haciéndole notar constantemente la contradicción que había entre su conducta parlamentarista y pactista y su supuesta ideología libertaria».

«… Un tal Fernando Archs está preparando un atentado contra Eduardo Dato, Martínez Anido y Joaquín Espada…»

«… (Arlegui me dijo: "Las cosas de Madrid, que las investigue Madrid")…»

«… Los asesinos del presidente del gobierno Eduardo Dato (8/3/21) pertenecían al sindicato de la metalurgia de Barcelona…»

«… Advertí del frustrado atentado contra el rey Alfonso XIII en el apeadero del paseo de Gracia con Aragón, y di los nombres de sus autores (Joan Baptista Acher, Josep Pérez y Pere Vandellós) un mes antes de que se cometiera (24/4/21) y nadie me hizo caso…»

«… El pleno de Lérida de la CNT se celebra clandestinamente en Barcelona, en un piso de la calle Salvá del Pueblo Seco, al pie de Montjuïc. Se votó a favor de solicitar armas a los rusos para un levantamiento popular y se designó a Andrés Nin, a Jesús Ibáñez, a Hilario Arlandis y a Joaquín Maurín para que fueran a Moscú a entrevistarse con Trotsky…»

«… Existencia de un grupo de acción sumamente peligroso en las calles del Olmo, de San Beltrán y de Santa Madrona… Éxito de la espectacular redada…»

«… Ramón Archs y Pere Vandellós preparan un plan para matar al alcalde (20/5/21)… Intención de matar a Martínez Anido durante el entierro del alcalde…»

«… Proporciono los datos para la detención de Vandellós (c/ Bofarull, 24/5/21) y Ramón Archs (plaza de Universidad, 25/5/21). Con ellos muertos, Martínez Anido considera que la CNT ha sido definitivamente descabezada, desmantelada y ya nunca más resucitará… (¿?)…»

Llamó mi atención que, en la larga lista de asesinatos, atentados y atracos atribuidos a los anarquistas Vandellós y Archs, entre «asesinato de maestro de obras Urgellet 11/12/20» y

«participante activo en el tiroteo del café Monumental 6/1/21» constara «robo de 500.000 pesetas del banco Hispano Colonial 24/12/20».

Se refería al robo que habían cometido los Luys y lo atribuía a otras personas. Le pregunté a Víctor:

—¿Pero cómo pudo saberlo?

—No tengo ni idea —dijo él, desconcertado por el dato que le había puesto ante los ojos—. Nunca me habló de ello. Me acabo de enterar.

Tuvieron que pasar unos días antes de que me propusiera una posible explicación:

—Yo obtuve las armas a través de los tipos de la cuadrilla del puerto. Seguro que Miguel estaba en contacto con ellos, para sus negocios, y le comentarían mi compra, y él siguió la pista. Quizás hasta me siguió a mí. Quién sabe. No sabíamos lo que estaba haciendo Miguel en aquellos días. En realidad, nunca supimos muy bien a qué se dedicaba. Y, en todo caso, yo nunca le mencioné que había cometido el atraco, ni él me lo preguntó, y él nunca me dijo que lo había cargado a la cuenta de Vandellós y Archs.

33

19 de enero de 1921

Miguel Jinete se había dejado crecer el pelo, iba mal afeitado, vestía ropas viejas, arrugadas, desaliñadas, zapatos embarrados y una gorra que le iba grande, y tenía una cédula de identidad a nombre de Manuel Córdoba Colom. Vivía en la trastienda del ferretero que le había librado de las esposas y que era amigo de Sifrot, el dueño del bar El Tranvía. Bajo ese disfraz, recorría la ciudad todo el día, buscando confidencias en los bares de los anarquistas, alardeando de supuestas proezas, discutiendo sobre las diferentes maneras de ver la revolución de Lenin o Trotsky, o incluso de los carbonarios de Étienne Cabet y su utópica Icaria, y se entrevistaba con policías en lugares discretos convenidos de antemano. Y nunca faltaba, nunca, a las reuniones de su célula «Progreso Hoy», en el bar El Tranvía de la calle de les Corts Catalans.

Tenía convencidos a todos sus miembros, tanto a los intelectuales Guitard, Ussía y Segura como a los más primarios Sánchez, Fábregas, Súñer y Sifrot y a sus mujeres, de que aquella era una célula «dormida». Ninguno de sus miembros estaba fichado, ninguno se significaba públicamente como libertario, todos ciudadanos vulgares a punto para actuar por sorpresa cuando nadie lo esperase.

Aquella noche, después de cenar, estaban todos reunidos y él trataba de explicarles el concepto de autopropiedad del invididuo, que es dueño de sí mismo y, por tanto, señor de su propia vida y libertad, cuando vio reflejado en el espejo a Joaquín Espada, el gorila bigotudo de piel oscura, mano derecha de Arlegui.

Miguel Jinete no solía sentarse de cara a la puerta, como aconsejaban todos sus amigos policías. No le hubiera gustado que su mirada se tropezara directamente con la de Espada en aquel momento. Prefería mantenerse de espaldas a la entrada, que controlaba a través del espejo situado en una columna.

Espada se encontraba en la calle, observando por uno de los cuadrados de cristal de la puerta. Inconfundible, con aquella sombra alrededor de los ojos y la raíz del cabello tan cerca de las cejas espesas. Como el malo de las películas de Charlot.

Automáticamente, Miguel agarró uno de los envoltorios del azúcar y, con un lápiz que tenía a mano, escribió en él «Policía Espada Cuidado». Sin dejar de hablar («… pero todo esto nada tiene que ver con la propiedad privada…»), lo desplazó sobre la mesa exigiendo cautela con la mirada, por si hubiera alguno de los hombres de Espada camuflado por el local. Una de las maneras de llenar el tiempo de las reuniones, que a veces se volvían tediosas, había consistido en el estudio de medidas de seguridad. El disimulo, el lenguaje en clave, las señas, lo que había que decir y lo que había que callar. Eso transmitía a los asistentes la sensación de que se iba aproximando el momento de entrar en acción y de que tanto su responsabilidad como el peligro que iban a correr serían enormes.

Por eso disimularon perfectamente y la conversación varió de manera imperceptible hacia temas inofensivos, como si nada. Que se acababa de constituir la Federación Española de Boxeo, bueno, más exactamente, la Federación Española de Deportes de Defensa porque incluía también la lucha grecorromana; «y mañana hay velada en el Iris Park, ¿iréis?».

De pronto, Miguel se levantó, se despidió, estrechó manos. Se dirigió al perchero, descolgó el pesado chaquetón de marinero, se caló la gorra hasta las cejas, intercambió una última broma con los contertulios: «Salve, compañeros».

Salió a la calle.

Hacía mucho frío. Echó a caminar como si no supiera que Espada estaba allí. En seguida localizó su sombra negra en la oscuridad, junto a la puerta del bar.

—Miguel, qué sorpresa.

Fingió un sobresalto. Se volvió hacia él.

—Coño. ¿Qué haces por aquí?

—¿Y tú?

Miguel apresuró el paso, haciéndole gestos perentorios y disimulados para que fuera con él. Habló entre dientes, con susurro de susto y urgencia:

—Camina, camina, camina, rápido. Vámonos de aquí.

—¿De qué huyes? —dijo el otro, arrogante, levantando la voz, sin miedo.

Miguel dio media vuelta, sonrió teatral para cualquier posible espectador, exclamó: «¡Hombre, no te había conocido!» y lo abrazó a pesar del gesto defensivo del policía. Le cuchicheó al oído:

—Estoy metido en una célula muy peligrosa. Dinamita. Vámonos de aquí antes de que nos sorprendan.

Espada bajó la voz para replicar:

—¿Dinamita?

—Camina.

Echaron a andar uno junto al otro. Dos camaradas que hacía tiempo que no se veían.

—Es una célula anarquista muy peligrosa. Ninguno de sus miembros está fichado, aparentemente todos son ciudadanos vulgares. Pero son los más peligrosos. Acaban de recibir un cargamento de dinamita. Me enteré por los del puerto. He conseguido que me acepten como uno de los suyos, pero todavía no sé dónde tienen los explosivos.

Cien metros más allá, Joaquín Espada ya estaba convencido y se había relajado. De sus ojos tenebrosos no acababa de desaparecer la suspicacia pero al menos se permitió algo que parecía una sonrisa de admiración.

En la plaza de Universidad tomaron un taxi.

—¿Dónde vamos? —preguntó el policía.

—A divertirnos —dijo Miguel Jinete. Y pidió al conductor que los llevase a las Ramblas, a la plaza del Teatro.

Por el camino, Espada dijo de repente:

—Ya viste cómo es Arlegui. No es normal que un jefe superior de policía participe personalmente en los interrogatorios. Disfruta con ello. Es desconfiado y rencoroso. Peligroso incluso para los que trabajamos a su lado. No puedes fiarte nunca de él —Y terminó, como si el discurso no tuviera más intención que resumirse en aquella frase—: De vez en cuando, todavía dice que no está tan seguro de que no tuvieras nada que ver con las muertes de Moscoso, el Mahonés y Rodrigo.

—No puedo hacer nada más por convencerle.

—¿Has oído hablar de un tío con una gabardina gris?

—¿Un tío con una gabardina gris?

—A primeros del noviembre pasado, mataron a un tal Avelino Parets, que había sustituido a toda su plantilla por obreros del Libre. ¿Recuerdas? En las cercanías de la Plaza Real, muy cerca de las Ramblas. No tenemos ni idea de quién lo hizo. Dos testigos del hecho vieron huir del lugar a un tipo con una gabardina gris y sombrero flexible. No tenían más indicaciones que esas. Gabardina gris y sombrero flexible.

—Es muy vago. Hay muchos gabanes grises en Barcelona. Y sombreros flexibles.

Espada guardó un instante de silencio, reflexionando, y a continuación explicó la asociación de ideas:

—Con Rodrigo, el amigo de Moscoso, pasó lo mismo. Estaba en El Sapo y todos vieron que un tipo con gabardina gris y sombrero flexible hablaba con él y se iban juntos. Un tipo con gabardina gris y sombrero flexible.

—No sé nada de eso —dijo Miguel inmutable—. Ya preguntaré.

Se apearon del taxi en la plaza del Teatro. Penetraron por la calle de Escudellers y por ella desembocaron en la d'En Carabassa.

—Tendría que haber supuesto que me traerías a la Bombonera —exclamó Espada satisfecho—. Eres cliente habitual, ¿verdad?

—Si vienes conmigo te tratarán bien.

—A un policía siempre le tratan bien en estos sitios.

—Te tratarán mejor.

Dieron unas palmadas y en seguida acudió el sereno.

—¿Dónde van?

—A la Bombonera.

Sacó un enorme manojo de llaves, les franqueó el paso y les proporcionó una pequeña candela encendida para que subieran en la oscuridad. Le dieron una propina generosa. Los clientes de la Bombonera siempre daban propinas generosas.

Les abrió Dulce. Quien defendía que Dulce y Bombón hacían vida marital daba por supuesto también que Dulce asumía el papel femenino. Hacía honor a su apodo. Era dulce, delicada, menuda, frágil, de ojos claros y sonrisa tímida. Vestía un quimono y, de alguna manera, conseguía insinuar que debajo no llevaba ninguna otra prenda de ropa.

—Hola, Dulce.

—Ay, mi madre —dijo ella, tan andaluza—, qué pinta desastrosa me traes, mi alma.

—Gajes del oficio. Te presento a mi amigo Joaquín. Quiero que me lo tratéis muy bien. Pero que

muy bien, ¿me oyes? Y, a partir de hoy, cliente invitado.

Dulce miró a Espada a los ojos, le sonrió y dijo:

—Ya lo has oído, corazón.

—Coño, Miguel —exclamó el policía deslumbrado—. Tú aquí eres más que un cliente, ¿no?

—Más que un cliente —confirmó Miguel—. Déjate cuidar. Yo iré a asearme un poco.

Miguel Jinete se tomó un coñac en la sala donde clientes y señoritas charlaban tranquilamente, servidos por un camarero negro y escuchando las alegres melodías que un borracho gordo interpretaba al piano. Estuvo hablando con Bombón, alta, morenaza, ancha de hombros, pechos enormes, y le dijo lo que tenía que decir. Luego se duchó, se peinó con brillantina planchándose los cabellos abundantes, y se cambió de ropa. Camisa, corbata celeste, traje azul marino. Esperó tranquilamente a Espada en una salita discreta, él solo.

Espada apareció rebosante de felicidad. Había chispitas en sus ojos, que miraban sin fijarse.

—Estupendo, Miguelito, estupendo, ninguna queja. Hoy, mi vida ha cambiado. Pero tienes que contarme qué les das a estas señoritas para que te traten tan bien.

Miguel Jinete se puso su gabardina gris y su sombrero flexible. Salieron a la calle.

—¿Dónde vas, tan dandi? —preguntó el policía mientras caminaban hacia la calle de Escudellers —. Con esa gabardina… —se interrumpió. Como si la gabardina gris tuviera algún significado especial para él.

—Para mí, la noche empieza ahora —dijo Miguel.

Se detuvieron en la esquina d'En Carabassa con Escudellers porque pasaba un carro de la basura.

Con el ceño fruncido y la intención de añadir algo más, Joaquín Espada volvió a mirar a Miguel. Este sujetaba una pistola en la mano y disparó. La bala reventó el ojo izquierdo y causó daños irreparables en el cerebro.

Los basureros, y el sereno, y un anciano insomne que miraba desde un balcón, declararon más tarde que habían visto huir del lugar de los hechos a un hombre que llevaba sombrero flexible y gabardina gris.

El sereno declaró también ante la policía que el señor Espada había llegado a la Bombonera acompañado de un tipo desconocido con pinta de obrero, posiblemente anarquista. Dulce y Bombón recordaban asimismo al tipo con pinta de obrero, pero les había parecido que no llegaba junto con Espada, que debían de haber coincidido en el portal pero no se conocían de nada. En todo caso, Espada se había encontrado en el piso a un conocido y habían salido juntos. Sí, uno con gabardina y sombrero flexible. No, no conocían a ese hombre. No conocían el nombre de casi ninguno de sus clientes. El señor Espada tampoco había dicho quién era, ni que ejercía un cargo en la policía. Los usuarios de los prostíbulos suelen ser partidarios del anonimato. Pero,

naturalmente, Dulce y Bombón advertirían a las autoridades en caso de que volvieran por el establecimiento el hombre con pinta de obrero o el de la gabardina gris, claro que sí.

Cualquiera de los dos.

34

Los miembros de «Progreso Hoy» estuvieron más de un mes sin aparecer por El Tranvía, por si la investigación policial conducía a los agentes hasta allí. No fue así: por lo visto, Espada había llegado al bar por su cuenta y riesgo, tal vez siguiendo a Miguel desde su último encuentro confidencial.

Dulce y Bombón lo pasaron peor en los calabozos del Gobierno Civil. Fueron citadas dos o tres veces y las interrogó Arlegui en persona sin la menor contemplación, pero ellas, como el camarero negro, como el pianista gordo y borracho, como el gorila que tenían oculto para neutralizar riñas, se mantuvieron firmes en sus primeras declaraciones. No sabían nada del hombre de la gabardina gris, no sabían nada del obrero que subió al burdel con Espada.

Arlegui estaba furioso. Desplegó a todos sus hombres por la ciudad en devastadoras redadas por los centros libertarios más famosos. No podía permitir que quedara impune el asesinato de su hombre de confianza, de su otro yo. Ordenó detener a los barrenderos y al vigilante de la calle d'En Carabassa porque «podrían haber evitado el asesinato y no lo hicieron».

El policía Arredondo visitó a Juliol, como era costumbre. Lo encontró eufórico, entusiasmado. La palabra exacta era «orgulloso». Orgulloso de los suyos.

—¿Qué sabes de la muerte de Joaquín Espada, Juliol?

—Solo sé que Layret ha sido vengado.

—Juliooooool —rezongaba el policía gordo y abúlico.

Cuando Arredondo se fue, el viejo anarquista extrajo del bolsillo del pantalón la postal que le había entregado, dentro de un sobre, el camarero del Centro. Que alguien la había dejado para él. «¿Pero alguien, quién?» «No sé, alguien.» El anverso era un paisaje de la Barcelona rica, para turistas, el paseo de Gracia. En el reverso, alguien había escrito: «Con mi espada vengué a Layret». Firmado: «MJ».

Juliol no podía disimular su euforia.

En la vivienda que había sobre la carbonería de la calle de la Vía, Miguel Jinete acabó de fumarse un cigarrillo, lo lanzó por la ventana, por encima del muro que separaba la casa de la vía, y tomó una determinación.

Fue a ducharse a la azotea. Luego se puso la camisa, la corbata, el traje azul, el chaleco, los zapatos impolutos. Se puso la gabardina gris y el sombrero flexible y salió a la calle.

A primera hora de la tarde, el fabricante Jaume Meranges regresaba con su hija de un paseo en tartana. Tan tranquilos los dos, tan puestos, tan ufanos, tan ricos. Un hombre que andaba por la acera de la calle de Craywinckel se volvió hacia ellos como con intención de saludarlos. Tenía una pistola en la mano y disparó tres veces. Las tres veces dio en el cuerpo orondo y satisfecho del industrial. Tanto la hija como el cochero salieron indemnes.

En aquella carpeta titulada «Púgiles de despacho», que inicialmente se denominó «Mala conciencia», después de los nombres de Moscoso, el Mahonés y Rodrigo, constaban los de Joaquín Espada y Jaume Meranges. Junto a los dos últimos, había añadido las letras HGG.

Supongo que significan «Hombre Gabardina Gris».

35

Víctor Luys estaba cumpliendo su servicio militar en África.

Y la prensa informaba de que cinco mil soldados aterrorizados, acorralados en el culo del mundo, en algún punto del norte de África llamado Annual, habían sido sitiados por dieciocho mil rifeños decididos a exterminarlos.

Hasta ese momento, el ejército español había avanzado, triunfal y despreocupado, soberbio y despectivo, sin encontrar resistencia, conquistando más y más territorios, el mundo era suyo, los moros no eran enemigos. Y las fuerzas se iban desperdigando, se repartían en guarniciones cada vez menos numerosas y más confiadas mientras que los indígenas se agrupaban, cada vez más ofendidos y furiosos.

Bastó con una victoria de los rifeños, una pequeña victoria, solo una, en Abarrán, para que se encendiera su ardor guerrero y consiguieran la adhesión de más cabilas, y más, bajo la dirección del doctor en derecho Abd el-Krim, hasta llegar a aquel jueves 21 de julio en que una marea de dieciocho mil hombres avanzaba implacable sobre Annual y los oficiales españoles se veían paralizados por el pánico y las órdenes contradictorias. «¡Vámonos, vámonos, vámonos de aquí!» Solo tenían víveres para cuatro días, municiones para un día y ni una gota de agua.

El general Manuel Fernández Silvestre había decidido evacuar el campo de noche con dirección a Melilla, o a la cercana posición de Sidi-Dris, pero en la madrugada del 22 la superioridad le ordenó que se quedara donde estaba, que pronto llegarían los refuerzos. Los soldados no aguantaban más. «¡Vámonos de aquí de una puta vez!» Pasó la noche y seguían allí, esperando. Y, a la salida del sol, los ojeadores advirtieron de la llegada de seis mil rifeños más. Entonces sí, Fernández Silvestre ordenó la evacuación. Pero ya era demasiado tarde.

A las once de la mañana, bajo un sol aplastante, se movilizó una larga reata de mulas con los impedimentos y, detrás, la tropa apresurada, los heridos, el lastre del armamento pesado y lento. Salieron a campo abierto y, como era previsible, cayó sobre ellos un apocalipsis de plomo, fuego y metralla, y los cinco mil hombres salieron corriendo despavoridos en todas direcciones. Se convirtieron en simples blancos móviles sobre los que hacer puntería. La desbandada, la desorganización, la derrota anticipada. Decían que el general Fernández Silvestre se metió en su tienda y se disparó un tiro en la sien.

Más de dos mil quinientos españoles quedaron tendidos en el campo. Y otros mil quinientos fueron aniquilados en las posiciones cercanas. Trescientos veintiséis soldados españoles cayeron prisioneros. Y, cuando el Gobierno español tuvo que pagar a Abd el-Krim un rescate de ochenta mil duros de plata, cuentan que el rey comentó: «Qué cara va la carne de gallina».

De todo esto, apenas nada dijeron los periódicos de los días siguientes. Solo el día 24, antes de que la censura pudiera amordazarlos pero antes de que llegaran noticias fiables, informaban de que el rey Alfonso XIII y el Consejo de ministros, el gobernador civil, el director general de Orden Público y el capitán general interino habían interrumpido sus vacaciones para reunirse en Madrid, y con eso bastaba para que se propagara la alarma.

El pueblo se echó a la calle y organizó manifestaciones en contra de la guerra. Como siempre.

Se preguntaba La Vanguardia: «¿Ha muerto el general Fernández Silvestre?». Martínez Anido declaraba: «Lo ocurrido en Marruecos es un contratiempo muy lamentable».

En el café Español, con el periódico olvidado entre las manos, mi padre estuvo un rato largo sin reaccionar. No podía quitarse de la cabeza que él, pagando, se había liberado de aquel infierno y, en cambio, su amigo Víctor estaba allí, tal vez en primera línea de fuego, expuesto a las balas de los moros.

Obsesionado por la idea de que su amigo podría ser uno de los cuatro mil soldados caídos en Annual, corrió a su casa y registró a fondo las pertenencias más íntimas de mi abuelo. En seguida encontró lo que buscaba, anotado en la libreta donde constaban las cuentas del taxi. El domicilio de Julián Villarroya. Calle del Bruch, cerca del Arco del Triunfo.

Hacía mucho tiempo ya que mi padre quería efectuar aquel registro. Desde que se había enterado de la existencia de su madre. Hortensia. El desastre de Annual no era más que un pretexto. El pretexto. El único que podría haberle llevado hasta aquel portal imponente de la calle del Bruch.

Se había puesto su mejor traje, su camisa más nueva y mejor planchada, el sombrero de los domingos. Le costó internarse en el zaguán de aquella casa, hablar con la portera, «¿los señores de Villarroya?», «En el principal».

No tuvo que subir en ascensor ni por la escalera que conducía al resto de los pisos. Del zaguán, con capacidad para un par de carruajes, arrancaba una escalinata solemne que conducía hasta la puerta enmarcada con florituras retorcidas. Mi padre levantó una mano que, antes de llegar al pulsador eléctrico, se detuvo a rascar una ceja. Cerró los ojos y, superando una resistencia sobrehumana, llamó por fin al timbre.

Abrió una criada de uniforme almidonado.

—¿La señora Hortensia?

—¿Estaba usted citado con ella? —preguntó la mujer, arisca, dando a entender que, si estuviera citado con la señora, ella lo sabría.

—No.

—No sé si podrá recibirle. ¿A quién debo anunciar?

—A Fernando Gavanza.

¿Y si su madre no sabía que se llamaba Fernando? ¿Le habría preguntado a su padre: «¿Cómo se llama nuestro hijo?»? ¿Diría «nuestro hijo»? No importaba. El apellido Gavanza tenía que ser lo bastante convincente.

El vestíbulo había sido decorado para impresionar al visitante. Lo presidía un gran cuadro oscurecido por el tiempo, que representaba una escena del Antiguo Testamento llena de personajes que sobreactuaban. Salomé presentando en sociedad la cabeza del Bautista en una bandeja, algo así. Sobre un arcón, la reproducción en miniatura de un barco de vela de tres palos, con todos sus detalles, y al lado un crucifijo y, sobre un facistol descomunal, una biblia igualmente descomunal abierta por una página ilustrada a colorines sobre pergamino por algún monje medieval. Antigüedades entre pesados cortinajes.

Mi padre esperó un rato. Mucho rato. Y pensó: «No saldrá. ¿Cómo puedo haber creído en algún momento que iba a salir? Me dirán que no está. Me dirán que no quiere verme. Saldrá un criado muy alto y muy fuerte y me echará a patadas». Para evitar la ignominia, estuvo a punto de dar media vuelta y salir corriendo.

De pronto, entre las cortinas, apenas sin tocarlas, como filtrándose a través de ellas, apareció doña Hortensia, Hortensia Carballido de Villarroya, mi padre siempre la llamó señora Hortensia. «Majestuosa» fue el adjetivo que utilizó cuando me lo contaba. Elegante, como salida de una recepción real de las que se reproducían en las revistas de lujo, soberbia, despótica, temible. En sus ojos, una tristeza insuperable. Más tarde, mi padre pensaría en los ojos tristes de Aurorita y llegó a preguntarse si le gustarían las mujeres de ojos tristes porque, de alguna manera inexplicable, había intuido cómo eran los de la madre ausente.

Entró aquella mujer y le miró de arriba abajo, de cabeza a pies, y procuró mantenerse impertérrita, pero tragó saliva, no pudo evitarlo, tragó saliva y flaqueó la altanería de su mirada.

Mi padre no dijo «mamá» ni «madre», y ella no dijo «¿qué estás haciendo aquí?» ni «¿a qué viene esto?». Tampoco hubo abrazos, ni lágrimas. Era el encuentro de dos desconocidos.

Habló primero el visitante:

—Mi padre, Alberto, me dijo que no viniera. Pero… he tenido que venir…

Iba a decir «para pedirle un favor», pero ella lo interrumpió con un «Claro» que le hizo tropezar, porque «Claro» significaba que a la mujer le parecía natural y comprensible que él hubiera querido ir hasta allí para verla, y él se veía obligado a aceptar que lo lógico y natural era que hubiera ido a aquella casa para encontrar a la madre que lo había parido y no a interceder por el amigo que se jugaba la vida en África.

Y ella dijo: «Pasa», y él pensó: «¡No!», pero pasó. Entró a través de los cortinajes pesados como muros a una casa oscura como una gruta, cerrada al exterior y repleta de antigüedades imponentes.

Llegaron a un salón dominado por un retrato de Hortensia de tamaño natural, y un par de tresillos y un piano. Mi padre se sentó en el borde de uno de los sillones, como si no quisiera dejar huella de su paso por allí. Estrujaba el sombrero entre los dedos crispados, deformándolo sin compasión.

—Supongo que has venido para que te pida perdón —dijo ella en el tono de quien no tiene la menor intención de pedir perdón.

—¡No! —exclamó mi padre espantado—. Al contrario, he venido a pedirle un favor…

—¿Un favor? Entiendo. Un favor a cambio. Como compensación.

—No, no, no hay nada que compensar —insistía mi padre muy nervioso—. Al contrario. Bueno, no sé. Quiero decir que lo que sucedió entre usted y mi padre no es asunto mío…

—¿Que no es asunto tuyo? —replicó ella, sarcástica.

—Bueno, quiero decir que yo no puedo juzgarlos. Mi padre me contó las circunstancias del… Y yo no…

—¿Qué te contó? —esa era la gran pregunta, su máxima preocupación. Lo que mi abuelo iba contando de ella.

Mi padre dijo:

—Que en aquel tiempo los poderosos eran muy poderosos.

—Siempre lo han sido.

«¿Han?» Incluso a ella le sonó desconcertante aquel «han» en lugar de un «hemos». ¿Llevaba veinte años casada con Villarroya y todavía no creía pertenecer a su casta? Se quedó callada unos instantes, arrepintiéndose tal vez de hablar tan a la ligera. Mi padre la veía como una esfinge, un objeto inanimado y duro como el bronce, blindado contra cualquier ataque del exterior. Una hermosa mujer que, a fuerza de soportar y negarse el dolor, se había vuelto invulnerable.

Mi padre tragó saliva y se armó de valor para preguntar:

—¿Ha sido feliz? —se ruborizó automáticamente.

La estatua parpadeó y lo miró como si acabara de descubrir su presencia. Reflexionó la respuesta durante unos segundos y, al fin, casi sonrió.

—Supongo que quieres preguntarme si valió la pena prescindir de ti. ¿Feliz? ¿Qué significa ser feliz? ¿Tenerlo todo? Sí, lo he tenido todo —hizo una pausa y, en seguida, inexpresiva—: Menos un hijo.

—¿No tuvieron hijos con…? —mi padre obvió el nombre del dueño de la casa.

—No.

—¿Y por qué?

La mujer, con sus ojos cargados de intención, le recriminó la insolencia. Lo puso en su sitio. «A ti te lo voy a decir.»

—No tuvimos hijos —concluyó.

Mi padre enrojeció aún más, muy confuso. Se quería ir.

—Perdone.

—Bueno, él sí tuvo hijos —añadió ella súbitamente comunicativa y casi relajada—. Con otra mujer. Y los ha reconocido como propios. Pero conmigo —la interrumpió un suspiro inoportuno que la desconcentró— no ha tenido. No me mires así. No supuso ninguna desilusión. Nunca leí novelas románticas, nunca me hice ilusiones. En mi casa, mis padres vivían como vivimos Julián y yo. Respeto mutuo. Distancia. Ninguna queja. Nada de confianzas. La vida es como es. Solo que ellos eran pobres y yo soy rica. No he tenido hijos, pero he tenido amigos, muchos amigos, y criados, y animales de compañía, y un jardín. Y he viajado mucho. He estudiado. Tengo una cultura. Tú eres… Tú fuiste… —no podía más—: Una sorpresa.

Mi padre se sintió sumamente incómodo. Entendió que lo estaban despidiendo y se levantó para irse.

—Pero espera —dijo ella—. Venías para pedirme un favor.

—No era para mí. Era para un amigo. Pero no sé si pedírselo.

—Uno de los placeres que me ayudan a envejecer es el de sentirme omnipotente. Ponme a prueba. Si te lo puedo conceder, me darás una alegría.

—Un amigo mío. Víctor Luys, con y griega. Está haciendo el servicio militar en África, y sufro por él. No sé si será uno de esos pobres desgraciados que han muerto en Annual. Me horroriza pensar que yo pude librarme de aquel infierno y él no.

La mujer asintió, bastante convencida de su omnipotencia.

—¿Sabes dónde está destinado?

—No exactamente. Hace unos meses que me escribió una carta desde Melilla, pero no podía dar detalles de su situación por la censura de guerra —mi padre le tendió el papel que traía preparado —. Se llama Víctor Luys, con y griega, Medrano, y estos son los datos de que dispongo.

La mujer, que no se había levantado porque las reinas no se levantan del trono para despedir a los súbditos, tomó el papel y las manos de la madre y del hijo estuvieron muy muy cerca, pero no llegaron a tocarse. Los dos pusieron un empeño especial en ello.

—Bueno… —dijo mi padre.

—Puedes volver a verme cuando quieras.

—Sí.

Mi padre temblaba. Tenía uno de esos suspiros vibrantes que parecen tan próximos al sollozo, y dio media vuelta y a punto estuvo de tropezar con la criada que a lo mejor nunca se había movido de allí.

—Acompañe al señor a la puerta.

Esa era la despedida.

«Sí», se dijo mi padre. «Para tu madre, ya eres un señor. Un señor más.»

La criada lo acompañó a la puerta.

Otra cosa que rescaté de la caótica caja de zapatos de mi padre: la carta que Víctor le escribió para contarle que había sido felizmente trasladado al cuartel general de Ceuta donde, por esas razones irracionales del ejército, lo habían nombrado de golpe y porrazo ordenanza de un coronel. «Criado para todo», decía él. «Pero me tratan bien.»

En los meses siguientes, continuó el desastre de África. El ejército español no hizo más que replegarse y los rifeños continuaron diezmándolo. Fue la desbandada del río Igan, donde los primeros en escapar fueron los oficiales, y la matanza del monte Arruit, donde los oficiales fueron quemados vivos. Hasta la rendición formal de una tropa desmoralizada aquel fatídico 9 de agosto de 1921 en que los moros no respetaron a los soldados que ya habían depuesto las armas. De los tres mil que se entregaron, únicamente sobrevivieron sesenta.

Pero Víctor ya no estaba allí.

36

24 de octubre de 1922

La noche del 23 de octubre de 1922, tres policías uniformados se presentaron en una pensión de la calle de Serra Xic, junto a la plaza de Sant Agustí Vell. Irrumpieron intempestivos en los pasillos haciendo mucho ruido, despertando a los huéspedes, preguntando a voces por un tal Eladio Cardoso.

Este salió de su habitación protestando inocencia. Él no había hecho nada, le habían asegurado que no le pasaría nada, había trabajado para la policía. Le hicieron callar con un culatazo en la boca. Uno de los policías entró a registrar su habitación y en seguida encontró las llaves de una moto.

—Las llaves de la Indian —dijo.

Cardoso continuó farfullando, entre escupitajos de sangre y dientes, que había traído la Indian porque se lo había pedido la policía, que él actuaba en nombre de la policía, «preguntadle a Córdoba, que él me avala, preguntadle a Arlegui». Lo golpearon de nuevo y lo arrastraron a la calle. «¡Date preso, quedas detenido, que te calles!» Le pusieron las esposas, lo empujaron delante para que se encaminara hacia la calle de Armengol, o la calle de Llàstics, que allí se forma un confuso laberinto. Pasaron por delante de la flamante moto Indian con sidecar que Cardoso había conducido desde Castellón.

—¡Me lo pidió la policía!

—¡Que te calles! ¡Tira pa'lante!

Eladio Cardoso avanzó, y no se percató de que los agentes no avanzaban con él sino que se quedaban rezagados, y se llevaban los fusiles a la cara antes de gritar: «¡Alto, alto! ¡Alto a la autoridad!». Se detuvo, helado, al comprender que le estaban aplicando la ley de fugas. Sonó la descarga de dos fusiles, sintió el brutal impacto en la espalda y cayó de bruces sobre los adoquines, con la garganta obturada por el berrido de rabia de los traicionados.

Una voz anónima gritó «¡Ley de fugas!», y otra le hizo eco, «¡Ley de fugas!», y otra, «¡Ley de fugas!», como la voz de la conciencia sobrevolando las azoteas de Ciutat Vella. Los gritos ahuyentaron a los guardias que, espantados, retrocedieron hacia la plaza de Sant Agustí Vell, alejándose del caído, acaso temiendo un linchamiento.

Al momento, de los portales surgían almas caritativas para atender al fusilado. Solo una bala se había clavado en la espalda de Cardoso, que no estaba muerto. Cargaron con él. «¡Un herido, un herido! ¡Un coche, que alguien traiga un coche!»

Lo llevaron al dispensario del barrio y el médico, al ver seccionada la columna vertebral, torció el gesto. Allí, tendido de bruces en una camilla, el herido agarró la mano de quien estaba más cerca y balbució:

—Me muero. Qué canallada. Quiero hablar con el juez de guardia —el dolor le forzaba a expresarse entre dientes—. No quiero policía. Si viene la policía, me matará. Solo un juez. Lo que tengo que decir es demasiado terrible. El juez.

No llegó un juez sino el fiscal Diego Medina. Él le aseguró que era tan fiable como un juez. Más incluso.

—La policía —le dijo Cardoso ante numerosos testigos, gruñendo de dolor y agarrándole de la solapa con desesperación—, la policía ha preparado un atentado contra Martínez Anido. Arlegui lo ha organizado. Fingen un atentado para poder exterminar a los anarquistas impunemente. Me han aplicado la ley de fugas. Hay testigos. Eso es lo que hacen Arlegui y Martínez Anido. Dígaselo al juez, dígalo al mundo. A mí me contrataron Inocencio Feced y un tal Córdoba Colom, que dicen que es policía. Inocencio Feced trabaja para la policía, en Madrid lo saben, él puso la bomba del Pompeya pagado por la policía. Hoy tratarán de atentar contra Martínez Anido, pero no serán los anarquistas, compruébenlo, por el amor de Dios, que mi muerte no haya sido en vano.

Diego Medina le creyó. Y pudo comprobar que aquella noche la policía se había desplegado con la excusa de un supuesto atentado contra el gobernador civil. No había tenido siquiera la paciencia de aguardar a la puesta en escena que debían montar con la ayuda de la moto Indian matrícula V-1544 que Cardoso había traído desde Castellón. Atacó el Cuerpo de Seguridad a los anarquistas cuando estos estaban aún apostados y acabados de armar. Y, en una noche, cuatro detenidos trataron de fugarse y fueron abatidos por las fuerzas que los conducían a Jefatura. Demasiadas fugas para una noche. Demasiados tiros por la espalda. Demasiadas leyes de fuga.

El fiscal se puso en comunicación con el presidente del gobierno en persona, señor Sánchez.

—¿Qué hago? —preguntó.

Al gobierno de Madrid no le gustaba Martínez Anido. Lo habían nombrado gobernador civil debido a la presión de la patronal catalana, pero tenían muy presente que sus métodos eran causa de desprestigio e incentivo para la anarquía. La mano dura no es sutil y suele destrozar todo lo frágil que toca. Y la política española, en aquellos momentos, era tremendamente frágil.

El presidente Sánchez Guerra telefoneó a Martínez Anido el día 24 de octubre y le notificó que Arlegui quedaba destituido de su cargo de jefe superior de policía.

Dijo Martínez Anido:

—Esta es una intromisión intolerable. Me solidarizo al cien por cien con Miguel Arlegui y, si usted insiste en su destitución, me veré obligado a dimitir.

—En ese caso —le contestó Sánchez Guerra—, entregue el mando al presidente de la audiencia y venga a Madrid cuanto antes.

Cuando la prensa le preguntó, Severiano Martínez Anido dijo:

—No dimito. Me destituyen.

Dos días después, el 26 de octubre, reapareció Miguel Jinete. Como por arte de magia, se materializó en el bar del Centro Libertario y le dio un fortísimo abrazo a Juliol, que lo recibió como a un héroe. Bebieron, rieron y teorizaron sobre el futuro de la sociedad. En aquellos

tiempos, Juliol todavía era optimista. Para él, la caída de Martínez Anido y Arlegui era una prueba inequívoca de que los suyos llevaban las de ganar. Después de unos cuantos vinos, o coñacs, o lo que fuera, aquel Miguel Jinete vital, dinámico, arrollador, llamó al timbre de la casa de mi padre y lo envolvió en sus brazos por sorpresa.

—Pero Miguel, tú, hacía tanto tiempo que no sabíamos de ti…

—¡He vuelto, joder, he vuelto! ¡Y mañana mismo empiezo de nuevo en el gimnasio! ¡Y el año que viene, campeón de España, ¿qué te apuestas?!

Abrazos y lágrimas, largas sesiones de confidencias. Mi abuelo y la señora Llusieta querían mucho a Miguel. Incluso mis tíos Ernesto y Cándido, que habían tomado mucha inquina a Víctor y sus hermanos. Cuando Ernesto le dijo que iba a estudiar para sacerdote, Miguel rompió a reír y repuso: «Hombre, qué bien, así podré bautizarme, que hasta ahora no he encontrado yo un cura de confianza para que me bautice», y lo dijo de tal manera que todos celebraron la salida con risas, nadie se ofendió.

—¿Y Víctor?

—Está en África, ¿no lo sabes?

—Coño, por eso me dejó plantado el negocio. ¿Sabes que ahora la plantilla de limpieza del Morrot la dirige otro? Nos birlaron el negocio, Fueyito…

—¿Y qué querías que hiciera si se lo llevaron por la fuerza, Miguel?

—Si me lo hubiera dicho, lo habríamos podido redimir…

—¿Cómo te lo iba a decir si andabas perdido?

—Eso también es verdad.

—¿Y cómo lo ibas a redimir? ¿Se lo ibas a pedir a Durruti, o al Noi del Sucre?

Se reían. Cuando se reunían dos miembros del Trío, siempre acababan riendo.

—¿Y cuál es el último, Fueye?

—No hay último, Miguel. Ya hace mucho tiempo que no me cuentan chistes.

—Bueno, mejor, porque yo tampoco los entiendo…

Y jajajá.

Recuerdo a mi padre, tantos años después, con aquella mirada de nostalgia y resignación.

—Y jajajá, yo no me enteraba de nada —se lamentaba—. El mundo pasaba por mi lado, y yo ni lo veía. Víctor cometió un atraco y cambió toda su vida, y yo ni me enteraba. Nos veíamos, bebíamos juntos, bromeábamos, podíamos hablar de cualquier cosa, o eso creía yo, nos lo

contábamos todo, o eso creía yo, y luego venía Miguel y me decía que había estado escondido por ahí, sin hacer nada, o que trabajaba «en sus negocios», o en «su despacho» y yo tragaba, y los dos se iban con sus secretos y yo me quedaba tan feliz y contento por tener dos amigos tan majos.

Lo decía con cierto resentimiento.

Víctor le pasaba un brazo sobre los hombros, le daba una palmada cariñosa y decía:

—Tú eras la seguridad, Fueye. Lo inmutable. La ignorancia y la inocencia te permitían mantenerte seguro de ti mismo, de tu trabajo, de tu familia, de tu manera de concebir y conducir la vida. Yo no sé lo que le pasaba a Miguel, pero creo que lo mismo que a mí: tú eras lo más importante de nuestra vida porque sabíamos que siempre estarías ahí y que un día nos perdonarías nuestras mentiras.

Regresó Miguel e invitó a mi padre a ir a la Bombonera. «Que, si no vengo yo, tienes abandonadas a las muchachas, coño, con lo que te quieren ellas.» Y llegaban allí, a la calle d'En Carabassa, y los trataban como a reyes.

—Al Fueyito atendedle mejor que si fuera yo mismo.

—Caray, Miguel, qué les das. Qué bien te tratan aquí.

Pagaba él. Se suponía que pagaba él. Eso creía mi padre, al menos. No podía imaginar que, en realidad, él era quien cobraba.

37

No todos los anarquistas querían al Noi del Sucre. Lo admiraban por su capacidad de arrastrar a las masas, eso sí. Nadie podría olvidar su figura poderosa encandilando a un público de veinte mil personas en la plaza de toros de Las Arenas. Era el 19 de marzo de 1919 y se trataba de dar fin a la famosa, multitudinaria y contundente huelga de la Canadiense. La plaza rebosaba de obreros exaltados que manifestaban su desacuerdo con silbidos, gritos, abucheos y pataleos que interrumpieron y apabullaron una y otra vez a los cuatro oradores previos. El quinto que tomó la palabra fue Salvador Seguí, el Noi del Sucre, y este, a pleno pulmón, sin ayuda de megafonía de ninguna clase, hizo callar a aquel público hostil y consiguió que terminaran votando unánimemente el retorno al trabajo. Nadie movía a las masas como él. Pero muchos, los más idealistas y utópicos, le recriminaban que hubiera caído en la trampa de la política parlamentaria y el diálogo y que se manifestara contrario a los atentados.

—No se puede ser libertario y pactar con la burguesía, como hace él —rezongaba Juliol cuando habían tocado el tema en el bar del Centro—. Ahora anda criticando la Revolución rusa y a Lenin cuando dijo aquello tan brillante de «Libertad, sí. ¿Pero para quién? ¿Para qué?». Dice

Salvador Seguí: «¡Libertad para todo el mundo!» ¿Ah, sí? ¿También para los patronos, para que nos exploten a su gusto? Dice Seguí: «Sin libertad se concibe al rebaño, pero no al hombre con sus atributos y dignidades». Y luego habla de la «catástrofe moral que sufre Rusia actualmente» y dice que era «superior a la económica». No se puede meter a todos los hombres en un mismo saco. Seguí es un posibilista, un demagogo, capaz de cualquier cosa para obtener resultados concretos y prácticos ahora mismo.

Era Aurorita Escolá quien, instalada en la trinchera de su ingenuidad, le daba la réplica a Juliol sin apartar la vista.

—Es lo que me gustaría que hicieran todos los políticos —le respondía—. No me interesa que se pierdan en elucubraciones teóricas, sino que consigan cosas prácticas. Seguí apoyó la huelga de la Canadiense, y consiguió la jornada de ocho horas…

—… Hablando —la cortaba Juliol cada vez más exasperado—. Negociando. Pidiendo y cediendo. Y así no se hacen las cosas. Un sindicato implica el diálogo con el patrón, implica el pacto, la creación de intereses… No queremos la jornada de ocho horas sino el advenimiento del comunismo libertario. Cuando nos conceden la jornada de ocho horas, los patronos nos parecen buenos y humanitarios, ¿es que no lo veis? Si, además, nos aumentan el sueldo, ya serán como hermanos. ¡Así nunca llegaremos a la revolución!

—¿Pero tú qué quieres? ¿Que los obreros vivan como esclavos? ¿Tú saldrías en público y les dirías a los obreros que, por el bien de la revolución, es conveniente que los exploten doce horas al día, que estén mal pagados, que pasen hambre, que los atormenten?

—¡Nuestra misión consiste en aniquilar de una vez por todas el capitalismo!

A veces resultaba difícil terminar con discusiones con Juliol y siempre lo dejaban por imposible. Pero decía mi padre que, aunque pensaban distinto, siempre pudieron hablar con él y siempre consideraron que era un maestro y un amigo.

La noche del viernes, 9 de marzo de 1923, Salvador Seguí, su mujer Teresa y su hijo Heleni, de siete años, salieron del teatro Cómico del Paralelo y tomaron un taxi para dirigirse a su domicilio de la calle de Valencia, número 559, entre Dos de Mayo e Independencia. Detrás de ellos, salió un coche en el que viajaban tres hombres, uno de los cuales era Inocencio Feced. Salvador Seguí viajaba delante, con el conductor, y su esposa y su hijo iban detrás. A una discreta señal del taxista, el líder sindicalista se volvió varias veces para hablar con la mujer y el niño y comentar algún detalle de la función que acababan de ver. Había sido una representación benéfica a favor de los compañeros presos. En seguida comprobó que los estaban siguiendo.

Al llegar a su destino, Salvador Seguí se apeó del coche y acompañó a la madre y al hijo hasta el portal. Abrió la puerta, les dijo «ahora subo» y la mujer probablemente preguntaría «¿adónde vas?», pero él no respondió. Cerró el portal y volvió a la calzada. Ahí estaba el coche que los había seguido. Se plantó delante ofreciendo desafiante su oronda, imponente persona. «¡Disparad, cobardes!», les gritó en catalán. Tireu, covards!

No disparon. El conductor pisó el acelerador y se alejó rápidamente de allí.

Salvador Seguí se dirigió al taxista para pagarle y lo encontró mirándole maravillado por su temeridad, boquiabierto, como si estuviera contemplando a un muerto viviente.

—¿Cuánto le debo?

—No. Nada.

A partir de aquel momento, Salvador Seguí era un auténtico muerto viviente, y él lo sabía. Si iban a por él, lo encontrarían, porque el Noi del Sucre era un hombre público, que daba la cara, que decía lo que pensaba y nunca se había escondido. No concebía la posibilidad de encerrarse en un lugar seguro. Tal vez por eso, al día siguiente, sábado, 10 de marzo, al salir de casa después de comer, dio un abrazo especialmente caluroso a su esposa Teresa, y la miró a los ojos con intensidad cuando le dijo:

—Voy a tomar café. Con Lluís Companys, en El Tostadero. Luego tengo que ir a comprar pintura a la calle de Sant Rafael —Salvador Seguí era de profesión pintor de paredes y se abastecía en una tienda de la calle de Sant Rafael.

—¿Te espero a cenar? —le preguntó ella, insegura.

Tal vez notó el tacto de la automática belga que él se había metido en el bolsillo.

—Claro —respondió el Noi.

Dicen los libros de historia y las hemerotecas que Inocencio Feced y los suyos tenían montada la parada en el café El Tostadero de la plaza de Universidad, donde Salvador Seguí pasó las primeras horas de la tarde del sábado jugando al billar con el diputado Companys, y los sindicalistas Botella y Francisco Comas, conocido como Peronas. A media tarde, salieron juntos Salvador Seguí, Botella y Comas y, paseando, se dirigieron a las Ramblas. Cuentan que los pistoleros, apostados tras el monumento del doctor Robert, no se atrevieron a disparar porque la plaza estaba llena de niños. A la altura de la plaza de Cataluña, Botella siguió su camino y Seguí y Comas continuaron el paseo hasta la calle de San Pablo y, por ella, hasta Sant Rafael. A las siete y cuarto pasaban frente al número 19, cerca de la calle de la Cadena. Inocencio Feced llegó por detrás, acercó el cañón de un revólver a la nuca de Salvador Seguí y disparó. La pequeña estatura del pistolero dio lugar a que la bala tuviera una trayectoria de abajo arriba y se incrustara en la región frontal. Cayó Seguí. Al mismo tiempo, otros dos individuos también empezaron a disparar sus armas. Uno alcanzó a Francisco Comas en el costado derecho y en la pierna izquierda. El otro tiró a discreción, para que cundiera el pánico y nadie les cerrara el paso. Este alcanzó a una mujer, Margarita Miquel, de sesenta y seis años, que pasaba por allí. Después de aquella serie de explosiones ensordecedoras y una desbandada espectacular, en un abrir y cerrar de ojos, los pistoleros ya no estaban allí.

No todos los anarquistas querían a Salvador Seguí, el Noi del Sucre, pero fueron cientos de miles los que salieron a la calle el funesto martes y 13 siguiente, cientos de miles los que dejaron el trabajo y paralizaron la ciudad, y protestaron con huelgas en todos los sectores y organizaron una inmensa manifestación con motivo de su muerte y de las circunstancias confusas y vejatorias de su entierro. Porque, después de insinuar que Salvador Seguí quizás hubiera muerto en una vil reyerta entre maleantes, a manos de los mismos anarquistas, el gobernador civil tuvo el

atrevimiento de llevarlo al cementerio y enterrarlo en secreto, de madrugada, en un coche ordinario y sin distintivos, con la excusa de que nadie de la familia había ido a reclamar el cuerpo después de la autopsia.

En medio de la multitud que abarrotaba la plaza de Cataluña, destacaba con luz propia, como una antorcha, la melena color de cobre de una muchacha de piel blanca y cubierta de pecas. El grupo que formaban mi padre, Miguel y los hermanos y la madre de Víctor fue a parar precisamente junto a ella, que resultó que estaba allí con su madre, una señora de actitud tan fiera que casi daba risa, y tres compañeros de trabajo muy parlanchines. En seguida simpatizaron los dos grupos, y juntos gritaron consignas enfurecidas, y lamentaron el asesinato del pobre Noi del Sucre y criticaron los tejemanejes del gobernador civil, y hubo quien remarcó que tal vez fue un poco posibilista, y quien lo defendió sin reparos, y casi le parten la cara, todos juntos, a un desaprensivo que los provocó diciendo que el Noi era confidente de la policía.

Elena.

Otra mujer de la que mi padre no quería hablar, de quien nunca nos habló, a mi madre y a mí, y cuya mención lo hundía en una especie de pozo negro.

La citó Víctor, y mi padre se lo recriminó con una ojeada. Entonces, Víctor le puso la mano en el hombro y le dijo: «Dejémoslo», y él se lo agradeció con un movimiento de cabeza.

En cuanto tuve oportunidad, formulé la pregunta, claro está.

—¿Quién era Elena?

—La esposa de tu padre —me respondió Víctor—. Se casaron. Y tuvieron un hijo.

Él no estaba presente en el momento en que se conocieron, durante la manifestación por el entierro de Salvador Seguí, porque se encontraba en África, pero su madre, sus hermanos y Miguel se lo contaron luego. Decían que había sido la resurrección del Fueye, que se le vio especialmente conversador y brillante aquel día. Después de mucho tiempo abrumado por la amargura, y a pesar de que aquel día todos los temas de conversación eran tristes y funestos porque giraban en torno a la irreparable pérdida del Noi del Sucre, todos tuvieron la sensación de que mi padre acababa de encontrar la puerta de salida de la melancolía. Gracias a una frase que tomó prestada del padre de Víctor, «no están hablando con nosotros, hablan entre ellos y nosotros somos su tema de conversación», atrajo y retuvo la atención de aquella pelirroja de rostro rectilíneo y labios estrechos, que se llamaba Elena y trabajaba ayudando a su madre en la cocina de una casa de comidas llamada Hermanos Marchena.

Se comentaba luego, entre risas y guiños, el tono especialmente cantarín con que mi padre se había interesado por las especialidades culinarias de la citada casa de comidas, y se dio por supuesto que al día siguiente había corrido a aquel establecimiento para probar el conejo al ajillo. Entonces, mi padre salía al paso de tamaña inexactitud diciendo que fue Elena quien le visitó a él en los Grandes Almacenes El Siglo y que le sorprendió mientras estaba vendiendo una faja adelgazante a una señora muy empingorotada. Entonces sí, ya resultó imposible evitar una comida en la casa de los Hermanos Marchena, donde fue bien recibido y agasajado.

Elena fue el motivo de que mi padre volviera a salir de casa y a pasear por la ciudad. Con Elena, fue a ver las películas por episodios Parissette y Defenderse o morir, y De corazón a corazón, en el teatro Goya; y fueron a reírse con las atracciones del Tibidabo, y un día mi padre abrió a la pelirroja la puerta de su casa para que le oyera ensayar tangos con el bandoneón junto a la encandilada señora Llusieta. Después de estar con Elena, según decía Víctor que contaba mi abuelo Alberto, mi padre se quedaba con un recuerdo de besos en los labios y un arco iris en los ojos.

38

Mi padre seguía fiel al principio de que hay que celebrarlo absolutamente todo y su biografía de aquella época es una larga sucesión de celebraciones. Celebraron onomásticas y cumpleaños, y fiestas mayores, y las Navidades y Nocheviejas, y celebraron el regreso de Víctor de África sano y salvo, y celebraron la toma de posesión de su puesto de trabajo tras el mostrador del bar Luys de la calle de Robador, y celebraron la boda de mi padre con Elena, y celebraron la ampliación del negocio de mi abuelo Alberto en el garaje de la calle de Entenza, y celebraron los primeros votos de mi tío Ernesto, y celebraron la inauguración del metro y el gran éxito de la Exposición Universal de 1929, y las elecciones democráticas y la proclamación de la República de 1931, y la proclamación del Estat Català en el 34. Siempre los tres amigos juntos de nuevo, bebiendo champán, llorando de risa, tambaleándose abrazados, felices, otra vez el Trío del Pompeya.

Escuchando a mi padre, diría que el golpe de estado de Primo de Rivera y la dictadura subsiguiente lo sobrevoló sin rozarlo siquiera. No dio ninguna importacia al hecho de que, de repente, se truncara el optimismo de Juliol que empezó a hablar del regreso de los militares como la peor de las catástrofes. Decía, con aspavientos de profeta iluminado:

—En Italia, la opereta de Mussolini. Ahora, aquí, la zarzuela española. Y, pronto, Alemania, ¡no perdáis de vista Alemania, que vendrá con una ópera wagneriana en cinco actos!

Pero esa era la única queja. La mayoría de los ciudadanos daba la razón a los partidarios del puñetazo en la mesa y el sable desenvainado porque lo cierto fue que, con la dictadura, callaron las pistolas en la calle y disminuyó el número de muertos y heridos en las páginas de los periódicos, e incluso el ejército derrotó a Abd el-Krim y acabó de una vez con aquella guerra de Marruecos que parecía interminable. Mi padre estaba convencido de que la policía, mejor pagada que antes, en consecuencia sería menos corrupta. Y el que mejor podría haberle ilustrado sobre lo que en realidad pasaba, que era Miguel Jinete, no le confesó que era policía muy bien considerado en el Gobierno Civil como experto en anarquistas, sindicalistas y revolucionarios en general. Para mi padre, Miguel se dedicaba a unos negocios a los que siempre aludía superficialmente y que resolvía en un pequeño despacho ubicado en la parte baja de las Ramblas, en el pasaje de la Banca, donde ahora se encuentra el Museo de Cera. Mi padre tuvo que esperar más de cincuenta años para enterarse de que, además de pertenecer a la policía secreta, su amigo Miguel, tan generoso y dinámico, era dueño de un burdel, traficaba con armas y dirigía una

banda de libertarios que atracaban bancos.

El aperitivo de las celebraciones fue la fiesta de bienvenida que le dieron a Víctor en su propio bar Luys de la calle de Robador, calle estrecha especializada en casas de gomas iluminadas en rojo y azul, individuas callejeras que parecían cansadas de vivir y prostíbulos baratos que se caían a trozos. Era un local estrecho pero profundo, decorado con azulejos de Valencia, con el mostrador niquelado y la gran nevera a la izquierda y un ensanchamiento al fondo donde cabía una pequeña tarima con piano para que, a partir de las nueve de la noche, un cantante de tangos, una frívola, un barítono y, en ocasiones, un cantaor y una bailaora, deleitaran al personal. Las actuaciones de cada noche estaban escritas con tiza en la pizarra de la puerta. Una de las camareras triunfaba cantando, medio desnuda, un tema muy sensual que decía: «Al Capone pone, pone/ pone cara de rufián…». Se despachaban los chatos a veinticinco céntimos y a cincuenta la caña de cerveza.

Tanto Miguel como mi padre abrazaron a un Víctor rapado y resplandeciente de felicidad, no solo por haber regresado ileso de África sino también y sobre todo porque sus hermanos habían actuado con sensatez y nadie sospechaba cuál era la procedencia del dinero con que habían levantado aquel negocio. Al brindis añadieron la ceremonia de tirar las llaves del local a la alcantarilla, como símbolo de que sus puertas siempre iban a estar abiertas. (En el año 33, cuando hubo una huelga de camareros, los propietarios tuvieron que cerrar sus bares formando barricadas con mesas y muebles, porque carecían de puertas.) Claro que, en aquella segunda ocasión, lo hicieron con llaves falsas porque las auténticas ya habían ido a parar a las cloacas en la inauguración de 1921.

Marisco de todo tipo, fiambres, quesos, platitos con fricandó cocinado por la señora Llusieta en la cocina del bar, y cerveza, vino, champán y cocteles sin límite; si alguien preguntó de dónde salía el dinero para pagar aquel derroche, le dijeron que el negocio funcionaba bastante bien y que un día es un día. La verdad era que el negocio iba bien y casi no habían tenido que echar mano del botín de cientos de miles de pesetas que se escondía en una aparatosa e inviolable caja fuerte del piso de arriba.

Aquel día, allí, Víctor le preguntó a mi padre si tenía consigo el bandoneón y se sorprendió al encontrarse todavía con la mirada esquiva y su resistencia a tocar en público.

—Ven a casa. Por las noches ensayo.

—¿Aún te acuerdas de Aurorita? —susurró Víctor, pasando el brazo sobre los hombros de mi padre. Este no respondió. Solo miró para otra parte. Y Víctor zanjó la conversación con un suspiro—: ¿Qué habrá sido de Aurorita?

Los Luys disimularon mal su frustración porque tenían con ellos a un cantante llamado Lalo Valente que actuaba algunas noches en el tablao y había manifestado su deseo de cantar acompañado por el bandoneón del Fueyito. Se maravilló al enterarse de que mi padre había vivido años en Argentina, porque resultó que, a pesar de su acento bonaerense, ni se llamaba Lalo ni Valente ni era argentino, sino canario, y no había cruzado jamás el Atlántico. Él era argentino por vocación, que todo lo había aprendido en los libros, en los discos y en los diarios y que se había fijado el objetivo de triunfar tangueando alguna vez en el Colón o en algún bulín de

la calle Corrientes. Se emocionó al saber que mi padre había estudiado solfeo y bandoneón con Ángel Crego, del barrio de San Telmo, y se concentraron en una complicada conversación sobre staccatos y matices pianissimos, y fortissimos legatos sin perder la cuadratura, y risas cuando resultó que los dos eran seguidores de la escuela de Osvaldo Fresedo y Carlo di Sarli. Naturalmente, terminaron hablando del gran Carlos Gardel que, desde enero, estaba triunfando en el teatro Apolo de Madrid y decían que pronto viajaría a Barcelona.

La pelirroja Elena se añadió con entusiasmo a la tertulia milonguera porque, después de una temporada de escuchar los ensayos de mi padre, se había vuelto una incondicional del tango. Las últimas novedades, recién editadas, eran Y todo a media luz, Corrientes, tres, cuatro, ocho, segundo piso ascensor… y Mano a mano. Mi padre confesó que no le gustaba que Elena cantara tangos, pero no se lo podía impedir. Simplemente, le decía que cantaba muy mal.

Fue esa noche cuando Lalo Valente reveló al Trío del Pompeya el tango Confesión que tanto gustó a Miguel.

Fue a conciencia pura

que perdí tu amor…

¡Nada más que por salvarte!

Hoy me odias

y yo feliz,

me arrincono pa' llorarte…

El recuerdo que tendrás de mí

será horroroso,

me verás siempre golpeándote

como un malvao…

¡Y si supieras, bien,

qué generoso

fue que pagase así

tu buen amor..!

Y mi padre exclamaba, con aquella expresión irónica tan suya:

—Mirá vos, qué piola. La faja a puñadas y luego dice que era por hacerle un bien —y Miguel se retorcía de la risa.

¡Sol de mi vida!…

fui un fracasao

y en mi caída

busqué dejarte a un lao,

porque te quise

tanto… ¡tanto!

que al rodar,

para salvarte

solo supe

hacerme odiar.

Y aquella noche, allí, en el bar Luys, mi padre por fin se lanzó a contar un chiste que para Víctor sería inolvidable. El del borracho y la farola.

—… Está un borracho agarrado a una farola y la golpea con violencia. Viene otro borracho que le pregunta: «¿Pero qué haces?». Dice el primero: «¡Pues que estoy llamando, estoy llamando a la puerta y no me abren!». Y dice el otro borracho, que llegaba: «Pues tú insiste, que arriba hay luz».

—Ese día supe que nuestro Fueyito ya se había recuperado del bache de Aurorita —comentó Víctor cuando nos reímos del chiste en una de nuestras salidas nocturnas por las Ramblas.

Mi padre comentó cabizbajo y entre dientes, quizá creyendo que no podíamos oírle:

—Nunca me recuperé de aquello, nunca —y no sé si dijo «recuperé» o «recuperaré».

La fiesta del bar Luys se prolongó en la Bombonera, naturalmente. Fue Miguel quien los arrastró a última hora.

—… Que tienes que ir a saludar a Dulce y Bombón, Victorino, coño. Que ya saben que has llegado y, si no vas, se van a enfadar.

—Es curioso —reflexionaba Víctor a sus setenta y cinco años—. Ahora que sé que Miguel era el

dueño de la Bombonera, cambia mi visión de aquellas visitas tan frecuentes. Siempre pensé que estaba medio enamorado de Dulce o de Bombón, o de las dos. Pero ahora tengo la sensación de que nos invitaba a su casa. Nunca pudo organizar una farra en el piso asqueroso que había encima de su carbonería y es como si hubiera montado aquella casa de putas para agasajarnos como sabía y podía.

Había ampliado el negocio de la calle d'En Carabassa comprando el piso de arriba y comunicando los dos con una escalera de caracol y había introducido un par de reformas de las que estaba muy orgulloso. Proyección de películas pornográficas en una pequeña sala oscurísima donde, a veces, también se hacían «cuadros artísticos» y, como el gobierno de la dictadura había prohibido el juego, un pequeño casino clandestino con ruleta y mesas de póquer y bacarrá.

Miguel, que todavía no había renunciado a triunfar en el mundo del boxeo, siempre andaba con tiritas de tafetán por la cara. Durante el año 1924, tuvo tres encuentros, en mayo, junio y septiembre, a los cuales tanto mi padre y Víctor como la señora Llusieta y la hermosa y pelirroja Elena fueron a vociferar gritos de estímulo. Ganó el primer combate contra un negro guineano que, según mi padre, boxeaba con tanta habilidad como la señora Llusieta «seguro que no paró de chillar Verge Santíssima a cada guantazo que le pegaste». Víctor opinaba que había elegido a su contrincante para deslumbrarnos. A partir de los comentarios de sus amigos, para los dos combates siguientes buscó rivales de categoría y perdió los dos, en junio por puntos después de recibir una somanta fenomenal y en septiembre por KO en el tercer asalto.

—En la fiesta de Nochevieja de 1924, nos confesó que había decidido dejar el noble arte del marqués de Queensberry —dijo mi padre con cierta sorna.

Mi abuelo Alberto, que sabía tanto de estudios sacerdotales como yo, manifestó una vez su deseo de que fuera Ernesto quien casara a mi padre y a Elena. Eso les habría supuesto un noviazgo de diez o doce años porque Ernesto no salió del Seminario Mayor hasta el 33 y no cantó misa hasta dos años después. Quizá como reacción a aquel deseo, o por la insistencia de Elena de que quería dejar la cocina de los Hermanos Marchena, o simplemente porque mi padre ya estaba suficientemente bien situado, se casaron en el 25, a casi dos años de conocerse, en la imponente iglesia basílica de Sant Josep Oriol, en la calle Diputación, y Ernesto no ofició la ceremonia pero al menos ayudó a ella llevando las vinajeras de un lado para otro y haciendo sonar la campanilla en el momento de la consagración. Elena comulgó. Mi padre, no. Más tarde, durante el banquete, que celebraron ocupando la totalidad del restaurante de los Marchena, su hermanastro Cándido, siempre enfurruñado, fue a su encuentro con acrimonia:

—¿Se puede saber por qué no has comulgado? Tu hermano Ernesto está muy triste.

—¿Y por qué no viene a decírmelo él?

—Porque Ernesto es muy bueno.

—Y tú no, ¿verdad?

—No. Yo no. Y, como no lo soy, además te diré que no me gusta nada que hayas traído a tus amigos los anarquistas.

—¿Qué amigos anarquistas?

—Víctor y sus hermanos, Fraternal y los otros, que solo con los nombres ya pagan. Y ese viejo Juliol, o como se llame.

—Por suerte, es mi boda y no la tuya.

—No. A la mía, no vendrán. Ya te digo yo que no vendrán. Para mí, anarquista y asesino es todo uno.

Mi padre continuaba en los Grandes Almacenes El Siglo y había declinado la oferta de trabajar en el negocio de transportes de su padre para no encontrarse allí con su hermano Cándido, con quien cada vez se enturbiaban más las relaciones. Eso significó un disgusto para mi abuelo Alberto, pero al fin se rindió ante la evidencia de una incompatibilidad casi patológica.

Mi padre, después, fue a hablar con su hermanastro Ernesto.

—Si no he comulgado —le dijo— ha sido por respeto a tu fe y a mí mismo. Me he casado en una iglesia porque a Elena, a padre y a ti os hacía ilusión, pero no creo en todo esto y todos estáis informados de ello. Creo que, si me hubiera tragado ese pedazo de pan fingiendo devoción, habría sido igual que una mentira, un sacrilegio, como si me estuviera riendo tanto de tus creencias como de las mías.

—¿De las tuyas? —sonrió Ernesto con mansedumbre—. Tú no tienes creencias.

Entremeses, canelones rossini, ternera a la moda, langosta, pularda asada, pastel de bodas, vino de marca, jerez y champán, café y coñac. Otra espléndida celebración. En un rincón del restaurante, tocaba un quinteto de músicos amigos de mi padre y los asistentes al convite pudieron bailar el blackbottom y el charlestón como Dios les dio a entender. «¡Madre, cómprame un negro, cómprame un negro para bailar…!» Tangos, no. El tango, según deseo expreso de mi padre, lo menos posible. Solo cuando Elena lo pedía y Elena pidió solo un par. Aunque nadie le había contado nada de Aurorita Escolá, ella ya comprendía que algo raro pasaba con el tango y mi padre.

—Y, sobre todo, que Elena no cante ningún tango, porque lo hace fatal.

Solo un poco. Corrientes, tres, cuatro, ocho, segundo piso ascensor… No mucho más.

Pero cuando Carlos Gardel llegó a Barcelona, en 1925, todos fueron a verle al teatro Goya, donde actuaba. Todos. El Trío del Pompeya y los hermanos de Víctor, y Juliol y la señora Llusieta, y hasta mi abuelo Alberto y la señora Margarita, la madre de los Luys. Y cuentan que mi padre se emocionó y aplaudió a rabiar puesto en pie.

El nuevo matrimonio se vino a vivir a este piso de Gran Vía esquina con Entenza, donde ahora vivo y estoy escribiendo estas páginas. Aunque era lógico que quisieran casa propia, entre otras cosas porque el piso de Borrell era demasiado pequeño, el abuelo Alberto y Cándido vivieron la mudanza como una afrenta, como si mi padre los estuviera enviando al cuerno.

No se trataba de eso pero, por lo visto, en la ceremonia del bautizo del primer hijo de mi padre y Elena, el pequeño Tomás, Tomasín en el recuerdo, volvieron a coincidir los biempensantes parientes próximos y los amigotes pseudoanarquistas del padre de la criatura y se repitieron las caras largas frente a los gestos despectivos, los Cago'n Déu entre dientes pero audibles, las miradas de odio, los cuchicheos rabiosos, y parece que Miguel Jinete, harto, se acercó a Cándido y le endiñó alguna inconveniencia amenazante que dejó mudo al inquisidor aficionado.

Tanto Miguel como Víctor opinaban y le decían a mi padre que la conducta de Cándido únicamente podía explicarse por la envidia. Era un tipo muy mediocre, sabía que era inepto en el negocio de transportes, sin ninguna iniciativa propia, y tenía miedo de ser desbancado por mi padre, mucho más simpático, inteligente y brillante.

Y en estos momentos escribo con orgullo y convicción sobre la simpatía, la inteligencia y brillantez de mi padre en un intento de hacerme perdonar tantos y tantos años de pensar que era gris, aburrido e insignificante.

39

Entre los papeles de Miguel Jinete, encontré una carpeta titulada «Progreso Hoy». En ella, se relata una versión épica, fantasiosa y distanciada de la creación y actividades de la célula libertaria. Según ella, el fundador, ideólogo y organizador es «un oscuro tipo de la metalurgia llamado Córdoba y presuntamente vinculado al "mítico hombre de la gabardina gris"». En esa carpeta guardaba recortes de periódico alusivos a diversos atracos perpetrados entre 1924 y 1930, que dan a entender que la pandilla del bar El Tranvía se había cansado de estar en letargo y, al llegar la dictadura, tomó la determinación de echarse a la calle para comportarse como anarquistas de verdad. Dejaron de ser un durmiente grupo de afinidad para convertirse en un grupo de acción. Anarquistas de los que asaltaban cualquier sitio donde hubiera dinero, desde entidades bancarias hasta taquillas de cines para «animar a otros obreros en paro a deshacerse del espíritu servil», y convertían los asaltos en mítines didácticos.

—Somos como Robín de los Bosques. Robamos a los ricos pero no para dárselo a los pobres, sino para que los pobres aprendan de una vez qué es lo que tienen que hacer. Hay que entrar en los bancos con pistola igual como otros entran con un cheque. Es exactamente lo mismo.

Miguel se encargaba de que Juliol se enterase de estas acciones, y así se ganaba su admiración y la de libertarios próximos y se propagaba la leyenda de un mítico Jinete que, pistola en mano, iba labrando y sembrando las semillas de la revolución. Deslumbraba a su viejo maestro con secretos que demostraban que estaba conectado con redes muy bien organizadas e informadas. Contaba que, por el asesinato del Noi del Sucre, Inocencio Feced y sus amigos habían cobrado veinticinco mil pesetas que pagó un tal Muntadas, de la España Industrial. Y Juliol se lo creía todo porque Miguel era su representante en el mundo exterior, el que realizaba todo aquello que él predicaba pero era incapaz de llevar a término.

Luego, Miguel salía del Centro Libertario del Poblenou para irse, por ejemplo, al Grill Room de la calle de Escudellers y tomarse media docena de ostras, un vermut italiano o un par de whiskies en compañía de algún mandamás de la policía.

Por aquel entonces, pertenecía a la Brigada Especializada en Anarquismo y Sindicalismo, donde lo había metido el señor Hernández Maullos, el primer jefe superior de policía de la dictadura.

—El general Martínez Anido me ha hablado muy bien de usted —le comentó el primer día en que se vieron, como si quisiera presumir de amistades influyentes.

—Entonces, ya sabrá cómo trabajo —le dijo Miguel—. Estoy infiltrado en todos los ambientes anarquistas. Me aceptan porque Miguel Jinete es un mito. Se cuenta que he matado a muchos empresarios, a muchos policías, que he cometido muchos atracos y atentados. Me admiran y por eso obtengo mucha información —se escudaba en aquella gruesa carpeta repleta de todas las detenciones realizadas gracias a él en la época de Arlegui. El jefe superior contemplaba aquel historial con sonrisa tenue y lo miraba mansamente por encima de los quevedos—. En Jefatura soy Córdoba, el inspector Manolo Córdoba Colom. Y ya le advierto que vamos a dar unos cuantos golpes —el otro frunció el rostro levemente, como si temiera oír un ruido estrepitoso de un momento a otro—. Algunos bancos. Nada. No habrá sangre si no intervienen policías. Con eso ganaré prestigio y creo que conseguiré llegar a una fábrica de explosivos que me han dicho que hay por Hospitalet.

Con la posibilidad de desmantelar una fábrica de explosivos, siempre conseguía lo que pedía. Tanto con ese primer jefe superior como con el que le sucedió, que se llama Tenorio, como don Juan.

En aquellos años Barcelona estaba en ebullición. Con vistas a la próxima Exposición Universal que había de inaugurarse en 1929, se estaban haciendo obras por todas partes. Se construía el gran complejo arquitectónico de Montjuïc, desde la plaza de España hasta lo alto del monte, se terminaron de construir el edificio de Correos y la estación de Francia, y el edificio de Telefónica de la plaza de Cataluña, considerado el primer rascacielos barcelonés; se sustituyó definitivamente la iluminación de gas por la eléctrica, se inauguró el aeródromo del Prat, se soterró el ferrocarril de Sarriá que había matado a tantos imprudentes, y se hizo llegar la línea de metro hasta Sants. La ciudad se expandía en todas direcciones. Todo ello favoreció que se incrementara la población de la ciudad en miles y miles de inmigrantes que venían a trabajar tanto con pico y pala por las calles como con pluma y tintero en los cientos de oficinas, delegaciones, comités y agencias que se necesitaron para llevar a cabo aquel monumental acontecimiento. A mi padre lo fueron a buscar desde el ayuntamiento porque hablaba correctamente el inglés y el francés y, con permiso de la directiva de El Siglo, estuvo trabajando, desde mediados del 28 hasta mediados del 29, en las oficinas de recepción de autoridades.

Con tanto jornalero ansioso por ganar dinero, probablemente decepcionado porque la vida no era tan fácil en Cataluña como se lo habían pintado y presa fácil de las teorías libertarias, las autoridades tenían mucho miedo de que se incrementaran las actividades delictivas, incluso se contemplaba seriamente la posibilidad de un atentado contra el rey en la inauguración. Por tanto, la brigada de Miguel Jinete estaba constantemente en pie de guerra y se le permitía cualquier método que pareciera efectivo. Por lo visto, el amigo de mi padre era uno de los pocos policías

imaginativos del cuerpo y eso era muy valorado en aquellos momentos.

Y llegaron con sus tangos a Barcelona los inolvidables Irusta, Fugazot y Demare en 1927, y Carlos Gardel continuó aquí hasta el 28, y aquellos fueron los años de Caminito, Un tropezón (cualquiera da en la vida), A la luz del candil, Barrio reo, Esta noche me emborracho, tan cruel: Sola, fané y descangayada, la vi esta madrugada al salir de un cabaré… Y el cine ya era sonoro y a mi padre le gustaba Greta Garbo, Víctor estaba enamorado de Gloria Swanson, Miguel era un adorador de Clara Bow y la señora Llusieta estuvo un día entero llorando y de luto cuando leyó que se había muerto Rodolfo Valentino.

Fueron recuerdos risueños y apacibles para mi padre que era muy feliz con Elena y veía crecer con orgullo a un Tomasín vestido de marinerito y, de vez en cuando, se permitía algunas juergas con sus amigos del alma.

Y, un día, Primo de Rivera dejó el gobierno para dar paso a lo que se dio en llamar la «Dictablanda» y, por fin, se celebraron las elecciones del 12 de abril de 1931 y, como dijo el presidente del gobierno, señor Aznar, el país que se fue a dormir monárquico se despertó republicano. Un país tradicionalmente católico de pronto fue laico y disolvió la Compañía de Jesús, y, en medio de una euforia explosiva, se legalizó el divorcio y se concedió el voto a la mujer, y a las calles salieron los defensores del nudismo y del esperanto, y las jovencitas llevaban en el pelo adornos con los colores republicanos, y los hombres, tirantes con los colores republicanos. Y Francesc Macià salió al balcón de la Generalitat, en la plaza que en adelante se llamó de la República, para proclamar el Estat Català y la República Catalana por un rato. Hasta que llegaron los ministros de Madrid y le hicieron entrar en razón.

A mi padre no le gustaba hablar de la política de aquella época. Cuando le pregunté, se reiteró como burgués vocacional, dedicado en cuerpo y alma a su mujer, su hijo, su trabajo y sus amigos, alejado de una familia crispada por un Cándido demasiado intolerante y medroso, y contertulio silencioso en el bar del Centro Libertario del Poblenou, donde Juliol les transmitía la versión anarquista de lo que estaba sucediendo.

—¿República de trabajadores? —decía cada vez más intransigente a sus cincuenta y dos años—. ¿Dónde están los trabajadores? Desde luego, en el gobierno, no. En el gobierno están los mismos chupatintas de siempre, mercachifles del blablablá, mucha palabrería con chistera y con levita. A nadie se le ha ocurrido depurar al ejército, que son los de siempre y siempre están a punto para sacar el sable y, si no, ya visteis cómo pusieron firmes a Macià cuando hizo el ridículo proclamando la república catalana. ¿Y la Iglesia? Han cerrado los colegios de los jesuitas para quedar bien pero yo, por la calle, todavía veo cuervos de negro, siniestros y fanáticos. ¿Y dónde está el reparto de las tierras? ¿Y cómo no estamos fusilando a los aristócratas, y a los terratenientes? ¿Tú has oído que hayamos ejecutado a algún cacique? Pues yo tampoco.

»Y en Cataluña las cosas están peor que en el resto de España. En Madrid están quemando iglesias y aquí, en cambio, tan tranquilos. Dicen que esto es el oasis catalán. Qué bien está eso. El oasis catalán. Rodeados de desolación y muerte y nosotros tan contentos, remojándonos los pies en un charco. Esta no es nuestra República. Esto es un espejismo, este puto oasis catalán del que todo el mundo está tan orgulloso, una ilusión de prestidigitación que nos impide lanzarnos a la lucha armada e imponer el comunismo libertario de una vez por todas.

»¿Habéis oído hablar de la detención gubernativa? ¿Sabéis lo que es la detención gubernativa? Pues que te pueden meter en la trena durante dos semanas, si quieren, sin darte explicaciones. Basta con que resultes sospechoso… Sospechoso, ¿qué quiere decir sospechoso? De repente, te pueden acusar de cooperación moral. De cooperación moral, ¿pero qué es eso?

Mi padre describía a los políticos como imprudentes estúpidos que hacían juegos malabares con botellas de nitroglicerina, empezando por Primo de Rivera que, cuando se cansó de jugar a los soldaditos, se largó sin más, dejando al país empantanado, hasta Alfonso XIII que, como un niño malcriado, se enfurruñó al ver que el pueblo no lo quería y dimitió de rey y se fue también dando un portazo. Y de los izquierdistas que tomaron el poder, mi padre opinaba que eran unos alegres descerebrados que, en algún momento, llegaron a creer que los ricos de toda la vida iban a empezar a repartir sus riquezas entre todos.

De vez en cuando, en la tertulia del Centro Libertario, Juliol fulminaba a mi padre con una mirada que recriminaba su traje, su sombrero y su pulcritud, y le preguntaba, provocador:

—¿Y tú qué piensas?

Mi padre respondía que la riqueza estaba muy mal repartida, que no podía ser que hubiera ricos tan ricos y pobres tan pobres y que había que hacer algo al respecto y cuanto antes.

—Y cuando hagamos algo al respecto —le soltó Juliol una vez—, ¿qué pasará contigo?

—Yo estaré siempre del lado de los buenos —replicó mi padre.

Juliol fingió que se daba por satisfecho y, con un asentimiento, le permitió continuar presente en la reunión.

Los nuevos organizadores de la policía consideraron que era inaceptable que en la nueva República existiera una Brigada especializada en Anarquismo y Sindicalismo, de manera que le cambiaron el nombre. De un día para otro, Miguel Jinete pasó a pertenecer a la Brigada de Investigación Social. Y con el recién nombrado jefe superior de policía trató de repetir la escena de siempre:

—… En Jefatura, soy el inspector de segunda clase Manuel Córdoba Colom. Ese es mi método de trabajo.

—Pero no es mi método de trabajo —le replicó el jefe—. Si usted quiere ser policía, será un policía como los demás. Todos iguales. Si se llama Miguel Jinete, se llamará Miguel Jinete. Sin privilegios. Sin subterfugios. No soy partidario de tejemanejes.

Miguel recogió su historial antianarquista y calló.

«Tarde o temprano, lo serás.»

Pero pronto ya no podría disimular que era policía y se le planteó el problema de comunicarlo al mundo.

—¿Sabéis qué? —les dijo a Víctor y a mi padre, una noche memorable en el Pingouin—. He decidido interesarme por la política y ponerme al servicio de la República. No quiero seguir toda mi vida con los brazos cruzados.

Sus amigos creyeron que había bebido de más.

El Pingouin era un bar nuevo que se había puesto de moda en la calle de Escudellers, muy cerca de la Bombonera, con divanes de terciopelo color Burdeos y una gramola con sordina que difundía melodías lánguidas.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Víctor, dispuesto a escuchar una de las tonterías con que amenizaban las noches de juerga.

—Quiero hacer el papel de puente entre los anarquistas y el gobierno civil.

—¿Estás hablando en serio?

—Tengo amigos próximos a la policía, y sé que desconfían de los anarquistas y sindicalistas, y yo, como sabéis, también tengo contactos con la CNT. ¿Por qué no intentar una reconciliación?

—¿Quieres trabajar con la policía?

—¡Claro! ¿Por qué no?

El día en que mostré a mi padre y a Víctor los documentos que certificaban que, cuando les contó aquello, su amigo ya era policía desde hacía diez años, se quedaron asombrados y sin palabras y recordaban el momento entre risas admirativas. Mi padre cabeceaba y no dejaba de repetir que él nunca se había enterado de nada.

—¡Claro! ¿Por qué no? —exclamó Miguel—. Una sociedad republicana debe tener una policía republicana, que quiere decir honrada, íntegra, respetuosa con los ciudadanos. Han creado la Guardia de Asalto, policías motorizados, policías modernos que ya no pegan con el sable sino con una porra de goma cubierta de cuero, mucho más civilizado. Han renovado a toda la cúpula de mando. Hay que romper definitivamente con la policía de la monarquía y la dictadura —«Qué cinismo», comentaba mi padre cuarenta años después, al recordar. Víctor decía «Qué payaso»—. Y, si se lo dejamos a ellos, serán los bofias de siempre con los métodos de siempre. ¿No os parece conveniente que alguien tienda un puente entre la policía y los anarquistas?

Convencer a Víctor y a mi padre no le resultó muy difícil. En el fondo (creían que) les daba igual a qué se dedicara su amigo el carbonero mientras continuara yendo con ellos de copas. Lo realmente difícil sería contárselo a Juliol.

Mi padre había comentado automáticamente: «A ver qué dice Juliol cuando se lo cuentes», y, al parecer, aquel fue un compromiso sin réplica para el siguiente encuentro con el viejo anarquista.

Recordaban perfectamente aquella tarde de domingo en que, después de haber reparado la resaca del sábado en el cine Urquinaona, disfrutando de la deliciosa Jeanette MacDonald en Náufragos del amor, arrastraron los pies hasta el Centro Libertario del Poblenou, sin ganas de llegar. Tenían

claro que aquel iba a ser el día de la gran revelación.

Juliol había bebido lo bastante como para lanzarse a uno de sus magistrales discursos didácticos y tardó un rato en cederles la palabra. Antes, había querido dejar claro que aquella República no era lo que los anarquistas querían.

—… Todavía no habían pasado cinco meses desde la proclamación de la República y ya sacaron muerto a un compañero cenetista de las mazmorras de Vía Layetana. Lo traen los periódicos: anteayer, un guardia de asalto detuvo a un obrero porque le estaba mirando con cara rara. Con cara rara. Aporrearon a dos transeúntes porque dijo la Guardia Civil que se habían burlado de un burgués en bicicleta. ¿Y la Brigada de la Represión de la Venta Ambulante? Una excusa para meter en el calabozo y pegar palizas a los «mendigos y gente maleante».

Mi padre y Víctor miraban a Miguel, con socarronería, como haciéndole entender que pronto debería tomar la palabra. Miguel no sabía dónde mirar.

—… Ni siquiera han terminado con la ley de fugas. Iba una cuerda de presos por el paseo de Isabel II, a plena luz del día, y los guardias que la conducían mataron a tres de los detenidos e hirieron a otros cinco. ¿Y el otro día, que el motor de un coche se tiró un pedo de esos que meten y, al oír la explosión, unos guardias de asalto se liaron a tiros y mataron a un vigilante?

Por fin, Miguel frunció el ceño para indicarles a los otros dos que le dejaran a él. Suspiró y tomó aliento como si se dispusiera a dar un gran salto. Pero Juliol todavía tenía cosas que decir y optó por continuar escuchando respetuosamente.

—Las armas de la policía están al servicio de los parásitos burgueses y, por tanto, son enemigas de los obreros —y Juliol hizo un alto y dijo—: Bueno, y vosotros qué, ¿qué me contáis?

Víctor y mi padre miraron a su azorado amigo.

—Este, que…

Y Miguel replicó:

—¿Este qué? ¿Qué? Este nada. Que no hacen más que reírse de mí, hombre. Tengo mis secretos, y ellos se ríen. Todo el mundo tiene sus secretos, y los amigos que los saben se tienen que callar, o son unos cabrones.

—¿Qué secretos son esos?

—Si se cuentan —dijo Miguel—, ya no son secretos —y añadió—: Nada, cosas de faldas. Que se creen que me he echado novia, y no es así.

Y, con una ojeada, dejó sentado que no pensaba revelar su secreto a Juliol. Y sus amigos, como amigos que eran, callaron.

40

El 27 de diciembre de 1932, fiestas de Navidad, un pequeño tren eléctrico en miniatura recorría uno de los escaparates de los imponentes Grandes Almacenes El Siglo. Representaba un tren de mercancías cargado de regalos para los niños buenos. Cuando cerraron aquel día, nadie pensó en detener el juguete, que continuó corriendo por el circuito cerrado de vías, una vuelta y otra y otra, hasta que el trenecito se recalentó, saltó un chispazo que prendió en el papel de envoltorio de los regalos, y en el papier maché del decorado, y en el cartón, la madera y las cortinas del escaparate, para convertirse en uno de los incendios más estremecedores de la historia de la ciudad. Destruyó los siete pisos de aquel edificio espléndido de la Rambla.

Aquello afectó solo relativamente a la vida de mi padre. Los almacenes se trasladaron a otro hermoso inmueble de la calle de Pelayo donde estaba ubicado otro negocio llamado Can Damians.

En 1933, cuando Ernesto terminó sus estudios en el Seminario Mayor, a mi padre no le invitaron a la celebración. Mi abuelo Alberto, con el que se veía una vez a la semana, trató de justificarse:

—No te invitamos porque sabíamos que a ti no te gustan estas cosas de curas y de la religión —mi padre manifestaba su disgusto. Él era partidario de celebrarlo todo y, además, Ernesto era su hermano, bueno, hermanastro, y se llevaban bien y le deseaba lo mejor. Estaba seguro de que la decisión de no invitarlo había sido de Cándido el amargado. El viejo Gavanza intentaba quitarle hierro al asunto. Incluso trató de bromear, cosa insólita en él, recurriendo a un chiste que se contaba por aquellas fechas—: Ahora ya podemos decir que somos una familia próspera. Tenemos agua, gas y sacerdote.

Al abuelo se le veía algo más animado que de costumbre. Las cosas le iban bien. Había alquilado un almacén en la calle de Entenza, cerca de la Cárcel Modelo, había adquirido un par de camiones y otro automóvil y había contratado a tres chóferes, un mecánico y una secretaria. Antes y durante la Exposición Universal le llegó mucho trabajo y la empresa empezó a poner anuncios destacados en los periódicos y ostentaba un rótulo multicolor y orgulloso en los muros que delimitaban el garaje: TRANSPORTES GAVANZA TAXIS. A pesar de lo cual, mi abuelo se resistía a quitarse la gorra y la bata de taxista y continuaba recorriendo la ciudad ocho, diez y hasta doce horas al día. El que estaba en el despacho, como gerente de la empresa, era Cándido.

El tiempo fue dando más y más motivos para el desencanto de Juliol. A principios del 33, la matanza de anarquistas en el pueblo gaditano de Casas Viejas lo sumió en la angustia.

—Esta no es nuestra República.

No era la República de los anarquistas porque el objetivo del comunismo libertario consistía en acabar con el Estado, de manera que continuaron explotando bombas en las calles, saboteando sobre todo edificios en construcción, y produciéndose tiroteos y expropiaciones en los bancos. Había tantos atracos que un periódico, L’Opinió, publicaba una sección fija titulada «El atraco del día». Pero la violencia se vio aún más incrementada porque tampoco era la República de los

monárquicos, y las fuerzas de la derecha, enfurecidas, también decidieron manifestar su descontento con el uso de la pólvora. Eso multiplicaba los frentes en que tenía que luchar la policía y, más temprano que tarde, el jefe de la Brigada Social se vio obligado a recurrir a los métodos expeditivos y poco ortodoxos de Miguel.

—De acuerdo. Pero recuerde: yo aquí me llamo Manuel Córdoba Colom.

Fue en esas fechas cuando Miguel cambió el nombre de la carpeta «Mala conciencia» por el de «Púgiles de despacho».

Aunque abandonó las pretensiones profesionales en el ring, Miguel Jinete nunca perdió su afición por el boxeo. Con frecuencia, arrastraba a Víctor y a mi padre y a Elena y a la señora Llusieta Verge Santíssima a las veladas que se organizaban todas las semanas. Él los apasionaba comentándoles los triunfos de Paulino Uzcudun, su lucha mitológica contra Primo Carnera. Cuando se enfrentaron los dos gigantes en el estadio de Montjuïc y, más tarde, en la plaza de Siena, en la Italia de Mussolini, les hizo ver que era una representación de la lucha de la democracia contra el fascismo. El caso es que Uzcudun perdió en ambas ocasiones. Pero volvieron a verle en aquella jornada irrepetible del estadio de Montjuïc, cuarenta mil espectadores, tres rings, treinta y cinco combates, setenta boxeadores y Uzcudun contra Max Schmelling. Víctor recordaba a Miguel y a la señora Llusieta abrazados, llorando de felicidad. Verge Santíssima.

Miguel les descubrió al fenómeno Gironés. Con él siguieron la carrera triunfal de este boxeador de Barcelona, el Crac de Gracia, en las gloriosas veladas en que revalidó el título de campeón de España contra Bartos en el Olympia y consiguió el título de campeón de Europa derrotando a Knut Larsen en Montjuïc. El mismo día en que Uzcudun perdía contra Primo Carnera, Gironés noqueaba al favorito Jack Kirby. Y fueron a verle cuando consiguió combate nulo contra el campeón del mundo Panamá Al Brown. Cómo admiraba Miguel a José Juan Gironés. Iba al gimnasio Punching Ball de Gracia para ver cómo entrenaba con su preparador Ángel Artero. A veces, se ponía frente a mi padre, o frente a Víctor, con los puños en alto, en guardia, como si los provocara, les enviaba suaves derechazos al hombro y decía: «Venga, pega, pega, que soy Gironés».

Y, con frecuencia, los detenidos lo encontraban en los sótanos de Vía Layetana desnudo de cintura para arriba y en la postura de un boxeador en el ring.

—Venga —les decía—, defiéndete. Nunca te volverás a encontrar en una situación parecida. Te voy a dar la paliza de tu vida, pero vas a tener ocasión de defenderte. Vamos, pega, pega.

El detenido no tenía la menor oportunidad. Miguel lo aporreaba sin piedad a la vez que repetía: «¡La has cagado, imbécil, porque yo soy Gironés, soy Gironés!». Terminaban sacando al detenido a rastras, con el rostro deformado, y ahí se quedaba Miguel Jinete, fatigado y satisfecho, con el torso brillante de sudor y las manos entumecidas y manchadas de sangre.

—Soy Gironés, joder.

A estas víctimas atrapadas en los calabozos las llamaba «Púgiles de despacho».

En la Navidad de 1933 murió el anciano president Maciá. Mi padre escuchó la retransmisión del entierro que hizo Ràdio Associació de Catalunya. Aunque mi padre continuaba alejado y más bien ignorante de todo hecho político, le impresionó aquella manifestación de dolor y luto de cientos de miles de personas que acompañaron a la comitiva fúnebre desde el Palacio de la Generalitat, en la plaza de la República, hasta el cementerio de Montjuïc.

… Y todo esto fue lo que sucedió como si nada hasta que Víctor conoció a Carmen Brondo.

TERCERA PARTE

Carmen

41

El viernes, 5 de octubre de 1934, un grupo de muchachos irrumpió en los Grandes Almacenes El Siglo de la calle de Pelayo y obligó a todos los dependientes y empleados, mi padre incluido, a dejar su trabajo y salir a la calle. Allí, pudieron ver que una gran multitud alborotaba la ciudad y unos piquetes armados con Winchesters forzaban el cierre de todos los comercios.

Mi padre se fue a casa para apiñarse con su familia. A mi abuelo, que circulaba con su taxi conduciendo a un cliente a la estación de Francia, lo detuvieron en plena calle y le obligaron a dejar coche y cliente allí mismo, en Trafalgar junto a la plaza de Cataluña, bajo la amenaza de destrozarle el automóvil si insistía en continuar la carrera. Nadie cerró el bar de los Luys, sobre todo porque no tenía puertas pero también porque estaba en la calle de Robador y porque normalmente los piquetes anarquistas preferían mantener abiertas las tabernas por si les venía sed a media jornada. Pero Víctor y sus hermanos se quedaron allí, alerta y pendientes de la radio.

De Miguel no hubo la menor noticia durante los tres días que siguieron. La radio los informó de lo que ocurría. Primero, el president Companys hizo un par de discursos en que venía a decir que la situación general de España era inquietante, pero que no pasaba nada, lo que fue interpretado por la ciudadanía como que estaba sucediendo algo muy gordo. Quienes entraban y salían del bar Luys traían rumores más o menos fiables. Que cuatro destructores y un crucero acababan de atracar en el muelle de San Bertrán. Que habían llegado al aeródromo civil del Prat escuadrillas de aviones dispuestos a bombardear la ciudad. Que detrás de todo aquello estaba el Comité Ejecutivo del Komintern.

Y, como remate, la radio difundiendo la voz serena de Lluís Companys cuando proclamaba, como ya había hecho Macià tres años antes, «pero ahora en serio», el Estat Català y la independencia de Cataluña dentro de un estado federal.

—*… En nom del poble de Catalunya proclamo l'Estat Català, que amb tota la cordialitat procurarem integrar a la Federació de Repúbliques Ibèriques. Queda, des d'aquests moments, format el govern de la República Catalana… Esperem que vosaltres estareu disposats, com tots nosaltres, a morir per Catalunya i per la República. Seny, poble català, que la victòria és nostra. Visca Catalunya! Visca la República!*

Mi padre en casa, con Elena y Tomasín, subía continuamente a casa de la vecina que tenía teléfono para comunicarse con el abuelo Alberto, que también tenía.

—¿Cómo estáis? —«Bien, ¿y vosotros?»—. ¿Y la señora Llusieta? —«Arriba. Pasando el rosario con Cándido.»

La radio transmitía que se había establecido el comunismo libertario en toda la cuenca minera asturiana. El sábado 6 de octubre, mi padre se fue a dormir convencido de que estaba a punto de estallar una guerra civil. «Fue como un ensayo general para el 18 de julio del 36», decía años

después. El Gobierno de Madrid no iba a permitir la secesión. En el resto de España hablaban pestes de los catalanes pero, curiosamente, nunca les iban a permitir que se fueran de su lado.

Y, sobre la una de la madrugada, en el silencio de la noche, tronaron los cañones en la plaza de la República. El general Batet había plantado una batería de artillería ante el palacio de la Generalitat y había dado orden de disparar.

En seguida se precipitó la capitulación del presidente de la Generalitat y de sus consellers. Los escamots de Miquel Badía escandalizaron con su ausencia. ¿Dónde estaba el ejército de Cataluña?

Se decretó el estado de guerra. Detuvieron y encarcelaron a Lluís Companys.

El martes 9, mi padre no pudo contenerse más y se trasladó al bar Luys, para reunirse con Víctor. Le sorprendió y alegró ver que allí estaba también Miguel. Se abrazaron, se contaron el miedo que habían pasado y, como siempre que se reunía el Trío del Pompeya, terminaron riendo.

—Hoy tengo dinero, amigos —notificó Miguel, trascendente—. Os ruego que me acompañéis esta noche en una juerga que tiene que ser histórica —mi padre iba a poner alguna objeción—: Nada de objeciones, Fueye, por favor. Hoy no estás casado. Telefonea a tu mujer, o telefonea a tu vecina, o al tabernero de abajo, para que le digan a tu mujer que esta noche vas a llegar tarde. O que no vas a llegar —le puso la mano en el brazo, casi como una súplica—: Es muy importante para mí.

Miguel llevó a Víctor y a mi padre a cenar a un restaurante llamado el Continental. Tomaron crema de volaille, medallones de filete a la mascota, langosta en salsa tártara y melocotones melba. Vino blanco, vino tinto y champagne para rematar. Y, a la hora del brindis, Miguel levantó su copa y dijo:

—Queridos amigos, esto es una despedida.

—¿Una despedida?

—Bebamos. Será una ausencia corta. Necesaria pero corta. Pronto volveremos a la normalidad.

Más tarde, tuvo que explicarse, claro está.

—Estoy desengañado de este país —dijo tratando de aligerar el tono amargo que lo abatía—. Me he comprometido demasiado y esto ya me da asco. Teníamos ilusiones por arreglar la policía, por normalizar las relaciones entre la policía y los ciudadanos, conseguir que la policía tratara a los anarquistas como a personas. Y me he encontrado con que la policía continúa torturando, que los nacionalistas como Miquel Badía son tan o más fascistas que los otros. La República tenía que velar por los obreros, ¿verdad? Pues ya oísteis a Companys pidiéndoles públicamente serenidad, paciencia y disciplina, y diciendo que el paro era un problema de orden público, un asunto policial, como si estuviese hablando de criminales. Miquel Badía ha sido uno de los principales organizadores de esta declaración de independencia, ¿y dónde está? ¿Lo han detenido? No: se ha largado al extranjero, dicen que ya tenía pasaje para un transatlántico que a estas horas lo lleva a Colombia. ¿Y dónde está el ejército catalán que llevaba años formando? No

salieron de sus casas. Y la izquierda, en lugar de pactar y fortalecer sus vínculos para detener el avance de todos los fascismos, no hace más que dividirse. Los libertarios han olvidado quiénes son sus enemigos. Ya no son los burgueses. Han decidido que sus enemigos son los comunistas y los socialistas y gastan todas sus fuerzas en enfrentarse a ellos. Incluso los mismos anarquistas se dividen y se enfrentan entre sí, la CNT y la FAI, los comités regionales acaban sus reuniones a bofetadas… Es desalentador. Estoy muy decepcionado. Necesito un respiro.

Para buscar ese respiro, decidieron trasladarse a la calle del Cid, donde estaban La Criolla y Ca'l Sagristà, unos antros de perdición en lo más profundo de los barrios bajos.

En ese momento, mi padre se despidió. Se debía a su familia. Estaba casado, dijera lo que dijera Miguel.

Se dio un fuerte abrazo con su amigo. Tuvo la sensación de que pasaría mucho tiempo antes de volver a verlo. Incluso se le ocurrió en aquel momento que no volvería a verlo nunca más. Y, mientras regresaba a su casa, con la digestión pesada y tambaleándose por efecto del alcohol, se arrepintió de no haber continuado la gresca. Lo ahuyentaba la seguridad de que el siguiente paso sería el trámite obligado de ir a conocer señoritas y quería demasiado a Elena como para poder permitírselo.

Víctor y Miguel bajaron por la calle de Perecamps, hacia el reclamo de un rótulo de neón rojo que disfrazaba de infierno al callejón y que proclamaba que allí estaba La Criolla. Un gentío llenaba aceras y calzada formando un auténtico tumulto. Marineros, soldados, pordioseros, borrachos, una pareja que se permitía más de lo permisible en las sombras, hedores repugnantes, vendedores de grifa, de cocaína, de morfina, el que vomitaba, el enfurecido, el que pretendía cantar mal un aria de ópera para hacerse el gracioso.

Un portero con levita verde y gorra de almirante les permitió el paso y, en el interior del local, los recibió la música enloquecida de una jazz band compuesta por músicos intelectuales con gafas de carey. Interpretaban un fox trot y la concurrencia tenía que vociferar para hacerse oír. Un ejército de mujeres de todas las edades se alquilaba para bailar.

Dos chicas habían entrado en el hervidero al mismo tiempo que ellos. Una tenía el cabello muy negro, en media melena hasta los hombros, con las puntas hacia dentro. Vestido color crema, con chaqueta, y un rojo collar de coral. La otra era rubia, llevaba el pelo corto y rizado y un vestido de colores estridentes. Miguel le dio un codazo a Víctor en cuanto las vio, con actitud depredadora.

—La morena para mí —vociferó al oído de su amigo.

Pero Víctor dijo:

—No.

Muy tajante. Por primera vez desde que recordaban. Normalmente, Miguel elegía y Víctor se conformaba con el resto, porque con todas se entendía, a cualquiera era capaz de encontrar encantos. Pero aquel día dijo «No». Miguel se volvió para mirarle desconcertado, como un general ante la desobediencia del recluta, y —en palabras de Víctor— «debió de percatarse de mi

transfiguración».

—Mis ojos se cruzaron con la mirada de aquella mujer, firme como el pedernal y negra y brillante como el azabache, y experimenté físicamente un cambio en mi vida, como si acabara de entrar en otra dimensión. El mundo en que habitaba aquella morenaza no podía ser el mismo que yo había conocido toda mi vida. Carmen y yo estábamos predestinados, la una para el uno, el uno contra la otra. Fue muy impresionante para Miguel, incluso diría que emocionante para alguien tan propenso a la emoción, se lo vi en la cara. Rebotó en mi «no», se replegó y se resignó a la rubia.

—¿Cómo te llamas?

—Carmen.

—Yo, Víctor.

Curiosamente, ni Víctor ni mi padre pudieron recordar inmediatamente el nombre de la rubia rizada. «Sí, hombre, ¿cómo era?», «Era algo así como…», «Lo tengo en la punta de la lengua». Decía mi padre haciendo gala de aquel sentido del humor que había mantenido oculto durante mis primeros treinta y un años de vida:

—Tenía cara de queso. Yo no sé exactamente cómo describir una cara de queso, pero una vez, en Alemania, conocí a una chica que tenía una cara parecida y todo el mundo decía que era cara de queso. Incluso la llamaban «Caraqueso», algo así como Käsekopf. Piel muy pálida, casi amarillenta, óvalo redondo, mofletes, sensación de blandura…

—Sí, sí, muy bien. Caraqueso. ¿Pero cómo se llamaba?

Tuvieron que pasar un par de días antes de que mi padre exclamara:

—¡Lolita! Se llamaba Lolita, Lola, Loles, Dolores, que a veces se hacía llamar Doles, o Doly, o Dolly, pronunciando la elle, como muñeca en inglés. Doll, Dolly, Doly, Doles, Loles, Dolores, Lolita, Lola…

—Coño, mira que tenía nombres y no nos acordábamos de ninguno.

Con eso está dicho todo.

42

Un día fuimos a comer solos, Víctor y yo. Mi padre se quedó en casa, no sé qué tenía que hacer, poner orden en la caja de fotografías, atender a mi madre que se mantenía al margen de aquella relación acabada de estrenar, no sé, creo que Víctor me dio a entender que quería hablar a solas.

Tenía la necesidad de hablar de Carmen.

Me llevó a comer al restaurante que hay en lo alto del Tibidabo, junto a ese templo creado a imagen y envidia del de Montmartre, y luego bajamos a pie desde allí arriba, parándonos de vez en cuando a tomar algún café o alguna cerveza por el camino. Me maravillaba el aguante extraordinario de aquel hombretón, tanto a la hora de caminar como de beber alcohol. También es verdad que aquella tarde, para poder hablar de Carmen, tuvo que ingerir más alcohol que de costumbre.

Se le comprimían las facciones del rostro cuando se le perdía la mirada y recordaba.

—Era una mujer excepcional. Me di cuenta de ello en seguida, al primer golpe de vista. Una mujer misteriosa. Bellísima. Un defecto en la nariz, quizá demasiado ancho el puente, o como si le hubieran roto el tabique de un golpe, pero no te engañes, hermosísima, casi me atrevería a decir que ese era el toque definitivo para hacer única, irrepetible, tanta hermosura. Una mirada intensa, noble, orgullosa, provocadora, desdeñosa, casi cruel, desmentida por la sombra de una sonrisa en las comisuras de sus labios mullidos. La suya no era una mirada de puta. Tampoco era una mirada de los dieciocho años que decía tener. Y no hablaba como la puta que decía ser. Se presentaba diciendo: «Me llamo Carmen, como la de Merimée», o usaba expresiones como «Se conocieron en el sentido bíblico de la palabra» o «El dinero no da la felicidad, pero ¿para qué queremos felicidad si la felicidad no da dinero?». Nunca creí que fuera puta. Se lo dije la primera noche, en aquella estrecha y asquerosa habitación por horas de la calle del Cid.

—Tú no eres.

—No soy qué.

—Tú no eres.

—Cómo que no soy.

—Como que no.

—Me has pagado por adelantado.

—Y qué. No eres.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué hago mal?

—Lo haces demasiado bien. Tú buscas el placer. Tú disfrutas.

—¿Se supone que las putas no disfrutamos?

—No. No disfrutan. He conocido a muchas.

Supuse que Víctor quería hablarme de todo aquello a solas porque le habría estorbado la presencia de mi padre, el biempensante. Pero necesitaba contarlo. Me di cuenta de que él, igual que mi padre, hacía mucho tiempo que no había podido compartir con nadie según qué

intimidades, según qué recuerdos dolorosos y, de pronto, descubría que yo estaba lo bastante lejos de él como para convertirme en su confidente.

Me contó que, por lo general, las putas no aceptan el beso en los labios, ni según qué otras cosas. La mayoría adopta una actitud de humildad que, en realidad, oculta una rabia y una dureza cargadas de resentimiento. Han hecho de la humillación su modo de vida y, aunque traten de convencerse de que no pasa nada, de que son ellas las que dominan la situación, de que los desgraciados son sus clientes, lo cierto es que esos mismos puteros desgraciados se encargan de demostrarles cinco, diez, quince veces al día que la suya es una esclavitud abyecta y degradante que nunca se compensará con dinero. Algunas reaccionan contra esta sensación con una fogosidad desmedida, en el papel de ninfómana enloquecida y devoradora, dispuestas a cualquier cosa, avasalladoras del sexo, pero al fin resultan las más patéticas, las más incapaces de obtener el menor placer o gratificación.

—… Ni siquiera con Dulce y Bombón —decía Víctor, que aquella tarde se mostraba especialmente melancólico—, con la amistad de años que nos unía y la naturalidad con que llevábamos nuestra relación, ni siquiera con ellas logré una relación como la que tuvimos con Carmen aquella primera noche. Me pareció que era la primera vez que me encontraba con una mujer, una mujer de verdad, y no con una puta.

—Tú no eres.

—Vas a ver si no soy. Tú déjame hacer.

Una vez más, salieron a la calle Víctor y Miguel con sus respectivas parejas y Miguel se encontró con aquella complicidad envidiable que había nacido entre su amigo y Carmen. Aquellas risas relajadas, aquella familiaridad, aquel afecto de amigos de toda la vida. Pero en aquella ocasión, cuando Miguel se disponía a despedir a las fulanas con una palmada en el trasero, Víctor se resistió. No era una noche ni una chica como las otras. Víctor se empeñó en continuar la juerga. Chocolate con churros junto al mercado de abastos del Born. Ver salir el sol en el puerto. Y, ya que estaban cerca de la estación de Francia, ¿por qué no viajar a cualquier otra ciudad, como quien se dispone a comenzar una nueva vida?

Los cuatro estaban borrachos de alcohol y sexo cuando montaron en el tren de primera hora de la mañana que había de conducirlos a Madrid.

Desembarcaron en la estación de Atocha como alegres gamberros impregnados del hollín de la locomotora, la ropa arrugada, gorras y sombreritos de medio lado, sin afeitar ellos, con el maquillaje corrido ellas. Habían dormido durante el viaje, habían comprado bocadillos para desayunar en no sé qué parada y llegaban lanzados y de buen humor. Demasiada hilaridad para ser respetables. Los agentes de la autoridad los miraban mal. Cuando se acercaron a preguntar dónde había buenos restaurantes, los ciudadanos honorables huían despavoridos. Tuvieron que recurrir a un paleto desharrapado con boina, manta y alpargatas que, sin apartar los ojos de los pechos de las muchachas, les indicó la manera de llegar a la Plaza Mayor.

Recordaba Víctor que no pararon de comer y beber. Cerca de la estación encontraron un restaurante que se llamaba la Nueva Parrilla donde comieron pajaritos fritos, que a las chicas les daban mucha pena. Luego, junto a la plaza Mayor, comieron cocido madrileño en un restaurante

de la calle de Botoneras. Más tarde, estuvieron en una taberna que parecía haberse detenido en el tiempo de los Austrias, aprendiendo a bailar el chotis en medio de un apretujado gentío.

Por la noche, avanzaban descoyuntados hacia una pensión de la calle de la Ballesta cuando Miguel, en un aparte, susurró a Víctor:

—Esta noche la morena para mí, ¿eh? Que la mía te quiere probar.

Efectivamente, Lolita Caraqueso disparaba ojeadas ansiosas e insinuantes.

—No —dijo Víctor.

—Qué.

—Que no. Que Carmen es mía —y dejaba perdida la vista en el horizonte, el ceño fruncido, dando a entender que no había más que hablar.

Miguel achicó los ojos, asintió sin convicción y no insistió más.

Pasó la segunda noche con Carmen, y Víctor ya se quedaba contemplándola pensativo, sin hacer preguntas. Decía ella:

—¿Qué miras?

Y él:

—Nada. Me pregunto quién eres.

—Carmen. Una puta que se llama Carmen.

—Una puta muy rara.

Al día siguiente, Miguel se había ido.

—¿Y Miguel?

—No está —dijo Lolita, desconcertada, como dolida—. Se ha ido mientras yo dormía. No sé a qué hora. No le he oído.

Ya lo había advertido. Había dicho que se iba, que aquella era la juerga de la despedida. Pues bien, adiós. Víctor experimentó tanta angustia como si ya fuera definitivo.

—Me dejó a dos velas. Yo no tenía ni un duro. Ni para pagar la pensión ni para el viaje de vuelta ni para nada más.

En las noches de parranda que organizaba Miguel, siempre había pagado él, desde el primer día en que los dos salieron juntos. Eran como hermanos, y Miguel tenía dinero y Víctor no, y eso ya no se discutía. Por costumbre, Víctor nunca se preocupaba de llevar mucho dinero encima. El día anterior, había pagado unas cuantas cosas, copas, algún capricho para Carmen, y los honorarios

para acostarse con ella, porque ella estaba empeñada en convencerle de que era una profesional y las profesionales cobran por adelantado; y cuando se le acabó el dinero continuó siendo Miguel quien subvencionaba la comida y la bebida con billetes y más billetes que salían de un bolsillo que parecía no tener fondo. Cuando su amigo desapareció, Víctor constató que sus bolsillos sí tenían fondo, un fondo muy palpable y muy vacío.

Desalentado, trató de encontrar una solución.

—Prestadme algo —pidió a las chicas—. Os lo devolveré en cuanto volvamos a Barcelona.

—Ni hablar —replicó Carmen—. Si no tienes dinero, te invitaremos nosotras. Tú déjanos libre esta habitación durante el día y, por la noche, a la hora de cenar, nos repartiremos el botín.

—No —soltó Víctor instintivamente.

Por primera vez, tropezó con aquella mirada de mármol negro, hiriente como un insulto.

—¿No? Si tienes dinero, eres mi cliente y tú mandas pero, si no lo tienes, como mucho puedes aspirar a ser mi chulo. Yo trabajo, yo gano, nosotras ganamos y nosotras te damos tu parte, y todos felices. A ver si así te convences de una vez de que soy una puta.

Se reían mientras hablaban así. Incluso Víctor se reía. Como si fuera una broma, la típica grosería que caracteriza a las fulanas. Jajá, si no pasa nada, anda, vete a dar una vuelta, guapo, que yo te soluciono la vida.

Víctor estuvo a punto de estallar. Posiblemente, era eso lo que ella buscaba. Se vengaba por haber sido tratada como una puta, escupía a la cara del putero como todas las putas del mundo han querido hacer alguna vez en su vida. Tan orgullosa y despótica que ahora él era el humillado. Víctor quisiera haberle gritado que se metiera su dinero en el culo, que él no necesitaba que lo mantuviera una mujer, y mucho menos una fulana, y mucho menos permitiría que le hablara con tanta insolencia. Podía ir a Correos y pedirle a Fráter o a Teri que le pusieran un giro. Pero los ojos despiadados le estaban diciendo que, si no aceptaba las condiciones, no volvería a ver a aquella mujer nunca más. Se sintió víctima de una injusticia. Él nunca había tratado a una mujer, puta o no, con tanta desconsideración y desprecio. No se merecía nada semejante.

Lola Caraqueso trataba de relajar la tensión:

—Jolines, Carmen, qué cosas tienes.

Víctor se vistió y, cuando iba a salir a la calle, Carmen le ofreció unos billetes, los mismos que él le había dado la noche anterior.

—Un préstamo —le dijo. Y sonrió afectuosa—. Por favor.

Víctor los aceptó, como una gran afrenta, y se perdió por Madrid, cabizbajo y con las manos en los bolsillos vacíos. Deambuló por calles desconocidas de una ciudad desconocida, donde recordaba que había una mujer gorda que vendía cañamones en la acera, «¡La cañamonera! ¡Cañamones!», y el mielero, «¡Miel de la Alcarria!», y una joven hermosa y desamparada que

recitaba con una cadencia lánguida: «Azafrán de la Mancha, azafrán manchego, azafrán manchego, azafrán de la Mancha», que luego, siempre que oía hablar de la zarzuela La rosa del azafrán, recordó a la muchacha que tenía tan poca convicción mercantil. Pasó por la plaza de Neptuno, y vio el Hotel Palace, y la calle de Alcalá, donde se alineaban anacrónicas calesas con cocheros de sombrero de copa charolado, y había también un ciego que cantaba de manera lastimera. Entró a comer en cualquier parte y comió cualquier cosa, probablemente callos. Y bebió. Sobre todo, bebió. Probablemente, vino de Toro. Luego, un poco ajumao, se metió en un cine. Vio una película titulada Scarface, el terror del hampa (pronúnciese «Escarfase»), donde Paul Muni interpretaba a un gángster llamado Tony Camonte que todo el mundo sabía que, en realidad, era Al Capone. «Pienso ir hasta el final», decía Paul Muni. «Solo hay una ley: hazlo primero, hazlo tú mismo y continúa haciéndolo.» Junto a él, George Raft no paraba de lanzar una moneda al aire y la atrapaba de un manotazo. Desde aquel día, la furia y el atractivo de Carmen se confundían con las imágenes de aquella rubia platino tan elegante y perversa y del gángster odioso con los ojos chispeantes. Soñaba una Carmen desdeñosa, sinuosa, hipnótica como una serpiente, venenosa, divina, diosa omnímoda, todopoderosa, adorable por terrible.

Se dijo y se repitió que no tenía por qué volver a la pensión de la calle de la Ballesta, que Fraternal podía ponerle un giro desde Barcelona, que podía regresar por su cuenta, que no debía volver a ver a Carmen ni a la Caraqueso. Pero a la hora convenida estaba otra vez en la habitación. Porque nunca había conocido a ninguna mujer como aquella, porque no quería dejarla perder. Porque echarla de su vida sería como renunciar al mayor de los tesoros que le ofrecería jamás el destino. Si se alejaba de ella, se arrepentiría durante el resto de su existencia. Recordó algo que había dicho alguna vez su padre: «Solo te arrepientes de lo que no has hecho». Y, cuarenta años después, se detenía en una esquina de la calle de Balmes, cansado ya de tanto hablar y de tanto caminar, me agarraba del brazo y se contradecía:

—Eso es una tontería, claro. Uno se arrepiente de lo que no hizo, por lo que pudo ser y no fue, pero también se arrepiente de lo que hizo, incluso de aquello que repetiría inevitablemente. Lo que ocurre es que la vida, a veces, simplemente te obliga a arrepentirte de haber vivido.

—¿Quieres decir que Carmen fue una mala experiencia?

—La mejor experiencia de mi vida. Pero una experiencia tan tremenda, tan arrasadora, tan enloquecedora, que creo que no estaba preparado para ella. Junto a Carmen, me sentía superado, aplastado, vencido. Fue como encontrarse en medio de un terremoto, o de una violenta tempestad navegando en una cáscara de nuez. Algo inevitable y espantoso pero, a la vez, único y exultante. El momento en que más ganas tienes de vivir, en que más valoras la vida y la sensatez, segundos antes de volverte loco.

43

Se repartieron el botín entre risotadas nerviosas y falsas, fingiendo una satisfacción que no

sentían pero que era imprescindible para mantenerlos juntos, y tomaron el tren nocturno de Madrid a Barcelona, pagando los billetes con dinero ganado por Carmen y Lolita en la calle.

Media hora después de salir de la estación, la Caraqueso preguntó con su vocecita chirriante:

—Ese Miguel… ¿Es muy amigo tuyo?

—Muy amigo —confirmó Víctor.

—Como te ha hecho la putada de largarse y dejarte plantado…

—Es un hijo de puta —sentenció Carmen mirando para otra parte.

—Qué sabrás tú —protestó Víctor.

—Mira como un hijo de puta.

—Tú también miras como una hija de puta.

—Es que yo soy una hija de puta.

—A mí tampoco me gustó —intervenía Lolita, temerosa de que aquello terminara en un nuevo enfrentamiento—. No me gustó cómo me trataba.

—Te trató como los puteros tratan a las putas —le soltó Carmen—. Ni más ni menos.

—Estoy segura de que a ti Víctor te trató mejor.

Lolita Caraqueso se durmió en seguida después de comerse el bocadillo de calamares. Una hora después, Víctor estaba fumando en el pasillo, expulsando el humo por la ventana para que se mezclara con la niebla densa y apestosa de la locomotora.

Carmen se le acercó por detrás y le abrazó suavemente por la cintura.

—Me gustas —dijo—. Si tú quieres, podrás ser mi hombre.

Él no se atrevía a decir nada. Solo respiraba, y miraba hacia el exterior, y respiraba profundamente y fumaba, y nada más. Los dos podían notar los latidos de sus corazones.

—… Pero tienes que aceptarme como soy. Buscabas una puta y me conociste a mí. Luego, cuando te gusté, decidiste que me querías para ti solo. Pero soy una puta, Víctor.

—No lo eres.

—Cobro por joder. No sé qué nombre me darías en tu idioma pero, en el mío, la que cobra por joder es puta. Acéptame como soy, Víctor.

Él pensó que era como un castigo. Al conocerla, la había tratado como a una ramera y eso siempre es ofensivo, aunque se trate realmente de una ramera. Y ahora ella le castigaba

comportándose como ramera. Se le ocurrió que era un castigo y que, tal vez, cuando hubiera purgado su culpa, podría esperar otro comportamiento por parte de ella.

Cedió.

Al llegar a Barcelona, fueron a dormir al piso que compartían las dos muchachas en el Poble Sec, en la calle de la Bòbila, lugar de paso para los domingueros que iban al Montjuïc de excursión, o para enterrar la sardina cuando llegaba la Cuaresma.

Chocaron con la maldición de la rutina. Ellas hablaban a gritos con el vecindario y salían a la calle con mucha prisa, a lo suyo, porque tenían no sé qué cosas pendientes, y Víctor se quedó solo en un habitáculo estrecho y miserable. Hasta que se cansó de esperar y, sin pedirle permiso, los pies le llevaron hasta el bar Luys de la calle de Robador, buscando la compañía de sus hermanos, el reencuentro con mi padre, cliente fijo, y una visita a la chabola del Poblenou, que ya no era chabola porque la habían reconstruido con ladrillo y tejas, para darle un beso a su madre.

—¿Cómo estás, mamá?

—Bien. Como siempre. No me puedo quejar.

Margarita nunca se quejaba. No podía recoger nada del suelo sin llevarse una mano a la cintura, y caminaba arrastrando los pies, y respiraba con dificultad al menor esfuerzo, y cada vez tenía que acercarse más a la nariz las prendas que zurcía para una casa noble del paseo de Gracia. Pero no se quejaba. No se podía quejar. No se lo permitía.

—Ven, siéntate, que te voy a preparar un potaje de garbanzos, con sus espinacas y todo, que te vas a chupar los dedos.

Al día siguiente, Carmen y Lolita se presentaron en el bar Luys de la calle de Robador.

—¿Qué hacéis aquí?

—Miguel dijo que podríais darnos trabajo, que este bar necesitaba animación.

En el bar Luys ya tenían trabajando a media docena de chicas. En aquella calle, en aquella zona de la ciudad, era inevitable. Fráter y Teri, al principio, las echaban, «que no queremos chicas, que no, fuera». Pero, entonces, la mitad de la clientela se iba a otros bares donde sí había chicas, aunque solo fuera por mirar, alternar y toquetear. Y la otra mitad, la parroquia de partida de dominó y café con leche de desayuno, cada vez era más escasa, ahuyentada por el puterío y la morralla que comporta. En su lugar, eran las prostitutas las que iban a tomar café con leche, o anís, u orujo, en sus momentos de asueto, porque en aquel bar no había negocio y podían reposar sin ser molestadas. Pero los macarras no entendían que hubiera lugares donde sus chicas no encontraran clientes y se metían en aquella tierra de nadie para hablar con ellas, y solían demostrar su inconformidad con muy malos modos, «¿pero qué coño hacéis aquí?, ¡venga pa' la calle!», a lo que ellas respondían a gritos que desembocaban en violencia. Los hermanos Luys, que no querían peleas en su local, tenían que intervenir para poner orden y salían en defensa de las mujeres con el argumento de que en el bar podía entrar quien quisiera, «a ver si nos vais a

espantar la clientela». En consecuencia, las mujeres se sentían allí respetadas y protegidas y algunas decidieron que preferían trabajar en donde mejor las trataban y se ofrecieron a los Luys garantizando espléndidos beneficios económicos. Alguna de ellas incluso suplicaba: «Por favor, por el amor de Dios, dejadme currelar aquí, que el cabrito de mi hombre me va a matar». Se sublevaban los chulos y se presentaban en el bar de los Luys dispuestos a recuperar a sus chicas. Los hermanos Luys se vieron en la necesidad de hacer piña, y llamaron a unos cuantos amigos, y les plantaron cara. «Estas mujeres tienen derecho a trabajar donde quieran y, si me pagan una comisión, yo tengo la obligación de defenderlas.» Después de algunas sesiones de guantazos en que todos salieron perdiendo porque no había negocio ni para unos ni para otros, se llegó a la fase del diálogo, el acuerdo y los pactos no escritos, y unas cuantas furcias se instalaron en el bar Luys de manera oficial. Claro que eso no significaba el final del problema. Esa clase de mujeres suelen ser groseras, maleducadas, liantes y poco fieles, como consecuencia lógica de la vida que llevan, y el dueño del bar tiene que saber mantenerlas disciplinadas. Además, uno se acostumbra a un volumen de ingresos y, si las empleadas hacen lo que les da la gana, la economía del establecimiento termina resintiéndose, lo que obliga al encargado a recurrir a algún correctivo severo. Y, como puntualizaba Víctor mientras me ponía al corriente de todo esto, «en aquella época, cuando se hablaba de correctivos severos, nos referíamos a una severidad mucho más severa que la de hoy en día». Y así era como los honrados dueños de un bar de la calle de Robador terminaban ejerciendo de prósperos proxenetas. Resultaba inevitable, como un engranaje perfectamente engrasado que moviera una maquinaria que, por pura inercia, casi contra tu voluntad, te llevaba del punto A al punto B. Y este fue el caldo de cultivo donde fueron a parar Carmen y Lolita a finales de octubre del 34. Dos empleadas más para el negocio.

—No —dijo Víctor antes de que Fraternal abriera la boca. Y a Carmen—: Tú, si quieres estar aquí, no vas a trabajar. Arreglaremos el piso de arriba para vivir en él.

Se refería al piso donde estaban los cuartos donde trabajaban las putas.

Ella sonrió de aquella manera. Fráter reaccionó:

—¿Y las chicas?

—Que vayan a las pensiones de fuera —replicó Víctor sin apartar la mirada desafiante de Carmen—. Viviremos arriba. Si soy tu hombre como dices, tú no vas a trabajar de puta.

—Eso es un contrasentido —respondió Carmen, un poco desazonada—. Un chulo no puede hacer que su puta deje de ser puta, porque, entonces, él ya no es chulo y se acaba la relación y ya nada tiene sentido.

—Las putas no hablan así.

—¿Quién lo dice? ¿Dónde hay una ley que diga que las putas no hablan así?

—Lárgate. Fuera de este local. Si quieres trabajar de puta, vete al bar de al lado, o a cualquier otro donde te quieran. O patéate la calle. Cuando te quiera encontrar, ya sabré dónde buscarte. Si quieres quedarte aquí, vivirás arriba y serás lo que yo diga.

Ella continuaba sonriendo de aquella manera.

44

El bar Luys estaba comunicado con el piso de arriba mediante una escalera de caracol situada al fondo, junto al tablao, por la que subían y bajaban continuamente las chicas con sus clientes. En lo alto, había un pasillo y cinco puertas, dos a cada lado y una enfrente. Las cuatro habitaciones eran pequeñas y solo contenían un camastro y un aguamanil. La puerta del fondo daba a un ámbito mayor, con cocina y baño, y allí se encontraba la cama donde dormía Víctor. Ese espacio estaba comunicado con una escalera de pisos de la calle de Sant Rafael, de manera que se podía acceder a la vivienda sin necesidad de atravesar el bar.

Víctor dedicó los días siguientes a tirar tabiques y levantar otros nuevos hasta convertir aquel habitáculo en un piso de tres habitaciones y comedor, con una distribución algo peculiar pero original y confortable. Carmen le ayudó. Primero no. Primero, permanecía sentada en la cama observándole con sorna. Pero un día ella misma tuvo que reconocer que su actitud era estúpida y se movilizó y puso manos a la obra. Eligieron juntos el papel de las paredes, y los muebles y la ropa de cama, y fueron construyendo algo muy parecido a un hogar a su medida. Un hogar extravagante, negro y rojo, con adornos decó, según el refinado gusto de ella.

Por esos días, mi padre conoció a Carmen.

—Era una mujer imponente —contó, para describirla—. Un cuerpo como el de Josephine Baker. Solo tenía dieciocho años, pero daba miedo.

También la llevaron al Poblenou, para que conociera a Juliol en el Centro Libertario, y a la señora Margarita en su chabola que ya no era una chabola. Con Juliol congeniaron en seguida. Compartían la idea de que el mundo era una mierda. Y Margarita la recibió como recibía a todo el mundo, con los brazos abiertos, a pesar de que Carmen no se mostró nada afectuosa en un primer momento.

Elena, la esposa de mi padre, se alarmó mucho ante tanta familiaridad. No le gustaba Carmen y se temió que las visitas a Poblenou fueran el preludio de una relación definitiva. También a ella le parecía una mujer peligrosa, aunque en un sentido distinto de como lo vivía mi padre. Si él pensaba en su propia integridad cuando lo decía, quizá porque tenía miedo de ser víctima de la tentación de semejante ser mitológico, Elena se fijaba en el peligro que corría la felicidad de Víctor en manos de aquella mujer. Víctor era una persona demasiado generosa como para permitir que alguien lo hiciera desdichado. Seguramente por eso empezó a conspirar.

Por la noche, Víctor abrazaba a Carmen con fuerza y le decía:

—Frena. Vas lanzada a toda velocidad. Te vas a hacer daño. Quédate aquí, conmigo, quieta y callada. Yo te ayudaré a sosegarte. Yo amortiguaré el golpe.

Algún día, Carmen amanecía enfurecida, como recién arrebatada a una pesadilla. No hablaba con

Víctor ni con nadie. Se vestía y desaparecía de casa, como fugitiva, durante horas, en ocasiones hasta un día entero.

—¿Dónde has estado?

—Por ahí. En el piso de Poble Sec, con Dolly.

Víctor tenía la sospecha de que había estado con un hombre.

A mediados de noviembre, Elena le presentó a su amiga Teresa. Mi padre y ella invitaron a Víctor, un sábado, a cenar, conscientes de que Carmen no lo acompañaría. Y, cuando llegó al piso de Gran Vía y Entenza, se encontró con que estaba allí una amiga de Elena que había sido compañera suya en la cocina de los Hermanos Marchena. Era una chica apocada, discreta, que miraba el mundo con unos enormes ojos infantiles y que en seguida se puso a jugar con Tomasín y sus juguetes y acabaron riendo los dos, muy compinches. Llevó el niño a dormir y le contó un cuento de príncipes y hadas buenas. Todo lo contrario de Carmen la arpía. Modesta, complaciente, educada, más inclinada a la sonrisa suave que a la dimensión trágica de la vida.

—Ah, Víctor —dijo cuando fueron presentados—. Fernando y Elena me han hablado mucho de ti. Y muy bien.

Víctor en seguida entendió el juego. Había que ser ciego para no percatarse de la trampa. Pero jugó. Hacía mucho tiempo que Elena le insistía en que debía casarse. Tenía ya treinta y cuatro años y, según decía ella, no le sentaba bien el papel de eterno solterón juerguista. «Te tomarán por lo que no eres», solía decirle. Y Víctor tal vez viniera de una de sus discusiones encrespadas con Carmen, o tal vez empezara a ser permeable a los argumentos de Elena y se estuviera rindiendo a la evidencia de que Carmen nunca sería una esposa y madre como es debido, el caso es que estuvo con Teresa tan simpático y seductor como era capaz. Y mi padre, para crear una atmósfera favorable e inolvidable, sacó el bandoneón y estuvo cantando tangos y contó un montón de chistes. «Una iglesia tan estrecha, tan estrecha que, en lugar de tener el Cristo crucificado, lo tenían ahorcado.» Ella quedó deslumbrada. Acordaron volver a verse los cuatro el domingo siguiente para ir al cine porque estaban poniendo Cleopatra, con Claudette Colbert, una superproducción dirigida por Cecil B. DeMille que decían que era muy buena.

Aquel domingo, Víctor le dijo a Carmen que iba a pasarlo en Poblenou, con su madre, que no se encontraba muy bien. Como cabía esperar, Carmen no insistió en ir con él y, así, Víctor se sintió libre para ir con mi padre, Elena y Teresa. Se dejaron impresionar por la magnificencia del film, que superó toda expectativa. Y la parejita cuchicheaba dejando al margen al matrimonio que los acompañaba y observaba complacido.

A finales de noviembre, Carmen le pidió a Víctor que la llevara al Liceu.

—¿Al Liceu? ¿Tú? ¿Por qué?

—Boris Godunov, interpretada por Zalesky y la Compañía de Ópera Rusa.

Era una provocación, naturalmente. Hacía tiempo que Carmen no le hacía notar que era una mujer enigmática.

—Carmen, ¿quién coño eres? ¿Qué estás tratando de decirme?

Víctor consiguió unas entradas para el Liceu. Platea, fila 10. Le costaron mucho dinero. Cuando le dijo a Carmen que las tenía y, muy ilusionado, la invitó a ir a comprar ropa adecuada para la ocasión, ella rompió a llorar en un ataque de furia inusitado.

—¡No quiero ir al Liceu! —gritaba—. ¡Métete el Liceu en el culo!

—Pero si dijiste…

—¡A la mierda, el Liceu! ¡No quiero entrar ahí nunca más, nunca jamás!

No fueron al Liceu. Aquella noche, abatida en la cama, exhausta de tanto llorar, le contó a Víctor que ella había estado a punto de entrar en el cuerpo de baile del Liceu. Había estudiado danza, era una alumna aventajada y prometedora, y aspiraba a practicar la danza plástica, a la manera de Isadora Duncan. Cuando Serge Diáguilev estuvo en Barcelona, ella tenía catorce años y bailó para él, que estaba buscando niños para un montaje de La maledicció del comte Arnau de Eduard Toldrà, con decorados de Alexander Calder. También le hizo pruebas Vicente Escudero para unas Goyescas. Tenía que ser una Pavlova, una Solveig Hornbeck. Pero todo se truncó cuando su padre la echó de casa.

—Sí —confesó al fin, como cansada, desengañada de todo y de todos, a su edad—, soy de una familia rica, incluso riquísima. Mi abuelo decía que comerciaba con café y especias de Cuba, pero en realidad traficaba con esclavos. Presumía de haber matado a cinco personas en su vida, «sin contar los negros y los moros». En mi casa, tenemos unos cuadros muy antiguos y graciosos en que se ve a unos traficantes muy chulos y bien plantados azotando a unos negros ridículos y simiescos. Así es mi familia. Pero no te preocupes. La policía no me busca, nadie me está buscando, no te voy a meter en ningún lío. Mi familia no quiere volver a verme. No quiere saber de mí nunca más.

—¿Pero por qué?

—Porque son malos. Porque yo soy mala. En realidad, eso a ti no te importa. La última vez que vi a mi padre estaba sangrando porque yo le había roto un jarrón en la cabeza. Quería matarle.

A pesar de lo cual, cuando se acercaba la Navidad de aquel año, Víctor cometió el error de decirle que lo pasarían en familia, en casa de mi padre, con Elena y Tomasín, y la señora Margarita y los hermanos Luys, incluso con la señora Llusieta, «ya verás cómo te gusta la señora Llusieta Verge Santíssima».

Ella no dijo nada. De momento, le dio a entender que, bueno, haría el sacrificio, y a lo mejor estaba realmente dispuesta a hacerlo, pero el día 24 de diciembre, cuando Víctor despertó, ella ya no estaba allí. Y no volvió por Navidad, ni por San Esteban.

Víctor celebró la Nochebuena con Fernando, Elena y Teresa, en el piso de Gran Vía, y se llevó la sorpresa de encontrarse allí con Lalo Valente, el cantante de tangos amigo de los Luys. A Teresa le encantaba cómo tocaba mi padre el bandoneón, y se entusiasmó con la forma de cantar de Lalo, y también Víctor, y la música los unió un poco más. El 34 fue el año de Cambalache, «Que

el mundo fue y será una porquería ya lo sé…», y a Teresa, con la ayuda del vino y el champán, le brillaban aquellos ojos tan grandes e infantiles. Y Víctor se atrevió a pasar el antebrazo por encima del respaldo de la silla que ocupaba la muchacha.

Carmen reapareció en el piso el 28, Día de los Inocentes. Llegó frenética, vibrante, como a punto de estallar.

—¿Dónde has estado?

—Donde me ha dado la gana. Toma —le tiró dinero a la cara, muchos billetes revoloteando por la habitación—. Ha aflorado la puta que hay en mí. La Carmen que conociste, ¿recuerdas? La que te cautivó de verdad, la Carmen auténtica, mi señora Hyde, que no la puedo contener. Soy la puta que siempre quisiste que fuera.

—Aquella fue la primera vez —me contó Víctor— que le crucé la cara con la bofetada más fuerte que jamás había propinado. Y, como no dejaba de mirarme de aquella manera y me pareció que estaba a punto de continuar hablando, le pegué otra más fuerte todavía. Y otra y otra hasta que le arranqué sangre del labio y ella salió trastabillando hasta dar contra la pared. Y continué… —se interrumpió y me miró avergonzado, conteniendo aquella ira que cuarenta años después todavía lo agitaba—. ¿Cómo podría convencerte de que, en aquel momento, la quería con locura? Dios, cómo la quería. Aunque no puedas entenderlo.

Sí podía entenderlo. No perdía de vista que, en aquella época, Víctor tenía treinta y cuatro años y yo, cuando escuchaba su historia, tenía treinta y uno y había pasado ya por un matrimonio desquiciado y una separación enfermiza regada con alcohol en abundancia.

Se sentó Víctor en un banco de la Gran Vía, agotado, como si los recuerdos lo fueran envejeciendo palabra a palabra, segundo a segundo, y se acodó en las rodillas. Se pellizcó el puente de la nariz por debajo de las gafas, que de momento quedaron flotando sobre su frente. Se fue. Durante unos instantes estuvo muy lejos de allí. Dijo:

—No vivimos en un mundo de buenos y malos. Solo hay malos. Solo podemos ser mejores o peores pero siempre en el terreno de la maldad. No hay grados en la bondad: o eres bueno o eres malo. Puedes ser un poco malo, o malísimo, o lo peor de lo peor; pero no puedes ser un poco bueno, o buenísimo, o lo mejor de lo mejor. Si eres bueno, eres bueno y basta, nada más, pero es muy difícil ser bueno. Eres bueno mientras mantienes el tipo y el equilibrio ante los embates de la maldad. Pero eso es insostenible eternamente. Tarde o temprano, caes en la tentación de malo y culpable. Y ya estás pringado, es muy difícil salir de ahí. Aunque volvieras a ser bueno, serías uno de esos que una vez cometió una maldad. Nuestra característica esencial es que somos malos, continuamente, no te hagas ilusiones, hijo. Porque la tentación siempre está ahí, tirando de ti, y es imposible no caer en ella. Nuestra misión en la vida es ser buenos el mayor tiempo posible, pero la maldad es la sopa en que nadamos, hijo.

Dejé transcurrir una larga pausa y pregunté, sin aliento:

—¿Y luego?

—Luego —concluyó Víctor—, echada en el suelo a mis pies, tapándose la cara magullada con

las manos, me dijo, así, a palo seco: «Estoy embarazada».

45

Mi padre nunca vio a su amigo muy ilusionado ante la perspectiva de tener un hijo. La sombra amenazadora de Carmen oscurecía el futuro y dirigía la atención de Víctor hacia la compañía más amable de Teresa. Mi padre y Elena oficiaban de alcahuetes, favoreciendo sus encuentros y propiciando a conciencia el desencanto de la otra.

Fue por esas fechas cuando Margarita decidió visitar el bar que solo le habían mostrado una vez, el día de su inauguración, trece años antes, cuando todavía era un establecimiento honesto y cargado de buenas intenciones. Había viajado al centro, en tranvía, para visitar a un médico del Hospital Clínico y, una vez allí, se animó a acercarse a la calle de Robador para saludar a sus hijos. Ramblas abajo, y luego por la calle del Hospital, y, pasado el teatro Romea, por la estrecha calle que se abría a la izquierda. Era casi mediodía y el ambiente no alcanzaba todavía los máximos grados de sordidez, pero sorprendía la presencia de tantos marineros, y chinos, y negros, y hombres recios decorados con lápiz de labios y rímel, y quedaba claro que las señoras o señoritas que pululaban por las aceras se dedicaban a lo que se dedicaban, exactamente igual que las que provocaban a los transeúntes desde las puertas de las tabernas.

La señora Margarita llegó hasta el bar Luys y, al mismo tiempo que se enorgullecía un poco al ver el apellido de su marido coronando la entrada, se detuvo en el umbral y se quedó allí, contemplando estupefacta el interior.

Era una señora gruesa, castigada por los años, vestida con una modestia rayana en la pobreza, con un moño blanco en lo alto y expresión angelical. Una puta estaba cantando espontáneamente, sin acompañamiento de piano, aquello de «Al Capone pone, pone/ pone cara de rufián», y calló en seco al verla. Enmudecieron también los pocos clientes que había en la sala posiblemente pensando todos ellos si la intrusa sería la abuela o la madre de alguno de los presentes. Detrás del mostrador, Fráter y Víctor perdieron la sonrisa y se sintieron apabullados por la posibilidad de causar a su madre algún tipo de desengaño fatal.

Fue ella quien rompió el ominoso silencio exclamando:

—¡Fráter! ¡Víctor! ¿Qué pasa? ¿No vais a saludar a vuestra madre?

Se abrazaron los tres, felices, y ella se paseó por el bar emitiendo comentarios inofensivos, como si nada: «Oye, qué bien puesto tenéis el negocio, qué bonita la cafetera y qué guapas las camareras, buena idea lo de las camareras porque seguro que atraen clientela, ¿cómo te llamas, guapa?».

Era como un hada buena desfilando con desenvoltura entre los parroquianos desconcertados. Todo le gustaba: el níquel bruñido del mostrador, las baldosas valencianas, la tarima ahora vacía,

el piano polvoriento y silencioso. Saludaba a derecha e izquierda y repartía sonrisas beatíficas, como una reina.

Víctor creyó conveniente orientarla hacia la escalera de caracol del fondo.

—Quiero enseñarte cómo ha quedado el piso de arriba.

Subió con trabajo la mujer con la ayuda de sus dos hijos, y se maravilló al ver el piso restaurado por Víctor. «¡Qué moderno!» El empapelado rojo y negro, los muebles decó, las figuritas. Todo elegido por Carmen. Todo de un gusto exquisito.

Y allí, como señora de la casa, estaba Carmen. Margarita la abrazó con fuerza y emoción. Nunca supo nadie si simpatizaba con ella o no, pero era la elección de su hijo y, para Margarita, la felicidad de su hijo era sagrada.

—Eres guapísima —le dijo.

Y Carmen, como juez que dicta sentencia:

—Estoy esperando un niño.

Quería que sonara como una maldición. Margarita, madre amantísima, tuvo un leve asomo de tristeza, porque poseía la sabiduría de la vejez, pero en seguida prevaleció la valentía y arrancó a su alma una sonrisa deslumbrante y repitió el abrazo con más fuerza todavía.

—Hija mía —dijo.

Carmen miraba a Víctor por encima del hombro de la futura abuela.

Margarita se colgó del brazo de su hijo, con la boca temblorosa y los ojos indecisos.

—Yo podré venir, de vez en cuando, y ocuparme del niño… —por la mente de Víctor pasó el imposible, pero ella presionó con sus dedos y con su mirada—: Así podréis salir y divertiros —palpaba, se le iban las manos y pellizcaba el antebrazo de su hijo con la derecha, el antebrazo de Carmen con la izquierda, y eran manos y toques ansiosos, suplicantes—. Va bien para los matrimonios, que se diviertan juntos, para unirlos, para que cada uno descubra los aspectos buenos del otro. A veces, los niños, ¿sabéis?, digan lo que digan, no unen a los padres, sino que los distancian. Para eso estamos los abuelos.

Carmen se arrimó a ella y le sonrió.

—Claro que sí, abuela —murmuró—. Claro que dejaremos que cuide de su nieto.

El niño nació el 13 de agosto de 1935 y le pusieron el nombre de Eduardo porque lo decidió Carmen y a Víctor le daba igual. Decía mi padre que el crío logró sacar lo peor que había en Víctor. Son cosas que pasan. Acaso porque hay hombres que se achican y sienten envidia ante la capacidad creadora de la mujer, o quizá porque un hijo representaba una atadura demasiado firme, un compromiso a demasiado largo plazo con una mujer que no tenía la misión de hacerle

feliz. A lo mejor era que estaba realmente enamorado de Teresa y de la vida apacible que ella le ofrecía. El caso es que, durante esa época, solía ausentarse de casa con las más variadas excusas, para ir a ver a Juliol, o para visitar a mi padre y Elena, o para resolver asuntos del negocio, en el banco o en almacenes de abastos. Con frecuencia llegaba Margarita para ver al nieto y encontraba a Carmen sola, leyendo libros de Marcel Proust o de André Gide, fumando, intratable. Nada se sabe de las tardes que pasaron juntas y las largas conversaciones que sostuvieron.

En la intimidad, continuaba una relación tormentosa y atormentada entre Víctor y Carmen. Combates ardientes en la cama, discusiones agrias recorriendo la casa de un lado para otro con fondo de llanto infantil. Alguna ausencia intempestiva de Carmen, con alaridos de niño desesperado, algún guantazo incontinente de Víctor, algún arañazo felino de ella, cacharros que volaban por los aires y se estrellaban contra las paredes.

Un día, llegó Margarita y nadie contestó a sus llamadas con la aldaba. El portal de la calle de Sant Rafael era estrecho, no tenía portería y siempre estaba cerrado. Aunque repitió tres veces la serie de golpes largos y cortos correspondiente al piso de su hijo, nadie tiraba de la cuerda que, mediante una polea, abría desde lo alto. La madre de los Luys siempre entraba por allí, donde el puterío era menos notorio, pero en aquella ocasión tuvo que dar el rodeo por la calle de Robador hasta el bar. Las chicas la recibieron bien. La conocían y la querían porque les había llevado crema por San José, y coca de piñones en la verbena de San Juan, para que celebraran un poco, pobrecitas (siempre que hablaba de las fulanas del bar, añadía la palabra «pobrecitas»). Tanto ellas como Fráter le dijeron que Víctor y Carmen no estaban, que habían salido con el niño y que no, que no sabían dónde habrían ido ni a qué hora regresarían. Lo mismo sucedió un par de veces más. En realidad, Carmen se había trasladado con Eduardito a su piso del Poble Sec, con la Caraqueso, y Víctor andaba por ahí, acicalado para llevar a Teresa al Tívoli o al Poliorama a ver alguna revista madrileña; o borracho cuando los pensamientos lo amargaban, o escondido detrás de las persianas, resistiéndose a abrir a su madre porque no sabía cómo decirle que las discusiones con Carmen habían llegado a un extremo insostenible, que ella no cesaba de provocarlo y humillarlo, desparramando odio a cada paso, y él le había dado otra paliza, y la había expulsado de su vida por el niño, sobre todo por el niño, para no hacerle daño al niño, que no paraba de llorar.

La señora Margarita reapareció a mediados de septiembre, un día gris azotado por un viento seco cargado de arenilla que arañaba la piel, poco antes del cumpleaños de Víctor. Repartió unos pastelitos entre las chicas, pobrecitas, y casi suplicó que le dieran noticias de su hijo, porque quería celebrar el cumpleaños con él. Era evidente que sospechaba lo que había sucedido. Rogaba que le dejaran ver a su nieto como si temiera que se lo fueran a arrebatar para siempre. Se fue sin ver satisfechos sus deseos porque nadie sabía realmente dónde estaba Víctor.

Cuando él entró en el local, aquella noche, Fráter y Teri lo reprendieron severamente, e incluso intervinieron en la regañina algunas de las putas que le afearon la conducta. Al día siguiente, cuando estaba pasando por el tormento de una resaca preñada de culpas, telefonearon al bar desde el Hospital Clínico para comunicarles que habían ingresado a una señora de nombre Margarita Medrano. La mujer había caído desvanecida en mitad de la calle y la habían llevado a un dispensario primero y al hospital en ambulancia después.

Víctor siempre tuvo la sensación de que los médicos no sabían lo que tenía su madre ni les importaba lo más mínimo. La tuvieron en el Clínico una semana. Luego les aseguraron que había mejorado mucho y la enviaron a casa a principios de octubre. La trasladaron al piso de Sant Rafael y allí se reunieron sus cinco hijos, Fráter, Víctor, Teri, Llibert y Giordano Bruno, y también la visitaban cuando podían las putas del bar de abajo, pobrecitas, para darle conversación y ánimos.

Pero la señora Margarita ya no se aguantaba de pie, no podía o no quería comer, no pedía nada, no le apetecía hablar ni preguntar por su nuera y su nieto.

El día 15 de octubre ya no fue capaz de levantarse de la cama («es que estoy desanimada», dijo) y el 17 llamó a Víctor a su lado, le agarró una mano con fuerza y le dijo:

—Cásate, Víctor, que te vas a desgraciar —Víctor no sabía qué responder—. Y que no me entierren como pobre de solemnidad…

—¿Pero qué dices?

—Ya sé que es un gasto, y lo siento. No sé de dónde vais a sacar el dinero, pero quiero un entierro católico, que no me lleven a la fosa común.

—¡Claro que no!

—Y tú cásate, Víctor. Hazlo por Eduardito. Por Carmen, pobrecita.

46

El cuerpo de la señora Margarita yacía plácidamente en el dormitorio grande, donde la habían tenido desde que la trajeron del Clínico. Vestida de negro, con el atuendo que había servido para el luto de su marido, y un moño alto, muy bien peinado porque una de las furcias de abajo había sido peluquera, esperaba la llegada de los funerarios que habían de traer el ataúd y el papeleo necesario.

Víctor recordaba perfectamente a su madre muerta. Una de esas imágenes que no se pueden olvidar. Al contemplarla allí, en el lecho, volvió a verla tan seria y tan entera como cuando veló a su difunto esposo, respirando profundamente con un sube y baja de su ampuloso pecho que era más de rabia que de lamento, enérgica y vital cuando se lanzaba a la calle para realizar las expropiaciones necesarias para alimentar a sus hijos, animosa cuando se remangaba para poner manos a la obra, tan generosa cuando abría las puertas de su chabola a todo el mundo y compartía con cualquiera lo poco que tenía, tan maternal cuando acogió a Miguel convencida de que era un trinxeraire, un pobre niño abandonado, tan alegre cuando cocinaba con la señora Llusieta, o con Elena, tan imprescindible cuando abrazó a Carmen como dándole la bienvenida a un mundo en que merecía la pena vivir.

—Hija mía.

Había arrugas en el rostro de cera de la señora Margarita, pero no eran arrugas de amargura ni de cansancio, sino marcas de vida, señales que se había provocado ella misma al reír, al llorar, al hablar, al gritar, en su continuo afán por comunicarse con los demás. Era la hermosa máscara que se había confeccionado para mostrarse a los demás tal como era. Muchas arrugas, quizá, para sus sesenta años. Muchas vivencias, muchos amigos, muchos amores.

En el comedor, habían retirado la mesa y, sentados en sillas puestas en círculo, velaban sus hijos con las respectivas compañeras, entre las que ya se contaba Teresa. Además, estaban mi padre, Elena, mi abuelo Alberto y la señora Llusieta, que pasaba el rosario en voz alta acompañada únicamente por la vocecita tímida de Teresa.

—Dios te salve, María, llena de gracia…

—Santa María, madre de Dios…

Había sido la presentación oficial de Teresa en la familia. Mi abuelo Alberto había estado a punto de meter la pata.

—Esta es Teresa, don Alberto —dijo Víctor con ese susurro ahogado que se suele utilizar cerca de los difuntos.

—Ah, sí. Encantado. Carmen, ¿verdad?

—No, no. Teresa.

—Teresa —intervenía mi padre con la firmeza de quien establece una verdad absoluta y se extraña de la incongruencia.

—Teresa, padre —añadió Elena con el tono de «A quién se le ocurre, de dónde habrá sacado ese nombre tan raro».

—Ah, Teresa —se conformó el abuelo con expresión confundida, «pues hubiera jurado que».

Las putas del bar habían pasado a despedirse de doña Margarita a primera hora de la mañana, antes de que llegaran las visitas de compromiso, y en aquellos momentos tenían prohibido volver a subir.

—Dios te salve, María, llena de gracia… —insistía la señora Llusieta.

Y Teresa, por cumplir, la acompañaba:

—Santa María, madre de Dios…

Elena se había levantado para tomar un vaso de agua en la cocina y, cuando regresaba al comedor, echó una ojeada casual por el balcón, quizá por ver si llegaban ya los de la funeraria, y vio a Carmen que, con el niño en brazos, cruzaba la calzada.

Con una rápida zancada, se colocó detrás de Víctor y le susurró al oído: «Llévate a Teresa, que viene Carmen». En seguida, corrió a transmitir el mismo mensaje secreto a mi padre.

Apenas consiguieron disimular el sobresalto ante una Teresa que, ajena a todo, ensimismada en sus orapronobis, no se percató de la movilización general. Elena la interrumpió de repente con animación impropia:

—Ven, Teresa, que te voy a enseñar el piso.

—Pero…

Y la señora Llusieta, molesta:

—Pero, Elenita, mujer…

—Nada, nada, que esta va a ser tu casa y tienes que conocerla.

Entre Elena y Víctor casi levantaron en volandas a la desconcertada Teresa mientras sonaba el timbre de la puerta, porque el portal estaba abierto para favorecer las visitas, y mi padre ya caminaba hacia allí, ya se disponía a tirar del cerrojo, y la voz de alarma corría en cuchicheos entre los hermanos y cuñadas de Víctor. Alguna de ellas no sabía quién era Carmen, «¿pero qué Carmen?», y había que hacerle callar con un chistido. El abuelo Alberto y la señora Llusieta se removían en sus asientos, escandalizados, «¿pero qué está pasando aquí?», «tranquilos, tranquilos, ustedes tranquilos, que no pasa nada».

—¿Pero qué pasa?

—¡Chist!

Víctor, Elena y Teresa se habían metido ya en la cocina cuando mi padre abrió la puerta y entró Carmen con Eduardito en brazos, vestida de negro, hermosa, elegante, impresionante, gran señora, tan seria y sombría que semejaba una materialización de la Parca que fuera a contemplar el resultado de su obra.

—Carmen, qué sorpresa —le recibió mi padre.

—He leído en La Vanguardia que ha muerto la señora Margarita.

Cuentan que su mirada negra y penetrante hizo estremecer a todos los presentes cuando la paseó despacio por aquel comedor que ella misma había decorado de aquella forma extravagante, empapelado en rojo y negro, seguramente tratando de localizar a Víctor.

Mi padre acompañó a Carmen al dormitorio grande mientras Víctor y Elena entretenían a Teresa, «¿has visto la cocina económica?, un lujo, y esto es la carbonera, y aquí la despensa con esta tela metálica, para que las moscas no lleguen al queso». Teresa no sabía qué decir. Lo apreciaba todo sin elogios, solo con una sonrisita forzada, diciendo sin palabras que no le parecía el momento más oportuno. Durante un tiempo, estuvo comentando que se notaba que Elena quería mucho a doña Margarita porque durante el velatorio tuvo un comportamiento muy excéntrico. «Se la veía

fuera de sí.»

Carmen había cruzado el comedor como una presencia mágica, como una virgen de negro, como una aparición inolvidable. Mi abuelo Alberto y la señora Llusieta cuchicheaban: «esta es Carmen», decía ella, que ya lo había entendido todo; y mi abuelo: «¿Carmen? ¿Pero no era Teresa?». Le hacían callar con chistidos y manotazos al aire.

Cabizbaja, acompañada únicamente por mi padre, Carmen entró en el dormitorio donde se encontraba el cuerpo de Margarita. Se detuvo a los pies de la cama y miró el cadáver con una reverencia trascendental. Por fin, cerró los ojos como armándose de valor para llevar a cabo algo muy difícil, y bordeó la cama y se inclinó lentamente, siempre con el niño en brazos, hasta besar aquel rostro amarillento de ojos cerrados para siempre.

Se echó a llorar.

Ni Víctor ni Elena consideraban la cocina refugio seguro porque, en cualquier momento, a Carmen podía apetecerle un vaso de agua y ella no necesitaba permiso para desplazarse a sus anchas por el piso. Así que sacaron a Teresa al pasillo y Víctor balbució, en voz muy baja: «Y aquí está el cuarto de baño».

Se metieron en el cuarto de baño conscientes de que tampoco era lugar seguro, porque Carmen podía necesitar acudir allí en el momento menos pensado, así que, antes de entrar en él, Víctor hizo a sus hermanos una seña perentoria. Ellos entendieron que la única salida que les quedaba era el bar y, mientras Elena mostraba a una estupefacta Teresa todos los elementos del baño, uno por uno, «y esta es la bañera, y mira qué lavabo, y qué grifos tan bonitos, y hasta bidet y todo», Fráter y Teri bajaron a toda prisa por la escalera de caracol.

Carmen lloraba. Ella, Carmen, la que no lloraba nunca, lloró amargamente de espaldas a mi padre, que vio cómo se sacudían sus hombros y oyó un sollozo contenido.

—Cómo sería esa mujer —comentaba tantos años después— que tuve la intención de acercarme para consolarla, ponerle las manos en los hombros, abrazarla, yo qué sé. Pero no me atreví. Solo me quedé allí plantado, viéndola llorar, sin hacer nada, como un imbécil.

Se preguntaban luego, mi padre y Víctor, qué debía de estar pensando, qué debía de estar sintiendo, ella que abominaba de la familia, que consideraba que nunca había tenido padres. Se preguntaban cuáles debían de haber sido las confidencias e intimidades que Carmen y Margarita habrían intercambiado durante aquellas tardes en que, estando Víctor ausente, cuidaban las dos de Eduardito.

Carmen lloraba y el niño, en sus brazos, le tocaba las mejillas y el brillo de las lágrimas sin comprender.

En ese momento, Fráter y Teri irrumpían en el bar como bomberos en un edificio en llamas.

—¡A ver, chicas, aquí! ¡Todas aquí!

—Y ustedes, señores clientes, lo siento mucho pero tendrán que desalojar el local… —solo había

cinco camareras y tres puteros en aquel momento y los ocho se sobresaltaron ante aquella petición insólita, temiéndose la inminencia de una redada policial o algo semejante. No se les concedió el derecho a réplica—: Abandonen el bar, por favor; si vienen dentro de una hora, tendrán todo gratuito, las señoritas y la bebida, pero ahora lárguense, por favor…

Teri encendió las luces blancas y generales, las que utilizaban a la hora de la limpieza para no dejar suciedad en los rincones.

—… Y vosotras, nenas, al lavabo.

—¿Cómo que al lavabo?

—¡Al lavabo deprisa y sin chistar! —en su papel de proxeneta, Fráter había desarrollado unas dotes de mando excepcionales—: ¡Ahí encerradas, y ni una voz, ni un ruido!

Todos obedecieron a Fráter y a Teri, como el rebaño de ovejas dirigido por el mastín. Los clientes jugadores de dominó tampoco entendían nada, pero a ellos se les permitió quedarse porque parecía que daban una imagen respetable al bar.

Acababa de salir el último cliente cuando, en lo alto de la escalera de caracol, aparecieron Víctor, Teresa y Elena, esta última hablando animadamente, sin parar, ligeramente histérica:

—… Ah, ¿no sabías que Víctor tenía un bar? ¡Pues sí, sí, un bar estupendo, ya ves! De noche, hay cantantes, tangos, ópera, flamenco, la gente se lo pasa la mar de bien…

Teresa la miraba un poco asustada, y observaba cada detalle del local como si temiera que, de detrás de algún mueble, pudiera salir algún loco armado con un hacha.

Dio un saltito cuando irrumpió en el bar, procedente de la pensión de enfrente donde acababa de despachar a un cliente, una de las fulanas de voz especialmente chillona.

—¿Pero qué pasa aquí? ¿Dónde está la gente?

Fráter, que estaba detrás del mostrador, improvisó:

—Las Damas Redentoras de Mujeres Descarriadas ya han pasado. Estarán en el bar de al lado.

—¿Pero qué dices? ¿Qué redentoras?

—¡Que te vayas al bar de al lado! ¡Que aquí no te queremos! —gritaba Fraternal, de espaldas a Teresa, haciendo guiños con los ojos y aspavientos comprimidos con las manos.

La puta comprendió. Hizo una mueca muy cómica y salió corriendo. Se cruzó en el umbral con un cliente habitual que acababa de cobrar un dinerillo y llegaba dispuesto a derrocharlo.

—¡A ver quién se quiere ganar unas perras! ¡A ver quién se va a comer mi rabo!

Entretanto, por si fuera poco, llegaban al piso los de la funeraria. Llamaban desde la calle porque les parecía que el ataúd no iba a caber por la estrecha escalera y preguntaban si había alguna

polea para entrarlo por el balcón. Bajaron Liberto y Giordano Bruno para ayudarles. No tenían poleas y, si ponían el ataúd vertical, sí que cabía por el hueco de la escalera.

Lo subieron con muchas voces, golpeándolo contra las paredes y trizándose los dedos, «¡cuidado, coño, que se raya!».

Y el comentario «Ya veréis luego, para volverlo a bajar lleno».

—Fuera —le decía Fráter al cliente inoportuno, enseñándole los dientes.

El intruso ya había bebido unas cuantas copas y no captó el mensaje a la primera.

—¡Me quedo con la pelirroja —gritó, señalando a Elena—, que dicen que son calientes como el fuego!

—¡Que te largues! —rugió Fráter con gesto de estar a punto de saltar por encima del mostrador para arrancarle la cabeza.

El cliente habitual salió despavorido.

—Lo malo es el barrio —explicó Elena a la aterrorizada Teresa sin darle mucha importancia.

Teresa miraba a Víctor.

—¿Y tú qué haces aquí? —le recriminó con el tono de quien ya tiene suficiente confianza como para recriminar.

—Bueno… —tartamudeó Víctor—. Sirvo las mesas, atiendo a los clientes, es un negocio honrado…

—Digo que qué haces aquí, que deberías estar arriba, con tu madre. Anda, anda, sube, que yo ya voy.

Víctor no se resistió. Asintió con la cabeza, dándole sumisamente la razón, y escaló la escalera de caracol hacia el piso.

En el dormitorio, frente al cadáver, Carmen al fin se tranquilizó y limpió sus lágrimas. Cabizbaja, como avergonzada por el llanto, se volvió hacia mi padre. Ya estaba, ya se podían ir. Entonces, entró un funcionario de la funeraria en el dormitorio.

—Que ya tenemos aquí la caja.

—Pasen ustedes —dijo mi padre.

Titubeó antes de regresar al pasillo. No sabía cómo advertir a los de fuera que volvía a salir la visitante, que se anduvieran con tiento. No sabía que habían bajado a Teresa al bar. Estaba seguro de que Carmen y el niño se iban a tropezar con ella en el pasillo, «¿y esta quién es?», y no quería ni imaginar lo que ocurriría en ese caso.

Tuvieron que dejar paso a los de pompas fúnebres, a Liberto y a Giordano Bruno, que transportaban el féretro, un bulto demasiado grande y pesado para un espacio tan reducido. Carmen delante y mi padre detrás, llegaron al comedor.

La señora Llusieta continuaba cantando letanías, Virgo predicanda, ora pro nobis, Virgo potens, ora pro nobis, Virgo Clemens, ora pro nobis…

La voz había corrido en susurros. Ya todos los presentes sabían quién era Carmen y la miraban con curiosidad, respeto y miedo. Nadie con compasión, aunque llevase un niño de meses en brazos. Si había un sentimiento que Carmen no despertaría jamás era el de la compasión. Aunque tuviera sus hermosos ojos colorados e hinchados de tanto llorar.

De pronto, se detuvo en medio del círculo que formaban las sillas del velatorio. Y el corazón de todos estrujado en un puño. Consolatrix afflictorum, ora pro nobis, Auxilium christianorum, ora pro nobis… Víctor había llegado por el pasillo.

Carmen estaba de espaldas a él, pero oyó cómo se abría y cerraba la puerta del fondo e intuyó su presencia.

Se volvió.

Con el niño en brazos.

Estaba tan hermosa de negro, tan sobria, tan distinguida, tan firme. Y el niño, de seis o siete meses, sorprendido al encontrarse con papá.

—Pensaba que querrías ver al niño.

—Claro —sin aliento.

El alma de Víctor se extraviaba en el cosmos que había más allá de aquellas pupilas negras. Tomó al niño en sus brazos, pero no atendió al tacto de las palmas de sus manos sino a la caricia del dorso, casi involuntaria, contra el cuerpo de Carmen. Se sentía más alterado en su presencia que delante del cuerpo de su santa madre.

Eduardito hizo un puchero. No quería los brazos de papá. Quería ir con mamá. Víctor lo devolvió, quizá un poco dolido, y Carmen dijo:

—Bueno. Adiós.

Víctor dijo:

—Adiós.

En seguida hicieron su aparición los funerarios con el ataúd cerrado, torpes, dominados por un peso que parecía inesperado.

Fue todo un lío bajarlo por las escaleras. Había que ponerlo de pie y aquellos funcionarios ineptos estuvieron a punto de ponerlo con la cabeza hacia abajo. A ellos les daba igual.

«¡Cuidado, hombre!» Los hermanos Luys se estremecieron al imaginar el cadáver de su madre, en el interior, patas arriba, el moño destrozado.

Condujeron el féretro hasta el cementerio de Poblenou (donde Juliol decía que tenía un nicho lleno de fusiles y dinamita) en uno de los coches de caballos más modestos de que disponían los servicios funerarios, y en la capilla se rezó un responso, sin misa, y luego metieron el ataúd en el nicho y todos los asistentes vivieron la angustiosa sensación de que, sin Margarita, se quedaban irremisiblemente solos.

Y se acabó.

Víctor, que había permanecido callado durante mucho rato, se dirigió a Teresa y a los otros, pero sobre todo a Teresa, y pidió con un murmullo que lo disculparan. Alegó que quería estar solo. Mi padre, convencido de que lo abrumaban los sentimientos de culpabilidad, le puso la mano en el hombro y le dijo: «No te atormentes».

Mi abuelo Alberto se ofreció para acompañarlo en taxi.

—No, gracias. Lleva a Teresa a su casa, por favor. Yo iré a pie. Quiero pensar.

No se fue a pie. Tomó un tranvía hasta el Poble Sec, hasta aquella calle de la Bòbila que hacía pendiente, hasta el piso de ventanas orientadas al Montjuïc. Llamó a la puerta. Carmen estaba sola. No estaban ni la Caraqueso ni el niño. Lo esperaba.

Chocaron sus bocas con avidez, se comieron a besos. Víctor no entraba en detalles. Lo resumía todo hablando de combates feroces, de zarpazos y arrebatos, de mordiscos y explosiones de placer, un castillo de fuegos artificiales como nunca había conocido y jamás volvería a conocer, ni con Teresa, ni con Dulce y Bombón, ni con ninguna de sus pupilas. Con nadie.

Solo con Carmen.

Solo Carmen.

CUARTA PARTE

Desbarajuste

47

Marzo de 1936

Dos hombres de traje gris, corbatas a rayas, sombreros flexibles y movimientos elásticos, pasaron junto al portero disfrazado de almirante que custodiaba la puerta del hotel Ritz y entraron en el templo del lujo con toda la autoridad del mundo. Al portero le chispearon los ojos porque había reconocido a Miquel Badía que, durante seis meses de 1934, había sido jefe superior de policía de la Generalitat.

No hacía ni un mes que la coalición de izquierdas había ganado las elecciones y a Miquel Badía le habían concedido ya la amnistía. Los periódicos decían que, inmediatamente después del triunfo del Frente Popular, había regresado de Colombia, o de Francia, o donde fuera que estuviera exiliado, para presentarse ante la Audiencia, donde se le notificó que ya era un hombre libre. Ahora, él y su acompañante avanzaban con resueltas zancadas sobre la alfombra roja de un pasillo del hotel más lujoso de Barcelona y llamaban con los nudillos a una puerta de dintel muy alto.

Les ordenaron que entraran.

El jefe superior de policía del Estado y el teniente coronel de la Guardia Civil que ostentaba el cargo de director general del Orden Público de Cataluña estaban de pie en medio de una sala de reuniones, con las manos en los bolsillos y actitud concentrada. El teniente coronel lucía una patriarcal barba blanca y vestía de paisano. Los recién llegados parecían gángsters sacados de una película americana.

Se hicieron las presentaciones y los cuatro hombres se estrecharon las manos.

—Aquest és el Miquel Jinete —dijo Badía en catalán desafiante ante el hombre de Madrid—. Suposo que ja n’han sentit a parlar.

—El cazador de anarquistas —murmuró el jefe superior, quizás con un deje de recelo.

—En su cartera trae un extenso informe que detalla todos los servicios prestados contra la causa anarquista desde el año 21. ¿Quieren verlo?

—No hace falta —dijo en castellano el director general con énfasis para conducir la conversación hacia el idioma común—. Estamos informados. Y con su palabra nos basta. A pesar de todo.

Les indicó mediante un gesto que se sentaran en el sofá. Mientras hablaba, se había dirigido a la

larga mesa de reuniones donde había una bandeja de plata con botellas y vasos de cristal tallado. Les preguntó qué querían tomar. Brandy, gracias. El director general sirvió cuatro vasos generosos.

—¿A pesar de todo? —dijo Badía, altivo pero en el idioma del Imperio.

—El president Companys no quedó muy satisfecho del comportamiento de sus escamots, aquel 6 de octubre, cuando proclamó la independencia. Se cuenta que salieron corriendo, abandonando sus armas por las calles. Y los anarquistas se dedicaron a recogerlas, y gracias a eso ahora están armados hasta los dientes.

—Exageraciones.

—A Companys no le gusta que yo acuda a usted.

—Lo imagino.

Los Migueles, Badía y Jinete, ocuparon el sofá. Los dos jefes tuvieron la amabilidad de sentarse en los sillones, a su lado, lejos de la formalidad de la mesa capaz de reunir a quince personas. Como si se tratara de cuatro amigos, y nadie fuera más que nadie.

El jefe superior demostró su superioridad rechazando la copa de coñac. Miguel Jinete lamentó haber aceptado la suya.

—¿Ha regresado para recuperar sus cargos y sus poderes, señor Badía? —preguntó el director general de Orden Público al exdirector general de Orden Público.

Badía encajó el golpe sin pestañear.

—No. He regresado para recuperar mi libertad y mi buen nombre. Dispuesto a recomenzar de cero.

—Y, para ello, viene acompañado del señor Jinete. ¿Es quien le avala?

—El señor Jinete ya era inspector de tercera clase en los tiempos de Martínez Anido y Arlegui —Badía hablaba el castellano con un acento catalán exagerado, como para demostrar que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano—. Cuando yo asumí el cargo que ahora ocupa usted, con el president Macià, recurrí a él. Vino a la policía catalana con la condición de conservar sus privilegios y modo de actuar, y se lo concedí, naturalmente, porque sabía que ello era garantía de su eficacia. Colaboramos juntos y obtuvimos muy buenos resultados. El señor Jinete ya era inspector de primera de la Brigada de Investigación Social en el 34, cuando llegó la derechona.

—… Y, entonces, se largó con usted al extranjero —lo cortó el guardia civil barbudo, con severidad—. ¿No fue una especie de deserción?

—No tergiversemos los hechos. Cuando llegó la derechona y se produjeron los hechos del 34, cesaron a todos los funcionarios del Cuerpo de Investigación y Vigilancia. Fueron muchos los que se vieron en la calle.

—Pero, luego, muchos volvieron.

—Muchos, no. Unos cuantos. Ciento diez exactamente. Y Jinete consideró que era el momento de enviar a la mierda a quienes nos represaliaban. Y lo hizo; e hizo bien.

—Si se hubiera quedado, ahora a lo mejor sería comisario.

Miquel Badía mostraba su impaciencia.

—Si le hubieran permitido quedarse, cosa improbable, ahora sería uno de tantos que aún están esperando en su casa que los readmitan. ¿Sabe que esos agentes han formado una comisión que ha ido a Gobernación a reclamar sus cargos? ¿Sabe qué les han respondido? «Tomad las comisarías por asalto», les han dicho. Ja ja. Una broma. Ahora, además, se nos pide que tengamos sentido del humor. Muy bien.

Los dos jefes se miraron, intercambiando suspiros, ponderando las palabras y la actitud insolente de Badía. El guardia civil apoyó la mano en el brazo de la butaca, pero el jefe superior se le adelantó, se puso en pie y dio tres pasos hasta la mesa de reuniones, quedando de espaldas a ellos. Por no imitarle y dar sensación de hasta aquí hemos llegado, el hombre de la luenga barba dejó sus posaderas donde estaban y abrió la boca para decir algo. Pero el jefe superior, de espaldas, envuelto en el humo del cigarrillo, se adelantó de nuevo.

—¿Es usted un policía honrado, señor Jinete? —preguntó en un tono de voz inesperado.

—Sí, señor —respondió Miguel, firme y sin dudar.

—¿Abnegado, sacrificado…?

—Ni más ni menos.

—¿Cuánto cobra?

—El sueldo normal. Ocho mil quinientas pesetas al año más una gratificación de setecientas cincuenta.

—No llegan a ochocientas al mes.

—Sí, señor.

El jefe superior dio media vuelta para mirar a Miguel casi sonriendo.

—¿Es usted sobornable, señor Jinete?

Jinete se mantuvo imperturbable, como un espejo, para que el otro se sintiera incómodo con su reflejo.

—Si cobrara mil al mes —replicó—, sería menos sobornable.

Miquel Badía se acodó en las rodillas, relajado, para poner paz pidiendo confianza:

—Cuando uno entra en el laberinto endemoniado que es la policía de este país, solo destaca si es eficaz. Policía catalana, Guardia Civil, mossos d'esquadra, miquelets, policía urbana, policía de tránsito urbano, serenos y vigilantes… En medio de toda esta confusión, tenemos a un cazador de anarquistas y eso es lo que vale. Cualquiera de esos cuerpos de policía se lo disputaría. Ya saben ustedes por qué se reordenó la policía española en febrero de 1908. Para liquidar al terrorismo anarquista: ese fue su principal objetivo. Y en este Frente Popular que ahora nos gobierna —continuó Badía ante la expectativa de los otros—, el peso de los anarquistas es excesivo. Cuando Lluís Companys tomó posesión de su cargo de gobernador civil, entró en el edificio del Pla del Palau escoltado por un grupo de cenetistas armados. Ya antes, hace años, en el 25, durante la dictadura, Macià y un miembro del Partido Comunista Español fueron a Moscú para negociar con dirigentes del Komintern que debían ayudarles a derrocar a Primo de Rivera. Andreu Nin les sirvió de intermediario y parece que confraternizaron alegremente incluso con Trotsky. Por suerte, Stalin no entendió qué relación ideológica había entre sus visitantes y no les prestó la ayuda que pedían.

»Desde el golpe fallido de Sanjurjo, los libertarios viven según la profecía de un inminente golpe de Estado y eso se lo justifica todo. Hay arsenales de la FAI distribuidos por pisos de toda la ciudad. ¿No fue en las oficinas del Sindicato de la Construcción de la calle Mercaders donde descubrieron, hace poco, un almacén de municiones? ¿Y la fábrica de bombas en Sant Andreu? Se calcula que en esta ciudad hay unos seis mil anarquistas armados, dispuestos a echarse a la calle. Y, frente a esto, me parece que no contamos con más de dos mil agentes de policía. ¿Es así?

El teniente coronel de la Guardia Civil asintió apesadumbrado, casi derrotado. Bebió un sorbo de coñac. No lo paladeó. Dijo, con un suspiro:

—No nos podemos fiar de ellos. De momento, ya están pidiendo la amnistía para todos los presos anarquistas. Y, cuando nos descuidemos, concederán la amnistía a todo el mundo, anarquistas o no, y las calles se nos llenarán otra vez de chorizos y asesinos.

—Ya están saliendo —ratificó Badía. Tendría que haber dicho «Ya estamos saliendo», porque él había sido uno de los primeros beneficiados por la amnistía—. Y, si no espabilamos, se nos comerán.

—Por eso está usted aquí, señor Badía. Porque es el enemigo natural de los anarquistas…

—… Y porque conozco a Miguel Jinete.

—Efectivamente.

—Y porque empleo métodos eficaces —añadió Badía con expresión desafiante, casi rencorosa.

—Métodos que le valieron un juicio, su destitución y su destierro —recordó el hombre de Madrid—. Métodos tal vez aprendidos en su época separatista, cuando pertenecía al grupo terrorista Bandera Negra que atentó contra Alfonso XIII cuando venía de visita a Barcelona. Se hacía llamar «capitán Collons», ¿verdad?

—Sí, me llaman «capitán Collons» —afirmó desafiante—. Y también me llaman fascista, que a

lo mejor es donde usted quería llegar. Porque hice desfilar en el estadio de Montjuïc, delante de Macià, a mis ocho mil escamots uniformados, el ejército de Cataluña. Hoy en día está de moda llamar fascista a todo el mundo. Y se equivocan. Fascista es Mussolini; Hitler es nacionalsocialista, y José Antonio Primo de Rivera y sus huestes son falangistas y los de la CEDA de Gil Robles son contrarrevolucionarios, imperialistas a la manera de Felipe II. A cada cual lo suyo. Mi ideología no tiene nada que ver con la del fascismo, aunque creo, eso sí, que solo podremos conseguir paz y respeto mediante la autoridad y la disciplina.

—Todos estamos de acuerdo en eso. Pero a lo mejor disentimos en lo referente a los métodos para conseguirlo.

—Pues mis métodos continúan siendo los mismos. Si estamos hablando de eficacia, no conozco otros. La gente de la FAI es destructiva. Destruir para construir. Parten de la premisa de que todos somos buenos y utilizan métodos malvados. El género humano es tan bueno que no necesita policía ni gobierno que regulen nuestras vidas y, para conseguir este mundo ideal, matan, hacen explotar bombas, roban y extorsionan. Basta con llamar ejecuciones a los asesinatos y expropiaciones a los atracos y todos los ladrones, carteristas, estafadores y asesinos de la ciudad se convierten en anarquistas. Si hay alguna lógica en ello, se me escapa. Pero soy policía y, mientras sea policía, todo aquel que mate, ponga bombas, robe y extorsione, es un delincuente, tanto si lo hace en nombre de la Santa Acracia como si lo hace por Dios, por la Patria y el Rey, me da igual. No se deben poner bombas. Las bombas son malas. Y la policía existe para evitar que la gente ponga bombas. Supongo que sabe lo que dijo Durruti el día de las elecciones pasadas —el jefe superior de policía miró al delegado de Orden Público, que afirmó con la cabeza, siempre apesadumbrado. Miquel Badía recitó—: «Votad si queréis, pero luego, gane quien gane, corred a casa a por la pistola». Considero que son una carcoma que no nos podemos permitir.

Un silencio reverente y tenso siguió a la amenaza.

—¿Y los métodos de él? —señalaron a Jinete.

—Él es un anarquista más. Ese es su método. Los faístas y los cenetistas lo admiran. Creen que ha estado exiliado porque está en busca y captura. Confían en él.

—¿Es uno de ellos… —el guardia civil se volvió hacia Miguel Jinete, invitándolo a intervenir— y quiere acabar con ellos?

—Nací pobre —dijo Miguel con humildad—, soy pobre, vivo entre pobres… y quiero acabar con la pobreza. ¿Le extraña? Y conozco a burgueses que nacieron burgueses, y son burgueses y luchan al lado de los anarquistas para acabar con la burguesía. Nací entre anarquistas y precisamente por eso, porque los conozco, quiero acabar con los anarquistas. Así son las cosas.

—¿Y no se siente un poco traidor?

—No. Yo nunca me traiciono.

—¿No? Para que confíen en usted, tendrá que permitir que algunos actúen con libertad.

—Esa es la relación que se tiene con los confidentes. Es el riesgo que entraña.

—El grupo de acción «Progreso Hoy», por ejemplo —soltó el teniente coronel barbudo, mirando al suelo—. Con esos no se ha metido nunca.

Siguió un silencio que Miguel Jinete prolongó a propósito, como si le fastidiara que hubieran tocado aquel tema y la indignación le impidiese hablar.

—«Progreso Hoy» es mi fuente más fiable de información, el núcleo desde donde puedo llegar a todas partes. Son peligrosos, pero los tengo controlados.

El jefe superior de policía marcó una pausa soplando una nube de humo con solemnidad preparatoria de discurso lapidario. Habló con voz grave sin mirar a nadie en particular.

—Señor Jinete: celebro que fuera usted tan útil en tiempos de Martínez Anido y Arlegui, pero ahora son otros tiempos. Funcionamos de manera diferente. En el cuerpo que yo dirijo, los policías son policías y los delincuentes son delincuentes. Y no nos fiamos de quienes tienen un pie aquí y el otro allí.

—Perdone —intervino Badía—, pero lo único que ha hecho la República por la policía es subir los sueldos y crear los modernos guardias de asalto. Y el sueldo continúa siendo insuficiente, como ya hemos dejado claro antes. Policías mal pagados son sobornables. Y los guardias de asalto han cargado tanto contra los ciudadanos de a pie que ya los llaman los castigantes y todo el mundo los odia.

»Desengáñese. No es fácil cambiar a la policía. Ni siquiera desmilitarizándola. A los militares, con su obediencia ciega, basta con cambiarles los mandos. Un buen policía, en cambio, es él y sus confidentes, sus contactos, sus redes y sus conocimientos de la ciudad. Si prescinde de ese hombre, prescindirá de todo eso y el que le sustituya tendrá que empezar de cero. No es tan fácil.

—Pues hay que cambiar —insistió el jefe—. Porque si, para combatir a los anarquistas, usted tiene que ser anarquista, nunca terminaremos del todo con los anarquistas, por la cuenta que le trae a usted. Me parece que me explico, ¿verdad?

Miguel Jinete asintió y el jefe de Madrid, siempre sin mirarlo, emitió su veredicto:

—Contaremos con usted, Jinete. Recuperará el cargo de inspector de primera clase del cuerpo de Vigilancia en la Brigada de Investigación Social. Su misión consistirá específicamente en minar la causa anarquista teniéndonos informados de su despliegue, de sus intenciones, puntos de reunión, estrategias y autorías de delitos. Y se le permitirá continuar con sus métodos, manteniéndose infiltrado entre ellos. Pero deberá estar localizable cada día, continuamente, y rendirá cuentas de sus actos al final de cada jornada.

Miguel Jinete miró a Miquel Badía y alguien que lo conociera muy bien habría sabido ver en sus pupilas un destello de gratitud.

48

Miguel Jinete renació en la entrada sin puertas del bar Luys, con camisa sin cuello ni corbata, un traje marrón abaratado por el tiempo, gorra y una sonrisa espléndida que daba por supuesta una recepción eufórica por parte de sus amigos.

Mi padre bajaba cada tarde a jugar allí su partida de dominó, después del trabajo y antes de ir a casa. A Elena, su mujer, no le hacía mucha gracia, porque sabía que la calle de Robador y sus bares estaban llenos de tentaciones y porque se sentía relegada y olvidada junto a Tomasín, pero en aquella época las relaciones entre hombres y mujeres eran distintas a las de ahora y existía la creencia de que los celos eran buen alimento del amor. Los celos que daba el hombre a la mujer, se entiende. «Por el humo se sabe dónde está el fuego/ del humo del cariño nacen los celos…», decían en la zarzuela Doña Francisquita, que se estrenó cuando el golpe de Estado de Primo de Rivera.

Víctor y mi padre formaban pareja contra dos parroquianos ajenos al puterío ambiente, que tenían muy mal perder y que protestaron cuando los dos amigos se levantaron de un salto para dar la bienvenida al recién llegado, «pero, bueno, ¿qué pasa aquí? ¿Estamos por el juego o qué?». Hubo abrazos y palmadas sonoras y cachetes como caricias viriles, y de nuevo abrazos, y risas.

—¿Pero dónde has estado todo este tiempo?

—En Francia, persiguiendo francesas.

—¿Dos años en Francia?

—Es otro mundo.

—¡Ah, la vie mondaine! —exclamó mi padre.

—¿Cómo? —a Miguel Jinete siempre le costaba entender las bromas. Y en seguida—: No estaba dispuesto a quedarme aquí, viendo cómo esos fascistas destruían el país. Pero ahora es la nuestra. Ahora han ganado los nuestros. Es la gran oportunidad.

—¡La madre que te parió, Miguel! —gritó Víctor—. ¡Me dejaste tirado en Madrid sin una perra!

—¡Con dos perras! —le corregía su amigo con la clase de chiste que le gustaba—. ¡Con dos perras que seguro que te hicieron muy feliz! ¿Cuántas perritas tienes ahora?

—Ya no tengo perritas de ninguna clase. Estoy casado.

Gran sorpresa y nadie hubiera podido decir si era una sorpresa agradable.

—¿Casado? ¿Con Carmen?

—No —sonrió Víctor como si lo abrumara lo mucho que puede llegar a equivocarse una persona —. Con Teresa, claro.

—¡Con Teresa!

Víctor se había casado con la adorable Teresa en noviembre, apenas un mes después de haberle prometido a su madre que se casaría. «Cásate, Víctor», le había suplicado Margarita, «hazlo por Eduardito, por Carmen, pobrecita». Y él prometió que se casaría por Eduardito y por Carmen, pobrecita, y se casó con Teresa. Y mi padre, siguiendo su principio vital de que había que celebrarlo todo, ejerció de entusiasta maestro de ceremonias. Una vez más, cerraron el bar Luys al fulaneo y trajeron de la Boquería lo mejor que encontraron. Incluso contactó con unos músicos que solían actuar en el Monumental, Felipe y sus Cubanolas, que eran amigos suyos y le hicieron buen precio por animar la fiesta. No había que preocuparse por los vecinos porque los novios se iban a vivir precisamente al piso que había encima del local, el de la calle de Sant Rafael que había decorado Carmen Brondo con aquellos negros, aquellos rojos y aquellos detalles decó.

—Casado con Teresa. Vaya. Te felicito, hermano.

A Miguel le costó arrancar una sonrisa, pero lo hizo al fin, y se abalanzó sobre su hermanastro para darle un abrazo con más palmadas y hasta beso en la mejilla y todo.

—De verdad, sinceramente, ¡por muchos años, Victorino!

—Ah, Miguel… —Víctor cambió el tono y su amigo borró la expresión de alegría del rostro. Lo soltó—: Murió mamá.

Miguel abrió la boca y permaneció así, inmóvil, paralizado, durante un buen rato. En ese momento, mi padre pudo ver en sus ojos la mirada de Miguelín, el niño sucio de la carbonería, el que no tenía padres, el que fue acogido generosamente por la familia Luys y terminó llamando mamá a la señora Margarita. Esperó una lágrima que no salió, solo un parpadeo triste, un suspiro dedicado a un punto muy concreto del suelo y la resurrección resignada.

—Me habría gustado estar a su lado. ¿Cómo fue?

Mi padre era un espectador discreto y dichoso, desde su ingenuidad, y celebraba con una alegría muy íntima el reencuentro de los Tres del Pompeya, una vez más.

—Estaba ahí —decía años después, pensativo y afligido—. El Miguel Jinete que le pegó a Moscoso el tiro en la frente estaba ahí, no se me olvidaba, pero quedaba emboscado entre mejores recuerdos. Éramos amigos. Todavía éramos amigos.

Se tomaron una copa, claro que sí, para el brindis, el brindis del reencuentro y el brindis de la boda y luego enviaron al cuerno a la pareja de jugadores rezongones y salieron muy animados a la calle.

Sorprendentemente, Miguel Jinete no les propuso que fueran a la Bombonera para saludar a Dulce y Bombón, sino que preguntó por Juliol y los arrastró al Centro Libertario del Poblenou.

El establecimiento, en aquellas fechas, desde el triunfo del Frente Popular, era una burbuja llena de la exaltación que produce la libertad. Habían pintado de nuevo sus paredes y ahora estaba iluminado por una bandera tricolor grande como una sábana de matrimonio, retratos de Marx, Bakunin y Ferrer i Guàrdia y el distintivo rojinegro de la FAI. Los camaradas que circulaban por allí, movidos por prisas excesivas, lo hacían con el aplomo con que suponían que se movían los grandes burgueses en sus mansiones. Reían fuerte y daban palmadas y puñetazos en las mesas, como si todos hubieran tomado para merendar un tónico reconstituyente de gran eficacia.

Juliol era una mancha sombría en su mesa del rincón del bar, agarrado a su vaso de vino.

—Hombre, Miguel —no tan cordial como cabía esperar después de dos años de ausencia.

—¿Cómo va eso, Juliol? —Miguel, en cambio, estaba explosivo—. Siempre tan joven. ¿Qué me cuentas? ¡Venga un abrazo!

Juliol accedió al abrazo pero no como otras veces. Mi padre notó el aguijonazo de una mirada recelosa y amenazante y, de pronto, se sintió incómodo en su traje impecable de encargado de los Grandes Almacenes El Siglo, y bajo el único sombrero del local. Muchas veces Juliol le había criticado aquellas pintas de intelectual burgués, «un día esos de ahí te van a dejar en pelotas», pero mi padre le replicaba que el hábito no hace al monje y esos de ahí ya se habían acostumbrado a su presencia. Aquel día, sin embargo, el viejo anarquista se limitó a la mirada desdeñosa y fue peor. Como truenos y relámpagos en el horizonte.

Fueron a la barra a buscar sus vasos, porque no estaba bien vista la insinuación de servidumbre hacia el camarada camarero, y se sentaron a la mesa.

—Qué —espetó Miguel—. ¿Cómo te va la vida, Juliol? No te veo contento.

—¿Que cómo me va la vida? ¿A ti cómo te parece que va, Miguel? ¿Te gusta lo que ves?

—Coño, mira a los camaradas de ahí. Contentos como castañuelas.

—A esos no los he educado yo. No saben interpretar las señales. Pero tú y Víctor tendríais que saber leer entre líneas. Ha ganado el Frente Popular. Bien. Ahora sal a la calle y dime qué ves. Qué ha cambiado. Y dime si te gusta este oasis que dicen que es una Cataluña que ya se ha olvidado de quemar iglesias. ¿Te parece que los políticos que tenemos van a echar al mar a todos los curas y monjas y obispos y sacristanes?

—No me gusta lo que veo —replicó Miguel por complacerle, tratando de atemperar los ánimos con seriedad—, pero lo podemos arreglar. Porque ganaron los nuestros.

—Depende de quiénes sean los tuyos, Miguel —Juliol no ocultaba su animadversión.

—Han perdido los burgueses parásitos, ¿no era eso lo que queríamos? Han perdido y ya no volverán a levantar la cabeza.

—Hace mucho tiempo que perdieron los burgueses parásitos, Miguel —relajó el tono el viejo, como si hubiera estado esperando otra respuesta y ahora se sintiera decepcionado por la

ingenuidad del discípulo—. España nunca será fascista a la manera de Hitler o Mussolini. Esos aquí ya han perdido su oportunidad. Pero hay muchas maneras de ser fascista, Miguel.

—¿Ah, sí?

Miguel se acodó en la mesa, siempre atento y receptivo a las palabras del maestro.

Juliol también se acodó en la mesa.

—De nada sirve cambiar a las personas, incluso las ideas, si dejamos intactas las instituciones. El sistema económico está podrido. El capitalismo ha fracasado y, si nos empeñamos en continuar jugando con sus reglas, nosotros también fracasaremos. No hay más solución que el comunismo libertario, destruirlo todo, hacer tabla rasa y empezar de nuevo. Esta democracia que hoy tenemos es burguesa, es una creación del capitalismo, exactamente igual que el fascismo. No podemos llamarnos de izquierdas y continuar conservando el mismo sistema de votaciones, los mismos palacios de las Cortes con los mismos escaños, el mismo sistema de discursos huecos y falaces.

»Pero hay compañeros nuestros, gente que se llama de izquierdas, rojos, comunistas y hasta anarquistas, que creen que sí, que han llegado al poder y acaban de descubrir que siempre quisieron ser políticos de chistera. Ahora se quitan la chistera y se ponen sombreros hongos, pero se disponen a hacer lo mismo, exactamente lo mismo que hacían los ministros burgueses…

—Ya veo por dónde vas —le interrumpió Miguel, sobre todo para demostrarle que estaba muy interesado en su discurso—. Pero tú me enseñaste lo que dijo Trotsky: «Renunciar a la conquista del poder es dejarlo voluntariamente a quienes ya lo tenían, o sea los explotadores».

—A Trotsky ya hace siete años que lo expulsaron de Rusia, muchacho. Está huyendo despavorido porque sabe que, cuando lo atrapen, lo matarán. Y eso que sus pensamientos son mucho más parecidos a los de Stalin que los míos. No, Miguel. No te dejes engañar. Ahora, se planteará la profunda contradicción en el seno de la izquierda. Los comunistas en el poder ya no van a luchar más contra el Estado porque ellos mismos formarán parte del Estado. ¿Es que no veis cómo se están acercando a las burguesías europeas con toda educación, con modales de político burgués? ¿Dónde está la revolución? ¿Quién habla ya de revolución? Nadie. Ahora ya están tan felices en sus escaños, vestidos con trajes de El Dique Flotante, hablando, hablando, hablando, de espaldas a todos los obreros, la explotación, la miseria, que decían combatir. El presidente Azaña, ¿creéis que les va a quitar sus fábricas a los patronos? ¿Va a sacar el dinero de los bancos para distribuirlo entre los pobres? ¿Os parece que se dispone a terminar de una vez por todas con la propiedad privada? ¿Dónde está la revolución?

»Por ese motivo precisamente los anarquistas no podemos sentarnos en el trono, ese mismo trono que queremos destruir. Seremos siempre las moscas cojoneras que recordarán a los comunistas que están perpetuando la existencia de los que mandan y los que obedecen, los amos y los criados, los verdugos y las víctimas. Y quedará demostrado el día en que ellos, los que controlan el poder, la III Internacional, decida hacer callar a los que renunciamos al poder por coherencia y convicción. Y se demostrará una vez más que hay verdugos y hay víctimas, y los verdugos serán ellos, y las víctimas nosotros.

—Qué futuro tan negro —comentó Miguel, admirado.

—Por eso tenemos que estar preparados para la lucha, Miguel —Juliol le señaló con el índice para dar a entender que se refería a algo muy próximo a los dos—. Hace mucho tiempo que alimento nichos en el cementerio de Poblenou, Miguel, ya lo sabes. Fusiles, pistolas y dinamita. Sobre todo dinamita. Lo tengo todo preparado, las consignas están dadas, el pueblo alerta, por toda la ciudad. El día en que los comunistas nos ataquen, yo mismo cargaré un camión con todos aquellos explosivos y me iré a la plaza de la República. Está todo previsto. Dos o tres tanquetas del ejército habrán llegado allí y me abrirán paso, controlando las entradas de la plaza. Todo previsto. Y volaré el Palacio de la Generalitat. Ah, sí, amigo mío. Me lanzaré contra ese Palacio y moriré en la gloriosa pira. Porque si la izquierda ataca a la izquierda, jamás podrá sobrevivir y, si no hay esperanza de un mundo más justo, yo no quiero vivir en él. ¿No es eso lo que decía tu padre, Víctor?

No, no era eso lo que decía su padre, pero Víctor, sobrecogido, entendió lo que su antiguo maestro quería decir.

—… Y cuando se venga abajo el Palacio de la Generalitat, será la señal para que mi guerrilla particular se lance a la conquista de Barcelona. ¿Y sabes quiénes componen esa guerrilla, Miguel? Tu grupo de afinidad «Progreso Hoy». No me mires de esa manera. Te admiran, son aguerridos, se saben invulnerables porque han permanecido dormidos durante mucho tiempo. Se echarán a la calle armados hasta los dientes. Y las baterías de los cañones de Montjuïc apuntarán hacia la ciudad y la bombardearán, esta vez, por una vez, en nombre de la Libertad. Hace años que lo preparo, Miguel, y tú lo sabes.

Había soltado el discurso en un cuchicheo morboso, como la amenaza de una víbora entre las matas. Calló, y tanto mi padre como Víctor y, sobre todo, como Miguel guardaron un silencio negro como la hulla.

Juliol, de pronto, suspiró y se relajó. Y bebió de un trago el vino que quedaba en el vaso.

—Uno de vosotros —dijo, ronco—, ¿podría traer otra ronda, por favor?

49

Mariano Madurga me entregó los documentos de Miguel Jinete metidos en una curiosa maleta pequeña, de mimbre trenzado, muy estropeada, sin asa ni bisagras, sujeta con dos cinturones de imitación de cuero. Las carpetas más grandes cabían tan exactamente en su interior que quedaban encajadas y costaba cierto esfuerzo extraerlas y sus bordes se habían resentido. La que estaba más al fondo y me costó más sacar tenía escrito a bolígrafo y en letra de palo el nombre de Miquel Badía.

Contenía una serie de recortes de prensa y un montón de copias de informes hechas con papel

carbón y en papel cebolla, que resumían las investigaciones realizadas por Miguel Jinete entre el 29 de abril y los primeros días de julio de 1936.

Las noticias del periódico decían que el martes, 28 de abril, a las tres y media de la tarde, los hermanos Miquel y Josep Badía salieron del número 52 de la calle de Muntaner, donde vivían con su madre, hermana y cuñado, cerca del chaflán de Consejo de Ciento, y caminaron en dirección a la Gran Vía manteniéndose en la acera de los números pares. Cerca de la siguiente calle de la Diputación había un hombre leyendo el diario. Lo dobló bruscamente y se lo puso bajo el brazo. Un hombre que parecía estar leyendo la pizarra de precios del bar Bremen sin decidirse a entrar y otro que apareció entre dos coches aparcados echaron a andar rápidamente hacia los hermanos Badía, que acababan de pasar. Los dos vestían elegantes trajes grises y sombreros flexibles que parecían privarles de otras señas de identidad, dos ciudadanos normales, señores, tal vez hombres de negocios, serios, formales, por encima de toda sospecha. Un Ford de color rojo oscuro inició lentamente la marcha por la calzada, unos metros por detrás de perseguidos y perseguidores.

Habían montado la parada para hacer la media caña.

Frente a una tienda de bicicletas, uno de los hombres dijo: «¿Badía?», y Miquel Badía se volvió hacia él. Se encontró ante la boca de una pistola. Recibió el primer balazo en el rostro. Otro impacto en el pecho, otro en el hígado. Al mismo tiempo, el segundo hombre disparaba contra Josep. A la nuca y a la espalda. Fueron cinco estampidos bruscos, inesperados, inoportunos a la hora de la siesta, ese sonido instantáneo que parece golpear directamente la base de la columna vertebral, pac pac pac, que provoca parpadeos sobre ojos dilatados por el terror. Las explosiones de las armas rompen la escena, la gente se aparta precipitadamente, corre, derriba sillas y mesas de la terraza del bar Bremen, hace girar todas las ruedas de la tienda de reparación de bicicletas, vuelan desapavoridas las palomas, si alguien grita nadie lo oye de momento, la muerte crea un vacío sobre los dos cuerpos tendidos en la acera donde crece la brillante mancha roja.

Los pistoleros también corrieron, y corrió el hombre del periódico, hacia la calle de la Diputación, en cuyo chaflán les esperaba el coche Ford de color granate, matrícula B-39763. Montaron en él. Portazos. Brusca y ruidosa arrancada. Chirrido de ruedas sobre los adoquines. Se esfumaron en el aire, por Diputación hacia plaza de España, mientras la multitud empezaba a regresar para llenar el vacío que la muerte había provocado y dos guardias de seguridad llegaban, heroicos, al galope de sus caballos, desde la cercana calle de Aribau.

En el margen del primer documento escrito en papel cebolla se puede leer, a lápiz y con la letra puntiaguda y electrizada donde yo ya había aprendido a reconocer la indignación de Miguel: «Me llamó Casellas en persona y me dijo: “Investiga a los anarquistas”». Casellas era el guardia civil de la barba patriarcal, director general del Orden Público. «Investigué a los anarquistas.»

Lo que seguía era el resultado de sus pesquisas. Me puedo figurar a un Miguel Jinete con gorra y chaleco y alpargatas, mal afeitado, en antros frecuentados por maleantes, preguntando a lengualargas infieles que dicen saberlo todo para presumir de traicionar a todo el mundo; o en tabernas como La Tranquilidad, o centros culturales o ateneos, intercambiando alegremente información con compañeros trabajadores; o destilando confidencias recogidas por Dulce y Bombón y sus chicas en las dependencias de la Bombonera; o, ya de traje, corbata y sombrero,

tan atildado, saboreando un Muratti, alternando con periodistas o abogados, en el Lion d'Or, o La Maison Dorée, o el Glaciar, muy serio y analítico, o simplemente receptor pasivo o incluso desganado de novedades en torno al asesinato de Miquel y Josep Badía. En Barcelona no se hablaba de nada más aquellos días. Incluso puedo imaginármelo en camiseta, en un sótano de Vía Layetana, enviando puñetazos y proclamando: «¡Soy Gironés!».

En aquellos momentos, Gironés ya hacía un año que se había retirado y no pudo exhibir sus cualidades en el ring del recién inaugurado Nou Price, el Price, que se convertiría en la catedral del boxeo, de la esquina de Floridablanca y Casanova.

El resultado de tantas conversaciones se refleja en los informes, que tengo en esa especie de caja de mimbre, sobre papel cebolla, a veces ilegible por el desgaste del papel carbón.

Unos cuantos documentos hablan de la culpabilidad de hombres de la FAI, anarquistas, y concretamente apuntan a uno que se llamaba irónicamente Justo Bueno. Un informante especificaba, además, que un pariente de Justo Bueno había quedado tetrapléjico después de recibir una paliza en comisaría cuando Miquel Badía era el jefe. Eso explicaría que Bueno le hubiera vengado cometiendo el doble asesinato.

Pero Miguel no se había conformado con eso. Diferentes personas de diferentes ambientes le habían dado diferentes respuestas.

En los bajos fondos, por ejemplo, todo el mundo daba por hecho que los asesinos de los Badía habían actuado por cuenta del dueño de La Criolla y Ca'l Sagristà, que había salido muy perjudicado por la acción policial cuando la Generalitat prohibió el juego. De todos eran conocidas las timbas clandestinas de los locales de la calle del Cid y, por lo visto, su propietario no quería exponerse a que Miquel Badía volviese a ocupar un cargo de responsabilidad en las fuerzas del orden.

Naturalmente, otros dedos señalaban a sus enemigos naturales, los fascistas de Falange Española, que hacía tiempo que andaban sacando pecho por ahí, provocando con las pistolas en la mano.

No obstante, la línea de investigación que apuntaba a la derecha se concretaba en una supuesta conspiración llevada a término por unos carlistas que se habrían reunido en la iglesia de la Concepción. Dos testigos, entre los cuales un sacerdote que violaba el secreto de confesión, establecían que el motivo del crimen era que Badía «tenía demasiado controlados a los anarquistas y convenía que se desbordaran». Palabras que me han dado mucho que pensar durante horas, sobre todo ahora, cuando sabemos cómo llegaron a desbordarse los anarquistas cuando tuvieron ocasión.

Pero Miquel Badía también tenía enemigos entre sus propias filas. La mayoría de los confidentes le hizo notar a Miguel Jinete que el president Companys odiaba a Badía desde que se sintió abandonado, por él y por sus ocho mil escamots, el día de la proclamación de la independencia de Cataluña, el 6 de octubre de 1934. Ahora, ante el regreso de Miquel Badía a la vida política catalana, se habría asegurado de que no volviera a molestarle.

Por si fuera poco, alguien suficientemente solvente como para que Miguel se tomara la molestia de incluir sus palabras en un escrito oficial le dijo que Miquel Badía y Companys estaban

enamorados de la misma mujer, una tal Rosa, Roseta, casada, hermosa y aguerrida militante de Esquerra Republicana de Cataluña y, por tanto, el asesinato no sería más que un sórdido crimen pasional y personal, venganza entre adúlteros, la explosión de rabia de un burlador burlado.

La versión que más tiempo había entretenido a Miguel Jinete, y en la que había gastado más papel y suelas de zapatos, abundaba en esta animadversión existente entre Badía y Companys. Sin el menor eufemismo, el amigo de mi padre exponía que Miquel Badía nunca habría tenido la menor oportunidad de entrar de nuevo en la política mientras Companys estuviera al frente de la Generalitat. De manera que había regresado del exilio con un extenso informe cargado de pruebas que inculpaban a unos cuantos miembros de Esquerra Republicana, el partido de Companys, de cargos muy severos, nadie sabe cuáles. Según confidentes anónimos, Badía le habría pedido a un importante miembro de Esquerra que estudiara aquel informe e intercediera por él. Habían quedado citados precisamente la tarde de aquel 28 de abril en el café Términus de la calle Aragón. Se suponía que Badía se disponía precisamente a entregar el informe cuando salió de su casa a las tres de la tarde. Se suponía que los hombres que le habían disparado habían recogido del suelo un portafolios de piel…

La letra puntiaguda, eléctrica e irritada de Miguel, escrita con lápiz en el margen del primer informe, decía simplemente: «Me llamó Casellas en persona y me dijo: “Investiga a los anarquistas”. Investigué a los anarquistas. Ahora me tira todos estos informes a la cara y repite: “Investiga a los anarquistas, céntrate en los anarquistas, búscame a ese Justo Bueno”».

50

O acaso el asesinato de los hermanos Badía fuera el primer detonador necesario para hacer explotar la gran bomba. La primera espoleta, la del oasis catalán donde llevaban años presumiendo de paz y tranquilidad. Un crimen que encendiera los ánimos, que enfrentara a anarquistas y nacionalistas. Luego llegaron los detonadores de los asesinatos del teniente de la guardia de asalto Castillo y el del líder de extrema derecha José Calvo Sotelo. Detonadores necesarios aunque no imprescindibles porque ya hacía tiempo que los financieros del golpe habían ingresado el dinero correspondiente en las cuentas correspondientes, y los golpistas habían puesto a sus familias a salvo en el extranjero, y los representantes de los que se iban a sublevar ya habían hablado con los representantes de Hitler y de Mussolini, y seguramente de otros mandatarios europeos más prudentes, y ya se había diseñado exactamente el plan de la reconquista. Esos asesinatos fueron el golpe de efecto definitivo para justificar la gran palmada sobre la mesa, el gran grito de indignación, el gran basta ya.

Tanto mi padre como Víctor recordaban perfectamente lo que habían hecho aquel 18 de julio de 1936. La ciudad excitada, estremecida por la ilusión de la Olimpíada Popular y Obrera que habían de inaugurar al día siguiente, domingo, como réplica y boicot a las olimpíadas nazis que se preparaban para el siguiente agosto con la intención de glorificar un poco más a Hitler y la raza aria. Veinte mil visitantes de todo el mundo, turistas, periodistas y hermosos atletas,

llenaban las calles y contribuían al bullicio. Y descubrían que, debajo del alborozo aparente, hervía otro tipo de agitación distinto, una corriente subterránea de rumores crispados que añadían a la tensión un vibrato de peligro. «Se han sublevado los generales.» Aun antes de escuchar por radio la alocución nocturna que emitió Lluís Companys, muchos recordaban las palabras que había pronunciado apenas cuatro meses antes, cuando regresó a Barcelona para hacerse cargo de la presidencia de la Generalitat:

—… *Tornarem a sofrir, tornarem a lluitar, tornarem a vèncer!*

Aquella noche del 18 de julio, calurosa, sofocante, dijo:

—… *Catalunya ara com sempre donarà proves del seu fervor per les institucions republicanes, per la Constitució democràtica i pels ideals d'autonomia, llibertat i progrés…*

Había multitudes llenando las calles porque se había declarado la huelga general. Mi padre no había ido a los Grandes Almacenes El Siglo y no salió de casa en todo el día, como si temiera que se le pudiera contagiar la efervescencia rabiosa de la adrenalina. Estuvo paseando de un lado a otro de este piso enorme donde hoy estoy escribiendo, mirando por el balcón las dos cúpulas del edificio de enfrente, pisando estas baldosas blancas y verdes, octogonales las blancas, cuadradas las verdes, que todavía hoy puedo contemplar; pasando las manos sobre la mesa del comedor, o el bufet, o la cómoda del dormitorio, como si buscara una mota de polvo o como si estuviera comprobando que aún seguían allí. Y miraba a Elena, a la pelirroja y pecosa Elena, y a Tomasín, al simpático Tomasín de once años, con el arrobo del primer día. «¿Pero qué te pasa?», le decía ella admirada, consciente de que mi padre se estaba enamorando de ella una vez más, y más, y más.

Él no contestaba. Se limitaba a mirar por el balcón, las manos en los bolsillos.

—Ya verás cómo no va a pasar nada —lo tranquilizaba ella, preocupada por su ensimismamiento —. Una algarada más de esos militares cazurros. Nada. Una sanjurjada.

—… El orden en Cataluña es completo y si en cualquier momento los elementos fascistas quisieran alterarlo las autoridades responderían con rigurosa eficacia. Nuestro pueblo nos da el soporte de su asistencia calurosa…

Víctor no se movió del bar en todo el día. Me dijo: «Los dueños de los bares éramos los más escépticos y cínicos en política porque, aun durante las huelgas y las manifestaciones, se daba por supuesto que continuaríamos en nuestros puestos sirviendo vino». Las chicas aquel día trabajaron como nunca. A cardar, a cardar, que s'acaba el món! Entre los turistas desmelenados, los atletas endiosados y los obreros despavoridos, nunca hubo tanto trajín entre el puterío de la calle de Robador.

—… En la lucha contra el fascismo y contra intentonas dictatoriales el Frente de Izquierdas de Cataluña, los organismos obreros sin distinción, la ciudadanía toda, en defensa del Estatuto, la libertad, y del derecho, y bajo el signo de la dignidad civil y humana forman un ejército invencible…

Durante un buen rato, mi padre estuvo tocando tangos con el bandoneón, más apasionado,

melancólico y emocionado que nunca. Cuarenta años después me decía que lo agarrotaba un presentimiento nefasto e inconfesable. A lo largo de aquel día interminable y aburrido, dio un rápido repaso a su vida y concluyó que hasta aquel momento había sido la mejor de las vidas, aun tropezando con el recuerdo pavoroso de la historia de Aurorita, que consideró como una nota de tragedia inevitable, tributo necesario para gozar de felicidad en el resto de las experiencias. Aquel día se sintió estafado, desazonado, como quien se ha extraviado en un lugar lejano y peligroso y recuerda con nostalgia el bienestar de casa y de la rutina diaria, y le vino a la mente la idea de que todo eso se estaba acabando, que se lo iban a quitar por la fuerza. Y mantenía en los bolsillos los puños crispados por la furia mientras la radio le informaba de la sublevación de unos militares africanistas en el Protectorado de Marruecos y en las Canarias. Y Lluís Companys decía:

—… Al pueblo de Cataluña le recomiendo serenidad, que no priva, sino que presta más eficacia a la voluntad dispuesta y al ánimo despierto. Nada ni nadie podrá contra nuestro pueblo ni contra la democracia progresiva de la República, que saldrá de esta prueba más fortalecida, más enriquecida y superada. Salut, catalans. El crit de sempre, amb l'emoció de sempre: Visca Catalunya! Visca la República!

51

Como impelido por el mismo presagio funesto, Víctor experimentó la necesidad de visitar a Carmen en su modesto domicilio del Poble Sec. Quizá hubiera ido de todas formas, puesto que solía hacerlo, sobre todo los sábados, pero aquella vez no lo hizo con el paso muelle del calavera en noche alegre sino con la premura ansiosa de quien corre a una urgencia. Las calles estaban repletas de gente que hablaba muy deprisa y muy alto. El Paralelo hervía con la exaltación del coro que preludia una ópera trágica. El niño lloraba entre los brazos de Carmen. No había forma de calmarlo. Dolly la Caraqueso tenía los ojos hinchados de llorar. En algún momento, hablando sola, se le oyó murmurar: «¡No puedo creer que, después de esta vida, no haya nada más! ¡No puede no haber nada!».

Víctor recordaba que se llevó a Carmen al dormitorio en un arrebato, y comentaba que en ningún momento lo movió el ardor sexual sino una necesidad distinta, más ciega todavía, más inexplicable, cargada de angustia y de furia, y se trenzaron y retorcieron sus cuerpos con un frenesí sobrenatural en un acto tal vez cargado de orgasmos pero desprovisto de placer.

—Eran los prolegómenos del combate —me dijo, tantos años después—. No sé cómo explicarlo.

Se durmieron, aunque el niño continuaba berreando como un oráculo enloquecido. Y creyeron que los despertaba su llanto, pero no era el llanto infantil sino las sirenas de las fábricas y de los barcos del cercano puerto. Sirenas como voces de ultratumba.

Alaridos de desesperación, que también arrancaron a mi padre y a Elena del lecho mientras

Tomasín corría por el pasillo accionando todos los interruptores que encontraba, «¡papá, papá, la calle está llena de soldados!».

Mi padre gritó:

—¡Apaga las luces!

Desde el balcón del comedor, abrazado a su esposa y a su hijo, mi padre pudo ver a las tropas que avanzaban por la Gran Vía de les Corts Catalanes procedentes de la plaza de España y con dirección a la plaza de Universidad para conquistar el centro de la ciudad. Todo el mundo conocía las consignas: «Si las tropas se echan a la calle, haremos sonar las sirenas. A les armes el proletariat!».

Era la guerra.

En Poble Sec, Víctor y Carmen también estaban en pie. El niño había callado porque Caraqueso se encargaba de él. Antes de que terminaran de vestirse, oyeron los disparos de fusil. Los tiros más lejanos eran como un crepitar impreciso pero había otros ahí, a la vuelta de la esquina, en el Paralelo, que sonaban como explosiones que impactaran en mitad del pecho.

—Ya están ahí.

Y el griterío.

—Yo no puedo quedarme aquí —dijo Carmen—. Hay que luchar. Que no nos quiten lo poco que hemos ganado.

Víctor, en cambio, se había espantado al comprobar que eran las cinco de la madrugada. Desde que estaba casado, nunca había llegado tan tarde a su casa, donde le esperaba Teresa, y le corroía la angustia que ella debía de estar sufriendo. Ni siquiera se le ocurrió tratar de disuadir a Carmen cuando la vio tan decidida a incorporarse al tiroteo. Era muy propio de ella y resultaba imposible detenerla cuando tomaba una determinación. Salieron juntos del piso. La Caraqueso se asomó al rellano de la escalera gritando que ella no quería quedarse con el crío y Carmen, sin volverse siquiera a mirarla, mientras saltaba los escalones de dos en dos, le gritó: «¡Volveré pronto! ¡Liquidamos a esos fascistas de mierda y vuelvo en seguida!».

Ya en la alborotada calle de la Bòbila, Víctor la sujetó por los brazos, la miró a sus ojos de mirada intensa y balbució algo antes de separarse:

—Cuídate. ¿No deberías…?

Ella interrumpió:

—No es la derecha de siempre, Víctor. No son pacificadores de buena fe, que quieran acabar con todo esto por nuestro bien. Es el fascismo. Es Hitler, es Mussolini. Es la Falange.

—Yo tengo que ir a mi casa —dijo él, sintiéndose cobarde y desertor.

—Ve.

Víctor echó a correr por Conde del Asalto hacia las Ramblas. En dirección contraria llegaba una multitud de obreros desaliñados y enfurecidos, algunos de ellos armados con fusiles, que gritaban «¡Viva la CNT!» o «¡Vamos a matar fascistas!». Había llegado la hora de la revolución.

Carmen se sumó a un grupo de personas que arrancaban adoquines del suelo para construir una barricada que cerrara la amplia avenida y que sería conocida como la Barricada del Molino, porque estaba junto al Moulin Rouge. Los soldados rebeldes venían desde Hostafrancs con la intención de reunirse con el destacamento de Atarazanas y ocupar el puerto. En ese momento, debieron de informar a Carmen de que casi todos los cuarteles de la ciudad se habían levantado y avanzaban hacia puntos neurálgicos del centro.

—… Pero dicen que son pocos, porque la mayoría está de vacaciones de verano —le aseguró un optimista que cargaba adoquines como ella—. Y hay que descontar a los desertores, que son muchísimos porque la clase de tropa sale del proletariado. Y nosotros somos más, siempre hemos sido más, y ahora estamos armados.

Al otro lado de la barricada, se inició el enloquecedor martilleo de una ametralladora. Los silbidos de los proyectiles ensordecían y sus impactos sonaban como granizo diabólico. Unas mujeres que transportaban colchones requisados emitieron un coro de alaridos y se echaron de bruces al suelo. Carmen y los otros resistieron la tentación y continuaron agachados, acarreando adoquines hasta la barrera donde sus compañeros respondían al fuego enemigo con sus viejos Máusers, Brownings de bolsillo y escopetas de caza que tronaban como cañones. Uno de los soldados enemigos gritó: «¡Viva el fascio!», y catapultó una granada de mano. Más tarde, Carmen contaría que la granada le pareció más inofensiva de lo que pensaba, apenas un petardo muy fuerte que no hirió a nadie ni rompió nada más que la calzada. La embriagaba una especie de inconsciencia suicida. Mucho más peligrosa le pareció la ametralladora Hotchkiss de siete milímetros con aquellas andanadas terroríficas, capaces de partir un árbol por la mitad.

Carmen vio cómo una bala alcanzaba a un obrero y lo proyectaba por los aires, cien metros más allá, donde el hombre quedó retorciéndose de dolor. Corrió a su lado.

—Déjame a mí, compañera —gritó el herido, barbudo y sucio, con ojos de dios vengativo—. Coge un fusil y ve a parar a esos cerdos, que hoy es el día del triunfo de la clase trabajadora. Hoy cambiaremos el mundo para que reinen la igualdad, la libertad y la fraternidad. Mata curas, bonita, mata burgueses, mata patronos, mata militares. Mata a esos cuervos negros.

Y murió. Carmen nunca olvidaría aquel discurso. Años después, era capaz de recitarlo palabra por palabra.

Entretanto, Víctor se había internado por las calles del Barrio Chino, que rebosaba de exaltación y gritos. Cuando por San Ramón llegó hasta Sant Pau, vio pasar el primer coche particular, sin duda confiscado, con las letras CNT y FAI garabateadas en blanco sobre fondo negro. Dentro viajaban más hombres con fusiles de los que estaba previsto que cupieran. También se veían coches con las siglas POUM como una onomatopeya.

De lejos vio la humareda y las llamaradas siniestras que envolvían la iglesia románica del

extremo de la calle. Aquel domingo no se iba a oficiar ninguna misa en toda la ciudad.

Amanecía ya cuando alcanzó el portal de la calle de Sant Rafael, cerca de la esquina con Robador, y subió de dos en dos las escaleras que llevaban al piso donde estaría esperando Teresa.

Abrió la puerta con tal ímpetu que ella, en mitad del comedor, pegó un grito y, al ver que era él, que era él y no un puñado de soldados armados, se echó a llorar tan violentamente que le fallaron las piernas y cayó de rodillas. Ella tan apacible, tan tímida y discreta, que nunca había dado rienda suelta a sus sentimientos. Ella, tan frágil con su enorme embarazo de siete meses. Mientras se arrodillaba junto a ella y trataba inútilmente de abrazarla, «¡Déjame, que me dejes, vete!», Víctor observó que el suelo estaba alfombrado de objetos hechos pedazos. Jarrones, lámparas, platos, vasos, fuentes, botellas, cuadros sin bastidor con el cristal roto y la lámina rasgada, hasta los muebles desvencijados eran indicadores del terror y la furia que había poseído a la mujer durante la ausencia de Víctor.

—¡Déjame! ¡Que me dejes! ¡Vete!

Aquella mujer de ojos grandes e ingenuos, tan infantiles que era pecado anegarlos de lágrimas. Aquella mujer que iba a dar a luz un hijo suyo. Víctor entendió que sabía dónde había pasado la noche, y que era en casa de la mujer que había diseñado y decorado el piso y por eso había tenido que destrozarlo. Se percató de que él estaba a punto de destrozar también su matrimonio, de echar por la borda no solo sus esperanzas sino también y sobre todo las de Teresa y las del niño que estaba en camino, y se empeñó en abrazar aquel torbellino de odio debilitado por el llanto, y se encontró besando los párpados húmedos de una chica inocente y desengañada que no quería quererle.

Al mismo tiempo, desde el balcón del piso de Gran Vía y Entenza, mi padre pudo ver a guardias de asalto que, desde las azoteas de enfrente, disparaban contra los soldados que se habían despistado por el bulevar, y a media mañana oyó el estrépito de las ametralladoras instaladas en la plaza de Universidad y, más allá, cerca del hotel Ritz; y a mediodía asistió al vuelo rasante de los aviones que arrasaban con una lluvia de balas aquellas posiciones rebeldes. Luego supo que venían de bombardear el cuartel de Sant Andreu.

Es de suponer que Miguel Jinete estaría en la Comisaría General de Orden Público de Vía Layetana cuando el president Companys se instaló en ella. Y, a las dos de la tarde, presenciaría la emocionante llegada de dos mil guardias civiles que, desplegados en formación de combate, se plantaron ante la sede central de la policía y, cuando nadie sabía cómo iban a reaccionar, saludaron militarmente al presidente de Cataluña, se pusieron a sus órdenes y se desplegaron por el centro para terminar con los combates que allí se libraban. Redujeron a los amotinados que habían sido desalojados del rascacielos de la Telefónica por los anarquistas, los acorralaron en la calle Bergara y en el lujoso hotel Colón, en el Círculo del Ejército y la Armada, y en el espléndido restaurante de fachada modernista conocido como La Maison Dorée.

A las 3 de la tarde, cuando sonaban cañonazos en la carretera de Sants y el Paralelo, había llegado el general Goded en hidroavión, desde Mallorca, con la pretensión de ponerse al frente de los sublevados. A las 7 de la tarde fue detenido y, tanto mi padre como Elena y Tomasín, como Víctor, como Teresa, como Carmen, pudieron oír por radio el discurso de su derrota:

—La suerte me ha sido adversa y he caído prisionero. Si queréis evitar el derramamiento de sangre, quedáis desligados del compromiso que tenéis conmigo.

Los gritos y saltos y abrazos y carcajadas y lágrimas y disparos al aire corrieron por toda la ciudad, por calles, plazas y avenidas, en los bares atestados de gente, en el piso burgués de mi padre y en el piso destrozado de Víctor y Teresa, en las barricadas y en los hospitales. Mi padre dice que liberó la tensión llorando abrazado a la pelirroja Elena y al excitado Tomasín. Víctor, después de un día amargo y crispado con la ingenua Teresa, consiguió arrancarle por fin una sonrisa tibia. Habían sofocado la rebelión, habían salvado sus vidas, su matrimonio, el hijo del vientre. Alguien dijo, años después, que Teresa, en aquel momento, se consideró tan derrotada y sometida como los militares golpistas, agotadas las fuerzas en un estallido destructivo de cólera que nadie vio ni oyó, el primer grito de furia de su vida; incapaz de imaginar una vida lejos de Víctor, humillada ante la evidencia de que tendría que compartirlo y de saberse la otra, la segunda, la esposa, la mujer de segunda categoría. Pero al final de aquel día, aligerada de la amenaza de catástrofe, esbozó al fin una sonrisa y suspiró y decidió que, en adelante, sería mejor fingir que se encontraba divinamente junto a su querido marido.

Había terminado la guerra en Barcelona.

A partir de aquel momento, comenzaba la revolución.

52

Cuando Miguel Jinete se apeó del majestuoso Buick de ocho cilindros, con las siglas FAI — CNT pintadas torpemente en la carrocería, vestía una flamante cazadora de cuero negro, con el calor que hacía, pantalones de pana, llevaba la cabeza descubierta y pañuelo rojo y negro al cuello, y ostentaba al costado una pistola en inmaculada funda de cuero. Entró con mucha autoridad en la portería del chaflán de Borrell con Diputación y subió al cuarto piso. Llamó al timbre y abrió el hermano de mi padre, tío Cándido, chulo, bien vestido y tan erguido como le era posible pero con las pupilas trémulas de pánico.

—¿Qué pasa? —dijo, insolente.

—Quita —replicó Miguel al tiempo que lo apartaba de en medio y avanzaba hacia el fondo del pasillo donde le esperaba el abuelo Alberto paralizado—. Tienes que espabilar, abuelo, porque la cosa se pone fea.

—¿Qué pasa? —gimió el hombre de sesenta y dos años, escuchimizado, en un tono distinto al de su hijo.

Más allá, en el comedor de base romboidal porque el piso se hallaba en pleno chaflán, pasaba el rosario la señora Llusieta hecha un flan.

—La revolución —espetó Miguel—. El poder para el pueblo. El comunismo libertario. Se acabaron la propiedad privada, la burguesía, la República, los curas y la madre que los parió. Basta, señora. También se acabaron las jaculatorias —arrancó el rosario de las manos de la pobre mujer, que exclamó Verge Santíssima—. Ahora mismo, vamos a ir a vuestra empresa de transportes y la vais a colectivizar.

—¿Pero qué estás diciendo? —gritó tío Cándido. Y se atrevió a colgarse de una manga de su cazadora—. ¿Tú te crees que vamos a regalar el negocio familiar a esos hijos de…?

Miguel se volvió y le grabó los cinco dedos en la mejilla fofa en una bofetada que sonó como un disparo. Tío Cándido quedó boquiabierto y alelado. Todos los presentes quedaron boquiabiertos y alelados. Plaf. La señora Llusieta repitió, sin aliento:

—Verge Santíssima.

Miguel Jinete estaba gritando:

—¡Yo no creo nada, imbécil! Yo le digo a tu padre lo que tiene que hacer porque no quiero que lo maten. Y usted, señora Llusieta, deje de repetir eso de Verge Santíssima o la matarán —la pobre mujer se llevó el índice a los labios—. Y no haga eso, no haga ese gesto de reclamar silencio y secreto, porque si la ven creerán que tiene algo que ocultar y la fusilarán —los tres ocupantes del piso contenían la respiración atufados por un silencio espeso. Miguel varió ligeramente el tono para demostrarles que era amigo y solo quería su bien—. Estoy hablando en serio, háganme caso. Así están las cosas. Los anarquistas son los dueños de la calle, han tomado el cuartel de Sant Andreu, que es el mayor arsenal de fusiles y ametralladoras de la ciudad. Dicen que tienen más de treinta mil Máusers, y bombas de mano, y ametralladoras, y pistolas como para armar a toda Cataluña. Y han exterminado a toda la guarnición del cuartel de las Atarazanas, y han quemado todas las iglesias de la ciudad. Son los dueños, son los héroes. Companys, acorralado, ha tenido que cederles el poder. Son los dueños del mundo y solo vale su ley y están dispuestos a matar a todo el que no sea anarquista, obrero y ateo.

Los ojos y la curva de la boca del abuelo Alberto indicaron que el desaliento lo estaba ahogando. Miguel interpretó sus pensamientos:

—¿Qué se sabe de Ernesto?

—Nada.

La palabra cayó entre ellos con todo el peso de la nada.

—Trataré de localizarlo. Si viene por aquí, dígale que se quite la sotana, que tire a la basura todos los crucifijos y misales y que aprenda a cagarse en Dios de vez en cuando —añadió, tranquilizador—: No le pasará nada. Yo me encargo de ello. Si no hace tonterías no le pasará nada. Vámonos, abuelo. Así, sin sombrero ni chaqueta ni corbata, con alpargatas si es posible. La única forma que tienes de conservar tu empresa es regalándola a los sindicalistas, siendo más rojo que los rojos, más anarquista que Bakunin. Porque esto no va a durar mucho, abuelo, créeme, ya lo verás. Esos pelanas no estarán mucho tiempo en el poder y, entonces, recuperarás lo tuyo. Te lo prometo.

Cándido dijo que prefería quedarse en casa, con la señora Llusieta. Miguel se llevó al compungido abuelo Alberto que, al salir a la calle y ver el incendio de la cercana basílica de Sant Josep Oriol, donde se casó mi padre, se detuvo aterrado, como si la realidad fuese un obstáculo insalvable que no le permitía dar ni un paso más. Los revolucionarios habían amontonado en medio de la calzada todos los objetos religiosos combustibles que habían encontrado, libros, ropa, bancos, confesionarios, y habían hecho con ellos una hoguera que se elevaba por encima de las azoteas.

Con un zarpazo, Miguel lo agarró de la manga de la camisa, tiró de él y lo forzó a entrar en el soberbio Buick. Salieron hacia el garaje de la calle Entenza, TRANSPORTES GAVANZA TAXIS, a la velocidad de quien se sabe dueño de la ciudad.

Más tarde, hacia mediodía, Miguel se presentó en casa de mi padre, en Entenza con Gran Vía, y lo sorprendió, a él, a Elena y a Tomasín, comiendo col con patatas y sardinas en escabeche, que era lo único que Elena había podido encontrar en las tiendas de los alrededores.

—¿Hay un poco para mí? —preguntó con aquella sonrisa de medio lado con que pedía excusas por su atrevimiento.

Claro que había para él. Mi padre suponía que su amigo tendría noticias de primera mano y le apetecía confirmar su optimismo. Miguel le tranquilizó contándole lo que habían hecho con su padre en el garaje. Todo había salido bien. Los trabajadores sentían mucho aprecio por don Alberto, que siempre había sido un trabajador como ellos, circulando con el taxi por la ciudad incluso más horas que ellos, y habían aceptado formar el comité de gestión dando a entender que lo consideraban un gesto de complicidad.

Mi padre se alegró y tomó la palabra. Aquella mañana había estado en los Grandes Almacenes El Siglo y se había encontrado con que los habían colectivizado y, de una vocinglera asamblea, resultó un comité obrero de gestión que había decidido inmediatamente que todo el mundo iba a cobrar lo mismo, que se iban a subir los salarios y que reducirían el horario a las cuarenta y ocho horas semanales. Optimista, comentó que estaba convencido de que el golpe de Estado sería un fracaso absoluto.

—Todos los países civilizados se pondrán a favor de la República. Esos cafres no podrán ganar en las grandes ciudades, ni en Madrid, ni en Bilbao, ni en Sevilla, ni en Valencia, y los banqueros se pondrán a favor de la legalidad porque la legalidad supone seguridad y la banca sabe que la inseguridad es mala para la economía. Sin industria y sin el control de la economía, no tienen la menor oportunidad.

En aquella ocasión, Miguel sonrió y no dijo ni que sí ni que no por no contrariar tan buenos augurios. Les contó que, de momento, era un engorro salir a la calle por los controles de seguridad, en su mayoría comandados por cazurros que ni siquiera sabían leer la documentación que pedían. Anunció que pronto se iba a crear un Comité de Defensa Confederal donde se apuntaría su grupo de defensa, «Progreso Hoy», y que de esta manera él mantendría un cierto control de la situación.

—… Contad conmigo para cualquier cosa —dijo. Pero, en seguida, como cobrándose el favor por adelantado, se acodó en la mesa y pidió—: Fueye… Creo que sería conveniente que me

dieras la dirección de tu madre, ¿cómo se llamaba?, Hortensia, la que está casada con aquel Villarroya. Tenemos que buscarles un escondite porque ellos sí corren peligro de verdad.

Mi padre pensó que Miguel era un buen amigo y se enterneció. Le dijo que le gustaría ir con él a ver a su madre, pero después de comer debía regresar a los Grandes Almacenes. No podía exponerse a que lo echaran. Miguel replicó:

—Primero es tu madre. De los Grandes Almacenes ya nos ocuparemos después.

Antes de salir, le hizo las mismas recomendaciones que al abuelo:

—Sin sombrero, ni corbata. Tira todos tus sombreros y corbatas a la basura. Y, si tienes alpargatas, mejor.

Además, se sacó del bolsillo dos libros y los dejó sobre la repisa del perchero de la entrada. La asociación roja, de Bakunin, y Memorias de un revolucionario, de Kropotkin.

—Déjalos ahí —aconsejó—. Por si viene alguien. Que los vean.

Aquella tarde, mientras mi padre iba a salvar a Julián Villarroya y a mi abuela, Elena metió en una caja de cartón tres sombreros, ocho corbatas, un devocionario que le habían regalado cuando hizo la primera comunión, un libro de onomásticas y vidas de santos, y una santa cena que había presidido el comedor, y se subió a la azotea y lo tiró todo por un patio comunal que no correspondía a su piso. La caja hizo un ruido tremendo al estrellarse entre el montón de objetos de los que ya se habían desprendido otros vecinos.

53

Abrió aquella criada arisca, con cofia y delantal almidonados sobre negrura de monja. Miguel la señaló con el dedo índice y le soltó sin preliminares:

—Quítate ese uniforme. Si yo fuera un miliciano anarquista, ya te habría pegado un tiro.

La mujer se quedó paralizada porque Miguel Jinete tenía todo el aspecto de un miliciano anarquista, con aquel pañuelo rojo y negro al cuello. Un hombretón enorme de cabeza enorme y tórax enorme y panza enorme y piernas como columnas, de cabello muy blanco y nariz aguileña, irrumpió entre las pesadas cortinas granates como Zeus entre nubarrones.

—¿Qué pasa aquí? —tronó con energía insólita para los sesenta y pico de años que debía de tener.

Vestía batín de raso brillante sobre la camisa de cuello desbocado y hacía juego con la gran pintura que mostraba a la perversa Salomé y el Bautista decapitado.

—¿Señor Julián Villarroya? —dijo Miguel con suavidad. Y se adelantó a la respuesta—: Venimos como amigos. ¿Está doña Hortensia?

—¿Qué quieren?

—Soy su hijo —murmuró mi padre, tímido.

El hombretón descubrió la presencia de mi padre con una especie de sobresalto. Miguel dio otro paso adelante para interponerse por si se producía alguna reacción inesperada, pero una vocecita femenina dominó la situación:

—¿Fernando? Espera, Julián. ¿Es Fernando?

Apareció la distinguida doña Hortensia con vestido sobrio, largo y cerrado en el cuello, impertérrita aun cuando comprobaba que era Fernando, efectivamente, quien acababa de llegar.

—Soy amigo de su hijo —le notificó Miguel, expeditivo, al tiempo que mostraba sus credenciales—. Inspector jefe de la policía, infiltrado en los grupos anarquistas. Creo que es conveniente que se escondan.

Las pupilas de Julián Villarroya saltaban de Miguel a mi padre y de mi padre a Miguel.

—¿Tan mal están las cosas?

—Esta mañana, en un control, han pillado a un tipo sin documentación. Cuando le han preguntado su nombre, ha dicho que se llamaba Juan Rico. Le han dicho: «En nuestra sociedad, no hay sitio para ricos», y le han pegado un tiro en la cabeza. Dentro de nada, caerán sobre ustedes. Violarán la correspondencia, intervendrán sus teléfonos, aparecerán delatores en todas las escaleras, en todos los barrios.

Julián Villarroya sonrió. A mi padre le pareció que era la sonrisa de un dios que se sabía inmune a la crueldad y la estupidez de los simples humanos. Asintió, sin disimular su desconcierto:

—Estábamos empezando a hacer las maletas. Me han dicho que hay gente que por mil duros nos ayudaría a cruzar la frontera con Francia.

—Si confían en mí, no tendrán que salir de Barcelona y no les costará ni un duro. Solo tendrán que permanecer ocultos unos días, mientras las cosas se tranquilizan.

Villarroya frunció el ceño.

—¿Qué entiende usted por tranquilizarse las cosas?

Miguel respondió, con perfecta naturalidad, algo que contradecía absolutamente el discurso que había soltado mi padre durante la comida:

—Un ejército bien organizado y disciplinado siempre vencerá a una pandilla de desharrapados que no acepta ley ni orden de ninguna clase. Los anarquistas están desplazando a todos los que podrían ser sus aliados naturales: los nacionalistas catalanes, los comunistas, los socialistas están

asustados y les están cediendo el poder, porque ellos son los héroes que nos han salvado y, sobre todo, porque ellos son quienes tienen las armas y están dispuestos a usarlas. Y están actuando como bandoleros contra la gran masa que solo pide seguir viviendo. Se apropian de los pequeños negocios, por modestos que sean, atacan a cualquiera que lleve un símbolo religioso, queman las iglesias donde van a misa las hermanas y las madres de sus propios compañeros. Pronto se van a ganar la enemistad hasta de la madre que los parió —y miró a mi padre como si por fin respondiera sinceramente a su optimismo del almuerzo—: Y ningún país vecino se va a poner de parte de estos locos. Quizá lo harían si esta fuera una guerra contra el fascismo, pero los anarquistas dejan bien claro que se trata de una revolución contra el capitalismo, es la gran revolución anarcosindicalista, y todos los países que nos rodean son capitalistas, y muy capitalistas.

Julián Villarroya sonreía más ampliamente aún, feliz de oír lo que oía, y mi padre pensaba que Miguel estaba muy bien informado, tenía unas intenciones muy precisas y no mostraba sus cartas hasta que no lo consideraba necesario. Había escuchado sus opiniones mientras comían sin molestarse en contradecirle, y seguro que se había informado mucho acerca de las ideas políticas de Julián Villarroya antes de hacer lo que estaba haciendo y decir lo que decía. Probablemente ya conocía el domicilio de Villarroya, y si le había pedido a mi padre que lo acompañara era porque quería que asistiera a lo que estaba presenciando.

—Acaben con sus equipajes, pero que no sean excesivos. Despéinense y ensúciense un poco, y pónganse ropas baratas. Usted, señora, fuera ese peinado y ese maquillaje. Cuando salgamos de aquí, Fernando llevará las maletas y, si alguien pregunta, les estaremos deteniendo para llevarlos a la Comisaría Central de Vía Layetana. Se sentarán en la parte de atrás del coche, donde hay cortinillas.

Todo se realizó como dijo Miguel y con la premura que él impuso. Las cortinillas del Buick eran de seda y enrollables. Miguel iba al volante y mi padre a su lado con el pistolón en las manos bien visible. Julián Villarroya apartaba ligeramente la cortina y atisbaba al exterior haciendo comentarios desvaídos.

—Gentuza. Son una deformación biológica. Un error de la naturaleza. No hay más que verles las caras. Primitivos sin cerebro. Criminales del Barrio Chino. Brutos.

Se encontraron con unas cuantas barricadas y puestos de control, pero las siglas FAI — CNT de la puerta, la pinta de Miguel con el pañuelo rojo y negro al cuello y el pistolón en las manos de mi padre hicieron innecesaria cualquier clase de identificación, ni siquiera explicación alguna. Los milicianos saludaban con el puño en alto, Miguel respondía con idéntico gesto y resultaba que todos eran alegres compañeros en el combate.

En la plaza de Cataluña, mi padre tuvo la oportunidad de ver gran cantidad de caballos muertos a consecuencia del intenso tiroteo del día anterior, y aquel enorme cartel que casi tapaba la fachada del lujoso hotel Colón, en la esquina con el paseo de Gracia: «Incautado por las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña y Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC)».

Pasaban tranvías y taxis con altavoces que difundían cantos revolucionarios. «Arriba, parias de la tierra, en pie famélica legión…» Cruzaron la plaza de la Revolución, entre la Generalitat y el

Ayuntamiento, control tras control, barricada tras barricada, «¡salud compañero!», y puño en alto, «¡viva la CNT!, ¡viva la revolución!», y por la calle de Fernando llegaron a Avinyó. Bajaron hasta el edificio de la Bombonera de la calle d'En Carabassa.

—Ya hemos llegado.

Al bajar del coche, Miguel advirtió:

—Cuidado con los francotiradores. Ahora los pacos ya no son anarquistas sino fascistas, pero hacen igual de daño.

Subieron. Ni siquiera entonces mi padre se dio cuenta de que Miguel Jinete era el dueño del burdel. Como siempre, supuso que era un buen cliente, especialmente mimado por Dulce y Bombón, las propietarias.

—Quiero que cuidéis de estos señores.

—Sean bienvenidos.

El nuevo gobierno aún no había prohibido los prostíbulos y «espectáculos de desnudo» y el matrimonio Villarroya se encontró con un escandaloso panorama de pechos y muslos al aire, y sonrisas lascivas, y ese tedio insolente que suele desprenderse de las putas. Mi padre no perdía de vista a Hortensia, que trataba de disimular un gesto de aprensión.

—Tienen que pasar desapercibidos —ordenó Miguel.

—No te preocupes. A ella la vestiremos de puta madura —dijo Dulce, más dulce, perversa y ofensiva que nunca—, y a él de putero. No será difícil. Y aquí dentro no se necesita más.

Mi padre dijo:

—Bueno, adiós —con la cabeza gacha, la mirada esquiva.

Hortensia le puso la mano en el hombro.

—Fernando.

Se puso ante él, para forzarlo a mirarla. Para mi padre, fue un instante trascendental, el auténtico reencuentro con su madre perdida, olvidada, muerta durante tantos años. En un burdel, con una pistola en el bolsillo y las calles arrasadas por el peligro.

—Gracias —dijo Hortensia.

Le dio un beso en la mejilla derecha mientras le acariciaba la izquierda con una mano suave, muy suave.

—Gracias.

Mi padre tragó saliva, se mordió el labio inferior y salió de la Bombonera con Miguel.

Con su amigo Miguel.

Fueron a los Grandes Almacenes y Miguel Jinete, revestido con la autoridad de sus credenciales policiales, su aspecto, su pistola y sus dotes de mando, habló con representantes del comité de gestión y les recomendó a mi padre:

—Es un buen camarada que ha hecho mucho por la causa —dijo.

El buen amigo Miguel Jinete.

54

Mi abuelo Alberto y tío Cándido estaban en el garaje, los dos vestidos con burdos monos azules, abatidos, ausentes, laxos sobre sendas sillas, contemplando sin ver unas oficinas sin sentido. Su presencia en la empresa solo estaba justificada para impedir que les confiscaran los muebles y la única máquina de escribir que les quedaba, o para atender el teléfono, aunque no se les ocurría quién podría querer hablar con ellos. Todo lo demás había desaparecido ya. Dos de los cuatro camiones que tenían estaban circulando de iglesia en iglesia, cargando objetos de valor para llevarlos quién sabe dónde; los otros dos habían sido utilizados como arietes cargados de explosivos contra uno de los últimos puntos donde resistían soldados rebeldes irreductibles. Bombas rodantes, polvorines que habían forzado puertas para entrar hasta el mismo núcleo del nido de ametralladoras donde se habían convertido en bolas de fuego exterminadoras.

Solo quedaba un coche en el patio, el viejo Studebaker, el primer taxi del abuelo, con el pretexto de que estaba estropeado. En realidad, le habían quitado una pieza y algunos cables, que guardaban mezclados entre otras piezas y otros cables del taller. Solo esperaban que los milicianos no fueran a desguazarlo en nombre de la Divina Acracia.

A mi abuelo ya nadie podría convencerlo de que la prosperidad vendría de la mano de la revolución que sus empleados andaban haciendo por la ciudad.

Por la ventana pudieron ver cómo entraba uno de estos empleados. Era un buen hombre que parecía exhausto bajo el peso del fusil que acarreaba. Llegaba visiblemente compungido. Cruzó el patio, entró en el taller, subió las escaleras que conducían al altillo donde se encontraban los despachos, y lo hizo con tal parsimonia y pesadez que mi abuelo supo de inmediato que traía malas noticias.

—¿Qué pasa?

Mi abuelo y mi tío Cándido en guardia, con un suspiro interrumpido en el pecho.

—Su hijo Ernesto, señor Alberto.

No hizo falta que dijera más. Mi tío Ernesto había cantado misa un año antes y ejercía en una parroquia de Horta. Hablaba de su misión en la tierra, y de su responsabilidad divina, y de su entrega a los demás, con la exaltación de un santo, como si tuviera comunicación directa con Dios. Y, a veces, ese Dios era severo y exigente hasta la temeridad. Una vez, Elena había preguntado a mi padre: «¿Tú crees que Ernesto se flagela, o lleva cilicio, o esos autocastigos que se dice que se hacen?». A mi padre le habría gustado decir que no, que era imposible, pero lo cierto es que no tuvo respuesta.

Nadie supo cómo sucedió, pero no era difícil imaginárselo ante el altar, poniéndose entre los milicianos sacrílegos y la custodia o el copón. Tal vez incluso vestido con casulla para decir misa. Al fin y al cabo, el día 20 había sido domingo. Había que decir misa. Tal vez él la dijo. Quizá fue lo último que hizo.

Lo fusilaron. Su cuerpo tenía incrustadas seis balas de distintos fusiles.

No pudieron enterrarlo. No era prudente realizar la ceremonia del sepelio de un sacerdote en aquella Barcelona. Podían verte. Podían señalarte con el dedo.

Mi abuelo Alberto se hizo un poco más pequeño. A mi tío Cándido, en cambio, la furia lo hizo crecerse y enfrentarse con mi padre.

—¡Esto lo han hecho tus amigos los anarquistas!

—¿Y tú qué decías? —le pregunté a mi padre—. ¿No sentiste la rabia de la venganza? ¿No te pusiste a favor de los sublevados de Franco, que querían acabar con todo aquello? ¿No te cagaste de una vez por todas y para siempre en la revolución?

Mi padre no sabía qué responder. En su gesto medroso e indeciso yo imaginaba la actitud de estupor con que mi abuelo, que en paz descanse, iba encajando todos los reveses de su vida.

Esto sucedía en una sobremesa de café y coñac con Víctor y mi madre, un día después de la muerte de Franco, probablemente en la última cena con Víctor antes de que este regresara al pueblo con su familia.

Con la vista fija en la copa, abatido por el alcohol y los recuerdos, empezó diciendo:

—Lo malo del anarquismo es que basa su teoría en el principio de que todo el mundo es bueno. De esta manera, no sabe diferenciar a la gentuza que se cuela en sus filas y se apropia de sus ideales y los prostituye. Porque eran gentuza… —se interrumpió y, a continuación, añadió—: Porque eran gentuza los que mataron a mi tío Ernesto. Y eran gentuza los que aquel día se metieron en el piso de la señora Llusieta…

Fruncí el ceño y miré a Víctor, que se limitó a responderme con un ademán que se podía interpretar como «Calla y escucha, la vida es mucho más cruel de lo que te imaginas».

El abuelo Alberto y tío Cándido se sobresaltaron al oír un estruendo sorprendente en el piso de arriba. Gritos de la señora Llusieta, muebles que se arrastraban, cacharros que se rompían. Verge Santíssima, Verge Santíssima.

Cuando salieron a la escalera, se encontraron con unos cuantos milicianos y guardias de asalto que se volvieron hacia ellos con brusquedad. Todos tenían armas en la mano. Pistolas y fusiles. En un momento, el abuelo y Cándido pudieron ver que, desde el quinto piso, donde vivía la señora Llusieta, iban arrojando por el hueco de la escalera imágenes de santos, de yeso y policromadas, que se hacían añicos en el zaguán de la casa. Y siguieron un crucifijo, y la clásica santa cena, y muebles, cualquier cosa. Y, de repente, un Verge Santíssima muy agudo, el último, un chillido desolador, y la señora Llusieta cayó por las escaleras, de bruces, resbalando como por un tobogán, con la cabeza por delante golpeando en cada uno de los peldaños, clac, clac, clac, clac, hasta quedar aovillada en el rellano, a los pies de uno de los milicianos que exclamó con un golpe de risa:

—¡Menuda hostia se ha pegado la vieja!

Otro explicó, ceñudo y para convencer al mundo de la justicia y bondad de sus actos:

—Estaba en una lista de santurrones que viajaron a Lourdes a ver milagros, la hija de puta.

Muy violento, el guardia de asalto que estaba más cerca se enfrentó al abuelo Alberto:

—¿Y tú qué miras, con esa cara?

El guardia llevaba la guerrera del uniforme desabrochada, mostrando la camiseta, y la gorra hacia atrás, y un cigarrillo le colgaba de los labios. Y apareció otro en la escalera:

—¡La vieja nos ha dicho que este tío tiene un hijo cura!

Y el abuelo, destrozado, disfrazó el terror con una mueca de asco y dijo:

—Qué hija de puta. Cualquier cosa con tal de perjudicarnos, la bruja. ¿Y no te ha dicho también que, desde que mi hijo cantó misa y se dedicó a bendecir a meapilas como ella, no ha vuelto a poner los pies en esta casa? ¿Quién dijo que el hombre es siempre la víctima y el sacerdote su divino verdugo? ¿Y que los cuervos consagrados de la iglesia siempre llevan en su corazón algo de cruel y de sanguinario? ¿Fue Bakunin? Los curas me dan asco, ¿verdad, Cándido?

—Verdad —dijo tío Cándido.

El guardia de asalto, que no había leído nada de Bakunin, dudó un instante, se quitó el cigarrillo de los labios, escupió una hebra al suelo y murmuró:

—De todas formas, mirad cómo está, que me parece que la vieja se ha hecho daño. Salud, camaradas —levantaba el puño y empezaba a volverse para empezar a bajar las escaleras, cuando una nueva idea lo detuvo y le arrugó el ceño—: ¿Pagáis alquiler? ¿Esta casa es de alquiler?

—Sí —reconoció el abuelo—. Es de alquiler.

—¿Pagáis alquiler? —y, sin esperar respuesta—: ¡No paguéis el alquiler! ¡No hay que pagar el alquiler! ¡Si tú vives en esta casa, la casa es tuya! ¡Basta ya de explotación!

—Basta de explotación —concedió el abuelo al mismo tiempo que levantaba el puño para despedir a los invasores—, basta de explotación, sí, señor.

—¡Sí, camarada! ¡Los señores ya no existen! ¡Sí, camarada!

—Sí, camarada.

Los hombres armados desaparecieron escaleras abajo.

—… La señora Llusieta estaba muerta, claro —suspiraba mi padre cuarenta años después—. Probablemente no quisieron matarla, pero ella se murió. Diciendo Verge Santíssima.

—¿Y el odio? —insistí yo—. Te enteraste de eso y… ¿y cómo te quedaste? ¿Quieres decirme que no te asaltó ningún ansia de venganza?

Mi padre respondió sin levantar la vista. Supongo que yo trataba de avergonzarlo, y lo estaba consiguiendo.

—… Nunca había simpatizado mucho con los anarquistas. Ni siquiera cuando íbamos al Centro Libertario a ver a Juliol. Esa teoría de destruir para construir. Me daban miedo. Me gustaba cuando Aurorita discutía con Juliol y le decía cosas que yo habría querido decir y me callaba. Escuchaba y callaba, y supongo que solo me quedaba con la parte del discurso que me gustaba oír. Pero me daban miedo. Veía a los anarquistas como a un felino muy maltratado, humillado, herido, vencido y olvidado en un rincón. Cuando entraba allí, era como si me metiera en la jaula con la sensación de que podía despertarse de un momento a otro, con todas sus fuerzas y todo su rencor, para vengarse de todos nosotros.

»Venganza. Si crees que yo debería sentir ansias de venganza contra los asesinos de mi tío Ernesto o de la señora Llusieta, también podrás entender que los obreros embrutecidos, porque a los patronos les había interesado que se mantuvieran embrutecidos, quisieran vengarse igualmente de quienes los habían obligado a vivir en la miseria durante décadas sin permitirles salir de ella jamás. Ellos se vengaban de manera ciega e indiscriminada de quienes los habían explotado, y yo debería vengarme por sus crímenes. A veces parece que la historia no es más que una serie de agravios y venganzas encadenadas.

»No volví al Centro Libertario ni volví a ver a Juliol. Pero tampoco deseé el triunfo del fascismo franquista, porque ya suponía lo que eso significaba.

»… Tu abuelo Alberto, en cambio, y tu tío Cándido, sí. Desde aquel día se pusieron rotundamente contra la República y a favor de las tropas golpistas. Y la señora Llusieta, si hubiera sobrevivido, también habría sido partidaria de Franco. Cada nueva agresión de las patrullas de control o de los incontrolados iba aumentando el número de ciudadanos que ansiaba la victoria de los militares. Las viejas beatas que habían visto morir a su párroco y que pensaban que nunca más podrían ir a misa, que tal vez eso las condenara al infierno; los comerciantes y empresarios que creían que nunca más iban a recuperar sus propiedades incautadas; los nacionalistas que se veían tildados de fascistas…

»Tu tío Cándido sí que se encendió con la fiebre de la venganza. Era como una bomba de odio a

punto de explotar. Cuando me fui a reunir con el abuelo para acompañarlo en el sentimiento de la muerte de tío Ermesto, Cándido se me vino encima echando llamaradas por los ojos y mostrándome los colmillos como si me quisiera morder. Me agarró por las solapas y me zarandeó: "¡Esto lo han hecho tus amigos los anarquistas! ¡Ese Víctor y sus hermanos Luys que tienen un bar de putas en el Barrio Chino! ¡Ellos han matado a mi hermano y han arruinado a tu padre! ¡Ellos están buscando la ruina de todos nosotros!".

»Lo agarró el abuelo, para que no me hiciera daño. "Quieto, Cándido, tu hermano no es anarquista, te prohíbo que digas estos disparates", como si le recriminara la peor de las ofensas.

55

—Y, a todo esto —pregunté—, ¿qué era de Juliol?

Víctor me miró y esbozó una sonrisa triste y nostálgica. «Juliol…»

—Recuerdo —respondió— que esta misma pregunta me la hizo Miguel un día de diciembre, cuando salíamos de la casa Cambó, junto a la catedral, donde se había instalado el Comité Regional de la CNT y de la FAI. Un día importante, aquel.

Mi padre no volvió a pisar el Centro Libertario del Poblenou, pero Víctor sí lo había hecho. Nunca olvidaría la educación que le había dado aquel viejo ácrata gruñón.

¿Qué era de él?

Sus sueños se habían hecho realidad y le costaba asimilarlo. Vivía estupefacto, desconcertado, y desconfiaba de tanta felicidad. Con una pistola al cinto, salió del bar y del centro, donde siempre lo habían visto, y se paseaba de barricada en barricada, de control en control, dando conferencias interminables e insoportables sobre Marx, Bakunin, Kropotkin y Stalin que nadie escuchaba. Tenía ya 62 años, estaba alcoholizado y torpe. No se quitaba de la cabeza que, durante la Revolución rusa, los anarquistas habían sido exterminados, acusados de ser pequeñoburgueses y antirrevolucionarios, y no paraba de repetir que a ellos también acabarían dándoles por el culo.

—… No basta con matar a todos los fascistas —decía, como quien habla solo—, ahora hay que ir a por los comunistas antes de que los comunistas vengan a por nosotros…

—Siempre ha sido clarividente —murmuró Miguel—. ¿Todavía habla de aquel arsenal escondido en el cementerio?

—El famoso cargamento de dinamita —confirmó Víctor, sonriendo condescendiente—. El camión convertido en una bomba inmensa que, al estallar, hundirá el palacio de la Generalitat. Y los conductores de carros blindados que irán directamente a la plaza de la Revolución, y los artilleros de las baterías antiaéreas de Montjuïc que dispararán sobre la ciudad. Esas son sus

fantasías y su tema de conversación preferido. La otra noche organizó una incursión en el puerto para hacerse con las armas de los oficiales de unos barcos que tiene allí la Transmediterránea. El Uruguay, el Argentina y no sé qué otro. Se llevaron muchas pistolas, ciento cincuenta fusiles Máuser, municiones, incluso dinamita encontraron… Al día siguiente, vinieron los guardias de asalto por el Centro Libertario, y aquel policía viejo y gordo, ¿cómo se llama?, Arredondo. Lo registraron todo y no encontraron nada. Ya te puedes imaginar dónde está.

Vivían como si no hubiera una guerra a pocos kilómetros, como si ni siquiera se hubiera producido la revolución. La guerra, para la ciudad de Barcelona, había terminado el día en que salió por la avenida del 14 de julio, allá, el último vehículo de la bulliciosa columna Durruti camino del frente de Aragón. Autocares, autobuses, camiones, coches particulares, todos con el distintivo de la CNT y el de la FAI y el del POUM, llenos de luchadores y luchadoras cargados de fusiles e ilusión. La guerra estaba lejos, en otro país, en otro mundo en que triunfaban los militares cazurros y fascistas del saludo a la romana.

Y la revolución ya había pasado, ya había sido instaurado un nuevo orden, de manera que la siguiente consigna era que había que vivir una vida normal. Las hogueras de libros y muebles procedentes de las bibliotecas del museo diocesano o del seminario ya se habían apagado. Ya no se quemaban iglesias porque ya no había iglesias; todas habían sido reconvertidas en comercios, depósitos de coches, corrales para el ganado, cines, teatros, refugios para pernoctar. Los periódicos ya no aseguraban que «las bibliotecas fuesen almacenes de pensamiento burgués, montones de basura, legajos de mentiras», ni aconsejaban «hay que seguir quemando hasta el último documento de propiedad o privilegio». Radio Barcelona ya no animaba a los milicianos a quemar iglesias «aunque fueran monumentos artísticos». Ya nadie gritaba «¡hay que destruir!», porque ya estaba destruido todo aquello que representaba la barbarie, la incivilización, e incluso un peligro constante para la existencia de la clase obrera. Durruti había dicho: «Hemos de crear un mundo nuevo, diferente del que estamos destruyendo», bueno, pues ya estaba destruido, y Durruti ya había luchado en Aragón y luego en Madrid, donde había tenido una muerte heroica. Y las tiendas, los bares, los coches particulares, los tranvías, los taxis y hasta los limpiabotas habían sido colectivizados.

Había llegado al fin el momento de construir y todo el mundo pensaba que los gobernantes se iban a poner a la tarea de un momento a otro.

Para empezar, en septiembre, los niños habían regresado a las escuelas (laicas y mixtas, claro está), y las industrias ya funcionaban a pleno rendimiento, se jugaba la liga catalana de fútbol, se asistía a los combates de boxeo de Safont y de Llovera y se podía ir al cine a ver Tiempos modernos, de Charlot; o Sombrero de copa, de Fred Astaire y Ginger Rogers; o La llave de cristal, de George Raft; o las aventuras de Charlie Chan; o, en el teatro, Ay, mamá Inés. «Ay, mamá Inés; ay, mamá Inés, todos los negros tomamos café.»

Y Teresa y Víctor habían tenido un hermoso hijo al que habían puesto el nombre de Javier y que era una promesa de futuro risueño y vital. El nacimiento de un niño es lo contrario de la guerra. Borra la presencia de la guerra porque son incompatibles.

Aquel día de diciembre, cuando Víctor y Miguel salieron de «Can CNT» a Vía Layetana, convertida en Vía Durruti, iban hablando de Juliol. Esperaron a que pasara un autobús de dos

pisos con el distintivo CNT — FAI y dos patrulleros de control en poderosas motos y, al llegar a la otra acera, Miguel se detuvo, se volvió e indicó a su amigo que hiciera lo mismo. Se vieron enfrentados a una majestuosa fachada neoclásica, donde siempre había estado el Fomento del Trabajo, que ahora estaba oculta a medias por una pancarta mal escrita: «COMITÉ REGIONAL CNT — FAI Casa del Pueblo».

—¿Tú sabes lo que hay ahí dentro?

Víctor no supo qué responder. Acababan de salir de allí. Habían estado en unas oficinas bulliciosas donde se amontonaban papeles y más papeles y donde los habían orientado sobre el lugar donde podían encontrar a la camarada Carmen Brondo. Miguel despejó la duda:

—Ahí está lo que llaman Comisión de Investigación, una especie de policía obrera. La auténtica policía que está funcionando hoy día en Barcelona. A las órdenes de un tío de la FAI, una mala bestia que se llama Escorza del Val. Él es el que decide quién tiene que ir a los sótanos del convento de San Elías, y el que da las órdenes para que se peguen tiros en la nuca, y él dice a quién y dónde, y si tienen que dejarlos tirados en la carretera de l'Arrabassada, o en Horta, o en Casa Antúnez o en Riera de Vallcarca. Entretanto, la otra policía, la que está un poco más arriba, la auténtica, tiene que mantener las manos en los bolsillos y quedarse calladita y soportándole los caprichos.

Mientras hablaba, había echado a caminar. Recorrieron la avenida de la Catedral y pasaron frente al templo, uno de los pocos que había permanecido intacto, quién sabe debido a qué sentimiento supersticioso. Había carteles policromados que idealizaban el 19 de julio. «19 de julio de 1936. Siempre/ nuestro común objetivo será aplastar al fascismo», «19 de julio de 1936, más convencidos que nunca del triunfo de la Libertad Integral. CNT — FAI», decorados con muchas hoces, martillos y estrellas de cinco puntas.

—… Cuando empezó todo esto —continuaba Miguel—, la CNT y las Juventudes Libertarias tenían unas consignas muy claras. Había que colaborar con todos los antifascistas, fueran de la tendencia que fueran, porque lo principal era aplastar a los fascistas. ¿Crees que los de la FAI respetan estas reglas del juego? Ahora el poder está en manos de los milicianos y de las patrullas de control y de la FAI, y es evidente que tratan de anular políticamente a la Generalitat…

Uno de los carteles de la pared mostraba a un simio con una cruz colgando del cuello y en taimada posición acechante. «La bestia acecha: cuidado al hablar.»

—… De momento, Companys se mantiene perplejo, paralizado, incapaz de reaccionar, pero ¿cuánto tiempo crees que tendrá que pasar antes de que la otra policía, la auténtica, se decida a pasar a la acción y tomar el mando y decir basta ya? Con el gobierno que acaba de subir ahora, el nuevo comisario jefe de Orden Público es un comunista.

Llegaron por Portaferrissa hasta las Ramblas, donde unos altavoces colgados de los árboles difundían una y otra vez unos coros muy enérgicos que cantaban La Internacional. Era la canción de moda. Resultaba imposible ir a alguna parte donde no sonara La Internacional. Incluso en los noticiarios del cine había que oír La Internacional como música de fondo de los reportajes del movimiento revolucionario editados por la Oficina de Información y Propaganda de la CNT — FAI.

Recordaba mi padre malamente una canción que también se escuchaba mucho aquellos días: «Viva la FAI y la CNT, luchemos muchachos… no sé qué decía… contra el requeté!». Víctor se la cantaba:

—Viva la FAI y la CNT/ luchemos hermanos/ contra los tiranos/ y los requetés.

Por las callejas del Barrio Chino, tuvieron la oportunidad de ver en medio de la acera un desvencijado confesionario donde alguien había colgado el letrero que anunciaba: «Meadero». Llegaron a una de las viejas iglesias góticas del barrio. Cruzaron una verja para entrar en un patio de tierra apisonada donde jugaba un enjambre de críos. Era la hora del recreo de la escuela que habían montado en el edificio anexo al templo, donde antes estaba la sacristía. Envueltos en gruesos abrigos, tocados con gorras y gorros de lana, unos niños jugaban a las cuatro esquinas, otros pegaban puntapiés a una pelota de trapo, los más pequeños iban de un lado para otro, persiguiéndose o empujándose, o berreando, o sorbiéndose los mocos.

El interior de la iglesia era negro como una gruta de carbón, y servía de siniestro decorado para una hilera de diez o doce ataúdes con sus correspondientes cadáveres momificados. Cuencas vacías y dientes al descubierto y manos secas y agarrotadas sobre el pecho, una exhibición impúdica de la muerte en su faceta más estremecedora. Esa era otra de las aficiones de los barceloneses: quemar conventos y abrir sus cementerios secretos para sacar las momias a la luz. Inevitablemente, Víctor y Miguel recordaron el momento en que se habían conocido, cuando eran niños como los que correteaban por el patio. Miguel se ponía una calavera junto a la mejilla para que Víctor comparase su cara viva con la cara muerta.

—¡Pasad y ved, camaradas! —gritaba un borracho sacrílego de rostro violeta y ojos encendidos y perdidos, ataviado con una casulla y un roquete—. Pasad y ved a las monjas torturadas, a las monjas enterradas con sus hijos, a las monjas retorcidas de dolor, enterradas vivas…

—¡Deja en paz a mis niños, Comecuras! —le gritó Carmen Brondo.

—¡No tengas miedo, que estos niños no se van a hacer curas ni monjas en su vida! ¡No se acercarán a una iglesia ni hartos de vino!

—¡No te acerques a mis niños, Comecuras!

Carmen estaba agachada, atendiendo a un niño que hipaba poseído por un llanto desconsolado que le impedía hablar.

—Bueno, bueno —le decía ella—. No es nada.

Miguel apartó de un empellón al borracho Comecuras y se dirigió a un miliciano que fumaba un cigarrillo un poco más allá. Le preguntó por el comandante del puesto y el tipo le indicó la antigua sacristía. Mientras él iba en aquella dirección para pedir que le permitieran llevarse a Carmen, Víctor se acercó a la chica, que se había puesto en pie y le esperaba. Se cubría con un pesado chaquetón de lana caqui, ceñido en el cuello por una bufanda negra, y pantalones de pana marrón y botas como un miliciano. Fumaba y, al expeler el humo, fruncía los labios y los ojos con un gesto de concentración que a Víctor le parecía sumamente erótico. Tenía el pelo recogido

atrás y las mejillas coloradas por el frío. Se plantó ante ella y se miraron, y pasó un largo instante vacío durante el cual no sabían quiénes eran ni qué querían ni qué sentían. Entre ellos, la sombra de Teresa, tan inoportuna, sufriendo en silencio y cuidando del niño. Víctor se contuvo para no comerle los labios. Los dos respiraban profunda y acompasadamente, como fieras en reposo.

—Me ha costado mucho encontrarte —se lamentó Víctor al fin.

Ella suspiró. Miró de reojo hacia donde se había ido Miguel y sopló el humo.

—¿Y tu mujer? ¿Qué tal? ¿Bien?

—Carmen.

—¿Y el niño?

—Carmen.

—¿Qué quiere de nosotros ese tío?

—Carmen. Es Miguel, mi amigo. Solo quiere ayudarnos.

—Vaya. Qué suerte tenemos.

—¿Qué haces aquí?

—Cuido a estos críos. Hijos de soldados que se están matando en Aragón, o de mujeres que se han metido a putas o están asaltando panaderías colectivizadas para darles de comer. ¿No has leído los periódicos? Estamos en guerra y estamos en crisis. Yo soy la guardiana de la crisis.

—Te veo amargada.

—Tanto tiempo esperando que llegara la revolución y resulta que es esto. Saquearon el oro y la plata de las iglesias con la excusa de comprar armamento, pero en seguida resultó que tenían más armamento del que necesitaban, y el botín ha desaparecido. Oro, plata, obras de arte, ¿dónde están? Busca en el almacén que hay en Poblenou frente al Ateneo Colón, donde funden oro y fabrican lingotes y pregunta dónde van a parar esos lingotes. Pregúntaselo a Manolo, el jefe del Comité de Investigación de la CNT — FAI, y al jefe de las patrullas de control, y al delegado del cuartel de San Elías. O, sin ir tan lejos, busca a ese grupo de cenetistas y faieros que asaltan joyerías y el otro día se metieron en una taberna de la calle Aragón, se bebieron todo lo que pudieron y, al final, le pegaron fuego para divertirse. Viva la revolución. Destruir para construir.

Salió Miguel.

—Hola, Carmen. ¿Vamos?

Ella no se movió.

—¿Dónde vamos?

—A comer con Fueye. Os invito. Tengo que hablar con vosotros.

Ella quería replicar con insolencia pero Víctor la interrumpió agarrándola por el codo.

—Vamos, Carmen. Hace tiempo que no nos vemos. Cuando hemos pasado a buscarte por tu piso, he visto al niño. Está muy hermoso.

—¿Doll os ha dicho que estaba aquí?

—No, Doll nos ha dicho que no sabía nada. Miguel ha movido influencias en el comité regional de la CNT.

Ya cruzaban la verja y salían a la acera cuando Víctor distinguió, entre las momias de color de óxido, la efigie de una Virgen María con los labios pintados de un rojo intenso y los ojos de un negro emputecedor, disfrazada con montera y chaquetilla de torero.

Caminaron hasta la calle Pelayo, donde recogieron a mi padre, que ya los esperaba a la puerta de los Grandes Almacenes Colectivizados. Había avisado a Elena de que aquel día no iría a comer a casa. «Dice Miguel que me invita a comer», «¿Y qué te quiere?», «Ya te contaré». La relación con Miguel, aunque fuera un gran amigo, siempre daba un poco de grima. Cruzaron hacia la cercana calle Bergara para meterse en el restaurante Agustí.

Lo habían inaugurado el 4 de julio de aquel año; quince días después, la CNT lo había incautado y en septiembre ya lo habían devuelto a los dueños porque no sabían cómo administrarlo. Ahora era uno de los restaurantes que mejor funcionaba en la ciudad, aunque estaba atendido por camareros que no vestían como tales, que no toleraban que los llamaran con un silbido o dando palmas y que trataban a todo el mundo de tú por el aquel de la revolución. Pero el local acababa de abrir y ofrecía un ambiente acogedor con una densa niebla de cigarrillos, olor a humanidad y vozarrones estentóreos.

De momento, no se quitaron las chaquetas ni los jerséis porque la estufa de leña que había en el centro no parecía suficiente para caldear el establecimiento. Progresivamente, se fueron impregnando del calor humano y terminaron en mangas de camisa. Mi padre, Carmen, Víctor y Miguel. Tenían el aspecto de tres esforzados obreros en su hora de descanso recibiendo consignas del comisario político Miguel Jinete, tan desenvuelto y firme que daba miedo.

Pidieron todos lo mismo, arroz a la cubana con su platanito y bacalao a la llauna, porque tanto Miguel como el dueño del restaurante todavía se lo podían permitir, aun a pesar de la crisis. Y vino, ah, sí, el vino que no falte.

—Oye, ¿tú a qué te dedicas? —preguntó Carmen a Miguel, a bocajarro—. ¿Eres poli? —Miguel le respondió con una sonrisa de suficiencia, pero ella insistió—: Por lo que sé, un día dejaste de barrer el puerto y dijiste que te ibas a acercar a la poli. De repente parece que eres el alcalde.

Miguel mantuvo su rictus inexpresivo y se dirigió a sus dos amigos. Nada en su rostro hacía pensar que se arrepintiera de haber invitado a Carmen.

—Os he reunido porque esto va para largo —dijo—. Este golpe de Estado y esta guerra son un

gran fracaso, una gran chapuza. Todos se creen que son el ombligo del mundo. Los militares estaban convencidos de que, cuando pegaran el zapatazo en el suelo, todo el mundo iba a levantar la mano y a decir Heil Franco, y se han encontrado con más resistencia de la que imaginaban, que no es tan fácil como pensaban…

—O no —intervino Carmen, al tiempo que expulsaba el humo del cigarrillo—. O a ellos ya les conviene que vaya para largo. Lo hacen durar porque, cuanto más larga sea la guerra, más rojos matarán. Probablemente Franco está calculando que esta sea una guerra de exterminio.

Víctor asintió y mi padre también se mostró de acuerdo con aquellas palabras. Carmen intimidaba a mi padre casi tanto como Miguel, pero admiraba su inteligencia.

—Lo que sea —la cortó Miguel—, pero va a durar mucho tiempo. Y, entretanto, los anarquistas viven convencidos de que son la mayoría, de que hablan en nombre de la mayoría, porque todavía recuerdan aquellas multitudes abrumadoras que se congregaron en el entierro de Layret o del Noi del Sucre. No se quieren enterar de que esas muchedumbres indignadas no estaban formadas únicamente por militantes de la CNT o de la FAI. Y están solos, y cada vez estarán más solos. Con esto quiero decir que vamos de cabeza al desastre, y me parece que es conveniente que os protejáis.

—¿Y quién nos va a proteger? —se insolentaba Carmen—. ¿Tú?

—Yo os voy a dar unos consejos —le replicó Miguel, al borde de la paciencia—. El que quiera seguirlos, que los siga, y el que no, que haga lo que quiera. Tú, Fueye… —señaló a mi padre—, y tú, Víctor, deberíais alistaros.

Mi padre se echó hacia atrás, buscando el apoyo del respaldo de la silla.

—¿Alistarnos? ¿A mi edad?

—Tarde o temprano te van a reclutar, Fueyito —sentenció Miguel—. En el frente van cayendo como moscas. Necesitan personal. ¿Cuántos años tienes? ¿Treinta y seis? Te reclutarán. Como ha dicho Carmen, los franquistas van a una guerra de exterminio y cada vez habrá que alistar a quintas más jóvenes y mayores, y tú eres de los mayores. Si te alistas ahora, podrás elegir tu destino. Puedes alegar que estás casado, que tienes un hijo, una familia. Sabes conducir. Si te apuntas al cuerpo de tren, podré echarte una mano para que no te envíen al frente. Dispondrás de un vehículo para venir a ver a Elena y al niño cuando quieras. Y, si hace falta, para largarte a Francia cuando las cosas se pongan feas.

—¿Tan feas crees que se van a poner?

—Siempre he calculado la perspectiva peor y, de esta manera, he estado siempre en el ruedo y nunca me ha pillado el toro. Tú hazme caso. Y a ti te digo lo mismo, Víctor. Exactamente lo mismo.

—¿Y a mí qué me vas a aconsejar, Miguel? —lo desafió Carmen.

—Que te escondas. Por lo que sé, te has significado mucho entre los de la FAI, y no siempre para

bien. De momento, te respetan porque estuviste construyendo barricadas con los de la Federación de Barricadas del cuartel Bakunin, e incluso pegando tiros, pero me han dicho que hay algún mandamás que te la tiene jurada.

—Un desgraciado.

—Que te pegó una hostia en público.

—Casi le arranco los ojos.

—Y tuviste que irte de la Federación de Barricadas. El culo te huele a pólvora, Carmen. Si no te mata un cenetista un día de estos, te matarán los comunistas cuando se les acaben de hinchar los huevos. Yo te propongo que te escondas con tu hijo. Que desaparezcas.

—¿Dónde? ¿En la Bombonera? ¿Y de paso hago de puta?

Víctor tuvo miedo de que Miguel dijera «no sería la primera vez» o algo por el estilo. Pero no lo dijo. Replicó:

—En mi casa del Poblenou, en la calle de la Vía, la vieja carbonería. Allí nadie te irá a buscar. Ni a ti ni a Eduardito.

Carmen frunció los labios y los ojos.

—¿Tú qué eres? ¿Policía? ¿Inspector? ¿Comisario? ¿Miliciano? ¿Anarquista? ¿Comunista? ¿Franquista?

—Estoy de tu lado.

—Lo dudo.

Intervino Víctor, un poco nervioso:

—Estamos en el mismo bando, Carmen —en el tono de «¿cómo puedes dudarlo?»—, y te está salvando la vida.

—No me digas.

Víctor puso su mano sobre la mano de la chica:

—Escúchalo, Carmen. Creo que tiene razón. Tienes un hijo. No hagas locuras.

Carmen calló. Bebió vino. Calló un poco más, con los seis ojos de sus amigos clavados en ella. Terminó diciendo:

—Y Dolores. Doll. Ella cuida del niño. Es una segunda madre para él.

—Bueno, pues la Caraqueso también. ¿Qué dices tú, Fueye?

Mi padre, achantado como siempre:

—Hombre… Yo quería pasar las Navidades en casa…

Se sintió ridículo cuando Miguel le soltó:

—¿Pasar las Navidades? ¿Pero qué dices? ¿Estás loco? La Navidad no existe, Fueye. ¡Te pegarían un tiro en la nuca si te pillaran montando el belén!

56

Miguel Jinete limpió a conciencia el primer piso de aquella casa oculta en un callejón sin salida de Poblenou, compró unos muebles y arregló la instalación eléctrica.

Abajo, la puerta de la carbonería, con la persiana metálica echada, era un rincón inhóspito donde los torbellinos creados por el paso de los trenes arremolinaban basura y donde iban a morir los perros. La puerta de acceso a la vivienda parecía no haber sido utilizada en años porque Miguel se había entretenido en ensuciar la cerradura de manera que pareciera vieja, oxidada e inservible.

En lo alto de la escalera de doce peldaños, después de tanto abandono, el contraste resultaba desconcertante. Una estufa, dos camas, la cuna, la cómoda, la mesa de comedor, las sillas y dos sillones usados pero de apariencia confortable. Y un flamante aparato de radio en lugar preferente. Se veía el esfuerzo de un hombre torpe pero bienintencionado para hacer habitable lo que siempre había sido cavernoso. Se respiraba todavía la mugre que los abuelos de Miguel habían permitido que se acumulara durante toda su vida, pero Carmen pensó —pensó, que no dijo— que, si abría las ventanas y aireaba un poco el ambiente, el hedor se iría en seguida.

La cocina era un poco más precaria, en el fondo más oscuro de la vivienda, negra y de techo bajo, pero la alacena estaba llena de conservas y embutidos, un tesoro de valor incalculable en aquellos tiempos de crisis.

—Tendrás todo lo que necesites —dijo Miguel—. Cuando haga buen tiempo, podrás subir a la azotea y ducharte con agua de lluvia.

Procuraba no mirarla a la cara, como si temiera que de los ojos de Carmen hubiera de salir una luz cegadora. Ella apretaba los labios y fumaba. Doll la Caraqueso cargaba con el niño.

—Yo vendré, de vez en cuando, por si te falta algo —dijo Miguel.

Le dio las llaves y salió a la calle para ir al bar Luys donde le estaban esperando.

Luego a Carmen se le llenarían los ojos de lágrimas, y se abrazaría a Víctor, y le susurraría el oído:

—Viene a por mí. Me quiere joder.

—¿Pero qué dices? —protestaría Víctor.

—Siempre ha querido joder conmigo.

—¡Por favor, Carmen! ¡Es mi amigo!

—No es amigo de nadie.

—¡Que te calles! Somos hermanos, hemos crecido juntos…

—¿Y qué? ¿Por eso supones que se tiene que comportar igual que tú?

Carmen no asistió a la cena de despedida porque allí iba a estar Teresa, y Elena, y Tomasín, y mi abuelo.

De vez en cuando, en el bar Luys daban fiesta a las putas para que camparan por su cuenta en la calle, o para que descansaran un día en sus casas, y hacían como si fuera un establecimiento familiar de un barrio decente. Juntaban las mesas, las mujeres cocinaban arriba, en el piso de Víctor, y organizaban la gran comilona con esposas y niños. Mi padre, y el abuelo Alberto de la triste figura, de luto desde la muerte de su hijo Ernesto y la señora Llusieta; y Elena, y Tomasín, y Víctor, y su Teresa de ojos grandes e incautos, madraza del Javier recién nacido, que reía y pataleaba en su cochecito, y Fráter y Teri Luys, con sus respectivas y niños. Y Miguel Jinete en el extremo de la mesa, ufano como un emperador.

Brindaron para desear suerte a mi padre, que se había alistado según el consejo de su amigo del alma. Era domingo, 11 de enero, y al día siguiente se incorporaría al cuerpo de tren. Ya le habían dicho que iba a tener un camión a su cargo para el reparto del correo por alguna zona de Cataluña, un trabajo seguro, de retaguardia, que le permitiría pasar los domingos en casa. Mi padre levantaba el vaso y sonreía a Miguel con gratitud, y Miguel levantaba su vaso con la mirada tierna y distante del modesto benefactor todopoderoso.

—Yo también me voy —anunció Víctor por sorpresa, después de exhalar un profundo suspiro.

La afirmación provocó la sorpresa de todos los presentes y el sobresalto disimulado de Teresa. Mi padre y Miguel habían invitado a Víctor a ir con ellos a las oficinas de reclutamiento del cuartel de Vorochiloff, pero él había declinado la oferta porque, según decía, se lo estaba pensando. Sabían que asistía a cursillos sobre primeros auxilios que organizaba la Cruz Roja y cosas por el estilo. De ahí la extrañeza general.

—Yo también me voy.

—¿Ah, sí?

—¿Dónde?

—Pero yo me voy a pegar tiros.

—¿A pegar tiros?

—Al frente de Aragón.

Mi padre miró a Teresa, y supuso que todos estaban haciendo como él. La vio pálida y, más que desconcertada, aterrorizada. Con ojeras oscuras. Sin respiración.

—¿Pero cómo? ¿Por qué?

—Porque cada vez tenemos más rusos en casa y, si queremos que nos continúen vendiendo armas y tanques, acabarán por exigir que el gobierno extermine a los trotskistas y anarcosindicalistas como lo hicieron ellos en la Unión Soviética. Porque los chicos de la CNT y los de UGT ya han empezado a tirotearse unos a otros. El 3 de diciembre, los de la FAI se cargaron a Andreu Revertés, el comisario general de Orden Público, y los de UGT ya están pidiendo venganza a gritos. Me voy al frente porque mi padre me enseñó que hay que luchar por la justicia. No por las ideas políticas, pero sí por la justicia. Porque no merece la pena vivir en un mundo injusto.

Solo hablaba para Teresa. Ella bajó la vista, sumisa. Cada vez más pálida.

—Palabras —confesó Víctor muchos años después—. Las palabras nunca quieren decir únicamente lo que dicen. «Me voy porque lo he pensado y creo que es lo mejor» puede significar «Me voy porque no quiero pensar, porque no tengo otra salida, porque todo lo que hago es peor».

»Huía —nos confesaba a mi padre y a mí, cabizbajo—. Huía de Carmen, porque pensaba que solo yéndome al frente podría librarme de su influjo, de su posesión. Y huía de Teresa, para no hacerle más daño y para que su mirada desolada no me hiciera más daño a mí. Y huía también de los anarquistas y del horror que se estaba preparando, de aquella especie de trampa hacia la que corríamos ciegos y enloquecidos. Huía de la inconsciencia de aquellos idealistas ofuscados por la revolución, que no se daban cuenta de que aquello no tenía sentido. Aun si ganábamos la guerra, ¿qué se creían? ¿Que podrían extender su revolución por todo el país? Así que me fui.

Víctor en fuga. A sus setenta y cinco años, confesaba su vergüenza, y me la confesaba para que yo tomara notas y escribiera este libro, en un acto de expiación imprescindible. Le vi otra vez enmarcado en la puerta de casa, abrazado a mi padre aquella noche de reencuentro, mirándonos a mi madre y a mí, y entendí que no había bajado desde el pueblo a Barcelona únicamente para disfrutar con su amigo de la agonía del dictador sino también, y sobre todo, para pasar revista a su vida y pedir todos los perdones necesarios. Perdón por haberse fingido muerto cuando no lo estaba. Perdón por su relación con Teresa y con Carmen. Perdón por haber abandonado a Teresa y a Javier recién nacido. Perdón por todas las veces que había corrido a esconderse, abrumado por responsabilidades que no era capaz de cargar.

—No os preocupéis —dijo aquel día de enero de 1937—. Para ir a la guerra, ya lo dijo Durruti: solo hace falta valor y saber matar.

Siguió la cena de despedida con vino y risas, y chistes de mi padre, «¡Soldado, ice la bandera! ¡Pues le quedó a usted muy bonita, mi capitán!», las carcajadas de Víctor y la perplejidad de Miguel, que nunca entendía los chistes, y borracheras lenitivas, y sollozos sofocados, y aquella

palidez fantasmal de Teresa.

Y Víctor, al final, huyó. Continuó huyendo. Una vez más. Se puso en pie.

—Ahora, tengo que irme.

Mirando intensamente a Teresa para hacerse perdonar. Ella respondió con una mueca que significaba «Claro, como quieras, mi amor». Nadie le preguntó dónde tenía que ir a aquellas horas. Y a mi padre le extrañó la serenidad en los ojos redondos de Teresa, que no se humedecieron.

Cabizbajo y furtivo, abochornado, Víctor se escabulló fuera del bar, y corrió hacia Poblenou, a la carbonería de la calle de la Vía, donde Carmen se le abrazaría y le diría que Miguel se la quería tirar.

La pelirroja Elena se acercó a Teresa cuando nadie se fijaba en ellas, se sentó en la silla de al lado, cuchicheó:

—Teresa, estás muy pálida, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí, claro. Bueno, no me gusta que Víctor se vaya… al frente, pero claro, es lo mejor que puede hacer. Es muy idealista.

—Tienes que convencerle de que no se vaya.

—Qué.

—Javier y tú lo necesitáis.

—No, no. Yo no puedo pedirle que se quede. Y él no podría quedarse. Es muy idealista. No.

57

Un sábado de febrero de 1937. A última hora de la tarde, mi padre llegaba a casa cargado de regalos. Mermelada, hortalizas, algún queso. Besaba a Elena y a Tomás, hablaba con ellos, les contaba unas anécdotas y chistes. Se bañaba, se afeitaba, se ponía su mejor traje y se iba al bar de los Luys para cenar un poco y preguntar por las últimas noticias que se tuvieran de Víctor. Allí solía encontrarse con Miguel y departían un rato con Fráter y Teri —y quizá con las chicas, aunque eso a mi padre no le gustaba mencionarlo—, jugaba una partida de manilla o de dominó y regresaba a casa pletórico habiendo recuperado su condición de ciudadano de a pie.

—Las cosas estaban cambiando —comentó mi padre ante mis preguntas, sonriendo un poco—. Elena empezó a insinuar que no le gustaba mucho que yo me fuera al bar Luys las noches de los

sábados. Decía que, en todo caso, le gustaría ir conmigo, y tuvimos algunas discusiones al respecto. En aquellos días ya se hablaba de feminismo. La revolución había implicado a la mujer, que tenía que hacer trabajos que hasta entonces solo habían hecho los hombres, porque los hombres estaban en el frente, y Elena y su amiga Teresa empezaron a asistir a reuniones de agrupaciones como Dones Lliures, que era de la CNT, o Unió de Dones de Catalunya, y allí se concienciaban mientras tejían jerséis para los soldados, y organizaban tómbolas y rifas para las víctimas de la guerra. También visitaban a los heridos en los hospitales, o hacían compañía a las viudas y los huérfanos. Y terminaban reclamando que debían ser tratadas como los hombres, reivindicando sus derechos de igualdad. Pero añadían: «Como mínimo, mientras dure la guerra».

Elena se había comprado un mapa de España y otro de Cataluña, y los había clavado en la pared principal del comedor. En el mapa de España, calculaba cada día cómo progresaba la guerra en sus diferentes frentes, según las noticias de los diarios. En el mapa de Cataluña, seguía el recorrido de su marido. «Hoy papá está aquí», le decía a Tomasín. «Hoy debe de haber ido de aquí aquí.»

Pongamos que fuera el domingo 7 de febrero, cuando todavía no se había producido el espantoso bombardeo de la ciudad a cargo del crucero italiano Eugenio di Savoia, el primero que causó víctimas y aterrorizó a los barceloneses. Aprovechando que era uno de esos días soleados, mediterráneos, en que el frío no es impedimento para ir a pasear por el parque de la Ciudadela o para ir a la plaza de Cataluña, a dar alverjas a las palomas. A Tomasín y a Elena les gustaba contemplar los escaparates de las tiendas del centro con aquellos cristales cruzados por artísticos dibujos hechos con tiras de papel adhesivo que evitarían que, durante los bombardeos, se convirtieran en una granizada mortal.

A mediodía, el vermut con aceitunas y patatas en un bar de las Ramblas; quizás a comer a Ca l’Agustí, donde a mi padre ya lo conocían; y por la tarde a una chocolatería de la calle Petritxol donde servían tazas de a cinco, quince o veinticinco céntimos, con madalenas. A Tomasín le gustaban mucho las ensaimadas, pero de eso no había porque Mallorca había caído en manos de los fascistas.

O, si no, se iban a un cine, al Avenida, junto al Paralelo, por ejemplo, a reírse un rato con los Hermanos Marx en Una noche en la ópera. Fantásticos, los Marx, gran éxito. Cuando Groucho le daba la nota del restaurante a la señora gorda y le decía: «Esto es carísimo, yo en su lugar no lo pagaba». O «la parte contratante de la primera parte es igual a la parte contratante de la segunda parte». El éxito de los Hermanos Marx en España se debía sin duda a que estrenaron esta película en pleno período revolucionario. Eran los cómicos más dinamiteros, irreverentes, surrealistas y cáusticos de la época. Y Tomasín tenía una risa estrepitosa, estupenda y contagiosa. Se retorcía en la butaca, tenía que sujetarse la tripa porque las carcajadas le dolían allí, se partía de risa. Se le caían los cacahuetes del cucurucho. Se le veía feliz de tener consigo a su padre. Lo miraba con arrobo, no paraba de preguntarle cosas.

—Como tú ahora —me decía mi padre, y me daba una palmada en el hombro.

Mi padre y Elena se tomaban de las manos, se sonreían y se sentían dichosos. Y se besaban. Sí, se besaban en mitad de la calle, cosa insólita hasta el momento. En aquella sociedad joven, atrevida, revolucionaria y en guerra, sobrecogida por la conciencia del peligro de muerte, las

parejas hacían ostentación de su cariño en público, porque nada incita más al sexo que la proximidad de la muerte.

Había momentos en que mi padre llegaba a pensar que nunca había estado tan bien. Le gustaba más andar con su viejo camión por los pueblos de Gerona que la penumbra aburrida de las oficinas de los Grandes Almacenes. Allí no se entendía con los jefes que le había impuesto la revolución. Según decía él, antes a cada cual le correspondía un puesto, un sueldo y una responsabilidad, y solo tenías que aprenderte cuál era tu puesto y tu quehacer, y hacerlo bien, y santas pascuas. Cuando llegaron los del Comité de Gestión, sin embargo, se suponía que nadie era más que otro y no se permitía que nadie mandara porque nadie quería obedecer, y eso no hacía más que complicar las cosas. En su nuevo trabajo, en cambio, se sentía libre como un pájaro. Él era quien conducía el camión, un viejo Chevrolet de seis cilindros que se ponía en marcha con la manivela de arranque, y en su recorrido por las zonas rurales de Gerona solían detenerse en masías donde siempre podían picotear una cosa u otra. Esas mermeladas, embutidos, quesos, vinos que luego llevaba a casa los sábados. Y, además, cobraba diez pesetas diarias, que no estaba nada mal.

Lo acompañaba en el camión un tipo llamado Chueca, muy aficionado a los chistes. Era un joven mal afeitado y de cabello largo, herrero en la vida civil, que tenía vocación de señorito y se empeñaba en que mi padre le enseñara normas de buena conducta.

—¿Así que no es de buena educación usar el palillo para escarbarse los dientes?

—De ninguna manera.

—¿Y si se te mete un pedazo de carne entre los dientes?

—Te aguantas.

—Y dime otra cosa que nunca hay que hacer mientras comes.

—Hablar con la boca llena.

—Bueno, eso se entiende.

—Ni soplar el caldo o el plato caliente.

—¡No me jodas! ¿De verdad?

Se reía y repetía «no jodas» con admiración infantil.

Tranportaban el correo, y despachos oficiales, y paquetes personales, y a veces cargamentos de intendencia, ropa, armas y hasta alimentos, de Barcelona a Gerona por el Maresme, y de allí a Figueres, Olot, Ripoll, a veces hasta Puigcerdá, y de allí los sábados solían regresar hacia Barcelona por Manresa.

Un día llegaron a una masía y, mientras Chueca entregaba a los dueños lo que fuera que les habían llevado, mi padre se quedó junto al camión jugando con un cayado que encontró por allí.

Lo balanceaba como si fuera un palo de golf, azotando la hierba, golpeando una piedra con estilo, zas, lanzándola a lo lejos. Cerca de él, cacareaba una gallina coqueta y despistada (mi padre en su relato utilizaba siempre estas palabras, «gallina coqueta y despistada»), picoteando esto o aquello y cloqueando en un monólogo interior muy superficial. Y a mi padre se le ocurrió una idea y casi de inmediato la puso en práctica. Balanceaba el bastón y zas, lo balanceaba y zas, y la gallina allí, en sus cosas, y mi padre que hace puntería, prepara el golpe y zas, le da a la gallina de tal manera que se quedó seca, convertida en un puñado de plumas. La metió en el camión y disimuló.

Luego fueron a una fonda que había junto a la carretera, a la entrada de Figueres, y pidieron que les cocinaran la gallina.

—La hemos atropellado sin querer con el camión —dijeron.

Mi padre se sentía tan bien que en aquella época incluso llegó a pensar en volver a dedicarse a la música. «Cuando tocaba en el Pompeya, tenía mucha más libertad», decía. Los domingos, mientras Elena y Tomasín se arreglaban para salir, solía desempolvar el bandoneón y tocaba sus tangos preferidos. Mano a mano, Cambalache, Cuesta abajo… Entre semana, Elena le conseguía partituras de tangos nuevos. Se pudieron comprar un gramófono que iba a cuerda y el domingo por la noche, cuando Tomasín ya dormía, escuchaban discos tomados de la mano, a la romántica luz de las velas o del carburo, y a veces incluso bailaban. Otros domingos fueron a ver La Corte de Faraón, que ponían en el Principal Palace, o una revista muy pícara que se llamaba Dues verges de preu, en el Español.

Así fue la guerra de mi padre durante un tiempo.

Y el lunes volvía al cuartel de Vorochiloff, se encontraba con Chueca, cargaban el viejo Chevrolet de seis cilindros, y se iban por el Maresme con dirección a Gerona, y vuelta a empezar.

—Oye, ¿y es verdad que las manzanas hay que comerlas sin manos, con el cuchillo y tenedor?

—Naturalmente.

—Pero, coño, ¿cómo es posible? ¿Y si te sale rodando la manzana? Yo lo probé y me salió rodando. ¿Cómo se hace?

58

Hacía tres días que estaban en aquella posición, en lo alto de un cerro, y desde el primer instante unos veteranos malparidos no dejaban de tomarle el pelo al más joven de la columna. Lo emborrachaban, cuchicheaban con él, le metían miedo. Le hacían callar para que escuchara el silbido de las balas perdidas y se quedaban atentos a aquellos sonidos mortales como quien mira

al cielo esperando ver una estrella fugaz.

—¿Lo oyes? —le decían—. ¿Lo oyes? Si estuvieras de pie, esa bala te habría arrancado la cabeza.

La verdad era que no se oía nada, pero el primer día el pobre chico había ido a gatas todo el rato. Cavaba agachado, como un jorobado, montaba guardia en cuclillas, comía de rodillas.

—¿Pero qué haces, Viñas? ¿Qué te pasa?

—Es que… Las balas perdidas…

Ja ja ja.

Se llamaba Viñas y era muy joven e ingenuo. Decía que se había alistado por sus ideales, para cambiar el mundo. Los veteranos decían que le habían obligado sus padres para cobrar las diez pesetas diarias y conseguir cada día el chusco de pan que el chico les enviaba.

El segundo día, como reacción a la broma del primero, el chico andaba bien erguido, incluso cuando pasaba por algún lugar descubierto.

—¡Me cago en diez, Viñas! ¡Agacha la cabeza, que te van a dar!

Lo cierto es que nadie creía que hubiera enemigos en ninguno de los cerros vecinos, todos semejantes, de la misma altura, separados por pequeñas depresiones.

Habían llegado en seis camiones, tres de los cuales iban ocupados por los treinta soldados de la columna, y los otros tres cargados de sacos terreros, alambre de espinos y herramientas. Víctor eligió aquel punto porque en él se encontraba el cráter de un obús, de dos metros de diámetro por uno de profundidad, y pensó que les facilitaría el trabajo. Una de las colinas de la izquierda estaba ocupada por un puesto del POUM, que se distinguía por su bandera roja, y no se veían por ninguna parte banderas monárquicas, ni de la República, que a veces también enarbolaban los franquistas. La columna comandada por Víctor plantó allí la bandera rojinegra que indicaba que eran anarcosindicalistas y el primer día habían improvisado un parapeto de rocas para instalar la anticuada ametralladora que debía protegerlos. En seguida se habían entregado a cavar una larga trinchera, a apilar sacos terreros y a tender una alambrada en el mismo borde del terraplén que descendía hacia el valle. Los dos primeros días, de los treinta hombres que formaban la columna, nueve se dedicaban a montar guardia, por turnos, las veinticuatro horas, muy atentos al menor movimiento que pudiera observarse en las colinas cercanas; dieciocho trabajaban durante doce horas, de ocho de la mañana a ocho de la noche, con descansos cada dos horas; y los dos soldados restantes procuraban la intendencia: iban con uno de los camiones al campamento base a buscar aprovisionamiento, y cocinaban.

Pero se fueron convenciendo de que no había franquistas en las proximidades. En otras zonas donde habían trabajado, los oían charlar o cantar o reírse, y se habían intercambiado insultos. «¡Fascistas hijos de puta!», «¡Rojos de mierda, os vamos a cortar los cojones!», «¡Desgraciados, esta no es vuestra guerra! ¡Vosotros sois obreros como nosotros!» «¡Viva España! ¡Viva Franco!», «¡Viva la revolución!» Ante el silencio y la quietud que los rodeaba, Víctor limitó las

guardias a un centinela en cada turno, encargado de la ametralladora, y así podían tener a veinticuatro hombres trabajando.

—Cuanto más cavemos, antes terminaremos la trinchera. Con un poco de suerte, después de esta podremos tomarnos unos días de permiso.

Víctor estaba al frente de la columna. Cuando se había alistado en Barcelona, le habían dado automáticamente el grado de cabo, debido a su edad, y al llegar al frente lo ascendieron a sargento, así, sin más, por la edad, y habían puesto treinta zapadores a sus órdenes. En aquel ejército popular y populachero, existía una cierta confusión entre oficiales, mandos y soldados rasos, todo el mundo se llamaba de tú y, si se terciaba, todos opinaban. Le encargaron que cavara trincheras y estableciera posiciones. Eligió aquel cerro para el futuro puesto de mando: una trinchera en forma de estrella, otra trinchera de evacuación y un búnker subterráneo para los mandos y el nido de ametralladoras.

Si al principio pareció algo sumamente peligroso, a la larga Víctor iba comprobando que no lo era tanto. Ese era un punto donde se preveía que estaría la primera línea de fuego, pero todavía no lo era.

Hacía un frío polar. A lo largo de la jornada, no se daban cuenta porque los días eran claros, el sol calentaba y los chicos sudaban la gota gorda cavando la zanja en aquella maldita tierra dura, pedregosa y polvorienta, pero en el último descanso, entre las cinco y las seis de la tarde, iban notando poco a poco que el frío se les metía en los huesos y recordaban que no tenían más que quince capotes para los treinta, y solo las mantas que cada uno se había traído de su casa. Dormían pegados los unos a los otros, para transmitirse calor humano.

—Sargento: estoy muerto de frío —dijo Viñas.

Víctor estaba sentado en un rincón de la trinchera estrellada, engrasando el viejo fusil ruso que le habían dado y que tenía grabada la fecha de su fabricación: 1898. Disfrutaba de la puesta de sol y probablemente estaba pensando en Carmen, o en Teresa y Javier, o en Carmen y Teresa y Javier y Eduardito. Echó una ojeada al joven soldado que se había plantado ante él. Vestía camisa de franela, un jersey de lana, un grueso chaquetón de piel, pantalones de pana, botas, un gorro que le tapaba las orejas y guantes. No le pareció probable que muriera congelado.

—No te preocupes. Mañana terminamos la trinchera y nos vamos. Esta es la última noche que pasarás aquí.

—No, es que se me ha ocurrido que no lo podré soportar. He pensado… Ahí abajo, junto al torrente, está esa caseta, ese corral, lo que sea. Y he pensado que voy a ir a pasar la noche ahí abajo…

—No, Viñas. Tú vas a pasar la noche aquí.

—No, escuche, mi sargento. Iré abajo y pasaré la noche allí y mañana, en todo caso, reviento la caseta con esta granada…

El chico sostenía en la mano una de las pocas granadas de mano de que disponían. Víctor se puso

en pie.

—¿De dónde coño has sacado eso? ¡Dámela!

Eran artefactos muy peligrosos. Las llamaban «bombas FAI» y decían que eran «imparciales» porque igual mataban al enemigo que al que las lanzaba.

—… Reviento la caseta y así tendremos leña para hacer una hoguera. Las vigas, los marcos de las ventanas, lo que sea…

—Estás loco, ¿quién te ha metido esa idea en la cabeza? ¡Que me des ese chisme!

—… Podemos poner una contraseña por si las moscas. Por ejemplo, yo digo: «¡Leña», y contestan: «¡Al mono!»…

—¿Me estás tomando el pelo! ¡Me cago en diez, dame la bomba!

Le echó un zarpazo, pero el chico alejó la mano, dio un paso atrás, tropezó con una piedra, dio un traspiés.

—Voy a bajar, sargento.

Estaba muy asustado, aquella bomba era un peligro inminente y al otro lado de la trinchera se oían las risas ahogadas de los veteranos.

—¿Te han gastado otra broma esos tíos? —murmuró Víctor entre dientes—. ¿Qué te han dicho?

A Viñas se le arrugó el rostro.

—Dicen que soy comunista, que soy un espía y que esta noche me van a matar… ¡Yo no quiero pasar la noche aquí, sargento!

—La madre que los parió.

—Y dicen que usted también es comunista. Que los mandos son comunistas y que traen a los anarcosindicalistas a los lugares de más peligro para que nos maten…

El chico había bajado la guardia. Víctor dio un paso al frente, le agarró del brazo y le arrancó la bomba de entre los dedos. Alejó de un empellón a Viñas, que se dio con la espalda contra la pared de la trinchera, le dijo «Espera aquí» y echó a caminar por el estrecho pasillo hacia el otro extremo donde estaban los bromistas.

—Yo no soy comunista, sargento —casi sollozó Viñas a su espalda.

Víctor estaba más que harto de aquellos veteranos. Era muy difícil mantener la disciplina en aquel ejército revolucionario y rebelde donde cualquier grito de mando y cualquier arresto se podían considerar una manifestación de fascismo. Empezaba a creer que la única manera de meter en cintura a los guasones era con un par de hostias bien dadas. Maldijo una vez más la estampa de quienes insistían en cagarse dentro de la trinchera, que era una especie de carrera de

obstáculos pestilente, y tomó conciencia de que, en tres días, habían convertido aquel lugar en un estercolero donde se mezclaba la basura con montañas de excrementos, y lo interpretó como una metáfora de la guerra misma. La llegada de los soldados afeaba el paisaje, lo ensuciaba, lo descomponía en honor a la Diosa Muerte.

Antes de que llegara al extremo donde sonaban las carcajadas y las voces de los veteranos, alguien gritó a su espalda:

—¡Pero, Viñas, ¿qué coño haces?!

Víctor se volvió a tiempo de ver al joven Viñas encaramado a los sacos terreros que coronaban la trinchera, y cruzando a tirones y tropiezos por encima de la alambrada.

Gritó «¡Viñas!» y volvió atrás a la carrera. El chico se lanzó al terraplén y se perdió de vista. Sin dudar, Víctor se encaramó también a lo alto de la trinchera, se subió a los sacos de tierra y se abrió paso por el engorroso obstáculo de la alambrada. Iba gritando el nombre de Viñas, y pensando que el chico había decidido pasarse al enemigo y que tenía que detenerlo para que no les contara lo que sabía. Después de las alambradas, se abría el terraplén que bajaba casi en picado hacia el valle. Al fondo, entre unos pocos árboles que delataban un arroyo, se veía la tosca construcción. Viñas, que había bajado rodando, ya estaba llegando allí. El barranco hacía tanta pendiente que Víctor tuvo que clavar los tacones de las botas y apoyar el culo para descender en línea recta.

Quedó encarado a la puesta de sol más hermosa de su vida. Lo cegó un sol rojo rodeado de cálidos anaranjados y amarillos.

De repente, se produjo el terremoto.

Una lluvia de balas golpeó un punto de la ladera en una súbita explosión de rocalla, como el chorro concentrado de una manguera que en seguida fue a buscarlo a él. Fue cosa de dos segundos, no más. Víctor vio con claridad cómo se acercaba la cadena de impactos que levantaba pequeñas erupciones a su paso, como un animal imaginario y feroz que se lanzara sobre él para morderle. Pensó que la ráfaga le iba a partir por la mitad. Pensó que había demasiada distancia entre impacto e impacto, y que las balas eran demasiado pequeñas como para que pudieran alcanzarle. Pensó: «Sería demasiada casualidad». Pensó que tenía una bomba de mano en el bolsillo y que, si una bala daba ahí, se acabó. Y detrás de ese se acabó había un silencio absoluto, la nada absoluta, el cerebro vacío.

—Dirás que pensé mucho, para ser apenas dos segundos —me comentó Víctor en el 75—. La verdad es que he vuelto a vivir aquella situación mil veces, a lo largo de mi vida, en sueños, en pesadillas que aún hoy me despiertan en medio de la noche. Y en cada pesadilla pienso una cosa distinta. Hay pesadillas en que las balas pasan sobre mí sin tocarme y experimento un gran alivio; otras noches se produce la oscuridad, la nada más angustiosa. No sé lo que pensé exactamente en aquel momento, pero te puedo decir que todas mis fantasías sobre la muerte están ambientadas en aquel escenario. Las cosas que nos pasan no quedan atrás y se pierden en el olvido, sino que se se almacenan en algún lugar de nuestro cerebro, en una neurona infinita, capaz de conservar cada momento de la vida para que podamos revivirlo siempre que se nos antoje.

Fue un golpe en el pecho que lo cegó, lo ensordeció, le quitó la respiración y lo envolvió en un torbellino de dolor. Como un puñetazo en el estómago o un puntapié en los testículos, un dolor absoluto, difuso, la sensación de que el cerebro le iba a estallar o que se iba a ahogar en su propia sangre. Se le aflojaron las pieras y el siguiente pensamiento de pánico fue que, si caía al fondo del barranco, nadie podría bajar a recogerlo. De manera que, instintivamente, giró sobre sí mismo para ponerse de bruces contra la pared, y clavó las puntas de las botas y los dedos en aquella tierra, y se agarró a los escasos matojos que tenía al alcance, y con la mejilla pegada a la pared, con la sensación de ofrecer al enemigo el aspecto de una mosca a punto de ser aplastada de un manotazo, se oyó gritar:

—¡No os vayáis! ¡No os vayáis que estoy vivo!

Y continuó gritándolo muchas veces porque, automáticamente, por encima de su cabeza, sus soldados habían respondido al fuego enemigo con la gran ametralladora y con los Máusers y los mosquetones y estaba seguro de que, con el estruendo de los disparos, no lo iban a oír.

—¡No os vayáis! ¡No os vayáis que estoy vivo!

No lo iban a oír.

Nunca más volvió a ver a Viñas, ni a los veteranos juerguistas. Nunca supo qué fue de ellos.

59

A veces, mi padre completaba la anécdota de la gallina y el golf con otra más terrible. La mayoría de las veces, no obstante, se abstenía de hacerlo porque sabía que, si la anterior iba seguida de risas y relax, esta causaba un silencio amargo. Solo la contaba cuando se sentía en la obligación de recordar que la guerra es la guerra y que no hay nada más horroroso que la guerra.

En una ocasión se detuvieron ante una masía con el viejo Chevrolet echando humo por todas partes, el radiador al rojo vivo, a punto de estallar. A Chueca parecía que la humareda no le impresionaba lo más mínimo. Él continuaba obsesionado con las normas de urbanidad. Iba diciendo:

—… Pues yo creía que nunca había que comer con los dedos.

—Bueno, hay muchos expertos que dicen que casi nunca hay que comer con los dedos —le respondía mi padre—. Pero hay cosas que incluso los más radicales consideran que no solo está permitido sino que es obligatorio comerlas con los dedos.

—¡No me jodas! ¿El qué, por ejemplo?

—El pan.

—Bueno, claro, el pan, sí. ¿Pero de comida de plato…?

—Los espárragos, por ejemplo.

—¿Ah, sí?

—Y las aceitunas. Nunca trates de pinchar una aceituna con el tenedor porque hay un setenta por ciento de posibilidades de que salga disparada como una bala.

—¡Es verdad! ¡Joder, si no me ha pasado veces a mí…!

Era tarde y ya se hacía evidente que no podrían pasar la noche en Figueres como pretendían, de manera que pidieron asilo al matrimonio mayor que vivía allí, un hombre y una mujer apabullados por los uniformes, las armas y la autoridad de los dos soldados que irrumpían en su casa como invasores. Aquella gente, humilde y amable, los invitó a cenar y les dijo que prepararían un dormitorio para que pasaran la noche.

Mientras mi padre estuvo reparando la avería del camión, Chueca le sujetaba la linterna y continuaba preguntando:

—Así que el pan hay que comerlo con los dedos, y también los espárragos y las aceitunas. ¿Qué más?

—Las alcachofas, por ejemplo. Para irles quitando las hojas, una a una. Pero, bueno, hay quien dice que el marisco también se puede comer con los dedos.

—¿Ah, sí? ¿El marisco? —esa palabra desconcertaba a Chueca porque probablemente nunca había tenido ocasión de comer marisco.

—Las langostas, las gambas, las cigalas, los mejillones, las almejas… Los caracoles, a lo mejor. Pero en una comida de gala no te van a servir caracoles.

El matrimonio de la masía casi se excusó por la cena improvisada, que resultó estar compuesta de ingredientes riquísimos, probablemente lo mejor que tenían en la despensa. Pan blanco hecho por ellos mismos, verdura recién recogida del huerto y pollo, que, en según qué relatos, era precisamente la gallina que mi padre había matado jugando al golf.

Durante la cena, unos ruidos llamaron la atención de mi padre y de Chueca. Más que los ruidos, la alarma en las expresiones del matrimonio. Fue Chueca quien preguntó: «¿Qué pasa arriba?», y los anfitriones se pusieron muy nerviosos y, al fin, a los gritos destemplados de Chueca, confesaron que arriba se escondía su hijo, que no había querido ir al frente porque estaba muerto de miedo.

Intervino mi padre para decir que el muchacho no tenía por qué preocuparse, que podía salir de su escondrijo porque no le iban a hacer nada, ni le iban a contar a nadie que estaba allí.

Salió un mocetón de cuello ancho, mandíbula prominente y expresión ceñuda, muy cohibido, que comió deprisa y amedrentado, como el mendigo invitado a la cena de Navidad de los ricos.

De pronto, espontáneamente, sin que nadie le preguntase nada, sin levantar la vista del plato, como hablando consigo mismo o bendiciendo la mesa, dijo que ya era hora de que alguien acabara de una vez con «esta pandilla de ladrones».

Mi padre y Chueca dejaron de comer. Los padres del chico ya hacía rato que no probaban bocado.

—… Vinieron aquí y dijeron que la masía estaba expropiada. Se instalaron, nos destrozaron el huerto, se llevaron las vacas, las ovejas y casi todas las gallinas, y luego se lo devolvieron a mis padres porque ya no les servía para nada. A los payeses que se opusieron los fusilaron y dijeron que eran fascistas. Y luego recorrieron la calle preguntando a quién había que matar, buscando a los guardias civiles, a quienes fueran a misa, a los carlistas, a los propietarios de algo, de lo que fuera. Venían con ganas de matar, eran bestias feroces. Y fusilaron al señor cura, y al sacristán, que tenía setenta años, y a otros treinta vecinos más. A unos porque habían votado a la CEDA o a la Falange, y al Benet de Cal Ganxo lo mataron porque el 18 de julio dijo: «Ya era hora». Luego el pregonero leyó un escrito que le había dado el maestro, donde decía que «nunca hubo revolución sin sangre», el hijo de puta.

Mi padre vio en seguida que Chueca se iba poniendo nervioso y se le contagió la inquietud porque el chico se iba manifestando cada vez más impulsivo e imprudente. De manera que contó un par de chistes para relajar los ánimos, anunció que se estaba muriendo de sueño y precipitó el final de la cena para arrastrar a Chueca a una habitación de la planta baja donde les habían preparado un par de jergones y unas mantas.

Chueca estuvo despotricando contra el joven emboscado y su mirada de odio hasta que lo venció el cansancio.

Al día siguiente, los despertó el canto de un gallo. En la masía reinaba una quietud absoluta, como si sus habitantes hubieran decidido huir de allí para siempre. Entontraron leche y torrijas sobre la mesa de la cocina, las consumieron rápidamente en un desayuno voraz y salieron al patio con ánimo de llegar a Figueres antes de que alguien se extrañara por su tardanza.

Alcanzaron el camión, que estaba a unos cincuenta metros de la masía. Chueca montó en él, con ganas de largarse cuanto antes; y mi padre se disponía a hacer girar la manivela de arranque cuando oyó un ruido metálico contra el capó, como si acabara de romperse algún resorte. Al levantar la vista, vio en la plancha un arañazo llegado de la nada que en seguida le hizo comprender lo que sucedía. Oyó entonces otro extraño ruido, como un golpe en el aire, y tanto él como Chueca se volvieron hacia la masía a tiempo de ver la nubecilla blanca que flotaba frente a una de las ventanas de arriba y que el viento arrastraba lentamente. La detonación y el choque de la bala contra un árbol cercano.

Mi padre se guareció detrás del camión y, según contaba años después, lo primero que le vino a la cabeza fue: «Yo ya estoy a salvo, ahora ese maricón me va a destrozar el motor de mi vehículo». Chueca soltó una blasfemia:

—¡Es el hijo! —rugió—. ¡El hijo de puta que nos está disparando! ¡Me cago en la madre que lo parió!

Los dos entendieron de inmediato que el chico enfurecido habría estado angustiándose toda la noche ante la posibilidad de que los dos soldados, al regresar a su cuartel, contaran lo que sabían de él. Seguro que había pasado revista a cada una de las palabras que pronunció durante la cena, y la expresión de cabreo de Chueca, que era muy expresivo. Y llegó a la conclusión de que los dos soldados no podían tener otro propósito que el de joderle vivo. Y debía de considerar que, si disparaba contra ellos, solo era en defensa propia.

Chueca se apeó del camión con una enorme pistola Astra en la mano y echó a correr hacia el edificio sin el menor titubeo. Mi padre dio un grito. En la ventana de la masía hubo otro disparo y en el suelo de la era se levantó un géiser de grava y polvo. Chueca no corría en línea recta. Ahora daba tres zancadas hacia la izquierda y, cuando menos lo pensabas, echaba a correr hacia la derecha, avanzando hacia el edificio siempre en diagonales, como el velero que orza contra el viento.

En cuanto sonó aquel tercer tiro, mi padre se figuró al chico accionando el cerrojo del fusil para poner la siguiente bala en la recámara, y echándose el arma a la cara, para encontrarse con que Chueca ya estaba demasiado cerca. Cuatro pasos más y ya llegaría a la puerta. No se dio tiempo para afinar la puntería, de manera que la siguiente bala dio muy lejos del compañero de mi padre, que ya entró en la casa.

Mi padre contuvo la respiración. Vio movimiento en la ventana del francotirador y adivinó lo que iba a suceder. En aquel instante experimentó un desaliento terrible. Volvió a su mente la terrorífica muerte de Moscoso y se dio cuenta de que ya contaba con que nunca más iba a vivir de cerca una situación semejante. Cerró los ojos al escuchar la serie de disparos de la pistola Astra de Chueca y lo estrujó el desasosiego, una especie de sollozo, la seguridad de que no hay dos sin tres y de que, inevitablemente, a lo largo de su vida, tendría que chocar una y otra vez con espantosas escenas de violencia como aquellas.

Después de unos instantes, Chueca salió de la masía con la pistola humeante en la mano, avanzando con el contoneo chulesco de quien se siente bastante orgulloso de lo que ha hecho.

Mi padre arrancó el camión con la manivela, y por suerte lo consiguió a la primera, y se puso al volante. Chueca montó junto a él y resopló:

—Me cago en la madre que lo parió.

Se fueron de allí. Mi padre no se atrevía a preguntar nada, el otro parecía absorto en sus preocupaciones. Al cabo de un kilómetro o dos, dijo Chueca:

—… O sea que los espárragos se comen con los dedos. Pero ¿y las costillas de cordero? ¿Eso también se come con los dedos? ¿Y el muslo de pollo?

60

Víctor sonreía para hacerse perdonar. Decía:

—Te prometes a ti mismo que, en caso de crisis, aguantarás el tipo y te morderás los labios antes de quedar en ridículo, pero llegado el momento es imposible, no lo puedes controlar.

Después del balazo, perdió el sentido y lo recuperó repetidas veces, como si su mente quisiera huir lejos de allí, a un benéfico estado de coma en que el dolor no existiera, y el dolor y la asfixia, en cambio, tiraban de él, despiadados, volviéndolo a la realidad solo para torturarlo. Se recordaba arrastrado por encima de la alambrada que le rasgó la ropa y le provocó heridas de las que aún conservaba cicatrices. Oía gritos, voces mucho más asustadas que él, que le decían «esto no es nada, una simple rozadura, la bala no está dentro, no te han tocado por milímetros», pero él no podía prestarles atención ni tomárselas en serio porque estaba poseído por la terrorífica sensación de que los pulmones se le estaban encogiendo. No quería ofrecer aquella patética imagen de desesperación, pero no podía evitarlo. Se veía braceando, se imaginaba con los ojos desorbitados y boqueando como un pez.

La bala había trazado un profundo surco en el costado derecho de Víctor, a medio camino entre la axila y la cadera, y le había roto tres costillas, y una de ellas se clavó en el pulmón. De ahí venían el dolor penetrante, la asfixia y la fiebre.

De repente, iba viajando en un camión que lo zarandeaba violentamente con la intención de matarlo, y descubría que la presión en el pecho era debida a una venda que le apretaba demasiado, produciendo el mismo efecto que si alguien lo estuviera sofocando con una almohada. Y exigió a gritos, con chillidos femeninos y timoratos (así lo contaba él), que le quitaran la venda que le impedía respirar. Bajo una tienda de campaña donde eran muchos los heridos que aullaban y maldecían como condenados en el infierno, un hombre demasiado sereno para moverse en medio de aquel caos le puso la primera inyección de morfina. Eso no arregló demasiado las cosas porque, si bien le alivió el dolor, aumentó en cambio la sensación de asfixia. Se ahogaba, se ahogaba, no podía pronunciar de un tirón palabras de más de dos sílabas, sus pulmones debían de ser del tamaño de una aceituna y no podían contener el oxígeno que él necesitaba para vivir. Tenía la sensación de que, en la próxima inhalación o exhalación de oxígeno, le iba a sobrevenir el colapso mortal. «Ahora, cuando eches el aire, ya no podrás aspirar más. Nunca más. Se acabó.»

También fue consciente de cuando le robaban. Mientras le quitaban el reloj de pulsera, metió la mano izquierda en el bolsillo y empuñó lo que allí llevaba, un encendedor antiguo de los que llevaban colgando una larga mecha amarilla. Lo escondió bajo la nalga. ¿Por qué el encendedor? No supo decirlo nunca. Solo se le ocurría que quiso salvar alguna de sus pertenencias, una cualquiera, por pura dignidad. Además del reloj, le quitaron la pistola y una navaja.

Llegó a acostumbrarse al dolor y a la angustia de la falta de aire. Se decía: «Al igual que he soportado un par de días así, podré soportar un tercero, o un cuarto», o bien: «Y, si me muero

dentro de cinco minutos, casi mejor porque esto no hay Dios que lo soporte».

Un médico de ojos turbios le dijo que «con lo suyo» no había nada que hacer. Solo reposo, mucho reposo y paciencia. Esperar que las costillas y la perforación del pulmón se soldaran por sí solas.

Lo trasladaron a Barcelona en tren, con la pretensión de que se mantuviera durante todo el viaje sentado en un rudimentario banco de madera. Iba abotargado por la morfina y los antibióticos, resollando como un viejo, el aire arañándole las entrañas al entrar y salir, y terminó vomitando, y se desmayó y despertó en la cama de un hospital.

Era un antiguo colegio de la zona alta donde unos pocos médicos y enfermeras, con escaso material quirúrgico, trataban de atender a una cantidad ingente de heridos que no hacía más que incrementarse. Víctor fue a parar a una habitación de privilegio con otros tres heridos, de los cuales uno tenía amputadas las manos y otro se había quedado ciego y no paraba de llorar.

Así es como uno se va curando. Un día, no sabe si ha aumentado su capacidad de soportar el dolor o si es el dolor el que ha remitido. A las seis de la primera madrugada que pasaba allí, una enfermera exhausta le llevó un tazón de chocolate con churros. Ni siquiera fue capaz de mirarlo, su olor ya le causaba náuseas. Bueno, pero uno tiene que alimentarse, de manera que la segunda mañana, o quizá la tercera, como no había nada más, ya se comió un churro. Y al poco ya se vio con ánimos de tomarse incluso el estofado de mediodía.

Y en seguida estuvieron allí los amigos. Mi padre con Elena y Tomasín, y Miguel, y Teresa y el niño, Teri y Fráter. Los otros dos hermanos, Llibert y Giordano Bruno, estaban en el frente.

—Pues tienes buena cara —le decía mi padre, para animarlo.

—No te extrañe. Aquí me dan de comer más que en toda mi vida. Chocolate en el desayuno, y luego escudella, huevos fritos, fricandó, pan, vino… Como en el Ritz.

—Pues aprovéchalo, porque vienen tiempos muy duros —comentó Miguel, agorero.

Se pusieron serios.

—Cuéntame. ¿Cómo están las cosas?

—Cada vez peor. Ha habido algunos tiroteos entre gente de la CNT y la UGT. Corren por ahí unos panfletos que dicen que los anarquistas están haciendo el juego a los franquistas. Que esos incontrolados, matando a quien matan, están aumentando las simpatías por los fascistas, y además les están ahorrando trabajo porque cuando ganen, si ganan, ya tendrán la mitad de la faena hecha. Algún gracioso a la FAI la llama Fai-lange.

Víctor tenía la necesidad de suspirar, pero aún le dolía el pecho.

—Hace tiempo que esto se prepara —informaba Miguel, tanto a sus amigos como a los otros heridos ocupantes de la habitación, que escuchaban en silencio—. Desde que, en noviembre pasado, los rusos empezaron a enviarnos armamento. Como es natural, Rusia quiere ayudar a los

comunistas, no a los anarquistas, y menos si estos están haciendo la revolución con el culo. Y el Gobierno de la Generalitat, que no sabe qué hacer, que anda por ahí como un pato mareado presionado por los comunistas y los de la Lliga y demás, pronto va a disolver las patrullas de control. Y entonces sí que se armará la de Dios.

Víctor desvió la mirada hacia mi padre.

—¿Y tú qué me cuentas, Fueye? Hazme reír un poco, coño, que con estas noticias me vienen ganas de morirme. Pero solo un poco, que la risa me duele.

Según recordaba Víctor, mi padre contó el chiste de los tres paisanos que se habían perdido en medio de la guerra, con la niebla de las bombas y el canguelo, la confusión, tiros por aquí, tiros por allí, y se encontraron con una patrulla que en seguida los encañonó con sus Máusers. Y pregunta el cabo:

—¿Tú qué eres? ¿De Franco o de la República?

—¡De la República! —dice uno.

Y tratatatatá, lo fusilan allí mismo. Cae redondo.

—¿Tú qué eres? —le suelta el cabo al segundo—. ¿De Franco o de la República?

—¡De Franco, viva España!

Y tratatatatá, lo cosen a balazos allí mismo. Y dice el cabo al tercer paisano:

—¿Tú qué eres? ¿De Franco o de la República?

Y dice el paisano:

—¡Mierda, dilo tú primero!

Este chiste no tiene ninguna gracia pero, en aquellos momentos, provocaba risas nerviosas y escalofríos en el espinazo porque resumía de forma cruel la guerra que estaban viviendo, todas las guerras en general. Contaba el chiste que, en el frente, ante el enemigo o ante el pelotón de fusilamiento, las ideologías se desvanecían. Los paisanos —como decía mi padre en el chiste—, los ciudadanos de a pie, no los políticos, ni los aventureros, ni los amantes de la violencia sino aquellos que se habían encontrado con un fusil en la mano sin querer, en la guerra dejaban de pensar. Ante una situación de vida o muerte, daba igual si uno pensaba que había que repartir las riquezas o bien acumularlas. Aquel era el chiste de la supervivencia, tanto en el frente como en la retaguardia. La supervivencia.

Se rió Víctor a duras penas, feliz de haberse encontrado con sus amigos. Y, por sorpresa, sacó de entre las sábanas un objeto y se lo echó a mi padre para que lo pillara al vuelo.

—Toma, que te lo has ganado.

Era el chisquero de larga mecha amarilla que había salvado del saqueo.

Cuarenta años después, a estas alturas del relato, mi padre se levantó de la silla y se fue a su estudio. Después de estar enredando un rato entre sus cosas, regresó al comedor donde le esperábamos Víctor y yo, mostrando un antiguo encendedor del que pendía una mecha amarilla.

—¡Coño, el mechero! —exclamó Víctor muy complacido.

—Desde aquel día —dijo mi padre—, siempre lo llevé conmigo. Ha encendido muchos cigarrillos este aparatejo.

Es un mecanismo muy elemental. Una ruedecilla arranca a una pequeña piedra la chispa que prende en la gruesa mecha de tela. No salta la llama, solo la brasa suficiente para alumbrar un cigarrillo.

Durante el resto de la velada, los dos amigos estuvieron jugando con el chisquero como si fuera un valioso amuleto.

—Pero no me hagas reír tanto, Fueyito, que se me saltan los puntos. Cuéntame cosas tristes.

Así que mi padre le contó sus aventuras en la retaguardia. La historia de la gallina, probablemente, «ja ja ja, que te he dicho cosas tristes, joder, que me vas a matar», y la historia del emboscado en la masía. La estremecedora sangre fría de Chueca cuando fue a matar al muchacho.

—… Cada vez que pasamos por aquella zona, Chueca se empeña en que nos detengamos en la masía. Y las visitas son auténticos saqueos. Le saca al matrimonio de todo, gallinas, conejos, embutidos, de todo. No le basta con haberles matado a un hijo. Y encima Chueca va diciendo que un día de estos terminará tirándose a la vieja.

Incluso contando aquella historia tremebunda, mi padre conseguía que su público se riera a gusto.

Mientras duraba su disertación, Víctor observó que Miguel miraba el reloj, agarraba a Teresa del codo, cuchicheaba con ella y se la llevaba fuera de la habitación.

El pasillo estaba ocupado por las miserias de la guerra. Colchones en el suelo pegados a la pared, dejando apenas dos palmos de espacio para que médicos, enfermeras e intrusos pudieran circular. Vendajes ensangrentados, ayes y estertores, gemidos suplicando ayuda, maldiciones y blasfemias. Si Víctor había ido a parar a una cómoda cama de una habitación de cuatro era gracias a las influencias de su amigo Miguel, eso no se le escapaba a nadie.

Hizo caminar a Teresa hasta una estancia donde no estorbaran. Se mostraba preocupado. Le dijo sin rodeos que Víctor estaba en peligro. Los oficiales de su batallón lo consideraban un anarquista descerebrado y por tanto culpable de cualquier cosa, de haber abandonado a sus hombres, de haberse expuesto inútilmente, de haber ordenado la retirada, aunque no la hubiera ordenado, de lo que fuera. Antes de que se hubiera repuesto del todo, los oficiales comunistas se presentarían en el hospital y le pedirían cuentas y lo arrastrarían fuera de allí, quizás a la cárcel de San Elías. Se acercaba inexorablemente el fin del reinado anarquista.

—¿Y qué tenemos que hacer? —preguntó Teresa, desconcertada como siempre, perdida en la maraña de aquel mundo tan superior a sus posibilidades.

Cuando ya no podían verla, Carmen Brondo salió de un rincón y se metió en el cuarto de Víctor. Se abrió paso entre mi padre y Elena y Tomasín, y Teri y Fráter. Una muchedumbre.

—Víctor.

Se inclinó hacia él. Le besó en los labios. Él le puso la mano en la nuca y la retuvo un momento, solo un momento, antes de distanciarla de sí y tomar una profunda bocanada de aire.

—Me ahogo —dijo—. Me han jodido un pulmón.

Carmen no sabía qué añadir. Lo miraba en el fondo de los ojos como si allí dentro buscara a otra persona.

—Te ha durado poco la guerra.

(De eso se acordaban perfectamente, tanto mi padre como Víctor. En aquel momento, Víctor había pensado que iba a decir: «Te ha durado poco la fuga».)

En la sala de espera, Miguel acababa de explicar a Teresa las circunstancias adversas en que se encontraba Víctor. Ella lo escuchaba reverente y amedrentada, dispuesta a hacer cualquier cosa que él le pidiera.

—Tiene que esconderse. Desaparecer del mapa. Y, si tú estás de acuerdo, yo me encargo de eso.

—Claro que estoy de acuerdo.

—No podrás esconderte con él. Sería exponerse inútilmente. No conviene que os arriesguéis los dos juntos. Él tendrá más libertad de movimientos si va solo. Tú podrías irte a vivir a casa del Fueye, o del abuelo Alberto.

—No, no —replicó ella con timidez—. Yo tengo familia. Puedo… —lo pensó mejor—: Bueno, si Fernando me quiere en su casa… Elena y yo somos amigas, vamos juntas a la Unió de Dones… Estamos trabajando juntas casi cada día…

—Esto significa que no vas a ver a Víctor durante mucho tiempo.

—Bueno… Pero si es por su bien…

Miguel le dio un abrazo y le acarició el cabello.

—Bien. Sabía que podía contar contigo —se separó de ella y la miró a los ojos—. Eres muy valiente y abnegada, ¿sabes?

Cuando volvieron a la habitación, Carmen ya no estaba.

Y aquella misma tarde Miguel se presentó en el hospital con la arrogancia del policía despótico y

la placa por delante.

—Tengo que llevarme a este hombre.

Se lo llevó como por la fuerza, porque en tiempo de guerra nadie se resiste a las credenciales de una autoridad con pistola. Al fin y al cabo, aquello significaba que quedaba una cama libre y ya se había puesto de manifiesto que la única forma de curar aquellas heridas era con paciencia y reposo. Los médicos dirían después que vino un policía y se lo llevó detenido y probablemente los militares tendrían otras cosas que hacer antes que perseguir a Víctor.

Bajaron a la calle y montaron en el elegante Buick decorado con las letras FAI garabateadas en sus puertas. Durante el trayecto hasta Poblenou, Miguel comentó:

—¿Sabes qué dicen por ahí que significan las siglas FAI? Federación de Automóviles Imponentes.

Víctor se rió todo lo que la herida le permitía. Era el primer chiste que le oía contar a Miguel en toda la vida. El poder potencia el sentido del humor.

Llegaron a la calle de la Vía. Entraron por la puerta disimulada que parecía impracticable. Miguel le ayudó a subir las escaleras hasta el piso. Allí esperaba Carmen.

—Miguel sabía que no tenía ninguna oportunidad con ella —concluyó mi padre— y propiciaba que vivierais juntos.

—No —le respondió Víctor, contundente—. Miguel nos obligó a vivir juntos una vez más para que nos diéramos cuenta, una vez más, de que era una pretensión imposible. En realidad fue una trampa. Pero no lo entendimos hasta mucho después. Yo salía de las garras de la muerte y creía que Carmen era la vida, la vida de verdad, la pasión, el coraje, la aventura, lo desconocido. En aquel momento, la vida que me ofrecía Teresa se me antojaba aburrida y sin emociones.

Lo decía con el pesar de quien reconoce que durante mucho tiempo vivió en el engaño. Más que en el engaño: en la estafa.

61

Todo el mundo esperaba la celebración del Primero de Mayo más brillante, multitudinaria, gozosa y triunfal de todos los tiempos, en aquella Barcelona que acababa de inaugurar Revolución. Desde finales del siglo XIX se venía conmemorando la huelga que se produjo en 1886 en Detroit, ya fuera con violentas manifestaciones y huelgas de protesta o con desfiles alborozados. Era la fiesta del Obrero, y en Barcelona los obreros habían conseguido finalmente el poder, de manera que aquel tenía que ser el día más importante del año, los dos principales sindicatos avanzando por las calles cogidos del brazo, bajo pancartas de reafirmación y

concordia, la UGT socialista y la CNT anarquista, formando un único bloque sólido e invencible. Se habían levantado monumentos colosales en la plaza de Cataluña y Canaletas para tan magno acontecimiento.

Y, sin embargo, aquel año, precisamente aquel año 1937, el día 1 de mayo, que cayó en sábado, Barcelona no celebró nada. Todo el mundo fue a trabajar, como un día cualquiera.

Solo eso, tanta quietud, tanta tranquilidad, ya era una espeluznante señal de alarma. Se estaba preparando algo tan terrible que nadie se atrevía a mover un dedo ni a levantar la voz por miedo a que esa manifestación inesperada fuera la chispa que incendiara el polvorín. Nunca la calma había sido tan premonitoria de tempestad.

Mi padre llegó con el camión, como cada sábado, pero aquella noche no se fue al bar. Elena lo vio tan preocupado ante el balcón, las manos en los bolsillos, contemplando las calles desiertas y oscuras, que le decía: «Sal, hombre, sal, que no va a pasar nada», para que no se le contagiara el miedo. Y mi padre respondía:

—Va a pasar, va a pasar, se está preparando una de campeonato.

Por las calles, la policía paraba a los transeúntes y les requisaba las armas de fuego. Al pedir la documentación, si alguien les entregaba el carnet sindical de la CNT, se le confiscaba también o, peor aún, lo rompían en su presencia.

El domingo, soleado de primavera, mi padre, Elena, Tomasín y Teresa y el pequeño Javier fueron a pasear por el parque de la Ciudadela, donde había una ballada de sardanes. Mi padre, taciturno, repetía: «No me gusta nada dejaros solos esta vez», y Elena respondía: «No va a pasar nada».

—Sí va a pasar, Elena. Esta guerra no puede terminar bien para nosotros, eso se ve venir. Tarde o temprano, se complicarán las cosas, nos va a reventar en los morros, y cuando eso ocurra quiero que estemos todos juntos.

Tomasín, para combatir las malas caras y los malos augurios que le horrorizaban, estuvo contando con todo detalle los simulacros de bombardeo que habían efectuado la semana anterior. Sonaban las sirenas en toda la ciudad y los vecinos de la escalera echaban a correr y bajaban al sótano que había debajo de la vivienda de la portera. Allí esperaban pacientemente a que las sirenas les indicaran que ya podían salir. Tenían que llevar un bastoncito atado a la muñeca para morderlo cuando cayeran las bombas; era la manera de evitar que se les rompieran los tímpanos. A Tomasín le parecía muy divertido y emocionante. Una aventura.

Fueron a comer a Ca l'Agustí, en la calle Bergara, que se había convertido en uno de los mejores restaurantes de la ciudad a pesar de las restricciones. El dueño, señor Ros Palau, les confirmó que las cosas se estaban poniendo muy mal. No solo porque los milicianos continuaban empeñados en pagarle con vales, «Vale por un almuerzo», firmado: «El Comité», que luego no pagaba nadie, sino, sobre todo, porque el personal estaba cada vez más excitado, porque el hombre pillaba conversaciones aquí y allí donde parecía que el enemigo no estuviera en el frente sino en la acera de enfrente.

Luego llevaron al niño al Pim-pam-pum Antifascista de la plaza de Universidad para tirar unos pelotazos contra las caricaturas de Franco, Hitler y Musolini, y Tomasín ganó un estupendo coche de lata, muy colorido, que funcionaba con cuerda. Cuando ya se disponían a ir a casa en tranvía, sonaron los primeros disparos.

Sonaron lejos, en la plaza Cucurulla, junto a la calle del Pino, pero fueron disparos de fusil. Si los oyó casi todo el mundo, si resonaron por toda la ciudad, fue porque en el fondo los estaban esperando, se los estaban temiendo. Fue un incidente aislado, un error sin explicación. Pero fueron disparos. De fusil. Y después se sabría que resultó herido un joven libertario.

De noche, en la cama, mi padre abrazó a Elena y le susurró:

—Si pasa algo, ponte en contacto con Miguel.

62

Entre los papeles de Miguel Jinete que Madurga me entregó metidos en aquella maleta desvencijada de mimbre había una libreta escolar, de páginas rayadas para caligrafía y márgenes delimitados por una línea roja, donde había escrito con letras que querían ser góticas: «Día del Sacrificio». Empezaba diciendo: «La vida es como una gran partida de ajedrez. El mundo es el tablero y hay peones y alfiles y torres y reyes y reinas. Y hay jugadores. Hay quien elige pieza y quien elige ser jugador. Yo elegí ser jugador porque tenía miedo. Porque tanto los peones como los reyes tienen que matar o morir, se la juegan, deben atenerse a unos objetivos y puede ser que no lleguen al final de la partida. El rey, concretamente, seguro que morirá. El jugador, en cambio, nunca muere, ni siquiera cuando es derrotado. Siempre tiene la oportunidad de volver a iniciar una partida. Por eso quise ser jugador. Uno se sentía mucho más seguro entre jugadores, allí, en aquel despacho de Vía Durruti que afuera, en las calles, en el tablero, donde los ciudadanos vivían con el ansia de no saber a qué casilla los íbamos a mover y qué misión les íbamos a encargar ni si los íbamos a sacrificar o no.

»Aquella noche del 2 de mayo de 1937, en el despacho del jefe superior, desperdigados en torno a la mesa y el tresillo del rincón, y de pie, alguno apoyado en la pared, nos habíamos reunido siete u ocho jugadores. Bebíamos coñac, fumábamos puros habanos, nos reíamos a carcajadas. Porque sabíamos que a nosotros nadie nos iba a mover ni, mucho menos, a sacrificar. Éramos los que movíamos las piezas.

»Entró el comisario diciendo:

»—Qué. ¿Cuándo vamos a liquidar a los de la FAI?»

No sé quiénes eran los siete u ocho jugadores a que se refiere Miguel. En su libreta, él solo cita el nombre de Artemio Aguadé, consejero de Interior del Gobierno de la Generalitat, y menciona al secretario y a ese comisario que podríamos suponer que fuera el comisario general Rodríguez

Salas. También cita, más adelante, a Valentín Cubero y Luis Valladares, pero queda claro que esos no eran más que escoltas del consejero, meros peones, lo que deja reducido a cinco o seis el número de «jugadores» presentes, uno de los cuales al menos era comunista.

El comisario fue quien entró risueño y formulando la pregunta que ya era una broma en el ambiente de la policía:

—Qué. ¿Cuándo vamos a liquidar a los de la FAI?

Artemio Aguadé (según Miguel Jinete) respondió:

—De eso estábamos hablando. Hay que hacerlo cuanto antes. Esto no se puede soportar más.

El comisario, que venía de guasa, cambió de golpe la sonrisa por la sorpresa y la preocupación. Le pusieron al corriente del tiroteo de aquella tarde, porque había pasado el domingo en el campo. Unos jóvenes idiotas del Estat Català habían disparado contra jóvenes libertarios y le habían dado a uno en el pecho. Precisamente cuando los chicos del Comité Regional de Juventudes Libertarias estaban hablando de que no debían dejarse arrastrar a la lucha.

—La bomba está a punto de estallar —dijo Artemio Aguadé después de un suspiro—. En los locales de sindicatos y asociaciones políticas se están haciendo turnos de guardia, y todo el mundo va armado. Por la calle hay quien lleva granadas en el bolsillo. La bomba está a punto de estallar y más vale que la hagamos estallar nosotros, si queremos controlar los daños y las consecuencias. Estamos en guerra. En guerra contra los franquistas, quiero decir. No entre nosotros.

—Desgraciadamente, entre nosotros también —se quejó alguien—. Y el presidente Companys el primero. Desde que aplastaron el levantamiento con su salvajismo primitivo, y les dijo: «Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña». ¡Se lo tomaron al pie de la letra! Les dijo: «Si no me necesitáis o no me queréis, me iré». Y le dijeron: «No, quédate, quédate, pero calladito». Y aquí nos tenéis, calladitos, en manos de esas patrullas de control del tal Dionís Eroles. Perdiendo la guerra.

Intervino Miguel Jinete.

—Si empezamos a hablar del tema —y todos se volvieron a mirarlo. «¿Quién es ese?»—, si empezamos a hablar del tema, tenemos que actuar de inmediato. Que sea un dicho y hecho. Porque uno nunca sabe de quién se puede fiar. Si ahora hablamos de acabar con los anarquistas —murmuraban: «Es un experto en anarquismo»—, hay que ir a por ellos inmediatamente. Porque recuerdo que aquí ya se habló de eso. En un despacho de esta casa, Andreu Revertés en el mes de enero pasado ya habló de acabar con la FAI de una vez por todas. Y a la reunión asistía un tipo llamado Durán que corrió a contárselo a Dionís Eroles. Y el día 3 de diciembre, como recordaréis, Andreu Revertés apareció asesinado. En Martorell.

Una oleada de incomodidad sobrevoló a los reunidos. Nadie ignoraba que el chivato llamado Durán militaba en Esquerra Republicana de Catalunya, y el que presidía aquella mesa, Artemio Aguadé, pertenecía a Esquerra Republicana de Catalunya. Miguel acusó la mirada torva del consejero, pero continuó hablando sin perder el aplomo:

—O sea que propongo que esto sea un dicho y hecho. Soy especialista en el tema del anarquismo y os puedo asegurar que son peligrosos. No solo porque van armados y tienen bombas de mano y son primitivos y destructores, sino porque hay soldados en puntos muy destacados y estratégicos, que controlan cañones antiaéreos y carros blindados.

—Necesitamos un pretexto —dijo el comisario.

—Está el asunto de la harina —murmuró el que debía de ser comunista—. No hay harina en Barcelona por culpa de la CNT.

—¡Por favor! —saltó otro, fastidiado, quizá irritado por el miedo—. No toques eso. La Consejería de Abastos es de los comunistas y todo el mundo sabe que son ellos quienes están especulando con la harina… digáis lo que digáis.

—No hay pretexto que valga —intervino de nuevo Miguel, saliendo al paso de discusiones que podían alejarles del tema principal—. Los anarquistas saben perfectamente que el cónsul de Rusia, ese Antonov Comosea y el representante del Komintern, el húngaro Geró o Comosellame, nos están presionando para acabar con ellos. Es un clamor popular. O se van los anarquistas o nos quedamos sin armas rusas, sin camiones rusos, sin el apoyo ruso, y sin eso no somos nada. Lo saben los anarquistas y lo sabe todo el mundo. ¿Por qué los estamos desarmando por la calle? ¿Por qué les rompemos el carnet de la CNT? ¿Por qué organizan mítines para decir a sus jóvenes que no se dejen arrastrar a la lucha? Saben perfectamente que vamos a por ellos. En el hotel Falcón, en las Ramblas, ayer estaban repartiendo cinturones y cartucheras. No necesitamos ningún pretexto. No engañaremos a nadie —sentenció—: Lo que necesitamos es un chivo expiatorio.

Un silencio helado.

—¿Un chivo expiatorio?

Y dijo Miguel:

—El POUM.

—¿El POUM?

—Sí, el Partido Obrero de Unificación Marxista. Los trotskistas de Maurín y Andreu Nin.

—Sí, ya sé, ya sé. ¿Pero el POUM? —quien preguntaba lo hacía conociendo la respuesta. Estaba poniéndole a prueba. Como en un concurso, como para asegurarse de que Miguel Jinete se movía por los ideales correctos—. ¿Por qué el POUM?

—Porque no podremos acusar directamente a los anarquistas de nada. Porque, hasta ahora, Barcelona ha sido la capital del anarquismo. Porque los anarquistas son héroes y tienen mucho apoyo popular.

—Pero… No entiendo. Vamos a ir contra los anarquistas, ¿no?

—Hay que aprovechar la confusión. Anarquistas y trotskistas se confunden en una amalgama. Atacar a los trotskistas es atacar a los libertarios. Si construyen una barricada, los dos estarán al mismo lado, codo con codo; disparar contra unos significa disparar contra los otros. Pero, cuando se evapore el humo, cuando hayamos ganado, diremos que nuestro objetivo real era el POUM, porque ellos son los contrarrevolucionarios, la quinta columna de Franco, fascistas, traidores, asesinos, cobardes, lo que sea.

—Pero los del POUM —se resistía uno aún—… La mitad de las Brigadas Internacionales son del POUM. Y están luchando en primera línea de fuego.

—Pero no son nada —insistía Miguel como un iluminado—. Son trotskistas, heterodoxos, no están con nadie, son los críticos, los criticones, los tocacojones, no siguen las consignas de la III Internacional, en Rusia acabaron con ellos igual que con los anarquistas. Trotsky ha sido deportado a Siberia o no sé dónde. El consulado ruso ya ha insinuado que ese diario del POUM, La Batalla, tiene tendencias fascistas, ya los hemos expulsado de todos los cargos de responsabilidad que ocupaban. Son minoría, no son nadie. ¿Sabéis lo contentos que se van a poner los rusos cuando digamos que la culpa de todo la tienen los trotskistas? Si lo hacemos así, seguro que nos envían unos cuantos aviones más, de propina. Pero, volviendo al tema, estamos de acuerdo en que hay que cortar las alas a los anarquistas, ¿verdad?

Siguió un silencio durante el cual pareció solidificarse el humo de los habanos. Había cambiado la expresión de los presentes.

—Hay que recuperar la industria de guerra colectivizada por los anarquistas —admitió uno—. O sea que sí, que hay que cortarles las alas.

—Hoy mismo —añadió otro.

—Mañana —murmuró Artemio Aguadé, cejijunto, después de consultar el reloj.

—¿Por dónde empezaríamos?

—Por la Telefónica —apuntó el comisario, como si hubiera pensado mucho sobre ello—. Es un centro de comunicación vital y, mientras la controlen ellos, estaremos controlados nosotros.

Unos minutos después, se levantaban todos, se ajustaban las corbatas, se ponían los abrigos. Tomaban sus sombreros quienes todavía se atrevían a llevarlos protegidos por su categoría de policías. Fueron saliendo. Quienes hablaban lo hacían con susurros crispados. «… Queda claro que este Jinete es comunista… Solo le interesa tener contentos a los rusos…»

Artemio Aguadé, consejero de Interior del Gobierno de la Generalitat, se detuvo ante Miguel y le sonrió.

—Así que tú eres el famoso Miguel Jinete —una pausa. Miguel no dijo nada—. Por lo visto, sabes mucho de anarquistas. Dicen que vives entre ellos, como uno de ellos. Y también sabes mucho de confidentes —añadió endureciendo la expresión, para demostrar que no había olvidado la alusión al «tal Durán de Esquerra Republicana»—. Bueno, pues te vas a quedar aquí, de retén, hasta nueva orden. No me gustaría que fueras por ahí contando a tus amigos anarquistas

lo que aquí hemos hablado.

Miguel se quedó de piedra.

—Pero si he sido yo quien ha hablado. Si los anarquistas van a por alguien, será a por mí.

—Dame tu pistola.

«A veces, los jugadores nos estorbamos los unos a los otros. No hay que olvidar que, por encima de la gran guerra de las piezas en el tablero, está la competición entre las mentes pensantes que las mueven. De vez en cuando debemos recordar que nuestro enemigo no es el rey negro sino el camarada que está al otro lado de la mesa.»

Artemio Aguadé le presentó a sus dos escoltas, jóvenes fornidos que no habían bebido coñac ni habían abierto la boca en toda la noche.

—Son Valentín y Luis. Se van a quedar contigo hasta que la Telefónica sea nuestra.

Miguel había desenfundado la pistola. La entregó como si no tuviera nada que ocultar.

—No te preocupes —añadió el consejero—. No tendrás que esperar mucho. Ahora iremos a dormir un poco y mañana, después del almuerzo, mandaremos nosotros.

63

El lunes al amanecer, mi padre salió de esta casa de Gran Vía con Entenza, donde ahora escribo, y se fue, a pie, Entenza arriba, pasando por delante de la cochera de los tranvías y de la cárcel Modelo, hasta el cuartel de Vorochiloff. Tenía la sensación de que abandonaba a su esposa y a su hijo a un gran peligro.

Confiaba en la ayuda de Miguel Jinete como otros confían en la ayuda de Dios.

Se encontró con Chueca, que venía encendido.

—Tendríamos que quedarnos para matar a todos los putos comunistas —le dijo entre dientes, mirando de reojo y con odio al teniente que les daba órdenes.

Montaron en el viejo Chevrolet y salieron de Barcelona.

—Bueno —dijo Chueca con un suspiro, y carraspeó—, me comentabas el sábado que no hay que decir nunca «Buen provecho», ni «Ustedes gustan»…

Mi padre suspiró también antes de proseguir la conversación:

—Ni «Mucho gusto» ni «El gusto es mío».

—No jodas.

Entretanto, Miguel Jinete había pasado la noche en la sala de visitas, en compañía de Luis Valladares y Valentín Cubero, los dos escoltas de Artemio Aguadé.

«… Hay fichas muy valiosas que uno desea y debe preservar a toda costa. Fichas sin las cuales uno corre el riesgo de verse mutilado, cojo, ciego, ante las acometidas del adversario. Pero también hay momentos en que el jugador se plantea: "¿Por qué? ¿A qué viene tanto empeño por defender esta pieza? ¿Qué gano teniéndola ahí?". Hay ocasiones en que perder una torre, un caballo, una reina, es inevitable e incluso aconsejable, por mucho que nos duela.»

El escrito de Miguel sobre el jugador de ajedrez utilizaba este párrafo para reflexionar sobre Juliol. Si hubiera podido correr en su ayuda la noche del 2 de mayo, le habría advertido, tal vez incluso le habría confesado que era policía y le habría convencido de que desistiera de llevar a cabo sus planes delirantes. Pero dudaba: ¿le habría advertido realmente? ¿Le habría confesado que era policía? ¿Le habría convencido de que desistiera de llevar a cabo sus planes delirantes? ¿Y qué respuesta esperaba obtener de Juliol?

Dice en sus notas que aquella noche se rindió, se tumbó en el sofá y trató de dormir. No dice que durmiera sino que trató de dormir. Lo imagino toda la noche con los ojos abiertos, la mente llena de recuerdos de Juliol, el hombre eternamente agarrado al vaso de aguardiente, el que le enseñó a leer y a escribir, el que lo llevó de la mano por primera vez a visitar el lejano mundo de los ricos, mundo imposible e irreal de sombreros de copa y abrigos de pieles y automóviles. Los abrazos de Juliol y el olor penetrante y adorable que se desprendía de él. «¿Por qué? ¿A qué viene tanto empeño por defender esta pieza? ¿Qué gano teniéndola ahí?».

Por la mañana, cuando le subieron el desayuno, trató de convencer a sus guardianes de que le dejaran libre.

—Se está preparando algo terrible. Los anarquistas lo tienen todo preparado para dar la réplica si se sienten agredidos. Si intervenimos ahora, quizá evitaremos daños mayores.

Valentín Cubero, muy recio y severo, insobornable, replicó con acritud:

—¿Sabes algo que no nos has dicho?

Calló Miguel, inquieto, para no verse acusado. Y pasaron un par de horas más. Recorriendo de un lado para otro el amplio despacho del director.

—Bueno, sí, sé algo. Y necesito vuestra ayuda.

Los dos escoltas plantados ante él como inquisidores.

—¿Qué sabes?

—Hay un tipo en Poblenou. Tiene un gran cargamento de armas y municiones, y dinamita, sobre

todo dinamita, oculto en alguna parte. Hace años que viene diciendo que un día los comunistas irán a por los anarquistas, como en Rusia, y hace años que viene elaborando un plan de réplica. Hará estallar un camión de explosivos, no sé dónde, y al mismo tiempo intervendrán las baterías de antiaéreos de Montjuïc, que están dirigidas contra la ciudad, y una compañía de carros blindados se lanzará sobre la plaza de la Revolución y atacará la Generalitat.

No le creyeron. No le quisieron creer. Supusieron que les contaba aquello con alguna oscura intención.

—Anda ya —escupió Luis Valladares, despreciativo—. ¿Por qué no lo habrías dicho antes? —Miguel no sabía qué responder—. Y, si lo sabías, ¿por qué no detuviste a ese tipo y a su grupo? ¿Les has dejado campar, tan tranquilos, para que se fueran armando y armando? ¿No habría sido mejor neutralizarlos antes de que terminaran de acumular ese arsenal?

—Hablaré con el consejero —dijo Valentín—. Él sabrá qué hacer.

—No —Miguel se puso ante la puerta para cerrarle el paso—. No, por favor. Tengo que ir yo en persona. Esto tenemos que arreglarlo nosotros —el otro se disponía a hacerlo a un lado de un empellón, de manera que rectificó—: Bien, de acuerdo, es mentira, me lo he inventado.

—¿Por qué te lo has inventado?

—Porque… —mintió—: porque sé dónde guardan los milicianos un tesoro en oro y plata y piedras preciosas que sacaron de las iglesias. Solo quería llegar yo antes que nuestros compañeros. El que llegue primero se lo va a quedar.

Luis Valladares y Valentín Cubero se miraron. Acaso en los ojos del primero hubiera un asomo de codicia, pero no en los de su compañero, incorruptible. Miguel se trasladó a un rincón. Y pasó otro largo rato. Siempre pendientes de los ruidos procedentes del exterior. Cada petardeo de motor de coche les parecía el inicio de un tiroteo. Un sobresalto y, luego, nada. No llegaba nunca, no pasaba nada. Miguel se tranquilizaba con la idea de que, si nadie asaltaba la Telefónica, Juliol no tendría que poner en marcha su plan.

Valentín Cubero fue a comprar algo para comer.

—Y… —dijo Luis durante su ausencia—… eso que has dicho del tesoro…

—Me lo he inventado.

—Vamos.

—Me lo he inventado, de verdad. Sé que hay almacenes como el que digo, llenos de tesoros, sé incluso que hay tipos que se los han ido llevando en barcos al extranjero. Pero no sé dónde están.

Luis frunció los ojos.

—¿Qué te traes entre manos?

Miguel ya había abandonado. Decidió que no podía hacer nada por Juliol.

—Nada.

Llegó Valentín y comieron sardinas con pan negro. Y ya eran las dos. Y bebieron cerveza, y se hicieron las dos y media. Y en todo el edificio resonaron botas a la carrera y el estrépito de chasquidos metálicos de cerrojos de mosquetones. Movilización general. Por fin. Gritos de mando.

—¿Y si fuera verdad? —soltó Valentín Cubero de repente.

—¿Verdad? —se sobresaltó Luis Valladares—. ¿Lo del tesoro?

—No. Lo de la conspiración anarquista. Los antiaéreos dirigidos contra la ciudad, los carros blindados, el camión de dinamita…

Miraron a Miguel.

Entonces, les llegaron los disparos, como truenos de una tormenta lejana. Un destacamento de guardias de asalto comandado personalmente por Rodríguez Sales, comisario general de Orden Público de la Generalitat, acababa de llegar a la Telefónica y sus ocupantes los habían recibido a tiros desde las ventanas. Desbandada. En segundos, la batalla campal. Los transeúntes gritaban y echaban a correr en busca de un refugio donde guarecerse.

—¿Dónde irías?

—Primero, al Centro Libertario de Poblenou, para ver si estamos a tiempo de pararles los pies. Si llegamos tarde, tendremos que ir adonde esconden las armas.

—¿Sabes dónde las tienen escondidas? —se escandalizó Valentín.

Miguel asintió:

—En el cementerio —y, en seguida—: Ese tipo, el que lo ha organizado todo, es… como mi padre, el hombre que me enseñó todo lo que sé. Por eso, no… —tragó saliva. Acababa de entregarse a ellos en cuerpo y alma.

Valentín Cubero se levantó y se dirigió al teléfono. Miguel y Luis le vieron descolgar el auricular y pulsar el botón que lo comunicaba con la telefonista. Pidió que le pusiera en comunicación con el castillo de Montjuïc, concretamente con el comandante en jefe de artillería encargado de la batería antiaérea. Tuvo que esperar un tiempo, crispado por las detonaciones que llegaban de la cercana plaza de Cataluña.

Habló:

—Soy el inspector Valladares de la policía. Le hablo desde la Comisaría General de Orden Público, con motivo de los disturbios que acaban de producirse en el centro de la ciudad. Debemos asegurarnos de que podemos contar con sus efectivos ante cualquier eventualidad —

calló. Escuchó apenas cinco segundos y cortó la comunicación. Se volvió hacia Luis y Miguel y dijo—: Me acaba de enviar a tomar por culo. Dice que nos van a joder vivos, a todos los comunistas de mierda. Exactamente ha dicho «putos rusos comunistas asesinos de mierda».

No hubo que decir nada más. Salieron corriendo. Bajaron las escaleras estrechas que conducían a la calle Mieres. Salieron a Vía Durruti a tiempo de ver pasar un par de camiones cargados de muchachos con pañuelos rojinegros al cuello, con fusiles y pistolas ametralladoras, en dirección a la plaza Cataluña. Alguno disparaba contra las azoteas. El guardia de asalto que custodiaba la puerta, muy asustado, les dijo que no quedaban coches, que se los habían llevado todos.

Saltaron a la calzada y abordaron la camioneta de un pintor de brocha gorda, con su escalera y sus botes de pintura, que se había detenido al paso de los anarquistas.

—Queda incautado este camión —gritó Valentín al tiempo que arrastraba al conductor fuera del vehículo y ocupaba su lugar al volante. Luis y Miguel subieron con él—. ¿Dónde está ese Centro Libertario?

—Yo te guío —le dijo Miguel Jinete.

La flamante radio que Miguel había incluido entre los enseres del piso de la carbonería interrumpió el programa musical para dar la noticia de que fuerzas policiales estaban combatiendo en la plaza de Cataluña contra «fuerzas atrincheradas en el edificio de la Telefónica». Parecía que el locutor estaba tan pendiente de lo que sucedía en la calle como el resto de los ciudadanos y, apenas había sonado el primer tiro, se había abalanzado sobre el micrófono para dar la voz de alarma: «¡Ha empezado el Fin del Mundo!».

Víctor estaba en cama, convaleciente, inmóvil para hacerle caso al doctor, reposo absoluto, y Carmen le leía una novela, Crimen y castigo, las tribulaciones del pobre asesino Raskólnikof. «… A cambio de una sola vida, miles de seres salvados de la corrupción. Por una sola muerte, cien vidas. Es una cuestión puramente aritmética…» Una lámpara de pantalla de pergamino concentraba toda su luz en el hermoso y enérgico perfil de Carmen, en sus manos pequeñas y huesudas. Caraqueso jugueteaba en el suelo con Eduardo, parloteando los dos, diciendo nonadas. Y la radio interrumpió un cuplé. Cuando se escuchó la noticia, Carmen y Víctor apenas tuvieron que intercambiar una mirada para entenderse. Pensaron en Juliol.

—Voy yo —dijo ella.

—No, Carmen. Tengo que ir yo.

Caraqueso quién sabe en qué pensó. Tal vez solo «me voy a tener que quedar sola con el niño otra vez».

—Tendrás que quedarte con el niño, Doll —anunció Carmen.

Y ella dijo:

—Claro.

Víctor salió torpemente de entre las sábanas. Se vistió con la ayuda de Carmen. Tiritaba.

—Era miedo —me confesó Víctor cuarenta años después—. Desde que me habían herido, me sentía débil y vulnerable y nunca había sentido tanto miedo de morir.

Veinte minutos después ya estaban recorriendo las calles del Poblenou, donde los vecinos bajaban las metálicas y estrepitosas persianas de sus negocios, y pudieron ver a la gente lanzándose escaleras del metro abajo, pensando solo en buscar refugio en sus casas.

Miguel y los otros dos policías tuvieron que frenar en seco una travesía antes de llegar al Centro Libertario, ante cuya puerta unos hombres estaban construyendo un parapeto con muebles, y tres o cuatro milicianos armados oteaban el horizonte en busca del enemigo atacante. Alguien se fijó en los policías y paralizó todo movimiento, alerta, preguntándose si debía dar la voz de alarma o no.

—No des marcha atrás —recomendó Miguel—. Nada de movimientos bruscos. Bajemos de la camioneta y vayamos hacia la esquina con calma. Ya correremos cuando no nos vean.

—¿Y dónde hay que ir ahora? ¿Al cementerio?

—No está lejos.

Se apearon del vehículo del pintor de brocha gorda y caminaron tranquilamente mientras los hombres armados, cien metros más allá, los señalaban, se daban codazos, se preguntaban: «¿Y esos?», «Espera a ver». Alguno debió de decir: «Espera a ver», porque no dispararon.

Me dijo Víctor:

—Siempre me había gustado mucho el cementerio de Poblenou. Ya de pequeño, me parecía un lugar misterioso, atractivo como una casa de fantasmas. Mi madre, o mis hermanos, me habían contado historias tremendas ambientadas en aquel escenario. Los muertos salían de sus tumbas y hacían fiestas algunas noches. Un hombre fue enterrado vivo y, cuando consiguió levantar la losa de su sepulcro, se encontró con una multitud de cadáveres putrefactos que le daban la bienvenida. Luego nos colábamos con Miguel, de noche, saltando el muro, para comprobar si las leyendas eran verdad, y recorríamos aquellas calles conscientes de que los panteones estaban llenos de muertos. No sabes lo excitante que resultaba eso.

»Es una fachada neoclásica, rectilínea, simétrica y racional, sin cruces ni vírgenes, con una puerta que da la sensación de ser pequeña, como el acceso a una cripta. Y, sobre todo, en la fachada principal, a ambos lados de esa puerta, hay dos triángulos enormes con aberturas en medio, como ojos, que te hacen pensar en ese símbolo que representa que Dios todo lo ve. Sin embargo, nunca tuve la sensación de que aquel fuese un recinto sagrado, ni de curas ni de nada por el estilo. Al contrario, aquello respiraba muerte, demonio, pecado, algo impuro, sumamente tentador.

»Bueno, pues aquel día, cuando llegamos con Carmen y encontramos abierta la verja de par en par y entreabierto el portón, pensé en ladrones de tumbas y en profanaciones nefandas, pero se diría que los sacrílegos no habían podido ir más allá de aquella entrada. Volví a ver aquel recinto

tan misterioso como años atrás, tan profano, herético y diabólico, pero ya no me pareció que se desprendiera de él magnetismo alguno. Al contrario: me detuve asqueado y Carmen tuvo que tirar de mí.

Atravesaron aquella especie de túnel oscuro, y tuvieron que bajar unas escaleras antes de llegar a la ciudad de los muertos, ordenada racionalmente en calles flanqueadas por elevados edificios de nichos, que desembocaban en plazas amplias decoradas con jardincillos, donde se agrupaban las grandes residencias, los mausoleos señoriales de los poderosos. Quieta ciudad de los muertos que parecía réplica en miniatura de la urbe que bullía más allá del muro.

A Víctor se le ocurrió lo mismo que a Miguel: Juliol necesitaba un camión para sus planes, y por allí no podía entrar un camión. Solo había un acceso posible, en el otro extremo del camposanto. Empujó a Carmen en aquella dirección. Le ardían el pecho y la cabeza, como si estuvieran a punto de estallar.

Miguel, Valentín y Luis habían ido directamente a la calle de Rera el Cementiri Vell hasta encontrar abierto el portón de hierro que daba a la amplia esplanada por donde entraban los carruajes y se ponía la tarima del discurso final en los funerales de grandes personalidades.

El camión estaba en la calle del fondo. Allí asomaba su morro. Habían dado un par de zancadas cuando un hombre salió de la nada, como un fantasma. Llevaba una pistola en la mano. Gritó: «¡Eh!», y se interrumpió como quien se muerde la lengua. Había reconocido a Miguel. Era Segura, aquel estudiante de gafas que siempre formulaba preguntas usando la palabra «exactamente».

—¡Miguel! —parpadeaba, agarrotado e indeciso, miraba a Luis y a Valentín, nervioso hasta el frenesí—. ¡La policía ataca a la clase obrera!

Miguel supo de inmediato que no era bienvenido. Que había perdido la confianza de Juliol. Debería haberlo supuesto cuando su mentor no lo había invitado al gran acontecimiento.

Se acercó a Segura como para hacerle algún tipo de confidencia, le agarró de la muñeca, le retorció el brazo en la espalda y le arrebató la pistola. Lo hizo caminar delante de él hacia el camión.

Era una calle con nichos a un lado y panteones al otro. Juliol y un par de jóvenes estaban cerrando la caja del camión, ya habían terminado de cargarlo, echaban los cerrojos. Se quedaron estupefactos al verlos.

—¡Juliol, espera! —dijo Miguel.

Y Valentín:

—¡Policía!

Y Luis:

—¡Arriba las manos!

Cuando sus ojos vidriosos y miopes se fijaron en Miguel, Juliol se convirtió repentinamente en un anciano. Lo demudó una sombra de fatiga. Quiso pronunciar la palabra «Miguel» y no le salió. Movió la mano desmayada hacia sus hombres que ya levantaban las armas.

—Juliol —dijo la voz firme de Miguel Jinete—. Deja eso. Basta ya. Hemos perdido la batalla. Déjalo. Hay que ganar la guerra.

—¿Hemos? —soltó al fin el viejo anarquista—. ¿Hemos perdido la batalla? ¿A qué te refieres? ¿De qué hablas? ¿De ti? —vibraba el sollozo en su garganta.

—Deja eso, Juliol.

Víctor y Carmen habían pasado junto a panteones monumentales. Estatuas de mármol representaban a ángeles que asistían a personas yacentes y pacientes. Durante aquel recorrido, Víctor tomó conciencia de que un cementerio es un depósito de dolor. «Que descanse en paz», porque si no descansa en paz ninguno de nosotros lo haremos al morir. «No te olvidamos», no queremos olvidarte porque, si lo hacemos, nadie se acordará de nosotros cuando muramos. Resurrectionis horam mortuorum exspecto, porque sería demasiado horrible que no hubiera otra vida mejor. Un cementerio es un pozo negro de dolor y angustia, es una tenebrosa nada donde se va acumulando aquello que más ha aterrorizado a la Humanidad desde el principio de los tiempos.

Víctor se ahogaba, muy pálido, al borde del desmayo. Carmen temía una recaída, la neumonía con que les había amenazado el médico. Pero no podían detenerse. «No te pares, no te pares», resollaba él con voz estrangulada. Unas voces al fondo les guiaban el camino. Gritos crispados.

Recorrieron la calle de nichos pegados a la pared, desembocaron en un espacio abierto ocupado por grandes sepulcros y Víctor pudo ver a Juliol y a otras tres o cuatro personas junto a un camión y, más allá, a Miguel protegiéndose detrás de aquel estudiante ingenuo que se llamaba Segura y encañonando al viejo maestro con una pistola. Todos presididos por una talla espeluznante que representaba a un esqueleto alado besando a un hombre desnudo y exánime. El beso de la muerte.

—Deja eso, Juliol.

—Todo se confunde —balbució el viejo maestro, temblando de rabia—. Es el caos, el mundo al revés. Esto es la revolución. Todo mezclado, anarquistas con trotskistas del POUM, socialistas y comunistas en el PSUC… Lo de arriba abajo, lo de abajo arriba. Marxistas atacando a los obreros, hijos matando a sus padres…

—¡Sí, Juliol, el mundo al revés! —le interrumpió Miguel a gritos, con idéntica furia y sentimiento—. Camaradas que se devoran entre sí mientras los fascistas se van apoderando del mundo. Tú quieres destruir lo que tienes, Juliol, y los fascistas también quieren destruir lo que tenemos. ¿Piensas aliarte con ellos, Juliol? ¿Quieres facilitarle el trabajo a Franco? ¿Volar la Generalitat, diezmar a nuestros hombres, distraer la atención de los hombres que mueren en el frente?

—¡Nos estamos defendiendo! —aulló el viejo—. ¡Vosotros queréis matarnos! ¡Solo nos estamos

defendiendo!

—No puedo permitir que lo hagas, Juliol. Deja eso y vete a casa.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, a mí? ¿Vas a enseñar a tu padre a tener hijos?

—Di a tus hombres que tiren las armas y tengamos la fiesta en paz.

—Eres un sucio hijo de puta —gruñó Juliol. Y metió la mano en el macuto que llevaba colgado. «Eres un sucio hijo de puta», con todas las letras y toda la intención—. Hijo sucio de una carbonería. ¡Hijo del infierno!

Salió su mano del macuto armada con una granada. Si la echaba dentro de la caja del camión, haría explotar la dinamita que lo llenaba y se desencadenaría el Apocalipsis. Sus acólitos levantaron las armas. Miguel empezó a disparar al mismo tiempo que avanzaba hacia el vehículo, empujando al aterrorizado Segura delante de él. Valentín y Luis también dispararon. Y los hombres de Juliol echaron a correr en todas direcciones y apretaron sus gatillos. Juliol había arrancado ya la espoleta de la bomba, tirando de la frágil cinta, cuando recibió los impactos del arma de Miguel.

Hay instantes en que se para el mundo y aquel era uno de esos instantes.

Cayó el viejo como si le hubieran roto las piernas y, ya en el suelo, se produjo la explosión, una explosión de mierda, apenas un petardazo, y su cuerpo saltó como un pelele y quedó quebrado y grotesco entre las ruedas del camión. La deflagración no había alcanzado la dinamita.

Sin detenerse, Miguel disparó a la sien de Segura, dejó el cadáver por el camino, como un desecho, y se subió al estribo del camión, valiente, a pecho descubierto, para defenderlo. Alrededor, resonaban ensordecedoras las armas disparadas de cualquier manera. Humo de pólvora y silbidos de balas. Tiraba alguien parapetado tras el grupo escultórico del Beso de la Muerte. Valentín le replicó desde lo alto de un edificio de nichos donde se había encaramado usando una larga escalera. Apareció de la nada Súñer, el barrendero, aquel hombrecillo calvo, cabezón y dispuesto a cualquier cosa. De pronto, estaba corriendo hacia el camión con los ojos enrojecidos por la locura, empuñando un fusil con la intención de dispararlo contra el interior del camión y provocar el cataclismo. Miguel lo encañonó y apretó el gatillo antes de que llegara a su objetivo. Pam, y le dio en su cabezón, en aquella expresión voluntariosa, «si hay que hacer la revolución se hace y ya está». Pam, y Súñer fue de cabezón al suelo y siguió aquel brusco silencio, el gran vacío, la gran nada negra.

Valentín y Luis se acercaron a Miguel, en tensión todavía, atentos a posibles supervivientes, con las pistolas calientes y humeantes en la mano.

Miguel dirigió su mirada hacia donde estaban Víctor y Carmen, dándoles a entender que hacía rato que se había percatado de su presencia. Y que no había podido evitar lo sucedido.

Víctor no podía respirar, aturdido como si le acabaran de golpear en la cabeza con una barra de hierro. Boqueaba sin palabras. Y también lo vi aturdido y se quedó mudo, los labios apretados, mientras me lo contaba, tantos años después. Agarró una servillera de papel y procedió a

limpiarse las gafas después de humedecerlas con el aliento. Cuando se las quitaba, parecía que se aislase del mundo, como si momentáneamente se encerrara en un reducto muy íntimo y exclusivo.

Me dijo:

—En aquel instante, fui absolutamente consciente de mi impotencia, de la mía y de la de todo el pueblo idealista, ingenuo, que pensaba que un día sería posible cambiar el mundo. Todas aquellas ideas utópicas de igualdad, fraternidad y libertad, el reparto de la riqueza, la abolición de la esclavitud, todo se va a la mierda cuando algún imbécil aprieta un gatillo, sea del bando que sea. Comprendí que es inútil tratar de arreglar este mundo, porque la esencia del hombre es la maldad, la torpeza, la idiotez, y cada vez que hemos querido erigir el templo de la Bondad, ha tenido que venir un papanatas a derribarlo. No merece la pena vivir aquí. Lo pensé en ese momento y todavía lo pienso. Aquella experiencia marcó mi vida para siempre. Vivimos por inercia, porque no pensamos, porque nos da mucha pereza morir y nos acostumbramos a vivir entre maldad y mezquindad y miseria y egoísmo y estupidez a base de convencernos de que, de vez en cuando, lo pasamos bien. No hay forma de describir la desolación de un momento como aquel. Miguel matando a Juliol. Qué asco. Qué asco de todo. Me fui. Carmen dijo: «Qué hijo de puta, siempre dije que era un asqueroso hijo de puta», tiró de mí, y nos fuimos.

—¡Víctor! —gritó Miguel.

Valentín y Luis iban a salir corriendo tras las dos presencias que desaparecían entre las tumbas, pero Miguel los detuvo:

—¡No! Dejadles —y un sollozo deformó su grito hasta el punto de que Valentín, que estaba a su lado, no pudo evitar consolarlo con un abrazo.

Miguel terminaba su descripción de la muerte de Juliol con una palabra en punto y aparte:

Lloré.

64

«4 de mayo de 1937.

»Día del Sacrificio.

»… En ocasiones, hay que sacrificar alguna pieza. Es una decisión difícil, incluso dolorosa, y te puedes equivocar, pero…»

El resto de aquel día 3, mientras en la ciudad dejaban de funcionar los tranvías y la sensatez en general, y se desataba una batalla tan furibunda como la del día del levantamiento, Miguel Jinete

lo pasó en la Comisaría General de Vía Durruti escribiendo un largo informe y sometiéndose al interrogatorio de sus superiores. Incluso el consejero Aguadé quiso ir a verle un momento, antes de recibir al president Companys, que llegaba desde Benicarló.

Se rindieron a la evidencia de que Miguel Jinete había desmantelado una importante y peligrosa conspiración de los anarquistas, y se olvidaron de preguntar por qué no lo había denunciado antes o si podrían continuar confiando en él. Valentín Cubero y Luis Valladares certificaron el terrible sacrificio que había representado para él acabar con el cabecilla de la trama porque habían sido testigos de la muerte de Juliol y sabían lo que aquel hombre significaba para Miguel.

Él, sin embargo, conservó su actitud impertérrita y dura para asegurar que no terminaba allí el conflicto. Aseguró que, si bien los anarquistas tenían el defecto de ser desorganizados e indisciplinados, eso les daba la ventaja de agruparse en células muy distintas y distantes entre sí. Y liquidar a una de esas células no era garantía de haber terminado con ellos, ni siquiera con una mínima parte. Cabía suponer que habría otras muchas cuadrillas autónomas por la ciudad dispuestas a tomar las armas. Basándose en ello, pidió libertad de movimientos para el día siguiente. Sus jefes comprendieron que, después del valioso servicio prestado a la República, se retirase a su casa, abatido por la melancolía.

Cuando salió de comisaría, y ya había barricadas por toda la ciudad, se armó de coraje para ir a visitar a Víctor y a Carmen al piso de la carbonería. No estaban allí. Solo encontró a la Caraqueso aburrida y al niño dormido.

—No sé dónde están. No me han dicho nada. No han venido en todo el día.

No respondió al teléfono a las dos de la madrugada, cuando lo reclamaban porque los anarquistas estaban asaltando el Palacio de la Generalitat. Y, a las diez de la mañana del día 4, limpio y fresco, vestido con un traje gris sobre camisa sin cuello, como un vulgar asalariado, ya se dirigía a la calle Cortes, donde estaba el bar El Tranvía. Llevaba la pistola Astra A-40 del 9 largo metida en su funda de cuero, bajo el faldón de la chaqueta y sobre el glúteo derecho. Lleno el cargador de ocho cartuchos y dieciocho balas más sueltas en el bolsillo.

Tuvo que dar un rodeo por la calle Diputación para evitar el intenso combate que se desarrollaba cerca de la Universidad, frente a la sede de las patrullas de control. Un caballo y dos hombres muertos en medio de la calzada, guardias de asalto disparando parapetados detrás de los plátanos de la calle. Ese penetrante silbar de las balas.

El bar El Tranvía tenía la persiana metálica echada a medias, pero Miguel sabía que encontraría a sus dueños en el interior porque vivían allí. Se agachó para entrar.

Solo un par de velas encendidas ponían luz a la espesa penumbra.

—¿Quién anda ahí?

Sifrot surgió de entre las sombras, detrás de la barra, y, al verle, frunció el ceño. No sonrió como solía, ni le abrió los brazos. Torció el gesto.

—Salve, camarada —le dijo Miguel, como en los viejos tiempos.

—¿Qué haces aquí?

Juliol había advertido a los miembros de «Progreso Hoy» que no debían fiarse de Miguel Jinete. Los había puesto contra él.

—¿Dónde está tu mujer? Que venga.

Sifrot no estaba dispuesto a obedecer sus órdenes ni sus malos modos. Miguel tuvo que esgrimir la pistola y ponérsela a dos dedos del pecho.

—Dile que venga.

—Conchita. Ven.

Llegó Conchita y, al ver a Miguel y su pistola, se quedó plantada, con las manos unidas a la altura del pecho, estrujando una bayeta. Tomó una bocanada de aire interminable, hinchando el pecho como si no hubiera suficiente aire en todo el bar para evitarle la asfixia. Como si se encontrara en una situación temida y descorazonadora.

—¿Dónde están los otros del grupo?

—¿Para qué quieres saberlo?

—¿Dónde están los otros del grupo?

—¿De parte de quién estás, Miguel?

—¿Dónde están los otros del grupo?

La pistola.

—Están con Juliol.

—No están con Juliol. ¿Dónde están los otros del grupo?

—Eres policía, ¿verdad?

—Te voy a matar Sifrot. A ti y a tu mujer.

—No sé dónde están —temblor en la voz. Un día, Sifrot se sentó a la mesa de los ácratas porque le gustaba lo que decían y leían, y disfrutaba de la buena sintonía existente entre ellos. Nunca fue un anarquista convencido. Aquellas enseñanzas le parecían una utopía inalcanzable, puro ilusionismo—. No sé dónde están. La policía detuvo anoche a Sánchez y lo llevó a la comisaría del Sur, la que está aquí, en la calle Cortes, cerca de la plaza de España. Hicieron piña en torno a su mujer, la Reme, y le prometieron que hoy mismo irían a sacarlo de allí. No sé nada más.

Sánchez, el guasón. El que, medio en serio, medio en broma, pedía armas, pistolas, revólveres, dinamita.

—¿Y Guitard?

—No sé nada de Guitard.

No sabían nada. Ni Sifrot ni su paralizada esposa. Un buen policía en seguida sabe si le están ocultando algo o no.

«… A veces, hay que sacrificar alguna pieza. Puede ser en defensa propia, porque es la única manera de impedir que acorralen a tu rey…»

Apretó el gatillo y la Star cobró vida en su mano. Primero contra él, que estaba al otro lado del mostrador y salió despedido contra la estantería de atrás, rompiendo botellas y vasos. Su esposa sumó un chillido al estrépito. Miguel no le dio tiempo de aterrorizarse más. Lo justo. Chillido abortado por el segundo disparo, pam, y la vio desaparecer en la sombra.

Sacó el cargador de la pistola. En el bolsillo contó dos balas, una y dos, y las colocó cuidadosamente, presionando con el pulgar que se pringó un poco de grasa. Una y dos. Encajó de nuevo el cargador en la culata con un golpe seco. Salió a la calle. Se fue caminando hacia la plaza de España. En toda la ciudad resonaban ecos de disparos. Un terrible castillo de fuegos artificiales que no decoraba el cielo.

A lo lejos, Miguel distinguió la multitud que hormigueaba frente a la comisaría del Sur, precisamente un poco más allá de la esquina de la calle Cortes con Entenza, debajo mismo de este piso, donde vivían mi padre con Elena y Tomasín. Tiraban desde la sede policial y corrían los asaltantes abajo vaciando Máusers y pistolas y revólveres desde detrás de los árboles y de un tranvía varado en sus raíles, vacío y deformado por los balazos. El aire estaba saturado de silbidos, impactos, roturas de cristales, gritos, ayes, maldiciones, humo de pólvora que irritaba los ojos.

Miguel llegó allí agitando un pañuelo blanco, como hacían todos los transeúntes ocasionales y, cuando estuvo muy cerca, escondió la bandera blanca y corrió agazapado hasta el tranvía tras el que se aglomeraban cinco o seis chavales de no más de quince años, armados y enfurecidos.

Quizá Elena, Tomasín o Teresa advirtieran su presencia entre la masa que asaltaba la comisaría de abajo. No sería extraño que estuvieran atisbando por el balcón, y podrían ver el tranvía que estaba detenido al otro lado de la calle Cortes. De ser así, se preguntarían qué estaba haciendo Miguel Jinete entre tanto sindicalista rabioso. ¿No era él policía? ¿Estaba asaltando una comisaría gubernamental? ¿O es que los policías de la comisaría eran anarquistas? No: porque los asaltantes parecían obreros. ¿Pero quién podía garantizar ya nada? Las dos mujeres y el niño eran los ciudadanos confundidos y perplejos, acojonados por las decisiones de los locos del fusil.

Miguel preguntó a uno de aquellos muchachos con voz cargada de autoridad:

—¿Sabes dónde está la Reme? —el otro lo midió de arriba abajo desconcertado, y Miguel le repitió sin miedo, de igual a igual—: ¿Sabes dónde está la Reme? ¡La Reme, la mujer de Sánchez, el detenido que venimos a rescatar! ¡Soy amigo suyo!

Contestó una chica muy guapa, casi una cría, con gorro y correajes de miliciano:

—Está ahí delante. Detrás de ese banco.

Sí, la vio, muy cerca. A cuatro patas, muy azorada, tras el banco de piedra del paseo. La llamó, se hizo notar.

—¡Reme! ¡Ven pa'cá!

Ella arqueó las cejas, sorprendida pero confiada.

—¿Miguel? ¿Cómo estás aquí? —como diciendo «Aquí, entre tus enemigos, cuando deberías estar disparándonos desde esos balcones».

—¡Ven pa'cá! ¡Han detenido a Juliol! ¡Lo han llevado a San Elías!

Oh, no, San Elías, la prisión terrible, el convento maldito donde se contaba que habían hecho desaparecer a tanta gente. La Reme parpadeó, contuvo el aliento. Era un buen motivo como para avanzar a gatas, incorporarse un poco y ganar con cuatro saltos el resguardo del tranvía. Se puso en pie y se encaró con Miguel.

—¿Qué estás diciendo?

—Han llevado a Juliol a San Elías —repitió Miguel mientras miraba a un lado y a otro, como persona muy importante y muy atareada que busca soluciones—. Vamos a hacer una cosa, Reme. Primero, liberamos a tu marido de ahí dentro. Luego nos reunimos todos los del grupo para sacar a Juliol de San Elías.

Un pedazo de pan. Tan cándida como sus ojos azules de lento parpadeo.

—¿Nos vas a ayudar? ¿En serio?

—Claro.

—¿Pero cómo piensas…? —la mujer, desconcertada, no sabía si Miguel iba a hacer valer su condición de policía y se preguntaba cómo iban a reaccionar aquellos muchachos apasionados—. Nos quieren aniquilar, Miguel.

—No te preocupes. He oído decir que han sacado tropas de artillería del frente de Huesca para traerlas a Barcelona a luchar contra Companys y los comunistas —seguramente, la Reme no se percató de la ironía de las palabras de Miguel—. ¿Quién más del grupo está aquí contigo?

—Ussía, el Gafas. Está ahí enfrente, ¿lo ves? Junto a la pared de la comisaría.

Ahí estaba el estudiante, con sus gafas, bajito y frágil, armado con pistola y con una expresión feroz que le sentaba como una careta de cartón.

—Vamos allá.

Se alejaron del tranvía y del tiroteo. Cruzaron Entenza como si fueran a Universidad y, luego, la calle Cortes en un círculo amplio y prudente.

—¿Pero qué piensas hacer? —preguntaba la Reme mientras corrían.

—Lo haré desde dentro —dijo él—. La revolución desde dentro.

—A mí me parece bien pensado —aprobó ella, con la respiración alterada por la carrera—. Guitard y Ussía dicen que eso es contrarrevolucionario, pero a mí me parece una buena idea…

—¿Dónde están los otros? —le interrumpió Miguel con brusquedad.

—¿Qué?

—¿Dónde están los otros? Fábregas, su mujer, Guitard, los otros.

—Ah. A Elisa, la mujer de Súñer, la han herido. Nada, un rasguño. Los Fábregas se la han llevado a su casa. Pero, mira, lo que te estaba diciendo, cómo hacen las bombas, lo sabes, ¿verdad? Los obuses que tiraron desde aquel barco contra la casa Elizalde: tienen suficiente fuerza como para atravesar los muros pero explotan después, cuando están dentro del edificio.

—¿Dónde viven los Fábregas?

—¿Qué?

—¿Dónde viven los Fábregas?

—Ah, en la calle Jaume Fabra, cerca del Paralelo, junto al cine América. Una vez, hicimos una reunión allí.

Miguel lo recordaba.

—Ah, sí.

Y ella, sin dejar de correr a su lado, sin resuello:

—Pues eso… Las bombas explotan después, cuando están dentro del edificio. Así causan muchos más estragos. Pues yo digo que tenemos que hacer lo mismo. Si tú estás dentro, o sea, dentro de la policía, puedes causar muchos más estragos. Y, de paso, sacas a Mariano… —se refería a su marido.

Fuera ya del radio de acción de la comisaría, llegaron hasta el portal de este edificio donde escribo ahora, en el chaflán, entre la tienda de comestibles y el bar Las Arenas. Se pegaron a la pared para acercarse donde estaba Ussía bien decidido a entrar en la sede policial a por su amigo.

Le llamaron: «¡Ussía! ¡Ven pa’cá!».

El chico los vio y dudó. Lo atrajeron más los aspavientos de la Reme que la presencia de Miguel. Se acercó.

—Salve, camarada —lo saludó el policía.

—¿Qué hace este aquí? —con su habitual expresión de sabelotodo, «a mí no me engañas», mueca de insolente desafío, «soy demasiado listo para que me jodas, desgraciado».

La Reme:

—Que dice Miguel que vamos a hacer la revolución desde dentro…

Miguel casi daba la espalda al sabelotodo, como buscando soluciones y respuestas en otra parte. Tenía la mano derecha y la Star dentro de la chaqueta y, por debajo del brazo izquierdo, disparó a través de la ropa. Ussía cayó como un fardo y el policía señaló a lo alto del edificio de enfrente gritando: «¡Un paco!», igual que si acabara de descubrir la presencia de un francotirador en una de las ventanas. En medio de la traca de estampidos, la detonación de su arma apenas se había destacado. Había pocos asaltantes a la vista en aquella esquina, pero todos hicieron caso de su grito y se agacharon y corrieron. La Reme vio el agujero que él mismo se había hecho en la chaqueta, bajo la axila, y la sangre de Ussía que le había salpicado, y gritó: «¡Te han herido, estás herido, Miguel!». Y él se aprovechó de la confusión. Se apoyó en la pared como si le fallasen las piernas. Se agarró del brazo de la Reme, que también estaba preocupada por huir del fuego del francotirador fantasma. La Reme no paraba de gritar: «¡Un paco, un paco, Miguel, te han herido, jolín, te han herido!», y a duras penas se tragaba los «por dios» y «virgen santa». En su aturdimiento, resultó muy fácil arrastrarla al interior de la portería. Esa misma portería que veré ahora, cuando salga a comer. Ahí le disparó. En el corazón, para que no sufriera.

Más tarde, cuando terminó la batalla con la intervención de la policía y la derrota de los jóvenes sindicalistas, o quizá al día siguiente, cuando salieran para hacer las compras, Elena y Teresa encontrarían el cadáver en el zaguán. Mi padre recordaba que Elena se lo había contado. Una mujer muerta de un tiro en el pecho. No era tan extraño, después del intenso combate; había muertos por todas partes. Pero encontrarte uno al pie de la escalera de casa siempre impone más, claro está. Y ni ella ni Teresa ni mi padre habrían podido sospechar jamás que aquella pobre víctima estuviera directamente relacionada con ellos, con su historia, con su amigo y protector Miguel Jinete que, después del asesinato, encogió la cabeza entre los hombros, como quien sale al aguacero, y se lanzó a la carrera por la calle Entenza abajo, hacia la avenida Mistral, sin que nadie le dijera nada. Se cruzó con coches de policía que llegaban a toda velocidad para ayudar a sus compañeros acorralados en la comisaría. Calculó que ellos se encargarían de Sánchez, el bromista. Con que los sindicalistas hubieran herido o matado a un policía, aunque solo fuera uno, bastaría para que los agentes de la ley y el orden se vengaran ensañándose con el detenido. No era probable que saliera vivo de allí.

«… A veces, hay que sacrificar alguna pieza… la inmolación también puede tener una finalidad estratégica: si el adversario mata a tu caballo, pierde una posición central privilegiada que estorbaba tus movimientos y te abre camino para tu ofensiva…»

En la esquina de Mistral con Floridablanca, se metió en un portal, recostó la espalda contra la pared, extrajo el cargador del arma y repuso los cartuchos gastados. Uno y dos. Aún le quedaban dieciséis en el bolsillo.

El Paralelo era un campo de batalla, una catástrofe natural. Allí, a los fusiles y las pistolas, se sumaban un par de ametralladoras pesadas y hasta obuses. El silbido escalofriante, las

explosiones demoledoras, el tableteo pesado, el tintineo de miles de casquillos rebotando en el pavimento, todo contribuía a dar una terrorífica sensación de terremoto. Había muertos tirados y olvidados en un rincón, heridos gimoteantes y heridos blasfemantes, odio sólido, órdenes ladradas, el olor tóxico de la pólvora, la borrachera de la adrenalina. No se sabía muy bien quién era quién ni a favor de qué bando se luchaba.

En un balcón, un tipo con un megáfono se desgañitaba: «¡Dejad las armas! ¡Abrazaos como hermanos!». Probablemente, un auténtico anarquista, pacifista, vegetariano y esperantista. De un momento a otro, alguien le iba a pegar un tiro para hacerle callar.

Y la sorpresa de encontrar a aquella señora redondita y amable, la que hacía ganchillo durante las reuniones del grupo de afinidad del bar El Tranvía, ahora agarrada al asa de la gran ametralladora Hotchkiss, disparando toneladas de plomo, convulsionada por carcajadas salvajes, quién lo iba a decir.

—¡Elisa!

Estaba demasiado concentrada, como si se encontrara sentada ante la máquina de coser, efectuando alguna delicada filigrana. Miguel tuvo que inclinarse por encima de su hombro para hablarle al oído:

—¿Dónde está tu marido?

Dejó de disparar para mirarle. Se la veía excitada, enajenada, como después de un orgasmo violento e inesperado.

—¡Qué!

—Salve, camarada. Tu marido. ¿Dónde está?

—Han herido a Esperanza, la esposa de Súñer. Manolo la ha subido a casa para curarla.

—Aquí, en la calle Jaume Fabre, ¿verdad? Dime la dirección exacta. Tengo que hablar con él.

Instantes después, Miguel se alejaba de Elisa consciente de que acababa de perdonar la vida de alguien que algún día podría perjudicarle. Tarde o temprano, Elisa le contaría a alguien que Miguel Jinete era el fundador del grupo anarquista de acción «Progreso Hoy». ¿Pero quién la iba a creer?

Para llegar a la calle Jaume Fabre, Miguel tuvo que abrirse paso entre los feroces asaltantes del cine América. Tuvo que correr, echarse cuerpo a tierra cuando una explosión lo azotó con su onda expansiva, reptar, apostarse tras el montón de adoquines, sacos terreros y basura que componían la barricada, y disparar al tiempo que intercambiaba aullidos incomprensibles con algún guerrillero cercano.

Claro que, si pensaba que la realidad iba a resultar inverosímil, ¿por qué iba sacrificando las piezas de «Progreso Hoy»? Después de un titubeo, se justificó diciendo que una persona no puede crear un rumor convincente pero once sí. Y tomó conciencia: ¿once? Caramba, cuántas

piezas sacrificadas.

Al entrar en la portería, el estruendo quedó atrás y, de repente, experimentó la sensación de sacudida de quien se sustrae a un vendaval. Se le relajaron los músculos, respiró mejor, sintió la necesidad de dejarse caer sobre los escalones para reposar. Pero se reprimió porque no podía permitírselo todavía. Subió las escaleras hasta el segundo piso. Forzó la puerta de los Fábregas con un puntapié. La Star A-40 en la mano. A por todas.

Nadie en el comedor, ni en la cocina, ni en el cuarto de baño. Piso modesto, inculto, burgués, de quedar bien, cuatro muebles baratos y dos cuadros chapuceros, pero mucho más lujoso de lo que Miguel podía suponer para un obrero de la construcción como era Fábregas. Claro que podía haber prosperado en aquellos años, desde que fundaron «Progreso Hoy». ¿Cuántos años? Más de quince ya, qué barbaridad.

Fábregas estaba en el dormitorio, con la esposa de Súñer, Esperanza, la de las vertiginosas caídas de ojos, desnudos los dos, follando desbocados, en pleno galope. Ella con las piernas en alto, los ojos centelleando de ilusión, y el vaivén del culo peludo de Fábregas, el soñador, el que planeaba comprarse una limusina cuando hicieran la revolución. Siempre había sido una persona ambiciosa.

—No me extraña —dijo mi padre con sonrisa socarrona—. No me cuesta creerlo. Ya te he dicho que, en aquellos tiempos de guerra, como reacción y supongo que para hacer ostentación de la libertad de que disfrutábamos, la gente, jóvenes y mayores, hacía demostraciones de cariño en plena calle como no se habían hecho antes. Se besaban en los labios en plena calle, sí, no te rías, entonces eso no era nada usual. La guerra tiene esos efectos. Y, más tarde, en Berlín, durante los bombardeos, vi a parejas fornicando en plena calle, follando, sí, follando contra la pared, y parecía incluso que esas personas no se conocían de antes, que acababan de encontrarse allí. Era el único recurso que se les ocurría para librarse de la angustia de la muerte.

Se volvieron hacia el intruso.

—¡Miguel!

—Salve, camaradas.

Coitus interruptus. «Que Dios te dé una buena muerte», gran deseo. Miguel disparó de inmediato. Pam, pam. No quería que la amargura de la muerte estropeara el placer del polvo. No quería ser cruel. Primero le agujereó el cráneo a él dos veces, pam, pam, y en seguida, para no dar tiempo al pánico, dos tiros más a la mujer entre las tetas, en pleno corazón, qué bien parpadeaba la jodida, fulminante, muerta en el acto.

«… A veces, hay que sacrificar alguna pieza… No es tan doloroso como parece. El jugador debe tener presente que mañana, cuando inicie una nueva partida, dispondrá de otra pieza igual. Tan igual que le parecerá la misma…»

Miguel colocó en el cargador las cuatro balas que había gastado. Había perdido la cuenta de las que le quedaban en el bolsillo, de manera que las sacó, las colocó sobre una mesa y las fue alineando cuidadosamente, una tras otra, para contarlas y tranquilizarse. Doce balas. Una docena

todavía. Bien.

Ya solo faltaba llegar hasta Guitard, el intelectual, el cerebro, el anarquista teórico.

No fue fácil salir del centro del infierno. Miguel tuvo que esperar en aquel piso del Paralelo, velando los cadáveres de los amantes interruptus, temeroso de que la redondita Elisa se cansara de disparar la ametralladora y subiera al piso para satisfacer alguna necesidad y lo forzara a sacrificarla también. Por algún motivo desconocido, a Miguel le habría repugnado especialmente disparar contra la entusiasta Elisa, apacible tejedora.

Luego se enteraría de que, a las dos del mediodía, dos carros blindados habían hecho un intento de atacar el edificio de la Generalitat en la plaza de la Revolución, pero ni siquiera se habían acercado. Dispararon una salva inofensiva y ridícula desde Vía Durruti y siguieron su camino, disimulando, despistados, como si se hubieran perdido o no supieran adónde ir.

Esperó a que amainara el combate, cansadas las armas de tanto disparar o exterminados los más recalcitrantes fusileros, y se escabulló al exterior, raudo y sinuoso como una víbora. Se extravió por las callejas del Poble Sec llevado por esa idea extraña de que, si uno no sabe dónde está, nadie podrá encontrarlo tampoco, y eran ya más de las cinco de la tarde cuando avanzaba por las calles de Sants, arrimado a las paredes, metiéndose en algún portal de vez en cuando para esquivar balas perdidas, y llegó finalmente al domicilio de Guitard.

No estaba seguro de encontrarlo allí, pero tampoco sabía en qué otro lugar buscarlo. Y creía conveniente dejar zanjado el asunto de una vez por todas aquel mismo día. Al llegar a la calle Gayarre, una bala rebotó en los adoquines demasiado cerca de él. A continuación, otro estampido, otro silbido rasgando el aire y otro impacto cercano, en la pared, y la evidencia de que él era el objetivo. Lo supo en seguida. Guitard. Apostado en la ventana de su casa. Esperándole. Armado. Muerto de miedo.

Salió disparado como conejo huyendo del cazador, dobló la primera esquina, disparó contra el cerrojo del primer portal que encontró, forzó la puerta y se metió en la oscuridad de un zaguán desconocido. Subió hasta el último piso, hasta la azotea. Conocía la geografía del barrio lo bastante bien como para saber que las azoteas estaban a la misma altura y no era difícil saltar de unas a otras. Abriéndose paso en un océano de ropa tendida, llegó hasta el edificio donde vivía Guitard. Una puerta inconsistente le permitió el acceso a otra escalera iluminada por una generosa claraboya. Bajó los escalones lentamente, de puntillas, hasta la puerta del piso de la última ficha que quedaba por sacrificar.

La descerrajó de un tiro. Entró.

—¡Salve, camarada! —gritó.

Le dispararon desde el interior. Se agachó, buscó la protección de un tabique, tropezó con una consola y la derribó con todo su contenido. Se rompieron un jarrón y un espejo.

—¡Miguel! —gimoteó la voz del teórico que sabía tanto de Bakunin, que solía leer párrafos de Kant, Spinoza y Kropotkin. A Miguel le pareció que vivía en una casa muy burguesa, casi rica.

—Hay que destruir para construir, Guitard. ¿Recuerdas?

—Por favor —lloraba—. Por favor. ¡Te ayudaré! ¡Haré lo que quieras!

Miguel tuvo lástima.

—¡De acuerdo, camarada! Solo he venido para hablar. Tú mismo debes de ver que esto se está acabando. Quiero hablar del asunto. Cómo liquidamos «Progreso Hoy» antes de que nos liquiden los comunistas.

—¡Tú eres comunista! ¡Me quieres matar!

—¿Por qué dices eso?

—Has echado…

—¿Cómo puedes decir eso?

—Has echado la puerta abajo. ¡Vienes con pistola!

—¡Me has disparado desde la ventana! ¿Cómo quieres que venga? ¿Con un lirio en la mano, en son de paz?

—Por favor… —sollozaba.

—Tranquilo, camarada.

Miguel se incorporó y salió al pasillo. Al fondo, estaba Guitard con sus gafas, agachado, el fusil en el regazo, cabizbajo, llorando desconsoladamente.

—Nunca te lo perdonaré, Miguel —hipaba—. Nunca te lo perdonaré. Has jugado conmigo. Me engañaste.

—¿Quién te ha dicho eso, chico?

—Juliol.

A Miguel le rompía el corazón saber que Juliol había ido hablando mal de él. Destruyendo todo lo que él había construido. Destruir para construir. Qué absurdo, qué confuso.

Guitard levantó la vista. Las lágrimas le empañaban los cristales de las gafas. Estaba en muy mala postura para echarse el fusil a la cara y hacer puntería. Ni siquiera tendría tiempo de meter el dedo en el guardamonte.

—Miguel —dijo.

—Destruir para construir, Guitard.

Y él:

—Estoy muerto de miedo, Miguel. ¿Por qué me metiste en esto?

Miguel levantó el brazo y apretó el gatillo. Pam. Y pam, y pam, y pam, y pam. Cuatro o cinco veces. Muchas. Más de las necesarias. Luego tendría que contar las balas que le quedaban en el bolsillo.

«Rey negro x peón blanco. Y así queda expuesto, roto el enroque, y esa será su perdición. Así, ganaré la partida porque yo juego con las blancas. ¿Yo juego con las blancas? ¿Pero no es el rey negro quien va matando, quien ha sacrificado a todos los de "Progreso Hoy"? ¿Y el rey negro no era yo? Bueno, lo guía la mano de otro jugador pero es mi intención la que le ha llevado a sacrificar al peón. Es muy complicado. Y la vida es todavía más complicada que una partida de ajedrez.»

Guitard sufrió unas cuantas convulsiones y murió.

A las seis de la tarde, los carros blindados volvieron a asomarse por la plaza de la Revolución, como quien echa una ojeada solo por curiosidad. Y siguieron su camino errante. Los defensores de la Generalitat suspiraron aliviados y, como no habían sido agredidos ni por las tanquetas ni por los antiaéreos de Montjuïc, supieron que habían ganado una nueva batalla.

Y algunos de ellos, altos cargos, gente importante, pensaron en Miguel Jinete y se lo agradecieron.

65

Hasta que intervino el gobierno de Madrid.

El miércoles 5 llegaron al puerto de Barcelona dos destructores, el Lepanto y el Sánchez Barcaiztegui. A las tres de la tarde, mediante una nota escueta, el ministerio se incautó del Orden Público de Cataluña y nombró delegado del Estado a un teniente coronel del ejército para que pusiera orden.

Ese mismo día, llegaban de Valencia ochenta camiones y dos compañías motorizadas, un total de cinco mil guardias de asalto. Miguel Jinete los vio desfilar desde el balcón de la Comisaría Central y recordó a los dos mil guardias civiles que el día 19 de julio se habían puesto a las órdenes de Companys en aquella misma avenida, y los camiones de anarquistas que dos días antes habían cruzado por allí delante, armados y alborotando, para socorrer a sus camaradas de la Telefónica. También estos guardias de asalto gritaban y disparaban al aire, fanfarrones y provocadores. Su grito era «Muera la FAI», «Muerte a la anarquía», en una manifestación bastante anárquica por cierto. Parecían sedientos de sangre.

Fue un ejército de ocupación el que terminó con la supremacía anarquista en Barcelona. Cuando el teniente coronel, el comandante al que acababan de nombrar comisario general del Orden

Público y un siniestro agente del Servicio de Investigación Militar (SIM) entraron en las oficinas de la comisaría, Miguel tuvo por primera vez la sensación de pertenecer a un ejército vencido que entregaba su bandera y se sometía a la penitencia. La segunda vez sería cuando entraron los franquistas.

—Señores —dijo el teniente coronel en un castellano muy castizo—, el Estado me ha encargado una misión, una única misión, que se puede resumir en una única palabra: disciplina. Barcelona, que debía ser modelo de sensatez e integridad, se ha convertido en un caos sin ley ni orden ni concierto. Pero esto se acabó. Se acabó la autonomía catalana y se acabaron las dispersiones. Ahora, aquí, quien manda es el Gobierno Central y el Gobierno Central me ha encomendado que ponga firmes-firmes a todo Dios. Y voy a empezar por ustedes. Al pie de la letra. Quiero decir que, a partir de ahora, cuando entre en esta sala un superior, aquellos que estén por debajo de él en rango y responsabilidad deberán ponerse en pie, firmes y responder siempre «Sí, señor» o «A sus órdenes», y obedecer sin rechistar. No voy a tolerar la menor irregularidad. Supongo que no debo recordarles que estamos en guerra y que todo aquello que nos entorpece ayuda al enemigo, y quien ayuda al enemigo es un traidor, y a los traidores se les fusila.

Al oír que el teniente coronel no iba a tolerar la menor irregularidad, Miguel Jinete se dio por aludido. Siempre se había sentido el agente más irregular en aquella empresa. Permaneció en un rincón, enfrascado en ordenar los montones y montones de folios que tenía preparados, mientras sus superiores actuales y los anteriores estaban reunidos en el despacho central. Cuando salieron, como se temía, él fue una de las primeras personas con quien quisieron hablar.

—Tú sabes mucho de anarquistas, ¿verdad? —le preguntó el teniente coronel—. ¿Y cuál es tu versión de lo que ha sucedido estos días? En Valencia y Madrid se da por supuesto que, tanto el POUM como la FAI son quintacolumnistas que luchan a favor de Franco. Se dice que la derrota de los sublevados el 18 de julio en Barcelona no fue más que una puesta en escena porque sabían que los ciudadanos nunca se pondrían de su lado. De esta forma, todas las armas de la ciudad quedaron en manos de los faístas y no de los comunistas o los de Companys, por ejemplo. Y, desde entonces, esa gentuza se ha dedicado a desprestigiar la República hasta conseguir que la opinión pública esté deseando que Franco gane la guerra. ¿Te parece que es así? Pues vamos a demostrárselo al presidente de la República, que todavía no sabe quiénes son estos del POUM.

El teniente coronel era hombre de mucho discurso y poca atención. Alguien lo definió como una persona muy abierta al monólogo. Miguel en seguida entendió que no esperaba que respondieran a sus preguntas y se limitó a depositar ante sí el montón de folios que traía. Un breve informe y una larguísima lista de nombres.

—Ahí tiene todo lo que yo sé del anarquismo de Barcelona. Aparte de las doscientas personas que ya hemos detenido, estos son los parientes, amigos, conocidos, simpatizantes de la acracia o del trotskismo que yo tengo censados. Solo habrá que preguntar a estas personas lo que queremos saber. Y ahí no está todo. Yo no puedo saberlo todo. Pero lo que no sepamos, se pregunta.

Escribía Miguel Jinete en sus papeles: «Una persona elemental y obtusa, cuando está enfadada y ofendida, solo piensa en el castigo. No en la solución de problemas. No en restablecer la paz. No en comprender la situación para evitar que se repita. No. Solo piensa en la venganza, en la

revancha, en desahogar la rabia de la manera más dolorosa posible sobre quien le ha causado la ofensa. Si esa persona elemental y obtusa, además, es militar, ansiará torturas y fusilamientos. Por eso, aquel teniente coronel sonrió cuando yo dije “lo que no sepamos, se pregunta”. Porque, para un militar elemental y obtuso, preguntar es casi sinónimo de interrogar. Y, cuando se interroga a un enemigo, se le tortura».

Así fue como nacieron en Barcelona las checas. Lo que en Rusia se conocía como Cheresvechainaia Kommissia (Comisión Extraordinaria, abreviada con sus iniciales CHK), cuya misión consistía en combatir la contrarrevolución, el sabotaje y la especulación. Y Miguel Jinete se convirtió en un chequista.

El convento de San Elías, en la calle San Elías 26, entre Tavern y Brusi, que, desde julio del año anterior, había sido prisión infernal para religiosos, rentistas y representantes de la patronal, a partir de aquel momento pasó a ser prisión infernal para trotskistas y ácratas. A la mayoría de los cuarenta miembros del Comité Central del POUM que fueron detenidos se los trasladó a Madrid, pero algunos de ellos murieron en los sótanos de San Elías o en la carretera de la Arrabassada.

Los guardias de asalto llegados desde Valencia paraban a cualquiera por la calle, y le exigían la cédula con malos modos, como si todos fueran sospechosos. Detenían a quienes aún conservaban el carnet de la CNT o del POUM. Hacían pedazos los carnets en público, como ejemplo y escarnio. En aquellas fechas empezó a escucharse el grito que más adelante se haría tristemente famoso entre quienes hablaban catalán: «¡Habla en español, coño! ¡Habla en cristiano!».

Miguel se encontraba en las salas de interrogatorio a militantes del POUM que lo miraban fijamente a los ojos y le decían: «¿Cómo es posible? Estamos luchando en primera línea de fuego, jugándonos la vida contra los fascistas de Franco, y entretanto, en la retaguardia, nos torturáis y nos ejecutáis acusados de alta traición? ¡Sois cómplices de Stalin, que es peor que Hitler!».

Miguel soportaba mal aquellas miradas y no sabía cómo responder al absurdo. Por eso pidió que limitaran su trabajo a lo que él denominaba «ablandar al cliente». Él proporcionaba listas de nombres, investigaba, se infiltraba e informaba. Y, luego, «ablandaba al cliente». Tampoco le gustaba dar el tiro en la nuca, que dejaba para otros, «que sabían más de leyes que él».

El convento de San Elías resultaba un decorado perfecto para la tortura y las ejecuciones. Los sótanos eran auténticas mazmorras medievales, que combinaban con los grilletes, los látigos, las tenazas, los machetes, la sangre, los gritos del reo y las risotadas de los verdugos.

Allí, en un sótano húmedo y mal aireado, Miguel Jinete se ceñía los nudillos de hierro y recibía a los detenidos desnudo de cintura para arriba.

—Vamos a entrenarnos, campeón, que no sabes la suerte que has tenido. Hoy te toca entrenar con Gironés en persona. ¿Has oído hablar de Gironés, campeón? Dicen que se retiró hace dos años, cuando lo tumbó Miller con aquel crochet a la sien; dicen que se fue a México; pero no, ca, sigo aquí, no me he ido, no me he retirado. Soy Gironés y te voy a hacer una demostración. Arriba los puños, campeón, y pelea como un hombre. Anda, pega, pega. Estás perdido.

Los nudillos de hierro arrancaban sangre de los labios y de las cejas y hasta rompían pómulos y

mandíbulas. Mientras pegaba, Miguel solía cantar su tango preferido: «El recuerdo que tendrás de mí/ será horroroso,/ me verás siempre golpeándote/ como un malvao…».

Aquellos días, en su tiempo libre, buscaba a Víctor y a Carmen. La siguiente vez que fue a buscarlos a la carbonería, ya no estaban allí tampoco ni la Caraqueso ni el pequeño Eduardo. Fue al piso de Sant Rafael y nadie respondió a sus llamadas, y al bar de la calle de Robador para hablar con los hermanos Luys.

—No sé nada de Víctor —le dijo Fraternal, y se le notaban las ganas de añadir: «Y, si lo supiera, tampoco te lo diría».

Cada sábado visitaba a mi padre cuando sabía que llegaba de permiso. Preguntaba por Víctor con insistencia, de una manera que mi padre definía como desesperada. Interrogaba a Elena, a Teresa, incluso a Tomasín, como si se le fuera la vida en ello. Y tuvo que darle la noticia de lo sucedido con Juliol, naturalmente.

—Juliol ha muerto —empezó diciendo con la mirada gacha—. En estos días absurdos. Tenía un camión lleno de dinamita y estaba dispuesto a hacerlo estallar. Se había vuelto loco. Quise impedírselo, quise impedírselo por las buenas, hablando, convenciéndole, pero él estaba dispuesto a encender la mecha, inmolándose él y asesinándome a mí y a todos los que estábamos alrededor, de manera que tuve que… —pausa dramática con los ojos aprensivos fijos en mi padre—… tuve que disparar. Tuve que matarle —se interrumpía para tomar aire. Mi padre frunció el ceño, quizá más atento a la angustia del amigo que a la noticia que acababa de traerle —. Víctor, me temo que Víctor no lo entendió. Por favor, si lo ves, si viene a verte, si puedes hablar con él, dile que lo siento, que no quise, que quise hablar con él, que le debo una explicación.

Mi padre le dijo que sí, que bien, que así lo haría, y procuró no pensar mucho más en ello.

Escribió Miguel Jinete: «Me sentía solo e incomprendido. Si al menos hubieran permitido que me explicara.

»El recuerdo que tendrás de mí será horroroso…»

Torturas. Tiros en la nuca. Y tanta y tanta gente convencida de que eso era bueno y necesario para el bien de todos.

66

Hay quien dice que el gobierno de Largo Caballero cayó porque no quiso declarar fuera de la ley a los miembros del POUM y la presión estalinista fue excesiva. Tras él, llegó Juan Negrín y, con Negrín, se acabó la revolución. Declaró que respetaría la propiedad privada, se abrieron las iglesias al culto, se anularon las colectivizaciones, se vieron nuevamente sombreros y corbatas

por la calle, volvieron a verse pastelerías y joyerías de lujo y muchos señoritos y señorones salieron a la luz, sabiéndose a salvo de la revancha obrera. La paz estaba garantizada por aquellos guardias de asalto secos, agresivos y suspicaces que infundían más miedo que respeto con sus flamantes fusiles Mossin-Nagant.

Y como si hasta aquel momento el espíritu de la revolución anarcosindicalista la hubiera estado protegiendo de manera prodigiosa, en cuanto ese espíritu desapareció, cayó sobre Barcelona la guerra en su aspecto más salvaje y cruel. A partir de mediados del 37, la escasez se convirtió en carestía absoluta y empezó la época de los bombardeos.

El primero que sufrió la ciudad después de los sucesos de principios de mayo fue el 29 de ese mismo mes, un sábado en que mi padre se encontraba en casa. Los aviones italianos, Saboya S.81, llegaron de madrugada, a traición, cuando todo el mundo dormía. Las sirenas crisparon la ciudad y, antes de que mi padre, Elena, Tomasín y Teresa hubieran podido saltar de la cama, ya los ensordeció el estruendo de los motores de siete pavas y, a través de las rendijas de las persianas, penetró el fulgor de las bengalas que lanzaron para orientarse. No bajaron al sótano de la casa, ni tomaron ninguna otra precaución. Decía mi padre que, sobrecogido por la sorpresa, pensaba que, si no se habían resguardado antes de que estallara la primera bomba, ya era demasiado tarde, ya no tenía ningún sentido la huida. Abrió el balcón y asistieron a un espectáculo mágico. Los focos antiaéreos del Carmelo buscaban al enemigo danzando en la oscuridad, y estallaban en lo alto los proyectiles defensivos como cohetes de verbena. Las explosiones de las bombas sacudían la atmósfera, a lo lejos; e, inesperadamente, ya no fue tan lejos. Cayeron dos o tres muy cerca, a tres manzanas de aquí, en la calle de Aragón, porque buscaban la vía del tren que allí corría por la superficie. Y, en seguida, otras dos bombas en la plaza de España, junto a la plaza de toros de las Arenas.

Esta casa tiene las vigas de madera y acusa cualquier tipo de vibración, como si estuviera construida sobre cimientos flexibles. Cuando de pequeño yo corría por el pasillo, tremolaban las llamas de las velas y repiqueteaba la cristalería dentro de los muebles, de manera que imagino el estremecimiento de estos tabiques cuando las ondas expansivas llegaban hasta aquí. Y, como las bombas eran incendiarias, al sacudón del estallido seguían las llamaradas que se elevaban por encima de las azoteas.

Mi padre se recordaba en el balcón que daba a la calle Cortes, abrazado a Elena y a Tomasín, apiñados los tres con Teresa, que apretaba contra su pecho al pequeño Javier que no dejaba de berrear, paralizados por el espectáculo infernal, atemorizados por la amenaza de que alguno de los proyectiles pudiera colarse por el balcón abierto. Los corazones latiendo dolorosamente entre las costillas, cuatro bocas abiertas y sin aliento. Y el llanto exasperante del niño.

Lo cierto es que, en esta casa, nunca faltó algo de comer. De su viaje semanal, mi padre solía traer algunos huevos, hortalizas o frutas, y a eso se añadían las aportaciones generosas de Miguel Jinete que proporcionaba azúcar, harina, arroz y hasta chocolate, que conseguía en los almacenes de abastos que había en Vía Durruti, cerca de la comisaría. No obstante, tanto Elena y Teresa como Tomasín debían disimular su fortuna porque el hambre genera crispación, y envidia, y odio, y en aquella época el odio podía inspirar denuncias, detenciones y castigos ejemplares. El hombre gordo y bien vestido despertaba a su paso comentarios mordaces, «estraperlista hijo de puta», y hasta nostalgia de los faieros o cenetistas que unos meses antes los habrían colgado de

los huevos sin pestañear.

Elena y Teresa eran muy conscientes de que los vecinos comían muy mal o no comían. Que tenían que hacer larguísimas colas para comprar el pan, o el aceite, vigiladas por guardias de asalto a caballo que preservaban el orden. Que desayunaban harina de maíz disuelta en agua, y lentejas para comer y, con un poco de suerte, lentejas para cenar, y poco más. Aunque el racionamiento garantizaba cien gramos de bacalao, carne o pescado, en las carnicerías solo se encontraba algo de tocino cuando lo había, que era imposible ver huevos y fruta y que los pescadores no salían a faenar porque las patrulleras fascistas ametrallaban sus barcos. Había quien cocinaba gatos, o palomas, o almortas, o algarrobas, y se fumaban hojas de patata secadas al sol.

Y semejante escasez debía ser compartida con compatriotas de todos los puntos del país que habían tenido que dejar sus casas y se batían ya en retirada. Gente de Aragón, que huía de la espantosa violencia del frente, y de Málaga y del País Vasco, con su lehendakari incluido, todos se iban distribuyendo por pisos de Barcelona donde quedaran habitaciones libres.

La portera de esta casa poseía una miserable vivienda en la azotea, poco más que una chabola, y en ella cuidaba tres gallinas que ponían huevos. Cada dos días, venían unos soldados para llevárselos, con el pretexto de «alimentar a nuestros camaradas del frente», y lo que les daban a cambio no bastaba para saciar el apetito del matrimonio y los cuatro chiquillos que tenían. Elena empezó dándoles sobras de comida «para las gallinas» y, cuando ya se hizo evidente que eran ellos quienes consumían aquellas migajas, amplió el concepto de sobras y se volvió todo lo desprendida que le permitía la prudencia. Resultaban terribles las miradas rencorosas de algunos vecinos, como los Navío, que apenas se contrarrestaban con las excusas de que «mi marido está en el frente, jugándose la vida, y allí los alimentan muy bien», y la reivindicación de que había que considerar a mi padre como un héroe porque «había ido voluntario, a su edad, que ya tiene casi cuarenta años, demasiado mayor para estos trotes, y delicado de salud».

A la irritación vecinal se añadía el terror de las bombas. De repente, los simulacros de bombardeo se hicieron realidad. Las sirenas, la estridencia de los motores, el mensaje por radio y a través de los altavoces de las calles, «¡Atención, barceloneses! Hay peligro de bombardeo, dirigíos con calma y serenidad a vuestros refugios, la Generalitat de Cataluña vela por vosotros», el precipitado descenso a las terroríficas catacumbas, las restricciones de gas y electricidad, las farolas pintadas de azul, que daban luz tenebrosa a las calles, las carreras para sepultarse en refugios, sótanos, alcantarillas, el metro, y las explosiones sobrenaturales, que hacían castañetear los dientes.

El 19 de diciembre, domingo, a las nueve y media de la noche, las pavas italianas descargaron muerte sobre el cercano Montjuïc, y se rompieron los cristales de casa. Aquella vez, ni mi padre, ni Elena, ni Tomasín, ni Teresa pudieron verlo porque estaban hacinados en el sótano con los otros vecinos, mordiendo el bastoncillo, o el pañuelo, o la mano entre el pulgar y el índice para proteger los tímpanos. Luego salieron a la calle y tuvieron que afrontar la nauseabunda destrucción. El tranvía destrozado, humeante y lleno de carne humana, los muebles escupidos fuera de la casa en ruinas, los efectos personales impúdicamente expuestos, el cuerpo del niño colgando del árbol, los gritos desconsolados, los llantos, la rabia y ese desaliento traidor porque hace el juego al enemigo, porque es lo que este busca, matar el alma más que el cuerpo.

Se impuso la espantosa evidencia de que querían matarlos a todos, a ellos, los niños, las mujeres, los ancianos que se habían quedado en la ciudad y no empuñaban armas ni agredían a nadie. El sistemático ataque contra la población civil e inocente, una nueva forma de guerra inventada por los asesinos fascistas, esos militares que se ufanaban de ser expertos en el arte de ganar guerras. Se les había ocurrido la brillante idea de que, si mataban a las madres y a las abuelas y a los hijos de quienes combatían en el frente, eso los desmoralizaría, los deprimiría y, por tanto, los haría más vulnerables y vencibles. Y, según lo pensaron, lo hicieron. No trataban de destruir industrias o edificios militares estratégicos, más bien al contrario: debían andar con cuidado con ellos porque las industrias podían pertenecer a alguno de los que financiaban el levantamiento, y en los cuarteles había oficiales amigos y posibles colaboradores.

Bombardearon el día 1 de enero de 1938, y el 7, y el 8, y el 11. Bombas incendiarias sobre la población civil.

Al principio, Tomasín se lo tomaba como un juego, a ver quién llegaba primero al refugio, a ver si conseguían buen sitio en los bancos de piedra, y luego escuchaba el estruendo sobre su cabeza y resultaba emocionante preguntarse qué estaba sucediendo ahí afuera.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis, la Muerte, la Guerra, el Hambre y la Victoria del Enemigo, galopaban sueltos y desbocados por la ciudad.

El 16 de marzo de 1938 le llegó a Elena la noticia de que al día siguiente habría zanahorias en una tienda de la esquina de la calle Cortes con Calabria, dos travesías más allá de esta casa. Tomasín se puso muy contento porque le gustaban mucho las zanahorias. Precisamente aquella noche se inició una serie de bombardeos devastadores. A las diez, las sirenas arrastraron a Elena, Tomasín y Teresa al sótano de la finca, donde se instalaron con los otros vecinos. Retumbaban las detonaciones sobre sus cabezas y crujía el edificio mientras todos ellos se preguntaban, una vez más, si la casa resistiría en caso de ser alcanzada de lleno, si aguantaría el impacto aquel subterráneo que no había sido concebido para pasar pruebas como aquellas; si se vendría abajo la casa y obturaría la entrada y no podrían salir.

A Tomasín solo le preocupaba una cosa:

—¿Iremos a comprar zanahorias? ¿Tú crees que mañana venderán zanahorias, mamá?

—Claro que sí. Si nos levantamos temprano. Mañana todo habrá terminado y todo será como antes.

Pasaron la noche en aquel encierro tenebroso y agobiante. Y sonaron las sirenas, y los antiaéreos, y las bombas destructoras, a medianoche, y luego a las dos menos cuarto de la mañana. Y las miradas de los vecinos envidiosos reptaban por la oscuridad, y la palabra «estraperlistas» sonó alguna vez más alta y clara de lo prudente. La tempestad infernal rugiendo por encima de sus cabezas y Tomasín obsesionado con sus zanahorias.

A las siete de la mañana del 17 de marzo, el silencio indicaba que había pasado el peligro. Elena y Tomasín se plantaron ante la tienda de Cortes y Calabria sin haber dormido y agotados, pero eufóricos como si acudieran a una fiesta, y ya encontraron una cola de diez señoras que esperaban con impaciencia. Teresa dejó al niño con la portera y se reunió con ellos. Abrió el

dueño a las siete y media y empezó a atender, de buen humor, a las amas de casa congregadas. Tomasín había heredado de su padre (de mi padre) la habilidad de contar chistes y estuvo haciendo reír a la concurrencia con aquel del que dice: «Tira el ancla», y el otro responde: «¿Por qué, si está nueva?», y aquel al que preguntaban: «¿Usted no nada nada?», y contestaba: «Es que no traje traje». Una de las señoras que esperaban, muy risueñas, simpatizó con él y pegó la hebra con las preguntas típicas, «¿cuántos años tienes?», «¿qué quieres ser cuando seas mayor?». Tomasín respondió:

—Policía, como mi tío Miguel.

—Policía —respondió sorprendida la mujer que tenía edad suficiente como para haber conocido la policía de Arlegui y Martínez Anido.

—Sí, señora. Porque protegen a los buenos y matan a los malos.

—No solo a los malos —masculló el ama de casa con sarcasmo—. No solo a los malos.

Ya se estaban acabando las zanahorias y les iba a tocar el turno, y el tendero y la señora de delante se hacían un lío con la cartilla de racionamiento, si cortaba un cupón o dos, o cuántos, y Tomasín saltaba de impaciencia, «no se las quede todas, señora, por favor, no se las quede todas», y Elena se reía de su espontaneidad y le recriminaba la impertinencia con chistidos benévolos, cuando sonaron las sirenas como aviso de bombardeo. Luego, el martilleo de los antiaéreos. Luego, el bramar de los aviones.

Aquel sonido fantasmagórico tenía el poder de electrizar a todo el mundo. Cayeron al suelo la cartilla de racionamiento y las monedas del cambio, la señora de delante se agachó para recogerlas; la que había hablado con Tomasín pegó un empujón al chico y se puso a gimotear «deprisa, deprisa, coño, que vienen las pavas». Se desparramó la hilera de compradoras por las calles en busca de refugios, pero ya le tocaba a Elena y ahí quedaban cuatro zanahorias, y no podía irse en aquel preciso instante, «¡vamos, vamos, señora, que cierro!», «¡no cierre, solo quiero esas zanahorias, tome, quédese con el cambio!». El ensordecedor rugido de los motores sobrevolaba la ciudad como el aliento del dragón y, cuando Elena, Tomasín y Teresa echaron a correr, ya sonaban explosiones lejanas, al otro lado de la ciudad.

Llegaron a la esquina de Rocafort, y Teresa tuvo la intención de meterse por la boca del metro, que en aquel instante engullía a una muchedumbre apelotonada y enloquecida, pero Elena y Tomasín no quisieron entretenerse, «¡vamos a casa, a casa, que está ahí mismo!», y Teresa vio que su amiga y el niño seguían corriendo, cruzaban la calle y se alejaban por la acera de la derecha de la avenida, y ella los siguió con la sensación de que la abandonaban, y corrió y corrió y corrió, sin aliento por la carrera y el espanto, y entonces sonaron las explosiones tan de repente y tan cerca, a su espalda, como si un gigante aporreara el pavimento con todas sus fuerzas. Teresa pensó que no podían estar bombardeando allí, a ella, porque allí no había ningún objetivo militar y se suponía que en las guerras los militares se mataban entre ellos, y aunque le habían dicho que los fascistas no lo hacían así, que Franco, y los alemanes, y los italianos, eran partidarios de la guerra de exterminio y habían soltado bombas sobre colegios y hospitales, no se lo podía creer, no se lo podía creer.

Diez metros más adelante, de una portería asomó un anciano alarmado, agarró a Elena de la

manga y tiró de ella hacia el interior.

—¡Métase aquí, por Dios, que la van a matar!

Tanto el viejo como Elena y Tomasín se volvieron hacia Teresa y, al ver la enormidad de lo que le perseguía, abrieron tanto ojos y boca y con tal expresión de pánico que Teresa tuvo que mirar hacia atrás, por encima del hombro, como esposa de Lot, aun a sabiendas del peligro de convertirse en estatua de sal, y vio sobre la Gran Vía los seis bombarderos Saboya S.79, los falchi delle Baleari, y la explosión en mitad del bulevar que destrozó la fachada de la Mutua General de Seguros, y percibió aquel silbido penetrante que cortaba la médula y le advertía de que la próxima bomba iba a caer sobre ella, y se lanzó de bruces al suelo gritando y llorando. La interrumpió el cataclismo horrísono. Se sintió levantada del suelo, flotó en el aire y volvió a caer de bruces con un trompazo que repercutió en todo su cuerpo, desde la mandíbula hasta las rodillas, y perdió el mundo de vista en un parpadeo durante el cual fue cruelmente apedreada. Al abrir los ojos, no había mundo, estaba dentro de una impenetrable niebla blanca y pensó que había muerto, y en seguida que se había quedado ciega. Se había meado encima, había enloquecido, y lloraba, y lloraba, y no podía dejar de llorar, y, cuando consiguió ponerse en pie, temblorosa y dolorida, flotaba todavía en la niebla blanca e irreal, y, si tuvo que aceptar que seguía viva, era porque le dolían las rodillas y la mandíbula, y la cabeza, y la espalda, debido a la terrible lapidación sufrida, y, aparte del dolor, aquel llanto que la sacudía, y la desolación anticipada por lo que sabía que iba a ver en cuanto se disipara la niebla. Que la casa ya no estaba. La casa donde se habían metido Elena y Tomasín, y el anciano que pretendía salvarles la vida, el número 451 de la avenida de les Corts Catalanes, ya no estaba allí. En su lugar había una montaña de cascotes, ladrillos, vigas y muebles destrozados. Y Elena y Tomasín ya no estaban allí. Ya no estaban allí.

Me lo contaba mi padre, viejecito y encorvado, a sus setenta y cinco años, acodado en las rodillas, la mirada clavada en el suelo.

Lo sacudía el llanto.

67

El mundo se vino abajo.

Literalmente.

El mismo día en que murieron Elena y Tomasín, tres horas después, a las diez y media, los aviones italianos habían vuelto para bombardear la ciudad con saña y ferocidad criminales y alcanzaron una panadería de la calle del Carmen y la escuela Milà i Fontanals, llena de niños a esa hora. Y a las dos de la tarde, tres horas después, atacaron otra vez, y los proyectiles cayeron sobre un camión, cargado con cuatro toneladas de natamina, que estaba aparcado en la esquina

de la calle de Balmes con Gran Vía de les Corts Catalanes, la calle Cortes, produciendo más de la mitad de las mil víctimas que se podrían contabilizar al final de la jornada. Y a las diez y media de la noche de ese mismo día, ocho horas después, más toneladas de destrucción cayeron del cielo, esta vez sobre los barrios ricos de San Gervasio y el Putxet. Y a la una y cuarto de la madrugada, tres horas después, sonaron otra vez las sirenas, aunque esta vez fue falsa alarma. Pero a las cuatro y cuarto del 18 de marzo, tres horas después, el monstruo sobrevoló nuevamente Barcelona y la machacó a conciencia. Y a las siete de la mañana, tres horas después, la pesadilla destruyó más casas del Eixample y de Sant Andreu. Y a las nueve y media de la mañana, dos horas y media después, las sirenas, el rugir de los motores y el susto de las explosiones volvieron a enloquecer a los ciudadanos. Y a las dos del mediodía, cuatro horas y media después, se repitió el ataque. Y a las tres de la tarde, una hora después, este piso en el que estoy escribiendo volvió a ser zarandeado porque las bombas caían ahí al lado, en la avenida Mistral y en un garaje de la calle de Aragón.

Hasta el sábado por la tarde no pudieron desenterrar los cuerpos.

Estábamos en ese rincón del parque de la Ciudadela protegido por un seto, frente a la escultura lánguida y triste de una mujer abatida por el dolor que un día talló Josep Llimona. El Desconsuelo. Sentados los tres en un banco de piedra, mi padre en el centro, Víctor a un lado y yo al otro, y comprendí que mi padre nunca había podido compartir aquellos recuerdos con mi madre ni conmigo porque había amado mucho, muchísimo, a Elena y a Tomasín, tanto como había adorado a Aurorita Escolá, y probablemente consideraba que la permanencia de aquellos sentimientos en su corazón era una especie de infidelidad hacia mi madre. Eso me ha hecho pensar muchas veces en los equívocos que perpetúan la incomunicación y empobrecen la relación entre dos personas.

Llegaba mi padre el sábado, 19 de marzo, San José, que todo hay que celebrarlo, por la tarde, directamente del cuartel de Vorochiloff para pasar el fin de semana con su familia, como de costumbre, con un par de frascos de mermelada de ciruela en el macuto. Caminaba deprisa, con paso casi alegre, sobrecogido ante las ruinas producidas por los ataques aéreos pero relajado, confiado porque todo aquello nada tenía que ver con él. Solo experimentó un principio de sobresalto al ver que Miguel Jinete lo estaba esperando sentado a la terraza del bar Las Arenas, el que hay junto al portal de esta casa. Miguel le salió al paso y mi padre exclamó alegremente: «¡Coño, Miguel, ¿qué haces por aquí?», y el policía le impidió que siguiera andando, y su expresión, sus ojos, la mueca de su boca, ya lo estaban diciendo todo.

—Ha pasado algo, Fueye…

Mi padre quedó petrificado en mitad de la acera, como una estatua, tieso de horror, con la violenta sensación de que su cerebro se vaciaba de todo pensamiento y sentimiento. Y continuó impávido, aturdido, incapaz de entender nada, durante el resto del día, cuando lo llevaron al depósito del Clínico para identificar a su pelirrojita, Elena la Buena Cocinera, su compañera desde hacía diez años, llenando la casa de olores exquisitos, toda una vida, una vida completa y acabada, y su hijo Tomás, Tomasín, que se reía como loco viendo a los Hermanos Marx, que se le caían los cacahuetes del cucurucho, y todas las ilusiones, todas las esperanzas, todo el futuro.

—Poco antes de morir —contaba Teresa tan ensimismada como él—, una señora le preguntó qué

quería ser de mayor, y él dijo: «Policía, como mi tío Miguel, para proteger a los buenos y matar a los malos». Es lo último que le oí decir.

Estaban mi padre, Miguel y Teresa esperando en una sala, en medio de aquel caos de ayes de dolor donde se juntaban los heridos del frente con las víctimas de los bombardeos, cuando apareció Carmen, Carmen Brondo, sí, la hermosa Carmen Brondo, con aquellos ojazos, vestida con una bata gris, recogido el cabello en la nuca y unos cuantos folios en la mano. Empezaba a llamar a alguien y se interrumpió al ver a los tres presentes. Evitó la mirada acuosa de Teresa, y llevó sus ojos de Miguel a mi padre, detestando la presencia de uno y lamentando profundamente la presencia del otro. Ni ella misma sabía qué había pasado. No habían tenido tiempo todavía de registrar los cadáveres del día anterior.

—Elena —balbució mi padre—. Y Tomasín.

Consiguió no derrumbarse al verlos sobre las camillas, los miró como si no significaran nada para él, y se dejó abrazar por Miguel, y por Teresa. Le impresionó lo sucios y lo rotos que estaban, y le obsesionó la necesidad de lavarlos inmediatamente, porque quería ver el color de los cabellos de su pelirrojita antes de que se la llevaran al cementerio.

Los enterraron el domingo por la tarde, tan pronto como fue posible, en el cementerio de Montjuïc.

—Ni Carmen ni yo fuimos al entierro —confesó Víctor aquella tarde en el parque de la Ciudadela, en voz baja, con tanto sentimiento como si confesara un crimen—. Después de ver cómo Miguel mataba a Juliol, decidimos alejarnos de él. Ya no volvimos por la carbonería de la calle de la Vía. Primero, nos metimos en la chabola del Poblenou donde aún vivía mi hermano pequeño, Giordano Bruno, que acababa de regresar del frente tullido, sin los pies. Allí nos tuvieron un par de días. Yo estaba mal, me dolía el pecho y, además, estaba muy afectado por lo que había visto. Carmen era una bomba a punto de explotar. Si hubiese tenido oportunidad, creo que habría matado a Miguel. Yo no sabía qué pensar. En seguida, nos trasladamos a otra casa. Temíamos que Miguel tratara de localizarnos allí, porque sabíamos que había ido al bar de Robador. Fuimos a buscar a la Caraqueso y al niño, y nos acogió uno que había trabajado con Miguel y conmigo en el muelle, uno de los barrenderos de carbón, un tal Ortuño, en la barraca que tenía en Can Tunis.

»Yo conseguí que no me obligaran a volver al frente. Por la herida y sus secuelas, y también por la edad. Me dieron el certificado médico de inutilidad para el combate y, con Carmen, nos pusimos a trabajar como voluntarios en la Junta de Defensa Pasiva.

Más tarde, cuando tuve acceso a los papeles de Madurga, pude contrastar lo que Miguel le había dicho a Teresa: que los oficiales del ejército perseguirían a Víctor y que era absolutamente imprescindible que se escondiera. Víctor movió la cabeza en sentido negativo, dando a entender que a Miguel no había que hacerle mucho caso.

—A veces tenía estas cosas. Mucha alarma, mucho misterio, «confiad en mí, que yo os salvaré». Y luego todo quedaba en agua de borrajas. Seguramente lo dijo porque quería que Carmen y yo nos escondiéramos juntos en la carbonería, lejos de Teresa. Yo no constaba en ninguna parte como anarquista y nadie me reclamó nada. Me pusieron a construir refugios por la ciudad, y

Carmen empezó trabajando conmigo, pero tuvo que dejarlo el día en que la Caraqueso nos abandonó.

Le pregunté:

—¿Y Teresa?

Bajó la vista y tragó saliva. No tenía palabras para eso. Continuó:

—Para soportar el miedo a los bombardeos, Dolores la Caraqueso bebía coñac. Un día, se durmió tan profundamente que ni siquiera se enteró de que sonaban las sirenas, no llevó a Eduardito al refugio. La despertaron las bombas, que en Can Tunis también cayeron, y en abundancia, recuerdo que era un 1 de octubre, y al abrir los ojos vio que el niño no estaba allí. No salió a buscarlo, no se atrevió. Se quedó encerrada en la casa, llorando. Luego una vecina le llevó el niño, que se había encontrado en la calle, dos puertas más allá. No le había pasado nada pero, evidentemente, no permitimos que aquella mujer lo cuidara ni un día más. Así que Carmen se quedó en casa hasta que encontramos a alguien que se hiciera cargo del niño y entretanto yo estuve en una brigada de auxilio cuando las inundaciones del Besós, aquel mismo mes; sacando muertos del barro en La Sagrera, y en la brigada de reparación del puente que se cayó. Terminé como vigilante de un refugio en cuanto empezaron los bombardeos en serie y en serio. Tenía la llave y era el responsable de que todo el mundo entrara y saliera ordenadamente. Carmen empezó a trabajar en el Clínico, donde se había creado el primer banco de sangre del mundo. Estuvo colaborando allí y, cuando Teresa, mi padre y Miguel se presentaron para identificar los cuerpos de Elena y Tomasín, era una de las responsables de hacer constar a las víctimas de bombardeos en libros de registro con el fin de pedir responsabilidades penales y civiles a los fascistas, cuando terminara la guerra.

»Y, bueno, el caso es que no queríamos ver a Miguel. Sabíamos que iría al entierro de Elena y el crío, y no queríamos encontrarnos con él. Por eso no fuimos.

Mi padre hizo un gesto con la mano que significaba: «No importa». Ya se habían dado las explicaciones oportunas cuando había llegado el momento, ya habían tenido tiempo de perdonárselo todo.

Después de la ceremonia funeraria de aquel domingo 20, mi padre se emborrachó. Una larga borrachera que casi duraría una semana.

—Me volví medio loco —decía—. O loco del todo. No diré que no supiera lo que hacía, pero sí que no me comportaba como antes, no me reconocía. Me sentía torpe, tonto, inoportuno, caprichoso. De pronto, me pareció que había que hacer un esfuerzo demasiado tremendo para vivir, para comportarte como los demás esperan que te comportes, para sonreír cuando toca, para ser comprensivo, amable, generoso, animoso, optimista. Y me relajé. Me solté, renuncié a todo esfuerzo y pensé: «así soy yo realmente, cuando no finjo», y dejé de ser comprensivo, amable, generoso, y resultó que era una mierda. Y no me gustaba vivir en mi compañía.

El lunes, a primera hora de la mañana, su compañero Chueca fue a disculparle ante los oficiales del cuartel de Vorochiloff, «que en un bombardeo habían muerto su mujer y su hijo, que ya tenía casi cuarenta años, que necesitaba un permiso, al menos de una semana». Le dijo un capitán:

—¿Qué coño te has creído? ¿Que esto es una excursión al Montseny? ¡Estamos en guerra! ¡Y la estamos perdiendo, coño! ¡Y el soldado que no está en su puesto cuando se cuenta con él es un desertor, y en guerra a los desertores se les fusila!

Chueca se retiró unos metros, esperó a que el capitán regresara a aquel despacho que no había abandonado desde el 19 de julio de 1936, montó en el camión y se fue. Tenían entonces uno de aquellos tatuados con las siglas 3HC en caracteres cirílicos, popularmente conocidos como Tres Hermanos Comunistas. Antes de atravesar la barrera, le dijo al centinela: «Oye, que le digas al capitán que por fin ha venido Gavanza y que está listo para el servicio».

Realizó él solo el recorrido aquella semana del 21 al 26 de marzo, haciendo constar en todas partes que mi padre lo acompañaba. Entretanto, mi padre se reponía en este piso de Gran Vía, consolado por la sacrificada Teresa.

—Teresa era una mujer espléndida —decía años después con nostalgia—. Excepcional. Tenemos tendencia a ignorar e incluso despreciar a las personas modestas y grises, que no se significan y no destacan. Hasta que necesitamos ayuda y resulta que son ellas, y solo ellas, las que surgen de la nada y se entregan a nuestro cuidado con abnegación de santas.

»Ella se recuperó antes que yo del golpe, y eso que había estado a punto de morir. Tendríais que haberla visto, cojeando, y con aquella cara deformada por los hematomas, y sin embargo atendiendo a su hijo Javier con todo esmero, y yendo de un lado a otro de la casa para traerme al sillón lo poco que yo comía y lo mucho que bebía para anestesiar mi dolor. Bebía coñac Sorel. Antes del desastre, bromeábamos: «Coñac Sorel, el que nos trae Miguel». Recuerdo los ojos de Teresa tan grandes, redondos y brillantes, atentos a mis sentimientos y a mis necesidades. Una sonrisa tímida, dulce, para invitarme a levantar el ánimo, pero reprimida para no herir mi susceptibilidad, no la fuera a considerar irreverente. Se sentaba a mi lado, ponía su mano sobre la mía y podía estar mucho rato ahí, callada, solo haciéndome compañía y soportando mis lamentos o mis furias.

En el parque de la Ciudadela, mi padre se secó las lágrimas, suspiró, se irguió, en un intento de recomponer su imagen elegante y digna.

—Me volví un poco loco —reconoció—. Aquellos días tuve un comportamiento grotesco, desquiciado. ¿Sabéis qué pensé? Que realmente existía la maldición de los Gavanza y las mujeres. Siempre había tenido la sospecha, porque mi padre decía que se le habían muerto las dos que tuvo y, aunque Hortensia siguiera viva, su historia había sido igualmente trágica. No era de extrañar que mi padre rehuyera empecinadamente la solicitud de la señora Llusieta. Y el recuerdo de la muerte de la señora Llusieta no hacía más que confirmar mis temores. Y yo me había enamorado de Aurorita Escolá, y pasó lo que pasó, y luego construí mi vida en función de mi queridísima pelirroja y del chistoso Tomasín, y habían muerto en mi ausencia. Yo decía: «Si al menos me hubiera estado jugando la vida»… Pero no: estaba dándome una vuelta por las masías de Gerona, enseñándole modales a Chueca. Teresa se lamentaba: «Yo les dije que no fuéramos a comprar zanahorias. Habían estado cayendo bombas toda la noche. Elena dijo que, precisamente por eso, al hacerse de día, dejarían de bombardear. Me fui con ellos pensando que, si teníamos que morir, lo haríamos todos juntos».

Durante aquella semana en que Chueca encubrió su deserción, mi padre fue a ver a Hortensia a la Bombonera. Quizá le pasó por la cabeza que, puesto que nunca podría volver a tener una novia formal ni casarse como era debido, tendría que regresar al consuelo de las putas. Para siempre. Tuvo esa idea muy presente en los años que siguieron. Era un apestado y se prohibió a sí mismo recurrir a ninguna otra mujer decente. Pero quizá también fuera a la Bombonera para buscar el amor de madre, y para darle amor de hijo, puesto que ella también era una víctima de la maldición de los Gavanza.

Hacía tiempo que no pisaba el burdel, y lo encontró más deteriorado y siniestro, con las paredes resquebrajadas y sucias. Le sorprendió el cartel que había quedado colgado en lugar preferente, desde la época del gobierno de CNT y FAI: «Se ruega que traten a las mujeres como camaradas. El Comité». También le sorprendió encontrarse con un Miguel muy atribulado, que cuchicheaba en un rincón con don Julián Villarroya. Fumaban Camel, con el paquete bien a la vista, sobre una silla, lo que en aquellos tiempos era señal de lujo, desvergüenza y estraperlo, y manoseaban con avidez unos documentos.

—¿A usted le parece que no basta? ¿Cree que no va a bastar? ¿Pero qué más quieren?

Hortensia debía de tener poco más de sesenta años y los llevaba muy bien. Aun cuando no se había maquillado y su tez pálida revelaba que hacía mucho tiempo que no se sometía a los rayos del sol, aun cuando vestía una bata de andar por casa, su figura esbelta y su andar majestuoso le daban un aire aristocrático de actriz soberbia. Le abrió la puerta de su habitación. Una habitación de puta a la que había añadido un sillón de orejas, casi un trono, y tres cuadros de evidente valor. Ella se sentó en el trono y él en la cama. Le contó que acababa de perder a su mujer y a su hijo en los bombardeos y ella no supo consolarle bien. Dijo que en la guerra ya se sabe. Y mi padre dijo que «esta es la tarjeta de visita de esos hijos de puta, que además de hijos de puta son imbéciles, porque la mitad de la población los estaba esperando con los brazos abiertos y, ahora, con esta salvajada…», y ella respondió que, en una guerra, todo el mundo es malo, imbécil y salvaje. Y él entendió que ella daba la bienvenida a las bombas y a la destrucción porque tenía la intención de dar la bienvenida a los franquistas. Y le sorprendió que, acto seguido, su madre le pidiera, en el tono neutro de quien identifica pedir con mendigar:

—Llévame a tu casa. Yo no puedo vivir más aquí.

—Pero no… —desconcertado, mi padre no sabía qué decir—… Ya no hace falta que viváis aquí. Mucha gente que permanecía escondida ha salido ya, y ha recuperado sus casas…

—Si voy a mi casa, tendré que hacerlo con Julián, y él está muy bien aquí, entre putas. Es su ambiente preferido, su ambiente natural. Aquí puede conspirar para mayor honra y gloria de Franco. ¿No lo has visto ahí afuera, con ese amigo tuyo, el contrabandista, los dos jugando a los espías? Viene día sí día también con listas y listas y listas de personas. Papeles y papeles. Es un gran coleccionista de documentos. Y Julián se comporta como si él solo estuviera dirigiendo los ejércitos franquistas desde este prostíbulo. —Y, con una frialdad estremecedora, añadió—: Si me llevas a tu casa, renacerá mi condición de madre y te cuidaré.

Mi padre experimentó una especie de ataque de pánico. «Ya te digo que estaba medio loco.» No quería a Hortensia en su casa. No quería que lo cuidara. Prefería las atenciones de Teresa. Pero

no encontraba palabras para negarse. No podía decirle: «Tú no quisiste ser mi madre y yo no quiero ser tu hijo», entre otras cosas porque había corrido a la Bombonera en busca de su abrazo. Adujo, vagamente, que no estaba viviendo solo, que debía consultarlo con la gente que tenía con él en su casa. «La gente», dijo, refiriéndose a Teresa. No quería que Hortensia pudiera pensar que había sustituido inmediatamente a Elena por su mejor amiga.

En cambio, cuando salió de allí, siempre aturdido, «un poco loco», dirigió sus pasos hasta casa de su padre, en la calle de Borrell… Luego le diría a Teresa que fue para pedirle permiso antes de meter a Hortensia en casa, porque le parecía que el abuelo Alberto podía tomárselo mal, si no se lo consultaba antes.

Teresa le dijo:

—¿Por qué tenías que pedirles permiso? Si no vienen nunca por aquí. Y esta es tu casa.

Mi padre decía y se decía que solo había ido a pedir ese permiso, pero quizá subió al piso de Borrell solo porque ni el abuelo Alberto ni Cándido habían ido al entierro de Elena y Tomasín. No quería exigirles explicaciones ni discutir con ellos, solo necesitaba comprobar que estaban ahí, y tal vez transmitirles que no pasaba nada, que lo comprendía y que consideraba que seguían siendo una familia bien avenida. Por eso, en aquellos días de confusión y depresión, se le ocurrió que Hortensia era un buen pretexto para la visita.

Era el atardecer, en plena restricción eléctrica, y el piso de planta irregular y rincones agudos y obtusos únicamente estaba iluminado por una lámpara de carburo. Encontró al abuelo Alberto en la cama, muy delgado y desmejorado. Tenía fiebre alta y tosía mucho. Dijo que estaba un poco resfriado y que se sentía muy débil. Mi padre le llevaba una lata de carne. Cándido lo recibió con malos modos, como si le ofendiera ser objeto de la caridad de su hermanastro.

Mi padre se sintió muy tonto al contar torpemente que, a lo mejor, Hortensia se iría a vivir con él.

—¿Ahora vas a meter a esa mujer en tu casa? —lo ridiculizó Cándido—. ¿Ya has olvidado lo que hizo a padre? ¿Y lo que te hizo a ti, ya puestos?

Aquel día, mi padre se enteró también de que Miguel había ido al almacén de coches en que se había convertido la plaza de toros de Las Arenas, y había conseguido para el abuelo Alberto y Cándido un par de vehículos que había hecho reparar y poner a punto para que los utilizaran como taxis.

—¿Dos? —le había gritado Cándido a la cara—. ¿Solo dos? ¿Sabes cuántos coches teníamos, y cuántos camiones, cuando vinieron tus amigos de la FAI y nos los quitasteis?

—No digas mis amigos de la FAI —le corrigió Miguel sin sulfurarse.

—Cuando viniste, conducías un coche de la FAI, que llevaba las letritas pintadas, y nos dijiste que eras de la FAI, y nos ordenaste que regaláramos toda la flotilla a tus amigos de la FAI. ¿O no es verdad?

No fue Miguel quien le contó esto a mi padre, ni siquiera lo mencionó cuando se encontraron con motivo de la muerte de Elena y Tomasín. Fue Cándido, aquel tenebroso atardecer de marzo, muy orgulloso de haber sido capaz de escupir a la cara de quien les había echado una mano.

Por fin, Hortensia no vino a vivir a este piso de la calle Cortes. Mi padre no regresó a la Bombonera, no se puso en contacto con ella, y el lunes 28 de marzo ya se trasladó al cuartel de Vorochiloff y se encontró con Chueca y salieron a su misión semanal por tierras de Gerona. Corrían rumores de que se les iba a terminar el privilegio porque se necesitaban camiones para trasladar efectivos al frente del Ebro.

Algún día de aquella semana, Chueca indicó a mi padre que se detuviera en la masía donde había matado al muchacho emboscado. Mi padre, avergonzado todavía por aquel incidente, no se movió del camión, y su compañero fue a la casa y, al rato, salió cargado de embutidos y carne de cerdo.

—La semana pasada —se explicó Chueca cuando reemprendían el camino—, les dije que tenían que hacer la matanza, que necesitábamos embutidos. Solo tenían un cerdo, pero que se jodan. Tú lo necesitas más que ellos. He pensado que, para consolarte, no había nada mejor que estas butifarras —y, después de una pausa, añadió—: Eso sí: se lo pedí con muy buenas maneras.

68

A partir de ese momento, los recuerdos de mi padre eran muy confusos y él no hacía ningún esfuerzo por aclarar la confusión.

—Me volví medio loco. O loco del todo.

Llegado ya el buen tiempo, un lunes les dieron a Chueca y a él la orden de incorporarse a una larga expedición de camiones que transportaban pontones y pontoneros, alambre de espinos y zapadores para construir trincheras.

Por razones estratégicas, fueron por carreteras comarcales del interior, pasando por Vilafranca, Montblanc, Borges Blanques, hasta Flix, a las orillas del río fronterizo, abrumados por la desolación de un paisaje intensamente bombardeado por los franquistas. A medida que se acercaban a primera línea de combate, los pueblos estaban más y más devastados, convertidos en amasijos de ruinas, y la expresión de los rostros de los campesinos que los miraban desde la cuneta hablaba de un fracaso irremediable. Mi padre decía que no se sentía muy afectado por ello. Les devolvía la mirada con indiferencia. En aquella época bebía mucho y todo le daba igual. Se acabaron los fines de semana en Barcelona y eso tampoco le importó. Le daba igual estar aquí que allí, dormir en una cama, o en un catre, o en un pajar, o en el suelo, bajo una tienda de campaña.

Durante abril y mayo, fue repitiendo ese trayecto, porque se preparaba una ofensiva. Un día les

hicieron ir a los cuarteles Karl Marx, que se encontraban en la Ciudadela, para cargar un nuevo reemplazo de soldados que iban al frente. Eran chavales de diecisiete o dieciocho años, nacidos en 1920 o 1921, que no tendrían que haber hecho el servicio militar hasta el 41. La Quinta del Biberón. Vestían con ropa de calle, ni siquiera tenían botas militares ni correajes. Solo les habían dado un fusil, un macuto para las municiones y un par de bombas. Muchos de ellos sollozaban tan disimuladamente como les era posible. Mi padre vio a muy pocos arrebatados por el ardor guerrero, por no decir ninguno. Y también había tipos de treinta años, del reemplazo del 27. Asustados, cabreados, resignados al matadero. En ese momento respiró mi padre la derrota, mucho más que entre las ruinas del frente.

«¡Resistir es vencer!» era la consigna que proclamaban los políticos a gritos y los carteles a cuatro colores. Y mi padre pensaba (pensaba, que no decía para que no le fusilaran por derrotista): «Tonterías. Si no nos rendimos de una vez es porque sabemos que, cuando lleguen, nos pasarán a cuchillo, como hicieron en Badajoz».

Y no desapareció su desaliento cuando se inició la entusiasta ofensiva y los republicanos, el 26 de julio de 1938, cruzaron el Ebro e hicieron retroceder a los fascistas veinticinco kilómetros, y reconquistaron once pueblos. «¿Para qué?», se preguntaba. Oyó decir que era una operación para distraer al enemigo, que estaba asediando Valencia. «Bueno, ¿y qué?» La derrota se percibía en cada metro cuadrado del terreno, en la cara de los soldados exhaustos y de los oficiales irritados y desorientados, en la desorganización anárquica de un ejército pobre y sin recursos, en los discursos histéricos y absurdos de Companys y los demás políticos que continuaban azuzando a los soldados a continuar combatiendo.

—Teníamos —decía mi padre, apesadumbrado y avergonzado— solo trescientos cañones viejos y estropeados en toda Cataluña, y ellos nos atacaban con tres mil piezas de artillería modernas y en perfecto funcionamiento. Ellos eran un ejército profesional, bien pagado por los patrocinadores de la guerra, y nosotros éramos una pandilla de desharrapados. Cuando entrenaban a los reclutillas de la Quinta del Biberón, solo les hacían desfilar arriba y abajo, marcando el paso, «uno, dos, uno, dos, uno, dos, derecha, izquierda», como si los preparasen para el desfile de la jura de bandera. Cuando montaban en los camiones no sabían aún cómo cargar un fusil, ni cómo desmontarlo, o limpiarlo, ni siquiera cómo apuntar con él.

En agosto, tuvieron que ir al puerto de Barcelona a cargar barcas, tantas barcas como fuera posible, porque los nacionales habían abierto las compuertas de los pantanos de Tremp y Camarasa, con las riadas consiguientes, y troncos cargados con explosivos habían destrozado y arrastrado todos los puentes tendidos, cortando la retirada de las tropas republicanas. En septiembre, la Sociedad de Naciones ordenó que se retirasen las Brigadas Internacionales de nuestra guerra y la caravana en que se encontraba el camión de mi padre y Chueca se dedicó a recoger a los soldados extranjeros en distintos puntos del frente y a trasladarlos a Barcelona.

—… En octubre nos enviaron un par de veces a Figueres, un terreno que conocíamos, para transportar archivadores llenos de documentos, supongo que porque alguien previó que aquel sería el último reducto del Gobierno de la República. En noviembre ya volvimos al frente con la misión de evacuar heridos, y nos encontramos con la guerra de verdad, la guerra en su forma más espantosa.

»Los fantasmas de la derrota y el desaliento traían rumores horribles de la primera línea. Que los moros llegaban a la cabeza y violaban a mujeres y niños, e incluso hombres, antes de asesinarlos mediante los tormentos más salvajes que se puedan imaginar. Prometían benevolencia y ecuanimidad con el vencido y reunían a los oficiales y mandos del ejército republicano, y a los alcaldes y funcionarios públicos y maestros, y a todo aquel que creyeran que había ocupado un cargo de responsabilidad, o a cualquiera que señalase el dedo del delator, y los fusilaban sin juicio ni piedad. Se rumoreaba que los franquistas multiplicaban por diez la violencia que pudieran haber ejercido sus enemigos, ¿y cómo no nos lo íbamos a creer después de los espantosos e inhumanos bombardeos de la aviación italiana y alemana sobre la población civil?

»Un día de la segunda quincena, cuando ya habíamos dado la batalla del Ebro por perdida, habíamos cruzado para acá en retirada y habíamos volado el puente de Flix, acabábamos de cargar en el camión a quince o veinte hombres heridos en un pueblo del que nunca supe el nombre, uno cualquiera de la ribera del Ebro. Era horroroso: al que no le faltaba un brazo, le faltaba una pierna, un par o tres estaban desmayados, quizá en coma, o muertos. Las llagas mal curadas, la sangre a la vista. Nos alejábamos del pueblo, subiendo por un cerro, cuando sobrevino un ataque aéreo. Íbamos nosotros solos, no sé por qué. De pronto, un estruendo a nuestra espalda y los gritos de los heridos que transportábamos. «¿Qué pasa?» Chueca y yo nos volvimos. Horrible. La tierra estallando, las casas pulverizándose bajo las bombas de una escuadrilla de aviones alemanes que volaban bajos. Messerschmitts, me parece. Y uno de ellos debió de vernos, y avisó a sus compañeros, y vinieron a por nosotros. Yo di el grito de alarma, no sé qué dije, y saltamos del camión enloquecidos. Quisimos ayudar a bajar a los chicos que no podían por su propio pie, pero no llegamos a tiempo de sacarlos a todos. Los aviones estuvieron en seguida allí. Todos los que pudimos corrimos, nos desperdigamos tratando de ocultarnos en un paisaje desértico. Un par buscaron amparo bajo un árbol raquítico, otros se pegaron a las rocas, se acurrucaron en zanjas. Tendríais que haber visto a aquellos pobres chavales, heridos, arrastrándose, pegando saltos, gimoteando, suplicando piedad entre las rocas. Yo apenas pude dar dos zancadas y me tiré de cabeza al suelo, como quien se lanza a la piscina. Y ahí me quedé, tapándome la cabeza con las manos, la espalda expuesta al sol y a las balas. El sonido de las ametralladoras retumbando en mi cerebro y el silbido de las balas saturando el aire. Perforaron la lona del camión y dieron a dos de los chicos que iban dentro y que murieron en el acto destrozados. No hubo más víctimas y el camión no estalló como yo esperaba, porque no hicieron más que una pasada, por divertirse.

»Mientras aguardábamos inmóviles por si volvían, Chueca estaba cerca, y le dije: “Chueca, yo me voy de aquí. Ya no aguanto más. Se acabó. Esto es una mierda. Esta guerra está podrida”.

»Chueca me sonrió. Me tendió la mano. “Que tengas suerte, dandi. Ha sido un placer.”

Mi padre se alejó agazapado, casi a gatas. Algo más allá, entre las rocas, vio correr a alguno de los heridos que también había decidido renunciar al absurdo de la guerra. No fue difícil. Aquellos aviones podrían haberlos matado y en aquel momento serían cuerpos muertos en la cuneta. Desaparecidos en combate. Y el desbarajuste que había observado en los pueblos por donde habían pasado garantizaba que, si andaban con cuidado, nadie se iba a fijar en ellos.

Estuvo muchos días caminando sin ir a ninguna parte. Se desprendió de todos los efectos militares que pudo, correajes, pistola, la cazadora y la gorra con los distintivos del cuerpo de

tren, y en la primera hoguera que encontró arrojó toda su documentación. Solo conservó, con fervor supersticioso, el chisquero que Víctor le había regalado. En aquel instante quiso creer que aquel objeto había salvado la vida de su amigo y también se la salvaría a él.

Cuando encontró unas maletas abandonadas, se hizo con un abrigo de civil que le venía grande y una gorra, y cambió las botas por unas zapatillas de andar por casa. Con aquellas pintas, y unos pantalones de pana, y sobre todo sus cuarenta años, su aspecto esquelético y desmejorado, lo tomaban antes por un campesino desposeído de sus tierras, ahuyentado y enloquecido por la guerra, que por un desertor. Se mezcló entre los miles de civiles que llenaban las carreteras en un éxodo sin destino, cargando sus pocas pertenencias, y vivió de la caridad o de las sobras del rancho de los soldados que encontraba por el camino.

Más tarde, cuando llegó el frío, se recordaba desnudando a un muerto, en la cuneta de una carretera, quitándole las botas y la chaqueta y la camisa, y dejándolo allí tirado, con las carnes al aire, aquellos ojos que parecían cerrados de manera obsesiva, un rostro terrorífico que más de una vez se le aparecería en sueños.

Vagó sin rumbo y vivió una vida olvidada, sin conciencia de vivirla, y al fin se dejó arrastrar por la riada de gente en dirección a la frontera francesa. Hacía un frío espantoso, empezó a nevar. Pensaba en Teresa, la veía en el piso de Gran Vía, sola con el niño, pasando frío, y se sentía culpable por abandonarla. La recordaba cuidándole, y se decía que no podía ir a reunirse con ella, primero porque era la esposa de Víctor, y luego porque tenía que salvarla de la maldición de los Gavanza. Por las noches lo atormentaban pesadillas en las que la veía violada por las tropas moras de Franco.

Intervino Víctor:

—… Y, entretanto, nosotros te dimos por muerto, cabrón, que podrías haber dicho algo. La última vez le dijiste a Teresa que te ibas al frente del Ebro, y ya no supo más de ti —continuó el amigo de mi padre—: Si hubieras vuelto a casa, a tu casa de Gran Vía, me habrías encontrado a mí. A mí y a Teresa, esperándote.

Asentía apesadumbrado por sus errores. Sí, Teresa, Javierito y él esperándolo en la casa de Gran Vía, Teresa, Javierito y él, los tres juntos, la familia reconstruida. Se explicaba:

—No era fácil vivir con Carmen, ¿sabes? Fue soportable mientras yo convalecía de mi herida y ella era mi enfermera, bueno, quiero decir que al menos no llegábamos a las manos. Pero en seguida afloró aquella loca explosiva que no podía evitar la destrucción de aquello que amaba. Habíamos discutido porque queríamos hacer el amor y nos lo impedía la presencia de la Caraqueso o Eduardito, o porque ella quería hacer el amor y yo no, o porque yo quería hacer el amor y ella no, o por cuestiones políticas, o porque ella era más desordenada que yo, o porque ella abominaba del Miguel asesino y yo salía en defensa del Miguel amigo de la infancia, o porque a mí no me gustaba cómo cuidaba del niño, o por mi derrotismo, o por su triunfalismo, todo era motivo de discusión. Y un día ella me lanzó un zarpazo, y yo le crucé la cara de un bofetón, y le grité que viviría mejor con Teresa, que era mi esposa, que era con quien tendría que estar viviendo, y ella se mostró de acuerdo y además me tildó de cobarde por andarme escondiendo y abandonándola, a ella y a Javier, y aquel día me fui a vivir al piso del bar Luys. Y

al día siguiente, fui a buscar a Teresa y al niño al piso de Gran Vía.

»Ella me recibió con sonrisa y sin lágrimas, como si siempre hubiera creído que mi desaparición se debía a motivos de seguridad y no de encoñamiento. Se abrió a mí, permitió con mansedumbre que le hiciera el amor, y reanudamos nuestra vida matrimonial, ella tan apacible como de costumbre, yo culpable y solícito, los dos embobados y unidos por un Javier que ya tenía casi dos años.

»Aquellos días aprovechó Teresa para interceder en favor de Miguel. Me contó que mi amigo me había estado buscando con desesperación, que vivía mi ausencia con angustia, que la visitaba día sí, día también para decirle que me debía explicaciones por lo que consideraba un horrible malentendido.

»Un malentendido, sí. Así era como se refería a la muerte de Juliol. Teresa me hizo entender que Miguel se había visto obligado a apretar el gatillo; me convenció de que, en realidad, Juliol había provocado a Miguel para que lo matara cuando sacó aquella granada del macuto. Si hubiera permitido que la lanzara al interior del camión de los explosivos, habría volado todo el cementerio, habría muerto Juliol pero también los hombres que estaban con él, también Miguel, y yo mismo, y Carmen, que estábamos presentes. Miguel insistía en que yo había sido espectador de la situación y tenía que saber que lo que decía era verdad. Disparó contra Juliol, sí, disparó instintivamente, en defensa propia, y después, cuando había podido pensar en ello, había entendido que Juliol deseaba que él disparase, lo provocó porque ya no podía seguir viviendo después de aquel momento.

»No sé cuántas cosas más me contó Teresa, ni cuánto insistió, pero un día por fin decidí ir a encontrarme con Miguel de nuevo, dejando que pesaran más los años de amistad que nos unían antes que la puta guerra que nos convertía en bestias.

»Estaba muy desengañado. Supongo que no quería que el tiro que había matado a Juliol matase a más personas o vivencias. Supongo que ya había claudicado y me conformaba con aquella atrocidad porque solo era una entre los millones y millones de atrocidades que cada día van pudriendo el mundo.

»Y un día de primeros de diciembre, un día que nevaba intensamente, fuimos con Teresa y Javier al bar Luys y allí estaba Miguel, tan fuerte y firme, elegante, guapo y seguro de sí mismo. Al vernos, se levantó de la silla como impulsado por un resorte y me abrazó como se abrazan los amigos después de años de no verse y después de muchos agravios perdonados, y nos sentamos a brindar con aquel coñac Sorel (el que nos trae Miguel) y fumamos Lucky Strike en aquella época de absoluta carestía. Hablamos de muchas cosas, claro está, pero sobre todo de tu padre. ¿Qué había sido de él? Miguel no tenía ninguna noticia. Nos prometimos buscarlo.

»—¿Y tú qué vas a hacer? —me preguntó Miguel.

»—Nada —busqué la mano de Teresa y la oprimí, para infundirle valor y para infundírmelo a mí —. Me quedo. No creo que nadie venga a por mí. No me dan miedo.

»—Deberían dártelo —dijo el policía—. Vienen cometiendo muchas barbaridades. Dan rienda suelta a la guardia mora, como una horda de vándalos, con permiso para el saqueo y la violación.

“Transformaremos Madrid en un vergel”, ha dicho ese Queipo de Llano, ¿lo sabes?, “Bilbao en una gran fábrica, y Cataluña en un inmenso solar”.

»Pero yo no estaba dispuesto a dejarme convencer. Miguel siempre agitaba la bandera del miedo. Miguel el Miedoso viendo peligros por todas partes, siempre usando el ataque como la mejor defensa. Al fin y al cabo, él había profetizado un montón de desgracias cuando yo saliera del hospital y nadie me había perseguido. Nos mirábamos fijamente a los ojos. “¿Qué pretendes?” Miguel el Policía añadió:

»—Desde luego, en Jefatura no encontrarán ninguna constancia de tu pasado anarquista. Ya me he encargado yo de ello. Pero te fuiste voluntario al frente, y ahí sí que yo no podré hacer nada.

»Le dije:

»—¿Cómo lo van a saber? ¿Y si lo saben, qué? Ni siquiera estuve un mes en primera línea, y no participé en ningún combate. Y, en todo caso, si las cosas se van a poner tan graves como tememos, quiero estar aquí para proteger a Teresa y al niño.

»En los días siguientes, fuimos al cuartel de Vorochiloff y, después de mucho preguntar, conocimos a ese tipo llamado Chueca, que nos dijo que Fernando Gavanza había desaparecido durante un ataque de la aviación fascista cerca del Ebro. Y ya nos tienes allí, llorando tu muerte como idiotas.

—Y entretanto —tomó la palabra mi padre— yo vivía una serie de aventuras espeluznantes. Pero fuimos tantos los que las vivimos, es la historia de tantos y tantos españoles, que no tiene nada de original contarlas. Llegué a Gerona, viví en casa de gente que conocía allí, y seguí el camino hacia Figueres y, de Figueres, a la frontera, siempre con la sensación de que los fascistas nos pisaban los talones. Me aterrorizaba que los franquistas se enterasen de que me había alistado voluntario al ejército. Eso les daría la idea de que era un encendido militante de izquierda ansioso por matar curas, monjas y empresarios. Días y días de marcha, durante los cuales llegué a pensar que, si hubiera regresado a Barcelona, tal vez habría podido reconstruir mi vida junto a Teresa, como si ella fuera mi última esperanza. Claro que probablemente eso hubiera traído una serie interminable de desgracias para ella, pero, en aquellos momentos de confusión mental, me decía que me daba completamente igual. Estaba medio loco.

»Me recuerdo en una carretera de Gerona, más allá de Figueres, una de aquellas que conocía por haberlas recorrido con mi camión 3HC. Me dejaba llevar por una multitud encorvada por la derrota, supervivientes que empujaban o arrastraban carros de mano, alguno con caballerías, cargados con muebles, lámparas, alfombras y toda clase de objetos que consideraban imprescindibles para continuar viviendo. Me perdí entre los cientos de miles de hombres, mujeres y niños que lo habían perdido todo, que renunciaban a todo futuro y huían hacia la frontera como autómatas, arrastrando los pies junto a algunos vehículos militares, camiones, furgonetas, tanquetas, que avanzaban con lentitud exasperante. Y recuerdo el ruido de aviones que nos buscaban. Messerschmitts alemanes en vuelo rasante. La desbandada del pánico, el griterío, el horror cuando estallaba el tartamudeo de las ametralladoras. ¿Por qué disparaban contra aquellos despojos humanos que ya habían renunciado a la lucha, que no hacían más que huir, cuya muerte ya no iba a desmoralizar a ningún combatiente porque ya no quedaban

combatientes que desmoralizar? ¿Por qué querían matarnos?

»Disparaban las ametralladoras y las balas destrozaban el asfalto de la carretera, destrozaban un carro abandonado, alcanzaban a alguien al azar, mujer, niño, anciano, lo que fuera, ¿qué más les daba?, era como cazar conejos. Imagino que los pilotos irían riendo como niños traviesos.

»Y a mí no me dio la gana. Toda aquella gente humillada, lanzándose de cabeza a la cuneta, temblando de miedo. No me dio la gana. Ya digo que estaba medio loco. Porque no tenía nada que perder, porque lo había perdido todo ya y mi vida, sin sentido, no valía nada. Incluso pensé que, si me mataban en aquel momento, sería una muerte digna, valiente, memorable, más digna que toda mi vida anterior. Y me quedé solo en mitad de la carretera y me volví hacia los aviones, furioso, y los vi picando hacia mí. Las detonaciones llenaban mi cabeza, los silbidos de las balas me envolvían como una mortaja, los impactos hacían saltar pedazos de asfalto a mi alrededor. Les mostré los dedos índice y meñique, putos cornudos, y les grité "¡Hijos de puta!" con tanta convicción, los maldije con tanto odio, que estoy seguro de que sus vidas empeoraron a partir de aquel instante.

»No me alcanzó ninguna bala. Salieron de sus escondites mis compañeros de viaje y me hablaron con admiración los unos y con recriminación los otros. "¿Pero no ves que te podrían haber matado?"

»La siguiente vez que nos atacaron los aviones, un tipo más viejo que yo, pero también más fuerte porque se veía que era un payés, me agarró de los hombros y me obligó a tirarme al suelo. Se lo agradecí sin énfasis. Me miró a los ojos y me dijo: "Chico: si no tienes ganas de vivir, no vivirás". Y yo pensé: "Pues no viviré".

»Después de uno de aquellos ataques aéreos, encontré a una niña de unos siete u ocho años que lloraba, desconcertada y perdida, buscando a sus padres. Le pregunté: "¿Te has perdido?", y me dijo: "Se me han roto las gafas". Se llamaba Esperancita, un nombre muy oportuno. Esperancita Muñoz García, y sabía decir la dirección de la casa donde había vivido en un pueblo de Málaga llamado Alhaurín de la Torre. Le tendí la mano, agarré la manita y dejó de llorar. Pero repetía con insistencia: "Se me han roto las gafas". Caminamos juntos un par de kilómetros antes de que aparecieran los padres de la chiquilla. Fue un reencuentro muy emocionante. Cuando los vio, echó a correr hacia ellos, gritó: "Se me han roto las gafas", y se abrazó muy fuerte a su madre.

»Al presentarnos, solo se me ocurrió decir: "Malagueños, coño, como Picasso". Estaba medio loco. "Quédensela, les dije, que yo traigo mala suerte."

»Me adoptaron unos días. Venían huyendo desde Málaga. "La guerra nos ha arruinado", decían. Y yo les decía: "Mataron a mi mujer y a mi hijo. Y fijaos si serán imbéciles —porque yo, en aquellos días me empeñaba en decir que los franquistas eran más idiotas que malos; decía—: han llenado Cataluña de odio y miedo, ¿y así piensan gobernarnos? Los recibirán con el saludo mussoliniano y hitleriano, que tanto le gusta a Franco, y darán vivas a la madre que lo parió, y se reirán muertos de miedo, ¿es que no se dan cuenta? ¿Es eso lo que buscan? ¿Gobernar a un pueblo muerto de miedo?".

»Y me dijo el malagueño: "Sí, Fernando, eso es lo que quieren, eso es lo que les gusta. Solo saben odiar y temer. Están llenos de Santa Indignación y Santo Temor de Dios, indignación, que

quiere decir rabia, y temor, que quiere decir miedo, rabia y miedo, y por eso solo saben hacerse respetar por la violencia y por el miedo. No saben nada más".

»Llegamos a la frontera. Había senegaleses de uniforme, con aros en la nariz y las orejas. Y magrebíes, supongo que argelinos, a los que luego llamábamos mojamés. Nos empujaban con las culatas de sus fusiles sin contemplaciones y decían Allez, hop, allez, allez. En seguida, unos militares con casco nos cachearon de arriba abajo repitiendo sin cesar la palabra: Pistolé, pistolé, pistolé, pistolé! Tenían miedo de que alguno de nosotros entrara armado en su país y organizara por segunda vez la toma de la Bastilla. Por un momento, tuve miedo de que me quitaran el mechero de Víctor, pero ni siquiera notaron su tacto al palparme los pantalones. Cuando me tomaron la filiación, dije que no era militar sino civil.

»Y así pasé a Francia.

»Pero, ya digo, éramos tantos y tantos y tantos los que vivimos aquellas peripecias, y tantos que vivieron peripecias peores, y tantos que murieron en el camino, que tengo la sensación de que no fue nada especial lo que a mí me pasó. En todo caso, lo horroroso es que tantas y tantas voces hayan sido amordazadas durante décadas, que el olvido haya caído sobre lo que cientos de miles de personas sufrieron. Tuvieron que esmerarse mucho los que vinieron después para soterrar la historia, para desfigurar la verdad, para hacernos creer que todo lo sucedido y lo que sucedería en adelante había de ser bueno, justo, necesario, equitativo y saludable para todos.

»Y empezaron por tratar de convencernos de que los rebeldes que habíamos empezado la guerra fuimos nosotros.»

Reproduzco las palabras de mi padre tal como quedaron registradas en el magnetofón porque nunca nunca le había oído hablar de aquella manera, antes del día en que lloró en el parque de la Ciudadela frente a El Desconsuelo de Llimona.

QUINTA PARTE

Heridas abiertas

69

En la galería al aire libre del piso principal de la Jefatura de Policía, bajo los ricos artesonados de madera noble y con los ojos fijos en las baldosas polícromas, aguardaban once hombres muy elegantes, con camisas limpias y corbatas, arrebujados en sus abrigos y gabanes.

Los once habían ejercido como policías en la Barcelona republicana y a las órdenes de políticos de izquierdas y nacionalistas, y sabían que eso podía costarles la vida. Los vencedores habían puesto el mundo del revés y se arrogaban el derecho a condenar a alguien por «haber sido contrario al Glorioso Alzamiento Nacional» o por tener un trabajo público antes del golpe de Estado, y ejecutaban a funcionarios simplemente «por lo que podrían haber hecho». La inmensa mayoría de sus jefes y compañeros habían huido, algunos en coches oficiales, otros a pie y despavoridos. Ellos, en cambio, habían realizado todos los trámites pertinentes para ajustarse a la Ley de Depuración de Funcionarios. Se habían esmerado en la redacción de instancias, «El que suscribe, Miguel Jinete Valle, de cuarenta años de edad, expone:…», «… que es persona de orden y de creencias religiosas», «… que el 18 de julio de 1936 ocupaba el cargo de inspector de policía», «… que jamás se adhirió al gobierno marxista», «que prestó servicios al Glorioso Movimiento Nacional como informante desde el bando rojo bajo el código en clave Z-23», «… con los avales de dos personas adictas al régimen de la solvencia de don Julián Villarroya y…» «… Declara que los más notorios izquierdistas de su departamento eran…»

Durante una semana, una serie de oficiales iniciados en la más ortodoxa doctrina católico-franquista habían estado estudiando aquellos documentos y ahora se disponían a leer sus veredictos.

Pero, sobre todo, aquellos once se habían quedado porque confiaban en algún triunfo protector extra. Listas de nombres, fotos, declaraciones juradas, en los maletines o carteras de cuero que sujetaban fuerte entre las manos. Eso, de una manera u otra, significaba que iban a traicionar a alguien. Salvarían su vida a cambio de entregar otras muchas. Pero eran conscientes de que se jugaban la propia. Muchos oficiales, funcionarios y políticos que habían confiado en la benevolencia de los vencedores y habían entregado las armas sin temor a las represalias habían sido ejecutados contra los muros del cementerio más próximo.

Se miraban de soslayo, procurando que sus ojos no coincidieran y, cuando esto sucedía, desviaban la vista de manera fugaz y furtiva. Fumaban. Hacía mucho frío.

Fuera, la muchedumbre ya no gritaba «Franco, Franco, Franco», pero los efectos del clamor histérico permanecían suspendidos en el aire de manera obsesiva.

Entre los papeles amarillentos que habían pertenecido a Miguel Jinete y, apretujados y barajados, estaban en el maletín de mimbre, había nueve folios escritos a mano con letra irregular, casi ilegible, titulados «Mi perro Madrugón». En ellos, dice Miguel Jinete: «Era un clamor monstruoso y sucio, bastardo de la ilusión y el miedo, la confianza ingenua y angustiada en un

futuro que no podía ser peor que el pasado y el pánico ante el trato que podían dar a sus vidas aquellos salvajes que habían machacado la ciudad sin la menor compasión. “Franco, Franco, Franco” era un grito que transmitía desasosiego. Pensé que me daba asco la cobardía abyecta de las masas, y que tenían merecido todo lo que les había sucedido y lo que les pudiera suceder. Y, mientras pensaba eso, evitaba cuestionarme lo que pudiera sucederme a mí. Me pareció que me iba despersonalizando en aquella butaca, se me volaban los pensamientos y las sensaciones, me iba cosificando. Era el jugador de ajedrez que, de repente, descubre que se está convirtiendo en pieza. La incógnita era si me iba a volver peón o alfil, caballo o reina, y cuándo decidirían sacrificarme».

Aparecieron de pronto, con aquel taconeo de botas que parecía pataleta infantil, el zapateado de la muerte. Delante, con aplomo de suegra al entrar en la catedral para casar a la hija, un coronel del ejército con bigote de Adolphe Menjou. Miguel Jinete pensó que le complacía tener un cierto parecido físico con el Caudillo, pero aún le gustaba más ser más alto que él y poseer una voz más viril. Tras él, dos capitanes jóvenes y heroicos, probablemente miembros de la Columna de Orden y Ocupación, uno de ellos con gafas y una carpeta en las manos, y dos rudos falangistas. Uno de estos era un inspector conocido por todos los presentes, un tal Quintán, que había desaparecido en los primeros meses de la guerra y corría el rumor de que se había pasado a los nacionales. Allí estaba, con la camisa azul y el yugo y las flechas bordados en rojo, y la boina roja. Un policía mediocre y envidioso que ahora miraba a los que habían sido sus compañeros con superioridad y satisfacción mal disimulada, consciente de que las vidas de aquellos once desgraciados estaban en sus manos. No saludó a nadie y nadie le saludó. Apenas tal vez unas miradas de reconocimiento, «hombre, mira quién está aquí», «coño, volvemos a vernos», «vaya, no pensaba volver a encontrarte», «te has jodido, chaval, con este no hay nada que hacer».

El joven capitán de las gafas aulló: «¡En pie!», y aquellos once hombres ateridos que estaban sentados se pusieron en pie, y todos en posición de firmes, y todos levantaron el brazo con el saludo fascista.

—¡Viva Franco!

—¡Viva!

—¡Arriba España!

—¡Arriba!

«(…) El coronel nos dedicó una ojeada desdeñosa, propia del jefe de un pelotón de ejecución, y frunció los labios como si se dispusiera a escupirnos. Llevaba en la mano un puñado de octavillas que había pillado al paso, en algún despacho cercano.»

—¿Se puede saber qué cojones es esto? —gritó—. ¿Está escrito en catalán, o en francés, o en qué coño está escrito?

Respondió tímidamente un tal Carlos Omar, un hombretón de cuarenta y ocho años reducido a la categoría de chiquillo ruboroso.

—Está escrito en catalán, mi coronel —y, antes de que el oficial lo agrediera con el próximo

berrido—. Son octavillas que lanzaba la aviación nacional para desmoralizar a los catalanes, mi coronel.

—¿Ah, sí?

—Sí, mi coronel.

—¿Y qué dicen?

—Más o menos dicen: «Catalanes, con el Caudillo llega la paz. Entregad las armas a su benevolencia y acabad con esta guerra cruel. No temáis las represalias porque Francisco Franco, Generalísimo de los Ejércitos, os trae el pan y la justicia».

—Porque tú hablas catalán.

—Sí, mi coronel.

El coronel levantó la barbilla y frunció los ojos.

—¿Cuántos más habláis catalán?

Nueve de los once levantaron la mano. Uno de ellos era Miguel Jinete.

—¿Y qué hacían ahí estos papelorios?

—Algunos los redistribuíamos por la calle, mi coronel. Para que los lea el mayor número de gente…

Antes de que terminase de hablar, el militar ya estaba gritando de nuevo:

—¡Como salga de aquí una sola de estas mierdas, te pego un tiro en la nuca, imbécil! ¡Quemadlas inmediatamente! ¡No quiero volver a verlas jamás! ¡Y al primero que pille hablando en catalán, le vuelo la cabeza! ¿Está entendido?

Estaba entendido.

El coronel, muy a gusto en su papel de coronelísimo, se volvió hacia el joven capitán de la carpeta.

—¿Son estos los hombres que teníamos que entrevistar hoy?

Después de consultar sus documentos, el capitán dijo:

—Aquí solo me constan ocho nombres, mi coronel.

—Pase lista.

Pasó lista. «Pedro Coma», «¡Presente!», «Fernando Costa», «¡Presente!», «Claudio Ferrer», «¡Presente!», «Federico Fluviá», «¡Presente!», «José Galofre»… Riguroso orden alfabético.

Pronunciaba cada nombre y levantaba la vista del documento para observar al que había contestado como si quisiera aprenderse de memoria sus facciones.

—Miguel Jinete.

—Presente.

Los ojos de Miguel se encontraron con los del capitán. «Pensé: “demasiado joven”, y el capitán se dio cuenta de que yo era peligroso, y le gustó lo que veía.»

Habían quedado tres innominados.

—¿Y vosotros? —tuteando, claro.

Uno, Gervasio Climent, tomó la palabra, firme y corajudo, agarrotado por el miedo.

—Como policía y como persona —afirmó con acento catalán—, siempre he defendido la ley y la justicia. Creo en Dios y creo que el Caudillo ha venido a salvarnos del caos. Y, aunque no tengo quien me avale, pongo mi lealtad al servicio de la nueva España.

Los otros dos policías soltaron discursos similares.

Miguel Jinete escribiría: «Gervasio Climent fue fusilado al cabo de tres días».

Luego tuvieron que aguardar otra vez, esquivándose las miradas, hasta que los llamaban al despacho del jefe superior para enfrentarse a aquella especie de tribunal.

—Pedro Coma.

Y Pedro Coma desaparecía tras la puerta enorme del infierno, del paraíso o del purgatorio, armado con la cartera donde escondía sus triunfos, sus secretos, sus delaciones, los documentos de quienes le avalaban.

—Miguel Jinete.

Se levantó. Se entretuvo un momento en recoger del suelo la cartera de cuero, la más abultada de todas las que había en el salón.

Entró en el gran despacho decorado con una gran bandera rojigualda que colgaba fláccida de un mástil en el rincón, detrás de la mesa. En la pared, una foto de Francisco Franco y otra de José Antonio Primo de Rivera y, entre los dos, un crucifijo. Miguel Jinete había estado muchas veces en aquella estancia, incluso había dormido en ella aquella jornada memorable de mayo del 37, pero en aquel momento le pareció absolutamente irreconocible.

El joven capitán de las gafas estaba sentado tras el escritorio, como presidiendo el tribunal. El coronel, a su derecha, miraba hacia alguna telaraña del techo para aparentar indiferencia y aburrimiento. El otro capitán estaba a la izquierda y los dos falangistas sentados en un sofá, «para lo que usted quisiera mandar». Quintán miraba al frente, absorto en sus pensamientos, y no decía nada. Ya debía de haberlo dicho todo en las reuniones preliminares. Las sentencias ya

estaban dictadas, aquella entrevista era un puro trámite.

Miguel Jinete saludó con el brazo en alto.

No dijo «Viva Franco» ni «Arriba España» y no supo si ese podía ser su primer error.

—Miguel Jinete Valle.

—Presente —muy militar.

—Descanse —todo muy militar.

—Dice aquí que es usted especialista en la lucha contra el anarquismo —murmuró el joven capitán.

—Sí, mi capitán —Miguel ya estaba sacando de su cartera un grueso paquete de documentos y los depositaba sobre la mesa. «Más de doscientos folios», decía en su escrito.

—Aquí tiene un resumen de mis operaciones contra el terror anarquista, desde la época en que el general Severiano Martínez Anido era gobernador militar de Barcelona, y durante la dictadura de Primo de Rivera, y durante la guerra. Sé que el general Martínez Anido conoce mis actividades de información y ha intercedido por mí…

El coronel se interesó por los papeles, sin tocarlos, apenas acariciándolos con la vista. Murmuró, en un rezongo grave, «el general Martínez Anido murió en diciembre pasado; ya no está para avalar a nadie», y levantó sus ojos curiosos hacia el interrogado.

—¿Y cómo sabes tanto de anarquistas?

—Me infiltraba entre ellos, mi coronel.

—Te infiltrabas entre ellos. Te hacías pasar por uno de ellos.

—Sí, mi coronel.

—Y hablabas como ellos. Y vivías como ellos.

—Sí, mi coronel.

—Y cantabas sus mismas canciones…

—Sí, mi coronel. Y los denunciaba, y desarticulábamos sus células, y los desarmábamos. Y acabábamos con ellos, mi coronel. Ahí está documentado.

—¿Los llevabais a la checa de San Elías?

—Sí, mi coronel.

—¿Y los interrogabas tú mismo? —se le hacía la boca agua.

—Sí, mi coronel.

—¿Era tan tremenda, como se dice, la checa de San Elías?

—Sí, mi coronel.

—¿Tortura psicológica? ¿Con luces intermitentes y escenarios extraños, y dibujos en las paredes para distorsionar la realidad…?

—Sí, mi coronel. Y la ducha de agua congelada, y la silla eléctrica y la guillotina.

—Dicen que echabais los cadáveres a una piara de cerdos que había por allí.

—Sí, mi coronel.

—Estoy deseando conocer ese sitio.

—Cuando quiera se lo puedo mostrar, mi coronel.

—Así que torturabas y matabas siguiendo las órdenes del Marxismo Internacional, ¿no? Eso es lo que me estás contando. ¿Tú qué eras? ¿Del SIM? ¿Estalinista? ¿Trotskista?

Miguel Jinete tragó saliva y respiró por la nariz.

—Me daba igual quién diera las órdenes con tal de acabar con la lacra anarquista. Y, al mismo tiempo, le recuerdo que colaboraba con la quinta columna, mi coronel. Yo era el agente Z-23 y se me otorgó el grado de sargento del ejército nacional. Supongo que tienen constancia de ello.

—Sí, sí. Pero en la checa de San Elías también les dabais lo suyo a los sacerdotes, y a gente de derechas.

—Yo nunca lo hice, mi coronel. No encontrará a nadie que pueda declarar contra mí.

—¡Los mataste a todos! —gritó el coronel a la vez que descargaba una palmada sobre la mesa y soltaba una risotada salvaje. Miguel Jinete no supo si debía sonreír o no. Asistió impasible al estallido de hilaridad y esperó a que el oficial franquista recuperase las formas para volver a contemplar las telarañas que eran su musa inspiradora—. Infiltrado entre los anarquistas, espía para nosotros, qué vida la tuya, siempre disimulando, siempre disfrazándote, siempre mintiendo. Qué asco. Y ahora el embustero viene y me cuenta una historia que yo me tengo que creer.

—El señor Villarroya confirmará mis palabras, mi coronel. Yo le salvé la vida, a él y a su esposa, los protegí, los alimenté. Y le pasaba información para que él la transmitiera al ejército de Franco. Ahora mismo —metió la mano en la cartera de piel y sacó otra carpeta marrón que dejó sobre el escritorio, cerca de las manos que el oficial mantenía allí posadas, como si estuviera a punto de impulsarse para saltar sobre él—, ahora mismo traigo información sobre todos los parientes, conocidos y simpatizantes de las células anarquistas que desmantelamos.

—¿Villarroya? —le interrumpió el coronel sin tocar la carpeta.

—Un industrial, mi coronel —apuntó el capitán joven de las gafas, que parecía algo contrariado porque su superior le robaba protagonismo—. Ha colaborado muy eficazmente con nosotros desde la quinta columna. Él avala a Jinete.

—Un industrial catalán —comentó el coronel, con la atención fijada en la telaraña—. Me cago en los industriales catalanes.

—De hecho, el fundador de la fábrica, padre de este Villarroya, no era catalán, mi coronel —le corrigió el capitán—. Era de Soria.

—Vive aquí. Podría haberse ido a montar sus fábricas a otra parte, a Soria, por ejemplo. Pero vino aquí. Industriales catalanes hijos de puta. Los dejamos montarse aquí la industria española y convierten esta tierra en un nido de anarquistas, comunistas, marxistas, masones y separatistas. Y, cuando se ahogan en su mierda, nos piden que vengamos a salvarlos. Hijos de puta —hablaba sin gritos, sin pasión, como si solo tratara de razonar con las telarañas—. Ahora los enviaremos a la mierda. Vamos a terminar con la industria en Cataluña, ya se lo puedes decir. Nos la llevaremos a España y aquí que se jodan. Ese mierda que lo avala estará pidiendo limosna dentro de un año. Se van a enterar los catalanes de quiénes somos. Tanto separatismo y tanta anarquía y tanta mierda, joder —gritó de pronto—: ¡Madurga!

El falangista que contenía la respiración en el sofá del rincón junto a Quintán se puso en pie de un brinco y disparó el brazo en alto.

—¡A sus órdenes, mi coronel!

—No hace falta que grites tanto. Tú te quieres quedar en Barcelona, ¿verdad?

—Me han destinado aquí, mi coronel —afirmó el falangista, por si acaso desear vivir en Barcelona fuese algo penado por la nueva ley—. Cumplo órdenes.

—¿Sabes para qué te necesitamos, si es que te necesitamos, Jinete? —el coronel derivó su atención hacia Miguel Jinete, que se encorvaba ligeramente delante de él—. Para que le enseñes a un forastero leal como Madurga cómo es esta ciudad, cómo son sus calles y sus habitantes. La vida del policía está en la calle y tú has sido policía y conoces las de aquí. Madurga es un buen policía, leal a la causa, y no las conoce, por eso te necesita. Él necesita que le enseñes la calle y tú necesitas que él te ponga collar y bozal, de manera que os necesitáis mutuamente. Y, para empezar y para que te portes bien, empezarás recibiendo una gratificación de trescientas pesetas al mes.

Hay una fotografía de Madurga y Miguel Jinete en el fútbol, los dos con abrigos gruesos, gafas oscuras y sombreros de gángsters. Reconozco en el de la foto al viejo desastrado Mariano Madurga que yo conocí. No era tan alto como Miguel Jinete, ni tan corpulento. Parecía un niñato ingenuo aprendiendo a comportarse como un adulto perverso. En sus ojos esa curiosidad juvenil y estúpida de quien busca emociones por todas partes.

En su escrito titulado «Mi perro Madrugón», dice Jinete: «Me lo adjudicaron como perro pastor diciéndole que yo era mal ganado.

»Fue fácil de domesticar. Se quería comer Barcelona y tío Miguel lo llevó de la manita a conocerla, y Barcelona se lo comió. Tío Miguel le dio a probar manjares cuando el pobre desgraciado había sufrido hambre desde su más tierna infancia, lo emborrachó con whisky cuando él creía que el néctar era como el aguardiente de su pueblo, comió chuletón cuando el ruido de las tripas de sus vecinos atravesaba las paredes, y de postre le di a probar un dulce bombón».

«Dulce bombón», decía.

«Suerte tuve de él, mi fiel, leal, querido, entrañable Madrugón.»

70

A sus treinta y tantos años, mi padre se veía convertido en un viejo decrépito, derrotado, medio enterrado en la arena y mirando el mar desde el fondo de una tristeza inmensa. Con el pelo y la barba largos y completamente blancos, no recordaba mucho de sus primeros días en el campo de Argelers. Solo confusión y mucha gente, así es como resumía la llegada a la playa inmensa donde los dejaron tirados. «Confusión, mucha gente, gritos, codazos, lamentos, yo iba aturdido, muy aturdido.» Recordaba a los mojamés por la playa, a caballo, ansiosos por demostrar su autoridad y su intransigencia. De vez en cuando, se los veía al galope, a la caza de algunos refugiados para castigarlos por cualquier cosa. Uno que hablaba español recorría el campo voceando: «¿Quién quiere ir a España? ¿Quién quiere ir a España?». Lo asaeteaban por todas partes con miradas fulminantes, como si fuera un vendedor de traiciones, publicitario de la cobardía y la deslealtad.

Como los primeros días les distribuyeron los alimentos lanzándolos desde un camión y la multitud tenía que atraparlos al vuelo y terminaban peleando por los pedazos de pan y tocino, mi padre, sin fuerzas ni físicas ni psíquicas, estuvo bastante tiempo sin comer. Miraba de lejos la batalla campal y renunciaba a todo.

No había barracones donde guarecerse del invierno más crudo de los últimos años, que llegó a los diez grados bajo cero, ni había camas, ni camastros, ni jergones, ni siquiera les dieron mantas. Quedaron a la intemperie y, para combatir el frío, y la humedad, y la lluvia, y la nieve, no les quedaba más remedio que cavarse un nido en la arena y sepultarse en ella.

Una familia granadina se compadeció de él y lo adoptó. Se llamaban Guijarro, y estaba compuesta por un matrimonio de unos treinta años que hablaban mucho y muy deprisa y no paraban de moverse, y dos hijas, de unos doce y quince años. Se conocieron cuando ellos intentaban encender una hoguera con una cerilla que se apagó sin que prendiera la llama. Entonces, apareció una luz en los ojos muertos de mi padre, que de pronto abandonó el hueco de la arena donde se acurrucaba y se arrastró hacia ellos. Lo miraron con miedo, como si fuera un perro sarnoso y amenazador, y él los tranquilizó mostrándoles aquel chisquero de larga mecha

amarilla que le había regalado Víctor. El hombre de la familia frotó la ruedecilla del aparato con insistencia hasta que saltó la chispa y prendió, y soplaron, y brotó la llama, y el humo, y tuvieron una confortable hoguera. Mi padre, por señas, exigió que le devolvieran el encendedor y regresó a su sitio. El padre, la madre y las dos hijas Guijarro, agradecidos, insistieron para que se aprovechara del calor de la fogata, casi lo arrastraron para que se sentara con ellos.

La hija mayor se sabía muchas rimas de Bécquer, y mi padre recordaba el tacto de sus dedos entre su espesa y embarullada cabellera para despiojarla. Los Guijarro le llevaron al barbero del campo para que le cortara el pelo y lo afeitara a conciencia. Y compartieron con él la comida que conseguían, hasta que se la empezaron a racionar correctamente y mi padre se vio con ánimos para hacerse con un plato y acudir a los peroles humeantes de donde salía el rancho diario.

Luego estaba la primera línea de mierda. Todo el que pasó por el campo de Argelers recuerda la primera línea de mierda. Eran más de cincuenta mil personas que aliviaban sus necesidades fisiológicas en el mar, donde rompían las olas, a la vista de todos, de manera que el vaivén de las aguas iba cargado de olores y colores repugnantes.

Mi padre tenía tan mal aspecto que a nadie se le ocurrió tratar de convencerle para que se apuntara voluntario a las Compagnies de Travailleurs Étrangers. Tampoco lo habrían conseguido. Se rumoreaba que te llevaban a levantar búnkers en las fronteras del norte en previsión de una eventual invasión alemana, o a construir una línea de ferrocarril en el desierto argelino.

Los Guijarro siempre dijeron que se lo iban a llevar con ellos a México. Consideraban que allí estaba la salvación. México no reconocía a la España de Franco y aseguraban que otorgaba automáticamente la nacionalidad mexicana a los inmigrantes republicanos españoles. «Tú te vendrás con nosotros, Fernando», decían los Guijarro.

Y, poco a poco, fue renaciendo el instinto de supervivencia de mi padre. Se le avivó la mirada para descubrir la miseria de su entorno, e incluso, un día, se atrevió a escabullirse con Guijarro padre por debajo de las alambradas, no para escapar sino para conseguir, en los alrededores, unos listones de madera y unas cañas con ayuda de las cuales, y de aquel abrigo que le quedaba demasiado grande, se construyó una especie de precaria tienda de campaña protectora.

Pero su resurrección, «su auténtica resurrección» (lo decía así), llegó con la música.

De pronto, un rasgueo de guitarra y unos lamentos flamencos en alguna parte, y mi padre levantó la cabeza y escuchó, alerta como el animal que olfatea presencias en la brisa. Y, como un niño de Hamelin, se incorporó, se levantó, salió de su nido y fue al encuentro del cante. Era un día helado de principios de primavera en que el viento levantaba los granos de arena para lapidarle y cegarle, pero en seguida localizó la hoguera alrededor de la cual cantaban unos gitanos melómanos y melancólicos.

—¡Mal haya la ropa negra,/ y el sastre que la cortó,/ que mi niña está de luto/ sin haberme muerto yo!

Mi padre jamás podría olvidar aquella copla. Siguieron otras, y palmas, y olés, hasta que al guitarrista se le acabaron las ganas o el repertorio, y dijo: «Ya está». Dejaba ya el instrumento

cuando mi padre dio un paso al frente, levantó tímidamente un dedo y dijo:

—¿Puedo tocar yo? —y se aclaró la garganta para insistir, más fuerte—: ¿Me dejas la guitarra, por favor? Soy músico.

Y contaba que le vieron con un aspecto tan penoso que nadie le hubiera podido negar nada. Así que le entregaron la guitarra, atentos a lo que pudiera hacer con ella.

Mi padre se abrazó a las curvas y al mástil, pulsó las cuerdas, escuchó su sonido familiar, «fue como encontrarme con una vieja amiga». Había aprendido a tocar la guitarra antes que el bandoneón y en aquel momento tuvo la oportunidad de recuperar y mostrar toda su ciencia. «Nunca, ni antes ni después, toqué tan bien como aquel día. Si la música es sentimiento en estado puro, en aquel instante supe destilar todo mi dolor, mi piedad, mi rabia, mi rencor y mi derrota en una versión improvisada e imperfecta del tango Esta noche me emborracho.

—«Sola, fané y descangayada… flaca, tres cuartas de cogote, y una percha en el escote, bajo la nuez; chueca, vestida de pebeta, teñida y coqueteando su desnudez» es la descripción de una mujer ajada por el tiempo y la mala vida. Pero yo no estaba hablando de una mujer —puntualizaba mi padre—, porque ya no existía ninguna mujer en mi vida, porque me las habían matado. Yo me estaba refiriendo a mi ciudad, a mi país, a la patria que había dejado atrás, arrasada por las bombas y el odio. «Nunca pensé que la vería en un requiescat in pace tan cruel como el de hoy; miren si no es pa' suicidarse que por ese cachivache sea lo que soy; fiera venganza la del tiempo que le hace ver deshecho lo que uno amó… Este encuentro me ha hecho tanto mal que, si lo pienso más, termino envenenao; esta noche me emborracho bien, me mamo bien mamao, pa' no llorar».

Los aplausos lo arrancaron de su melancolía y su dolor. La música lenitiva, la aprobación de quienes lo rodeaban, el pobre éxito, las sonrisas, la sensación de que todavía quedaban muchas fuerzas y muchas maneras de defenderse y combatir al agresor.

Curiosamente, años después, mi padre tuvo ocasión de escuchar en un disco una especie de himno del campo de Argelers, que se cantaba precisamente con la música de Esta noche me emborracho. Él aseguraba que nunca lo oyó cantar allí mientras estuvo y no descartaba que el germen del himno hubiera sido aquella versión que él entonó para resucitar.

Somos los tristes refugiados

Que de España llegamos

Después de tanto andar.

Hemos pasado la frontera

A pie por carretera

Con nuestro ajuar.

Mantas, macutos y maletas,

Tres latas de conserva

Y algo de humor.

Es lo que hemos podido salvar

Después de tanto luchar

Contra el fascismo atrás.

Y en el campo de Argelers sur Mer

Nos fueron a encerrar pa' no comer.

Cegado por los lagrimones, estrangulado por sollozos que se anudaban en su tráquea, cantó otros tangos, Adiós muchachos, Mano a mano, y mientras lo hacía acudió a su mente el recuerdo del bandoneón que había quedado olvidado en un armario del piso de Gran Vía con Entenza. ¿Qué habría sido de su bandoneón? Lo vio entre escombros, destrozado por una bomba; o en las manos profanas de nacionales que lo requisaban o lo tiraban por el balcón. Y oyó al vocero odiado que avanzaba por el campo de concentración gritando en mal español: «¿Quién quiere ir a España? ¿Quién quiere ir a España?», y en aquel momento, abrazado aún a la guitarra, tomó la determinación de regresar a Barcelona, solo para recuperar su bandoneón.

Y pensar que hace tres años

España entera

era una nación feliz,

libre y obrera.

Abundaba la comida,

no digamos la bebida,

el tabaco y el papel.

Había muchas diversiones

pa' alegrar los corazones

y mujeres a granel.

Hoy que ni cagar podemos

sin que venga un mojamé,

nos tratan como penados

y nos dicen los soldados: Alé, Alé!

71

Lo publicaron en todos los periódicos, lo leyeron en la radio, apareció en pasquines pegados a las paredes o a los árboles: «A la tarea complicada de hacer justicia en Cataluña, después de más de treinta meses de dominación anarcocomunista, deben cooperar todos los ciudadanos. Aquellos que tengan referencias exactas de injusticias cometidas por los hombres que durante todo el periodo de Companys han dispuesto a su capricho de las vidas y haciendas de las personas que no pudieron escapar del terror rojo deben ponerlas en conocimiento de las autoridades competentes, puesto que de esta manera colaborarán eficazmente en la obra de justicia tan necesaria que actualmente se realiza en Cataluña».

Se formaron largas colas de delatores ante las oficinas que los militares o la Falange abrieron en distintos puntos de la ciudad. Era bien sabido que toda persona denunciada era detenida e interrogada.

Así, Barcelona se volvió una ciudad encogida y amedrentada. Incluso la calle de Robador perdió su color y su vivacidad. Las putas circulaban cohibidas, apabulladas por unos soldados arrogantes que creían haberse ganado el derecho de hacer con ellas lo que querían sin pagar. Los clientes del bar Luys sorbían sus vinos y cafés encogidos por el miedo a las frecuentes irrupciones de hombres uniformados que a gritos exigían el brazo en alto, los arribaspañas, vivafrancos e himnos de rigor, y la documentación, coño, y «¡se habla el idioma del Imperio, joder!», y a ver esas miradas, y a ver esos modales bajo la amenaza de ser encerrados en las temidas celdas de castigo de donde casi nadie sale.

Víctor, con sus hermanos Teri, Fráter y Llibert, eran camareros callados y hoscos, que no daban conversación a nadie que no la pidiera y, cuando hablaban, era en voz baja y sin alegrías. Giordano Bruno, a sus veintiún años, había perdido los dos pies en el frente y malvivía, amargado y alcohólico, en la casita de Poblenou (entonces, Pueblo Nuevo) con una esposa abnegada a la que maltrataba de pensamiento, palabra y a veces incluso de obra. Miguel les había prometido que en Jefatura no quedaba constancia de sus pasados anarquistas, pero a nadie escapaba que un veterano policía de la República no estaba en condiciones de garantizar nada bajo el mandato de las escuadras victoriosas.

Y llegaron de repente, en el mes de mayo, confirmando todas las prevenciones, con un estallido de gritos, violencia, taconazos y destrucción. Uniformes verdes de guardia civil y caquis de

militar, ladridos punzantes, pistolas y naranjeros en mano, «¡quietos todos!, ¡contra la pared!, las manos arriba!», «¡cabrones rojos hijos de puta!, ¿quién es Víctor Luys? ¿Quién es Fraternal Luys? ¡La documentación, coño!».

Teresa los oyó desde el piso superior, y corrió a abrazar al niño de dos años que jugaba por el suelo, y pensó: «No me lo matéis, no me lo matéis», y se quedó petrificada, boquiabierta, con los ojos dilatados por un expectante terror, llorando sin querer ni darse cuenta, incapaz de bajar a defender a su marido.

Un militar alto, macizo e inexpresivo como un muro aulló: «¿Qué coño de nombre es este de Fraternal? ¿Es un nombre ateo anarquista?», y añadió: «¡Contesta, joder!», al tiempo que le golpeaba en la cabeza con su pistola. Fraternal cayó de rodillas, la cara ensangrentada. Esposaron las manos a la espalda a los tres Luys presentes, Fraternal, Eleuterio y Víctor, y los sacaron a la calle a empellones. Los metieron en una furgoneta. Se los llevaron mientras unos soldados locos destrozaban botellas, vasos, mesas y sillas a culatazos. Se reían, gritaban, intercambiaban bromas entre ellos.

Subieron al piso, y Teresa pensó: «¡Me van a violar! ¡Matarán al niño!».

Los discursos que daba el general Queipo de Llano en Unión Radio de Sevilla habían llegado a todas partes. Todo el mundo conocía sus palabras: «Nuestros valientes Legionarios y Regulares han demostrado a los rojos cobardes lo que significa ser hombre de verdad. Ahora sus mujeres sabrán lo que son hombres de verdad y no milicianos maricones. No se van a librar por mucho que berreen y pataleen». Y, mientras resonaban las botas en la escalera de caracol, y armas y puños aporreaban la puerta, salió por la puerta que daba a la escalera de la calle de San Rafael (desde le victoria de Franco era San Rafael, sin te), arrastrando al niño aterrorizado consigo, y se escabulló por las callejas del Barrio Chino sin saber adónde ir.

Decían las proclamas de ejército triunfador: «… Así podrá la nueva policía española llevar a cabo la vigilancia permanente y total, indispensable para la vida de la Nación, que en los Estados tolitarios se logra merced a una acertada combinación de técnica perfecta y de lealtad».

72

Cuando Mariano Madurga hizo su aparición en los papeles de Miguel Jinete, «mi perro Madrugón», decidí que era el momento de volver a verle. Con nuevas entrevistas personales, ahora que sabía lo que sabía, seguro que enriquecería y ampliaría la historia del que había sido su compañero durante tantos años. Pero aquel tipo no me iba a decir ni una palabra si no le daba dinero a cambio, así que tuve que pedirle prestado a mi padre y, por tanto, ponerle al corriente de mi investigación y de mi intención de escribir este libro.

No disimuló su contrariedad.

—¿Y qué vas a contar?

—Todo lo que me habéis contado Víctor y tú en estos días pasados. Y cosas que he averiguado de Miguel Jinete. Este tipo al que tengo que ver es un antiguo compañero suyo.

—¿Todo lo que te contamos?

—Sí, todo. Tu vida.

—¿Todo?

—Todo.

Me prestó cinco mil pesetas con una condición:

—No publiques el libro hasta que yo me haya muerto.

Volví al portal majestuoso, siniestro y roñoso de la parte baja de las Ramblas, y aquel día me fijé en que, en el umbral, había una serie de marcas que convertían el granito en emmental, piedra atacada de viruela. Eran las perforaciones que, a lo largo de los años, habían causado los tacones de aguja de las mujeres que habían estado montando guardia allí, noche tras noche, horas y horas. Subí al tercer piso sin ascensor por la escalinata que fue suntuosa y ahora escondía condones usados en rincones negros. Mariano Madurga me abrió la puerta, carirrojo y ojos de cerdo, y aquel bisoñé rojizo que se había colocado a manotazos. No tenía ganas de dejarme entrar, ni de hablar del pasado. Parecía aturdido, como si hubiera bebido mucho o se acabara de despertar de una siesta con resaca. Lo convencieron las cinco mil pesetas y la perspectiva de que pudieran salir a la luz las miserias de la vida de Miguel Jinete.

Sonreía complacido al recordar aquella mañana de mayo de 1939 en que Miguel Jinete llegó a Jefatura tan dandi como siempre, con un traje que parecía cortado a medida, el nudo de la corbata perfectamente simétrico, el sombrero un poco ladeado, la cabeza bien alta, sacando pecho y su mirada de seductor. En las celdas del sótano le esperaba un centenar de detenidos a los que interrogar. A eso se dedicaba por las mañanas y, por las tardes, redactaba los informes y las fichas resultantes.

Madurga se dirigió a él cuando estaba colgando el sombrero y la chaqueta del perchero.

—¿Vas abajo, Miguel?

—En seguida.

—Vamos contigo.

José Galofre y Federico Fluviá se levantaron de sus mesas con una determinación y una clase de miradas que despertaron la alarma de Miguel.

—¿Pasa algo?

—No, no. ¿Qué va a pasar?

Al cruzar por delante del despacho del inspector jefe Pedro Polo, este alargó el cuello para echar una ojeada y arquear las cejas como quien pregunta: «¿Ya?».

Pasaba algo.

Bajaron por las escaleras estrechas que descendían a los Infiernos. Madurga delante; luego Miguel Jinete y, detrás, Galofre y Fluviá. Galofre hizo algún comentario sobre los polacos, que estaban haciendo manifestaciones antialemanas y atacando propiedades alemanas.

—Están locos —comentó Fluviá—. Precisamente ahora que se están aliando el Führer y el Duce. Les van a dar pa'l pelo.

Llegaron al pasillo lóbrego de las mazmorras. Mal iluminado, sucio, pestilente. Al fondo, las rejas y rumores de gente aterrada. Entraron en la sala donde se realizaban los interrogatorios. En el centro, una silla. Las paredes sucias de sangre seca.

—Pasa —dijo Madurga, muy amable.

Se hizo a un lado. Galofre y Fluviá agarraron a Miguel de los brazos, por la espalda, y lo empujaron violentamente, lo obligaron a atravesar la estancia y lo estamparon de bruces contra la pared.

—¡Rojo hijo de puta cabrón traidor de mierda!

Galofre lo agarró del pelo y le golpeó los morros dos veces contra el muro. Luego le trabajaron los riñones con saña, hasta que le flaquearon las piernas. Madurga lo recordaba perfectamente, paso por paso, golpe a golpe, nunca se lo había pasado mejor en su vida. Lo agarraron de la ropa y lo arrojaron de bruces sobre la mesa. Allí, Galofre y Fluviá se alternaron para aporrearle la cabeza y la espalda, ahora tú, ahora yo, ahora tú, ahora yo. Miguel tosía, gemía, balbucía: «¿pero por qué?, ¿qué he hecho yo?, ¿qué he hecho?».

Lo levantaron de nuevo como a un pelele, lo pusieron de espaldas contra la pared y le dieron puñetazos en la cara, en el estómago y en el vientre. No permitían que se cayera. Si se doblaba lo enderezaban.

—Le pegamos un palizón de órdago —se reía Madurga muchos años después, mientras me lo contaba regocijado como un niño—. Lo dejamos hecho un mapa. Sangraba a chorros. Nos pusimos de sangre que casi tuvimos que tirar la ropa que llevábamos.

—Cuidado, cuidado, cuidado —avisó Madurga.

Los otros se apartaron, sujetando a Miguel contra la pared, como un cristo crucificado. Madurga lanzó el puño derecho de abajo arriba, a la entrepierna. «En to's los güevos», según sus propias palabras. Se ahogaba de risa, como si evocara recuerdos entrañables. Ah, qué tiempos aquellos.

Miguel Jinete se derrumbó inevitablemente.

Lo agarraron de nuevo entre los tres. Lo sentaron en la silla de los interrogados, le esposaron las

manos atrás. No habían dejado de insultarlo en todo el rato, «cabrón, rojo de mierda, hijoputa, traidor, asqueroso, tramposo, vendido».

Miguel Jinete abrió los ojos y se encontró ante el jefe de la Brigada Político-Social. Pedro Polo Borreguero, bajito, venenoso, envuelto en humo, tenso como un globo de odio a punto de estallar, que le dijo:

—El experto en anarquistas, hijo de puta. Experto para proteger a tus amigos asesinos, ¿verdad? Nos entregas a diez y salvas a veinte, ¿verdad? ¿Tú te crees que somos tontos? ¿Te creías de verdad que podrías engañarme?

—No entiendo —musitó Miguel.

—¿No entiendes? Pues te lo diré más claro. Dadle un poco más, para que entienda —le dieron un poco más. Sobre todo puñetazos en la cara. Pero no muchos, porque estaban cansados y no querían que perdiera el sentido—. Los hermanos Luys, Luys con y griega. Víctor, Fraternal, Eleuterio y el otro, que no me acuerdo. ¿Lo entiendes ahora? No me digas que no los conoces y que no sabes lo que hacían, sus crímenes. ¿Quieres que te lo cuente mejor? Un sacerdote llamado Ernesto Gavanza. ¿O no? Fraternal y Víctor lo mataron con sus propias manos. ¿O no? Y a doña Lucía Sendra. ¿O no?

El «No» de Miguel hizo detonar la exasperación de sus compañeros policías y desencadenó una nueva lluvia de puñetazos. Miguel cayó de la silla. Aovillado en el suelo, encajó los puntapiés sañudos de los tres inspectores. Pedro Polo fumaba y miraba.

—¿Que no? ¿Que no, rojo asqueroso? ¿Que no, cabrón? ¿Que no?

Volvieron a colocarlo sobre la silla.

—Tenemos el testimonio de Cándido Gavanza, testigo presencial de uno de los crímenes de esa familia de asesinos. Él vio cómo tiraban a doña Lucía Sendra por las escaleras. Y Cándido Gavanza te conoce, y tú lo conoces a él, ¿verdad? Y nos advirtió de que tú protegerías a los Luys porque sois culo y mierda. Sois culo y mierda, ¿verdad? ¡¿A que sois culo y mierda?!

Pedro Polo agarró otra silla y se sentó frente a Miguel. Tiró al suelo el cigarrillo y lo apagó con la punta del zapato. Sacó la cajetilla, se puso otro pitillo en la boca y Fluviá se lo encendió, oportuno y lameculos. A continuación, lo puso entre los labios de Miguel. Y varió su tono de voz.

—Tranquilo —dijo casi con un ronroneo—. A ti no te va a pasar nada. Esto ha sido solo para que veas que no nos puedes engañar, y no te pases de listo con nosotros nunca más. Sé que habrás aprendido la lección porque conozco a la gente como tú. No eres íntegro, no eres honrado, no tienes escrúpulos ni eres fiel a ningún principio porque no tienes principios. Eres de esas personas que solo hacen lo que les conviene en cada momento. Has sido anarquista cuando tocaba ser anarquista, y comunista cuando tocaba ser comunista, y separatista cuando mandaban los separatistas. Ahora sabes que tienes que ser franquista y lo serás a conciencia, a rajatabla, mientras nosotros mandemos. Ya me va bien. Ojalá todos fueran como tú. Porque, mientras mandemos, obedecerás como un perrito.

»Los hermanos Luys ya han sido detenidos. Serán juzgados, condenados a muerte y fusilados. Y tú no harás nada por evitarlo porque sabes que, si lo haces, seguirás su misma suerte. Si hace falta, tú en persona serás quien les pegue el tiro de gracia.

Se fue, muy orgulloso de su discurso demoledor.

Desfigurado y ensangrentado, Miguel Jinete se quedó respirando, dando caladas al cigarrillo y soltando el humo, y respirando y echando humo, muy quieto, muy quieto, muy quieto.

Y ante él compareció fugazmente el rostro afectuoso y admirativo de Madurga, que quería despedirse como es debido.

—Eres un hacha, Miguel. ¡Estás como un toro, joder! Lo que aguantas. Qué resistencia, qué bárbaro. Yo no habría soportado ni la mitad. Qué cojones tienes. Qué aguante.

Miguel Jinete asintió con la cabeza un poco ladeada, como agradeciendo con modestia. Y volvió a quedarse solo, respirando y dando caladas al cigarrillo y soltando el humo, muy quieto, muy quieto, muy quieto.

73

—¿Quién quiere ir a España?

—Yo —dijo mi padre.

Aunque ya conocían sus intenciones, incluso la familia Guijarro lo contempló con dolorida decepción. Para ellos, la opción de irse a México era una especie de rebelión, una manera de privar a Franco y a los suyos de toda colaboración, aceptación o apoyo. Se negaban a vivir en una España gobernada por militares usurpadores. Y el que regresaba, en cambio, era el claudicante, el que daba la razón a los vencedores.

Cuando se despidieron, los abrazos no fueron firmes ni convencidos, ni los besos cariñosos, ni hubo lágrimas ni calor. Claro que a lo mejor era porque pensaban que iba directo a la muerte. Mientras los mojamés lo conducían hacia la puerta de salida del campo de Argelers, se oyeron voces entre la multitud:

—¡Cobarde!

—¡Traidor!

—¡Hijoputa!

—¡Fascista!

Tuvo que esperar hasta que llenaron la caja de un camión con otros desertores como él, y al fin se los llevaron hasta la frontera. Uno de los desgraciados que viajaba a su lado no dejó de gimotear durante todo el trayecto: «¿Qué nos van a hacer? ¿Qué nos harán? ¿Qué nos harán?».

—¡Cállate ya de una vez, joder!

Eran quince y ofrecían un deplorable aspecto de mendigos muertos de hambre. Con ropas demasiado grandes, rotas y deshilachadas, sucios hasta la náusea, encorvados y vencidos.

Escondió el chisquero de Víctor dentro de sus calzoncillos, detrás del escroto, un rincón de su cuerpo tan sucio que supuso acertadamente que nadie iba a meter allí la mano. No podía quitarse de la cabeza que, cuando los franquistas supieran que se había alistado voluntario, lo considerarían anarquista convencido y le castigarían por ello. Y, si se le ocurría ocultarlo y decir que era civil y nunca había vestido uniforme, terminarían por localizar su nombre en las listas de los pertenecientes al cuerpo de tren y caerían sobre él con más furia todavía. Al fin, optó por decir la verdad. Porque de aquella forma evidenciaría su buena fe y porque, al fin y al cabo, si se había alistado voluntario, fue para no ir al frente a pegar tiros.

Lo dijo al capitán de la Guardia Civil que le tomó declaración. Y el guadia civil levantó la vista y sonrió:

—¿Ah, sí? ¿Te alistaste voluntario para no ir al frente? ¿Cómo se come eso?

—Sabía que, dada mi edad, y como sabía conducir, me dejarían elegir destino, y me habían dicho que en el cuerpo de tren me mantendrían lejos del frente.

—Dada tu edad no te iban a llamar a filas nunca.

—Sí, al final llamaron a los de mi quinta, para llevarlos al Ebro.

—Al Ebro te llevaron de todas formas. Seguro que tú estuviste en el Ebro, si eras del cuerpo de tren.

Mi padre pensó: «Me han pillado. Me equivoqué».

—¿Participaste en algún acto de sangre, ya sea en el frente o en la ciudad?

Recordó a Chueca, el incidente en la granja del chico que se ocultaba. Los tiros. Temió que aquellas imágenes asomaran a sus ojos.

—No —dijo.

Los montaron en un vagón de mercancías de un tren que fue hasta Barcelona. No había ventanillas que les permitieran ver los arrabales ni respirar el oxígeno de su ciudad querida. A mi padre se le aceleraron las pulsaciones solo de pensar que se estaba acercando a su bandoneón.

Les hicieron bajar en la estación de Francia, pero no los dejaron salir a la calle. Los obligaron a formar y, para tenerlos entretenidos, les hicieron cantar himnos patrióticos, como el Cara al sol,

debidamente rematado por los gritos de «Arriba España, Viva Franco, gritad, rojos de mierda, gritad fuerte que no os oigo, maricones».

Al cabo de unas horas, los hicieron subir en otro mercancías, como ganado, y, sin explicación alguna, los trasladaron al gran campo de concentración de Miranda de Ebro.

Entre los andenes y la puerta del campo, los obligaron a formar y el oficial que los conducía se desgañitó para dedicarles una arenga enfática: que, antes de darles cabida en la nueva sociedad española, había que comprobar su solvencia, su honradez y su fidelidad inquebrantable a los principios del Glorioso Movimiento Nacional. Que necesitaban una reeducación, porque los nuevos españoles eran de una integridad y una hombría que ni siquiera podían imaginar. Que tenían que limpiar sus mentes de las nefastas influencias introducidas por demonios rojos.

Las puertas del campo estaban abiertas y, pegados a ellas, en el interior, esperaban en dos filas quince o veinte soldados con porras.

—Ahora —dijo el oficial— iré diciendo vuestros nombres y primer apellido. El que mencione gritará alto y claro su segundo apellido y entrará en el campo tan deprisa como pueda. Con ganas. El cuerpo de guardia os espera para daros una cálida bienvenida. Entrad a la carrera, con ganas. Cuanto más corráis, menos bienvenidas recibiréis.

Empezó a pasar lista.

—¡Ricardo Sellén!

Ricardo Sellén gritó «¡Sánchez!» y se lanzó a la carrera y se metió entre las dos filas del cuerpo de guardia que lo recibió a porrazos. Mi padre, como todos los que aguardaban con él, se estremeció al oír el ruido de los golpes y los gritos de dolor. Luego, el oficial gritó otro nombre y apellido, «¡Alfredo Chiquillo!», y el siguiente desgraciado respondió con su segundo apellido, «¡Moreiras!», y se internó en el túnel de los porrazos. Y siguió otro, y otro, y se sucedieron los zurriagazos y los ayes de dolor, y hubo el que consiguió pasar a toda velocidad y frustró al comité de recepción, y el que quedó trabado entre las porras, en un baile ridículo, tratando de cubrirse con brazos y manos con el movimiento convulso de quien lucha contra un enjambre de abejas. Y, por fin, «¡Fernando Gavanza!», y mi padre que respondió «¡Carballido!» y se puso a dar zancadas para lanzarse de cabeza al tormento. Cruzó el umbral del campo, notó una descarga eléctrica en la columna vertebral, cerró los ojos y se dio por vencido, «no puedo más, no puedo más, pensaba que lo soportaría pero no puedo». Durante una interminable e insoportable caída en el vacío, oyó la voz gruesa que tronaba:

—¿Y este qué coño hace aquí?

Y otra voz que se excusaba:

—Joder, es que creía que lo habían matado.

—¡Ojalá! ¡Un rojo menos!

Abrió los ojos y se encontró en una muy precaria enfermería.

Le dieron de comer una especie de caldo a base de patatas hervidas con piel, hojas de col y una excepcional punta de tocino para que se repusiera y, en seguida, el alta y la orden de que fuera a raparse y a incorporarse al barracón que le correspondía. No sabía cuál era su barracón, no sabía dónde estaba el barbero, caminaba como un explorador perdido en el desierto. En mitad del patio se encontró con un cabo de vara gordo, bigotudo y montaraz, con su larga camisa a rayas blanquiazules; que lo llamó desde lejos. «¡Eh, tú, tú, eh, tú!»

—¿Tú eres Gavanza? —le preguntó cuando estuvieron frente a frente.

Mi padre apenas pudo responder «Sí» antes de que la bestia feroz le partiera la ceja izquierda de un porrazo. Cayó al suelo, sangrando. Aquella vez no perdió el sentido y pudo escuchar perfectamente el discurso del cabo de vara:

—¡Esto es para ver si estás curado del todo, mequetrefe, no te hayan soltado de la enfermería antes de tiempo! Y también para que entiendas que no vas a recibir ningún trato de favor aunque seas un alfeñique de mierda. Aquí hay que ser rudo y espartano o no ser nada, ¿entendido? ¡Y ahora, ve a que te rapen!

Mi padre pensó que le había sucedido lo peor que te puede ocurrir en un lugar como aquel: se había hecho notar, ya tenía mote, ya lo conocían. Desde aquel momento, fue el Alfeñique y, a veces, Alfeñique Maricón.

Siguió la rutina del campo de concentración. Día tras día arrastrándose en un infierno que empezaba con el toque de diana, a las 7 de la mañana. Formaban deprisa y corriendo sin tiempo para vestirse o lavarse. Se pasaba lista, «Fernando Gavanza!», «¡Carballido!», y en seguida se izaba la bandera y cantaban el Cara al sol, y gritaban «¡España!», «¡Una!», «¡España!», «¡Grande!», «¡España!», «¡Libre!», y, por fin, «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!», antes de desayunar.

Una mañana, cuando estaban tomando un agua sucia y caliente que pasaba por café, sonó un disparo en un barracón. Corrió la voz de que un muchacho se había dormido y el capitán le había pegado un tiro en la cabeza.

A veces, también cantaban el himno de la Legión: «… Soy un novio de la muerte/ que va a unirse en lazo fuerte/ con tan leal compañera…».

El resto del tiempo, había que tratar de hacerse invisible, que nadie se fijara en él, que nadie lo señalara con el dedo. «¡Vosotros, los rojos, no tenéis derecho a la vida! ¡Cobardes, hijos de puta, que no servís para nada, solo para destruir nuestra España gloriosa!»

Aquel cabo de vara feroz, conocido como la Foca, pegando gritos en el patio: «¡Eh, tú, hijoputa, tú, rojo de mierda, sí, tú, que te he visto!». Agarró a un tipo al azar, uno que estaba charlando tranquilamente junto a mi padre.

—¡Has saludado levantando el puño!

—No había saludado levantando el puño —aclaraba mi padre tantos años después—. Allí nadie se atrevería a saludar levantando el puño. Lo eligió al azar. Igual podría haberme tocado a mí.

La Foca y dos de sus ayudantes estuvieron dándole con las porras durante un cuarto de hora largo. Se lo llevaron como muerto y salió de la enfermería, dos días después, con el brazo derecho entablillado y en alto, en un forzado y perpetuo saludo fascista. El cabo de vara, que era un prisionero como los otros, lo señalaba y se reía tanto como los oficiales.

A la hora de comer, un caldo aguado de judías y patatas, a veces con remolacha, a veces con col, a veces con guijas, y un panecillo de no más de cien gramos. Después, incandescentes discursos patrióticos de los ideólogos militares o falangistas; y azucaradas homilías de sacerdotes conversores de infieles incitando a los prisioneros al arrepentimiento y a la confesión, que se confundía con la delación. Y los días de fiesta, misa obligatoria, y a cantar en latín, y a ser posible comunión pública y devota para dar buena imagen. Y, a mediodía, como extra de fiesta de guardar, lentejas o garbanzos hervidos con el caldo.

Algunas tardes, el espectáculo de los fusilamientos. Todos formados para ver cómo ponían a algún compañero contra un muro, frente al pelotón con representación de falangista, teniente de la guardia civil y sacerdote. Sermón del sacerdote para dejar claro que, si duro es el castigo en la Tierra, mucho más duro será el castigo en el Infierno. Y todos los rojos presentes cantando el Cara al sol con el brazo en alto. Decía mi padre que siempre asociaría la letra de aquel himno a las espeluznantes escenas de la ejecución de un hombre.

Se paseaba por el campo un oficial alemán más gordo que fornido llamado Winzermann, de ojos muy azules, pelo cortado al cepillo y nariz rota, con aquel uniforme que evocaba espectaculares montajes hitlerianos. No se sabía si estaba allí para adiestrar a los franquistas, o para supervisar lo que hacían, o para aprender, pero era omnipresente. Todos sabían que asistía a las sesiones de torturas que se realizaban a determinados presos en el barracón del fondo del campo. Era memorable porque siempre iba comiendo descomunales bocadillos y le encantaba dirigirse a los hambrientos prisioneros con la boca llena y escupiendo migajas. Apenas hablaba español y nadie entendía lo que decía, ni ganas.

Por la noche, antes de la cena, formaban militarmente de nuevo y, mientras arriaban bandera, volvían a cantar los himnos de siempre, «Cara al sol», por enésima vez, «con la camisa nueva…», o el himno español con la letra de José María Pemán, «Viva España, alzad los brazos, hijos del pueblo español, que vuelve a resurgir…». Y, después de gritar con todas sus fuerzas «¡Viva España!», «¡Arriba España!» y «¡Franco, Franco, Franco!», iban a dormir en sus catres estrechos, sobre unos colchones rellenos de muy poca paja y de ingentes cantidades de piojos, chinches y pulgas. Hasta el día siguiente.

La noche del 20 de febrero de 1976, tres días antes de su muerte, oí el ruido de los pasos de mi padre arrastrando sus pantuflas por el pasillo hacia el comedor de delante, y cómo trasteaba entre las botellas de la vitrina. Me acerqué y lo encontré en penumbra, bebiendo coñac y fumándose un puro habano.

—Papá —le reñí con un susurro cómplice—. Que Franco ya se ha muerto.

—No estoy celebrando la muerte de Franco. Ahora estoy celebrando la mía.

—No digas chorradas.

Estuvimos hablando mucho rato, me contó sus penalidades en los campos de concentración y acabé preguntándole:

—¿Por qué no me habías contado nunca todo esto?

Contestó:

—Porque a nadie le gusta contar cómo le dieron por el culo. Porque siempre quise que tuvieras de mí una imagen íntegra y digna, y en aquel campo me quitaron la dignidad y me rompieron por dentro. Allí, el miedo me volvió lameculos de quienes me aporreaban, acepté que quien tiene la fuerza tiene la razón, les entregué toda mi honestidad y mis principios. ¿Cómo querías que te contara eso? ¿Para qué?

En aquel momento, no tuve respuesta. Como si le diera la razón. Pero luego pensé: «¿Para qué? Para echar fuera la angustia, para vomitar ese injusto sentimiento de culpabilidad y vergüenza que allí le inocularon un día y que lo envenenó durante el resto de su vida. Entendí entonces sus silencios, que tanto lo habían distanciado de mí y de mi madre; y entendí sus chistes y su sonrisa perenne, esa máscara artificial que ante el mundo lo disfrazaba de simpático y amable, ese esfuerzo desesperado y continuo para hacerse aceptable, para hacerse perdonar toda la mierda que creía llevar en su interior.

No se me ocurrió qué responderle en aquel momento y ahora, cuando ya tengo una réplica, es demasiado tarde.

74

La Gran Meretrix (1)

novela galante

biografía psicalíptica

Una libreta de espiral, pequeña, del tamaño de media cuartilla, hojas cuadriculadas, escrita con letra más que nerviosa, exasperada, muy difícil de comprender. Puntiaguda y críptica. Un extraño ejercicio literario.

Cuenta el día de julio en que una espléndida mujer de treinta y tres años se encontró con el Hombre en el bar Las Arenas, en el chaflán de Gran Vía con Entenza, donde las vivarachas hermanas Anita y Rosita servían la mejor horchata de la ciudad.

Describe a la mujer como «una espléndida vampiresa de vestido negro, los cabellos largos para que no la confundieran con una roja represaliada, recogidos en un moño sobre el cual hacía equilibrios un sombrerito cónico aderezado con lacito como envoltorio de pastelería».

Y la llama «La Gran Meretrix».

«(…) Se quedó ante el Hombre, altanera y sojuzgadora.»

—Siéntate.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Quise defender a Víctor. No pude. Perdí.»

En la biografía psicalíptica, Víctor se llamaba Víctor.

Ella se sentó al otro lado del pequeño velador y a sus ojos asomó la fragilidad.

—¿Qué le han hecho?

—Le detuvieron. Hace dos meses. Y acaban de condenarlo a muerte.

La mujer de negro palideció de tal forma que sus ojos centellearon y el carmín de sus labios pareció sangre fresca. En palabras de Miguel, «transmutada en fiera peligrosa, sus luceros diamantinos más lucífugos que nunca y el encarnado de sus labios como hemorragia, se recostó en el respaldo del asiento retadora como el pugilista que reposa entre round y round sin apartar la vista de su rival».

—¿Cómo fue?

—Le denunció Cándido Gavanza, el hermanastro de Fernando.

—Qué hijo de puta —asomaron dos manchas de rubor a sus mejillas. Miguel Jinete escribía: «La Gran Meretrix hizo constar sus dudas respecto a la moralidad de la madre del aludido y la seguridad de que no conoció nunca a su progenitor».

Temible, ella. Rostro hierático cargado de tenacidad, y aquella nariz que hacía pensar que había recibido más de un upper-cut y era capaz de encajar muchos más. «Montó una extremidad inferior sobre la otra.» Lo miraba por encima del velador de mármol y hierro forjado donde reposaban el elegante borsalino de él y dos vasos de horchata con pajita.

—Cándido dijo —prosiguió el Hombre— que Víctor había asesinado a su hermano Ernesto, Ernesto Gavanza, el cura, y a una vecina de la casa —era un discurso espeso, rencoroso y cargado de dobles intenciones, era la voz del Diablo. El policía hizo una pausa para serenarse un poco—. Por suerte, el juicio fue rápido y rutinario, sin mucha ceremonia. Por lo que sé ni siquiera compareció Cándido como testigo. He visto tanto el acta del juicio como la de la sentencia y el veredicto y son impresos protocolarios donde solo hay que rellenar a mano las líneas de puntos. Dice: «Acusado de» y, sobre línea de puntos alguien garabatea «Auxilio a la

rebelión militar»…

—¿Auxilio a la rebelión militar?

—Cualquier cosa. Luego, «Alegaciones del defensor», y, sobre línea de puntos: «máxima benevolencia»; «preguntado por el señor presidente, el procesado manifiesta», y, sobre línea de puntos: «que no tiene nada que decir y que se ratifica en la declaración que tiene prestada ante el señor juez». Para no perder el tiempo. Así es como se hacen docenas y docenas de juicios diarios —la mujer se mostraba consternada. No sabía qué replicar—. No lo dicen, no sale en los periódicos, pero hay muchas ejecuciones, cada día, en el Campo de la Bota.

—¿Y la sentencia fue de…?

—«Es condenado a» y, sobre línea de puntos: «pena de muerte». Eso juega a nuestro favor.

—No veo cómo.

—Significa que no investigaron la denuncia a fondo, que probablemente él no confesó los asesinatos ni bajo tortura, que actuaron por pura inercia, que nadie se jugó nada en ese juicio y que, si tocamos las teclas adecuadas y llegamos a tiempo, con la misma frivolidad que decidieron una cosa pueden decidir otra.

—¿Y qué teclas son esas?

—Unas que yo no puedo tocar. Estoy inmovilizado, paralizado, vigilado. Si me ven mover un dedo a favor de Víctor, me hundirán con él.

—¿Y yo?

—Tú… —mínima pausa para tomar impulso—: Tú puedes llegar donde yo nunca podría llegar —más claro—: Tú, como mujer, tienes poderes que yo no tengo.

En la expresión del Hombre se prendió una luz cegadora de súplica y esperanza y deseo y ansiedad y urgencia, y la mujer, que supo interpretar exactamente el mensaje, bajó la vista y liberó una sonrisa de inteligencia con gesto de tímida ruborosa. Solo que ella no se ruborizó. El movimiento equivalía a un «Acabáramos».

El Hombre se inclinó hacia delante para acercarle el aliento y apoderarse de la mano sobre el mármol, entre el borsalino y los vasos de horchata.

—Ahí mismo, a la vuelta, hay una comisaría, y no me conviene que me vean contigo. ¿Por qué no vamos a un sitio donde podamos hablar con más tranquilidad?

No ocultaba sus intenciones. Pero había puesto en el anzuelo el único cebo que ella no podría rechazar. Víctor. Estando en juego la vida de Víctor, no había objeción posible.

Se pusieron en pie. Él se desplazó hacia interior del bar para pagar las horchatas.

Entraron en la portería. La portera no estaba. O estaba de espaldas. No vio nada. No había

entrado nadie.

Subieron las escaleras hasta el tercer piso. Noventa y cinco peldaños. La escalera de esta casa donde me encuentro ahora.

El Hombre abrió la puerta del piso con llave propia. Este piso. En aquel momento, estaba decorado con el gusto empalagoso de los burdeles, rosa y dorado. Paredes empapeladas con dibujo de balaustrada y tiestos de frondosas plantas y paisaje que se pierde en lontananza, y cortinas de satén brillante, rosas o cremas, y lámparas de pantallas fruncidas, y todo a media luz.

No parecía que hubiera nadie. Las luces estaban encendidas, pero el piso estaba vacío, esperando a los dos ocupantes que entraron en uno de los dormitorios, no sé exactamente en cuál de ellos, sin duda en el más lujoso, monopolizado por la cama, con espejos en tres de las cuatro paredes, tocador con perfumes en frascos de pera con borlas, y uno de esos olores pentrantes que parecen pegarse a la piel. «Afrodisíacos», dice el escrito de Miguel Jinete.

Él se volvió hacia ella.

—Tú sabes que me gustas —ella le dejaba hablar—. No sería capaz de enviarte a esta misión mientras entre tú y yo no haya otro tipo de relación, más intensa y firme…

—Quieres decir que, si tengo que ir a joder con otros, antes debería joder contigo.

Él se ofendió.

—No. Así, no. No hables así. He empezado diciendo que te amo. Esa es la verdad. Te amo, y te voy a pedir un sacrificio para salvar a nuestro amigo. Pero, antes, quiero dejar constancia de mi amor. Quiero dejar claro que tu sacrificio, como el mío, se basa en el amor y la amistad —reaccionó a un gesto de ella—: Y, si no puedes evitar estas muecas de fastidio, será mejor que lo dejemos. Sal por esa puerta y, para ayudar a Víctor, ya me las apañaré yo como pueda y sepa.

Medio segundo necesitó la Gran Meretrix para ponerse la máscara de ternura y simpatía, y acercarse al hombre y acariciarle las solapas.

—Por favor, por favor, pero qué dices. ¿Qué piensas? No me malinterpretes. Lo que ocurre es que estoy triste, triste y desesperada, tan triste como tú por lo que pueda sucederle a Víctor…

En este escrito, Miguel Jinete hacía gala de unas pretensiones literarias que rayaban con el ridículo.

«… Sin previo aviso, estampilló la Gran Meretrix sus labios sobre los del Hombre mientras con una de las manos acariciaba la tumefacción de sus pantalones. Acto seguido, procedió a despojarse de su indumentaria, prenda por prenda, sujetador, faja y liguero. Su esbelta estampa era un obsequio de buen gusto artístico, un regalo para la vista y un imán donde el hombre quedaba adherido a su atracción. Al descender la mirada por su cuello angelical, dos medias lunas desafiantes conducían a la diana que certificaba la ligazón biológica. Luego el color azabache orlaba el punto donde la placentera gravitación de los humanos forja su continuidad. Dos columnas torneadas por la sabia naturaleza y afianzadas por sus adorables bases sostenían a

la mujer maravillosa, que se postró devotamente ante él para adorar, en muda plegaria, el epicentro físico del Hombre, prodigiosamente desarrollado.

»El silencio de la casa deshabitada fue sesgado ipso facto por el chapaleo que emanaba del fervor de la Gran Meretrix que se le ofrecía en penitencia, ingiriendo glotona el pan de la salvación…»

—La colección de sellos del viejo Alberto… —dijo el Hombre, más tarde, abrazados los dos sobre sábanas revueltas.

—¿La colección de sellos? —preguntó la Gran Meretrix como si le interesara.

—Sí. El viejo Alberto Gavanza tenía una colección de sellos muy interesante, con un ejemplar muy raro, argentino, me parece recordar. Sé de un capitán muy aficionado a la filatelia. Y me parece que, con esa colección en la mano, podría convencerle de que hiciera algo por Víctor.

—Pero tú no me has traído aquí para convencerme de que consiga una colección de sellos.

—No. Pero todo ayuda. Ese capitán es vocal del Consejo de Guerra Permanente que hay en esta ciudad, y muy amigo del comandante que ejerció de juez militar en la causa contra Víctor. Son tan amigos que les gusta compartir mujer. Los dos a la vez. Y suelen ir de caza a la Parrilla del Ritz y al Casino Militar.

—¿Y qué clase de cosas les gusta hacer? —preguntaba la Gran Meretrix, mimosa y abrumada por el abrazo del Hombre desnudo.

El Hombre se excitaba al imaginar las fantasías que debían de tener los dos militares.

«… Recordaba pasajes de la Biblia que referían cierto castigo que sufrió una población y la Gran Meretrix, que estaba documentada sobre el caso, comprendió de inmediato sus anhelos bíblicos. Sin oponer la menor objeción, adoptó la postura ideal para que los besos franceses del Hombre realizaran varias veces el recorrido desde la fisura primordial al umbral falso, y aquí detuvo su paseo pero no la exploración. Ello avivó en la mujer el deseo castigado por el Libro Sagrado. Cuando la lubricación alcanzó su límite, el Hombre masajeó el itinerario que luego, oficialmente, recorrería para safisfacer su capricho. Las quejas de ella fueron el acolchado que amortiguó los jadeos de él…»

75

En el campo de concentración de Miranda de Ebro mi padre continuaba levantándose con la corneta de diana, a las siete, martirizado por chinches y piojos, cantando el caralsol, y España una, España grande, España libre, Franco, Franco, Franco, y desayunando mierda líquida que pasaba por café. Avemarías y vivaspañas a todas horas, bazofia para comer, algún fusilamiento o paliza encarnizada a media tarde, el servicio de limpieza trasladando a la fosa común que había a

la izquierda del campo cuerpos envueltos en mantas, tiroteados por el pelotón o fulminados por la disentería, el tifus o la tuberculosis; todo aliñado con gritos y gritos y gritos, «rojos de mierda», y caralsoles y vivafrancos por la noche antes de caer otras veces en las fauces de los piojos y las pulgas y los chinches.

Se hizo popular porque, si alguien conseguía un cigarrillo, sabía que mi padre le proporcionaría fuego. Llegó un momento en que incluso los cabos de varas y oficiales sabían que tenía aquel chisquero y a nadie se le ocurrió confiscarlo. Muy al contrario, le pedían fuego. «Eh, Chispa», solían llamarle. «Dame fuego, Chispa.» Y él sacaba el encendedor de Víctor y, al mismo tiempo que se sentía importante y útil, pensaba en su amigo.

Una vez más, el tango salvó a mi padre, como una premonición. Casi podía oír la voz lastimera que en lunfardo lo reñía por haberle tenido tanto tiempo olvidado. «¿Por qué me abandonaste para trabajar de contable en los Grandes Almacenes El Siglo? ¿Cómo se te ocurrió?»

Le llegó el rumor de que alguien cantaba tangos en el tercer barracón, en los momentos de ocio después de la cena. Tuvo que acercarse, claro está. De lejos oyó una voz grave, con deje fanfarrón y canalla, y un perfecto acento argentino. «Si yo tuviera el corazón,/ el corazón que di,/ Si yo pudiera como ayer/ amar sin presentir…» Y resultó que conocía al cantante. Era aquel tipo canario, amigo de Víctor, que se hacía llamar Lalo Valente. «Es posible que a tus ojos/ que me gritan su cariño/ los cerrara con mis besos…/ Sin pensar que eran como esos/ otros ojos, los perversos/ los que hundieron mi vivir…» Alto, atractivo, relativamente bien vestido, mostraba una apariencia tan gallarda y tan entera que mi padre se avergonzó de su aspecto y tuvo que hacer un violento esfuerzo para acercarse a él y darse a conocer.

—¿Me recuerdas? Bandoneonista. Mis amigos me llamaban Fueye.

—¡Claro que sí, Fueyito! ¡Fernando, te llamabas! Si vos y yo actuamos juntos, en tu casa, aquel día de Navidad, ¿te acordás? Hará cuatro o cinco años. Canté Cambalache, y vos me acompañaste como un maestro, che. «Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé…»

Conservaba el acento argentino en privado, incluso cuando no cantaba. Parecía un argentino auténtico. Contempló a mi padre de pies a cabeza y en seguida de cabeza a pies para fijarse en que andaba descalzo. Justo el día anterior, uno de los mojamés se había quedado mirándole las botas, aquellas botas que mi padre había robado a un muerto, y solo necesitó decir «Botas», una vez, con aquella expresión impasible de ojos fruncidos, y las botas fueron suyas, y mi padre se quedó sin ellas. El moro se alejó después de decir «gracias» en un inolvidable alarde de urbanidad.

Iba descalzo. Y las ropas andrajosas, y tanta suciedad, y la costra de sangre seca sobre la ceja casi cubriéndole el ojo.

—Pero, Fueyito…

Aunque a la entrada del campo los obligaban a dejar todas sus pertenencias, carteras, relojes, plumas estilográficas, fotografías personales, llaveros, todo, incluido el dinero, Lalo Valente llevaba consigo algunas monedas y le contó a mi padre la forma de ganarlas. Los oficiales habían organizado un economato en el campo, con el que pensaban forrarse, y pusieron al frente a un

brigada llamado Cifuentes. Pero, si les quitaban a los reclusos el dinero cuando entraban y no les daban la oportunidad de ganarse unas perras, ¿cómo iban a comprar nada en el economato? Así que el brigada Cifuentes se convirtió en un defensor de los derechos de los prisioneros, por el interés de los oficiales. Habló con el coronel que estaba al mando del campo, e incluso con un teniente general que un día pasó por allí, para conseguir que no utilizaran a los presos como esclavos en los diversos trabajos diarios, y que les pagasen un dinero. Una vez concedido el mínimo privilegio, el mismo Cifuentes se encargaba de encontrar y adjudicar las pequeñas tareas remuneradas. Lalo Valente, en aquellos momentos, cuando estaba libre de servicio, cuidaba el huerto que había en uno de los extremos del campo.

Se llevó a mi padre al economato, saludó al brigada Cifuentes con una cierta confianza y le dijo que su amigo el músico necesitaba calzado. «Cualquier cosa, aunque sean botas rotas, ya se las arreglará él.» Entretanto, mi padre miraba con ansiedad los productos que allí había expuestos, un arenque a dos céntimos; dos arenques, tres; un pan de kilo a sesenta céntimos; botes de leche en polvo… Pero, sobre todo, se interesó por el papel de cartas y la plumilla y la tinta que necesitaba para escribir a Barcelona y pedir auxilio.

«… Ruego vengáis al Campo de Miranda de Ebro, Burgos, con declaración de al menos dos personas de solvencia que certifiquen mi irreprochable actuación desde el 18 de julio de 1936 en adelante…»

Escribió una carta a su padre y otra, a la misma dirección, a su hermano Cándido. Y otra a Víctor Luys, al bar Luys de la calle de Robador, y otra, por fin, después de mucho dudar, a la señora Hortensia Carballido, de la calle del Bruch, cerca del Arco del Triunfo. Su madre. No albergaba demasiadas esperanzas, porque no creía que ni su padre ni Cándido ni Víctor pudieran hacer mucho por él, y no se quitaba de la cabeza que un día su madre le había suplicado que la sacara del burdel de Dulce y Bombón, y él no le había hecho caso.

—Cuando salgas de aquí —le dijo Lalo Valente—, que saldrás, ve a Barcelona, a la Bodega Bohemia de la calle Lancaster y pregunta por mí a un tal Palmiro, que siempre está en el local. Entonces, si yo no te puedo ayudar a ti, tú me ayudarás a mí. Seguro.

Y continuaron pasando las horas, los días, las semanas, los meses, devorados por chinches y piojos, domesticados por caralsoles, y España una, España grande, España libre, y vivafrancos, avemarías y padrenuestros, fusilamientos a media tarde, y tifus, disentería y tuberculosis, y bazofia a todas horas, y misa solemne y lentejas los domingos.

76

Mi padre murió la noche del lunes 23 de febrero de 1976. La primera persona a la que telefoneó mi madre para notificárselo fue Víctor Luys, y a media mañana del día siguiente ya lo teníamos en casa, firme, cariñoso y eficiente, para echarnos una mano.

En algún momento anterior al funeral y al entierro, sentados en incómodas sillas de una sala de espera del Hospital de San Pablo, le conté mis conversaciones con mi padre en las tres noches anteriores a su muerte, y le mencioné mi pregunta: «¿Por qué no me contaste nunca tus penalidades en el campo de concentración?», y su respuesta: «Porque a nadie le gusta contar cómo le dieron por el culo». Suponía que a eso se debía que tampoco Víctor hablase mucho de los casi seis años que pasó en la cárcel.

—Exactamente —me confirmó con rictus triste—. Porque a nadie le gusta contar cómo le dieron por el culo. Eso fue lo que hicieron, exactamente. Una concienzuda operación de sometimiento, vejación y lavado de cerebro.

A poco de entrar en la cárcel Modelo de Barcelona, cuando aún estaba en espera de juicio, fue a verle el capellán de la prisión, un tipo más joven que él, siempre sonriente, ajeno a su alrededor, de modales empalagosos:

—Hijo mío —le pasó el brazo sobre los hombros—, ¿en qué errores fuiste a caer para que te hayan traído aquí?

—Ninguno que yo sepa, padre. No sé por qué estoy aquí.

—¿Te sumaste a algún hecho grave contra el Movimiento Nacional?

—No, padre.

—¿Y no estabas inscrito en algún partido marxista…?

—No, padre.

—¿No participaste en algunos de los actos que se cometieron contra la Santa Madre Iglesia en la zona roja?

—Dicen que maté a un sacerdote, pero eso es falso, padre. Yo era amigo de ese sacerdote. Éramos como hermanos. Tengo la conciencia tranquila, padre, se lo digo de verdad.

El sacerdote sonreía, benévolo, cerraba los ojos ante tanta ignorancia, cabeceaba.

—Piensa, hijo mío, piensa y busca en tu mente los pecados que cometiste. Porque la magnanimidad y espíritu de justicia de nuestro invicto Caudillo no castiga nunca a ningún inocente por gusto. Reza conmigo, Víctor: «Yo pecador, me confieso a Dios Todopoderoso…».

Y Víctor Luys se aprendió la oración y rezaba.

En cada una de las galerías de la Modelo, habían escrito con letras de dos metros VIVA ESPAÑA FRANCO FRANCO FRANCO para que ninguno de los presos se olvidara de la persona a quien debía aquella penitencia infamante, pero en realidad el lema del lugar era: «La culpabilidad se le supone», o también: «Todo el mundo es culpable aunque se demuestre lo contrario». «Rojos de mierda, algo habréis hecho para estar aquí.» Se acostumbraban a los insultos, y a las palizas, y a los caralsoles, y franco-franco-franco, y los domingos la misa

solemne donde las homilías se confundían con discursos patrióticos, los porrazos, los escupitajos, todo era lo mismo.

—Franco pidió al gobierno francés que repatriara a los menores de edad, muchachos de entre diecisiete y veinte años de la Quinta del Biberón que habían participado en la batalla del Ebro. «Que no les pasará nada», prometió. A medida que llegaban a España, iban entrando en la cárcel. Adolescentes engañados por los unos y los otros, daba lástima verlos metidos allí.

Después del juicio, trasladaron a Víctor a la cuarta galería, que era la de los condenados a muerte.

—Éramos muchísimos —decía Víctor—. Vivíamos apretujados en las celdas. Piensa que se realizaban miles de juicios en los meses siguientes a la victoria franquista, y eran pocos los que, habiendo sido denunciados, se libraban de un tiempo de reclusión. Más de diez mil juicios antes de terminar el año 39. Y cada día, de madrugada, nos despertaban para leer la lista de los que iban a morir. «Fulano, presente, Fulano, presente, Fulano, presente, Fulano, presente.» Aquellas despedidas, aquellos abrazos, aquellas lágrimas, aquella rabia. Y ya no los volvíamos a ver.

Una noche, se coló un grupo de falangistas en la Modelo. Víctor Luys tenía la celda cerca del distribuidor central de donde arrancan las seis galerías, y pudo oír perfectamente sus voces.

—¡Venimos a matar rojos! —decían con el coraje de los borrachos—. ¡Quítate de ahí, que vamos a matar rojos! ¿Qué más os da, si los vais a matar de todas formas? ¡A ver! ¿Cuáles son los condenados a muerte? ¿Los de la cuarta galería? ¿Dónde está la cuarta galería?

Siguió una traca de disparos de pistola que, amplificados por los ecos de los oscuros rincones, se desparramaron por todo el establecimiento penitenciario, por todo el barrio tal vez. Los prisioneros dejaron de ser una masa informe para convertirse en una infinidad de individuos aterrorizados, encogidos, reducidos a la mitad de su tamaño.

Luego llegaron los gritos de la autoridad, «¿pero qué coño pasa aquí?, ¡firmes todo el mundo!, ¿quién os ha dejado entrar a vosotros?, ¡guardad esas pistolas!», y poco a poco se fue diluyendo la violencia y el incidente.

—… Me encontré —contaba Víctor— agachado contra un rincón de la celda, cubierto por el jergón como si tuviera la esperanza de que fuera capaz de parar las balas. Y pensé: «Ya no puedes caer más bajo, Victorino, ya no puedes caer más bajo». Luego nos enteramos de que habían conseguido matar a cuatro presos, de los de confianza, de los que tenían más libertad de movimientos. Lameculos y soplones. Bueno, al menos eso decíamos para conservar un mínimo de fe en la justicia.

77

La Gran Meretrix (2)

novela galante

biografía psicalíptica

«La Gran Meretrix que abandonó aquel vehículo fúnebre y anónimo en la esquina de la calle de Urgel con la de Diputación era una anciana combada como si quisiera tocar con su apéndice nasal en los adoquines, envuelta en una frazada de lana cochambrosa a pesar del pegajoso calor canicular reinante, y que avanzaba con exasperante cachaza y paso vacilante, sobre unos pies descalzos y sucios. Una vieja mendiga que probablemente iba pidiendo limosna por las casas, cosa nada rara en los tiempos de penuria que corrían. Luego, cuando la policía investigara, si es que investigaba, los posibles testigos asegurarían que había sido vista cuando entraba y salía de otros portales, otra víctima luctuosa del hambre y de la guerra.»

Se metió en el portal de Borrell con Diputación y, mientras subía por la estrecha escalera, se quitó de encima la manta mugrienta, la dobló sobre su brazo derecho y se transfiguró en la mujer resuelta, de expresión grave e imponente. Depositó la manta en el suelo, junto a la puerta, y llamó al timbre del cuarto piso.

Abrió Cándido.

«La Gran Meretrix ya venía advertida por el Hombre de que, en aquella hora del mediodía, el Soplón estaría solo con su viejo padre, que no habría moros en la costa.»

Delgado, de complexión parecida a la de mi padre pero inestable y frágil como una porcelana china, y un tic que le martilleaba el rostro.

—¿Cándido Gavanza? Soy amiga de tu hermano Fernando. Está en un campo de concentración y necesita ayuda —¿cómo sabía que mi padre estaba en un campo de concentración? ¿Lo sabía Miguel Jinete? ¿O fue un tiro al azar casualmente coincidente con la realidad?—. ¿Puedo hablar con tu padre?

—Mi padre está durmiendo —respondió el Soplón, arisco y ansioso por cerrar la puerta de nuevo.

—¿Quién es, Cándido? —gimió una voz agónica en algún punto del piso.

—¡Soy amiga de Fernando! —repitió la mujer levantando la voz—. ¡Necesita su ayuda para salir del campo de concentración!

Cándido no quería ayudar a mi padre, le importaba un bledo mi padre, pero era incapaz de cerrar la puerta en las narices de aquella mujer hermosa.

—¿Quién es, Cándido? —la voz agónica.

—No es nadie —contestó el hijo medroso—. Una mujer, padre. No sé lo que quiere.

La Gran Meretrix lo apartó y entró con pasos resueltos. Con aquel gesto comprobó la inconsistencia del tipo, que reaccionó con movimientos retráctiles y defensivos. Captó el temor en su tic y en las manos que se levantaron instintivamente para prevenir una posible agresión. La clase de persona que delata a cualquiera con tal de congraciarse con el tirano. Ni siquiera tuvo aliento para decir «Oiga, oiga». Se limitó a caminar tras ella procurando no pisarle los talones.

Penetraron en el piso asimétrico, con sus ángulos agudos y obtusos, con las paredes sucias de años pero con algún toque de prosperidad. La vitrina del recibidor con algo que parecía cristal del bueno, demasiado grande para tan poco espacio, quería ser una demostración pública de la gran cantidad de dinero que entraba en aquella casa gracias a la empresa de transportes Gavanza. No había lugar para perderse en aquel habitáculo. En seguida encontró al viejo Alberto. Hubiera podido guiarse por el olor a enfermo mal cuidado y mal lavado, a dormitorio mal ventilado. Una habitación en penumbra y el viejo Alberto como un simple y discreto bulto entre las sábanas. Esa palidez amarillenta, la mandíbula hundida, los ojos enormes y redondos, de pesados párpados, cavernosos y bizqueantes, la desesperación de quien se está yendo sin querer y sin despedirse antes de lo que tenía previsto.

—Señor Alberto —ella se plantó a los pies de la cama—. Soy una amiga de Fernando, nos conocimos en el funeral de una señora llamada Margarita, en la calle de San Rafael, ¿se acuerda de mí?

—Mi hijo Fernando. ¿Dónde está?

—En un campo de concentración.

—¿En un campo de concentración? ¿Está vivo?

—Sí, claro.

—¿Está bien?

—Nadie está bien en un campo de concentración.

—¿Cómo?

—Que sí, que está vivo. Pero tenemos que sacarlo de allí, ¿me comprende? Hay que sacarlo de allí.

—Sí.

—Padre, no le haga caso… —tartajeaba Cándido en segundo término.

—¿Pero cómo?

—Hay un oficial del ejército, muy influyente, que es muy aficionado a la filatelia…

—¿A la qué?

—A la filatelia.

—¿A la…? —no entendía.

—Colecciones de sellos de correos.

—¿Sellos de correos? Yo tengo muchos. Tengo una colección.

—Si pudiéramos regalarle la colección a ese militar, lo convenceríamos para que soltara a Fernando.

—¡Padre, por favor, no se deje engañar! —exclamó Cándido.

Boquiabierto, el viejo tardó unos instantes en procesar el discurso. Al fin, entendió.

—¡Cándido!

Cándido estaba ahí mismo, en la puerta, furioso.

—No le haga caso, padre.

—Dale la colección de sellos que salvará a Fernando.

—Que no le haga caso, padre —el hijo se crispaba a los pies de la cama, dirigiéndose al anciano moribundo porque no tenía agallas para mirar a la Gran Maretrix—. ¿No ve que le quiere estafar?

—Está en la cómoda del pasillo, en el cajón de arriba.

Cándido masculló una blasfemia, se volvió precipitadamente y fue el primero en salir al pasillo.

La Gran Meretrix dijo «Gracias» y fue tras él.

Aún no había cruzado el umbral cuando ya tenía en la mano el calcetín de lana relleno de perdigones. La cómoda, una antigüedad enorme, casi bloqueaba el pasillo. Cándido alargó los brazos hacia ella.

La Gran Meretrix golpeó como el Hombre le había enseñado. Fuerte, endureciendo el bíceps y la muñeca, concentrando toda la fuerza en el puño. Lo difícil era golpear con precisión un punto que quedaba a la altura de su propia cabeza, pero lo había ensayado muchas veces quebrando listones de madera. «… Un impacto en el punto geométrico exacto, penetrante, fatal…» En la nuca, directo a las cervicales, lo que se llama la base del cráneo.

Cándido cayó de bruces como si tropezara con el cordón del zapato, se dio contra la cómoda tan fuerte que la desplazó unos centímetros, con estrépito.

—¿Cándido? —la voz del viejo.

La Gran Meretrix se arrodilló junto al caído. Le miró a la cara. «Con un poco de suerte, no habrá muerto», le había dicho el Hombre. «Lo notarás si parpadea un poco, y entonces podrás decirle unas palabras de despedida.»

Un ligero parpadeo, un movimiento de la boca, un estertor casi imperceptible.

—¿Cándido? —gemía el viejo en la habitación de al lado.

La Gran Meretrix se inclinó para susurrar a la oreja del caído:

—Hijo de la gran puta. Esto es por denunciar a Víctor Luys. ¿Te enteras? De parte de Víctor Luys.

Y descargó sobre su cabeza un nuevo porrazo.

—¿Cándido?

Y otro, y otro, y otro.

—¿Cándido? ¿Qué pasa?

Cándido se quedó muy quieto. Y no sangraba. Esa era la principal prevención, que no se abriera herida. Solo contusiones. Huesos rotos, quizá, pero no sangre.

—¿Cándido? —tremolaba la voz débil y asustada.

La Gran Meretrix se incorporó lentamente. Iba vestida de negro, negros cabellos recogidos en moño, mirada negra. Entró en el dormitorio apestoso. Los ojos del viejo brillaban de lágrimas en la oscuridad.

—¿Ha pasado algo?

La Gran Meretrix avanzó hasta ponerse junto a la cama y se sentó en ella. El viejo Alberto tenía las manos sobre el pecho, la mirada de reojo, las lágrimas deslizándose por sus mejillas chupadas y huesudas.

—¿Ha pasado algo?

—Espere, abuelo.

La Gran Meretrix le puso la mano en la nuca, levantó la frágil cabeza levemente y retiró la almohada. Depositó de nuevo la cabeza sobre el lecho.

—Diga: ¿ha pasado algo? —aquellas palabras ya no significaban nada para ninguno de los dos.

La Gran Meretrix le puso la almohada sobre el rostro y presionó con la fuerza de sus dos brazos y de todo el cuerpo.

Contó hasta cien. A la altura del cincuenta, se detuvo para repetirse, una vez más, que no podía

dejarlo vivo, que la policía haría preguntas, que era un acto de defensa propia, que, de todas formas, el pobre anciano ya estaba esperando la muerte desde hacía mucho tiempo.

El viejo no se movió. Las manos quietas y cruzadas sobre el pecho, en la postura como está mandado que se espere la llegada de la Parca.

Dice el escrito de Miguel Jinete: «La Gran Meretrix no tuvo la sensación de que estaba asesinando a una persona».

Dijo mi padre cuando me prestó aquellas cinco mil pesetas para sobornar a Madurga:

—No publiques el libro hasta que yo me haya muerto.

No hacía falta que me lo dijera. Yo no iba a permitir que se enterase de cómo había muerto el abuelo Alberto, su padre. Tampoco se lo dije nunca al amigo Víctor.

Volvió la Gran Meretrix al pasillo. Agarró a Cándido de los bajos del pantalón y tiró de él hacia la parte de atrás de la casa, donde había una ventana abierta a un patio interior. El Hombre le había dado todos los datos, le había hecho un plano de la casa.

La Gran Meretrix arrimó el cuerpo a la ventana y lo levantó con facilidad. No pesaba nada y se dejaba hacer. Sacó hacia el exterior el tórax, que quedó apoyado en las cuerdas de tender la ropa. No contaba ella con las cuerdas de tender la ropa. Lo levantó de las piernas y empujó hacia fuera. Las cuerdas de tender la ropa no le dejaban caer. Empujó más y se doblaron las piernas, y los brazos y la cabeza se enredaron de forma grotesca en el tendedero.

Me la imagino recitando enloquecida aquel discurso del herido del 19 de julio, aquel hombre barbudo y sucio, con ojos de dios vengativo, que le dijo: «Mata curas, mata curas, bonita, mata burgueses, mata patronos, mata militares. Mata a esos cuervos negros». La imagino repitiéndolo con rabia mientras forcejeaba con el cuerpo de tío Cándido Gavanza, según lo describe Miguel Jinete en su novela galante, biografía psicalíptica. «Mata, bonita, mata burgueses, mata patronos, mata. Mata a esos cuervos negros.»

Continuó empujando, exasperada, poniendo las manos ya en cualquier parte, empujando un bulto informe que parecía resistirse a dar el gran salto con frenética desesperación.

Se rompieron al fin los soportes de las malditas cuerdas y el cadáver desapareció de pronto del campo de vista de la mujer, como por arte de magia. Antes de que le diera tiempo de asomarse, escuchó el golpe tremendo, ensordecedor.

Se retiró hacia el interior del piso. Tomó del cajón superior de la cómoda los dos álbumes de tapas de cartón forradas de tela roja. En el rellano de la escalera, se envolvió otra vez con la manta sucia y pegajosa.

«La Gran Meretrix que salió del portal de la calle de Borrell con la de Diputación volvía a ser una anciana combada como si quisiera tocar con su apéndice nasal en los adoquines, envuelta en una frazada de lana cochambrosa a pesar del pegajoso calor canicular reinante, que avanzaba con exasperante cachaza y paso vacilante, sobre unos pies descalzos y sucios. Luego, cuando la

policía investigara, si es que investigaba, los posibles testigos asegurarían que había sido vista cuando entraba y salía de otros portales. Otra víctima luctuosa del hambre y de la guerra. Y nadie recordaría haberla visto subirse a un vehículo oscuro y anónimo en la siguiente esquina.»

—Miguel —dijo el jefe de la Brigada Social.

Miguel se detuvo. Se asomó a la puerta.

—A que no dirías nunca quién se ha muerto.

—¿Quién se ha muerto?

—Ni más ni menos que Cándido Gavanza.

—¿Cándido Gavanza?

—El tío que testificó contra tu amigo Víctor.

—Vaya.

—Se suicidó.

—Vaya.

—Parece que se murió su padre y él se suicidó.

—Vaya.

—O a lo mejor mató a su padre y luego se suicidó.

—Vaya.

Pausa. Miradas.

—No, solo te lo decía para que lo supieras. He supuesto que te alegraría saberlo.

Punto final.

78

Un día de diciembre, con el campo nevado y el termómetro bajo cero, un sargento borracho castigó a mi padre por alguna arbitrariedad ya olvidada. Le ordenó que se desnudara y le colgó de la frente un saco de arena mediante un alambre, y le obligó a marchar de un lado para otro hasta que se cansó. El alambre cortó la carne y la sangre bajaba a borbotones por la cara,

cegándolo. Aquello que yo siempre tomé por una profunda arruga de la frente era en realidad una cicatriz.

Un par de días después, cuando llevaba aún la frente ceñida por una venda sucia, le llamaron a las oficinas centrales.

A pesar de todo, tenía mejor aspecto que cuando entró. Había aprendido a hacerse invisible a los ojos de los cabos de vara más asilvestrados, se había hecho amigo del capellán, don Pancracio, a base de ayudar en misa y confesar y comulgar cada dos por tres, y era de los privilegiados que trabajaban en el huerto, ocupando el sitio que había dejado vacío Lalo Valente cuando por fin logró salir de allí.

El director del campo era un coronel demasiado mayor para desempeñar aquel trabajo; un abuelo de canas, probablemente con nietos amadísimos, que se esforzaba en poner cara de lobo feroz incluso durante los fusilamientos, cuando el cura ponía cara de corderillo asustado.

—¿Conoces al teniente general Cabañas?

Mi padre trató de permanecer impasible y no se animó a decir ni sí ni no, por si acaso.

—Ahora no caigo —le salió débilmente.

—¿Y al señor Julián Villarroya?

Fue como si se encendiera un foco muy potente en el sórdido despacho. Mi padre tuvo que parpadear.

—Sí, mi coronel. Al señor Villarroya sí lo conozco. Somos… —¿«es el marido de mi madre»?, ¿«solo lo he visto un par de veces en mi vida, una de ellas en el burdel de Dulce y Bombón»?—, ejem, somos medio parientes.

—En la notificación judicial de libertad provisional que acabamos de recibir —pausa dramática, a ver cómo reaccionaba el recluso—, se mencionan unas cartas de aval muy elogiosas sobre ti. Dice el señor Villarroya que, por lo que él sabe, eres un buen cristiano, que nunca te metiste en cuestiones políticas, honrado y trabajador, músico inspirado y contable eficaz.

—El padre Pancracio certificará que soy buen católico y honrado, mi coronel.

—¿Por qué dice Villarroya «por lo que yo sé»?

A mi padre se le secaba el aliento.

—Debe de ser una manera de hablar, mi coronel.

—Puede significar: «A lo mejor es un rojo matacuras sacrílego, pero a mí no me lo ha dicho».

—No creo que signifique eso, mi coronel.

—Entonces, ¿por qué huiste a Francia, en lugar de quedarte a recibir a las tropas victoriosas del

Caudillo para saludar brazo en alto, como era tu obligación?

—Porque me había alistado voluntario en el ejército y temía las represalias —se apresuró a añadir—: Yo sabía que había hecho mal, mi coronel, y me arrepentí de haberlo hecho desde el primer día, pero no quería ir al frente, tiene que entenderlo, mi coronel, no quería pegar tiros contra las tropas del Caudillo. Y la única manera que se me ocurrió para evitarlo fue presentándome voluntario y pidiendo un destino lejos del frente.

El coronel asintió, compasivo y bonachón, abuelete tolerante, y se conformó con la explicación. Mi padre sabía que no le quedaba más remedio, que la suerte estaba echada de todos modos.

—Ve a hablar con el capellán y, si él te concede su bendición por escrito, mañana ya podrás irte a pasar las Navidades en casa.

—Gracias, mi coronel —y, con ganas de salir corriendo para vociferar y pegar saltos—. ¿Ordena usted alguna cosa más?

—Puedes retirarte.

Mi padre habló con el capellán, don Pancracio.

—¿Lo ves, hijo? —tuvo que oír—. ¿Ves cómo Dios aprieta pero no ahoga? Estos días que has pasado aquí —mi padre pensó «¡siete meses!»— habrán sido de gran utilidad para tu alma. Ahora vuelves a una tierra de tentaciones y maldad. Cataluña era la Sodoma y Gomorra de España y sobre ella ha caído la lluvia de azufre que merecía, pero las lluvias de azufre no bastan para expulsar a los demonios. Se precisan vidas, muchas vidas, hombres, muchos hombres de verdad, vidas de santidad, de abnegación y penitencia, un tiempo de sacrificios y oración hasta la eliminación total de todos los gérmenes del mal. De nada habrá servido que hayas sido santo aquí dentro, donde te obligábamos a serlo, si no continúas siéndolo fuera, donde solo tú te vas a obligar a ti mismo. Porque, si no te obligas tú mismo a la bondad, alguien tendrá que obligarte. No te abandones, Fernando.

—No me abandonaré, padre.

Le dieron un salvoconducto que decía: «… Se ruega a las Autoridades del tránsito no le pongan impedimento alguno en su marcha, facilitándole los auxilios y raciones que le corresponden y al margen se expresan. Miranda de Ebro, 19 de diciembre de 1939».

Y, sin nada más que la ropa que llevaba puesta, una lata de sardinas en escabeche, un chusco y doce pesetas ganadas en el cultivo del huerto, mi padre salió del campo de concentración, montó en un tren de mercancías y, muchas horas después, muchas, horas de excitación y alegría, y expectativas y temores, llegó a la estación de Francia de Barcelona.

Le ahogaban las ganas de llorar cuando salió a la avenida de Eduard Maristany, rebautizada como avenida del Marqués de Argentera, y lo desorientaban las lágrimas mientras caminaba, feliz, hasta Colón, y luego Ramblas arriba. Vio una Barcelona triste, destrozada, vencida, violada, con edificios en ruinas por todas partes, con militares armados imponiendo su ley, y boinas rojas de falangistas, y la cara de Franco y el yugo y las flechas ensuciando las paredes.

Vio una Barcelona asustada y encogida, pero para él era el Paraíso. Como si una faja asfixiante le hubiera estado oprimiento el pecho y, de pronto, al salir a la luz barcelonesa, alguien se hubiera compadecido de él y se la hubiera aflojado.

Por el camino, lloró. Era una de esas personas patéticas, andrajosas y grises que arrastraban sus pies Ramblas arriba. Cuatro veces lo detuvieron los militares para exigirle la documentación, porque su cabeza rapada era indicio de que acababa de salir de un campo de concentración, y, aun a pesar del salvoconducto que lo protegía, las cuatro veces consideraron imprescindible hacerle cantar el Cara al sol con el brazo en alto y a gritos. En mitad de la calle. Y las cuatro veces los otros transeúntes en muchos metros a la redonda tuvieron que hacer un alto en su paseo para levantar el brazo y cantar también, fingiéndose contagiados de amor patrio.

Pasó por la plaza de Cataluña, y la plaza de Universidad, y recorrió la calle de les Corts Catalanes, reconvertida en avenida de José Antonio Primo de Rivera.

Y llegó a esta casa, en la esquina con Entenza. Abajo estaba el colmado de los Arnau, lleno de escasez, y allí estallaron los primeros saludos de alegría, los abrazos, las risas y las lágrimas.

—Pensábamos que te habían matado —decían una y otra vez—. Pensábamos que te habían matado.

—¿Hay alguien en mi piso?

—Sí, hay alguien. Sube.

—¿Y mis cosas?

—No sé nada. Sube.

—¿Pero quién hay?

Se encogían de hombros. No lo sabían.

Subió los noventa y cinco escalones hasta el tercer piso. Cansado, derrotado, hambriento, vestido con harapos. Como un mendigo que fuese a pedir caridad.

—Les diré: «Solo quiero mi bandoneón. Si los nacionales se han quedado con la casa, tendré que renunciar a ella pero al menos quiero recuperar mi bandoneón» —pensaba—: Por favor, mi bandoneón. Por favor.

Le abrió la puerta una mujer tan hermosa que no podía ser de verdad. Tan hermosa que, a primer golpe de vista, no la reconoció. Pero en seguida constató que sí era de verdad, y se le ocurrió que a lo mejor su suerte empezaba a mejorar. En los últimos meses, su suerte había empeorado tanto que no podía empeorar más: solo podía mejorar.

—¡Fernando!

Era Bombón, la espectacular, morenaza, tetuda, exuberante Bombón. Vestida con uno de

aquellos quimonos de seda que tanto le gustaban. Él se avergonzaba de su cabeza rapada y de sus ropas.

—¡Fernando!

Y detrás de ella apareció la menuda, frágil, delicada Dulce.

—¡Fernando, por Dios!

Lo envolvieron con sus brazos amorosos, se pegaron a él como solo ellas sabían hacerlo, le acariciaron la cabeza rapada asegurando que tenía un tacto delicioso; y mi padre cayó en la cuenta de que hacía más de un año, mucho más de un año, casi dos, que no estaba con una mujer, y se encendió. Decididamente, su suerte había cambiado.

—Pasa pa'cá, mi arma, que necesitas un buen baño, corazón, que nos vas a llenar la casa de liendres. Dulce, cariño, telefonea a Miguel y dile quién está aquí.

Recordó las palabras del padre Pancracio: «Ahora vuelves a una tierra de tentaciones y maldad».

Tenían teléfono. Y un baño muy grande. Habían empapelado toda la casa y la habían decorado con elementos que mi padre había visto antes en la Bombonera de la calle d'En Carabassa. Y un par de chicas jóvenes se asomaron a las puertas de las habitaciones. Habían hecho de este piso, este piso donde me encuentro yo ahora, un burdel, una Bombonera en miniatura. Una sucursal.

—Miguel nos dijo que nos instalásemos aquí para que nadie confiscara tu piso. Es un policía muy importante, en estos momentos, en esta ciudad. Hizo un chanchullo de papeles y ahora consta como si fuera suyo, pero nos mandó que conserváramos todas tus cosas. Aunque por ahí contaban que estabas muerto, él dijo que no tirásemos ninguna de tus cosas.

No dejaba de resonar la voz del capellán del campo en su mente: «… las lluvias de azufre no bastan para expulsar a los demonios…».

—¿Mi bandoneón?

—Qué sé yo lo que habrá por ahí. Todas tus cosas.

—Yo he venido a por mi bandoneón.

—Déjate ahora de tangos, que lo primero es lo primero.

Para Dulce y Bombón, lo primero fue desnudarlo, tirar sus ropas a la basura y sumergirlo en la bañera monumental que habían instalado en el cuarto de baño, una bañera con patas de león que recuerdo haber visto, de pequeño, y que tiraron mis padres cuando hicieron la reconstrucción del piso, en los años sesenta.

«… De nada habrá servido que hayas sido santo aquí dentro…»

Cuando estuvo limpio y relajado, pasaron a celebrar el tan esperado, necesario, imperioso, ritual del sexo.

—¿Quieres alguna de las chicas? Ahí hay dos que son muy monas…

—No, por favor. Ya sabéis que no me gusta hacerlo con desconocidas.

—Pues te equivocas, porque la cama es el lugar ideal para conocer gente.

—Si puede ser, con vosotras será como volver a los buenos tiempos.

«… Cataluña era la Sodoma y Gomorra de España…»

Le hicieron sentir querido, le hicieron sentirse aceptado, le hicieron sentirse hombre, potente otra vez, capaz de enfrentarse a la vida a pecho descubierto. Lázaro resucitando entre sábanas de raso y dos putas generosas. No lo había imaginado así, pero no le extrañaba haber llegado a tal solución porque, desde que se enteró de la muerte de Elena y Tomasín, sabía que no volvería a tener novia formal jamás, ni esposa, ni hijos. La maldición de los Gavanza. No volvería a caer en ella. La única forma que le quedaba para desahogar sus necesidades eran las profesionales. Eso era lo que él creía en aquellos momentos y los hechos consumados le salían al paso para darle la razón.

Se durmió como un niño. El más feliz y reparador de los sueños hasta doce o trece horas después, cuando lo despertaron sus amigas con gritos de alegría.

—¡Que vienen a verte, que vienen a verte!

—¡Una sorpresa, una sorpresa!

Era Miguel, con una botella de coñac Sorel (el que nos trae Miguel) y la felicidad iluminándolo como un aura.

—¡Fernando! ¡Creíamos que estabas muerto!

Fernando había encontrado su vestuario, el que había dejado en los armarios de aquella casa, esperándole, planchado y limpio, al pie de la cama. Salió en mangas de camisa, con el gozo desbordando por encima del hambre, la delgadez y la fatiga.

—Miguel.

«¿Lo ves, hijo? ¿Ves cómo Dios aprieta pero no ahoga?»

Fue un abrazo fuerte y desesperado, crispado, cargado de afecto y necesidad.

—Yo tampoco sabía qué había sido de ti. ¿Me dicen que sigues siendo policía? ¿Con este régimen?

El tema incomodaba a Miguel.

—La vida es dura, Fernando. Hay que sobrevivir. Y la única forma de vencer a esta gentuza es uniéndose a ellos, créeme. Ya te contaré. Ante todo, este piso es tuyo y siempre lo será. De propiedad.

—¿De propiedad? —siempre había sido de alquiler.

—Lo compré. No te preocupes. Barato. El propietario era un rojo. No me debes nada. Lo puse a mi nombre precisamente para conservarlo para ti en caso de que reaparecieras. En cuanto puedas, mañana mismo, arreglamos los papeles.

Mi padre se emocionó. No sabía cómo agradecérselo, «pero, Miguel», «¿somos amigos o no somos amigos?», «te devolveré el dinero», «no digas tonterías». Y, en seguida:

—¿Qué se sabe de Víctor?

Estaban sentados en el salón principal —supongo que el comedor de delante, con balcón a la Gran Vía—, mi padre envuelto en un albornoz, en un mano a mano observado por unas chicas jóvenes desde segundo término mientras Dulce y Bombón cocinaban alguna cosa.

Miguel se puso serio y se acodó en sus rodillas para estar más cerca de su amigo.

—Hay malas noticias, Fernando —pausa con suspiro—: Lo detuvieron.

Mi padre endureció la expresión.

«… Se precisan vidas, muchas vidas, hombres, muchos hombres de verdad, vidas de santidad, de abnegación y penitencia, un tiempo de sacrificios y oración hasta la eliminación total de todos los gérmenes del mal…»

—Lo detuvisteis.

—No pude hacer nada, Fernando, te lo juro —replicó Miguel con vehemencia—. Que te lo digan Dulce y Bombón. Me destrozaron a golpes cuando se enteraron de que lo estaba protegiendo. Llegué aquí hecho un cristo. Estuvieron a punto de encerrarme también a mí. Pero estoy haciendo todo lo posible, Fernando, te lo juro. Lo vamos a sacar de ahí, ya verás —más: la mano de Miguel atenazaba el brazo de mi padre para infundirle valor—. Pero hay más noticias malas, Fernando. Después de una guerra, siempre hay malas noticias. Y estas peores porque son irreparables —mi padre arqueó las cejas, atento, esperándose cualquier cosa—. Tu padre.

No había nada que decir.

El suspiro, el abatimiento. La dura realidad.

«No te abandones, Fernando.

»—No me abandonaré, padre.»

—Murió el mes pasado. Llevaba mucho tiempo muy mal… Y ese mismo día, tu hermano Cándido se quitó la vida. Saltó por la ventana de la galería. Estaba muy unido a tu pobre padre.

—Ah.

—Te acompaño en el sentimiento.

Siguieron instantes de silencio y melancolía. Mi padre pensó que le gustaría llorar o, mejor, que debería llorar, pero no le salieron lágrimas. No lamentó en absoluto la muerte de Cándido. Y su padre, al fin y al cabo, estaba muy mayor y hacía mucho tiempo que no tenía interés ni entusiasmo por nada. Y había que reponerse. A la mierda. «No me abandonaré, padre.»

Mi padre decía que uno siente que no tiene derecho a la tristeza cuando ha sobrevivido a experiencias como las que él había superado. Creía tener la obligación de dar gracias y demostrar constantemente su júbilo por estar vivo, y limpio, y bien alimentado por el abundante desayuno que le sirvieron las dos madamas del burdel. Y había más personas por las que interesarse.

—¿Y Teresa?

—Está bien. A los Luys les requisaron el bar, pero ella continúa viviendo con Javierito en el piso de arriba, en la calle de San Rafael. Y yo me encargo de que esté bien. No le falta de nada —cambió de tema—, Fernando: tienes que perdonar esta invasión. Aconsejé a Dulce y Bombón que trasladasen aquí su negocio, porque es más discreto y están protegidas por la policía, que es importante. Estos militares se han cruzado con chupacirios y ahora son imprevisibles en todos los terrenos. En el piso de la calle d'En Carabassa he promovido un club militar, social y exclusivo, muy distinguido, muy viril, a la manera de los clubs ingleses. De vez en cuando, las chicas se dan una vuelta por allí para alegrar al personal, aunque este se empeñe en que no es putero. Pero este es tu piso y tienes tu habitación. Cuando quieras, Dulce y Bombón se trasladarán a otra parte.

Ni siquiera entonces mi padre cayó en la cuenta de que Miguel Jinete le estaba hablando de su propio negocio. Creía que eran ellas las propietarias y que Miguel no era más que un amigo que les hacía favores a cambio de favores. Tampoco se le pasó jamás por la cabeza que Miguel Jinete hubiera tenido la intención de quedarse con este piso.

—Otra cosa, Fernando —Miguel deseaba agotar la orden del día—. Está la compañía de transportes de tu padre, que llevaba Cándido. Les estaba yendo bien. Te rendirá buenos beneficios si sabes llevarla.

—No la quiero. Si encuentro un buen comprador, la venderé. Prefiero el dinero que me den por ella.

—¿Pero tú qué harás? ¿Cómo te ganarás la vida?

—Ya me espabilaré. Con el dinero de mi padre y la venta de la empresa, aguantaré un tiempo. Luego…

Interrumpió Dulce a la espalda de mi padre:

—¿Por qué no nos tocas un poco, Fernando?

Respondió mi padre:

—¿Todavía quieres que te toque más…?

Al volverse, ya no vio a su amiga. Solo vio sus manos porque, entre ellas, estaba el estuche del bandoneón. Había tenido la delicadeza de quitarle el polvo.

Mi padre tomó aquel estuche como un sacerdote toma la hostia consagrada de la patena. Lo abrió y allí, bajo aquel viejo paño de color granate, estaba su querido instrumento, hermoso, un Alfred Arnold Doble A con incrustaciones de nácar. La razón por la que había regresado a España y había soportado las privaciones del campo de concentración de Miranda de Ebro.

Lo extrajo de la funda, incapaz de pronunciar ni una palabra.

Tocó Sur, pero no lo pudo cantar, porque lo estrangulaban los sentimientos. Se fue a volar con la música, él solo, observado por Miguel, y Dulce, y Bombón, y las otras chicas, y supo que se habían terminado sus penalidades.

«No te abandones, Fernando.

»—No me abandonaré, padre.»

79

La Gran Meretrix (3)

novela galante

biografía psicalíptica

«Yacentes la Gran Meretrix y el Hombre sobre el tálamo maculado, entre sábanas alborotadas, desprovistos los dos de toda ropa y pudor, beben champagne francés del que no existe en esta tierra de penuria, y ella, con ronroneo felino, refiere sus trapisondas lascivas con el comandante y su amigo capitán como si de una contienda bélica se tratara (…)

»(…) Una vez genuflexa la fortaleza, la táctica consistía en distraerla por la vanguardia con el grueso de las tropas del comandante bien firme y, cuando mordía el anzuelo, y mientras lo chupaba, lo lamía y lo besuqueaba con fruición, el capitán atacaba por detrás con su ariete batiendo en sucesivas embestidas tan fuertes que conseguían conmocionar a todos los cuerpos en lid. Después de lo cual, debidamente respuesto el armamento y las municiones, penetraban a la vez las dos puertas del centro gravitatorio del enemigo, delantera y trasera, hasta conseguir arrancarle la rendición en forma de alaridos de súplica y mil perdones (…)»

El Hombre se excitaba con el relato pronunciado sin pasión y con toda clase de detalles, al gusto del consumidor. Él se sentía feliz al comprobar el efecto que la narración causaba en su anatomía, y se abalanzaba sobre ella para taparle la boca a besos y poseer una y otra vez aquel cuerpo tanto tiempo deseado. Ella lo recompensaba con un plañido complaciente, y él retrocedía y le suplicaba que continuara hablando aun cuando fuese a expensas de inventarse lo que fuera.

—¿Y qué dijeron cuando les ofreciste la niña?

—Se volvieron locos —la Gran Meretrix, átona y lejana—. Fue entonces cuando me prometieron que no iban a matar a Víctor. Ya están fantaseando sobre lo que le van a hacer a la niña.

—¿Y qué le harán? ¿Qué le harán?

—De entrada, lo mismo que a mí. Luego…

—¿Qué, qué?

Con una mueca de hastío que la hacía mucho más hermosa, perversa y apetecible, la Gran Meretrix continuaba hablando mientras se incorporaba y tomaba con delicadeza la jeringuilla que la esperaba sobre la mesita de noche, junto a la cucharilla, el polvo blanco de la papelina y una goma elástica que la ayudaría a encontrarse la vena.

—¿Y qué más?

Después del pinchazo, adormilada contra el cabezal de la cama.

—Hablé con ellos de filatelia, ¿sabes?

—¿Cómo?

—Que hablé con ellos de filatelia, ¿sabes?

—Una puta no habla de filatelia con sus clientes.

—Yo no soy una puta normal. ¿Sabes? Ni el uno ni el otro sabían lo que era un apócrifo. Ni una calcografía, ni la filigrana. Los sellos de correos se la traían floja. A los dos.

—A lo mejor, solo les gusta mirar los dibujitos.

La Gran Meretrix con los ojos cerrados, desnuda, tan sucia, tan hermosa.

—Eres un hijo de puta. Ese álbum de sellos era para ti.

—¿Y eso a ti qué más te da? Anda, sígueme contando. ¿Qué más le van a hacer a la niña?

—¿Y eso a ti qué más te da? —repetía ella, como un eco, lejos de allí.

80

Un día, llamaron a Fráter y a Teri, Fraternal Luys Medrano y Eleuterio Luys Medrano, y Víctor les dio el último abrazo, y se los llevaron, y dice que los fusilaron en el Campo de la Bota, pero que no era seguro, que a lo mejor solo los trasladaron a otra cárcel de la otra punta de España. A Llibert sí que parece seguro que se lo llevaron a otra parte, primero lo cambiaron de galería, luego a Madrid, dice que para trabajar en el Valle de los Caídos. Pero no era seguro. No era seguro. El caso es que Víctor perdió la pista de sus hermanos y no volvió a saber de ellos nunca más. No estaban apadrinados por un comisario de la Brigada Político-Social. Y el pequeño Giordano Bruno murió a los veintidós años en la cama, de donde no podía levantarse porque le faltaban los pies, después de haber ingerido una botella entera de cazalla en presencia de su abnegada esposa que no se lo pudo impedir.

Poco a poco, entre la multitud de presos, uno iba encontrando afinidades. Procuraba no apretar demasiado los lazos de la amistad, para que las noticias de los fusilamientos no fueran traumas insuperables, pero no resultaban reconfortantes las charlas, los contactos, simpatizar con viejos anarquistas o jóvenes luchadores.

Los recién llegados traían noticias de la transformación del mundo exterior. Restricciones eléctricas cada dos por tres, qué barbaridad, y la escasez que disparaba los precios, qué horror, y la cartilla de racionamiento que no daba para nada y, sin presión sindical, los patronos que hacían lo que les daba la gana. Pero la auténtica barbaridad, el auténtico horror, eran los hematomas, las heridas, las mutilaciones, las quemaduras de cigarrillos que ostentaban la mayoría de reclusos en el momento de entrar. Muchos venían del convento de San Elías, al que ya no se denominaba checa, pero que se continuaba utilizando como centro de detención y torturas.

—… Y han contratado a boxeadores profesionales para que se encarguen de los interrogatorios. ¿Sabes quién está? Gironés, el campeón de Europa del peso pluma. Se planta ante ti con aquellos nudillos de hierro y dice: «¡Defiéndete, defiéndete, que soy Gironés!». Y, mientras te pega, disfruta y canta, el cabrón. Canta un tango que dice algo así como «siempre me vas a recordar pegándote, como un malvao…».

—No es Gironés —murmuraba Víctor, avergonzado de algo que los demás no entendían—. Es un hijoputa que se hace pasar por él.

—Qué sabrás tú.

Víctor agachaba la cabeza y se retiraba a la soledad de su rincón para lamentar —no llorar, llorar no, pero lamentar sí—, lamentar profunda y desgarradoramente la disolución definitiva del Trío del Pompeya.

Una vez, cuando Teresa fue a visitarle con el niño, los recibió inusitadamente ceñudo y malhumorado. «Este no es mi Víctor.» La cárcel cambia a las personas para mal.

—No quiero que tengas ninguna relación con Miguel, ¿me has entendido? Ni que te ayude, ni

que os veáis, ni nada.

Ella titubeó como si no entendiera sus palabras, o como si él estuviera diciendo alguna insensatez.

—Pero, Víctor, si él no me ayuda, Javier podría ir a parar a un hogar del Auxilio Social.

—Pues que vaya.

—Pero los hogares del Auxilio Social son como cárceles para niños.

—Bueno, ¿y qué? Su padre también está en una cárcel. Que vaya aprendiendo.

—Víctor, no lo entiendes. Ahora las cosas son distintas. Todo el mundo necesita tener amigos entre los que mandan. Si no, se te puede complicar mucho la vida. Miguel y tú sois amigos de la infancia. Me ayuda de buena fe, sin pedir nada a cambio, se preocupa por ti, te salvó la vida. No puedo rechazar su ayuda y darle la espalda de repente.

Víctor estalló de furia como nunca lo había hecho con ella.

—¿Es que no entiendes lo que te digo? ¡No quiero que tengas ningún trato con Miguel! ¡No quiero que lo veas, ni que recibas nada de él, ni que Javier lo conozca!

Un Víctor desconocido. Ya el viejo Juliol les había enseñado que el sistema penal no hacía más que transformar a los reclusos en animales. La cárcel no es un procedimiento para cambiar al hombre, hacerle comprender sus errores y rehabilitarlo, sino una feroz venganza del Estado. «La cárcel es un almacén de escoria para degradar a sus ocupantes y para hacer que se sientan degradados. Los aparta no ya para que no estorben, que incluso podría ser un motivo comprensible, sino para que se contagien los unos a los otros su propia degradación, para que se ahoguen en el pánico colectivo, y quienes no salgan con los pies por delante lo hagan convencidos de su propia inanidad.» A base de Cara al sol, Franco-Franco-Franco y misas continuas, «rezad, pecadores, pedid perdón porque habéis pecado gravemente de pensamiento, palabra y obra, por vuestra culpa, por vuestra culpa, por vuestra grandísima culpa».

—¡Víctor Luys Medrano!

El escalofrío de la muerte, «ya está ahí, ya me ha tocado».

—¡Presente! —paralizado en la celda.

—¡Coge tus cosas y ven conmigo!

«¿Coge tus cosas?» A los que van a fusilar no les dicen «coge tus cosas».

—¿Dónde vamos?

Avanzando, agarrotado, bajo las miradas aprensivas de sus compañeros.

El funcionario murmura:

—Tranquilo, Luys. Si te sacan de la cuarta es que ya no te van a dar mulé. Pero yo, en tu lugar, no sé si me alegraría mucho, porque te vas a la sexta, que está llena de locos y maricones.

Todavía tardaron tres días en notificárselo oficialmente, quién sabe por qué. Le habían conmutado la pena de muerte por la de veinte años y un día.

Mientras me contaba esto, en el funeral de mi padre, Víctor se quitó las gafas y jugueteaba con ellas como si sus cristales fueran capaces de reflejar el pasado.

—Pensé en tu padre. Pensé que el tango dice que «veinte años no es nada». Joder. «Veinte años no es nada», pero veinte años y un día…

81

El 23 de diciembre, vestido con el mejor de sus trajes de antes de la guerra, debidamente retocado con pericia de modistas de alta costura por Dulce y Bombón, y con un sombrero flamante, mi padre se fue de visitas.

Primero, al portal majestuoso de la calle del Bruch. Le temblaban las rodillas y la voluntad, y se le confundía el miedo con la furia. Por alguna razón, no podía sentirse conmovido ante la perspectiva de reencontrarse con la señora Hortensia. La última vez que se habían visto, ella le había pedido, casi suplicado, que la sacara de la Bombonera y la llevara con él, y se había ofrecido para cuidarle al fin, como debería haber hecho cuarenta años atrás; y él se había negado, la había ignorado. Ahora, cuando se sentía en la obligación de entrevistarse otra vez con ella, la confusión de sentimientos le irritaba y ofuscaba. Pensaba que podía justificarse diciendo que la muerte de su esposa y su hijo lo habían vuelto loco pero, de inmediato, se le ocurría que a su esposa y a su hijo los habían matado los aliados de Hortensia y su marido. Sería mejor que no tocara aquel tema, que no se justificara, que no contara nada de sus últimos padecimientos.

Le abrió una criada distinta de aquella mujer arisca de uniforme almidonado que conoció la otra vez. Esta era una mujer vencida, resignada, humilde y humillada.

—¿Puedo ver a la señora Hortensia?

—¿De parte de quién?

—Dígale que soy su hijo.

Se quedó solo en el ostentoso vestíbulo cuya decoración había cambiado por completo. Ya no había pesados cortinajes sino una puerta de madera clara, recién barnizada, con cristales translúcidos de dibujos exquisitos. Donde antes estaba el arcón y la reproducción de una galera, había ahora una efigie del Sagrado Corazón sobre una especie de altar, con cinco lamparillas de aceite, y a un lado un sillón y una consola adornada con un jarrón con flores y un crucifijo. Tanta

novedad y pulcritud hizo pensar a mi padre en la destrucción de que debía de haber sido objeto aquel piso. Imaginó a cenetistas y faieros rasgando el cuadro de Salomé con la cabeza del Bautista o destrozando a culatazos el facistol descomunal y deshojando la biblia ilustrada a colorines por los monjes. Y se exaltaba como si se estuviera identificando con los destructores.

Entró Hortensia, más hierática y hermosa que nunca, con uno de aquellos peinados que se daban en llamar «arriba españa». Le pareció que se estremecía al verle, tan delgado, con el cabello tan corto.

—Ah, Fernando. Pasa.

—No —se le escapó, como un repudio; y se arrepintió automáticamente—. Solo venía para… —Sin aliento—: agradecerle, agradecerles a usted y a su marido que me sacaran del campo de concentración. No sé qué habría sido de mí si no hubieran intercedido. Aquello era… —ella desvió la vista, como si no se viera capaz de escuchar ninguna clase de horror—. Bueno, da igual. Solo quería darles las gracias.

Pausa.

—¿Y qué harás ahora?

—Oh, no se preocupe. Mi padre tenía una empresa de transportes… —se interrumpió. Su padre. Tenía. El silencio brusco atrajo la mirada de Hortensia—. Ah, mi padre. Alberto. También quería decirle que murió.

Hortensia hinchó el pecho en un suspiro que la pilló desprevenida. Se hizo evidente que hubiera preferido que no se le notara tanto el impacto de la noticia, pero no había podido evitarlo, y ahora debía de estar diciéndose que, al fin y al cabo, hacía mucho tiempo que su relación con mi abuelo se había roto y que no tenía sentido llorar ni desfallecer. Y se quedó plantada, tiesa, sin saber qué hacer.

—Alberto. Pero… ¿qué edad tenía? No tenía edad. ¿De qué murió?

—No se sabe. Murió en la cama. Estaba muy débil y muy mal desde hacía tiempo.

Ella estaba atónita.

—Si no debía de tener más de sesenta y cinco…

Había sido el amor de su vida, y el hombre que cuidó a mi padre desde el primer día. Los dos tenían motivos para compartir el dolor, para darse mutuamente la ayuda que todo el mundo necesita cuando la muerte le ha pasado rozando. Pero no lo hicieron. Él estaba junto a la puerta de salida con el sombrero en la mano; ella, muy lejos, en el otro extremo de la estancia. Atmósfera asfixiante. Él decidiendo que se tenía que ir, ella anhelando que se fuera.

—Bueno…

—Si necesitas alguna cosa…

—No. Ya bastante han hecho por mí…

—Si quieres pasar, pasa. ¿Por qué no pasas?

—No, no, de verdad. Tengo que irme. Acabo de llegar y tengo que arreglar unas cosas… —Ya tenía la mano en el pestillo de la puerta, pero no podía irse sin decirlo todo, porque estaba casi seguro de que nunca más volvería a ver a aquella mujer—. Ma… —a punto de decir «madre», o «mamá»—. Quería…

Paralizados los dos.

—… Me fui al frente. Me llevaron a la batalla del Ebro. Por eso, no pude llevarla a usted a mi casa, como me pidió. Lo siento. Sé que lo estaba pasando usted mal en la Bombonera, pero no pude…

—No importa.

—No pude. Lo siento. Bueno, adiós, buenas tardes.

Salió al rellano. Bajó la escalinata de mármol donde alguien había restaurado todos los desperfectos excepto los impactos de bala en las paredes, y salió a la calle.

Allí, lloró. Tuvo que apoyarse en un árbol, ocultando el rostro con el sombrero como si se encontrara mal y estuviese a punto de vomitar. Nadie le preguntó qué le ocurría, ni se ofreció para ayudarle porque, después de una guerra civil, todo el mundo suponía lo que debía de sucederle y no le podían ayudar porque todo el mundo tenía problemas similares o peores.

Lo lloró todo. Se vació por completo. Lloró por Elena y Tomasín, y por Víctor en la cárcel, y por Miguel en la policía, y por su padre y por la guerra, y por su madre, y por la posguerra, y, sobre todo, por sí mismo. Lloró todo lo que no había llorado en toda su vida.

82

Y volvió a llorar en brazos de Teresa.

Cuando llegó a la calle de Robador y estuvo un rato ante las persianas cerradas del bar Luys como quien rinde homenaje a un difunto ante el panteón en el cementerio, creía que ya se había repuesto por completo.

Después de unos instantes de recuerdos y duelo, dobló la esquina, llegó hasta el primer portal de la calle de San Rafael y llamó al picaporte con la clave de morse que nunca se le olvidaría. Arriba, tiraron de la cuerda que, a través de una polea, accionaba el pestillo, y subió la escalera empinada hasta la hermosa, querida, dulcísima Teresa, que lo esperaba con ojos brillantes y

sonrisa triste.

—Fernando.

Cuando vio a Teresa y se vio envuelto por tanta calidez y tanta bondad, brotaron las lágrimas otra vez. Se abrazaron como hermanos, muy fuerte, se besaron en las mejillas y mezclaron los llantos, y él empezó a decir «perdona, la emoción de verte», pero, en seguida, ya le estaba contando el encuentro que había tenido con su madre y lo que tan mal allí habían hablado, y la muerte de su padre, y ella se contenía para no replicarle el «si yo te contara».

Entraron en aquel piso que ya casi no conservaba ninguno de los detalles decó que Carmen Brondo había utilizado para ornarlo. Javier, el hijo de Víctor, de tres años, exigía que su madre lo subiera en brazos, y desde allí miraba con curiosidad al visitante.

Hablaron del día en que la Guardia Civil había ido a buscar a Víctor y a sus hermanos; del día en que lo sentenciaron a muerte; de la reciente noticia de que le habían conmutado la pena.

—¿Lo sabías? —decía temblorosa de alegría—. Dicen que ya no lo van a matar. Le han rebajado la pena a veinte años y un día. Veinte años, Fernando, veinte años.

Sí, Fernando lo sabía. Miguel le había transmitido la noticia. Le habían rebajado la pena a veinte años. Veinte años, Fernando, veinte años y un día.

Salvado por los pelos. Eso los llevó a recordar el día en que aquel cabo llamado Chueca, en el cuartel de Vorochiloff, les dijo a ella y a Víctor que Fernando había muerto. Y mi padre le habló de su locura después de la muerte de Elena y Tomasín, de su paso por dos campos de concentración…

Descubrieron que estaban muy a gusto uno con otro, ella resultó mucho más parlanchina de lo que mi padre recordaba. La maternidad la había hecho más madura y más hermosa. Y continuaron hablando del desarrollo de la guerra que se había desencadenado en Europa.

—Lo que siempre habíamos esperado —se lamentaba mi padre—. Si Alemania hubiera atacado Polonia un año antes, si Gran Bretaña y Francia y Canadá y los otros le hubieran declarado la guerra antes, todo habría sido muy distinto.

—Pero es que nosotros también formábamos parte del plan, Fernando —replicó Teresa, mucho más aguda de lo que él esperaba—. ¿Es que no te das cuenta? Nuestra Guerra Civil forma parte de esta que ahora se extiende por Europa. No somos un fenómeno aislado. Hitler empezó la guerra por España, delegando en Franco, que es su esbirro más fiel después del Duce. Una vez controlado nuestro país, sabiendo que está en manos amigas como Italia, una vez controlado el sur de Europa, Alemania ya puede prestar atención a otros flancos. Ahora, Polonia y, luego, vete tú a saber, seguirá Francia, o la invasión de Gran Bretaña.

—¿De qué vives? —preguntó mi padre en otro momento de la tarde.

—Miguel Jinete me ayuda —dijo ella—. Porque yo, con mi marido rojo en la cárcel, no tengo derecho a cartilla de racionamiento. Ya te habrás dado cuenta de que estos de ahora —dijo «estos

de ahora»— son arbitrarios, por cualquier cosa te pueden buscar problemas. Por hablar catalán, por no ir a misa, por tener a tu marido en la cárcel. Suerte he tenido de que no me hayan rapado y me hayan llevado a hacer la limpieza de los cuarteles. Siempre gracias a Miguel. Me consiguió trabajo con una modista, doña Pepita, una buena mujer. Me llevo al niño conmigo. Somos cuatro mujeres trabajando, y las cuatro cuidamos de él, y cosemos, y estoy distraída y me gano un dinero —después de un silencio—: Suerte de Miguel. Él me ayudó a conservar este piso, consiguió que no lo destrozaran, que no lo confiscaran con el bar. Ahora, si pudiéramos hacer que Víctor saliera pronto… Porque veinte años son muchos años, Fernando. Veinte años son muchos años.

¿Y qué iba a decir mi padre?

—Pero pasarán, Teresa. Al fin, pasarán.

—No lo sé, Fernando. No lo sé.

Ella le invitó a reunirse la Nochebuena y el Fin de Año en aquel apartamento donde pensaba celebrar las fiestas sola con su hijo, y él aceptó porque no se imaginaba en este piso de Gran Vía donde la decoración prostibularia iba a contrastar demasiado con las guirnaldas navideñas. Y mi padre tocó el bandoneón y cantaron y se emborracharon un poco. Y se miraron intensamente a los ojos y pensaron en lo que podría haber sido de sus vidas.

Y, después de Reyes, cuando ya había conseguido formalizar la venta de los Transportes Gavanza (locales, almacén y garaje de la calle Entenza y un coche y dos camiones) a un teniente coronel recién llegado, por unas miserables quinientas mil pesetas pagaderas en doce plazos mensuales, cargó con el estuche negro y se trasladó a la Bodega Bohemia de la calle de Lancaster.

El local, en aquellas horas cerrado al público, parecía tan desolado como el resto de la ciudad. De día, mal iluminado, se veía decrépito, polvoriento, mal ventilado, con aquel piano de pared en la tarima y las sillas patas arriba sobre las mesas.

—¿Usted es Palmiro? —preguntó mi padre tímidamente a un hombre calvo y con tirantes que estaba pasando la escoba.

Palmiro le pegó un repaso de arriba abajo y sonrió ilusionado para decir que sí, pues hacía tiempo que nadie pronunciaba su nombre.

—Soy bandoneonista. Un cantante de tangos llamado Lalo Valente me dijo un día que, si necesitaba trabajo, pasara por aquí y preguntara por usted.

—Aquí no hay trabajo…

La respuesta alarmó mucho a mi padre aunque contaba con ello.

—Podría hacer una audición, no para ahora, pero a lo mejor, si hay una oportunidad para más adelante…

—No hay trabajo, pero si quiere hablar con Lalo Valente, lo tiene ahí.

Señaló con la cabeza hacia un rincón medio oculto tras una columna, donde se encontraba un apuesto Lalo Valente, muy divertido con la situación.

Sorpresa proclamada a gritos y abrazos, «mecagoental, Lalo», «Fernando, Fueyito, ¿qué te hisiste, que estás más gordo», «¡y vos, che, qué piola!».

Pidieron unas cervezas.

—Te estaba esperando —dijo el cantante.

—¿De verdad?

—Pero no para actuar aquí. Aquí no nos quieren —le hizo un guiño de complicidad a Palmiro—. Tengo un contrato en el bolsillo, fijo, para organizar una orquesta de quince músicos. ¿Querés ser mi fueye, che?

—Eso ni se pregunta. Al precio que tú digas. Durante el tiempo que tú quieras.

—Actuaremos en un hotel de Atenas.

—¿De dónde?

—De Atenas, Grecia.

—¿Nos vamos a ir a Grecia? ¿Ahora? ¿A tocar tangos? ¿A un hotel?

—Sí, sí, sí, sí, sí, a un hotel de lujo. Al Grande Bretagne, en pleno centro de la capital. Partimos dentro de una semana.

—Pero en Europa hay guerra, ¿no?

—En Grecia, la única guerra que habrá es la que vamos a dar nosotros. ¿Querés ir o no?

—¿Que si quiero ir? ¿Que si quiero ir, preguntas? ¿Que si quiero ir? ¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Que si quiero ir?

Medio vaso de cerveza y mi padre ya se sentía borracho del todo.

83

Dos noches antes de la muerte de mi padre, en la madrugada del 21 al 22 de febrero de 1976, volví a oír el ruido de sus pantuflas por el pasillo, como la noche anterior. Y, como la noche

anterior, le di un poco de tiempo antes de levantarme yo también y llegarme hasta el comedor dispuesto a continuar la conversación donde la habíamos dejado la noche anterior.

Ahí estaba, bebiendo coñac y fumando un puro.

¿Se estaba suicidando? ¿Bebía coñac y fumaba igual que Sócrates bebió la cicuta? ¿Se le habían terminado las ganas de vivir? Estoy convencido de que en muchas ocasiones la muerte llega cuando la persona, en un acto voluntario y consciente, le da permiso para que llegue. Vivimos porque, inconscientemente, hacemos un esfuerzo por vivir, y hay gente que, un día, abandona ese esfuerzo y se va de este mundo exactamente en el momento que elige.

Después de las fiestas de Navidad de aquel inolvidable 1975-1976, teníamos previsto subir al pueblo de alta montaña donde vive Víctor para mostrarle los documentos que me había dado Madurga y comentarlos, pero no pudimos ir porque mi padre tuvo un ataque cardíaco (más exactamente, una fibrilación auricular, según los médicos), y tuvo que ser ingresado en el Clínico. Fue Víctor quien bajó a la ciudad de inmediato para comprobar que, al fin, todo quedaba en nada, «demasiado champán y tabaco en estas fiestas, viejo, que estás ya hecho un viejo, coño». Setenta y cinco años. Un mes y ocho días después, allí estaba don Fernando Gavanza, insomne, ensimismado y melancólico, dando sorbos a la copa de balón y echando humo como una locomotora. Sin necesidad de que yo le hiciera ninguna pregunta, se puso a rememorar su viaje a Grecia, aquella espléndida fuga de la España de la posguerra.

Dijo, ronco y susurrante:

—Casi considero obsceno hablar de lo bien que me lo pasé en Atenas mientras en España tantos millones de españoles sufrían hambre y miseria.

En cuanto montaron en el transatlántico italiano Francafassio, procedente de Centroamérica y de paso para Génova, los diez componentes del espectáculo de Lalo Valente ya se encontraron con un monumental banquete de bienvenida. Un buffet libre con cinco clases distintas de ensaladas, todo tipo de pastas, espagueti, lasañas y raviolis; carne asada, pescado al horno, filetes y entrecots acompañados de patatas, asadas o fritas, y pan blanco, el tan añorado y crujiente pan blanco. Tan abundante era la oferta que mi padre consideró que aquella debía de ser la comida para todo el viaje y se fue al camarote con los bolsillos llenos de pan y fiambres.

Desde Génova, viajaron en ferrocarril hasta Brindisi, en el Adriático, junto al tacón de la bota italiana, y allí embarcaron en el Hesperos, que los llevó al puerto de El Pireo.

A partir de ese momento, su vida se convirtió en una gran fiesta. En una foto, que sacó de la caja de zapatos del cuarto de la plancha, se puede ver a los diez componentes del espectáculo. Los músicos, con bombachas de gaucho ceñidas por el amplio cinturón de cuero negro claveteado, botas de caña alta, camisa blanca de mangas anchas y fruncidas y pañuelo al cuello, piano, batería, contrabajo, clarinete, trombón de varas, guitarra, el vocalista Lalo Valente, y ahí, a la izquierda, sentado y con el bandoneón en el regazo, el virtuoso bandoneonista Fernando Gavanza. Junto a él, la hermosa pareja de baile Lucía y Camilo, ella con vestido escotado y ajustado, mostrando su pierna por la raja de la falda; él vestido de cafisho, con sombrero y gesto displicente.

En el marco espectacular del hotel más lujoso de Atenas, el Grande Bretagne, situado en el mismo centro de la capital, en la famosa plaza Syntagma. Cuando tocaban en la terraza, la orquesta quedaba encarada a la impresionante Acrópolis.

—Todavía no nos había crecido del todo el pelo, después de la última rapada en el campo de concentración; todavía teníamos en la piel las marcas de las pulgas y los chinches, y esa perenne sensación de desmayo que da el hambre, y de repente nos encontrábamos rodeados de esmóquines, y vestidos largos con grandes escotes, y pajaritas y collares de perlas, y risas cantarinas y cristalinas, y el aroma de los puros habanos y las burbujas del champán.

»Supongo —divagó después de un suspiro—, supongo que identifiqué la vida con el sexo, y me volví un mujeriego desaforado. Quizás iba huyendo de la maldición de los Gavanza, no quería comprometerme con ninguna mujer para no condenarla a la desgracia, y por eso iba de la una a la otra de manera enloquecida. Una cada día y, si me era posible, dos —me miró de reojo antes de soltar—: El acto sexual es la representación máxima de la vida —nunca me había hablado así, y los dos éramos conscientes de ello. Fue entonces cuando tomé conciencia de que tal vez esta fuera una de las últimas veces en las que tendríamos ocasión de hablar—. En el momento de joder, estás más vivo que nunca. Eso es lo que pensaba yo en aquel momento, porque venía del mundo de la muerte, ¿comprendes?, y necesitaba vida. Yo había pasado el último año resignado a morir, entregado a la muerte. Tenía que compensar las ideas fúnebres y negras de aquel momento en que desafié a los Messerschmitts alemanes, "¡Hijos de puta!", o cuando me dejaba morir en las arenas de Argelers. De pronto, en el sexo encontré la vida. Hay tanta vida en el sexo que puedes dar vida a otra, o a otro. El placer no está solo en correrte tú, independientemente de lo que le ocurra a ella. El placer del sexo también está en el placer que das. Por eso nos gustan la felación y el cunnilingus, donde uno de los dos solo disfruta por hacer disfrutar. Placer es vida igual que dolor es muerte. Cuando das placer, das vida. El orgasmo es una explosión de vida, como si te ahogaras con tanta vida. No sé quién fue el imbécil que dijo que el orgasmo era "una pequeña muerte". Ese no había follado bien en toda su vida.

»Las religiones abominan del sexo porque su razón de ser es la muerte. Todas las religiones nacen del miedo a la muerte, al Más Allá, y se sustentan sobre la promesa de una vida eterna. Y te prohíben el sexo porque en él hay tanta vida que incluso te permite crear vida. Y nacen niños y niñas. Esa es otra. El sexo es pecado porque te hace creador, como Dios. Creador, pletórico y omnipotente. Los curas no paran de recordarte que, cuando follas, no creas, no creas nada. No eres tú, te dicen. Cuando follas, pecas, haces algo malo, te dicen, algo repugnante. Porque aquí, el único que crea es Dios. ¿Qué te has creído? No te vayas a confundir con Dios. Porque, si no, a Dios no le quedaría más negocio que el de la muerte. Por eso ellos, los curas, cuando joden, lo hacen a escondidas.

Deduje que, si mi padre hablaba así, era porque ya se sentía en presencia de la muerte. El moribundo, en sus últimas horas, recurre a la defensa del sexo. El muerto empalmado.

—Así que, durante aquel año 1940, jodí como no había jodido en toda mi vida. Y mujeres a cuál más guapa, a cuál más exótica. Jodí, quilé, follé, chingué, mojé, hice el amor. Con una larga lista de griegas, atenienses, salonicenses, cretenses, italianas, dos inglesas, una de ellas se llamaba Marjorie y era la mujer más rara que he conocido en la cama; casadas, solteras, viudas. Ah, el donjuán español existe. No es muy alto, pero sabe mirar, y sonreír, y halagar, y acariciar, y

contar chistes, y toca la guitarra y el bandoneón, y sabe respetar, y es generoso en el placer, y vive de tal manera que la muerte, para él, nunca será una estafa.

Alquiló una habitación en una pensión modesta y limpia situada en la calle Kydathinaion, en el intrincado barrio de Plaka, a los pies de la Acrópolis, y solía comer en un restaurante cercano —un estiatorio, como se dice allí—, donde conoció la musaka, el pastichio, la yemistá, el kokonistó, e incluso aprendió un poco de griego. Le fascinaba aquel idioma que conservaba fresco el recuerdo de la Grecia clásica y llamaba éxodos a las salidas, y éxtasis a las paradas de autobús, y los camiones de mudanzas decían que eran metáforas, y para pagar había que pedir el logaritmo, y acracia era debilidad, y ángel el mensajero y lo pequeño era micro y lo grande mégalo, y los dueños de algo eran déspotes, y los cónsules eran proxeneyos —¿qué son los proxenetas sino cónsules de sus pupilas?

Desde allí, como protegido por una barrera que lo hacía inmune, supo de la expansión estremecedora de las tropas nazis que invadían Dinamarca y Noruega, y los Países Bajos. Y, con el corazón en un puño, comentó con una parisina la caída de París, y con la inglesa Marjorie la terrible batalla de Inglaterra.

Y esperaba con ilusión ese momento de la noche en que el presentador gritaba el nombre de Lalo Valente amorrado al micrófono y pedía un gran aplauso para ellos, y Lalo salía a escena como un héroe y exclamaba:

—¡España!

La orquesta respondía:

—¡Una!

Y Lalo Valente:

—¡España!

Y la orquesta:

—¡Dos!

Y Lalo Valente:

—¡España!

Y la orquesta:

—¡Tres!

—¡España! ¡Un, dos, tres y…!

Y empezaba el espectáculo. La orquesta con toda brillantez y Lucía y Camilo dando forma con movimiento elegante y sensual al ritmo y a la nota. Entre el público, ojos femeninos que buscaban a uno o a otro, sobre todo a Lalo Valente pero también al pianista conocido como

Cromañón, o al delicado bandoneonista, que tenía tanta agilidad en los dedos. Miradas que decían: «¿Nos vemos luego?», parpadeos que significaban: «Naturalmente».

El día 28 de octubre de 1940, el sonido penetrante de las sirenas eléctricas despertó a mi padre en compañía de una cantante griega que se llamaba Eva Evangelides, pero se hacía llamar Lola de Córdoba para cantar cuplés en español, aun cuando no sabía ni una palabra de español y no entendía lo que decía. Los italianos habían cruzado la frontera desde Albania y habían iniciado la invasión de Grecia.

En medio de la alarma y crispación, el gerente del Grande Bretagne citó a Lalo Valente y, como este tenía pocas facilidades para todo idioma que no fuera el lunfardo, se llevó consigo a mi padre, el políglota.

—Lo siento —les dijo el gerente, señor Gianakopoulos—, pero debemos rescindir el contrato. Comprenderán ustedes que, estando en guerra, nuestro público no tiene ánimos para fiestas y bailes —cuando ya lo habían comprendido y se estaban despidiendo, el hombre preguntó—: ¿Se van a ir del país?

—No —dijo mi padre—. Aun en guerra, estoy seguro de que aquí nos van a tratar mejor que en mi país. Si necesita unos músicos para animar a los soldados o para festejar la victoria, ya sabe dónde nos encontrará.

Luego, en la calle, cabizbajo, preocupado, con las manos en los bolsillos, Lalo preguntaba:

—¿Estás seguro de que quieres quedarte?

—Claro. ¿Qué nos puede pasar? Si ganan los italianos, somos españoles y, por tanto, franquistas y, por tanto, tan fascistas como ellos. Y, si ganan los griegos, el señor Gianakopoulos nos llamará para celebrar la victoria.

Lalo cabeceó:

—¿Y entretanto de qué vas a vivir?

—¿No sabes que soy rico? Antes de venir, vendí la empresa de mi padre. Tengo dinero en el banco. Iré subsistiendo. Y, cuando se me termine, ya veré qué hacer.

Acudieron al consulado español, en busca de protección y consejo. Allí, el representante de la España de Franco los tranquilizó diciéndoles que España se situaba al margen del conflicto. «Somos neutrales», afirmó textualmente. «Italia y España son naciones hermanadas por unos mismos ideales.»

Eso resultó difícil de aceptar cuando el 1 de noviembre la aviación italiana bombardeó Atenas. Mi padre se recuerda paralizado en la habitación de su pensión de la calle Kydathinaion, presa de algo parecido a un ataque de pánico. «Otra vez las bombas.» Las sirenas, las explosiones. Ni siquiera se le ocurrió salir corriendo hacia el refugio. Recuerda que tenía la cabeza a punto de estallar y que estuvo hablando con Elena y Tomasín, anunciándoles que a lo mejor estaban a punto de volverse a ver.

Por aquellas fechas, conoció mi padre a un funcionario de la legación española, un tal Ignacio Fuster, un tipo muy simpático, de su misma edad, siempre dinámico, siempre risueño, que tenía un ojo desviado y los dientes irregulares y que contaba chistes con mucha gracia. «Que se conoce que había ido a Sevilla don Alberto Martín-Artajo, el presidente de Acción Católica, que dio un discurso de tres pares de narices. Y la gente enfervorizada, apasionada, que se lo carga a los hombros y lo va paseando por la ciudad, vitoreándole: "¡Artajo, Artajo, Artajo, Artajo…!". Y sale un viejo republicano, que no entiende nada, y grita: "¡Qué coño, ar Tajo! ¡Ar Guardarquiví, que está más cerca!"».

Simpatizaron en seguida. Mi padre lo reconoció porque era uno de los habituales del espectáculo del Grande Bretagne. Solía ponerse en alguna de las mesas de la primera fila y aplaudía a rabiar, sobre todo la parodia del «¡España, un-dos-tres y…!».

Él se ofreció para mostrarle a mi padre los secretos de Atenas que aún no conocía. Por ejemplo, unas cuantas tiendas del barrio de Plaka, propiedad de judíos que vendían a buen precio cortes de traje, abrigos, prendas de seda, zapatos, relojes y joyas. Eran sefardíes, judíos españoles descendientes de los que expulsaron los Reyes Católicos en 1492.

Inesperadamente, el ejército griego fue capaz de frenar la acometida italiana y, en un espléndido contraataque, los obligaron a retroceder hasta la frontera albana y más allá. Un eufórico gerente del hotel Grande Bretagne volvió a llamar a Lalo Valente y a mi padre para comunicarles que se abría de nuevo el restaurante y el baile y que querían contar con ellos para celebrar la victoria de su ejército sobre los italianos al mismo tiempo que el paso del año 1940 al 1941.

Probablemente, los miembros del Gobierno del presidente Johannis Metaxas, que moriría veitinueve días después, no estaban tan contentos como aquellos juerguistas de sombreritos de papel, pero a la gente que posee mucho dinero y poder le gusta sentirse invencible y omnipotente y suele exorcizar su miedo con ruido, música, carcajadas y alcohol. A ellos nadie les iba a hacer daño. Y debían de continuar creyéndolo cuando, el 23 de febrero, ya muerto el fascista Metaxas, llegó a la península el primer ministro británico, conferenció con el nuevo presidente Korysis y los griegos aceptaron la ayuda de los aliados. Esa sí que era una buena jugada. Apostaban por el caballo ganador.

Se les helaron las sonrisas en el rostro cuando el 6 de abril les llegó la noticia de que el ejército alemán había lanzado en territorio griego su estremecedora Guerra Relámpago, Blitzkrieg, que atravesó el país a grandes zancadas. La llamaron Operación Marita. El día 9 ya habían tomado Salónica, el 18 ya expulsaban a los ingleses del Monte Olimpo y el presidente del Consejo se suicidó. Corrió el rumor de que lo habían asesinado en la embajada británica. Y el 27, Atenas era declarada ciudad abierta, las tropas alemanas desfilaron por la avenida Ermou, ocuparon la plaza Syntagma, una gran bandera roja con la esvástica en el centro ondeó, como histórico insulto, en lo alto del Partenón; y así comenzaron los duros años de la KATOXH, la ocupación alemana en Grecia.

Una vez más, el gerente del Grande Bretagne, señor Gianakopoulos, citó a Lalo Valente a su despacho. Y, como Lalo tenía pocas facilidades para todo idioma que no fuera el lunfardo, le pidió a mi padre que lo acompañara de nuevo.

Una gran bandera nazi decoraba la fachada del hotel lujoso, que se había rodeado de alambradas, garitas y guardias armados. Aquella vez les resultó más difícil entrar allí.

Así conocieron al major Lothar Böhm.

Quería que la Gran Orquesta de Lalo Valente fuera la que dirigiera el baile para festejar la victoria del Reich sobre la Vieja Grecia.

84

La Gran Meretrix (4)

novela galante

biografía psicalíptica

«(…) El Hombre y la Gran Meretrix en un aposento ciego cuyas únicas aberturas al exterior eran los espejos; y, en una coqueta, dos artefactos de forma obscena que sugieren gustos sofisticados y depravación. Ella en el centro de la estancia desprovista de toda prenda de vestir porque a él le gusta contemplarla y, mientras se deleita con el espectáculo de sus redondeces, va palpándose como sin querer sus partes nobles jugando a hacerlas cambiar de tamaño.

»—¿Has oído hablar de la conspiración judeomasónica? —pregunta de improviso.

»La Gran Meretrix paraliza el gesto, retiene en la boca el humo del cigarrillo, lo sopla al fin lentamente. Se vuelve hacia el Hombre. (…)»

Había que entrar en el edificio de Vía Layetana por la calle Portet, se subían unas pocas escaleras hasta el entresuelo, se recorría el pasillo de los compañeros de la Brigada Criminal, se torcía a la derecha antes de llegar al archivo y, al fondo del pasillo, en un espacio demasiado reducido para la actividad que allí se desarrollaba, se encontraban las dependencias de la Brigada Político-Social.

Un día, resultó que el espacio todavía era más pequeño porque un par de estancias hasta entonces dedicadas a despachos y sala de interrogatorios habían sido ocupadas por tres o cuatro alemanes, una bandera con cruz gamada, un aguilucho y otros símbolos nazis.

El Hombre preguntó solo con el gesto y Madurga, desde su mesa, le respondió en voz baja con una sola palabra: «Gestapo».

La Geheime Staatspolizei, policía secreta alemana.

—¿Y qué coño hacen aquí?

El comisario, por sorpresa, puso su mano sobre el hombro del Hombre.

—Ya ves que tendremos que apretarnos un poco. Los amigos alemanes nos van a ayudar en la lucha contra la conspiración judeomasónica. Ellos saben mucho de este asunto.

Lo llevó al cuarto piso, donde los grises de la Policía Armada tenían montada una cantina. Allí encontraron a un tipo de paisano con pinta de camionero que comía un bocadillo de atún con voracidad escandalosa. Tenía los ojos muy azules, el pelo cortado al cepillo, la nariz rota y era alemán. Cuando el comisario los presentó, no se estrecharon las manos porque las tenía pringosas de aceite. Hicieron gesto de «no importa».

—Es Herr Winzermann —dijo el comisario, pronunciando «Güínzerman». Se sentaron—. Director del Servicio de Control Portuario Alemán. Entre otras cosas, está aquí para encargarse de la disciplina de los residentes alemanes en España —le sonrió para que el otro creyera que estaba hablando a su favor, y prosiguió, aprovechándose de que no entendía el castellano—: Él y los suyos ejecutan las sentencias de un tribunal nazi secreto e ilegal que opera en nuestra ciudad. Mandan más que nosotros, estos cabrones —movía la cabeza afectuosamente, y el otro respondió con el mismo gesto amistoso—. También tiene la misión de controlar a los judíos que viven aquí, que son muchos. Él nos ayudará, y su ayuda es muy valiosa, porque la Gestapo es la Gestapo, y nosotros tenemos órdenes de ayudarles también. A partir de ahora, en cuanto tengamos noticia de algún judío, debemos pasársela a él o a sus hombres. Y, si hace falta, detenerlo y traerlo aquí.

—Judío —arrugó la nariz el Hombre—. ¿Y cómo se conoce a un judío?

Le entregaron una lista de personas empadronadas en Barcelona y sospechosas de pertener a la raza y la religión hebreas.

—Existe la sospecha —dijo el comisario, observado atentamente por el alemán— de que algunas de las personas más poderosas de esta ciudad puedan ser judíos aunque parezcan españoles. Miembros activos de la conspiración judeomasónica. Y probablemente nosotros no podamos hacer nada contra ellos porque, a lo mejor, financiaron el Glorioso Alzamiento de nuestro Caudillo. Ya sabes que son traidores, siempre jugando a dos barajas. Pero los alemanes son otra cosa. A ellos nadie puede ponerles límites ni condiciones. ¿Comprendes?

El Hombre le habló de ello a la Gran Meretrix.

—… Yo te pasaré la lista, y me encargaré de averiguar cómo y dónde encontrarás a los fulanos en cuestión. Te los tiras, les cobras, y luego me dices si están circuncidados o no.

Ella tardó en responder. Lo miraba como si no pudiera creer lo que estaba oyendo. Decepcionada. Amargada.

—No cuentes conmigo.

—No me jodas. ¿De qué te las das ahora? Eres una puta. Siempre has sido una puta. Lo eras cuando te conocimos, Víctor y yo. Y mantuviste a Víctor en Madrid jodiendo por las esquinas. Y trabajaste de puta en el bar de Víctor…

—Eso no.

—No me jodas que ahora te vienen reparos. Tienes vocación de puta y nunca lo ocultaste. Lo tuyo es el oficio más antiguo del mundo.

—No es el oficio más antiguo del mundo. Antes de que la mujer se dedicara a esto, un hombre tenía que dejarse dar por el culo para obtener el dinero con que pagarnos.

—Es lo que me gusta de ti. Eres inteligente, y leída…

—No trabajaré de puta para ti.

—Para mí, no —la mano derecha salió disparada y estalló contra la mejilla de la mujer, que giró sobre sí misma por la violencia del impacto y quedó de espaldas a él, agarrotada—. Lo harás por la policía. Porque, si tú ayudas a la policía, la policía te ayudará. Y, si no, te joderá. Y hay muchas maneras de joderte, ¿sabes? Tienes un hijo de un anarquista que ahora está en la Modelo. ¿Por qué te crees que te han dejado en paz hasta ahora? ¿Por tu cara bonita? —se arrimó a ella por detrás y, pasando las manos por debajo de sus brazos, le agarró los pechos—. La poli se porta bien contigo porque tú te portas bien con la poli. Y tu hijo no tendrá que ir a los hogares del Auxilio Social, si tú te portas bien. Incluso lo admitirán en un colegio de pago, que tú podrás permitirte porque tendrás mucho dinero. Tú recórrete esa lista y, si no te pagan ellos, te pagaré yo. Para que te compres vestidos y le des una educación a tu hijo. Te alquilaré un piso, para que no tengas que llevar a los clientes a tu casa. Que una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

«(…) Los dedos del Hombre jugaban con los pezones y la Gran Meretrix cerraba los ojos, extática. Apretaba con fuerza los labios. Para no llorar, quizá, o para no maldecir, o escupir o morder (…)», escribía Miguel con crispada ortografía.

—Quiero ver a Víctor.

El Hombre permitió que respirase cuatro veces. Una inspiración, otra, otra, otra. Podía contarlas porque continuaba estrujando sus pechos a dos manos.

—Claro —exclamó por fin, con un golpe de risa. Y la soltó, se separó de ella—. No hay ningún inconveniente. Vete a ver a Víctor, claro, y le das recuerdos de mi parte.

85

En el despacho del gerente del Grande Bretagne, señor Gianakopoulos, les esperaba Ignacio

Fuster, del consulado, y fue él quien les presentó al major Lothar Böhm, de la Luftwaffe.

—Van a utilizar este hotel como cuartel general del Tercer Reich en Grecia y quieren que ustedes sean la orquesta oficial. A los alemanes les gusta mucho la música. Ellos van a correr con todos los gastos y prometen ser generosos.

—¿Teníamos elección? —se preguntaba mi padre—. Como el obrero que permite que el patrón explotador le pase el brazo por encima de los hombros. Como la mujer que acepta el beso de su marido adúltero que a veces le pega. Como el esclavo que le cuenta un chiste al dueño del látigo. Así fue mi relación con el major Böhm.

Era imponente, un espécimen humano perfecto. Con aquel uniforme impecable y terrible que parecía cortado a medida y acabado de estrenar, y su considerable altura, y la postura erguida y marcial, los ojos color de acero y mandíbula como un bloque de granito.

—… Vino hacia Lalo y hacia mí, sonriendo y tendiéndonos la mano, afable, realmente encantado de conocernos. «Me entusiasma el tango.» Masticaba el castellano. Y añadía: «Porque yo luché en España», como si eso fuera un motivo para que le gustara el tango. «Yo luché en España», tan orgulloso de sí mismo, esperando muestras de simpatía por nuestra parte. A lo mejor era uno de los pilotos que ametrallaban la carretera de Figueres a Portbou; a lo mejor me había visto desde la carlinga de su Messerschmitt cuando yo lo desafiaba haciendo los cuernos con la mano y llamándolo hijo de puta. O podía haber sido tripulante de la puta pava que machacó Barcelona aquel puto día de marzo, cuando Elena y Tomasín desaparecieron para siempre. ¿Pero qué se suponía que tenía que hacer yo? ¿Negarle el apretón de manos? ¿Apartarle la cara? ¿Escupirle a la cara? ¿Qué clase de esclavo quería ser? ¿El que, atado a un poste, recibe los latigazos o la descarga del pelotón de fusilamiento? ¿O el que se fuma un puro con el dueño mientras hablan de fútbol? Qué coño.

Mientras hablaba de sus recuerdos, a veces mi padre parecía abatido y abochornado, y a veces levantaba la cara desafiante para imponer la evidencia de que cada cual es como es y, a lo largo de su vida, actúa como buenamente sabe o puede y, al final, no hay que dar explicaciones ni pedir perdón a nadie.

—¿Cuántas personas crees que hubieran dado la espalda al major Böhm en aquel momento? Bueno, pues yo pertenecía al grupo que no le dio la espalda. Al grupo que sonríe y estrecha la mano y exclama: «¡Ah!», encantado de la vida mientras piensa: «Hijo de la gran puta». No sé cómo se llama a los tipos como yo, pero me parece que aquello no es lo peor que he hecho en mi vida. Y supongo que ahora entenderás mejor todos estos años de silencio y de vergüenza.

Era de noche. Dos noches antes de morir. Bebía coñac. Chupaba el puro.

—La vida se hizo mucho más agradable —suspiró—. Resulta confortable, tranquilizador, convivir con el enemigo. Y, de alguna manera, me tranquilizaba la presencia de Ignacio Fuster allí. Era una persona que me infundía confianza y tranquilidad. Honestidad. Uno pensaba: «Si Fuster puede hablar con este tipo, yo también puedo hacerlo». En seguida nos volvimos amigotes de juergas, Lothar Böhm, Fuster y yo. Una noche Fuster nos llevó al distinguido barrio de Kolonaki, a casa de una señora que se llamaba Elefteria, maman Elefteria, y que tenía una pandilla de señoritas complacientes a su servicio. Una Bombonera a la griega.

Bebían juntos, y reían juntos. Y mi padre contaba chistes imposibles de traducir al alemán: «¿En qué se parece el invierno a los Estados Unidos? En que en Estados Unidos hay las cataratas del Niágara y, en invierno… No me niagarás que ta'catarras!». Fuster y mi padre se partían de risa y el major Böhm no entendía nada pero permitía que se le contagiara la hilaridad. Con las carcajadas, a Fuster se le desviaba un poco más el ojo, y eso era un motivo más para continuar las risas. Ich verstehe nichts, aber dieser Mann ist sehr lustig, decía Lothar Böhm. «No entiendo nada, pero este tipo tiene mucha gracia.»

—Está uno en un bar, tomándose una cerveza, y en esto que le entran ganas de mear. Tremendas ganas de mear. Tiene que ir al lavabo, pero tiene miedo de que, en su ausencia, alguien se le beba la cerveza. De manera que arranca una hoja de su agenda y escribe en ella: «He escupido dentro», y deja la hoja junto a la jarra de cerveza. Va a mear. Y, cuando vuelve, se encuentra la jarra de cerveza tal cual, pero alguien ha escrito dos palabras en su mensaje: «Yo también».

Risas.

Tal vez influido por el miedo y la paranoia, mi padre siempre tuvo la sensación de que aquel hombre de ojos de acero lo miraba de una forma especial desde el primer momento, como si fuese capaz de leerle el pensamiento y supiera perfectamente que no pertenecían al mismo bando. Una mirada en que se mezclaban la sospecha y la complicidad. «Sé quién eres, pero no se lo diré a nadie… de momento.» En la simpatía dislocada de mi padre había una chispa de súplica, «por favor, no se lo digas a nadie, por favor, no me delates». Porque lo que nunca hubo en su postura abyecta fue «somos del mismo bando».

—… Resultaba confortable convivir con el enemigo. Bailar con el diablo. Te sientes seguro, ¿sabes? Si te comportas con prudencia, estás más seguro. Si creen que eres de los suyos, no te harán daño. Y no era tan difícil portarse bien, ¿sabes?, porque nadie cometía ninguna barbaridad ante mis ojos. Yo no vi a los Batallones de Seguridad griegos, los Tagmata Asfaleias, en acción contra los comunistas resistentes. Yo solo notaba la ocupación de Atenas en la cantidad de uniformes nazis y representantes de los grupos fascistas griegos como la Triple E (Elleniki Ethnikistiki Enosis) o la Sidera Irini, que llenaban el Grande Bretagne cada noche, durante nuestra actuación.

Claro que, a veces, se reunía con ellos otro oficial, este de infantería, con cara de bulldog, una especie de Edward G. Robinson llamado Rolf Mettert. Tenía una eterna actitud enfurruñada y huidiza, como un niño tozudo emperrado en ser como era y decir lo que decía. Hablaba en alemán y su tema único eran los judíos y la necesidad de exterminarlos. No sabía hablar de otra cosa. Monologaba para nadie porque ni Böhm, ni Fuster, ni mucho menos mi padre le daban réplica ni mostraban el menor interés por prolongar la conversación.

—No son una raza inferior —murmuraba en alemán—. A las razas inferiores no hay que eliminarlas, se eliminan solas. Eso de la raza inferior se dice para tener contenta a la masa, que actúa por mecanismos elementales. Los soldados matarán más a gusto si piensan que solo matan ratas, pero la verdad no es esa. La verdad es que, si hay que acabar con los judíos, es precisamente porque no son inferiores, porque son competidores demasiado poderosos. Es la única raza que puede impedir que la nuestra se expansione. ¿No es eso lo que hay que hacer con

la competencia? ¿Quitarla de en medio? No puede haber dos machos dominantes en una manada. Luchan entre ellos y uno tiene que matar al otro. Es una ley natural. El fuerte gana. El débil se extingue. Y así va mejor el mundo. Si no eliminamos a los judíos ahora, ellos nos acabarán eliminando a nosotros.

Con frecuencia, mi padre fingía que no entendía el alemán barboteado de Mettert.

—¿Sabe qué fue lo primero que hice cuando llegué a Atenas? —«no», decía mi padre con sonrisa bobalicona—. Matar a una familia de judíos.

—¿Cómo? —mi padre congelaba la sonrisa y sus ojos parecían pedir auxilio.

—War eine jüdische Familie zu töten —repetía el bulldog en alemán—. Le dije a un funcionario griego: ¿Dónde viven los judíos de esta ciudad? Me lo enseñó. Me llevó a un callejón de Plaka. ¿Aquí? ¿Estos son judíos? Entré en una tienda donde vendían y reparaban relojes. Los maté a todos. Maté al padre, maté a la madre, maté a los niños y a un viejo que estaba en un sillón, al fondo de la trastienda. Así, desde el primer día, saben quién manda, ¿comprende? Se lo cuentan los unos a los otros. «Son los nazis», dicen. «Y es verdad lo que se dice de ellos. Han matado a toda la familia Cohen.»

Mi padre continuaba mirándolo fijamente con cara de besugo.

—Lo siento, pero no entiendo —le decía en su peor alemán—. Mi alemán es muy malo. Ich spreche sehr schlecht deutsch.

Recordaba con nitidez un día de verano en que Fuster y él habían ido solos a visitar la isla de Mykonos. Durante la travesía en ferry, los había sobrevolado una bandada de Stukas de la Luftwaffe, un nubarrón letal que oscureció el cielo, y Fuster se quedó observando a mi padre. Más tarde, estaban cerca de una iglesia muy blanca y muy hermosa, en lo alto de un acantilado, contemplando la inmensidad del mar, cuando el funcionario del consulado murmuró, después de un largo silencio:

—Son unos hijos de puta.

A continuación, echó una rápida mirada de reojo hacia mi padre, para observar su reacción o tal vez para solicitar su apoyo. Mi padre se mantuvo impasible, como si no hubiese oído nada, con los ojos fijos en el horizonte, atento a los gritos y las risas de una madre que jugaba con sus hijos en las inmediaciones.

La vida se hizo mucho más agradable porque, a poco de conocerlos, Böhm y Mettert llevaron un día a mi padre al puerto de El Pireo y le invitaron a visitar dos barcos mercantes y le presentaron a sus capitanes. Un barco se llamaba Tenerife y el otro Quevedo y los dos llevaban pabellón español pero toda la tripulación era alemana. Transportaban clandestinamente material bélico a la isla de Creta y, en el viaje de vuelta, aprovechaban para cargar las bodegas de aceite de oliva que proporcionaba notables beneficios en el mercado negro. Desde entonces, cuando mi padre necesitaba aceite, ya sabía adónde ir a buscarlo. Le regalaban un par de latas o botellas en deferencia a sus amistades. Y en la embajada alemana conseguía tarjetas del pan y conservas y café.

Repetía mi padre, pensativo y apesadumbrado:

—La vida se hizo mucho más agradable, sí.

Desde la terraza del hotel, el 30 de mayo la orquesta pudo asistir a la hazaña de dos miembros de la resistencia, Manolis Glezos y Apostolos Santas, que tuvieron el coraje de subir a la Acrópolis para arriar la bandera nazi e izar en su lugar la bandera griega.

Y la noche del 20 de junio de 1941, la orquesta de Lalo Valente tocó ante Adolf Hitler y Heinrich Himmler en persona. Estaban en el restaurante del Grande Bretagne, con su séquito de guardaespaldas y lameculos, brindando porque, al día siguiente, sus tropas iban a irrumpir en la Unión Soviética, ansiosas por devorar al Gran Oso.

86

La Gran Meretrix (5)

novela galante

biografía psicalíptica

Para ir a ver a Víctor, la mujer se vistió de forma discreta y modesta. Una blusa color crema cerrada en el cuello con un lacito cursi, una falda decente, el cabello recogido, ni rastro de maquillaje. Pero ahí estaban sus ojazos negros, y los labios gruesos, y aquella nariz extraña que le daba aires de luchadora.

—Estás muy guapa —le dijo Víctor, emocionado.

Ni punto de comparación con la Gran Meretrix de noche. Vestidos de lamé, el abrigo de astracán, ojos de mujer fatal, boca perfilada para el beso y la procacidad, uñas pintadas para decorar las copas de champán. Risas cristalinas en la Parrilla del Ritz.

Ay, yo no sé

lo que pasa por mí,

pero ya ve

que me siento feliz.

Siga apretando

aunque mire mamá,

que si se irrita

ya se calmará…

Mientras en el exterior continuaban las cartillas de racionamiento que daban derecho a 125 gramos diarios de pan negro y denso, y las colas interminables y las restricciones miserables, y un obrero cobraba a peseta la hora y trabajaba diez horas diarias, de lunes a sábado, y los sindicatos le invitaban a cantar el Cara al sol, la Gran Meretrix comía caviar con cuchara sopera, y cochinillo, y al faisán le ponían unos adornos de papel muy monos y en el escenario la orquesta de Bernard Hilda interpretaba melodías de hoy y de siempre.

Aunque cien años llegase a vivir

yo no olvidaría las tardes del Ritz.

—¿Cómo está Eduardo? —preguntaba Víctor.

—Muy bien. Muy crecido. Ya tiene siete años y es muy inteligente. Va a una academia del barrio y el director está muy contento con él.

—¿Cómo te las apañas?

—Bueno. Miguel me echa una mano —Víctor desviaba la vista. «… Me recordarás siempre golpeándote como un malvao…» Compañeros de celda mutilados por uno que dice que es Gironés—. Suerte tengo con él. Si no, soltera y con un hijo, lo estaría pasando fatal.

Víctor pugnaba por recuperar la sonrisa.

—O sea que os habéis reconciliado.

—Sí. Bueno, no mucho. No somos muy compatibles, pero nos vemos.

«(…) Ocasionalmente, el Hombre y la Gran Meretrix coinciden en la terraza del Moka, en plenas Ramblas, y allí departen con caballeros teutones que tienen cerca sus oficinas, en el portal de al lado. Y los germanos sienten envidia del policía español, distinguido y calavera, tan de mundo, porque es evidente que posee los derechos de la mujer en exclusiva.

»—¿Cuánto me cobraría por una hora de intimidad con esa mujer?

»—Esa mujer no le conviene. Me lo cuenta todo. (…)

»(…) Para que su Hombre guardara grandes e inolvidables recuerdos de los momentos de amor que acababa de despertar en ella, adoró, en muda plegaria, el epicentro físico que con su ímpetu y vehemencia tanta felicidad le había prodigado (…)»

—¿Continúas en aquel piso del Poble Sec? —Víctor no paraba de preguntar. No daba oportunidad a que ella le preguntara: «¿Y tú cómo estás aquí?». Le habría resultado muy difícil responder a eso sin perder la compostura.

—Sí. El vecindario me conoce. Seguimos siendo los mismos, con excepción de los Trabal, claro, que los fusilaron. Cuidan de Eduardo cuando yo tengo que ir a trabajar…

No le dijo que Miguel Jinete le alquilaba un piso en la avenida Mistral donde se celebraban fiestas, orgías, disparates que tenían fritos a los vecinos. Cuando protestaban, la Gran Meretrix les gritaba por el patio interior: «¡Llamad a la policía si no os gusta!».

Piso lo bastante grande como para albergar a tres mujeres guapas y elegantes. La Gran Meretrix disponía de la mitad del espacio para ella sola. Y podía llevar allí a quien le diera la gana, y a Miguel no tenía que pagarle ningún porcentaje como hacían las otras. A Miguel solo le proporcionaba información. La cuenta bancaria de la Gran Meretrix era cada vez más nutrida. Ya se compraba joyas de verdad, oro de verdad, hasta diamantes de verdad. Y cocaína de primera calidad.

Su vida era una carcajada.

—¿Y cómo te ganas la vida?

—No preguntes. Ya te lo puedes imaginar. La vida es dura.

Víctor creía que se lo imaginaba, porque había conocido la vida meretricia de las chicas que frecuentaban el bar Luys, pero en realidad no podía formarse la menor idea. No veía la Parrilla del Ritz en sus noches de insomnio, ni los esmóquines ni a los hombres panzones que se sujetaban los calcetines con liguero, ni la cantidad de dinero que llegaba a cambiar de mano. Pinchazos, polvos blancos, ojos vidriosos, valía todo, «¿por qué no nos montáis un cuadro artístico?», dos muchachas perversas, tres, las chicas y el perro, todo valía. Y Eduardo que no sabía nada, sobre todo que no se entere, tan repeinado con raya a la izquierda, y la bata de colegio con rayitas azules. «Un beso. No te olvides el bocadillo para el patio.» Y al cole. «Yo no tengo papá. Se murió cuando yo era pequeño.» «¿Y tu mamá trabaja?» «Sí, es criada de una casa muy rica. Ellos me pagan el colegio porque no tienen hijos y dicen que yo soy como un hijo para ellos.»

—Respecto a Eduardo… He estado pensando… Yo no puedo educarlo como es debido. No puedo. Lo he estado hablando con él y me parece que él también está de acuerdo en que lo dé en adopción —Víctor abrió la boca para protestar, pero ella se adelantó con un desafío—: ¿Puedes cuidarlo tú?

—Por favor, Carmen, ¿qué significa eso de que te parece que él también está de acuerdo? No puedes darlo en adopción…

—Es mayor, él también tiene su opinión…

—Tendríamos que…

—¿Tendríamos qué? Cuando salgas, ¿te dedicarás a cuidarlo tú? ¿Trabajarás para darle de comer? Y, por cierto, ¿sabes cuándo vas a salir de aquí? ¿Crees que Eduardo tendrá que esperar mucho para comer bien? ¿Cuánto? ¿Un año? ¿Dos?

—Carmen: no puedes darlo en adopción.

—Lo que no puedo es no darlo en adopción.

—Carmen: soy su padre.

—Porque yo lo digo.

Era inútil seguir discutiendo.

En la soledad del sueño, apiñado con otros once reclusos en la celda asfixiante, Víctor veía a la mujer y no quería verla, la veía de rodillas ante un tipo panzudo y brutal, pero no podía figurarse que el auténtico trabajo de la mujer consistía en observar y descubrir penes. Y dar conversación.

—Caramba, ¿eres judío? ¿Sabes que podrías buscarte un problema con un carajo así?

Respuestas distintas cada noche:

—No, no pienses mal. Me operaron de niño. Tenía una enfermedad.

O:

—No te preocupes por mí. Estoy por encima de estas cosas. A partir de un número determinado de millones en el banco, ya no tenemos nada que temer de nadie.

O:

—Ocúpate de tus cosas.

O bien el que la agarró del cuello con manaza monstruosa y la aplastó contra la pared para ladrarle a la cara, salpicándola de salivilla:

—Este será nuestro secreto y, si algún día alguien se entera de nuestro secreto, ya sabré quién ha hablado de más. ¿Me has entendido?

La vida era muy dura, también fuera de la cárcel.

Carmen hablando con su hijo, el hijo de ambos, y razonando con él la conveniencia o no de darlo

en adopción.

Víctor, en su celda, con los ojos cerrados, no dejaba de dar vueltas.

—¿Te quieres estar quieto, joder? ¿Qué coño te pasa? ¿Te ha dado el mal de San Vito?

87

Precisamente el jueves 20 de noviembre, cuando la radio difundió la noticia de que Franco había muerto, fue el día que eligieron mi padre y Víctor para ir a visitar a su antiguo amigo Miguel Jinete.

Salieron a media mañana y nos dejaron solos a mi madre y a mí, con la atmósfera doméstica rebosante de una especie de luto terrorífico. Según el diario hablado, la muerte de Franco era lo peor que nos había ocurrido desde hacía siglos y obviaban por pudor la pregunta histérica: «¿Qué va a pasar ahora?».

Mi madre planchaba en silencio y yo, apoyado en el quicio de la puerta, le pregunté:

—¿Y tú qué?

—¿Yo? —dijo, sin mirarme.

—Sí. Todos estos días, papá y Víctor han estado hablando de sus vidas. ¿Y la tuya?

—¿La mía? —como si fuera ridículo preguntar por ella.

—¿No has pensado que, en esta casa, hemos vivido años y años ahogados por el silencio? Sobre todo, vosotros dos, papá y tú. Un silencio espantoso que lo pudre todo. A medida que papá me ha ido contando cosas de su vida, me he sentido mucho mejor con él. Él siempre había sido mi padre, solo mi padre, la autoridad de casa, el que trabaja y trae el dinero y poco más. Ahora, lo veo como una persona. Fernando Gavanza, una persona con una historia tremenda que data de mucho antes de que yo naciera. Y ahora te pregunto: ¿Y tú?

—¿Y yo? —los ojos fijos en la plancha, en las arrugas, en sus manos envejecidas—. Yo, nada. Yo no tengo historia. Qué quieres que te cuente.

—Cómo os conocisteis, por ejemplo. Nunca me habéis contado cómo os conocisteis.

—¿Nunca? En un barco que hacía la travesía de Génova a Barcelona. ¿No te lo he contado?

—Quizá sí, pero no con detalle. ¿Qué os dijisteis? ¿De dónde venías tú? ¿Dónde iba él?

Entonces empezó a hablar mi madre. Y ya no calló en todo el día, hasta que regresaron Víctor y mi padre.

El barco se llamaba Guadix, navegaba bajo pabellón español y era mixto, de carga y con capacidad para unos quinientos pasajeros. Hacía escala en Barcelona en tránsito hacia Buenos Aires. En los primeros días de diciembre de 1942, la orquesta de Lalo Valente había terminado su contrato con el hotel Grande Bretagne y había firmado otro para actuar en Salónica, a partir de la noche de Fin de Año. Entretanto, podían tomarse tres semanas de fiesta y mi padre había decidido viajar a Barcelona para poner de nuevo su piso, este piso de Gran Vía con Entenza, a su nombre. No era que desconfiara de Miguel Jinete, pero sí había llegado a la conclusión de que, tarde o temprano, él había de regresar a su ciudad y quería estar seguro de tener un lugar propio donde alojarse.

Escribió a su amigo para que preparase los papeles y la visita al notario y embarcó en El Pireo con rumbo a Brindisi y en Brindisi tomó el tren hasta Génova y en Génova ocupó un camarote del Guadix.

Allí, en cubierta, vio por primera vez a Montserrat Ansó. Estaba pintando un cuadro. Vestía un abrigo de color verde y un fulard rojo que ondeaba a su espalda y sujetaba los cabellos con una pamela fijada con una cinta bajo el mentón.

Un tros de dona, me dijo mi padre al evocar aquel momento. «Un pedazo de mujer.» Alta, elegante y, sobre todo, misteriosa. «Alejada del mundo, autosuficiente, creativa, ausente, me pareció una mujer inalcanzable, y eso la hacía terriblemente atractiva.»

Y, ante ella, mi padre, un hombre de rostro enjuto, con un abrigo largo bajo el cual salían unas perneras de pantalón tan bien planchadas que la raya serviría para cortar pan. Y los zapatos relucientes. Tenía que sujetarse el sombrero para que no se lo llevara el viento y en su postura había algo cómico que lo hacía sumamente simpático.

Era un día frío pero al sol no se estaba mal, y ella parecía muy concentrada frente al caballete, manejando el pincel con delicadeza. El lienzo estaba de espaldas a mi padre, que no podría ver la obra a menos que se pusiera detrás de la artista, en el poco espacio que había entre su silla plegable y la barandilla. Se preguntó qué podía estar pintando. Si no era la línea recta del horizonte y el cielo azul sin nubes, solo podía tratarse del castillo de proa o un bote salvavidas. Picado por la curiosidad, inició el rodeo.

—No, por favor —fueron las primeras palabras que le dirigió mi madre que hasta entonces no parecía haberse percatado de su presencia—. No mire.

Mi padre se detuvo, sorprendido. La mano derecha en alto para sujetarse el sombrero.

—¿Por qué?

—Pinto para mí. Hasta que no haya terminado, no sabré si quiero mostrarlo.

—El momento mágico —recordaba mi padre— fue cuando me miró. Esos ojos entrecerrados por una especie de alegría desbordante, de mirada tan aguda y perspicaz, tan comprensiva y abierta.

Sonrió y fue como si se desnudara en parte, como si se ofreciera y me permitiera el acceso a su vida.

—¿No le da miedo viajar por este Mediterráneo en guerra?

Ella hizo una mueca encantadora.

—El Mare Nostrum es de los italianos y los italianos son amigos de los españoles y este es un barco español. Nadie nos puede hacer daño.

Mi padre se preguntó: «¿Será fascista devota de Mussolini? ¿Eso del Mare Nostrum de los italianos lo habrá dicho con entusiasmo fanático?». Y, al mismo tiempo, mi madre: «¿Habrá pensado que soy fascista?». Pero ninguno de los dos hizo el menor comentario al respecto. Estaban en un barco español que viajaba de la Italia de Mussolini a la España de Franco. Oficialmente, todos eran fascistas o, de lo contrario, tendrían que estar en la cárcel. Así que mi padre, presunto franquista, aquella noche bailó con mi madre, presunta mussoliniana, y la hizo reír, y mi madre, sensible e insegura, liberó su risa más hermosa.

Porque necesitaba reír. Porque tenía treinta años y la convicción de que estaba viviendo la peor de las vidas posibles. Había llegado a los veinticuatro dedicada al estudio del arte y al cuidado de sus padres y su adorado abuelo Roc, en un piso del barrio de Sants, pensando que le quedaban aún muchos años antes de empezar a plantearse un noviazgo, un matrimonio y unos hijos. Pero sus veinticuatro años coincidieron con la explosión de julio del 36 y todo lo que siguió a continuación fue un desastre. ¿Quién piensa en noviazgos ni matrimonios durante una guerra? Su padre, Felip Ansó, era concejal por Esquerra Republicana, se había significado mucho por sus ideas separatistas y una partida de la FAI fue a buscarle para darle un paseo. Tuvo que esconderse y los anarquistas les destrozaron el negocio familiar de tintorería. Montserrat, sus hermanas, Nuria y Mercé, y su madre entraron a trabajar en una fábrica donde construían tanquetas. Trabajo en cadena, febril, a la desesperada, en un edificio que todos sabían que era objetivo prioritario en cada bombardeo. Pasaron hambre. Murió el querido abuelo que, durante un bombardeo, fue alcanzado por una esquirla y ya nunca se repuso de la herida gangrenada. Y así se había plantado Montserrat en los veintisiete, una edad un poco tardía, en aquella época, para ponerse a buscar novio y hacerse ilusiones de matrimonio. Sobre todo en una ciudad cuya población masculina había sido diezmada.

Y luego vino la entrada del ejército vencedor, que en seguida fue a buscar a Felip Ansó porque había sido concejal por Esquerra Republicana y se había significado mucho por sus ideas separatistas. Por fortuna, quien llegó a su casa fue un capitán madrileño de ojos azules y corazón bondadoso, Daniel Martos-Trujillo, que se fijó en Montserrat y perdonó la vida de su padre a cambio de una cita o dos, de mucha simpatía, y regalos, y comprensión, y una amplitud de miras insólita en uno de los invasores. «Si a mí me gustan mucho los catalanes, trabajadores, esforzados y emprendedores, y solo atribuyo a su entusiasmo ese error de pensar que pueden vivir sin España. Con un poco de humildad, serán —decía “serán”, nunca dijo “seréis”— colaboradores esenciales de la Nueva España, puntal industrial y laborioso en este país de vagos aristócratas a los que hay que darles siempre la comida masticada», mientras la mano tonta acariciaba el dorso de la mano de Montse.

En 1940, ya eran amantes. Daniel Martos-Trujillo, así, con guion entre los apellidos, ascendió a comandante «por méritos de guerra» y obtuvo un cargo importante que le obligó a instalarse en Madrid, pero que le permitía viajar con frecuencia a Barcelona, más de una vez al mes, en la ardua tarea de la reconstrucción de una España maltrecha, para verse con Montserrat en un hotel de las Ramblas y jurarle amor eterno.

En 1941, cuando Montse tenía veintinueve, era la novia olvidada. Una vaga promesa: «En cuanto me hagan coronel, me van a destinar a Cataluña, y entonces nos casaremos», un espejismo de felicidad cuando Daniel llegaba. Y las discusiones con su padre, que había visto transformado su apellido de Ançó en Ansó, «eres novia de ese criminal de guerra bajo amenaza de muerte: si no te entregas a él, me mata», y ella reivindicando un amor sincero y apasionado del que no acababa de estar del todo convencida.

1942 había sido el año de Roma. El comandante Daniel Martos-Trujillo, universitario, intelectual y políglota, fue enviado allí para tratar con autoridades italianas y alemanas, y a Montse los treinta años ya la habían alcanzado. Mundo agitado, entre la espada y la pared, y los españoles a la expectativa de la historia para apoyar al vencedor, fuera quien fuera, y abominar del vencido a las primeras de cambio. Y Montse harta, reclamando más atención, «tú a mí ya no me quieres», y él exasperado, «¿qué te hace dudar de mí?, ¿cómo te atreves?». Para demostrarle su buena fe, hacía quince días que la había llevado a Roma con él, «para que veas». Y en seguida habían discutido porque en Roma Daniel Martos-Trujillo también estaba ausente y la abandonaba en la habitación del hotel mientras asistía a reuniones que se alargaban hasta la madrugada y de las cuales volvía borracho y violento. A pesar de lo cual, ella se había hecho ilusiones de pasar las Navidades con él y, cuando se lo dijo, provocó una reacción de lo más desagradable. «¿Pero tú qué te has creído? ¿Que te iba a tener aquí dos meses, a pan y cuchillo?» Y, de repente, quién sabe cómo, salió a la luz que estaba casado, que siempre había estado casado, ya lo estaba cuando ganaron la guerra, ya cuando salvó la vida del señor Ansó, ya cuando le juraba amor eterno y le prometía mil veces que se iban a casar. Esposa y tres hijos en Madrid, en un piso de la Castellana.

—No quiero acercarme a un hombre durante unos cuantos años —le dijo mi madre a mi padre aquel día de diciembre de 1942—. Estoy convaleciente. Me lo ha prohibido el médico.

Así hablaba mi madre. Así me lo contó ella y, luego, lo certificó mi padre con estas mismas palabras. «No quiero acercarme a un hombre, estoy convaleciente, me lo ha prohibido el médico.» No me imaginaba que mi madre pudiera haber hablado así en toda su vida.

—En todo caso —le replicó mi padre—, no te conviene acercarte a mí. Los Gavanza traemos mala suerte a nuestras mujeres.

—¿En serio? —exclamó ella, muy interesada.

Al llegar a Barcelona, antes de abandonar el barco, intercambiaron sus direcciones y números de teléfono. Mi padre lo hizo consciente de que la última vez que había estado en el piso de Gran Vía era un burdel con mucho aspecto de burdel.

Bajaron juntos la pasarela. Les costaba separarse. Se les acercaron los padres de ella, señor y señora Ansó, un matrimonio modesto y tímido, acobardado por la presencia de aquellos policías

omnipresentes vestidos con un uniforme que mi padre aún no conocía. Abrigos de color gris rata con distintivos rojos en las solapas y la gorra. Don Felipe (ahora, con Franco, era Felipe y no Felip) y doña Anita, el concejal independentista a punto de ser fusilado por rojos y azules, y la mujer que había trabajado en una fábrica de tanquetas. Mis abuelos maternos.

—… Os presento a Fernando Gavanza, es músico, está tocando con una orquesta, en Atenas.

—¿En Atenas?

Al grupo se unieron Miguel Jinete, tan dandi como siempre, con sombrero de gángster de medio lado y puntas de pañuelo blanco asomando por el bolsillo superior de la americana; y Teresa, la querida Teresa, cada vez más hermosa, más madura, más mujer, su mirada redonda, asombrada y brillante, más firme y menos ingenua. La acompañaba un Javier de seis años, muy alto y muy formal. Cuando mi padre la abrazó, tuvo que cerrar fuerte los ojos y, al separarse, ella se pasó un dedo por los párpados. De inmediato, el abrazo efusivo de los dos amigos, con palmadas en la espalda y tantos recuerdos reunidos en un silencio.

—Joder, Fueyito, cuánto tiempo.

Y las presentaciones.

—Montserrat: te presento a Miguel, mi más querido amigo, y a Teresa, la esposa de otro amigo que no ha podido venir…

Apretones de manos.

—Encantada.

Se separaron.

—Bueno, adiós.

—Hasta otra.

—Telefonéame.

—Claro.

Teresa, Javier, Miguel y mi padre se dirigieron al coche negro y reluciente que los esperaba con un malcarado chófer de paisano.

—¿Qué sabéis de Víctor?

—Está bien —dijo Teresa—. Dice que existe la posibilidad de que salga más pronto de lo que esperamos, ¿verdad, Miguel?

—¿Sigue en la Modelo?

—Sí.

—¿Puedo ir a visitarlo?

—Yo me encargo de eso —prometió Miguel. Y, luego, mientras recorrían el centro de la ciudad, añadió—: ¿Sabes que yo nunca he ido a verle? —mi padre no hizo ningún comentario, y él continuó—: Creo que me siento culpable por no haber podido ahorrarle ese suplicio. Tendría que haber hecho algo más. Pero no pude. No pude.

No habló de la paliza que le habían dado sus compañeros de la Brigada Político-Social.

—Encontré una ciudad horrible —me comentó mi padre—. Inmune a los rayos del sol y a todo tipo de música, agrisada por los uniformes de unos agentes de policía analfabetos y crueles, siempre dispuestos a la agresión, que metían miedo a los niños. Me resultaba más tenebrosa que Atenas bajo el dominio de los nazis. Quizá porque yo amaba más a Barcelona que a Atenas.

Le llevaron al piso de Gran Vía, que ya no era un burdel. No era nada, estaba vacío. Conservaba el empapelado con dibujo de balaustrada y tiestos de frondosas plantas y paisaje que se perdía en lontananza, pero ya no había cortinas de satén brillante ni lámparas de pantallas fruncidas. Solo unos pocos muebles de antes de la guerra que habían permanecido amontonados en la habitación del fondo del pasillo con las pertenencias personales de mi padre, Elena y Tomasín.

Fue doloroso volver a enfrentarse con aquellas ropas, aquellos juguetes, aquellos cuadernos de colegio, aquel costurero. Y meterlos en una caja de cartón para bajarlos a la calle y que se los llevara el basurero o alguien que los necesitaba más que él.

—¿Y Dulce y Bombón?

—Ya son mayores —dijo Miguel, despectivo—. Se han retirado. Y no podían ocupar más este piso. Es tuyo.

A mi padre se le encogió el corazón.

—¿Pero continúas estando en contacto con ellas? ¿Sabes cómo localizarlas?

—Pues la verdad es que no. Bueno, no estoy seguro. Ya sabes cómo son las putas. Si busco, seguro que las acabo encontrando, pero, bueno, ahora soy una persona respetable, ¿sabes? Y tú también.

—Me gustaría verlas.

—Claro, claro.

Y punto. Fue un «claro, claro» tan tajante y desanimado que mi padre no le volvió a preguntar nunca más por Dulce y Bombón y nunca más las volvió a ver ni tuvo noticia de ellas. Pero nunca pudo borrarlas de su recuerdo.

88

En los días siguientes, mi padre firmó un documento ante notario mediante el cual se certificaba que este piso era de su propiedad. Después del rito, respiró tranquilo, seguro de que un día volvería a Barcelona para quedarse.

Salían de casa del notario, cuando mi padre le pidió a Miguel Jinete que hiciera los trámites necesarios para ir a visitar a Víctor a la Modelo y el policía, como si pidiera una compensación a cambio, le propuso que salieran a cenar el sábado siguiente, y le pidió que llevara con él a su «amiga del barco, esa alta, tan hermosa».

—Úsame de excusa para verla otra vez —sugirió—. Dile que tu amigo te pide que la traigas.

—¿Te la quieres camelar?

—No, no. Ya sabes que no tengo nada que hacer contra ti, Fueye. Las mujeres siempre te prefieren. Además, yo también iré acompañado. Y te traeré una carta y un salvoconducto para que te dejen entrar en la Modelo.

Quedaron citados en Can Culleretes, ese restaurante fundado el año 1786, el más antiguo de Barcelona, situado en una calle estrecha y oscura en la frontera del Barrio Chino.

Mi padre se encontró con mi madre en la plaza de Cataluña y bajaron paseando por las Ramblas.

—Verás cómo te gusta mi amigo Miguel. Hace muchos años que nos conocemos. Hemos vivido muchas cosas juntos, muchas.

Imagino que mi padre no podía quitarse del recuerdo al Miguel que apoyó la pistola contra la frente de Moscoso y apretó el gatillo, aquella explosión, aquella monstruosidad.

Fueron los primeros en llegar a Can Culleretes. Pidieron vermut negre para la espera. Hablaron de la terrible batalla de Stalingrado que se estaba librando desde el mes anterior. Parecía que las cosas no les iban tan bien a los nazis. Por fin, resultó que los dos eran partidarios de los aliados. Qué odioso Mussolini. Qué odioso Hitler. Con un poco de suerte, los fascistas perderían todas sus guerras y Franco quedaría aislado y ridículo en un mundo de democracia. Mi madre decía que Franco era una persona tan inconsistente que, sin el apoyo de Alemania e Italia, tiraría la toalla.

Miguel entró acompañado de Carmen.

Carmen Brondo, aquella mujer espectacular, el amor loco de Víctor. Miguel y Carmen, los dos tan guapos, un poco volados, sobrevolando el mundo, escandalosos. La Gran Meretrix y su Hombre.

—¡Mi querido Fernando!

A mi padre Carmen siempre le había dado un poco de miedo.

Aquel día, mientras planchaba, dijo mi madre:

—No me gustaron. Ni a primera ni a segunda vista me gustaron, ni Miguel Jinete ni Carmen Brondo. Los vi insolentes, descarados. Malos. Y noté que tu padre también estaba incómodo. Fue una cena muy incómoda. Aquellos dos coqueteando entre ellos, haciendo manitas, riendo y bebiendo sin parar. Sospeché que ya habían bebido antes de llegar y quizá incluso habían tomado alguna droga. Tenían pinta de tomar drogas. Ella se reía y, con la flojera de la carcajada, apoyaba la cabeza en el hombro de él, que se dejaba querer.

Y dijo mi padre:

—Lo que más me dolió de aquella cena fue la mirada de Carmen. Como si estudiara mis reacciones. Una mirada penetrante y desafiante. Cruel. «¿Y qué? ¿Qué tienes que decirme? ¿Qué me puedes reprochar?» Una exhibición, una provocación. Miguel Jinete había acudido a la cena para presumir de que Carmen era suya. Y, a continuación, me dio los documentos que me permitirían entrar en la cárcel Modelo. Para que fuese a visitar a Víctor. Para que corriera a decirle a Víctor que Miguel Jinete se había quedado con Carmen.

Luego, fueron a un espectáculo de flamenco en un antro subterráneo de la calle de Escudellers que se llamaba Las Cuevas. Pero mis padres se retiraron pronto, como quien huye del infierno. Por un momento, mi padre se planteó la posibilidad de invitar a mi madre al piso de Gran Vía, pero resolvió que no, que era prematuro y, además, el piso no estaba en condiciones, ocupado todavía por el espíritu de Elena y Tomasín y con residuos de perfumes prostibularios.

La acompañó en taxi hasta su casa familiar de Sants, encima del negocio de la tintorería, y volvió en taxi. Un dineral para la época. Pero podía permitírselo.

—Por fin —dijo mi padre estrujado por el doloroso recuerdo—, fui a ver a Víctor a la cárcel.

—Sí —confirmaría más tarde Víctor Luys, como quien conserva un buen sabor—. Por fin, tu padre vino a verme a la Modelo.

—Y se lo dije.

—Y me lo dijo.

—Ya tenía casi todo el pelo blanco, gris muy claro, que marcaba la intensidad de sus sufrimientos. Por lo demás, continuaba como siempre. Firme y entero. Como si me recibiera en la cárcel para atender mis quejas y hacerme algún favor. Recuerdo más sus «¿cómo estás?» que mis preguntas, recuerdo su alegría al enterarse de que me iba tan bien en Atenas y su tolerancia ante el hecho de que tuviera que confraternizar con los nazis. «Mientras manda quien manda, hay que ser humildes, Fernando», me dijo, «hay que vivir con eso. Pero han pinchado en Stalingrado, tendrán que echarse atrás, han querido abarcar mucho y aprietan poco. Pronto llegará nuestra hora y podremos dejar de fingir que toleramos bien las cadenas».

Y dijo Víctor:

—Me alegré muchísimo de ver a tu padre. Porque venía intacto, ¿sabes? Lo habíamos dado por muerto en el frente del Ebro y estaba vivo. Es verdad que todos nos dimos por muertos en un momento u otro. Y había perdido a su maravillosa esposa y a su hijo, pero conservaba su integridad, elegante como siempre, con su bigotito, y su simpatía, y sus chistes. Me contó aquel del que se presenta ante el juez y este le dice: «Cinco personas lo vieron robar el coche», y él replica: «Sí, pero hay miles y miles de personas que no me vieron», yo no tengo gracia contándolo, pero cómo nos reímos con tu padre. Era la viva imagen de la esperanza, aunque venía desesperado. En la cárcel no podíamos hablar claro pero era como si me dijera: «El mundo es de los fascistas, ellos han ganado». La esperanza estaba precisamente en su desesperación, ¿comprendes? Le dije: «Tranquilo, Fernando. Tú y yo estamos vivos y resistiendo». «¿Pero qué dices? Yo toco para los nazis, me voy de juerga con un nazi, soy el bufón de los verdugos.» Y le dije: «Eso es mentira, y tú y yo lo sabemos, pero deja que ellos sigan creyéndolo».

Calló Víctor, pensativo y nostálgico. Estábamos en el cementerio, durante el entierro de mi padre. Murmuraba una especie de responso:

—Y me lo contó. Sí, me lo contó. Que Carmen estaba con Miguel. «Muy acaramelados», me dijo. «No ocultaban que son pareja.» ¿Y sabes qué me contó también?

»Que, en un momento de la cena, Carmen se acodó en la mesa, acercó el rostro al de tu padre, que estaba sentado enfrente, y susurró: “Miguel le salvó la vida a Víctor, lo libró del pelotón de fusilamiento. Pero no lo hizo gratis. Pidió una cosa a cambio. La colección de sellos de tu padre. ¿Te acuerdas de su colección de sellos? Un capricho. Yo fui a ver a tu padre y a tu hermanastro Cándido, y se la pedí, supliqué que me la dieran, los convencí diciendo que era para salvarte a ti. Y me la dieron. Y Miguel Jinete movió los hilos y salvó la vida de Víctor Luys”.

»Miguel miraba a mis padres sin inmutarse. Negaba con la cabeza. No le hizo ninguna gracia que Carmen contase aquello. Ninguna.

»—No digas tonterías. Estás borracha.

A mi madre la horrorizó aquella revelación. En el viaje en taxi hasta Sants, mi padre tuvo que ponerla al corriente de todo. Susurrando, al oído, muy cerca los dos, para que no los oyera el conductor. Que Miguel Jinete era policía y que su otro amigo del alma, Víctor, estaba en la Modelo. A ella le costaba entenderlo, pero le impresionó mucho el sentimiento profundo con que mi padre hablaba de sus amigos.

Los Tres del Pompeya.

Y la caricia de su aliento en la oreja.

89

La Gran Meretrix (6)

novela galante

biografía psicalíptica

El comisario llevó al Hombre y a Madurga a la mesa del rincón. Desde que estaban allí los de la Gestapo, se había visto privado de despacho propio y, de vez en cuando, se encontraba cuchicheando y mirando de reojo a los lados para asegurarse de que solo le oía quien él deseaba que le oyera. Dijo que les quería hablar de un judío. Quizá debido a la proximidad de los alemanes, últimamente estaba obsesionado con los judíos, casi más que con los anarquistas, los comunistas o los separatistas.

—Desde que los alemanes invadieron Grecia, los judíos sefarditas de allí corrieron a la embajada de España para pedir la nacionalidad española. Se ve que tienen derecho a pedirla, porque son descendientes de aquellos judíos que echaron los Reyes Católicos en 1492. Dicen que todavía conservan la llave del lugar donde vivían y tienen la pretensión de volver aquí y ocupar sus casas, si es que aún existen, echando a los propietarios que ahora residen en ellas. Bueno, el Gobierno está en contra, naturalmente, porque esto sería un caos, de repente una invasión de judíos creyéndose con derecho a todo. No olvidemos que la conspiración internacional judía está detrás de todos los males de este país, de la revolución socialista, de la pérdida de las colonias americanas, de la leyenda negra, del separatismo catalán… Pero agarrándose a no sé qué subterfugio legal, hay algunos que han conseguido esa nacionalidad española y, por tanto, podrán venir a España tranquilamente sin que los nazis les toquen ni un pelo.

»Entre estos, hay uno, un rabino muy importante, muy rico, al que las SS le tenían echado el ojo pero que se les va a escapar. Porque no hay nada que hacer, porque ha intercedido por él una personalidad eclesiástica española muy influyente en altas, altísimas esferas.

Madurga no recordaba el nombre de aquella personalidad eclesiástica, ni cuál era su cargo, si obispo, cardenal, prior, abad; solo sabía que había que tratarlo con guantes y pinzas. En su novela psicalíptica, Miguel Jinete lo llamaba el Sochantre. Con tanta insistencia había hablado a favor del judío sefardita, al que Jinete bautizó como Marrano Guarro, que atrajo la atención del ministro español de Asuntos Exteriores y, en consecuencia, de la Delegación de la Gestapo en España.

En el quinto piso de la Jefatura de Vía Layetana, había una brigada dedicada a interceptar llamadas telefónicas y correspondencia que tenía un interés muy especial en abrir las cartas del Sochantre. Por ellas se enteraron de que Marrano Guarro había transferido unas cantidades de dinero exorbitantes a la cuenta personal del Sochantre, que se había encargado de pasarlas a un banco norteamericano. También constaba en las cartas un intenso regateo por una cantidad que el religioso español tenía que darle al judío a cambio de algo de valor incalculable. El Sochantre intentaba aprovecharse de su posición favorable para conseguir cierto tesoro a un precio muy económico. «Bástele saber», argüía, «que con lo que yo le dé podrá vivir unos días en Barcelona

y viajar con su familia hasta América, donde tiene la vida solucionada». El judío se defendía alegando que tenía otros compradores posibles, y que «el objeto en cuestión ha estado siempre con mi familia, lo que le da, además de su valor intrínseco, otro valor sentimental que bien ha de multiplicar el precio». Pero ni uno ni otro mencionaban qué era el objeto en cuestión, lo que incrementaba de forma exasperante la curiosidad de los alemanes.

Estaba fuera de cuestión acorralar al Sochantre con la comprometedora correspondencia en la mano, porque eso revelaría que la habían estado violando y provocaría un conflicto de consecuencias imprevisibles; y la relación del judío con el Sochantre impedía que nadie metiera mano en las cuentas de uno sin perjudicar al otro, a pesar de lo cual los alemanes insistían en averiguar cuál era el tesoro porque, evidentemente, querían arrebatárselo. Tal vez no pudieran evitar que el rabino escapara de sus zarpas pero, al menos, conseguirían arruinarlo.

—… que —como decía el comisario— es la mejor manera de destruir a un judío.

«El Hombre habló a la Gran Meretrix del caso del Sochantre y el Marrano Guarro. Y ella ya hacía tiempo que no le negaba ningún favor.»

90

Mi padre pasó la Navidad de 1942 con la familia de Montse, los Ansó, y después volvió a Grecia, porque la orquesta de Lalo Valente debía protagonizar el réveillon de Fin de Año en un cabaret de Salónica llamado Le Renard Bleu.

Durante un tiempo, se escribió con mi madre. Hasta que, en el mes de febrero del 43, en respuesta a una de sus cartas, recibió la de mi abuelo, el señor Felip Ansó, donde le comunicaba que Montse había viajado otra vez a Roma. No tenía su dirección ni sabía nada de ella. Solo podía decir que la otra vez que Montse estuvo en Roma se había alojado en el Albergo del Sole al Pantheon. Mi padre escribió, e incluso telefoneó, a ese hotel romano, pero no logró localizar a mi madre.

En el mes de marzo, cuando terminó de actuar en Salónica, la orquesta de tangos de Lalo Valente, con la pareja Lucía y Camilo, se trasladó a un hotel de la ciudad costera de Patras para amenizar cada noche el fin de fiesta y baile y, mientras en Europa los alemanes se daban por vencidos en Stalingrado y proclamaban que la «guerra total es la guerra más corta», y ya se luchaba en Asia, África, América y Oceanía, mi padre iba enfermando de añoranza. De mujer en mujer y de cama en cama, se iba convenciendo de que aquella no era la vida que deseaba, abrumado cada vez más por la necesidad de volver a encontrarse con Montse Ansó. «¿Qué será de ella? ¿Ha vuelto con ese comandante franquista? ¿Dónde está ahora? ¿Se acordará de mí?»

En verano, estrenaron un nuevo espectáculo en el Grande Bretagne, esta vez con dos parejas de baile, y mi padre recuperó con grandes muestras de alborozo la compañía de Ignacio Fuster, del

major Lothar Böhm e incluso la del malcarado Rolf Mettert.

—Mis amigos los militares nazis —ironizaba mi padre— no estaban muy contentos con las noticias que les llegaban de los distintos frentes. Los habían echado de África, los estaban echando de Rusia y los aviones aliados estaban machacando las ciudades alemanas con furia diabólica, Düsseldorf, Rotterdam, Hamburgo, y les habían destrozado las presas hidroeléctricas de la cuenca del Ruhr… En cambio, Fuster apenas disimulaba su placer morboso cuando comentaba, con su risa rota y su estrabismo equívoco, que al parecer a Hitler no le iban las cosas como había planeado. Ellos ponían cara de póquer y desmentían lo que calificaban de rumores derrotistas, pero era evidente que habían perdido gran parte de la euforia que antes los caracterizaba.

Pasó el verano, y los aliados avanzaban por Italia, liberaban Sicilia, entraban en Roma, y Mussolini era derrocado y encarcelado y los rusos recuperaban terreno a sangre y fuego, y llegó el otoño y a primera hora de una mañana de finales de noviembre de 1943, Ignacio Fuster despertó a mi padre con una llamada telefónica.

Aquel día, según mi padre, no tenía señorita a su lado pero sí una resaca despiadada aplastándole la cabeza.

—Diga.

—¿Fernando?

—¿Sí?

—Soy Nacho Fuster.

—Ah.

—¿Tú conoces a un tal Miguel Jinete de Barcelona?

Alerta:

—Sí.

—Te está buscando. Sabía que parabas por Atenas, pero no exactamente dónde, y ha llamado al consulado y ha hablado conmigo. Hay malas noticias, Fernando.

Una frase de esas que te despiertan de golpe. Mi padre se frotó los ojos.

—¿Qué pasa?

—Me ha dicho que tu madre, doña Hortensia Carballido, está muy mal. La han ingresado en un hospital. Y quiere verte.

El choque emocional no vino tanto del anuncio de enfermedad grave como del hecho de que Hortensia quisiera verle antes de morir. Le dijo a Fuster que le preparase un visado para viajar a España cuanto antes y que iría a verle al consulado a lo largo de la mañana. Fuster respondió:

—No. Veámonos mejor en la taberna Potiraky de la plaza Omonoia. Allí tomamos un aperitivo y hablamos —lo dijo de tal manera que mi padre supo en seguida que le esperaba una sorpresa.

Era un desapacible día de invierno, con viento y lluvia. Los cristales de la taberna estaban empañados y no permitían ver el exterior. Aunque en el centro del establecimiento había una estufa de leña, Ignacio Fuster conservaba puesto su abrigo y también el hombre que estaba con él, al otro lado de la mesa. Un hombre de cabellos muy negros y barba densa y bien recortada.

Se levantaron los dos a la llegada de mi padre.

—Quiero presentarte al señor Elías Paes de León, un amigo español que vive en Grecia desde hace muchos años y tiene mucho interés en hablar contigo.

Se sentaron, mi padre junto a Fuster para quedar frente al tal Elías, pidieron unos vasos de ouzo y quedó claro que esperaron a que el camarero se fuera y no pudiera oírlos antes de continuar la conversación.

—Fernando… Lamento el estado de salud de tu madre. Suerte que este Miguel llamó y, casualmente, fui yo quien contestó al teléfono.

—¿Y te dijo qué es lo que tiene?

—No me dijo nada más. Yo ya te he conseguido el visado. Viajarás en un barco de la Cruz Roja Internacional que viene de Sicilia, hace escala en el puerto de Civitavecchia y va hasta Barcelona pasando por Marsella. Con los combates navales que hay en el Mediterráneo ya casi no circula ninguna línea regular.

—Sí, gracias.

—Por eso quería presentarte a mi amigo Elías. Él… —dudó, paseaba la vista del rostro de Paes a la puerta, y al vaso de ouzo, «¿se lo digo yo o se lo dices tú?», se bebía el vaso de ouzo, se miraba las manos, «a ver cómo se lo digo»—… Tiene que enviar un paquete a Barcelona y he pensado que tú, ya que vas para ahí…

Mi padre frunció el ceño para mostrar su desconfianza.

—¿Qué clase de paquete?

—Nada —se apresuró a decir Elías Paes—. Un libro. Solo un libro.

—Que no se puede enviar por correo.

—Bueno, tal como está Europa, la guerra, uno nunca sabe…

—¿Qué clase de libro es? ¿El libro de claves del servicio de espionaje alemán? ¿Los mapas de las instalaciones militares de Alemania? No me jodas. Me queréis meter en un lío.

—No, señor Gavanza —intervino Elías Paes, un poco ansioso, como si pensara que Fuster había echado a perder su oportunidad enfocando las cosas de manera errónea—. Yo le contaré —pausa

—. Yo soy judío, señor Gavanza, judío sefardí, de una familia que vive desde hace siglos en Salónica… —decía sefaradí y Teshalónica. Favlaba un idioma muy peculiar, el ladino, judeoespañol o djudezmo, que mi padre no sabía imitar pero que le fascinó. Una especie de castellano antiguo, muy comprensible si le prestaba atención, que evocaba una visión del mundo arcaica y plácida, con eses como eshes y eshes en lugar de y griegas—. Shomosh deshendientesh d'aqueshos djidiyos que esharon los Reyes Católicos en 1492 —imposible imitarlo—. Siempre hemos añorado nuestra patria, conservamos las llaves de las casas que dejamos atrás. Y ahora, en abril de 1941, tuvimos que abandonar otra casa, la de Salónica, probablemente para siempre. Corremos peligro. Usted lo sabe, ¿verdad? Los alemanes nos capturan, nos deportan a Alemania.

Mi padre se había puesto en guardia, sacudido por las vibraciones del peligro.

—¿Sabe lo que hacen con los judíos en Alemania? ¿O en Polonia, o en Rusia, o en cualquiera de los territorios que han conquistado?

Mi padre pensó que en Grecia un alemán presumía de haber matado a tiros a toda una familia judía. No quería ni imaginar lo que les hacían en Alemania. No quería ni hablar de ello.

—Desde 1942 nos están aplicando lo que ellos llaman «solución final», y que no es más que la intención de exterminar a nuestro pueblo. Han construido campos de concentración donde dicen que se entra por la puerta y se sale por la chimenea. Sabe lo que significa eso, ¿verdad, señor Gavanza? —mi padre no podía apartar la mirada de los ojos febriles de aquel hombre, encendidos de temor y furia—. Cada día se llena el consulado español de sefarditas que quieren conseguir la nacionalidad española para poder trasladarse a España sin que Franco los entregue a los nazis.

Intervino Fuster, decidido a completar la información con todos los datos posibles, ya que se trataba de poner a mi padre al corriente de todo.

—Desde 1492, en Salónica vive una colonia de más de sesenta o setenta mil judíos sefardíes. En 1924, el general Primo de Rivera dictó un real decreto para conceder la nacionalidad española a todos los sefardíes de origen español que vivieran en el extranjero. Disponían de tiempo hasta el 31 de diciembre de 1930 y ni siquiera tenían que viajar a España para formalizarlo. Pero pocos judíos hicieron caso de eso. En aquella época vivían bien y no se nacionalizaron más de cuatro o cinco mil. Ahora, quienes no lo hicieron se arrepienten y vienen a reclamar esa nacionalidad. Los cónsules tienen órdenes de no concederla y entregar a los judíos a los alemanes, pero hay muchos, afortunadamente, que se las apañan para colarlos. Nos han dado un cupo de hasta doscientas nacionalizaciones. Y nosotros duplicamos los pasaportes. El mismo número para toda la familia. Si el límite es el número doscientos, cuando llegamos a doscientos volvemos a empezar. El señor cónsul tiene la casa llena de sefardíes que duermen por el suelo, en los pasillos, en el comedor… Y los está alimentando de su bolsillo hasta que puedan irse.

—¿Y usted? —mi padre se dirigió a Elías Paes.

—Yo estoy a salvo. Tanto yo como los míos, tenemos los pasaportes y los visados a punto. Incluso he comprado ya los billetes de avión.

—¿Entonces…?

—El problema es el libro. Es un libro muy valioso. Una antigüedad que ha acompañado a mi familia desde el siglo XIV. Un hagadá, un libro de historias. Hay una persona que me lo compra en España, un coleccionista que sabe apreciar su valor. En realidad, toda mi subsistencia futura depende de él. Y temo que los nazis me lo quiten en la frontera. Me conocen, saben que pienso llevarme mis pertenencias y que entre ellas tiene que haber cosas de valor. Me dejarán salir si tengo los papeles en regla y no les queda más remedio, pero me registrarán a fondo y me quitarán todo lo que consideren aprovechable. No podría soportar que este libro familiar cayera en manos de esa gente.

—Y por eso ha pensado —aclaró Fuster— que podrías llevarlo tú. A ti no te registrarán, de ti no sospecharán. Y, aunque te lo encontraran, no te lo quitarían. No eres judío. Puedes ser un coleccionista que lo acaba de comprar a un judío, por ejemplo. No corres ningún peligro. No te pueden hacer nada.

Elías Paes de León puso encima de la mesa un envoltorio de veintiséis centímetros por veinte de ancho, envuelto en papel basto y sujeto con un cordel. Lo empujó con la punta de los dedos hacia mi padre, que contemplaba el objeto como si sospechara que era radiactivo.

—Cuando yo llegue a Barcelona, le telefonearé y le diré qué tiene que hacer con él.

—Pero… —quería decir que no—. Pero, y si me preguntan qué es esto… Tendré que decir algo.

—Es un hagadá. Un libro de narraciones para niños, donde se cuenta el mundo medieval. Letra gruesa, para que los niños pudieran leerlo. Incluso hay garabatos y dibujos de niños, que lo tenían como un tesoro personal. Alguno de los dibujos a lo mejor lo hice yo. Habla de la vida medieval, de la celebración de la Pascua Judía, de fiestas, de gastronomía; cuenta pasajes de la Biblia, escenas del Éxodo, Moisés huyendo del faraón que le persigue con sus perros. Fue confeccionado en el Call de Barcelona, a mediados del siglo XIV.

Mi padre tomó el paquete con la punta de los dedos.

—Bueno… —balbució. En realidad, quería decir que no.

91

El 28 de noviembre, Ignacio Fuster acompañó a mi padre en un imponente coche del consulado hasta el puerto de Patras, donde estaba fondeado el barco Ambriz, portugués con pabellón de la Cruz Roja Internacional, y, en él, inició una travesía que debía hacer escalas en los puertos de Siracusa, en Sicilia, Civitavecchia, Génova, Marsella y Barcelona antes de proseguir viaje hasta Lisboa, «si no había nueva orden».

Desde que los aliados habían ganado la guerra del Norte de África y habían liberado Sicilia e iban ascendiendo por la bota italiana, y los alemanes se habían visto expulsados de Córcega y

habían lanzado la ofensiva para recuperar las islas del Egeo, ya no había crucero de pasajeros que se aventurase a surcar el Mediterráneo. Todo lo que se veía en el Mare Nostrum eran barcos de guerra o esos navíos de la Cruz Roja que velaban por los prisioneros de guerra de ambos bandos distribuidos en diferentes campamentos, llevándoles suministros de socorro y correspondencia.

El cónsul había conseguido que admitieran a mi padre en el Ambriz «por causa de fuerza mayor», como era el inminente fallecimiento de su madre.

Con todo, no había sido fácil subir a bordo. Corría la voz de que los barcos de la Cruz Roja eran utilizados por espías, tanto aliados como nazis, como punto de reunión o para ir de un lado a otro, y eso hacía que los oficiales de las SS los mirasen como enemigos y registraran a todos los que subían o bajaban de ellos como si tuvieran la seguridad de que llevaban microfilms ocultos en las costuras de los calzoncillos. Por si fuera poco, hacía dos meses que España había decidido dejar de ser «país no beligerante» para volverse neutral, y eso tampoco había gustado nada a los alemanes. «Ese Schwuler Feigling de Franco nos va a pegar una puñalada por la espalda en cuanto nos descuidemos», había comentado Lothar Böhm al leer la noticia, en una terraza de la plaza Syntagma. Eso también hacía que las SS nos mirasen como traidores derrotistas.

Naturalmente, el Obersturmführer que hurgó en el equipaje de mi padre le obligó a desenvolver el paquete de la hagadá y a abrir la caja de cartón que lo contenía y levantar los papeles que lo protegían, y reconoció a primera vista los caracteres hebreos.

—¿Y esto?

—Una antigüedad —dijo mi padre en su pobre alemán sin variar la expresión, como quien ilustra educadamente a un ignorante—. Comprado a un judío en el barrio de Plaka de Atenas. Venden barato todo —añadió con guiño de ya nos entendemos—. Sie verkaufen alles günstig. Todo venden barato.

El oficial sonrió con desdén, hizo una mueca cargada de envidia y le devolvió el libro diciendo Scheiße.

En el recorrido de Patras a Siracusa y de Siracusa a Civitavecchia a través del estrecho de Mesina, mi padre se dedicó a observar a marineros y pasajeros planteándose si sería capaz de distinguir a un espía y sus tejemanejes secretos. No lo fue. Habló con un médico portugués, con un ingeniero danés, con un arqueólogo egipcio y un geólogo suizo y concluyó que tanto podían ser espías como no serlo. Es lo que suele suceder con esta clase de profesionales.

En Siracusa, fue un alivio y una satisfacción ver los vehículos, uniformes y banderas norteamericanas en el puerto. No les permitieron descender ni embarcó ningún pasajero nuevo pero bastaba con ver a las tropas de la democracia para que la esperanza le llenara a uno el pecho. Era la representación de la inminente derrota del fascismo en el mundo. Una gran noticia.

El 30 de noviembre es un día memorable en mi familia. En casa siempre se ha celebrado como fiesta muy especial. Mi padre traía un regalo para mí y otro para mi madre, y un pastel, y descorchábamos champán, y la abrazaba y la besaba con delicadeza. Como si cumpliera con una liturgia muy íntima. Porque yo nací un 30 de noviembre, sí, pero también fue un 30 de noviembre, de 1943, cuando mi padre, que estaba acodado en la borda fumando un cigarrillo y

observando el ajetreo del puerto de Civitavecchia, vio que una mujer hermosa subía la escalerilla del barco, y esa mujer hermosa era mi madre. Montserrat Ansó en persona.

Una de esas casualidades increíbles, un prodigio del que no queda más remedio que sacar significados definitivos.

Naturalmente, mi padre tenía pensado ponerse en contacto con los señores Ansó en cuanto llegase a Barcelona, y preguntarles por Montse y, sin duda, habría terminado por encontrarla y probablemente el resultado hubiera sido el mismo: yo. Pero, en ese caso, los acontecimientos se habrían desarrollado con lentitud y sosiego, paso a paso, manitas, el primer beso, las ansias reprimidas, el sí pero no, el no pero sí, el que sea lo que Dios quiera de los inicios como es debido.

—Pero aquello, sin duda, precipitó las cosas —me dijo mi madre, sin ocultar su regocijo, aquel día que planchaba.

Y afirmó mi padre, dos noches antes de morir, cuando le pregunté: «¿Crees que aquel encuentro fortuito precipitó las cosas?».

—Claro que precipitó las cosas. Fue una explosión de sentimientos y sensaciones en todo mi cuerpo. Hacía casi un año que pensaba constantemente en tu madre de manera obsesiva. Estuvo presente en todas las habitaciones que compartí con diferentes señoritas y me amargaba los polvos porque sabía que ella sería infinitamente distinta e infinitamente mejor. Me quitaba el sueño de noche y la concentración de día. Había soportado las bromas de Ignacio Fuster cada vez que me sorprendía ensimismado: «¡Quítate a Montse de la cabeza, papanatas, que te tiene sorbido el seso!». Y, de repente, por arte de magia, estaba allí, con un abrigo azul y un fulard negro de topos y aquel sombrerito de medio lado, tan gracioso.

Rompió a llorar en cuanto vio a mi padre, antes de que le diera tiempo de echar a correr y pegarse a él en un abrazo suplicante.

—Yo estaba destrozada —me contó mi madre—. Había sido un año muy tormentoso. Daniel Martos-Trujillo había ido a buscarme a Barcelona, y me juró amor eterno por enésima vez, y añadió que abandonaría a su esposa e hijos por mí, y me aseguró que no podía vivir sin mí, y yo, imbécil, me dejé convencer, porque era demasiado lo que había vivido y aprendido con él. Sobre todo, había aprendido a dar votos de confianza a ciegas, a creerme las mentiras con docilidad, a dejarme enternecer por una mirada azul o el calor de un aliento en la oreja, y a olvidar mis propias experiencias y a silenciar los recuerdos. Había sido un año en que pareció que Daniel había roto realmente con su familia, y pareció que se había venido a vivir a Barcelona, y pareció que luego me llevaba a vivir con él a Roma, y pareció que por las noches se emborrachaba pero no iba con otras mujeres, y pareció que se iba con otras mujeres pero no las amaba, «solo era contacto físico», y pareció que sus viajes a Madrid solo eran de trabajo, y pareció que si se encontraba con su esposa era únicamente para ver a sus hijos, y pareció que si se acostaba con su mujer era solo por inercia, no por amor, «solo era contacto físico», y pareció que sus largas y largas y largas y continuas ausencias estaban justificadas por su trascendental participación en la política internacional. Pareció.

Mi padre la miró a los ojos y le dijo:

—Quiero enseñarte una cosa que te va a gustar. La tengo abajo, en mi camarote.

La tomó de la mano y la arrastró a su camarote. Exclamaba mi madre sin poder contener la hilaridad:

—¡Y era verdad! ¡Tenía una cosa que mostrarme!

Un hermoso libro medieval, auténtico, una joya escrita en caracteres hebreos y con ilustraciones maravillosas a todo color.

—He pensado que tú que pintas tenías que disfrutarlo.

Se sentaron los dos en la cama, uno junto al otro, y hojearon el libro comentando cada dibujo, cada detalle. Aquel guerrero a punto de disparar una flecha contra una lechuza, la pelea de gallos, el campesino que cargaba con un cordero y esgrimía un cuchillo en la mano izquierda. «Seguro que todo esto es simbólico, seguro que tiene significados que no podemos ni sospechar.»

—Yo —recordaba mi madre— le miraba de reojo y me dejaba contagiar por su entusiasmo infantil, por su curiosidad inagotable y por sus ganas de complacerme. Y me preguntaba: «¿Será posible que realmente solo me haya invitado a su camerino para enseñarme este libro?».

Exclamaba mi padre, dos noches antes de morir:

—Yo iba con otras intenciones, naturalmente. Desde que se me apareció en la escalerilla del barco se encendió en mí el deseo. «No puedes permitir que se te escape otra vez.» Al verla en el puerto de Civitavecchia lo entendí todo. Supe que había vuelto con Daniel a la casilla de salida, y me dije: «Ahora me toca a mí; si dejo pasar la ocasión, no se me volverá a presentar jamás». Iba con otras intenciones, claro que sí. Pero no sabía por dónde empezar. Yo, el donjuán de Atenas, el calavera de la Acrópolis, no sabía cómo empezar. Tu madre era mucha mujer. Siempre ha sido mucha mujer. Y, bueno, el caso es que pasó. Probé, cedió y pasó.

Mi madre había utilizado la misma expresión:

—Pasó. Sí que pasó, sí. Pasó. Lo que tenía que pasar pasó. Y parecía que mi vida por fin iba a encarrilarse por el mejor de los caminos. Parecía —repetía mi madre con un suspiro—. Parecía.

92

La Gran Meretrix (7)

novela galante

biografía psicalíptica

«Marrano Guarro bajó del avión a las 18:30 de un día 13 de diciembre, Santa Lucía, patrona de los ciegos y de las modistillas. Mientras los invidentes se agolpaban en multitud en la capilla de la santa, junto a la catedral, las profesionales de la aguja hacían fiesta y salían a la calle vestidas de punta en blanco, muy excitadas.

»El Hombre se había personado en el aeródromo del Prat de Llobregat, con una foto del Marrano a la vista y la compañía de Madurga y otros dos compañeros decididos a amargarle la vida al fulano.

»Agazapados en un despacho próximo, los alemanes se mordían las uñas y transmitían a los policías españoles descargas telepáticas en que exigían una eficacia germana de la que estaban convencidos que los otros carecían.

»Fue avanzando la fila de los recién llegados y Marrano Guarro se acercaba inexorablemente al Hombre. Al fin, llegó.

»—A ver, su pasaporte.

»Pasaporte y credenciales nuevas. Ningún sello. Todo en orden. Hijo de puta, se creía que les iba a tomar el pelo.

»—A ver, pase por aquí. Su equipaje.

»Le abrieron el equipaje. El de él y el de toda su familia. Se lo revolvieron todo a mala conciencia. La ropa, los calzoncillos, la ropa de la señora, de los niños, todo a un lado hecho un burujo. El neceser, los joyeros. Los zapateros. Y, si se rompía un frasco de perfume, no pasaba nada. Y, si desaparecían unos gemelos de oro, pues lo siento mucho. ¿Pero qué diantres estamos buscando? ¿Una joya? ¿Una obra de arte? ¿Una pintura famosa? ¿Una escultura? Nada de todo eso se encontraba entre la colección de porquería que llenaba aquellas maletas. A todo le dieron la vuelta del revés. Calcularon si las mismas maletas no podían ser el tesoro en cuestión.

»Cuando se dieron por vencidos, fueron los alemanes quienes, incapaces de aguardar más, salieron a la luz. Se identificaron como Gestapo, Marrano Guarro palideció y su familia se pintó la cara con muecas de pánico. Lo interrogaron. A él, a su mujer y a sus hijos, por separado. Le preguntaron por el Sochantre. No lo conocía, o eso dijo.

»Lo pescaron en flagrante mentira. Le sacaron las cartas que había intercambiado con el religioso.

»—Es verdad —reconoció— que tengo negocios con el Sochantre, pero él no les perdonará nunca que los saquen a la luz y se inmiscuyan en sus asuntos. Si creen que es necesario, díganle que venga aquí y hablaremos entre todos, pero no creo que a él le haga ninguna gracia. Y ustedes sabrán que tiene influencias directas con los círculos más próximos al Caudillo.

»Uno de los alemanes dijo “Yo no puedo tolerar que un judío me hable así”, Ich kann esnicht tolerieren, dass ein Jude so mit mir spricht. Pero no pudieron hacer nada. Lo soltaron.

»Marrano Guarro no se permitió ni la más mínima sonrisa de satisfacción. Pobre de él.»

Herr Winzermann, rojo de furor, le espetó al Hombre, allí, delante de todos, que era un inútil y un Idiot. Luego, Madurga se reía mucho mientras tomaban unas copas en una cervecería de la ronda de Universidad y repetía machacón la palabra alemana, Idiot.

El comisario también se enfadó mucho.

—Esto no puede quedar así. Quiero saber cómo nos han tomado el pelo. Un informe completo. Qué nos ha colado ese judío, cómo lo han hecho y cómo podemos hacer para joderle.

93

Incluso antes de ir al Hospital de San Pablo para ver a su madre enferma, incluso antes de ponerse en contacto con Miguel o Teresa, mi padre fue a visitar a los señores Ansó y les expuso sus pretensiones con la fórmula ritual: «Tengo el honor de pedirles la mano de su hija».

Se la concedieron de inmediato, de todo corazón. Veían en mi padre la solución de la atormentada vida sentimental de Montse. Le preguntaron a ella: «¿A ti qué te parece?», y ella contestó: «Yo ya le he dado el sí». Y no había nada más que hablar. Descorcharon una botella de vino y mi padre contó chistes.

Hortensia sufría un cáncer de esos que se van comiendo con voracidad a la víctima por dentro, que vampiriza y va erosionando la vida hasta quitar el color y la carne, dejando solo piel fláccida, huesos puntiagudos y unos ojos redondos como horribles canicas. Mi padre hubiera preferido que la última visión de su madre hubiera sido aquella mujer tan digna, serena y hermosa que lo recibió tres veces en su casa y una en la Bombonera. «Llévame a tu casa. Yo no puedo vivir más aquí.» «Me fui al frente. Me llevaron a la batalla del Ebro. Por eso, no pude llevarla a usted a mi casa, como me pidió. Lo siento. Sé que lo estaba pasando usted mal en la Bombonera, pero no pude…»

Con ella estaba el venerable Villarroya, muy erguido, altivo, orgulloso de ser el superviviente. Y más gente que mi padre no conocía.

Lo dejaron solo con Hortensia. Murmullos de fondo: «¿Y este quién es?». «Un pariente lejano.» Las murmuraciones, para más tarde, cuando no los oyera Villarroya.

Ella le agarró de la mano y exhaló la palabra «hijo». Solo eso. Y lo miraba como si quisiera captar fielmente sus rasgos para llevarse su recuerdo a la tumba.

Lo siguiente fue telefonear a Atenas y hablar con Ignacio Fuster y con Lalo Valente.

—No me esperéis en un tiempo. Me voy a casar.

—¡No jodas! ¿Contra quién?

—Contra Montse.

—¡Pero Fernando! ¡Los donjuanes no se casan! Cuando un donjuán se casa, pierde su identidad, deja de ser quien es. ¡Deja de ser!

Pero los dos le felicitaron y se alegraron por él.

—Siempre te esperaremos —le dijo Lalo—. Siempre tendrás un lugar en nuestra orquesta. ¿Necesitas dinero?

No. Aún le quedaba dinero suficiente para la boda, para el piso, para la luna de miel.

Hortensia murió en seguida. No fue una sorpresa. «Se acabó.» Todos lo esperaban, casi con impaciencia. El entierro, en el cementerio de Montjuïc, en un panteón tan grande como una iglesia, con unas letras doradas y enormes que proclamaban que aquella era la última residencia de la familia Villarroya.

Mi padre hizo acto de presencia. Solo eso. Se indignó con el cura que se atrevió a decir que, después de la muerte, la vida es mejor. Él, y Montse, y los padres de Montse. Y allí fue donde pudo abrazar a Miguel Jinete y a Teresa por primera vez desde que había llegado.

—Lo sabía —le dijo Miguel en presencia de Montse—. En cuanto vi a esta preciosidad, me dije «esta será la esposa de Fueyito». Felicidades, amigo. Vamos a tener que celebrarlo. ¿Qué os parece? Permitidme que os invite a un restaurante donde se come de maravilla. ¿Conocéis Can Lluís, de la calle de la Cera?

Teresa le acompañó muy sinceramente en el sentimiento.

—¿Qué sabes de Víctor?

—Se rumorea que va a salir pronto. Los aliados van a ganar la guerra y Franco va a tener que cambiar su política o todo el mundo se le echará encima. Cada vez está concediendo más amnistías.

El grupo que acompañaba a mi padre se mantuvo anónimo al fondo de la multitud y fueron de los primeros en abandonar la ceremonia. No le dieron el pésame al señor Villarroya.

Quizá fue ese el primer día en que mi padre se extrañó de que Miguel Jinete no acudiera acompañado por su esposa. Se preguntó si estaba casado, pero no se lo preguntó a él. Imaginó que la señora de Jinete, si es que había existido alguna vez, debía de estar hasta la coronilla de él.

Mi padre fue a la cárcel para darle a Víctor la noticia de la boda.

—Felicidades, Fueye. No traigas a Montserrat aquí. Ya la conoceré cuando salga, que no debe de quedarme tanto tiempo. No quiero verla en este ambiente ni quiero que ella me vea como estoy.

La verdad es que se le veía muy bien. Tenía los cabellos más blancos que la otra vez, pero conservaba la sonrisa del irreductible.

Este piso, donde aún vivía mi padre solo, se llenó de pintores y empapeladores, que habían de devolverle su aspecto familiar. Un día, poco antes de Navidad, mientras estaba supervisando la buena marcha de los trabajos, sonó el teléfono y una voz grave, hablando un castellano muy peculiar, dijo:

—Amigo Fernando. Soy Elías. Ya puede usted entregar el paquete.

—¿Sí? —soltó mi padre, pillado por sorpresa.

—Vaya a la catedral.

—¿A la catedral?

—A las seis de la tarde. En el primer confesionario que encuentre a la derecha, habrá un sacerdote que se llama don Luis. Váyase a confesar con él y dele el paquete con discreción.

—De acuerdo.

—Y muchísimas gracias por el favor. Le estaré eternamente en deuda.

Mi padre salió de casa y tomó el tranvía con la sensación de estar perpetrando algo muy prohibido, muy importante y muy peligroso. El libro pesaba toneladas. Se apeó en la plaza de Cataluña y bajó por Puerta del Ángel hasta la catedral. Entró en ella y localizó el primer confesionario de la derecha. Había en él un sacerdote de mediana edad, muy calvo y muy presumido. De esos calvos que se dejan crecer el pelo de un lado para peinárselo sobre el cráneo, pegoteándolo con mucha brillantina.

Mi padre contaba con que estuviera ocupado. Quería esperar un poco para tomar fuerzas e impulso, pero nadie le impedía que se acercara ya y no tuvo más remedio que arrodillarse ante el cura de inmediato, sin más preámbulos.

—¿Padre Luis?

—Ave María Purísima.

—¿Es usted el padre Luis?

—Sí, hijo mío. ¿Cuánto hace que no te has confesado?

Mi padre no tenía ninguna intención de hacerse perdonar los pecados. En el campo de concentración, los curas que bendecían fusilamientos le habían quitado las ganas de relacionarse con la Iglesia para siempre jamás. Había ido allí a entregar un paquete y largarse cuanto antes. De manera que puso el libro en manos del sacerdote.

—Es de parte de Elías Paes de León.

El religioso agarró el libro con una mano mientras aferraba con la otra el hombro de mi padre, con firmeza policial, y repetía con severidad:

—¿Cuánto hace que no te has confesado?

No hay que olvidar que la guerra que Franco declaró a media España fue una Cruzada, y que las monedas recordaban al ciudadano que Franco era Caudillo por la gracia de Dios, y que entraba en las catedrales bajo palio, como si fuera la hostia. En aquella época, un cura no era una persona con unas creencias, sino con un poder. Como un militar, o un policía, o un banquero. O más. Así que mi padre rindió la cabeza y mintió:

—Hace una semana, padre.

—Dime. ¿Cuáles son tus pecados?

Mi padre cerró los ojos. Se le ocurrió que luego sería divertido contárselo a sus amigos.

—El sexto mandamiento, padre.

—¿De qué manera?

—Bueno. Fornico. Fornico con mucha frecuencia. Con mi novia. Pero también con prostitutas. Soy insaciable.

—¿Cuántas veces?

—Dos, tres, cuatro. Cada vez.

—¿Cada vez?

—Sí, cada vez que lo hago. Dos, tres, cuatro veces.

—¿Dos, tres, cuatro veces… en cada sesión?

—Es agotador.

—¿Y cada cuándo es cada sesión?

—Cada día.

—¿Cada día?

—Si es posible, sí, padre. Y, además, me gusta mucho que mi novia me la chupe.

—¿Ah, sí?

—Sí, padre. Me gusta mucho.

—Ya —a mi padre le pareció que el confesor se ponía cómodo—. ¿Y cómo lo hace? —mi padre tardaba en responder—. Quiero decir: ¿la lame con la lengua o usa los labios, chupa solo la puntita o se la mete entera…? —mi padre se había quedado sin palabras. Retrocedió para escudriñar en los ojos del sacerdote y comprobar si estaba hablando en serio o le estaba tomando el pelo. Vio cómo parpadeaba y, sin inmutarse, le aclaraba la situación—: Necesito saberlo para conocer exactamente la naturaleza del pecado.

—Claro, claro —le concedió mi padre—. Bueno, hace de todo un poco. Yo le voy indicando para obtener el máximo placer posible.

—O sea que la induces. Eres consciente de que estamos hablando de pecado mortal.

—Sí, padre. Y pido perdón.

—Y, dime… ¿cómo es de intensa tu necesidad? Lo pregunto para saber si podrías resistirte a esta pulsión, porque cuanto más poderosa sea esa fuerza, más relativo será el pecado. Por ejemplo: ¿cuándo notas la erección y la tentación lúbrica? ¿Al verla desnuda, por ejemplo, o cuando ya habéis iniciado el, digamos, escarceo erótico?

—A mí se me empina en cuanto la veo vestida, padre. Es muy hermosa. Tiene unos pechos, y unas piernas, y unos labios… Y en seguida me imagino lo que vamos a hacer.

—¿Ah, sí? Ya. Al verla vestida, ¿eh? —el capellán se rascaba la sien, reflexionaba cabizbajo, digería sesudamente las palabras del pecador—. ¿Y no se ha dado nunca el caso de que, incluso viéndola desnuda y dispuesta, no experimentaras la erección?

—Solo cuando voy muy borracho, padre.

—Ah. ¿Y entonces qué haces?

—Me la meneo, padre. Me toco. Hasta que se me empina.

—Ah, te masturbas. ¿Delante de ella? ¿No te da vergüenza que ella te vea hacerlo?

—No, padre. A veces me lo hace ella misma. Por la cuenta que le trae.

—Claro, claro.

Me decía mi padre:

—La de veces que conté aquella anécdota en diferentes ambientes. Cómo nos reíamos. A Fuster y Lothar en Atenas, y luego en Berlín, durante mis viajes, y luego aquí, en Barcelona. Bueno, pregúntale a Víctor lo que nos llegamos a reír cuando… —se interrumpió mi padre de golpe—. Las pocas veces que nos vimos cuando salió de la cárcel. Porque nos vimos muy pocas veces — se quedaba pensativo, como si, de repente, no recordara haber visto a Víctor ninguna vez después de su salida de la cárcel.

Recuperaba la risa. Dos noches antes de morir.

Risas.

Y yo me recriminaba por las pocas ocasiones que había tenido, antes de aquella, de reír a gusto en compañía de mi padre.

Fueron a cenar mis padres con Miguel a Can Lluís. Aquella vez el policía se presentó acompañado por Teresa, lo que dio lugar a una conversación más relajada y agradable que la otra vez, cuando estuvo con Carmen en Can Culleretes.

—«Doctor, doctor: ¡que me quemé!» Y dice el médico: «¿Qué te que te?».

Miguel Jinete nunca entendía los chistes. Y, al final de la comida, tuvo que introducir una sombra siniestra en el encuentro. No podía evitarlo. Vivía envuelto en una tiniebla invisible que enturbiaba cada una de sus palabras y actos. Su sonrisa, el brillo de sus ojos, su desenvoltura, los gestos de sus manos, su elegancia, todo parecía manchado y pringoso.

—Ahora ya lo han arreglado —dijo de pronto, refiriéndose al restaurante—, pero hasta hace poco esto estaba hecho una mierda. Menuda la que ocurrió aquí hará unos tres meses. La reoca.

»Habían atracado una empresa de la ronda de San Pedro. Se habían llevado doscientas mil pesetas. Tres tipos con pistolas. Y una mujer. Los de la Criminal nos trajeron los papeles de las investigaciones dando por supuesto que eran anarquistas y, por tanto, nosotros, los de la Social, tendríamos referencia de ellos. Tenían razón. En seguida identificamos a uno de los tíos, un tal Paco Utrera, de una célula anarquista de este barrio de San Antonio.

»Pero lo bueno es que me enseñan la foto de la mujer de este Paco Utrera y, me cago en diez, la reconozco. Era Elisa, ¿te acuerdas de Elisa? La que fue esposa de Fábregas en el grupo «Progreso Hoy», Fábregas, aquel paleta que había prosperado y montó una empresa de albañilería, que tenía la obsesión de comprarse coches franceses. Reconsagrada Elisa. La última vez que la vi fue durante los hechos de mayo, cagándose de risa mientras disparaba una ametralladora Hotchkiss en el Paralelo. Y entretanto su marido, el Fábregas, le estaba poniendo los cuernos con Esperanza, la esposa de Súñer, aquella de los ojazos. Bueno, la reoca.

»Averiguamos que este Paco Utrera y Elisa venían por este restaurante. Pusimos ojeadores y una noche, veinte días después del atraco, nos llama el confidente. Que están aquí.

»Montamos el operativo, nos venimos a este restaurante con veinte hombres, tres coches y una furgoneta, todos con los naranjeros, porque era gente peligrosa. Paco Utrera y una niña estaban comiendo en esa mesa del rincón, iluminados con lámparas de carburo porque era noche de restricciones. Y, cuando entro, veo que Elisa está ahí, junto al perchero, con una mano en el bolsillo del abrigo. Se ve que nos habían olido. Irrumpimos allí. «¡Manos arriba! ¡Todos quietos!», y nuestra querida Elisa saca del bolsillo del abrigo una bomba de mano y la tira aquí, ¿ves?, en el mismo centro del comedor, que aún queda la señal, ¿la veis? Una explosión del carajo. Yo estaba justo en la puerta, di un paso atrás hacia la calle y solo vi el relámpago, la humareda, bueno, la rotura de cristales, los gritos. Murió uno de mis hombres, el dueño del restaurante y su hijo, y la pobre Elisa, naturalmente, que quedó ahí destrozada.

Mi padre recordaba perfectamente a Elisa, y experimentó un vahído de desconsuelo. Miguel

Jinete, en cambio, continuaba sonriendo, como si nada. Como si acabara de contar uno de los chistes que le gustaban a mi padre.

—«Buenas, soy paraguayo y venía para pedir la mano de su hija.» Y dice el padre: «¿Para qué?». Y dice el otro: «Paraguayo».

Risas.

Celebraron la boda en la parroquia de Santa María de Sants, cercana a la casa de los Ansó, y el banquete fue en un restaurante llamado Casa Isidro. Además de la familia Ansó al completo, con tíos, primos, cuñados y cuñadas, asistieron unos cuantos amigos de mi padre, casi todos músicos, Teresa, que les regaló una mantelería bordada por ella misma, y Miguel, que les trajo un centro de mesa de cristal tallado con base de plata.

Tampoco en aquella ocasión conocieron a la señora de Jinete. Mi padre volvió a pensar en ello pero de nuevo se abstuvo de preguntar nada.

Brindaron por Víctor.

El viaje de bodas consistió en una semana en un balneario de Caldes de Montbui. Eran tiempos felices.

—Parecían tiempos felices —puntualizó mi madre, desanimada.

94

La Gran Meretrix (8)

novela galante

biografía psicalíptica

«Venid y os mostraré la condenación de la Gran Meretrix que fornicó con los reyes de la tierra, y los que habitan en la tierra se embriagaron con el vino de su prostitución.

»Ahí estaba la mujer sentada sobre una bestia escarlata cubierta de nombres blasfemos y que tenía siete cabezas y diez cuernos. Llevaba un vestido púrpura con ribetes rojos, y adornaba su cuerpo con aretes y pulseras de oro y anillos de piedras preciosas y collares de perlas. En su mano tenía un vaso largo con un líquido oscuro, una rodaja de limón, abominaciones y las

impurezas de su inmoralidad. En su frente se podía leer un misterio: “Barcelona la grande, madre de las meretrices y las abominaciones de la tierra”. Era evidente que la mujer estaba embriagada con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús.

»El Sochantre vestía de pecador, sin distintivo alguno que delatara su dignidad. Se encontraron en un bar anónimo y, mientras consumían las bebidas de la espera, hablaron muy distantes, como si la razón de su encuentro únicamente estuviera relacionada con el placer intelectual.

»—¿Y qué opina usted de los judíos? ¿Cree que son tan peligrosos como dicen?

»Él frunció el ceño, tal vez molesto por la pregunta, pero no eludió la respuesta.

»—Ya hace tiempo que la iglesia católica se ha definido al respecto. Ha condenado explícitamente obras como Mein Kampf, de Hitler, y el racismo. Los judíos no son malos por un problema genético de su raza. Si un judío se convierte al catolicismo, seguro que deja de ser un peligro para la sociedad.

»—Pero, mientras no se convierta, ¿cree que es lícito mantener relaciones con él? Quiero decir, hacer negocios, compraventa de cosas, o ayudarle a eludir peligros…

»El Sochantre levantó la vista y le pareció ver fugazmente, en el hermoso rostro de la mujer embriagada, la llaga punzante y depravada que es la marca de la Bestia.

»—¿Me está usted haciendo una entrevista para algún semanario? —le replicó—. ¿Podríamos ir a un lugar más reservado, para continuar charlando?

»La Gran Meretrix lo desafiaba, burlona, con un brillo de cristal en los ojos que la elevaba por encima de los simples mortales.

»—Claro.

»El bar era tan anónimo que, cuando lo dejaron atrás, se esfumó como si no hubiera existido jamás. Invisibles, llegaron al portal de la avenida Mistral, y resultó que la Gran Meretrix llevaba en su bolso la llave gigantesca, parecida a un arma ofensiva, para no tener que molestar al sereno. Subieron las escaleras silenciosos como si flotaran y atravesaron la puerta como fantasmas.

»Entraron en una habitación pintada de rojo y negro, con adornos decó. La figura de un arlequín de marfil y ébano, la de una mujer paseando galgos, la de la tenista de falda muy corta, cuadros abstractos en la pared, cubistas o algo por el estilo. Y la cama, enorme, de aspecto excesivamente mullido. De pronto, la Gran Meretrix se movía con una desenvoltura que llenaba la estancia hasta desbordarla, «¿qué quieres tomar?», aquí dentro el tuteo, descarada como una cupletista en el escenario. Su desparpajo expansivo empujaba al Sochantre contra la pared.

»—¿Qué quiere que hagamos?

»—El amor —respondió él cabizbajo, sin mirarla—. Quiero que hagamos el amor sin pecado. Pero parece que eso es una utopía. ¿Cómo es posible que vayan siempre juntos amor y pecado?

»—Lo bueno del pecado, padre, es que se limpia en seguida con la confesión. Solo hay que procurar no morirse en el trayecto entre la cama y el confesionario.

»—No me llames padre. Es improcedente.

»—¿Y cómo quieres que te llame?

»—Amor. Quiero ser Amor. Quiero ser todo Amor. Y si, para ser Amor, hay que pecar, solo se me ocurre una forma de abordar este pecado inevitable.

»Se quitó el Sochantre la chaqueta, la corbata, la camisa y la camiseta, se postró de rodillas y tendió a la mujer una fusta de hípica.

»—Antepongamos la penitencia a la ofensa, humillemos el cuerpo terrenal, adormezcamos el alma para que se asome a la concupiscencia sin vértigo.

»La Gran Meretrix fue como Judith antes de matar a Holofernes, gritando: "¿Quién soy yo para contradecir a mi señor? Haré gustosamente todo lo que le agrade, y eso será para mí un motivo de alegría hasta el día de mi muerte", y golpeó sin piedad la espalda inmaculada, ZAS:

»—¡Esta por el Amor!

»Suspiró el sacerdote conteniendo el gemido, y añadió entre dientes:

»—Puedes irte desnudando para ganar tiempo. Mi cuerpo en seguida estará a punto.

»Se desnudó la Gran Meretrix, de forma que él pudiera ver su cuerpo y aumentara el deseo. Y, como Jezabel que sirvió a Baal y lo adoró, y destruía a los profetas de Jehovah, le golpeó otra vez, ZAS, aullando con furia diabólica:

»—¡Y esta por la Virtud!

»Y necesitó él bajarse los pantalones y el calzoncillo para liberar su entusiasmo perentorio. Y lo castigó la Gran Meretrix por tan gran atrevimiento, como Judith que gritara "¡Abate su soberbia por la mano de una mujer! ¡Que mi palabra seductora se convierta en herida mortal!", ZAS:

»—¡Y esta por los judíos!

»Y él se tocó, y se justificó gritando que Sansón fue bendecido por el Espíritu de Jehovah y, cuando fue a Gaza, se unió a una mujer prostituta, y en la Biblia nadie se lo reprocha, y la Gran Meretrix, feroz, "¡Fortaléceme en esta hora, Dios de Israel!", continuó infligiéndole la penitencia y arrancó sangre de su espalda, ZAS:

»—¡Y esta por salvar a los judíos de los nazis!

»Y él interrumpió su masturbación, paralizado como una estatua de piedra. Y ella, cruel juguetona, "¡Adivina quién te dio!", repitió el salvaje tormento, ZAS:

»—¡A cambio de dinero!

»Y el mártir abrió los ojos y prestó atención, ZAS:

»—¡Y esta por los regalitos que nos traen los judíos!

»Y él pegó un respingo que parecía una concesión al dolor y se revolvió enardecido hacia ella.

»—¿Qué estás diciendo? ¿Qué sabes tú de eso? —le arrebató la fusta y la golpeó en la cara—. ¡Es mentira! ¿Quién te lo ha dicho? —y la golpeó en su desnudez, y la Gran Meretrix flotaba en su nube de cocaína, el dolor la hacía reír, la muerte le parecía un tiovivo—. ¿A quién se lo has dicho? ¡Difamaciones, puta depravada y embustera! —la golpeaba y la golpeaba, cada vez más excitado, olvidado de su penitencia y entregado a la santa ira de Dios, "¡Maldita seas, como la higuera, nunca jamás coma nadie de tu fruto!, ¡tú has hecho de mi templo una cueva de ladrones, hija del diablo, Herodías, Jezabel, me has engañado, me has poseído, Gran Meretrix, Dalila, Judith, perdónala, Señor!" —y exigía con voz de eunuco—: ¿Quién te lo dijo? —y ella, acorazada por la cocaína e inmune al dolor, "un pajarito"—. ¿Quién te envía? —y ella, sangrando, "un policía que te matará"—. ¿Quién?

»—¡Un policía de la Social!

»El Sochantre, en su divina locura, terminó desahogándose en ella, fuera de sí, y, a continuación, quedó congelado en un rincón de la pieza, pálido de terror, las vergüenzas expuestas al mundo, temblando al verse en peligro de desprestigio, de befa y mofa en ridículo mortis, profundo tormento y desesperación.

»Y aborreció a la Gran Meretrix y la dejó desolada y desnuda.»

95

Mientras pasaba la plancha sobre una camisa blanca de mi padre, aquel día en que saltaban tapones de champán en todas direcciones porque el Caudillo había muerto al fin, mi madre hablaba y hablaba ensimismada, de tal manera que me pareció que se había olvidado de que yo estaba allí.

—Parecía —repetía—. Parecía. Todo parece. Solo vemos las apariencias, no podemos ver más allá. Y nada es como parece, pero de eso nos damos cuenta luego, cuando ya es demasiado tarde. Me dijo: «Yo a ti no te voy a dejar nunca sola». Él no iba a ser como Daniel. No me iba a dejar nunca sola. Y, para demostrármelo, me llevó a Atenas.

»De diciembre, cuando nos casamos, a abril, fueron los meses más felices de mi vida, eso sí. Unas Navidades espléndidas. Tu padre tocando el bandoneón y cantando tangos para mi familia. Y contando chistes. Fue el rey de las fiestas. Tus abuelos lo adoraban. Nos compramos un coche, un Citroën estupendo, como de lujo. Íbamos de aquí para allá, excursiones al Montseny, o a la playa de Castelldefels, que en invierno es más romántica, largos paseos por la Ciudadela o por

Montjuïc. Nos besábamos, a escondidas porque entonces podían llevarte a comisaría si te veían besándote por la calle, «escándalo público», pero a escondidas era mejor, más picante. Largas conversaciones, planes, esperanzas. En febrero me quedé embarazada. De ti. Fue una gran alegría. Tu padre pensaba que ya era mayor para engendrar un hijo. Y ahí llegabas tú. Era maravilloso. Siempre juntos. Tu padre tan atento, tan detallista. Hasta que llamó Lalo Valente desde Atenas. «Te necesitamos.» Por lo visto, el agente artístico de la orquesta, un tal Iván Kiriakof, había conseguido un contrato en Nueva Delhi.

»Bueno, nosotros también los necesitábamos a ellos, esa es la verdad. La cuenta del banco había disminuido muchísimo entre montar el piso, la boda, el viaje de novios, el coche. Y el embarazo. Tu padre tenía que trabajar.

»Era difícil viajar en aquella época, estando Europa como estaba, pero tu padre dijo: “Nada, si tú no vienes, yo tampoco voy. No te voy a dejar sola”. Se me llenaron los ojos de lágrimas. “Mira qué bueno.” Removió cielo y tierra, recurrió a la influencia de Miguel Jinete, a la de Ignacio Fuster del consulado de allá. Se necesitaban visados y salvoconductos para dar un paso. Pero lo conseguimos.

»Salimos en avión de Barcelona para Zúrich, de país neutral a país neutral. Un DC-3. Era la primera vez que tu padre viajaba en avión. Estaba emocionado como un niño. Nos dijeron que iríamos por el corredor aéreo K-22. Teníamos que creer que existían corredores aéreos para aviones de pasajeros supuestamente respetados por la aviación de combate, pero no ignorábamos que corríamos peligro. Sobrevolaríamos una Francia sometida a una guerra terrible y no sería raro que nos encontráramos con bombarderos aliados de camino para destruir Alemania, o con un combate aéreo de Spitfires contra Messerschmitts. Hacía cuatro días que habían bombardeado una ciudad suiza por error. Pero, bueno, no sucedió nada de eso. Llegamos a Zúrich sin problemas y, desde allí, nos trasladamos en coche alquilado hasta la frontera de Austria. Nos recibió un funcionario alemán muy huraño y nos proporcionó los salvoconductos que nos permitirían continuar el viaje. Después de pasar mil controles y registros del equipaje y de nuestras personas, y de rellenar formularios y sufrir no sé cuántos interrogatorios, pudimos ir a tomar el tren que descendía a Atenas, sin abandonar territorio ocupado por los alemanes.

»El recibimiento que le dieron a tu padre fue emocionante. Dejaba bien a las claras su capacidad de hacerse querer. Los abrazos que le dieron Ignacio Fuster y Lalo Valente, y los músicos; incluso la sonrisa que dulcificó el rostro del alemán llamado Böhm, me convencieron una vez más de que estaba casada con una persona excepcional. Palmadas en la espalda, grandes risotadas, pellizcos en las mejillas, y miradas muy complacientes para mí, que me sentí tratada como una reina.

»Nos dejaron descansar lo justo y, en seguida, nos organizaron una fastuosa cena de bienvenida en un comedor privado del Grande Bretagne.

—Montserrat —me contó mi padre— se quedó helada ante la fachada de aquel hotel de lujo decorada con la impresionante y temible bandera de la cruz gamada. Ella solo había visto aquella parafernalia en los noticiarios de cine, en blanco y negro, y le había parecido algo tan extraño e imposible como las fantasías de la película Metrópolis, de Fritz Lang, que vio en el cine Kursaal cuando tenía trece años. En la vida real, contemplándolo con sus propios ojos, resultaba

horripilante. Y más si, para llegar hasta la fachada, había que cruzar unas cuantas barreras de alambre de espinos y recibir el beneplácito de unos cuantos soldados robóticos.

—… Pero, una vez dentro —continuaba mi madre—, nadie diría que estábamos en una ciudad ocupada por un ejército invasor y que en las calles de Atenas reinaba la miseria. Allí no faltó de nada y todo el mundo era feliz.

Además de mis padres, asistieron a la cena Lothar Böhm como anfitrión, Ignacio Fuster, Lalo Valente y su esposa Liliana, el agente artístico Iván Kiriakof y una acompañante muy excéntrica; el pianista de la orquesta, que se llamaba Marañón y lo llamaban Cromañón, y el batería, uno rechoncho conocido como Charles.

—¿Y sabes qué? —mi madre dejó de planchar y exhaló un suspiro de fatiga—. Que no me gustaron. No me gustaron tampoco aquellos amigos de tu padre. Entre risas y chistes y brindis, me pareció percibir unas miradas cargadas de malas intenciones. Me dije: «No puede ser, eres una desagradecida, nos están tratando muy bien, no puedes desconfiar siempre de los amigos de Fernando». No me había gustado Miguel Jinete, ni aquella Carmen dipsómana, ni siquiera la modosita Teresa, porque miraba a tu padre con demasiado fervor, como si me lo quisiera quitar. Y no me gustó Fuster, con su ojo desviado y sus dientes mellados, que me observaba como a una intrusa; ni Lothar, tan alto y apuesto, con aquel uniforme de demonio, frío como un cadáver, seguro que cruel y despiadado; ni Lalo Valente y su esposa, que eran la viva caricatura del chulo y la furcia; ni los músicos, que parecían dos facinerosos de películas. Tuve la sensación de que aquella cena era una trampa de la que no íbamos a poder escapar.

Mi padre, siempre solícito, reparó en seguida en su incomodidad y la atribuyó al embarazo.

—¿Te encuentras mal? ¿Quieres que nos retiremos?

Ella murmuró un sí tan débil que quedó enterrado bajo las protestas exaltadas de los amigotes. «¡No te vas a ir, Fernando, es muy temprano, no me digas que el matrimonio te está convirtiendo en una persona formal!» Y mi madre se apresuró a añadir:

—No, no, me retiro yo. Él se queda, hasta que el cuerpo aguante.

Se levantaron todos de sus sillas. Mis padres se dieron un beso muy aplaudido por los presentes y mi padre le susurró al oído: «Si quieres que vaya contigo, dímelo», y ella replicó: «¡No, no!», y él insistió: «Si me necesitas, no tienes más que llamar a recepción, que me localicen, no me voy a mover de aquí», y ella concluyó: «No voy a necesitarte, todo está bien».

Lothar Böhm le comunicó que tenía a su disposición un coche que la llevaría a la pensión de la calle Kydathinaion, donde se habían alojado.

—Está bien, gracias —iba diciendo mi madre desmayadamente—. Gracias. Está bien.

—… Al salir por la puerta, oí que uno de los presentes decía a mi espalda: «Sí, Fernando, tenemos que hablar», supongo que era la voz de Lalo Valente, y se me fue el alma a los pies. Pensé: «Ya está, se acabó, lo he perdido». Me encerré en la habitación de la pensión y no pude dormir. Muy nerviosa y angustiada, estuve caminando de un lado para otro. Me eché a llorar y,

mientras me convulsionaba sobre la cama, con el rostro hundido en la almohada, me decía: «Eres una tonta histérica que llora sin motivos, todo son imaginaciones tuyas».

—Sí, Fernando, tenemos que hablar —dijo Lalo Valente.

Mi padre también tuvo el pálpito de que iban a darle una mala noticia. Le sirvieron una copa de coñac. Todos los presentes le miraban. Todos estaban al corriente de algo muy importante que él ignoraba. Para su sorpresa, fue Lothar Böhm quien tomó la palabra.

—¿Te ha caído alguna vez una bomba cerca?

Por un instante, se vio en el Clínico ante los cadáveres de Elena y Tomasín, y se vio en las arenas de la playa de Argelers completamente ido y vacío, y estuvo a punto de responder: «Me cayó una tan cerca como puede caerte una bomba, destrozándote por dentro pero sin matarte». Pero no lo dijo. Tragó saliva y se armó de valor para aparentar que no pasaba nada, que no había malas experiencias ni malos presagios. Disimuló su inquietud y se acodó en la mesa, sonriendo:

—Muy cerca. Pensad que a Barcelona se la conocía como «la ciudad de las bombas». Una noche, estaba yo tocando en el music-hall Pompeya, con la orquesta de Pablo Alfaro, y cantaba en el escenario una mujer admirable y hermosísima, cuando estalló una bomba en la platea.

Mi padre sabía contar historias. En seguida los tuvo hipnotizados. Tocaban «Aquel maldito tango», «tango que mata y que domina», y fuera estaba lloviendo, y de pronto fue el chillido, el relámpago cegador, aquel estampido ensordecedor, la granizada de piedras y cascotes, la oscuridad, las lágrimas, el humo, el caos, el desorden, el dolor, pedazos de personas descuartizadas.

—Pompeya —recogió Lothar Böhm al final, con esa solemnidad con que suelen hablar siempre los alemanes—. Bonito nombre para un lugar destrozado por una explosión. Como la ciudad de Pompeya, destrozada por el Vesubio. Casi premonitorio.

—Mira, Fernando —empezó Lalo Valente, con brusquedad—. El contrato de Nueva Delhi no ha salido. Y, en cambio, tenemos una propuesta, que hemos estado discutiendo y nos parece interesante.

—¿Cuál?

—Podemos ganar mucho dinero, Fernando. Mucho dinero —mi padre nunca había olvidado ni la expresión de codicia del rostro del cantante ni sus palabras exactas—. Iríamos donde nadie, en este momento, nadie quiere ir.

—¿Dónde?

—Cuarenta mil libras esterlinas para cada uno. Unos dos millones de pesetas.

—¿Cuarenta mil libras esterlinas? —gimió mi padre.

—Para cada uno de nosotros. Dos millones de pesetas.

Era una fortuna inimaginable en aquel momento. Mi padre había vendido la empresa del abuelo, con todo su contenido, por solo medio millón. No podía ser legal de ninguna manera.

—Pero…

—Formaremos un terceto, tú al bandoneón o guitarra, Cromañón al piano y Charles a la batería. Yo cantaría y vendría también Lola Córdoba, para cantar y, en algunos números, bailaría conmigo.

Mi padre hizo un cálculo rápido. Cinco personas a razón de cuarenta mil libras esterlinas por persona. ¿Quién estaba dispuesto a gastarse doscientas mil libras esterlinas en ellos?

—¿De dónde estamos hablando? —volvió a preguntar, cada vez más alarmado.

—Berlín —soltó Lalo Valente.

Y, en seguida, Lothar Böhm:

—Es una idea de Goebbels para levantar la moral de los oficiales que están allí. Se empiezan a notar unos ciertos indicios de derrotismo. La Luftwaffe prácticamente ha destruido todo el centro de Londres y Gran Bretaña ya está a punto de rendirse. Pero esto no pueden saberlo quienes están en Berlín apabullados cada día por la furia de los bombarderos aliados. Para ellos se acaba el mundo. Ellos no pueden entender que esta furia enloquecida de la RAF son las últimas boqueadas, el ataque a la desesperada antes de la rendición. Y tenemos que llevarles vida, optimismo, alegría, baile y chicas bonitas. Desde Berlín, no se entiende que el repliegue actual solo es momentáneo y táctico para que los aliados se confíen, bajen la guardia y crean en su superioridad, que es falsa. Estamos provocando que salgan de su isla inexpugnable y vengan a por nosotros creyéndose omnipotentes, creyéndose lo que no son. No pueden ni imaginarse el contraataque que les tenemos preparado —se había exaltado un poco. Rebajó el tono—: Tus amigos me han pedido que os paguemos en libras esterlinas, porque no se fían de lo que estoy diciendo. De acuerdo, yo les digo que pagaremos en libras, en Berlín tenemos de sobra, en Berlín tenemos de todo. Pero, cuando lleguéis a Berlín y os enteréis de cómo están realmente las cosas, me vais a pedir que os pague en marcos, seguro, porque pronto el marco será la moneda única en toda Europa.

Hacía un rato que mi padre había dejado de prestar atención a las palabras del alemán para orientarla hacia los rostros de los amigos que le rodeaban. Lalo, Liliana, Fuster, Cromañón, Charles. Todos parecían muy convencidos.

—Fernando —se adelantó Lalo Valente a cualquier pregunta u objeción—. Hemos pasado una guerra, hemos estado en campos de concentración, nos han bombardeado, nos han disparado, nos han dado palizas y hemos sobrevivido. También sobreviviremos a esto, ¿te das cuenta? Por dos millones de pesetas.

Ignacio Fuster también se acodó en la mesa y fijó en mi padre sus ojos estrábicos.

—Estaréis seguros, Fernando —aseguró—. Todo Berlín es un búnker. Allí están Hitler, Goebbels, Himmler y toda la compañía, y están seguros, segurísimos, puedes estar convencido

de que a ellos no los va a matar una bomba aliada. Son búnkers alemanes, de lo más resistente, y no tenéis que salir de ellos. No estarás nunca expuesto a nada.

—Y son cuarenta mil libras esterlinas, Fernando —lo tentaba la voz grave de Cromañón—. Dos millones de pesetas. ¿Tú sabes lo que puedes hacer con dos millones de pesetas en España, hoy día? Montamos un negocio y nos retiramos para siempre, Fernando. A vivir del cuento el resto de nuestros días.

—Os lo ingresaremos en un banco suizo. Vuestras familias podrán tener acceso al dinero desde cualquier banco español. En Berlín, tendréis marcos alemanes para vuestros gastos.

Dos noches antes de morir, mi padre me habló de mi madre, de su incomunicación, de sus silencios, de sus desencuentros. Daba un repaso a su comportamiento de la época y se le ensombrecía el rostro y se le curvaba la espalda.

—Yo todavía estaba un poco loco —rezongó con aliento a coñac, envuelto en el humo y el aroma del puro habano—. Todavía estoy loco ahora. He estado loco toda mi vida. ¿Sabes que a tu madre nunca le he hablado de Elena y de Tomasín? «Tuve una mujer y un hijo, me los mataron en la guerra, prefiero no hablar de eso», y nada más. Ni siquiera sabe sus nombres. Y tu madre se conformó. No preguntó. Supongo que no le apetecía hablar de la esposa que había tenido antes de ella, ni del hijo que te precedía a ti. Ni de cualquier otra mujer que hubiera podido haber en mi vida. ¿Cómo le iba a hablar de Aurorita Escolá? Yo no decía nada y ella no preguntaba. Había muchos otros temas de conversación. Pero el silencio hace daño. El silencio lo pudre todo —me sorprendió que recurriese a la misma expresión que yo había utilizado cuando hablaba con mi madre—. Las mentiras germinan en el silencio y arraigan y fructifican y se convierten en verdades asquerosas. La ignorancia crece en el silencio, y se fortalece y se convierte en sabiduría mendaz sobre la que se construyen injusticias.

—Pues habla, habla —le instaba yo.

—Supongo que yo tenía necesidad de recordar a Elena y a Tomasín —murmuraba él, ajeno a mí — y, a la vez, tenía necesidad de olvidarlos, y esa contradicción mantenía latente mi demencia.

—Pues habla. Todavía estás a tiempo.

—Ya estoy hablando. Contigo. Como nunca lo había hecho. Pero ya no estoy a tiempo de nada —y prosiguió, ahogándose en amargura—: Cuando tu madre me dijo que estaba embarazada, me llevé una gran alegría, pero también un gran susto. Sentí pánico. La maldición de los Gavanza. Las pavas soltando bombas sobre la Gran Vía, sobre el número 451 de la Gran Vía de les Corts Catalanes. Si Montse continuaba a mi lado, le ocurriría alguna desgracia. No sé qué me pasó. Pensé: «No seré capaz de vivir todo eso otra vez, quiero irme de aquí». Me di cuenta de ello en cuanto me propusieron ir a Berlín. No viajaba a Berlín para ganar dinero, me iba para huir de tu madre y de ti.

»Después de la cena en el Grande Bretagne, Ignacio Fuster me acompañó en su coche a la pensión del barrio de Plaka. Era de noche y conducía él, habíamos prescindido del chófer. Nos pararon unos soldados alemanes para pedirnos la documentación. En cuanto los dejamos atrás, Fuster se aclaró la garganta y dijo:

»—¿Sabes que mataron a Rolf Mettert? —el bulldog que se parecía a Edward G. Robinson y presumía de matar judíos—. La resistencia griega. Está más activa que nunca. Le pegaron un tiro en la nuca cuando salía de la casa de maman Elefteria.

—Vaya —comentó mi padre, inexpresivo.

Era Fuster quien los había llevado al burdel de maman Elefteria la primera vez.

Y Fuster prosiguió, como si una cosa estuviera relacionada con la otra.

—No hagas caso de lo que dice Lothar. Los alemanes ya están vencidos. Los aliados van a ganar la guerra. Pero no te preocupes por tu seguridad. Tengo amigos en Berlín que te protegerán.

Mi padre sintió cómo se le evaporaba la borrachera. Suele suceder, cuando uno se ve amenazado por algún peligro.

—¿Me protegerán a mí? —preguntó después de una pausa—. ¿Y a Lalo, y a los otros?

—También, claro. Pero digamos que tú serás el portavoz. Solo tú hablarás con esos amigos que tengo. Son aliadófilos, comprenderás que no pueden andar pregonándolo a los cuatro vientos.

—¿De qué estamos hablando?

Habían llegado.

—Ya continuaremos mañana, u otro día. Solo quería que estuvieras tranquilo. En Berlín estarás protegido.

Se mantuvieron las miradas, tratando de leer cada uno los pensamientos del otro.

—¿Por qué no se lo pides a Lalo? ¿Por qué no puede ser él quien hable con esos amigos tuyos?

—Porque me fío más de ti. Porque te conozco. Porque sé que lo harás, y lo harás bien. Ya tendremos tiempo de hablar sobre ello.

—¿Que haré qué?

—Buenas noches, Fernando. Es tarde. Montse te espera.

Entró mi padre en la pensión. Subió a su cuarto. Se metió en él sin hacer ruido. Todo a oscuras. Montse dormía.

No dormía. Quizá pretendía fingirlo, pero no pudo permanecer callada.

—¿Todo va bien? —susurró de pronto.

—Ah. ¿Estás despierta?

—Sí. ¿Cómo ha ido? ¿Qué te querían decir?

Mi padre se iba quitando la ropa.

—Bueno, que no vamos a Nueva Delhi. Se ha rescindido el contrato.

—¿Y qué vais a hacer?

—Nos vamos a Berlín.

—¿Nos vamos a Berlín?

Todo esto a oscuras y en susurros.

—No, tú no vas a poder venir, embarazada como estás y con la que allí está cayendo. Pero a nosotros no nos queda más remedio. Y, además, pagan muy bien. Dos millones de pesetas a cada uno. No podemos dejar pasar esta oportunidad.

—¿Vas a tocar para los nazis?

—Ya he tocado para los nazis. Ahora solo voy a cambiar de sitio.

Mi madre se quedó en silencio.

Mi padre no sabía ya qué decir.

Se metió en la cama y le hizo el amor. En silencio. Un silencio espeso, asfixiante, desconsolado, como la oscuridad en la que se movían.

—Tu madre no se opuso. Me dejó hacer.

96

La Gran Meretrix (9)

novela galante

biografía psicalíptica

La alta dignidad eclesial dio un grito y temblaron los cielos; descargó un puntapié en el suelo y siguió un terremoto, se balancearon las lámparas de un ministerio, y el ministro exigió explicaciones a otro ministro, que le pegó cuatro gritos al jefe superior de policía de Barcelona,

qué se había creído, investigar a una figura relevante de la Iglesia española, hurgar en su vida privada para chantajearla y forzarla a meterse en negocios innobles, y un alto cargo de Barcelona se vio insultado sin consideración y corrió a clavar en su sitio, a fuerza de berridos, a un Hombre y un Madurga que terminaron amedrentados y encogidos.

—¿Se puede saber qué han hecho, en qué estaban pensando?

El Hombre entró en el piso de la avenida Mistral hecho un témpano. La Gran Meretrix estaba leyendo en el sillón, junto al balcón. Vestía un quimono de seda y chinelas. Alzó los ojos, interrogante. Él se abalanzó sobre ella sin preocuparse por si dejaba marcas o no. Y le dijo: «Nunca más». Y le dijo: «Se acabó». Entre imprecaciones nefandas.

—… Los bifes —los vecinos me decían—

parecían aplausos, parecían,

de una noche de gala en el Colón.

(Biaba/Música de Edmundo Rivero/

Letra de Celedonio Flores.)

«Los perros comerán a Jezabel en la parcela de Jezreel.

»¿Cómo va a haber paz, mientras continúen las fornicaciones y las muchas hechicerías de tu madre Jezabel?

»Y el cadáver de Jezabel será como estiércol sobre la superficie del campo».

(2 Reyes, 9)

La novela psicalíptica de la Gran Meretrix termina bruscamente de esta forma. El resto de las páginas de la pequeña libreta de espiral de hojas cuadriculadas está en blanco pero, entre las páginas hay, doblados y amarillentos, un par de recortes de periódico en cuyos márgenes alguien escribió a mano y con pluma estilográfica las fechas «11 mayo 44» y «12 mayo 44». El dorso de uno de los recortes está ocupado casi exclusivamente por un anuncio de Tónico Nervioso Cera, fósforo puro, estricnina e hipofosfitos, y el titular de un homenaje al almirante Bastarreche; y en el revés del otro hay un par de breves religiosos, «Acción Católica. Conferencia de liturgia» e «Indicador Piadoso. Mes de María Madre del Amor Hermoso».

El texto con fecha «11 mayo 44» dice:

Hallado el cadáver de una joven en Montjuïc.

Dos hombres, padre e hijo, se suicidan en su taller. Ambos hechos parece que están estrechamente relacionados.

Ayer, alrededor de las dos de la madrugada, en la calle Méjico se oyó el estrépito de una colisión automovilística, que causó la natural alarma del sereno y del vigilante, que comparecieron a tiempo de ver cómo un automóvil Ford Sedan doblaba la esquina echando humo en dirección a la avenida del Marqués de Comillas después de haber chocado contra un coche estacionado y de haberlo dejado destrozado casi por completo. Para exigir responsabilidades al fugitivo, emprendieron su persecución a pie los referidos funcionarios municipales, convencidos de que, debido a la avería, no podría llegar muy lejos, hasta unos metros más allá del Pueblo Español, donde se encontraba el vehículo inmovilizado y humeante con una rueda reventada. Se trataba de un Sedan cuatro puertas, y pudieron apreciar que la matrícula de la parte posterior, V-9934, había sido forzada como si hubieran intentando arrancarla. Observaron que en el interior había abundantes manchas de sangre, y en uno de los estribos encontraron un mazo de madera, nuevo, de los utilizados por los hojalateros, igualmente tinto en sangre. Medía el referido mazo unos 50 centímetros de mango, y la cabeza del conjunto tenía un diámetro aproximado de una botella de tamaño corriente.

De inmediato los funcionarios municipales dieron parte de su hallazgo a la comisaría de policía de plaza de España, de donde fueron destacados dos policías armados y un agente del Cuerpo General, para efectuar las investigaciones pertinentes.

Durante el registro de rigor, se encontró bajo uno de los asientos delanteros un bolso de señora que contenía 280 pesetas en billetes de Banco, artículos de tocador y una cédula blanca de una cartilla de racionamiento correspondiente a María del Carmen B. A., de 28 años de edad, natural de Barcelona. Al abrir el maletero, dieron con una pala sin estrenar, aún con el precio escrito con tiza.

Siguiendo un rastro de gotas de sangre que salían del automóvil, no lejos del asfalto del circuito de Montjuïc, entre unos setos, se hallaba el cuerpo de una joven morena de elegante indumentaria con una gran herida sangrante en la cabeza. El rostro de la muchacha coincidía con la foto de la tarjeta de racionamiento antes citada. Se cubría con un abrigo de astracán de un valor no inferior a las 50.000 pesetas.

Informado de lo ocurrido, se personó en el lugar de los hechos el titular del Juzgado de Guardia número 4, don José Luis Alisio, que dispuso el levantamiento de cadáver y el traslado al depósito del Hospital Clínico que fue realizado en una ambulancia.

María del Carmen B. vivía en la calle de la Bòbila del Pueblo Seco, en un piso modesto que combina mal con las ropas caras que ella vestía. Interrogadas sus vecinas, se ha sabido que el día de su muerte había ido a recoger a su hijo de ocho años al colegio y lo había llevado a casa, donde le había dado de merendar. Sobre las nueve de la noche, lo confió a una vecina y ella salió

a la calle, muy acicalada, como era su costumbre casi cada noche. Se da por cierto que fue iniciada en la mala vida en su más tierna juventud por un anarquista que fue juzgado y condenado a muerte poco después del fin de la Cruzada.

María del Carmen B. A. ha resultado ser hija de una notable y dignísima familia de esta ciudad, de la que escapó hace diez años de manera que se le perdió la pista. Sus padres, después de infructuosa búsqueda, la habían dado ya por muerta y, desconsolados, han declinado efectuar ninguna clase de declaraciones.

Las investigaciones posteriores llevaron a la policía hasta el domicilio de los propietarios del Ford Sedan, en la avenida del Padre Claret, justo a tiempo de asistir al momento en que uno de ellos se lanzaba por el balcón para estrellarse contra la acera, donde quedó herido de gravedad. Se trata de Jacinto Aragonés, de 24 años, hijo de un cerrajero del barrio, Anacleto Aragonés, a quien la policía encontró colgando del gancho de la lámpara en su piso. En su poder obraban un brazalete de oro macizo, del que pendía a modo de fetiche un elefante del mismo metal cuyos ojos estaban constituidos por dos brillantes, una sortija con una aguamarina, un collar de monedas de oro y unos pendientes con perla, joyas que al parecer llevaba puestas la víctima al salir de su casa, de donde se desprende que el móvil del crimen había sido el robo.

Cabe deducir, pues, que Anacleto y Jacinto Aragonés abordaron a María del Carmen B. al salir de su casa y, después de robarle y acabar con su vida, pretendían enterrarla en algún lugar de Montjuïc. La presencia en el coche de la pala recién comprada y el hecho de que la maza también fuera nueva evidencian que se trata de un alevoso crimen premeditado.

Pese al deseo natural del periodista de dar a los lectores tanta información como sea posible, la discreción aconseja abstenerse de divulgar más datos hasta que la Brigada de Investigación Criminal de la Jefatura Superior de Policía, de tan reconocida competencia, haya dado el caso por resuelto.

El texto con fecha «12 mayo 44» dice:

Resuelto el asesinato de Montjuïc.

Los dos autores del crimen trataron de suicidarse. Uno de ellos está muerto y el otro, en el hospital con pronóstico grave, ha confesado.

María del Carmen B. poseía un piso en la avenida Mistral, donde solía llevar a sus amistades. Sin duda se dirigía a él, a pie, puesto que no está lejos del Pueblo Seco, cuando los Aragonés, padre e hijo, le salieron al paso. Ha podido saber la policía que no eran desconocidos.

Debidamente interrogado en el lecho del hospital donde se repone de sus lesiones, Jacinto Aragonés confesó que él y su padre eran propietarios, en la rambla Volart, de un taller de cerrajería del que proceden buena parte de las ganzúas y palanquetas utilizadas por los delincuentes habituales de esta ciudad, y dijo que conocía a María del Carmen B. porque se veía

con su padre frecuentemente y en más de una ocasión él le había proporcionado determinados productos de contrabando a los que ella era muy aficionada. Reconoció que habían abordado a la mujer en la calle de Entenza, cuando se dirigía a un piso que poseía en la avenida Mistral, donde en ocasiones recibía a amigos y celebraba fiestas, y que tenían la intención de acabar con su vida para robarle las joyas que llevaba puestas y, luego, con las llaves del piso de la avenida Mistral, entrar en él para apropiarse de otras pertenencias, después de haber enterrado a su víctima en algún punto de Montjuïc, porque estaban informados de que poseía joyería y objetos de arte que mal vendidos podrían dar más de cincuenta mil duros.

Los agentes de la Brigada de Investigación Criminal, que gozan de justa nombradía y fama por sus magníficos servicios, no solo en nuestra ciudad sino en el resto de España, e incluso en el extranjero, pudieron comprobar durante el día de ayer que el trío fue visto, entre las nueve y las doce, en un bar de la plaza de España, donde estuvieron tomando unos aperitivos primero y cenando después en una larga sobremesa al final de la cual declara un camarero que oyó cómo uno de los hombres proponía: «¿Qué os parece si nos echamos al monte?», y los otros dos, algo entorpecidos por la bebida, corearon a gritos que se iban a echar al monte, y se fueron camino de Montjuïc.

Conducía el vehículo Aragonés hijo y a su derecha se sentaba María del Carmen. Detrás de la víctima iba Aragonés padre. Por lo visto, cuando emprendían la calle Méjico arriba, María del Carmen comenzó a dar rienda suelta a sus melosos deliquios con Aragonés hijo y, en aquel instante, encendidos los celos del padre, fue este quien descargó el primer mazazo en la cabeza de la víctima.

A pesar de que habían pretendido embriagarla previamente y con este objeto la invitaron a tomar unas copas en el bar a que aludíamos en nuestras ediciones anteriores, no vieron cumplido su objetivo, ya que la presunta víctima resistió a todo lo que bebió y no sucumbió al primer golpe. Bien al contrario, reaccionó con una fuerza y una ferocidad inesperadas, resistiéndose y enzarzándose en una lucha titánica durante la cual Aragonés hijo perdió el control del Ford y colisionó estrepitosamente contra otro vehículo aparcado, lo que atrajo la atención del vigilante y el sereno. Desde atrás, Aragonés padre continuó golpeando a la mujer hasta que esta quedó inmóvil.

Con una rueda reventada y el motor seriamente dañado, en seguida comprobaron los asesinos que no podrían ir muy lejos y, perseguidos por los funcionarios municipales, mucho menos podrían realizar sus propósitos de cavar una fosa y ocultar en ella a María del Carmen. Cuando el automóvil se negó a seguir corriendo, algo más allá del Pueblo Español, los dos desalmados cargaron con el cuerpo de la víctima y cruzaron la calzada a toda prisa, para abandonarlo entre los setos y emprender la fuga.

Regresaron a pie hasta su domicilio en la avenida del Padre Claret, en el otro extremo de la ciudad, y, convencidos de que era cuestión de horas que la policía llegase hasta ellos, fueron vencidos por la desesperación. El lapso de tiempo que empleó Jacinto en tomar una ducha que le limpiase la sangre que le había salpicado le bastó a su padre para quitarse la vida colgándose de la lámpara del comedor. Al oír las sirenas de la policía que llegaban a su domicilio, siguiendo la pista del automóvil de su propiedad que había quedado por el camino, también el hijo decidió acabar con todo de una vez y saltó por encima de la baranda del balcón, aterrizando un par de

pisos más abajo milagrosamente vivo.

El Juzgado de Instrucción número 4 y los agentes de la Brigada de Investigación Criminal siguen trabajando activamente en las diligencias propias del caso, por lo que ante la Justicia han declarado varias personas relacionadas con los protagonistas del trágico suceso.

97

—¡Víctor Luys! ¡Tienes visita!

Víctor Luys abrió los ojos. Estaba acostado en su cama, en lo alto de la litera, el sitio de los veteranos conquistado después de pasar por el duro suelo y uno de los catres de abajo.

Serían Teresa y Javier. Sabía que eran Teresa y Javier.

Antes de salir de la celda, se alisó la ropa a manotazos y se pasó los dedos por el pelo para no parecer desaliñado. Y, mientras caminaba detrás del funcionario, trató de componer un tema de conversación apropiado para que Teresa y el niño se fueran tranquilos y contaran a sus amigos que «Víctor no estaba mal, que se le veía tan animado como siempre».

No les iba a contar que eran ocho en una celda de cuatro, la mitad en las literas y los otros en el suelo, durmiendo codo con codo, moviéndose cuando el otro se movía, rezongando cuando el otro soñaba y gemía o parloteaba, teniendo que pasar por encima de los cuerpos acostados cuando tenías que orinar a medianoche. El peor sitio, el del novato más arrastrado, era junto a la letrina, ese nauseabundo agujero en el suelo. No hablarían de eso.

Como tampoco podía hacer referencia a la rabia y a la fiebre de venganza que allí dentro crecía y crecía y le comía por dentro como el peor cáncer. No se quitaba de la cabeza las palabras de su padre, «lucha por la justicia, por la justicia hay que dar la vida incluso, porque no merece la pena vivir en un mundo injusto». Hervía de santa indignación porque era injusto que él estuviera encerrado en aquella cárcel, porque era injusto que los hombres del puñetazo en la mesa y en la cara hubieran destruido todos los sueños de igualdad y reparto de las riquezas para poner el mundo en manos de una pandilla de religiosos hipócritas y mercaderes de carne humana y militares despiadados cuya principal consigna durante la guerra había sido: «Ni heridos ni prisioneros, tiros a la barriga».

No les hablaría tampoco a Teresa y Javier de Joan Arnalot, el joven anarquista hiperactivo que parecía una reencarnación del viejo Juliol, «la lucha de clases es una lucha, y no hay lucha sin violencia», el profeta que predicaba que había llegado la hora de las pistolas. Los discursos de Arnalot contagiaban entusiasmo y alimentaban el ánimo con grandes dosis de esperanza. Antes de que se fueran a dormir, para que tuvieran dulces sueños, les contaba que el imperio de Franco era ruinoso, que no se había consolidado, que cinco años después de la guerra, en el Octavo Año Triunfal, todavía se consideraba que era período de posguerra, posguerra interminable con

cartillas de racionamiento, y miseria, y juicios sumarísimos y fusilamientos (dieciséis fusilados en lo que llevaban de año, únicamente en el Campo de la Bota).

—Saben —decía Arnalot— que los aliados van a ganar la guerra y saben que entonces llegará su fin, y eso les desespera. Recientemente, unos falangistas asaltaron y destrozaron la redacción de la revista Destino porque escribía a favor de los aliados, y otros invadieron la sede de la Unión Excursionista de Cataluña, y han tenido el atrevimiento de quemar, en plena calle, una edición reciente de las Obras completas de Jacint Verdaguer. Más aún: otra jauría de doscientos falangistas irrumpió en el cine Savoy del paseo de Gracia donde pasaban un noticiario que decía que los alemanes estaban perdiendo la guerra, y rasgaron la pantalla a navajazos. Son como bestias acorraladas. Están desesperados y ese es el indicio inequívoco de nuestra victoria inminente.

Arnalot contaba estas cosas en voz baja, para que no lo oyeran los falangistas que estaban allí dentro encerrados por «exceso de patriotismo». Se mantenían al fondo, junto a los guardias civiles condenados por atraco a mano armada.

Y seguía hablando el fantasma exultante de Juliol por boca del joven Arnalot:

—… Porque, al mismo tiempo, nuestras fuerzas están más vivas que nunca. Tenemos más de diez mil en Francia, luchando con la Resistencia contra los nazis, dinamitando puentes y vías férreas, destrozando líneas eléctricas, atacando cárceles y liberando resistentes, saboteando minas de carbón y fábricas. Y eso no es más que un entrenamiento para lo que van a hacer en España, para lo que ya están haciendo en España nuestros grupos de acción. ¿O a quién pensáis que hay que atribuir las continuas restricciones eléctricas, si no a nuestros comandos saboteadores?

No les hablaría tampoco de eso a Teresa y Javier. Ya verían cómo se las arreglaban cuando saliera de la Modelo, pero tenía claro que había llegado la hora de las pistolas. «Cuando haga falta luchar», le había prometido el padre de Víctor a Juliol, «tendrás a mi hijo en primera línea de combate… Y dará las bofetadas en la cara adecuada y en el momento oportuno.»

Cuando ya estaba llegando al locutorio, se le ocurrió que podría tranquilizar a Teresa con los últimos rumores que corrían por la cárcel referentes a la inminencia de amnistías. Se sabía que Franco, ante la inevitable caída de los fascismos, había conmutado trescientas penas de muerte y había cerrado más de veinte cárceles de las que había habilitado después de la guerra para los enemigos del régimen, entre ellas la del convento de San Elías, esa checa comunista de la que los franquistas abominaban pero habían mantenido abierta, corregida y aumentada, hasta cuatro años después de su victoria. ¿No era ese un buen indicio?

«Esto no puede durar», sería el lema de la entrevista, además del «¿cómo estáis?» y «¿vas ya al colegio?».

Teresa le esperaba hermosa y paciente al otro lado de la reja. La viva imagen del sosiego. Tan inocente. Las manos unidas en el regazo. Los ojos grandes y redondos, con parpadeos como pausas tranquilizadoras. Pero el niño no estaba con ella.

—¿Cómo estás?

—Bien. Continúo yendo a coser a casa de la señora Pepita, una santa. Me salen bien los trajes de chaqueta. Dicen que tiene mucho mérito.

—¿Y Javierín?

—Bien. Muy mayor. A lo mejor, la próxima vez lo traigo.

—¿Ya va al colegio?

—Va a una academia cerca de casa. Nada, le enseñan a leer y escribir y las cuatro reglas. Pero, escucha, Víctor, tengo que decirte una cosa…

—¿Una cosa? —Víctor supuso que le iba a decir que había conocido a otro hombre, que se iba a casar con otro, que ya no podía esperar más—. ¿Qué cosa?

No dio tiempo a pasar al tema de las amnistías posibles. Teresa salió al paso de cualquier optimismo. Quizá podría haberlo hecho con más delicadeza, pero se comprende que a ella no le resultara fácil hablar de Carmen Brondo.

—Han matado a Carmen Brondo.

Víctor se encogió como si le acabaran de propinar un puñetazo en el estómago. Se desmoronó. Teresa añadió que había sido un crimen extraño, con muchas incógnitas que jamás se iban a despejar, pero él no lo pudo escuchar.

Y, ante su hundimiento, Teresa no sabía qué hacer.

SEXTA PARTE

La guerra interminable

98

Los trámites para conseguir permisos que permitieran a la orquesta de Lalo Valente trasladarse a Berlín se estaban prolongando hasta tal punto que llegaron a pensar que el viaje no iba a poder realizarse.

Iván Kiriakof comentó:

—No sé qué pasa en Berlín que no contestan las cartas…

Ignacio Fuster le replicó:

—¿Que no sabes lo que pasa en Berlín? ¡Pues que la RAF les está enviando miles de toneladas de bombas y no están para cartas ni para músicas!

Mi madre llegó a hacerse ilusiones. «Poco a poco, esa locura de Berlín se irá olvidando y volveremos a España, o nos iremos a Nueva Delhi, o donde sea.» Y la realidad parecía que quería darle la razón. En junio, los aliados desembarcaron en Normandía, y en el frente de Italia llegaban hasta Roma al mismo tiempo que los alemanes retrocedían apabullados en el frente del Este; y en julio se produjo el atentado contra Hitler, que demostraba hasta qué punto se había desprestigiado la figura del Führer y cundía el desaliento entre sus allegados. Y en agosto los aliados estaban a las puertas de París.

Y entonces, precisamente entonces, llegó la noticia de que se iban a Berlín. No solo la orquesta sino todos los nazis que estaban ocupando Grecia. Los necesitaban para defender la capital del Reich.

La orquesta de Lalo Valente no recibió la noticia con gritos ni saltos de alegría, sino con miradas de expectación y temor, «en menudo lío nos hemos metido». Mi padre se excusaba con mi madre, que ya lucía un vientre de seis meses. «Quizá no debiera ir», murmuraba con la boca pequeña. Y ella exclamaba: «No, no, yo creo que sí tienes que ir, si vas a ganar tanto dinero y vas a estar tan seguro como dicen…».

Se suponía que era Fuster quien garantizaba su seguridad. La última noche en Atenas procuró encontrarse a solas con mi padre y le volvió a hablar de sus amigos berlineses.

—Cada vez hay más berlineses que apoyan la causa aliada, concretamente la de los ingleses y americanos. Tú ayúdales y ellos harán lo mismo llegado el momento. Te digo que no vas a correr ningún peligro.

Largo silencio. Avanzaban lentamente por una avenida larga y recta llamada Amvrosiou Frantzi, pero Fuster conducía su automóvil concentrado como si fueran a toda velocidad por una carretera de curvas y precipicios. Mi padre, con la respiración alterada, no quería decir nada. Solo le apetecía interrumpir allí la conversación y desaparecer dentro de la pensión y meterse en la cama

con Montse. «Mira, sabes qué, que nos volvemos a Barcelona.»

—Irán a verte. Y te dirán: «¿Por qué no tocas el clavicémbalo o el arpa?».

—Oye, no.

—Y tú les dices: «En Argentina nadie toca ni el clavicémbalo ni el arpa».

—No me jodas. No quiero saber nada.

—Te expones a que entren los aliados en Berlín y digan: «Mira, un fascista español», y te den el mismo trato que a los alemanes. Solo te estoy proporcionando un poco de protección.

—Me estás metiendo en un lío de cojones.

—¿Más lío de cojones que instalarte en Berlín, donde casi cada día caen toneladas de bombas aliadas? Tú solo tendrás que hacer algunas preguntas, algunas fotos…

—¿Preguntas? ¿Fotos? ¿Pero qué estás diciendo? No podré hacer fotos. En la frontera me quitarán cualquier cámara que lleve. Tú no sabes cómo te registran…

—Te quitarán la cámara, pero en Berlín mis amigos te darán otra. Pequeña, discreta. Y tú, si puedes, harás fotos. Y, si no puedes, no harás fotos. No te pido que te juegues la vida. Pero, si quieres que se vayan estos fascistas hijos de puta, tendrás que echar una mano. Si los aliados ganan la guerra, también darán por el culo a Franco. No pierdas eso de vista.

Palabras gruesas e inquietantes. Nunca había hablado Ignacio Fuster tan claro. Al día siguiente, cuando se despidieron con un abrazo, a ninguno de los dos se le ocurrió un chiste que contar. Lo dejaron para un más adelante que nunca llegó. No volvieron a verse nunca más.

Provistos de la Arbeitskarte, el permiso de residencia, y el Anmeldung, que les iban a permitir circular por territorio alemán, salieron en tren nocturno Lalo Valente y Liliana, Cromañón, Charles, Iván Kiriakof, la cantante Eva Evangelides, que se hacía llamar Lola de Córdoba, y mis padres. Atenas, Salónica, Sofía, Belgrado, Budapest, Viena, Praga, Berlín. También mi madre, hasta Viena. Allí tuvieron poco tiempo para despedirse. El tren solo paraba diez minutos y mi padre y Lothar Böhm la acompañaron a toda prisa, con los equipajes, hasta un coche oficial que habían puesto a su disposición. Con él había de trasladarse a la frontera con Liechtenstein, por donde pasaría a Suiza, y en Zúrich tomaría el avión para Barcelona. No fue un viaje fácil, aun cuando constantemente recibió unos cuidados exquisitos.

Treinta años después aseguraba, con voz ronca y susurrada, como si la confidencia fuera desenterrada de un lugar muy profundo y oscuro:

—Me sentía como si tu padre me hubiera echado de su vida. Prefería irse a la guerra, bajo las bombas inglesas, que estar a mi lado, cuando más lo necesitaba.

Yo trataba de interceder:

—Pero papá siempre ha sido bueno contigo, amable, atento…

Ella arqueaba las cejas con un gesto de «sí, pero» y continuaba planchando.

Mi padre también se llevó un disgusto tremendo en aquella despedida.

—Abrazado a ella —me contaba aquella noche, con la copa de coñac en la mano huesuda, envuelto en humo de habano—, me di cuenta de que me estaba equivocando, de que estaba cometiendo el peor error de mi vida. Como si entendiera que la maldición de los Gavanza la creábamos los mismos Gavanza. De ella nunca salió la menor recriminación, pero su forma de mirar, no, miento, su silencio, eso fue lo que más me dolió. Creo que aquel fue el primer silencio de la larga serie que nos amargaría la vida.

Faltaban dos días para que muriera. Y esas palabras tan radicales, «amargaría la vida», me causaron una intensa impresión. Me rebelé contra ellas, le quise hacer notar a mi padre que su vida conyugal no había sido tan amarga; a sus setenta y cinco años aún podían hacer el amor y salían a pasear formando una pareja entrañable, e iban al cine, y hablaban de todo, de arte y de política, ¿a qué venía aquello de la amargura?

Mi padre negaba con la cabeza como diciendo «no me entiendes», como si no hubiera remedio, nada que hacer. En todo caso, dejó bien claros los sentimientos que lo acongojaban durante aquel largo y fuerte abrazo y que lo acompañaron durante el resto del viaje, por Praga y Dresde, hasta Berlín.

En la gran estación de Anhalter, los recibieron con todos los honores. Allí estrechó mi padre la mano de Joseph Goebbels, aquel hombre bajito, con cara de mala leche y un defecto en el pie derecho que le hacía cojear visiblemente. Él era el responsable de los grandes desfiles, las consignas seductoras, las estrategias para manipular la opinión del pueblo y asegurarse la adhesión incondicional al régimen.

—Nosotros —decía mi padre— formábamos parte de una de sus grandes mentiras. Llevó a la estación a periodistas de todos los medios que aún funcionaban en Berlín para que difundieran que artistas internacionales continuaban acudiendo a la capital alemana, a pesar de todo, para que quedara claro que no la consideraban peligrosa ni se venteaba de ninguna manera la derrota.

De Goebbels se desprendía un entusiasmo enfermizo que se contagiaba a quienes lo rodeaban y devenía en triunfalismo delirante que contrastaba con el aspecto desolador de la ciudad. Adonde uno dirigiera la vista, se encontraba con edificios derruidos, las aceras y las calzadas sembradas de cascotes, a veces pedruscos tan grandes que los coches tenían que circular en zigzag. Las ruinas retenían la atención de tal manera que ni mi padre ni sus compañeros se fijaron en ninguna otra cosa durante el trayecto hasta el hotel. Era mucho peor que la Barcelona que mi padre se había encontrado después de los nefastos bombardeos del 38. Mucho peor. Y aquello todavía no había terminado y la traca final los iba a pillar a ellos en medio. Ruinas, cascotes y cielo gris y denso, bajo y amenazador.

El hotel se llamaba Astoria y conservaba un aspecto aceptable. Las habitaciones eran grandes y cómodas y a mi padre le correspondió una individual, con dos ventanales, una cama baja y ancha, mesita de noche y dos sillones. En un rincón, sobre una mesa escritorio, había un busto

del Führer de bronce oscuro. El botones que transportó el equipaje, para simpatizar con los nuevos huéspedes, estuvo hablando de Franco, el creador de la nueva España. Desde la ventana, se divisaban los jardines del parque zoológico. Les comunicaron que en los sótanos del mismo hotel había un refugio antiaéreo y les indicaron entre sonrisas forzadas la manera de llegar a él.

Mientras abría la maleta, mi padre se percató de que tenía una especie de temblor frenético y continuo instalado bajo la piel, en los mismos huesos. Como una tiritona provocada por un frío intenso, irreprimible e interminable. No metió la ropa en el armario porque se imaginó que, de un momento a otro, tendría que cargar con el equipaje y salir corriendo de aquel edificio que, inexplicablemente, todavía no había sucumbido a las bombas.

Cuando se reunió con Lalo y el resto de la orquesta en el vestíbulo, llevaba consigo el bandoneón en su estuche. Fue a buscarlos Lothar Böhm, con su impecable uniforme de la Luftwaffe y su actitud imperturbable. Como siempre, mi padre tuvo la sensación de que le dedicaba una mirada especial.

Mientras los conducía a conocer su lugar de trabajo, que estaba lo bastante cerca como para ir dando un paseo, el major les comunicó que, en cuanto pudieran, deberían pasar por la tenencia de alcaldía de Berlín-Charlottenburg para obtener la Wanderpersonalkarter, que les proporcionaría unos cuantos cupones de racionamiento extra.

Cruzaron un par de calles hasta la estación de metro del Parque Zoológico. Zoologischer Garten lo llamaban ellos. Y al metro lo llamaban U-Bahn. Había dos centinelas con cascos y metralletas Schmeizer junto a las escaleras que llevaban a la estación subterránea, que resultó ser muy grande, cruce de diferentes líneas para hacer transbordo, con muchos pasillos y muy largos. En uno de estos pasillos, a la derecha, se abría una puerta y al otro lado había un soldado con una mesa, una silla y un flexo, que se puso en pie disparando el saludo fascista al techo en cuando vio a Böhm. Allí tuvieron que identificarse, Lalo Valente, que no se llamaba Lalo ni Valente; su compañera Liliana, rubia como un espécimen ario de pura cepa; el patibulario Cromañón, el orondo y apacible Charles, la esbelta y menuda Lola de Córdoba, que en realidad era griega y se llamaba Eva Evangelides; y mi padre con su bandoneón.

—¿Qué lleva ahí?

—Mi instrumento musical. El bandoneón.

—A ver.

Les franquearon el paso.

Bajaron el equivalente de tres pisos hacia las profundidades de la tierra, por unas escaleras de cemento, entre paredes de bloques de hormigón armado con cañerías a la vista que debían de contener el cableado eléctrico y otras conducciones necesarias. Recorrieron un pasillo siniestro, con puertas a un lado y a otro, algunas de ellas abiertas, que les permitieron ver oficinas, generadores, mapas murales adornados con chinchetas de colores y gran cantidad de teléfonos y teletipos.

Al fondo, sobre una puerta metálica, un folio de papel con letras góticas anunciaba:

CABARET POMPEYA

Tal cual.

Mi padre se volvió complacido hacia Lothar Böhm. Evidentemente, aquel era un guiño en su honor. Un recuerdo para el Pompeya del Paralelo. Un homenaje, tal vez, para Aurorita Escolá.

Lothar Böhm dijo en castellano:

—Pompeya renacida de las cenizas del Vesubio. Indestructible. Un símbolo.

Al otro lado de la puerta, un escenario con piano y batería, veladores, sillas, una barra bien provista de botellas. No se necesita nada más para hacer un cabaret.

Más tarde se enterarían de que había otra entrada al local, más directa, para el público, por los sótanos de un hotel llamado Parnassus. Allí se anunciaba el Bunker Kabaret con reclamos en los que se mezclaba de forma grotesca el intento de fingir que no pasaba nada y que la situación estaba controlada y la necesidad de llevar la diversión a las catacumbas, a salvo de los bombardeos.

La única decoración, muy poco estimulante para los componentes del cuarteto, consistía en unos enormes retratos de Hitler y Goebbels, una exagerada bandera con la esvástica y pequeñas banderitas nazis en cada mesa.

—Quizá habrá que poner unas cortinas —consideró Lalo Valente, después de echar una ojeada a las desabridas paredes de hormigón. Y añadió, para que nadie creyera que se trataba de una frivolidad afeminada, inaceptable en tiempos de guerra—. Para mejorar la acústica.

Pusieron cortinas, y la orquesta sonó estupendamente en la primera noche, la de la inauguración. Asistió Joseph Goebbels con su esposa, y muchos militares con sus cruces de hierro y condecoraciones de colores. Había también gran cantidad de mujeres jóvenes y hermosas. Y, además, la orquesta de Lalo Valente alternaba su actuación con la de una orquesta de señoritas alemanas, desvergonzadas y provocadoras, que ponían la nota cómica y procaz al espectáculo.

—¿De dónde salen tantas chicas guapas? —se asombraba mi padre.

—No podían faltar —dijo Böhm—. ¿Cómo vamos a levantar la moral de la tropa si no tenemos chicas guapas? —parecía asumir la responsabilidad de haberlo organizado todo y estaba muy orgulloso de ello—. Son secretarias, administrativas, enfermeras, cocineras, hermanas de oficiales. Y hemos pagado a algunas profesionales por si alguno anda muy necesitado y no quiere compromisos. Estas serán el reclamo para atraer a las otras.

Las camareras servían champán en algunas mesas, pero también una cerveza cargada con un toque de coñac que causaba estragos.

Mi padre arrancó con El Danubio azul al bandoneón, que fue recibido con un aplauso entusiasta, e inesperadamente, con la entrada del piano de Cromañón y la batería de Charles, derivó del tres por cuatro a los cuatro tiempos para que hicieran su aparición Lalo Valente y Lola de Córdoba, tan elegantes ellos, con firuletes bien reos y enérgicos, agarrados e insolentes, para dibujar el Choclo, el tango universal, quizá el que mejor conocían los alemanes, y la exhibición de los bailarines desató tal fervor en los asistentes que mi padre supo de inmediato que los tenían en el bolsillo y que la actuación iba a ser un éxito. Sentado en primera fila, entre el matrimonio Goebbels y una hermosa Eva Braun, que en aquel momento nadie sabía que fuera la amante de Hitler, el major Böhm sonreía complacido.

Luego, Lalo Valente cantó el tango europeo Jalousie «Celos son,/ los que me provocan, sí,/ esta tortura,/ de amante con locura…», mientras Lola de Córdoba repartía entre el público unos papeles mecanografiados con las letras de los temas que iban a componer el repertorio de la noche traducidas al alemán, de manera que todos terminaron cantando Nostalgias a coro y a voz en grito.

Los aplausos y los vítores insistentes los obligaron a cuatro bises, el pasodoble Coplas, los tangos Sentimiento gaucho y Caminito y, por fin, El Danubio azul de nuevo, esta vez con los presentes arracimados, cada uno con los brazos sobre los hombros de los adyacentes balanceándose al compás del tres por cuatro vienés.

Por fin, el bandoneón pudo regresar a su estuche. Mi padre lo estaba guardando y protegiendo con el viejo paño granate de siempre cuando oyó una voz femenina a su espalda:

—Me ha gustado mucho cómo tocas el bandoneón. ¿Pero por qué no tocas el clavicémbalo, o el arpa?

Mi padre se incorporó lentamente y se volvió hacia ella. Era una mujer muy alta y muy bella que le sonreía. Sonrió y respondió con actitud de hombre de mundo.

—En Argentina nadie toca el clavicémbalo ni el arpa.

99

Accionó él mismo, con la mano derecha, el pestillo de la puerta inscrita en el gran portón de madera que da a la calle de Entenza, a la libertad, y ante él apareció la visión sorprendente de coches que circulaban a gran velocidad, y transeúntes que iban adonde les daba la gana como si eso no tuviera ninguna importancia y, en la acera de enfrente, la milagrosa presencia de Teresa. Con un abrigo marrón de solapa ancha, y el cabello corto y ondulado, apacible y paciente, la ilusión brillando en sus ojos, y el niño a su lado, nueve años, jersey de lana, pantalón corto hasta las rodillas y botas bien resistentes para que soportaran todas las patadas al balón que hicieran falta.

Vio en Teresa a la mujer de su vida, la mujer de verdad, y que descanse en paz Carmen Brondo, y sintió de golpe el peso de la tristeza porque era consciente de que la mujer de su vida no existía, porque ya no cabía una mujer en la vida de Víctor Luys.

Cruzó, con cuidado de que no le atropellaran, porque le aturdía tanto vehículo y tanta velocidad y tanto ruido, y abrazó a Teresa tan fuerte como pudo, que no fue mucho debido a la resistencia y a las trabas de ella, no fuera a ser que los detuvieran por escándalo público. Besos en la mejilla y miradas intensas, no mucho más, se reservaron para casa donde ya tendrían tiempo de liberar sus efusiones. El niño, Javier, resultó más gratificado, con cosquillas y achuchones y levantado en vilo para volar como un avión, «cómo pesa, el jodido».

Bajaron caminando por Entenza hasta la Gran Vía —avenida de José Antonio Primo de Rivera— para tomar el tranvía que tenía que acercarles a las Ramblas y al piso de la calle San Rafael. Una Barcelona amarillenta como las bombillas que llenaban de penumbra sus noches tristes de restricción, ciudad resignada a los apagones, a la oscuridad, descolorida y empobrecida, que se santiguaba al paso de los entierros y que cambiaba de acera furtivamente si parecía que le venía de frente un camisa azul, acoquinada por cañones que, en lugar de apuntar a fuera defensores, la escrutaban amenazadores y fieros. Barcelona del Noveno Año Triunfal.

La conversación fluía lenta y a tirones: «¿Qué haces?, ¿sigues cosiendo?», «A ver», «¿Con la misma señora?», «Doña Pepita, ¿qué quieres?». Ya no era «doña Pepita, una buena mujer y una santa», porque, con el tiempo, quien manda manda y para él todo está bien como está, y el que obedece obedece y, si un día cree que le tienen que aumentar el sueldo, aprenderá que las cosas son como son y, si no le gusta, ahí está la puerta. Pero hay que seguir trabajando, qué si no, y uno se va resignando, qué le vamos a hacer.

Y eso era lo que Víctor no estaba dispuesto a aceptar, el qué le vamos a hacer. Aquella era la mala noticia.

—Tengo que presentarme dos veces al día, mañana y tarde, en el cuartel de la Guardia Civil de la calle de San Pablo.

—Vaya.

—Pero eso no va a durar. No lo aguantaré por mucho tiempo.

Teresa no preguntaba. Dejaba que fuera él quien hablara. Tenía miedo de lo que pudiera significar aquello de que no aguantaría por mucho tiempo. ¿Qué era lo que no aguantaría? ¿La vida que ella le ofrecía? ¿Una familia, una mujer, un niño, la lucha para tirar adelante como fuera?

Pasaron frente a esta casa de Entenza con Gran Vía, y Víctor comentó: «Ahí vive Fernando, ¿qué se sabe de él?». Teresa le dio la noticia de que mi padre se había ido a trabajar a Berlín, y que Montserrat había tenido que regresar a Barcelona, muy embarazada y muy sola.

—¿A Berlín? Joder.

Que Montserrat se había ido a vivir con sus padres, a Sants, y allí me había tenido a mí. Teresa la

había visitado una vez, pero la encontró hosca y un poco estirada, como si no simpatizara con ella, ni quisiera simpatizar.

Llegaron al piso de la calle de San Rafael. Reprimieron sus necesidades sexuales por la presencia del niño.

Todo estaba muy cambiado. La decoración modesta, con visillos y tapetes de ganchillo hechos por la misma Teresa en sus ratos libres. Muebles artesanales comprados en algún taller de ebanistería del barrio, sillas con asiento de enea, maderas sin pintar ni barnizar. Camilla con brasero y jarroncito con margaritas en el centro. Una insólita santa cena.

—¿Y esto?

—Todo el mundo lo tiene. Es mejor, si te visitan.

Había desaparecido la escalera de caracol que unía el piso con el bar de abajo. En su lugar la vivienda se ahogaba en un callejón sin salida.

—¿Y el negocio de abajo?

—Es un bar. Lo lleva un exlegionario muy malcarado. Tiene mujeres, y la policía no le dice nada. Ya sabes.

—Tienes teléfono —observó Víctor—. Esto es un lujo, ¿no?

—¿Un lujo? No —replicó ella sin darle importancia—. Todo el mundo lo está solicitando. Y es muy práctico. Y no es muy caro, si no hablas mucho.

—¿Y tú con quién hablas?

—Con mis amigas. Con la señora Pepita, si tiene alguna urgencia, con las que trabajan allí conmigo. Como no puedo salir, por el niño…

Comieron, nada, verdura con patata y tortilla paisana.

Luego Teresa acompañó al niño al colegio y Víctor se desnudó y se quitó la roña carcelaria en aquella ducha que un día instaló él mismo, y se metió en la cama, desnudo, a esperar entre el placer de las sábanas limpias, y el colchón blando y la libertad, que hacía el aire más puro, que activaba los pulmones averiados de tanto respirar atmósfera enrarecida. Se durmió feliz y lo despertó el regreso de Teresa, el frufrú de sus ropas mientras se las quitaba, el movimiento del lecho cuando se introdujo entre las sábanas.

Durante un buen rato, su abrazo, su tacto, el cuerpo a cuerpo, los besos sin trabas, la pasión, derritieron la furia de Víctor y el mundo pareció acogedor y perfecto y el futuro solo podía consistir en un trabajo honrado y más hijos, y paseos dominicales y comidas familiares. La tentación estuvo ahí, danzando seductora por la habitación, pero en seguida, con el reposo del después, y el suave y lento aterrizaje, y el cigarrillo, regresaron el rencor y la rabia, los compañeros fusilados en el Campo de la Bota, exactamente mil seiscientos cuarenta y tres

mientras él estuvo en la Modelo, los torturados de Vía Layetana, «Me recordarás siempre golpeándote como un malvao», «Han contratado al boxeador Gironés», «No es Gironés», el idealismo aplastado, eliminada toda posibilidad del reparto de riquezas, el triunfo de los militares despiadados a sueldo de empresarios traficantes de carne humana, el precio del obrero sujeto a la economía del mercado, como una mercancía más.

—No me voy a someter, ¿sabes? —dijo de repente. Y calló, preparando la siguiente acometida: «… y no volveremos a vernos nunca más, no cuentes conmigo nunca más». Y siguió, contra su voluntad—: No te voy a abandonar. Continuaremos viéndonos siempre que pueda, pero no me voy a conformar con esto. Para mí, la guerra no ha terminado, no ha hecho más que empezar. Ya sabrás que el año pasado siete mil camaradas intentaron la invasión de Cataluña por el Valle de Arán, ¿lo sabías? No, supongo que la noticia no os habrá llegado. Bueno, pues sucedió, y aquello no fue más que una prueba. Ahí aprendimos que no se puede hacer nada mediante un ataque frontal. Entonces, se decidió la guerra de guerrillas. Guerrilleros infiltrados en la sociedad, como si nada, y golpeando cuando menos lo esperen y donde más les duela. Voy a desaparecer del mapa, Teresa. Me entrenarán, harán de mí un soldado y lucharé.

Teresa no dijo nada. Apenas un suspiro disimulado, un involuntario trago de saliva. No dijo nada. Tampoco le agarró de la mano, ni lo abrazó, ni puso la cabeza sobre su pecho como a él le habría gustado.

No dijo nada.

De ninguna manera.

100

Se llamaba Inge Berckholtz. Era alta, de estructura sólida, atlética, amazónica, invulnerable e invencible, pero sus ojos rezumaban una fragilidad infinita que envolvía todo su cuerpo como un aura. Era una niña enorme perdida en el bosque que no sabía cómo hacer para pedir ayuda. Su rostro, enmarcado por una melena rubia y lacia, era angelical. Dijo que trabajaba como secretaria de redacción en el periódico Völkischer Beobachter, que había vivido unos años en Argentina, y por eso hablaba español —por cierto, con aquel melodioso deje porteño que mi padre había olvidado—, y que le gustaba mucho el tango y, especialmente, el sonido del bandoneón. Vestía un traje de chaqueta gris con grandes hombreras que hacía su figura más cuadrada e imponente, y un jersey de lana de cuello cerrado. Luego, al salir, se tapó con un abrigo de visón, que a mi padre le pareció un poco ostentoso y que evidenciaba un alto nivel adquisitivo.

Impuso su presencia con absoluta naturalidad, como si hubieran quedado citados de antemano, aunque su postura apocada y la manera en que jugueteaba con sus dedos denotaban una cierta incomodidad ante las miradas desvergonzadas y sarcásticas de Lalo Valente o Cromañón. Lothar Böhm también estaba pendiente de ellos pero a mi padre le pareció que en su mirada no había

tanta picardía como suspicacia.

Salieron por la puerta principal del cabaret, que daba a los subterráneos del hotel Parnassus, y echaron a caminar por Hardenbergstrasse. Una vez que se le prestaba atención, Inge era de lo más agradecida. No dejó de hacer preguntas mientras se trasladaban al hotel Astoria. Hacía una noche ventosa y fría, pero no mostraron ninguna prisa, enfoscados los dos en sus gruesos abrigos. Mi padre la encontró adorable, con su cabello lacio alborotándose alrededor de la cara infantil. De dónde venían, dónde habían actuado antes, si Atenas era tan hermosa como decían, si había estado alguna vez en Argentina, si conocía el barrio de Nueva Pompeya, al que alude el tango Sur: «Pompeya y más allá la inundación»; ella había vivido en el barrio de Caballito, en el mismo centro; y cómo era Barcelona, y cómo se había vivido allí la Guerra Civil, qué horrible. Ni una alusión a los nazis, ni al avance de los aliados ni a nada parecido. Ni mucho menos a lo que se esperaba que hiciera mi padre en Berlín, además de tocar el bandoneón.

Hasta que llegaron a la habitación del Astoria. Allí, después de quitarse el abrigo de visón, extrajo de su bolso una diminuta máquina de fotografiar y le hizo entrega de la misma como si se tratara de un objeto sagrado. Era más pequeña que un paquete de cigarrillos y parecía un juguete, la miniatura de una cámara de verdad. A mi padre le pareció que pesaba más de la cuenta. La vibración enfermiza continuaba presente en la boca de su estómago.

Y, mientras le detallaba la clase de instantáneas que querían —querían ellos, un sujeto elíptico e innombrable—, procedió a despojarse de la chaqueta y, en seguida, sin previo aviso, del jersey de lana de cuello cerrado. Tenía unos pechos voluminosos sujetados por una prenda de raso que parecía confeccionada por el mismo diseñador del tanque Panzer. A Inge se la veía repentinamente ansiosa, como si no estuviese acostumbrada a hacer aquella clase de cosas.

—Oye —le dijo mi padre—. No hace falta. Estamos aquí por lo que estamos. No te sientas obligada.

—Sí —afirmó ella, con determinación germánica. Y abrazó a mi padre, más alta que él, el abrazo de la osa, para susurrarle al oído—. Después, tus amigos te preguntarán. Y tú tendrás algo que decir.

Su aliento jadeante demostraba que le apetecía hacerlo, que lo necesitaba. La angustia de la clandestinidad se liberaba de pronto en la búsqueda del orgasmo.

—Desabrochar aquel sujetador —rememoró mi padre— era tan difícil como colarse en el interior de un Panzer —y tartamudeaba a continuación—: Yo no perdía de vista que estaba casado, casi recién casado, con un hijo a punto de llegar, pero, en fin, qué quieres que te diga, no supe negarme. Tuve la sensación de que para ella era tan violento como para mí, pero absolutamente necesario, inevitable, y me solté. También tengo que reconocer que a mí siempre me ha costado muy poco soltarme. El caso es que lo hicimos, qué quieres que te diga. Lo hicimos. Aquella fue la primera vez que viví el sexo como remedio contra el pánico.

»Inge hacía el amor mecánicamente —proseguía aquel padre impúdico que se quitó la careta dos días antes de morir—. Como si hubiera aprendido la práctica del coito en un manual muy preciso y riguroso y llevase a término cada indicación al pie de la letra y a rajatabla, punto por punto, sin saltarse una y empleando en cada fase del proceso el tiempo previsto, ni un segundo más ni

menos. Digamos que mi iniciativa, mi creatividad y mis improvisaciones ardorosas encontraban serios obstáculos. Bueno, pues si lo hacíamos para tener algo que decir cuando mis colegas y su curiosidad malsana me interrogaran, eso fue exactamente lo que conté. Y se rieron mucho.

Al día siguiente, Inge madrugó para ir a trabajar y mi padre salió a la calle para hacer fotografías. Además de las instrucciones, la alemana le había proporcionado una guía turística donde había trazado con lápiz el itinerario que debía seguir.

Salió a la Kurfürstendamm, conocida como Ku'Damm, y caminó un rato hasta tomar un metro —el U-Bahn— que lo llevó a Unter den Linden, el gran bulevar que había tenido cuatro hileras de tilos hasta que Goebbels tuvo la idea de eliminar dos de las hileras, para que sus desfiles espectaculares dispusieran de más espacio. Allí se encontró en la cosmopolita Pariser Platz y la impresionante Puerta de Brandeburgo, la Brandenburger Tor. Al principio, no se le ocurría qué podía fotografiar, aparte de los edificios en ruinas. Cuando encontró algo que le pareció interesante, el problema fue cómo hacerlo. Mirando a un lado y a otro, para asegurarse de que no había ningún curioso en las cercanías, consciente de que esos vistazos alrededor ya le hacían muy sospechoso; y luego colocándose bajo los árboles, para que no pudieran otearlo desde alguna azotea, o pegado a un portal, el corazón latiéndole impetuosamente en la garganta, clic, y continuar callejeando como si nada.

El día en que mi padre recurrió a la caja de zapatos del armario del cuarto de la plancha para mostrarme fotografías del Trío del Pompeya, extrajo también un fascículo muy estropeado por el uso, doblado en forma de tubo, una publicación de quiosco de los años setenta que llevaba el título de La Segunda Guerra Mundial en imágenes. Era el fascículo número 98 y trataba de «La Caída de Berlín». Traía un montón de fotos en blanco y negro que mostraban la desolación de la capital de Alemania en 1945.

—Aquí estabas tú —comenté, sobrecogido.

—Más aún —me corrigió—. Estas fotos las hice yo.

Mi sorpresa aumentó, y me consta que Víctor estaba tan estupefacto como yo.

—Cuando estuve haciendo de espía —se pavoneaba mi padre—, yo hacía las fotos de Berlín, y entregaba los carretes a alguien, y ese alguien lo haría llegar al servicio de espionaje inglés o americano. Les perdí la pista y de pronto figúrate que en los años setenta reaparecen aquí, en esta publicación, salidas no se sabe de dónde, sin copyright ni referencia alguna.

—Caramba —comenté admirado.

Foto de un cartel fijado a un poste donde se lee: Plünderer werden mit der Todesstrafe bestraft, «Los saqueadores serán castigados con la pena de muerte».

Fotos de tres torres antiaéreas, colosales, la del búnker del Zoo en el Tiergarten, la Humboldthain y la Friedrichshain. O del búnker de la estación Anhalter, que tenía tres plantas por encima del nivel de la calle.

Inge también le había dicho que sería bienvenido todo comentario, opinión o información que

pudiera salir de los oficiales con los que mi padre y los músicos alternaban.

—En un principio, pensé que poco iba a sacar de ellos porque no estaba dispuesto a someter a nadie a un interrogatorio exhaustivo, pero es curioso cómo, si te fijas y le das a cada cosa el valor que le corresponde, y sabes leer entre líneas, todo resulta revelador.

La segunda noche de concierto, Lalo, Cromañón, Charles y Lothar recibieron a mi padre con el choteo de rigor. La primera noche y el donjuán ya había conseguido a una linda señorita. Le preguntaron quién era, de dónde salía aquella belleza y cómo había sido su encuentro, hasta los más mínimos detalles. Pero, luego, mientras cenaban, llegó la hora de los chistes, y mi padre contó uno y el otro contó otro, y Lothar soltó:

—¿El chiste que más se cuenta últimamente en Berlín? «Sé práctico: regala un ataúd» (Denk praktisch: verschenke einen Sarg) —y, luego, entre copa y copa, ya turbios los ojos por el alcohol—: No hay que preocuparse: Hitler se está muriendo de cáncer y, cuando él se muera, la guerra se terminará por falta de motor. Se le habrá acabado la gasolina. La sangre.

¿Era un chiste?

Luego llegó Inge, y actuó la orquesta, y obtuvieron los aplausos de siempre, y Lalo Valente comentó:

—¿Vas a repetir con esa? Creí que tu lema era «No más de una noche con la misma». ¿Qué te pasa desde que te has casado, Fernando?

—Es tan grandota que anoche solo pude disfrutar de la mitad. Hoy toca la otra mitad.

Pero era un aviso.

Inge tomó buena nota de las palabras que mi padre había captado. Probablemente fueran comentarios salidos de la población civil y muy conocidos, pero podía resultar significativo que los repitieran oficiales de alto rango. Poco a poco, la cantidad de vodka o de coñac que trasegaban, y aquellos comentarios balbuceados, y la expresión de sus rostros, y el desaliento de sus gestos cuando perdían la rigidez militar, delataban un avanzado grado de desesperación.

Incluso las manifestaciones triunfalistas por las que brindaban de vez en cuando denotaban que se les habían acabado los argumentos reales y tenían que recurrir a la fantasía. Cuando en septiembre comenzó el lanzamiento de las poderosas V-2, se diría que ya daban la guerra por ganada. Por lo visto, Londres se estaba convirtiendo en un amasijo de escombros, calle por calle y monumento por monumento. ¿Dónde estaba el Big Ben? Los londinenses ya no sabían ni la hora que era. ¿Y la batalla de las Ardenas, en diciembre? También dijeron que allí los alemanes estaban destruyendo las últimas esperanzas de los ingleses y norteamericanos, gracias a un milagroso gas anestésico, una de las armas secretas que el Führer reservaba para darles el golpe de gracia. Eso sin olvidar el Panzer con cañón de 75 mm y blindaje de 110 mm, y el Elephant «cazatanques», y el cañón autopropulsado Wespe, un obús de 105 mm… Ah, y París estaba a punto de ser reconquistada, naturalmente.

Mi padre recordaba aquella noche de Navidad en que a Lothar Böhm se le había ensombrecido el

rostro y, con la vista fija en un punto del suelo, había murmurado: «Entre unas cosas y otras, la ofensiva de las Ardenas nos ha supuesto la pérdida de ochenta mil hombres».

Todo era información que parecía sumamente interesante para Inge. Aunque, eso sí, por prudencia habían tenido que interrumpir sus encuentros sexuales.

—No vuelvas por el Pompeya —le había dicho mi padre—. Allí me conocen y saben que no me acuesto con una misma señorita más de una vez. Si nos vuelven a ver juntos, podrían sospechar.

Le parecía que Lothar Böhm ya sospechaba algo.

Durante aquellos meses, mi padre aseguraba haber escrito muchas cartas a mi madre, pero ella no recibió más que la primera y, cuando se abordaba el tema en casa, solía hacer una mueca de incredulidad con los labios. De ella, mi padre no recibió más que una postal donde se veía la plaza de Cataluña y, al dorso, se podía leer: «Ha nacido niño. 30 noviembre. Una preciosidad. Le pondremos Jordi. Te quiero. Montse». Fue Lothar Böhm quien le hizo llegar la noticia y quien le dio el primer abrazo, que pareció afectuoso y sincero.

A veces, mi padre contaba la broma: «Celebré el nacimiento de Jordi con una senorita». Y en seguida aclaraba: «Las senoritas, así, escrito sin la tilde de la eñe, eran unos puritos delgados que se fabricaban en Holanda y venían en una cajita de hojalata». No sé si se lo oí alguna vez en presencia de mi madre, no me extrañaría. Yo nunca le había dado ninguna importancia, «una de sus bromas», hasta que conocí las circunstancias en que se encontraba en Berlín. Desde aquel día, la ocurrencia para mí perdió toda la gracia.

Siguieron unas Navidades tristes, nevadas, gélidas y cargadas de amenazas. El hielo del miedo solo se fundía por la noche cuando mi padre arrancaba con el bandoneón y le seguían Cromañón al piano y Charles a la batería, y bailaban Lalo Valente y Lola de Córdoba, tan pegados, tan sensuales, y atronaban los aplausos de aquel público cada vez más relajado y borracho.

—… Ante nuestros ojos, aquellos soldados tan marciales de los noticiarios iban perdiendo las formas día tras día. Tendrías que haber visto cómo corría el alcohol.

Entraron en el año 1945 comiendo ganso asado, y un pescado llamado sander, y chucrut, y salchichas, y strüdel, con vinos y champán franceses.

—Tendrías que haber venido —le dijo mi padre a Inge cuando, al día siguiente, paseaban por el Mitte.

—No pude venir —respondió la alemana, abatida—. Estaba buscando ortigas y carbón para cocinarlas. Tuve que conformarme con una sopa de patata y remolacha cruda. Mucho mejor que la sopa de agua de los otros días.

No lo dijo para mortificar a mi padre, sino porque tenía mucho interés en recordar cómo era la situación que estaban viviendo, como si mi padre fuera un reportero que recabara datos para alguna revista extranjera. O como si pensara que él era el único que iba a sobrevivir y tuviera la obligación de conocer hasta el último detalle para difundirlo posteriormente.

101

—Fui a ver a tu madre —me contó Víctor— pocos días después de salir de la cárcel. Fueron días en que me daba la sensación de que estaba recogiendo los pedazos de mi vida para reconstruirla de nuevo. Estuve buscando trabajo pero sin demasiada convicción. Consciente de que, encontrara lo que encontrase, no iba a durar mucho tiempo en el puesto, porque tenía la intención de irme con la guerrilla. Dediqué gran parte de mi entusiasmo a rastrear la pista de Eduardo, el hijo que había tenido con Carmen. Fue una búsqueda infructuosa, porque no sabía muy bien dónde buscar, y porque en aquella época hubo un gran número de adopciones irregulares, sobre todo de hijos de rojos muertos durante la guerra o después de ella.

»Tu padre formaba parte de esa reconstrucción del rompecabezas. Por eso fui al piso de Gran Vía y me preocupó no encontrar allí a tu madre. Quería saber noticias de Fueyito en Berlín. No pasaba día sin que los periódicos dijeran que los aliados estaban descargando miles de toneladas de bombas sobre la capital de los nazis. El 3 de febrero habían muerto tres mil habitantes en aquella ciudad. ¿Qué coño estaba haciendo allí tu padre?

Se dirigió a casa de los señores Ansó, en Sants. La tintorería era fácil de encontrar porque tenía la fachada de baldosas blancas y negras, como un tablero de ajedrez. Ellos vivían en el piso de arriba. Llamó y abrió mi madre. Apenas un resquicio por donde atisbar.

—Soy Víctor. Víctor Luys. Habrá oído hablar de mí. Un amigo de su marido.

—Sí —recordaba mi madre—. Víctor vino a verme. Tú eras muy pequeño, no tendrías más de tres meses, te recuerdo minúsculo entre los brazos de ese gigantón. Esto sería, sí, a primeros de febrero del 45.

»Yo no quería abrirle la puerta. No me había gustado ninguno de los amigos de tu padre. Ni Miguel Jinete, ni la pobre Carmen, ni los músicos de Atenas, que alternaban con los nazis y me parecieron todos crápulas y viciosos. Ni siquiera aquella Teresa, la mosquita muerta, que parecía que no hubiera roto nunca un plato y siempre empezaba mirando a los hombres por la bragueta. Además, Miguel Jinete me había estado molestando.

Cuando llegó a Barcelona procedente de Atenas, en el mes de agosto, mi madre se instaló en el piso de Gran Vía para tomar posesión de él, para hacerse a la idea de que este iba a ser su domicilio de entonces en adelante, como efectivamente lo fue durante el resto de su vida. Convino con sus padres en que, cuando llegara el momento del parto, ya se las apañaría con su madre y con alguna de sus hermanas, tía Nuria y tía Mercé.

Las cosas no rodaron tan bien como ella esperaba. En seguida abrió una libreta en la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros y, como le habían aconsejado, solicitó que se pusieran en contacto con determinado banco suizo del que tenía que recibir una gran cantidad de libras

esterlinas. Ya le salieron, de entrada, con que aquella era una tramitación complicada que iba a llevar mucho tiempo.

Un día de septiembre, llamaron a la puerta y ella abrió y se encontró ante Miguel Jinete, sonriente, elegante y feliz, el sombrero en una mano y un ramo de flores en la otra. Habló en perfecto catalán, cosa insólita en un policía de la época. Mi madre lo hizo pasar al comedor de delante y estuvieron hablando de esto y aquello. Solo había recibido una carta de mi padre, porque el estado de guerra hacía muy difíciles las comunicaciones. Durante toda la visita se sintió incómoda, agredida por aquella sonrisa burlona y de suficiencia y de aquellos ojos sin alma que no se apartaban de su vientre hinchado. Le pareció que aquel hombre solo tenía pensamientos morbosos mientras hablaban. Cuando Miguel se fue, se dijo que no lo volvería a dejar entrar en su casa nunca más.

Entretanto, en la Caja de Pensiones, le iban dando largas con pretextos contradictorios. Que se habían puesto en contacto con la banca suiza y estaban esperando respuesta, que aquello no podían negociarlo desde aquella sucursal sino desde la central de Vía Layetana, que todo estaba listo y solo se requerían unos trámites legales que no podían retrasarse, que le habían escrito una carta que no tardaría en recibir, que todo dependía de una firma que había de llegar de Madrid… Y, durante la espera de aquel montón de libras esterlinas, mi madre dependía económicamente de mis abuelos, con la promesa de la devolución de todo el préstamo ante las protestas de ellos, «¡no digas tonterías!» y «¿a quién se le ocurre fiarse de esos nazis que están perdiendo la guerra?».

En noviembre, nací yo. Sagitario, intelectual y simpático, superficial, irresponsable e inquieto, para servirles. Exactamente dos años después de que mis padres se reencontrasen en el puerto de Civitavecchia, a bordo del Ambriz.

Después de una alarma previa, mi madre se había trasladado a casa de sus padres y allí me parió, en el dormitorio conyugal, con la asistencia de una comadrona. Escribió a mi padre aquella postal que decía: «Ha nacido niño. 30 noviembre. Una preciosidad. Le pondremos Jordi. Te quiero. Montse». Jordi, nombre catalán, propio de la familia Ansó. Pobablemente, si mi padre Gavanza hubiera estado allí, yo me habría llamado de otra manera, quién sabe si Víctor, quién sabe si hasta Miguel. Pero el único Gavanza que estuvo presente en mi nacimiento y en mi bautizo fui yo, y me llamé como querían los Ansó.

Mi madre y yo pasamos aquellas Navidades en casa de los abuelos y, a mediados de enero, regresamos al piso de Gran Vía.

Con la preparación del parto y la novedad de mi nacimiento, mi madre no se había acercado por la Caja de Pensiones. Cuando lo hizo al fin, le dijeron que continuaban sin noticias de Suiza y las excusas resultaron más escuetas que antes. «Este es un proceso muy lento y complicado, piense que Europa está en guerra, le hemos escrito una carta, no tardará en recibirla, no vuelva hasta que no reciba noticias nuestras.»

En esa situación estaba cuando reapareció Miguel Jinete, ufano, elegante y feliz, con otro ramo de flores en una mano y otro sombrero en la otra. La portera confirmaría más tarde que había ido apareciendo por este piso de Gran Vía de vez en cuando, preguntando por Montserrat y si había

parido ya. Le dijo en catalán que venía a visitarla solo para ver cómo estaba y ayudarla en lo que fuera posible.

Aquella vez, mi madre no le dejó pasar de la puerta.

—Lo siento, estoy sola, estoy limpiando.

—Pero yo soy amigo de Fernando.

—Sí, bueno, cuando vuelva Fernando, a lo mejor.

—¿Pero qué te crees? Anda, déjame pasar. Solo será un minuto.

—No. Lo siento.

Miguel Jinete perdió la sonrisa y la felicidad. El desencanto estuvo a punto de volverse furia. Apretó los labios y se forzó a continuar mirándola a los ojos, porque si no reaccionaba con violencia no sabía cómo reaccionar.

—Está bien —se rindió—. Perdona si te he importunado, solo quería ayudarte. Si tienes algún problema, de ahora en adelante, no dudes en llamarme. Acéptame el ramo de flores, por lo menos.

Mi madre aceptó el ramo de flores. Él le entregó una tarjeta con el distintivo de la policía, «Miguel Jinete, comisario», se puso el sombrero y se fue.

Pocos días después, quien pulsó el timbre de la puerta fue un tipo bajito, de rostro brutal, con la camisa azul de la Falange y el yugo y las flechas bordados en rojo. Le faltaba un brazo y se presentó como mutilado de guerra durante la Cruzada, que vendía unos números para una rifa. Mi madre repuso que no le interesaban las rifas, gracias, que no jugaba, y quiso cerrarle la puerta. El excombatiente puso el pie y endureció sus modales.

—Señora, no estoy pidiendo caridad. Estoy tratando de ganarme la vida honradamente. ¿Cuántos números del sorteo le pongo?

—No quiero números del sorteo y creo que no tengo ninguna obligación de comprarlos. Haga usted el favor de quitar ese pie.

—¡Señora, ¿pero usted qué se ha creído?! ¡Usted no sabe con quién está hablando! ¡Señora, usted no sabe lo que hace! ¡Me está ofendiendo!

—¡Pues lo ofenderé todavía más si no quita el pie de ahí!

—¡Señora, usted no se ha enterado todavía de quién ganó la guerra!

El hombre no era muy alto, y mi madre sí, y además él no esperaba que un ama de casa le pegara un empujón y cerrase con un violento portazo. Gritó: «¡Roja de mierda, comunista, ya te he calado, vamos a venir a por ti!», y yo asustado me puse a berrear en la cuna, alcanzado por la onda expansiva de la violencia, el odio y el terror. A mi madre, mientras me abrazaba y me

acunaba para calmarme, se le ocurrió que estaba en peligro y que había llegado el momento de telefonear a Miguel Jinete para que la protegiera. Pero no, no pensaba pedirle auxilio, no quería abrirle la puerta de casa ni quería depender de él. Y mentalmente continuaba culpando a mi padre del miedo abominable que estaba pasando.

Días después, volvió a sonar el timbre y era la policía. «¡Policía! ¡Abra!» Se temió lo peor, la detención, las esposas, la denuncia del falangista en comisaría, la tortura, la cárcel, y yo llorando en mi cuna, que no paraba de llorar. Entraron dos tipos tenebrosos, con bigotito a imitación del de Franco, miradas acusadoras, «documentación», ni orden judicial ni nada, registro en toda regla y «aquí las preguntas las hacemos nosotros». Sobre todo se interesaron por los libros. Buscaban autores comunistas, títulos prohibidos, de esos que algunos libreros subversivos vendían bajo mano. La Celestina, Episodios nacionales, de Pérez Galdós, el Libro de buen amor, Valle-Inclán, Max Aub, Baroja, Espronceda. Abrieron cajones y armarios, y se asomaron a la carbonera pero sin ensuciarse. Le preguntaron por su marido, hicieron gestos burlones e incrédulos al enterarse de que era músico y estaba trabajando en el extranjero, pusieron en duda que yo fuera hijo de mi padre, y ella tuvo que exhibir la única carta recibida y dio explicaciones tragándose el llanto. De nuevo pensó que era el momento de invocar el nombre de Miguel Jinete y marcar su número de teléfono, y una vez más se resistió. Que no. Que era mi padre quien debería estar a su lado. Que la llevaran a Jefatura si querían, que ella no tenía nada que ocultar.

Dos días después, la telefoneó Miguel con voz cantarina y siempre en catalán:

—¿Qué tal estás?

—Bien —respondió mi madre—. Estupendamente.

—Por mi despacho he visto una nota donde parecía que te habían estado molestando…

De golpe lo entendió todo. Tendría que haberse dado cuenta antes, qué tonta. No le creía capaz de tanto. Había sido Miguel Jinete quien le había enviado al falangista, y a los dos de la Social, y le continuaría enviando gentuza hasta que, por fin, el miedo la obligase a recurrir a su ayuda.

—No, no —respondió con naturalidad, casi sin que le temblara la voz—. Solo eran dos policías cumpliendo con su deber. No tengo nada que ocultar, ya lo sabes, ya me conoces.

—Bueno, sé que tu padre tenía antecedentes, antes de la guerra. Tienes que andarte con cuidado. A veces, a mis hombres se les va la mano. Una mujer sola, como tú, con un niño…

—Tienes razón. He decidido que me iré a vivir con mis padres hasta que regrese Fernando.

Miguel no se había atrevido a molestarla cuando se instaló en la tintorería de Sants antes del parto, y tampoco se atrevió aquella vez. Mi madre no supo más de él. Y un día de febrero volvieron a llamar a la puerta y era Víctor Luys.

—Soy Víctor. Víctor Luys. Habrá oído hablar de mí. Un amigo de su marido…

—No quería abrirle la puerta —dijo mi madre, y dejó de planchar, con un suspiro, lastrada por un recuerdo que no era desagradable del todo—, pero se la abrí. Ya sabes cómo es. Sabe hablar,

sabe mirar. En aquel momento, pensé que era inofensivo. Luego, resultó que… Pero, de momento, pensé: «Es inofensivo, y necesito que alguien me ayude». Entró, y nos sentamos, y hablamos. Estuvo muy cariñoso contigo y con tus abuelos, y se interesaba por tu padre como un buen amigo, de todo corazón. Ya sabes cómo habla, que parece que escucha más que habla, que no hace más que preguntas, consigue que siempre seas la protagonista de la reunión, la más guapa, la más interesante, la única que puede contar algo que merece la pena escuchar.

»Recuerdo que me confié a él, que lloré y me desahogué contándole que tu padre me había dejado en la estacada, que no se hacía efectivo el dinero que los nazis nos habían prometido, que todo era tan decepcionante. Y él salió en defensa de tu padre: «Se está jugando la vida por vosotros», dijo. Y ¿quieres que te diga una cosa?, en aquel momento perdoné a tu padre, me di cuenta de lo injusta que era con él. Víctor supo rescatar toda la felicidad que tu padre me había dado y, en su nombre, me juró que me la continuaría dando cuando volviera y me quitó un peso de encima. Me encontré llorando de felicidad, sintiéndome muy afortunada de haber conocido a Fernando, el Fueyito, como él le llamaba. Ya sabes cómo es Víctor.

»"Sí, pero los nazis no pagan", le dije.

»Dijo: "Nazis hijos de puta, ¿qué se podía esperar de ellos?".

»Y ya, por fin, le conté que, por si fuera poco, estaba Miguel Jinete acosándome.

»Se transfiguró. Se convirtió en otra persona. Esa dulzura que tiene en la mirada se borró de repente y vi en él a un hombre malo, envilecido por la cárcel, de mente sucia, dispuesto a todo.

—Lo mataré —dijo.

Víctor me lo confirmó, tantos años después.

—Es verdad —sonreía, benévolo consigo mismo—. Dije: «Lo mataré».

—Lo mataré. Como te vuelva a molestar, lo mataré. Lo mataré de todas formas, porque ya no puedo perdonarle nada de lo que ha hecho en su vida.

—… Y se desabrochó la chaqueta —subrayó mi madre con la mandíbula agarrotada por el miedo— y vi que llevaba una pistola aquí, bajo el brazo. Me asusté mucho. Me dio un vuelco el corazón y le dije: «Fuera de mi casa, ¿estás loco? ¿Nos quieres traer la desgracia? ¡Aún no hace ni quince días que he tenido a los de la Social en casa, y ahora vienes tú con tu pistolón!».

—Es verdad —ratificaba Víctor—. Dijo: «… ¡vienes tú con tu pistolón!».

—Y lo eché.

Cuando lo recordaba, las gafas gruesas dulcificaban la mirada de Víctor y dejaban muy lejos la imagen del peligroso pistolero del maquis.

—Y me echó.

—«¡Fuera de aquí!» Me dolió mucho, mucho, porque durante un rato había pensado que al fin tenía una buena persona en quien confiar. Pero no, aquel amigo de tu padre tampoco me convenía, una nueva decepción. Y no lo volví a ver.

»Durante toda la vida, tu padre los ha ido defendiendo, a los dos, a Miguel Jinete también. Que han vivido mucho, que han sufrido mucho, que cada cual es como es. Pero para mí nunca se mezclaron. Con pistola y todo, Víctor quedó en mi recuerdo como el hombre que aquella tarde me hizo compañía, y me consoló, y me hizo sentir importante, y hasta me hizo querer un poco más a tu padre hablándome bien de él. Y Miguel siempre ha sido Miguel.

»Y el otro día, de pronto, aparece ahí, en el recibidor, abrazando a tu padre, treinta años después, y me dice, ¿cómo dijo?, "hoy ya no traigo pistola. Se acabaron las pistolas, que ya no tenemos edad".

102

—Había bombardeos —comentaba mi padre, cabizbajo y pensativo—, claro que había bombardeos. De vez en cuando, sonaban las sirenas, y tenías que saltar de la cama, o abandonar el comedor para precipitarte al sótano del hotel, o a los refugios antiaéreos marcados con las letras LSR (Luft Schutz Raum), desde donde escuchabas las explosiones y notabas el temblor de la tierra. Pero al principio de estar allí eran ocasionales. La gran batalla de Berlín parecía haberse interrumpido en marzo del 44, cinco meses antes de que llegáramos nosotros. Según difundía la propaganda nazi, era porque a los aliados se les habían acabado las bombas. La vida continuaba con toda normalidad, los obreros iban a las fábricas en metro, la Filarmónica de Berlín celebraba sus conciertos con regularidad. A lo mejor, los truenos lejanos nos interrumpían un tango, o una milonga, y notábamos las sacudidas de la tierra y nos nevaba encima un polvillo de cemento, pero entonces tocábamos más fuerte y nos olvidábamos de la muerte que nos sobrevolaba. Nunca me habían pillado las sirenas mientras recorría la ciudad sacando fotos o cuando me encontraba con Inge en algún café, después del mediodía, para entregarle el resultado de mi trabajo matinal.

La primera vez que mi padre sintió el impacto de la muerte en la piel fue el 3 de febrero cuando, en plena actuación de la orquesta de señoritas, de golpe y porrazo pareció que el mundo se venía abajo. Fue como si un avión acabara de chocar contra la pared de al lado, parpadearon las luces y, por la puerta principal del cabaret, entró una nube de polvo densa y asfixiante que borró el entorno. Una niebla cegadora que engulló al público entre gritos de pánico.

El refugio había aguantado pero luego supieron que el hotel Parnassus, sobre sus cabezas, había sido alcanzado de lleno por una bomba.

A partir de aquel día, los bombardeos se intensificaron y se convirtieron en una obsesión. Después de cada uno de ellos, mi padre salía para fotografiar los estragos y cada vez se asustaba más y más.

Foto de mujeres haciendo cola ante un establecimiento donde se anunciaban Kleinsten Essensportionen (raciones críticas). Foto de una mujer calentando una olla sobre un hornillo improvisado con tres ladrillos puestos de canto que rodeaban y protegían una exigua fogata. Foto de una mujer a gatas en un vertedero y mirando a la cámara con la fiereza de un animal dispuesto a defender a sus crías. Mi padre me contó que se trataba de una berlinesa que acababa de encontrar una corteza de sandía. «Estaba enfurecida con la persona que se había atrevido a tirarla, y aquí me estaba diciendo que se hacía una sopa exquisita con la corteza de sandía.» Foto del cuartel general para la defensa de Berlín instalado en el Hohenzollerdamm, rodeado de ruinas desoladoras.

Un día, se encontraron con Inge a la puerta del parque zoológico, que continuaba abierto. Ella le había contado que, desde la ventana de su casa, cada día se asomaba para ver si el hipopótamo Knautschke continuaba vivo. Decían que, de los catorce mil animales que había allí antes de la guerra, ya solo quedaban mil seiscientos porque habían caído sobre el zoo más de cien bombas. Y contaban que el hipopótamo Knautschke, cada vez que se aproximaba un ataque aéreo, se metía en su estanque y permanecía sumergido en él hasta que pasaba el peligro.

Estaban frente al espacio reservado a Knautschke cuando Inge señaló una casa del otro lado del parque.

—Lo saludo cada mañana desde mi ventana, aquella de allí.

Mi padre observó la ventana del edificio todavía respetado por las bombas, y se volvió hacia donde estaba su hotel, también en las cercanías, y por fin se dirigió a Inge y la tomó de la mano.

—Me parece que desde la ventana de mi habitación del hotel podría desearte los buenos días cada mañana.

—A veces te veo cuando te levantas.

—Oh, Dios mío —exclamó mi padre para hacerla reír.

Fue un día memorable. Después de entregarle a Inge los carretes de aquella mañana y de haber comprobado que Knautschke seguía vivo, se encaminaron hacia la salida. Mi padre nunca le preguntó a la muchacha cómo hacía llegar las fotos y la información a manos de los angloamericanos, y en aquel momento fue cuando ella hizo espontáneamente su única mención al respecto:

—Somos muchos los berlineses que luchamos contra Hitler. Berlín fue la ciudad que más se opuso desde el principio al nacionalsocialismo, y ahora no le podemos perdonar que, por su culpa, nuestra querida ciudad esté siendo destruida de este modo.

—Pero, si tantos oponentes tenía, ¿cómo es posible…?

—Hitler ganó unas elecciones —le interrumpió Inge—. Y somos muy disciplinados.

En ese momento, sonaron las sirenas ensordecedoras. Corrieron hacia el refugio antiaéreo marcado con las siglas LSR que había en la estación del U-Bahn más cercana, como muchos

otros transeúntes despavoridos. Comenzaron a oírse las explosiones y vibró el pavimento.

Bajaron las escaleras apretujados entre la multitud.

—El miedo huele —susurraba mi padre, recuperando un ramalazo de la emoción de aquel día—. El miedo hace sudar y huele, y se convierte en una sensación, en una percepción colectiva, sólida e intensa que empuja unas contra otras a las personas, unas en brazos de las otras, lo que se llamaba la Volksgenossenschaft, la camaradería patriótica. Se podía ver a hombres y mujeres fornicando delante de todos, sin el menor pudor. No bastaba con el abrazo reconfortante, necesitabas más. No bastaba con el beso de cariño y consuelo, necesitabas lengua y saliva. No bastaba con la calidez del cuerpo de al lado, necesitabas su ardor. Y qué coño, ¿sabes qué?, yo mismo no me pude contener. Esas cosas se contagian. Inge venía abrazada a mí, temblando de horror, la tempestad de fuego caía sobre nuestras cabezas y agrietaba la bóveda del subterráneo, y me encontré aplastándola contra la pared, besándonos los dos como posesos. Fue como si tuviera a la muerte respirándome en la nuca y pensara: «Un último deseo, por favor, un último deseo antes de morir». Y qué otro deseo se podía pedir que una descarga de placer y de vida. Le bajé las bragas y me bajé los pantalones y fue un polvo rápido entre el gentío y el griterío, muy rápido pero quizás el más intenso de mi vida mientras el mundo se hacía pedazos a nuestro alrededor.

103

A mediados de aquel febrero, Víctor Luys dejó de presentarse en el cuartel que la Guardia Civil tenía en la calle de San Pablo.

Cuando se despidió de Teresa, le avisó de que agentes de la Brigada Social iban a irrumpir en su casa y la interrogarían, y alguna bofetada sonaría, y probablemente se la llevarían a Jefatura, y le pidió perdón por todo ello, arrugado por la angustia. Ella no pudo contener las lágrimas, se abrazó con fuerza a su cintura y apenas pudo balbucir, entre sollozos, «me quiero ir contigo, me quiero ir contigo». Él le dijo: «No puede ser, Teresa, tenemos que pensar en el niño». Y añadió:

—Diles a todos que te he abandonado, que no me volverás a ver jamás.

Víctor llegó a una apartada masía de la Cerdaña, después de un largo viaje en tren y de dos horas de marcha por caminos rocosos y empinados entre bosques. Le sorprendió un comité de recepción armado con metralletas y dispuesto a disparar a la menor sospecha. Gente malcarada, dura, de poca paciencia, guerrilleros curtidos en Francia, ejecutores de nazis, expertos en volar puentes y tender emboscadas, condecorados con la Croix de Guerre, la Médaille de la Résistance o la Légion d’Honneur. Había voluntarios de todos los países. Rusos, argentinos, cubanos. Del grupo destacó Joan Arnalot, el joven anarquista hiperactivo que parecía una reencarnación del viejo Juliol, el que le avaló, el que le había proporcionado los datos necesarios para llegar hasta allí.

Un tipo llamado Quílez, fornido y de mirada clara y dura, se plantó ante él.

—Me han dicho que estás casado.

—Ya no.

—El divorcio no existe.

—En la España de Franco no, pero en la República sí. Y yo vengo a luchar por la República.

—Tienes un hijo.

—Ya no.

El tipo estuvo unos instantes sopesando la sinceridad y el aplomo de sus pupilas y, al fin, cabeceó y añadió que habría que eliminar aquel cabello blanco que le hacía demasiado identificable a ojos de cualquier testigo. Se lo teñirían de negro cada vez que bajaran a Barcelona y se llamaría Canut, Canoso, «¿y qué nombre quieres de pila?», «Fernando», pues Fernando Canut, Ferran Canut en catalán.

Lo incluyeron en el grupo de uno al que llamaban el Inglés, calvo y socarrón; Aregall, Rojo, Lapiedra, Arnalot, Pamplinas y Canut; y los pusieron a cargo del veterano Quílez. Él les enseñó a disparar con pistola automática y con metralleta Sten, inglesa, tan sencilla, con el cargador lateral; y a lanzar granadas y a manipular explosivos, y reptaron por los bosques y se escondieron tras los árboles y se tendieron trampas los unos a los otros. Se mantenían en forma haciendo largas marchas cargando mochilas de treinta kilos, además de la Sten y las granadas, y cavaban la tierra y cortaban árboles para que se les encallecieran las manos, que la policía se fijaba mucho en las manos, desconfiaba de los que tenían cara de obrero y manos de señorito y simpatizaba con los rudos labriegos que se suponía que no entendían nada de política. Les daban clases teóricas de táctica y de anarquismo («Sin el invento de la sociedad, el hombre continuaría siendo un animal salvaje, o sea, un santo») y les transmitían noticias que los enfurecían y los predisponían para el combate. Que se estaban abriendo numerosas industrias en toda España bajo el sello de «Industria Autorizada fuera del ámbito de las provincias catalanas», para que se le bajaran los humos a la ciudad industrial de Barcelona, cosmopolita, prepotente y arrogante. Que la banca catalana, que había sido puntera en toda España, ahora solo representaba el tres por ciento de toda la banca española. Que el gobierno estimulaba la inmigración pagando la mitad del billete de tren a todo aquel que quisiera instalarse en Cataluña, nada como un buen alud de palmas y bulerías y alegrías andaluzas para ahogar el separatismo catalán, tanto seny y tanta sardana, y tanto hecho diferencial. Les hablaban de una Barcelona con cinco mil personas albergadas en cuevas y antiguos refugios antiaéreos, sesenta mil en barracas y ciento cincuenta mil realquiladas en pisos con derecho a cocina.

Y, de pronto, les informaron de que iban a ir a Barcelona «para darse a conocer». Disponían de una semana para asestar una serie de golpes de mano a los objetivos que se les indicaban, para que tanto el régimen opresor como el ciudadano oprimido tuvieran constancia de que la guerra continuaba y el resultado no estaba tan decidido como todos creían. Después de lo cual, se trasladarían a otro lugar del Pirineo por donde cruzarían la frontera para llegar a un refugio que les tenían preparado en Perpiñán.

Estaban preparando sus pertrechos, la mochila, las armas, ropa y algo de comida, cuando Arnalot agarró a Víctor de la manga y se lo llevó aparte.

—¿Piensas en Teresa? —le preguntó, muy atento a su reacción.

—¿Qué Teresa?

—Tu mujer.

—Ya no hay Teresa. Ya no tengo mujer.

—¿No sientes la tentación de ir a verla?

—No hay mujer, Arnalot. Solo la lucha.

Arnalot asintió con la cabeza y se conformó.

Inglés, Aregall, Rojo y Lapiedra bajaron a la ciudad en un camión cargado de toneles de aceite, dentro de uno de los cuales ocultaban las armas. Payeses que bajaban al Mercado del Born que abastecía la ciudad. Pamplinas, Arnalot y Víctor fueron en tren, cada uno por su lado, cada cual con su excusa, que si voy al hospital, que si voy a ver a mi hermana, que si me han llamado de Capitanía, que me quiero alistar voluntario en el ejército. «Se me ha olvidado la carta en casa.» Respuestas para todo porque los controles eran continuos, todavía en aquel Noveno Año Triunfal, seis años de una triste posguerra que ya duraba más que la guerra misma. Quizás porque era verdad que la guerra aún no había terminado.

La banda del Inglés actuó por primera vez un lunes de marzo en la calle Valencia de Barcelona, 270 bis, atracando la joyería Rudolf Bauer. Víctor esperó fuera, al volante del coche; Pamplinas y Arnalot vigilaban la puerta; e Inglés y Aregall mantuvieron a raya a los empleados y clientes, mientras Rojo y Lapiedra vaciaban la caja y se apoderaban de las joyas expuestas.

El Inglés, que tenía una voz gruesa y sabía entonar como un político en pleno mitin, declamó:

—No somos atracadores. Somos resistentes libertarios. Lo que nos llevamos servirá para dar de comer a los hijos de los antifascistas que habéis fusilado y que hoy se encuentran abandonados y sufren hambre. Somos los que no hemos claudicado ni claudicaremos y seguiremos luchando por la libertad del pueblo español mientras tengamos un soplo de vida.

Se llevaron quinientas mil pesetas en metálico y ciento sesenta mil en joyas.

La prensa no dijo nada de aquel suceso. No se mencionaba ningún delito en los periódicos del martes. Solo se destacaban noticias con titulares como «El camarada Sanz Orrio preside varios actos sindicales en Reus» o «Concentración de camaradas de la Sección Femenina» o un artículo de fondo que se titulaba «Tengo fe en el Caudillo» y que empezaba diciendo «Tengo fe en Franco. En cuanto veo o simplemente presiento cualquier contingencia acechante en mi Patria, después de elevar mi plegaria a Dios, vuelvo los ojos al Caudillo de España y me siento lleno de confianza».

Víctor rememoraba esta etapa de su vida sin jactancia y sin entonación. Un poco triste. La vida es así: pasa lo que pasa y luego, al mirar atrás, no queda más remedio que conformarse con lo que fue. En todo caso, únicamente puedes preguntarte por qué sucedió, para no volver a cometer los mismos errores. Pero no hay que depositar demasiadas esperanzas en ello.

—Había llegado la hora tan ansiada de mi revancha —explicaba el amigo de mi padre—. Una revancha personal por seis años de cárcel injusta y cruel, por la muerte de Carmen, por la vida desgraciada de mis hijos, entregado uno en adopción, perdido para siempre. Podía hablar de la revolución, de la derrota del capitalismo, de la abolición de la propiedad privada y de la igualdad de los hombres pero, en el fondo, en verdad, no luchaba por la justicia, como siempre me aconsejó mi padre, sino por la venganza, que es justo lo contrario de la justicia. Aquella era una manifestación de rabia contra quienes habían destruido mi mundo, aquel mundo idealista de antes de la guerra, utópico, imposible e imperfecto, pero que al menos estaba cargado de buenas intenciones, de compasión y de solidaridad. Y los autoritarios fascistas, despiadados y codiciosos habían acabado con él. No podía quedarme cruzado de brazos. Al menos, devolver los puñetazos, aunque solo fuera antes de sucumbir.

»Sin embargo, no puedo negar que dentro de mí palpitaba la duda. Cuando me encontraba empuñando aquella Browning, me sentía absurdo. ¿Vas a disparar? Cuando estaba encañonando a los empleados de una joyería o de un almacén. ¿Vas a disparar? ¿Vas a ser capaz de matar al primero que se mueva, como dices? Cuando esgrimes una pistola, tienes que estar dispuesto a apretar el gatillo, a matar. De lo contrario, ¿qué estás haciendo con aquel chisme entre los dedos? Y yo sabía que no era capaz de disparar. Que aquella arma no tenía nada que ver con un juez, ni un jurado, ni un fiscal ni un defensor, que aquel cacharro no era más que odio y rabia y miedo y muerte y yo nunca sería capaz de apretar el gatillo. ¿Qué coño estaba haciendo allí?

»El martes de aquella semana, mientras Inglés y Arnalot y alguno de los otros iban a por un cargamento de armas que había que trasladar a un escondite, me dieron el día libre. Se suponía que me quedaría en la habitación de la pensión esperando instrucciones, pero desobedecí. Sabía a qué hora salía Teresa de casa para acompañar al niño al colegio, y allí me aposté para verlos a los dos, tan felices.

»Los seguí hasta una modesta academia de barrio, un piso de la calle de la Cadena, próxima al lugar donde habían matado al Noi del Sucre. Academia Lloveras anunciaba un rótulo en el balcón. Ante el portal, se agolpaban padres y niños chillones. Entró mi hijo, desapareció escaleras arriba, y Teresa echó a andar, sola, camino del taller de doña Pepita, donde cosía. Me acerqué a ella por detrás y, manteniéndome a una distancia de un par de pasos, murmuré: “No te vuelvas, no me mires, soy Víctor, te dije que vendría a verte, preciosa, querida mía, y aquí me tienes”.

»Se quedó sobrecogida, lo noté, parada al borde de la acera, como si tomara excesivas precauciones antes de cruzar. Le transmití las instrucciones que ya había preparado. Que telefoneara a doña Pepita disculpando su presencia, que estaba enferma, que iría más tarde. Que tomara un tranvía y se trasladara a la parte alta de la ciudad, Vía Augusta esquina con Diagonal. Yo ya disponía de un coche robado al que había cambiado las placas de la matrícula, y pasé a por ella. Tan bonita y angelical, con su abrigo marrón y un pañuelo estampado de flores al cuello. Entró en el coche, muy emocionada, y la llevé al meublé Pedralbes de la carretera de Sarriá. Para

proteger la identidad de sus clientes, el establecimiento permitía el acceso de taxis y coches particulares al garaje, por donde se podía pasar directa y discretamente a las habitaciones. Allí, rodeados de espejos y cortinajes rojos, ella soltó la risa ante mis cabellos negros, teñidos con La Carmela López Cano (perfume selecto), y me dijo que parecía más joven, y nos besamos.

Después de pronunciar estas palabras, Víctor se quedó silencioso y pensativo, abrumado por la melancolía. A lo largo de las investigaciones que tuve que llevar a cabo para reconstruir estas historias, muchas veces lamenté haber despertado recuerdos tan pesados y dolorosos.

Al día siguiente, miércoles, Arnalot, Víctor y el Inglés entraron en la fábrica de automóviles Eucort de la calle Consejo de Ciento.

—¡No somos atracadores! ¡Somos resistentes libertarios…!

Se llevaron cien mil pesetas. Pero la noticia tampoco trascendió. El jueves, La Vanguardia dedicaba la primera plana a la Catedral de Colonia y la información nacional se centraba en la celebración del santo patrón de los estudiantes, la visita de las tunas universitarias al Caudillo y el homenaje de la Falange al general Solchaga.

A medianoche de ese jueves, Víctor requisó un enorme Cadillac en el garaje Luxor de la calle Neptuno, número 10. Con él, recogió a una fulana de la calle de las Tapias y se la llevó al meublé Pedralbes de la carretera de Sarriá. Una vez dentro del garaje, Víctor aconsejó a la prostituta que se mantuviera al margen y abrió el amplio maletero para que salieran de él Arnalot y Aregall. Inmovilizaron a los empleados y abrieron la puerta que daba a la calle, por donde hicieron su aparición el Inglés, Rojo, Pamplinas y Lapiedra. Fueron irrumpiendo en las habitaciones, donde sorprendieron a hombres y mujeres en las posturas más comprometidas.

—¡Manos arriba! ¡Fuera de aquí! ¡No somos atracadores! ¡Somos resistentes libertarios! ¡Vuestro dinero servirá para dar de comer a los hijos de los mil seiscientos cuarenta y tres camaradas que habéis fusilado en el Campo de la Bota!

En el interior de una de las habitaciones, se produjo una serie de explosiones inesperadas y silbaron las balas entre el griterío y el pánico general. Cayó Joan Arnalot contra la pared y retrocedieron sus camaradas. El primero en reaccionar fue el Inglés, que replicó a los disparos con disparos. Se oía la voz ronca de un hombre dentro del cuarto, «¡hijos de puta, rojos de mierda, ladrones asquerosos!». A los balazos de la pistola del Inglés se sumaron los de Rojo y Pamplinas, que perforaron el entrepaño y astillaron el marco. En el silencio siguiente, el Inglés empujó la puerta de un puntapié para encontrarse a un hombre desnudo, despeinado y ensangrentado, muerto a los pies de una cama donde una puta pataleaba un ataque de histeria.

—Fue terrible tener que dejar allí el cuerpo de Joan Arnalot, gran compañero, entrañable amigo. Pero allí quedó.

—Ahora sí que se hablará de nosotros —exclamó el Inglés mientras huían.

Pero se equivocaba. Aquella vez, como las anteriores, la prensa los ignoró. Se consignaba, eso sí, la detención de varios «amigos de lo ajeno», ladrones de plumas estilográficas, estuches de manicura, ruedas de motocicleta, una máquina de escribir y varios coches, lo que tal vez quisiera

decir que la policía estaba reaccionando pero no sabía en qué dirección moverse.

El viernes por la mañana, los seis supervivientes de la banda del Inglés se llevaron ciento setenta y dos mil pesetas de la sucursal que el Banco de Bilbao tenía en la calle Mallorca. El sábado, camino de la frontera francesa en un camión robado, aún les dio tiempo de atracar una masía del Montseny, donde obtuvieron cincuenta y cuatro mil pesetas, veinticinco kilos de productos del cerdo, treinta y seis pares de alpargatas, una gabardina y una escopeta de caza.

Cuando llegaron a Perpiñán, los esperaba su instructor, Quílez, en un viejo caserón de las afueras, rodeado de un jardín selvático, que a partir de aquel día denominarían la Osera. El Inglés llegaba enfurecido, con sensación de fracaso, protestando que ni siquiera matando a un fascista habían conseguido que los ciudadanos se enterasen de su existencia, pero Quílez, por el contrario, se mostró entusiasmado.

—La policía sí que ha oído hablar de vosotros —les dijo—. Están enloquecidos. Habéis salido de la nada, no se lo esperaban, y no han sido capaces de reaccionar. ¿Habéis encontrado algún control en la carretera? Claro que no. ¿Y mayor presencia policial por las calles? Tampoco. Habéis actuado y salido disparados antes de que pudieran preparar un plan de acción. Han movilizado a sus confidentes, pero la mayoría de ellos son amigos nuestros y nos informan más a nosotros que a ellos. Ya empieza a correr el rumor de que existe una banda del Inglés. Hemos iniciado la leyenda. Los policías tienen mujeres e hijos que hacen correr la voz, y los confidentes también. Identificaron a Arnalot, claro, y lo han asociado a Pamplinas y se supone que también a ti, Víctor, porque coincidisteis en la cárcel y tú eres de los desaparecidos. Todo eso juega a nuestro favor.

»Han encargado del caso al comisario Miguel Jinete, que es muy burro, hará muchas detenciones y alborotará el gallinero, y eso también juega a nuestro favor. Lo hemos conseguido, muchachos, lo hemos conseguido.

104

A los atracos de la banda del Inglés, siguieron días de pesadilla para las células anarquistas de la ciudad. Policías de paisano y de uniforme irrumpían en pisos y procedían a registros salvajes y arbitrarias detenciones. Porrazos, chillidos, algún tiro que otro, y las consiguientes palizas y torturas en la Jefatura de Vía Layetana.

La mayoría de los detenidos no eran militantes izquierdistas ni lo habían sido nunca, sino simples sospechosos, parientes de algún prófugo o recluso de conocida militancia, o que en algún momento habían dicho o aplaudido determinada inconveniencia en contra del régimen. Se trataba de sacarles algo, cualquier cosa, un indicio, un nombre, una dirección que pusiese a los investigadores sobre la pista correcta.

Las células anarquistas de Barcelona pertenecientes al MLR (Movimiento Libertario de Resistencia), que se dedicaban a cuestiones orgánicas de proselitismo y propaganda y que habían conseguido mantenerse a salvo, elevaron su protesta a los dirigentes del MLE (Movimiento Libertario Español) en el exilio y estos reclamaron responsabilidades al grupo de la Osera.

Siguieron no pocas discusiones y recriminaciones entre unos y otros, y Quílez, como jefe del grupo, en lugar de sentarse a razonar con sus superiores, porque creía que no tenía superiores ya que no hay anarquista superior a otro, decidió actuar por su cuenta y enviar a los militantes barceloneses un mensaje que los pusiera definitivamente en su sitio.

Una carta en la que se exigía su colaboración incondicional en la lucha armada y en la que se les advertía de una próxima acción contundente contra el régimen fascista. Y Víctor Luys había de ser el encargado de entregar la carta en mano.

Cinco sobres escondidos en el doble fondo de la maleta de cartón, llena de pobreza, que llevaba consigo el campesino Fernando Canut, mal afeitado, manos callosas y sucias de labrador, boina con el polvo y la paja de la era, camisa de cuadros, chaqueta barata, pantalones con rodilleras y alpargatas. Si le preguntaban, balbuciría una excusa complicada referente a una herencia perdida, un hermano malvado que se había quedado con la parte que le correspondía a él, o quizás unas tierras perdidas en una partida de naipes y la necesidad de ir a buscarse la vida en la capital.

Desde la estación de Francia se encaminó, por detrás de los muelles de carga, tinglados y grúas, hacia la apartada Barceloneta de bloques de casas dispuestos ordenadamente para formar calles estrechas y sombrías. Olor a mar y a pescado, redes a la vista, señoras cosiendo y charlando a las puertas de las casas ahora que empezaba a hacer buen tiempo.

Llegó a una de las viviendas, anónima y como abandonada, en la calle de la Sal, refugio conocido con el nombre de la Ostia, porque a la Barceloneta siempre la habían llamado la Ostia, quien sabe si por referencia a la Ostia Antica de Roma.

—Irás a la Ostia —le había dicho Quílez.

—¿Cómo?

—A la Ostia, a la Barceloneta. Calle de la Sal, número 5. Toma las llaves.

Se decía de la Barceloneta que era un barrio de tradición catastrófica, que seis años después del triunfo franquista aún parecía una zona de guerra. Entre el 37 y el 39 habían caído sobre ella más de cuarenta bombas y nadie parecía haber hecho el menor esfuerzo por reparar los estragos causados. En los solares se amontonaban los cascotes y las vigas, en algunas paredes se podía ver el último empapelado que habían colocado sus habitantes o el bodegón colgado y torcido. Las casas que quedaban en pie, bajas, de dos o tres pisos a lo sumo, estaban resquebrajadas por los terremotos y las ondas expansivas. Y, en medio de aquel desastre, todavía sobrevivían algunas vecinas que sacaban sillas a la calle, en la espléndida tarde mediterránea, para ver pasar la vida o para pegar la hebra con el primer interlocutor que pillaran.

Se metió en una caja de zapatos. Un habitáculo de treinta y dos metros cuadrados con mesa, sillas y un fogoncito en un rincón. Un sótano al que se accedía por una trampilla de relinga

situada en mitad del paso. Abajo, muchas cajas de madera. El cargamento de armas que días atrás habían trajinado Inglés y los otros desde el puerto. Arriba, un altillo con catre donde pasar las noches.

En aquel refugio, el palurdo se convirtió en ciudadano gris, normal y corriente. Camisa barata, traje no muy bien planchado, corbata, zapatos muy usados, sombrero, alguien anónimo, Fernando Canut, del comercio, con maleta llena de cartones de botones, cintas, carretes de hilo, agujas de coser, alfileres y corchetes. Y, debajo de todo ello, las cinco cartas.

Se encontró con Lucio Puente en un bar del chaflán de Gran Vía —avenida de José Antonio Primo de Rivera— con Borrell. Se sentó a la mesa donde le estaba esperando aquel hombre cargado de espaldas y rostro amargo, pero no pidió nada al camarero. Solo entregó el primer sobre y dijo: «Contamos con vuestra colaboración incondicional», y se fue sin pararse a escuchar la réplica, «¡no nos jodáis!, ¿me oyes?, ¡no nos jodáis!».

Mateo Pérez y Pérez quiso verle en el tranvía, en la parada de la plaza de Universidad. Un encuentro sin palabras. Era un tipo con gafas gruesas, con mirada y mueca de hostilidad, que agarró el segundo sobre de un zarpazo y le dio la espalda de inmediato para apearse en la siguiente, sin más.

En un taxi, se trasladó Víctor a la Diagonal —avenida del Generalísimo Franco—, en la parte alta de la ciudad, donde estaban construyendo pisos de lujo, y el capataz de una obra, Julián Rodrigo, salió a su encuentro para recibir la misiva. Este, grueso, fornido, con cara de ogro, le pidió responsabilidades con malos modos. «¡Con vuestras acciones irresponsables, ponéis en peligro toda la infraestructura que tenemos montada aquí!» El temblor de sus dedos al rasgar el tercer sobre y extraer la carta delataban su miedo incontrolable.

—Cada vez que vosotros jugáis a los gángsters aquí, los señores vienen a vernos y alguno de nosotros se lleva una paliza. Cuando te hagas el George Raft, piensa que por tu culpa gente inocente va a recibir una paliza como mínimo. Eso si no le hacen la bañera, o el submarino, o le pegan descargas eléctricas en los huevos. Que la última vez detuvieron a mi sobrino de diez años, ¿lo has oído bien?, de diez años —leyó la nota allí, en mitad de la calle, y la arrugó entre sus dedos crispados, muy colorado, al borde de un ataque. Y amenazó con un dedo índice como una porra—. ¡No contéis conmigo! ¿Me has oído? ¡No contéis con nosotros!

Le contagió el pánico de tal manera que Víctor se encontró huyendo de allí a toda prisa. Su seguridad se tambaleaba. La justicia. Luchar por la justicia. La venganza. Vio a Joan Arnalot cayendo fulminado en el pasillo del meublé y experimentó entonces, entonces y no antes, la sacudida del dolor, del horror y la ira por la muerte del amigo.

—¿Qué coño hacía yo diciendo a aquella pobre gente que tenían que apoyarnos a la hora de matar, si yo era incapaz de matar a una mosca?

Llegó tan trastornado a la academia donde estudiaba su hijo que le flaqueaban las piernas, y se acercó a Teresa, que estaba esperando a Javier mezclada con otros padres. Se puso tras ella y le habló al oído:

—Deja al niño con alguien. Ven. Te necesito. En Vía Augusta con Diagonal, como la otra vez.

Notó su estremecimiento y se supo amado y entendió que aquel era su lugar, un lugar pequeño, con una mujer modesta, muy lejos de las grandes ideas utópicas e inconcretas, a mucha distancia de la salvación del género humano y del cambio del orden establecido, por injusto que fuera. ¿Qué coño significaba luchar por la justicia?

—Tu padre era un inútil —había dicho Juliol una vez—. Un inútil, porque no era un hombre de acción.

—Y yo era un inútil —añadió Víctor cuando se confiaba a mí—. Me sentía un inútil, porque tampoco era lo que se entendía por un hombre de acción.

Teresa le esperaba, como la otra vez, cuando él pasó a recogerla en un taxi y, cuando ella montó a su lado, tuvo que reprimir las ansias de besarla, de tocarla y de suplicarle que lo salvase. Ella, tan pegada a él como permitía la moral cristiana imperante, le susurró al oído: «No me lleves a un meublé, no me gusta, me hace sentir sucia». Él, sin dudar, le pidió al conductor que los llevase a la Barceloneta.

Entraron en el refugio de la Ostia como si fuera su hogar, y subieron al altillo, y pasó lo que pasó, así lo decía Víctor con la mirada perdida, el día en que me contaba su penosa vida de pistolero, poco después de la muerte de mi padre.

—Pasó lo que pasó —y suspiraba como lo hacen quienes recuerdan el momento más trascendental de su vida—. Mientras le hacía el amor, entendí que yo no servía ni siquiera para luchar con la palabra, porque no tenía la palabra ni conocía la verdad absoluta, y porque me parecía que palabra y lucha eran palabras incompatibles. Y eso, esos pensamientos pequeñoburgueses y repugnantemente reaccionarios, me colocaban en un punto donde no servía para nada. No servía para nada.

»Y no sé quién empezó, si ella o yo, pero los dos estuvimos hablando de eso, y Teresa se destapó. No le gustaba encontrarse conmigo en un meublé, no le gustaba estar sola en casa, no le gustaba que Javier no tuviera padre.

—Me vino a buscar la policía, lo sabes, ¿verdad? Vinieron a buscarme, y me pegaron unas cuantas bofetadas. Y suerte tuve de Miguel, que les paró los pies, y las manos, y me soltó. Y no quiero que sea Miguel quien me proteja. Quiero que seas tú. No quiero un marido valiente fuera de casa. Quiero un marido valiente en casa, para que proteja a mi hijo, aunque los demás digan que es una cobardía.

Víctor suspiraba como si el dolor lo estuviera ahogando. Aquella conversación con Teresa lo cambió, eso decía él, y al día siguiente fue otro Víctor el que fue al encuentro de un tal Enrique Zarra, en el muelle de San Beltrán, muy cerca de donde él y Miguel Jinete habían trabajado juntos, tantos años atrás, con la cuadrilla de barrenderos de los barcos de carbón. Enrique Zarra era un tipo de unos cuarenta años, musculoso y recio, de mandíbula cuadrada, que aceptó la cuarta carta disciplinadamente. «Lo que haya que hacer se hará, pero creo que no es el momento.» Víctor le respondió:

—¿Y cuándo sería el momento, según tú?

Se separaron sin respuestas, como dos piedras que chocan en el aire y salen despedidas en direcciones contrarias.

En la estrecha calle de Ramón Berenguer el Viejo, que une la calle del Arco del Teatro con la del Cid, estaba el mercado de los colilleros, esforzados ciudadanos que, después de recolectar por toda la ciudad puntas de cigarrillo y puro que pinchaban con un palo especialmente diseñado para ello, reconvertían las hebras de tabaco en nuevos cigarrillos liados con papel Smoking. En el suelo, sobre enormes pañuelos que se podían recoger rápidamente de un manotazo en caso de que alguien gritara «¡Agua!» al advertir la presencia de la autoridad, se exhibía una amplia colección de zapatos y relojes, plumas estilográficas, billeteros usados y bisutería más o menos auténtica. Más allá, las putas gateras, que birlaban la cartera del cliente mientras este se concentraba en quilar con una colega en algún piso ruinoso de la calle Peracamps, o Cid, o Mina. Y, en una esquina, una mujer ofrecía hogazas de pan blanco envueltas en un paño harinoso.

Una vez en la calle del Arco del Teatro, recovecos malolientes, presencias famélicas envueltas en papeles de periódico, cabezas rapadas para evitar piojos o tiña, o para delatar al que acababa de salir de la trena. Y el primer portal a la derecha conducía a unas escaleras estrechas, empinadas, tenebrosas y fatigosas, y las escaleras llevaban al piso de Venancio Pedrosa.

—Adelante. Pasa, pasa.

Cojo y encorvado por una herida de guerra, cara de niño, siempre jovial y optimista, la risa a punto, demasiado sumiso y halagador quizá, demasiadas ganas de gustar. Frágil e inseguro frente al corpachón de Víctor que obturaba y oscurecía el pasillo.

—Pasa, pasa.

Piso donde se amontonaban botines de robo pagados a precio de saldo. Aparatos de radio, neveras, lámparas de pie, prendas de ropa, una caja de botes de crema Ponds para el cutis.

—Pasa, pasa.

Víctor no quería pasar. Quería acabar cuanto antes e irse de allí. Se sentía encerrado, como en una celda de castigo. Todos los encuentros anteriores habían sido al aire libre. Le entregó la quinta carta y Venancio Pedrosa abrió el sobre, lo leyó y no reaccionó de ninguna manera, como si ya conociera su contenido. Solo dijo: «Ya».

—Ya —y dejó la misiva a un lado, sobre una mesa cubierta de objetos heterogéneos. Añadió—: Miguel Jinete sale todos los días de la Jefatura de Vía Layetana a las dos para ir a comer a su casa de la calle Provenza. En un coche oficial con chófer suele subir por la calle de Marina, junto al templo de la Sagrada Familia, entre las dos y cuarto y las dos y media.

—¿Y…? —preguntó Víctor tratando de permanecer imperturbable.

—Díselo al Inglés. Él ya sabe de qué va. Marina, Provenza, Sagrada Familia, entre las dos y cuarto y las dos y media.

105

A principios de marzo, se difundió el rumor de que el ejército ruso había llegado al Oder, a ochenta kilómetros de Berlín, y mi padre conoció lo que es una población poseída por el terror. La perspectiva de que los rusos pudieran entrar en la ciudad antes que los ingleses y norteamericanos era la peor de las noticias. Los rusos eran considerados como salvajes, despiadados, obcecados por el afán de vengar las atrocidades que el ejército alemán había cometido durante la invasión, en Smolensk, en Leningrado, en Kiev, en Sebastopol, en Stalingrado. Durante demasiado tiempo habían oído hablar de los rusos como alimañas a las que había que aniquilar para que ahora no temieran que las bestias acosadas se revolvieran y se cebaran contra ellos.

«¡Que vienen los rusos!», se oía gritar por todas partes, y se veía pintado por las paredes de la calle, o en los tabiques de los lavabos, Der Iwan kommt!, y se imaginaban a unas hordas soviéticas nutridas, según los rumores, por un millón de psicópatas criminales sacados de los gulags. Tiempo atrás, Von Ribbentrop había dicho que Alemania había perdido la guerra pero aún conservaba la potestad de decidir contra quién perder. Eso ya no era verdad. Hasta entonces, se había contado el chiste de que los optimistas estaban aprendiendo inglés y los pesimistas, ruso; pero eso había cambiado. Ahora decían que las siglas que se veían en todos los refugios, LSR (Luft Schutz Raum, refugio antiaéreo), significaban Lernt Schnell Russich: «Aprenda ruso en seguida».

Por sorpresa, una noche el cabaret Pompeya se llenó de cosacos camorristas. «¿Quiénes son estos?» Ya habían llegado los rusos. Eran miembros del batallón de un ruso antisoviético llamado Andréi Vlasov, que formaba parte de la división Döberitz, comandados por el coronel Zajarov y conocidos como los Panzerknacker (DestrozaPanzers). Su comportamiento corroboró los temores de los berlineses referentes a la supuesta brutalidad eslava. Se emborracharon a conciencia y tenían mal vino. Rompieron alegremente vasos, copas y botellas, se empeñaron en bailar el tango con Lola de Córdoba, se abalanzaron sobre la orquesta de señoritas, la emprendieron a puñetazos con quienes les llamaron la atención, Lalo Valente el primero, y tuvieron que ser desalojados con toda la contundencia y energía de un par de patrullas de la Volkssturm, que no salieron muy bien paradas en la reyerta.

Aquel incidente fue la confirmación de lo que les esperaba a los berlineses si los rusos llegaban a la ciudad antes que los enemigos occidentales. Así eran los rusos que luchaban a favor de los alemanes: resultaba espantoso imaginar cómo serían los que luchaban contra ellos.

Y el día 18 de marzo se produjo el gran bombardeo sobre Berlín. Todos los anteriores habían sido tímidos ensayos comparados con aquel. Mil doscientos cincuenta bombarderos de la USAF sobrevolaron la ciudad y soltaron tres mil toneladas de bombas. Mi padre lo vivió en el refugio del hotel, apretujado con los demás huéspedes, sus compañeros músicos y el personal que allí trabajaba. Todos con las miradas fijas en las tres velas que iluminaban la escena. Una vela estaba en el suelo, otra sobre una silla y la tercera sobre una repisa, a la altura de un metro ochenta. Con ellas se comprobaba el buen funcionamiento del sistema de ventilación. Si se apagaba la del

suelo, era indicio de que se estaba agotando el oxígeno; si se apagaba la de la silla, entendían a partir de qué nivel el aire era irrespirable y levantaban a los niños en brazos. A partir de ese momento, la gente rezaba para que terminara el bombardeo antes de que se apagara la tercera vela.

Foto del precipitado traslado de los enfermos y heridos de los hospitales Charité, Auguste Viktoria y la Clínica de Robert Koch hacia un solo complejo. Foto de niños de doce y catorce años trabajando en la construcción de parapetos y barricadas, llenando con arena y adoquines las carcasas de tranvías destrozados para que sirvieran de obstáculo a los tanques, o cavando zanjas. Se podía observar que se habían fabricado cascos militares a la medida del cráneo de los niños. Foto del Instituto de Física Kaiser Wilhelm y la llamada Casa del Virus, donde se decía que estaban fabricando la bomba atómica y donde se suponía que había un ciclotrón capaz de generar un millón y medio de voltios.

La siguiente vez que se encontraron, Inge se agarró de las solapas de mi padre y lo miró con ojos despavoridos:

—¡Llévame contigo! —le suplicó—. Los rusos van a llegar antes que los americanos. Dicen que violan a todas las mujeres y que después las matan de una manera espantosa. Hemos estado haciendo todo lo posible para ayudar a los americanos a que llegaran primero, les hemos enviado fotos, tus fotos, y tus informaciones, pero no lo hemos conseguido. Llévame contigo, Fernando, por favor, te lo suplico.

Luego resultó que incluso Goering y Himmler habían tratado de establecer una especie de alianza anticomunista con ingleses y yanquis pero ya no había nada que hacer.

Una noche, mientras actuaba la orquesta de señoritas y algunas de sus componentes se perseguían por el escenario y enseñaban las tetas, un oficial de las SS, desbordante de vodka, se atrevió a decirlo en voz alta:

—Wir werden diesen Krieg nicht gewinnen. No vamos a ganar esta guerra. ¿Es que no lo veis? Los alemanes no somos guerrilleros. Cuando los rusos entren en la ciudad, no sabremos pararles los pies, no sabremos improvisar porque no sabemos actuar individualmente. Seríamos incapaces de ocupar una estación ferroviaria si antes no comprásemos los billetes de andén. ¿Es que no lo veis? Seht ihr es nicht? Todos estamos pensando ya en si vamos a tomar cianuro o nos vamos a pegar un tiro. Seht ihr es nicht?

En seguida lo hicieron callar, que se sentara y dejara de pegar voces y disfrutara de las payasadas de las Fraulein, pero esa fue una demostración innegable de que el fin estaba muy cercano. Días atrás, lo habrían fusilado por decir algo semejante en público.

Aún no se había restablecido la calma cuando mi padre se acercó a Lothar Böhm con cautela.

—Cuando nos vayamos… —empezó.

Lothar lo interrumpió con una mirada muy triste. Tenía la guerrera desabrochada hasta el pecho y el cabello despeinado. Estaba irreconocible. Dijo, desde el fondo de su borrachera:

—Hitler solo ha cumplido una de todas sus promesas. Dijo: Geben Sie mir die Macht, und innerhalb von zehn Jahren werden Sie Deutschland nicht wiedererkennen. Dadme el poder y, dentro de diez años, no reconoceréis Alemania. Sí, señor, lo ha conseguido —apretó los dientes y se rindió a la melancolía—: Era tan fácil y tan hermoso. Veníamos de la gran derrota, teníamos que decirnos a nosotros mismos que no éramos una mierda, exigíamos la revancha, la segunda oportunidad, y el Führer nos la dio. Nos hizo creer que éramos superhombres, los mejores del mundo, los únicos susceptibles de ser los dueños del mundo. Era muy hermoso, y estimulante. Y tan fácil.

Mi padre guardó un respetuoso silencio ante el lamento del nazi vencido y, a continuación, se aclaró la garganta y volvió a empezar:

—Cuando nos vayamos, Lothar… Una persona se vendrá conmigo, una berlinesa.

Se endureció la expresión del alemán, que disparó de soslayo una mirada que fue como un flechazo gris entre ceja y ceja. Un «¿Quién?» que fue como un «No», y un «No» que significaba al mismo tiempo «No me pidas eso» y «No te voy a conceder lo que me pides».

—Una mujer, Lothar —insistió mi padre, paralizado de miedo—. Se va a venir conmigo, y quiero que tú me ayudes. Por favor, Lothar. Bitte, Lothar.

No iba a permitir que la maldición de los Gavanza alcanzara también a Inge Berckholtz y le amargara la vida. No podía permitirlo porque no podía permitírselo.

106

De Miguel Jinete se decía que, en su despacho de Vía Layetana, detrás del sillón, tenía un retrato de Manuel Bravo Portillo, el que fuera jefe de la policía de Barcelona, feroz represor del anarquismo en 1917, jefe de una banda de asesinos que actuaba paralelamente a la del barón de Koening, encarcelado y expulsado de la policía el 23 de junio de 1918, ejecutado por los anarquistas el 5 de noviembre de 1919 en la esquina de las calles de Córcega y Santa Tecla. Y, a ambos lados del retrato, un par de vitrinas donde se exhibían las armas confiscadas a los anarquistas detenidos o muertos. Cuarenta y cinco años, grandote, panzudo, elegante y brutal, contaban que se empeñaba en torturar personalmente a quienes caían en sus manos. Le habían oído decir: «Ya sé que me matarán los de la CNT pero, hasta que eso ocurra, me llevaré unos cuantos por delante».

Aquel lunes, 2 de abril de 1945, le estaban esperando en la calle de Marina, entre las calles de Mallorca y Provenza, frente al inacabado templo de la Sagrada Familia.

Eran las dos y cinco del mediodía.

Al hombre del mono azul, que fingía reparar una furgoneta estropeada, le llamaban el Inglés.

Había dos hombres más dentro del vehículo, Pamplinas y Lapiedra, y otros tres al otro lado de la calle, en el chaflán, dentro de un Fiat. Aregall, Rojo y Víctor Luys.

—¿Qué hacía yo allí? Íbamos a matar a Miguel Jinete. A Miguel Jinete, ¿te das cuenta?

Víctor había llegado a Perpiñán y había transmitido al Inglés y a Quílez el mensaje de Venancio Pedrosa pronunciando el nombre de Miguel Jinete como si no tuviera nada que ver con él, y había escuchado los planes para acabar con su hermano, amigo, traidor, a quien debía la vida, como si no se le retorcieran las tripas llenas de serpientes anudadas. Tenía la intención de apartarse del grupo, de proclamar su cobardía o su incapacidad para la acción, pero el nombre de Miguel Jinete lo paralizaba. No quería matarlo. ¿O sí? Había jurado tantas veces que lo mataría. Quería negarse a participar en el atentado, pero no supo cómo hacerlo porque algunas de sus convicciones le empujaban a considerar que la muerte de un comisario torturador se parecía mucho a un acto de justicia. Pero… Miguel Jinete, uno de los Tres del Pompeya. El que se reía tanto cuando Fernando decía Mirá vos, qué piola. Me recordarás siempre golpeándote como un malvao.

—… De pronto, tenía una metralleta Sten en la mano, y no había replicado nada cuando el Inglés me dijo que yo me encargaría del fuego cruzado, que tantas veces habíamos ensayado. Dudé tanto, «lo digo o no lo digo, me voy o no me voy», que ya estaba allí, y eso significaba que iba a matar, por primera vez en mi vida iba a matar, y además iba a matar a mi hermano, a mi hermano el traidor, el embustero, el tramposo, el asesino, y yo no quería estar allí. Aquel no era mi sitio. Pero ya no podía echarme atrás.

«Quiero un marido valiente en casa», había dicho Teresa, «para que proteja a mi hijo, aunque los demás digan que es una cobardía».

—Ahí están.

«Si piensas, te hundes.» Había que pasar a la acción. Emborracharse de adrenalina. Y, después, de coñac, o de lo que fuera, cualquier cosa que paralizara los pensamientos, que adormeciera los sentimientos y conservara intacta la esperanza.

—Vamos.

Un impresionante Citroën Stromberg de color negro. En el interior, Miguel Jinete, su amigo de la infancia, el que un día de 1909 le mostró una calavera de fraile, sacada de la cripta de un convento, y estuvieron jugando con ella. No quería disparar. Quería irse de allí. «Me fusilarán por traidor, me fusilarán por cobarde.»

El Inglés salió corriendo, se plantó en mitad de la calle armado con su metralleta Sten y vació el cargador en dos segundos de estrépito ensordecedor. Simultáneamente, Víctor y Rojo, junto al Fiat, enviaron una granizada de fuego cruzado.

En la confusión, Víctor dirigió sus balas hacia el otro lado de la calle, destrozó los cristales de un coche aparcado. «Me fusilarán por traidor.» El Stromberg tropezó con un muro invisible envuelto en un halo de cristales pulverizados.

Se eternizaron las detonaciones y en seguida, también, el silencio repentino. Se produjo un vertiginoso vacío en el espacio y en el tiempo.

El Inglés corrió hacia el automóvil oficial mientras se escuchaba el rugir de los motores que iniciaban la fuga. Todos vieron su gesto de exasperación. La furgoneta pasó por su lado, el Inglés saltó al estribo en marcha y, antes de meterse en la cabina, gritó:

—¡No era Jinete, coño! ¡No era Jinete!

Nadie abrió los balcones hasta pasado mucho rato, nadie se asomó a los portales hasta que se hubieron asegurado de que los pistoleros habían hecho mutis definitivamente. Luego se escucharon sirenas que se aproximaban.

Los muertos eran Santiago Dueso Ballesta, secretario del Frente de Juventudes del Distrito Universitario, y su chófer, Avelino Puntoalto Ramírez.

Miguel Jinete, en su despacho, continuó diciendo: «Ya sé que me matarán los de la CNT pero, hasta que eso ocurra, me llevaré a unos cuantos por delante». Y lo estuvo repitiendo hasta que lo jubilaron.

Al día siguiente, la prensa dijo, en un rincón de la página 8:

Criminal agresión.

En la Jefatura Superior de Policía se facilitó ayer a los informadores la siguiente nota:

A primeras horas de la tarde de hoy, en la calle de Marina, entre Mallorca y Provenza, un coche del Parque Móvil de los Ministerios Civiles, en el que viajaban don Santiago Dueso Ballesta, secretario del jefe del Frente de Juventudes de este Distrito Universitario, y el chófer de dicho Parque, Avelino Puntoalto, que se dirigía al campo de deportes del Frente de Juventudes, sito en la barriada del Guinardó, fue objeto de una bárbara agresión perpetrada desde una camioneta que se hallaba apostada en dicho lugar. Los criminales que ocupaban dicho vehículo dispararon con pistola ametralladora, ocasionando la muerte de los dos ocupantes del automóvil agredido.

Nada más. Ningún editorial, ningún artículo de opinión. Ninguna secuela en días sucesivos. Nada más.

107

La primera versión que escuché del atentado contra Miguel Jinete, de labios de Víctor, fue superficial y algo apartada de la realidad.

Estábamos mis padres, Víctor y yo en la sobremesa de la cena de aquel día en que, con el amigo de mi padre, habíamos caminado tanto, desde el Tibidabo hasta casa. Él me había invitado a comer en el restaurante que hay junto al templo y me contó la historia de Carmen mientras paseábamos montaña abajo, hasta Balmes, y Balmes abajo, hasta Aragón o Gran Vía, deteniéndonos de vez en cuando, agotado yo más que él, y maravillado ante tanto aguante a sus setenta y cinco años. «Una caminata así me la hago yo, día sí día no, a la montaña», se ufanaba él. «Si no es nada.»

Al llegar a casa, caí derrengado en el sofá y él disimuló su cansancio y, después de cenar, aún nos quedamos charlando y viendo la televisión durante un buen rato. Fue el día en que el equipo médico habitual hablaba de «Extrema situación crítica», preparándonos para el final del Caudillo. La situación cardiocirculatoria se había deteriorado, presentaba tendencia a la hipotensión arterial, empeoraba la función respiratoria, tenía la temperatura regulada a treinta y cuatro grados y persistía el fallo renal agudo pero, por lo visto, el estudio electroencefalográfico acreditaba una «actividad bioeléctrica cerebral conservada», lo que quería decir, como no se cansaba de hacer notar mi padre, que estaba consciente y notaba que se estaba muriendo lentamente. «Brindemos por ello.»

Y de pronto mi padre demostró una vez más su despiste e ingenuidad al comentar:

—El que también debía de ser un buen pájaro era Miguel.

—¿Un buen pájaro? —Víctor lo miró de reojo, alzando una ceja—. Fue un torturador y un hijo de puta.

—Bueno… —mi padre no sabía cómo rescatar el recuerdo del viejo amigo.

—A mí nunca me cayó bien —observó mi madre.

Y, después de una pausa, Víctor declaró:

—Yo una vez fui a matarlo. Estuve a punto de matarlo. Metralleta en mano. Delante del templo de la Sagrada Familia.

Daba a entender que había asistido a su frustrada ejecución con pleno convencimiento y ganas de matar. Fue mucho más adelante, ya después de muerto mi padre, cuando me relató las cosas tal como habían sucedido, con sus miedos y contradicciones, y la descarga contra el coche equivocado, pero aquella noche la conversación quedó encallada ahí y centrada en la personalidad del amigo policía.

Fue entonces cuando mi padre afirmó que Miguel Jinete era el que tenía más miedo de los tres, un pobre desgraciado asustado. Yo protesté: «¿Un pobre asustado? ¡Era un hijo de puta!», y mi padre aceptó: «Eso también, pero un hijo de puta asustado».

—Siempre que pudo, nos echó una mano —insistía mi padre en su papel de abogado defensor. Se volvió a mí—: En el 68, sin ir más lejos, cuando te pillaron en la manifestación y te metieron para adentro, ¿quién te crees que te sacó? Miguel Jinete. Él ya estaba jubilado, pero lo localicé, lo llamé a su casa y en un momento consiguió que te soltaran, y aquella noche dormiste en casa.

—Sí —reconoció Víctor—. Hacía favores. A mí me condenaron a muerte y él evitó que me mataran, eso es verdad. Se esforzaba en dar buena imagen de sí mismo a nosotros, sus amigos, para que lo aceptáramos. Pero solo pensaba en sí mismo, en sacar provecho de cada situación.

—En eso tienes razón —comentó mi padre, recordando algo de pronto—. Evitó que te fusilaran, pero ¿sabes qué le dijo a Carmen cuando ella fue a suplicarle que hiciera algo por ti?

Víctor asintió con la cabeza.

—Sí. Me lo contaste cuando me viniste a ver a la cárcel. Le pidió que fuera a convencer a tu padre de que le diera su colección de sellos. Claro que me acuerdo —durante un largo instante, todos pensamos en ello. Y Víctor concluyó—: Pues ese es Miguel —y, en seguida, frunció los ojos—: ¿Has dicho que tienes su dirección y su número de teléfono?

—Sí. Si todavía continúa viviendo en el mismo sitio. Calle Provenza, si no recuerdo mal.

—Calle Provenza, es verdad. Cerca del templo de la Sagrada Familia.

Y dijo mi padre:

—¿Pues sabes que me gustaría verle? —Víctor negó con la cabeza, pero mi padre insistió—: Vamos, han pasado muchos años. Y la gente es como es. Y vivimos muchas cosas juntos, los tres. Los Tres del Pompeya. No pienses en el hijoputa franquista. Piensa en el discípulo de Juliol, que fundó un grupo de acción anarquista. ¿Te acuerdas? «Progreso Hoy», pobre gente. Mi padre conservó su fábrica durante la guerra gracias a él. Y este piso es mío, de mi propiedad, gracias a él. Y mi madre se salvó porque él la escondió. A ti te salvó la vida. ¿Dices de verdad que no te gustaría verle y saber qué ha sido de su vida? ¿Sabes si se casó? ¿No tienes curiosidad?

Víctor agachó la cabeza y se quedó mirando los restos de comida de su plato en una especie de trance.

En la televisión ponían una película titulada Satán nunca duerme, con William Holden. Misioneros en China, 1949, luchando contra perversos revolucionarios.

Dijo Víctor:

—En la cárcel, me prometí que no volvería a dirigirle la palabra, y lo he cumplido hasta hoy. Cuando salí, quise matarlo. Disparé una metralleta contra él. Y ahora… Vienes tú y me dices… —Se quedó suspendido de sus propias palabras. Claudicó—: La verdad es que sí. Sí que me gustaría ir a ver a ese hijoputa y preguntarle cómo le ha ido la vida —miró a mi padre—: Y pedirle que te devuelva la colección de sellos. Eso hoy debe de valer una fortuna. Había un sello muy raro, ¿verdad? Argentino. Es tuya. Te la debe.

Al día siguiente fueron a visitarle.

108

El 12 de abril de 1945, después de haber realizado puntualmente todos los conciertos de la temporada, la Orquesta Filarmónica de Berlín llevó a cabo su última interpretación en el Schauspielhaus (Palacio de Conciertos) de Gendarmenmarkt. Dirigió Wilhelm Furtwängler, y el programa incluía el Concierto para violín de Beethoven, la Octava sinfonía de Bruckner y, para terminar, el final de Götterdämmerung (La caída de los dioses) de Wagner, en la que intervinieron Willi Domgraf-Fassbaender, barítono; Tiana Lemnitz, soprano; y Margarete Klose, mezzosoprano. Por alguna razón, ese día el cabaret Pompeya cerró sus puertas, mi padre pudo asistir al acontecimiento y lo hizo con Inge Berckholtz. Conservaba el programa entre los recuerdos de su caja de zapatos. El Palacio de Conciertos estaba medio en ruinas, no había calefacción, el público tuvo que conservar puestos sus abrigos y se sentaron en sillas que ellos mismos llevaron de sus casas.

—Fue espléndido —comentó mi padre—. Muy emocionante.

Entre el público, se comentaba con regocijo que el presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt acababa de morir. Se insinuaba que aquel recital no era más que un canto de alegría por su muerte y que a partir del día siguiente, viernes y 13, iba a cambiar la suerte de su patria.

El major Lothar Böhm estaba entre los presentes y fijó su fría mirada con intensidad tanto en mi padre como en su acompañante, hasta que los dos se pusieron nerviosos. Durante la interpretación, mi padre se estuvo preguntando si podía considerar al nazi como amigo suyo, y qué significaba la palabra amigo para uno o para otro, si había alguna diferencia entre un amigo alemán y un amigo español.

A la salida, unos chavales de las Juventudes Hitlerianas, muy marciales, repartieron entre los presentes cápsulas de cianuro que sacaban de unas cestitas primorosamente decoradas.

Era una primavera muy agradable y benigna y, después de un largo paseo bajo las estrellas, por Unter den Linden y a través del Tiergarten, mi padre e Inge terminaron en el hotel Astoria, entre las sábanas. La muchacha lloró otra vez y le suplicó a mi padre que la llevara con él a Barcelona (Fernando, bitte, bitte, mimm mich mit!).

Al amanecer de aquel funesto viernes, 13 de abril, un puño de piedra golpeó enérgicamente la puerta de la habitación. Mi padre e Inge se incorporaron de un salto. Tür aufmachen! Hier ist die Polizei!, dijo una voz gruesa e intolerante.

Mi padre perdió el mundo de vista. Años después, recordaba que notó que se ponía muy colorado, como si la cabeza le fuera a estallar, y solo pensó en librarse de la pequeña cámara de fotos. Se precipitó a la silla donde tenía la ropa y, del bolsillo del pantalón, sacó el minúsculo

aparato y no se le ocurrió otra cosa que colocárselo entre las piernas, detrás del escroto, donde tiempo atrás había escondido el chisquero de Víctor. Mach auf, mach auf, mach auf, «¡abre, abre, abre!», conminaba a Inge con desesperación.

Hier ist die Polizei!, insistía la voz, a punto de echar la puerta abajo solo con el tono.

—Mach auf, mach auf, mach auf!

Precariamente envuelta en una sábana, apenas un minuto después del primer porrazo, Inge accionó la llave en el cerrojo y abrió. Los dos tipos que irrumpieron en la estancia sorprendieron a mi padre justo cuando se estaba poniendo los calzoncillos, aún no subidos del todo. Se le ocurrió: «Ya está, ahora les parecerá que me estaba escondiendo algo ahí dentro y me meterán mano entre las piernas y encontrarán la cámara». La cabeza a punto de estallar y su corazón y el de Inge latiendo con tanta fuerza que despertaba ecos en los rincones.

—Papiere!

Uno de los dos tipos con abrigos de cuero negro se enfrentaba a ellos con ojos perforadores y la mano tendida y exigente. El otro arrancó las sábanas de la cama, miró debajo del colchón, hurgó en la maleta de mi padre, cuyo contenido nunca había sido colocado en el armario. Nada, un registro superficial, como para cumplir.

La documentación estaba en orden. La Arbeitskarte y el Anmeldung. Pero al tipo de la cara de serpiente no le interesaba más que la identidad de Inge. Inge Berckholtz? Habló con ella tan deprisa que mi padre solo podía imaginar lo que decían. Was macht sie denn hier?, ¿Qué demonios estaba haciendo ella allí?, y ella: Wonach sieht es denn aus?, «Me parece que es evidente».

Tomaron nota del nombre de la muchacha, y de su dirección, y de su profesión, mientras mi padre balbuceaba el nombre de Lothar Böhm, temblando como un parkinsoniano, protestando que él estaba allí invitado por el ministro Goebbels en persona, asegurando en su alemán limitado que protestaría por aquel atropello ante el ministro y ante el mismo Führer si era necesario.

Antes de salir, los de la Gestapo lo miraron con lástima insultante.

Inge rompió en llanto y mi padre tuvo que correr al cuarto de baño, totalmente descompuesto. Ella susurraba en castellano, a través de la puerta: «Tienes que llevarme contigo, por favor, llévame contigo, Fernando, por favor».

Mi padre estuvo pensando en telefonear al major Böhm para pedirle explicaciones, porque estaba seguro de que aquella visita había sido por iniciativa suya, pero no se atrevió. Fue Lalo Valente quien le llamó a la habitación. El timbrazo del teléfono provocó un sobresalto eléctrico en la pareja histérica.

—Que Lothar quiere vernos —le dijo el cantante.

Inge se fue a la redacción del periódico y a mi padre se le hizo larguísimo el tiempo que

transcurrió hasta la hora de comer en el restaurante del hotel. Lo aprovechó para deshacerse de la microcámara arrojándola entre los cascotes de una casa en ruinas.

Se sentaron a la mesa Cromañón, Charles, Lola de Córdoba, Lalo Valente, Liliana, mi padre y el major de la Luftwaffe. Este, por una vez, no tuvo ni una sola mirada, ni siquiera de reojo, hacia mi padre. Lo esquivaba, y esa era la prueba de que había sido él quien había enviado a la Gestapo.

—Las cosas se están poniendo muy mal —empezó Böhm con gravedad—, pero tengo que pediros un favor más. Quiero que os quedéis en Berlín hasta el día 20, que es el cumpleaños del Führer. Faltan siete días justos, ni uno más. Queremos que toquéis para él ese día, queremos que tenga una celebración por todo lo alto. No hay nada que temer hasta el día 22. Sabemos de buena tinta que los rusos no van a lanzar su ataque hasta el día 22, cuando celebran el aniversario del nacimiento de Lenin. Haréis la función el 20 por la tarde y, luego, por la noche, tendréis un avión a punto que os llevará a Barcelona.

Mi padre no se atrevía a decir nada pero tuvo que hacer de intérprete cuando Lalo Valente pasó a transmitir sus inquietudes. Tanto el cantante como Lothar parecían demasiado nerviosos o demasiado borrachos para entenderse en castellano. Entonces se enteró de que hacía días que el cantante de tangos estaba reclamando que los sacaran de Berlín.

—Corre el rumor de que Hitler ha ordenado la destrucción de todos los puentes y vías férreas y sistemas de transporte en general…

—No ha sido así —salió al paso el militar—. El Führer dio la orden, es cierto, pero el ministro de Armamentos, Albert Speer, lo ha impedido. Esto es absolutamente confidencial, por supuesto. El día 20 por la noche os garantizo que tendréis un avión en Tempelhof.

Se alargó la discusión, hubo titubeos pero, al fin, accedieron los músicos. Alguien dijo: «Qué remedio». Al fin y al cabo, solo faltaba una semana para el gran acontecimiento. Hacía ocho meses que estaban allí. Ocho días más no importaban.

Se levantaron de la mesa tambaleándose. Eran días en los que se comía poco y se bebía mucho. Mi padre se quedó rezagado y Lothar Böhm lo notó y propició el encuentro. Salieron los demás y se quedaron solos en el gran comedor. Mi padre, acaso envalentonado por el vino y los licores, quizá impulsado por la idea que él tenía de un amigo, se plantó ante aquel hombretón al que tenía que mirar de abajo arriba.

—Me has enviado a la Gestapo.

Años después, hacía un alto en su relato para reflexionar:

—Extraña, la relación con aquel tipo. Los días de juerga en Atenas, los intercambios de chistes, el guiño de llamar cabaret Pompeya al local en mi honor, me llevaban a dejar de verlo como un oficial nazi para tratarlo como a un igual. Después, pensaba que, si fuera español, italiano, mediterráneo, mi reclamación sería normal y comprensible. «Somos amigos, joder, ¿me vas a negar ese favor que no te cuesta nada?» Pero aquel tipo era alemán y para los alemanes las órdenes son órdenes y las normas son las normas y es impensable apartarse del recto camino.

Después, mucho tiempo después, pensé que en aquel momento yo había perdido contacto con la realidad, que me movía por una percepción que podía ser absolutamente equivocada.

—¡Me has enviado a la Gestapo! —le espetó—. Vine aquí por amistad, para hacerte un favor a ti y a tu causa nazi. ¿Y ahora desconfías de mí?

Böhm pestañeó con paciencia, sin perturbarse lo más mínimo, y respondió en castellano:

—Quería saber quién era esa chica. Solo veías a las mujeres una vez. Y ahora te casas, y vas a tener un hijo, ¿y te encariñas de esta? ¿Por qué la ves una vez y otra vez y otra vez, incluso en tu tiempo libre? ¿Qué pasa con las demás que revoloteaban a tu alrededor? ¿Qué te está pasando?

—¿Qué supones que está pasando? —lo desafió mi padre.

—¿Esta es la mujer que quieres llevarte contigo a Barcelona? —mi padre abrió una boca seca a la que costaba mucho arrancar una palabra—. ¿Y qué le dirás a Montserrat? ¿Y qué harás con Montserrat y tu hijo?

—¿Y a ti qué más te da? —le replicó mi padre—. Habéis perdido la guerra, todos estáis pensando en suicidaros. Que los rusos ocupen este hotel es solo cuestión de días, y todos lo sabemos. ¿Qué más te da lo que pase con mi vida? —y, muy agitado, ahogándose de miedo, terminó—: Tocaremos el día del cumpleaños del Führer y, luego, Inge Berckholtz se vendrá con nosotros en ese avión que nos tienes preparado.

El major Lothar Böhm pestañeó una vez más y fingió una sonrisa y puso su manaza sobre el hombro de mi padre para decirle suavemente:

—Así, no, Fernando. Por favor. Por favor y en nombre de nuestra amistad. Y entonces, sí. Pero con gritos y con exigencias, no. Porque con gritos y con exigencias aquí mando yo y te pego un tiro en la boca.

Eso dijo. «Y te pego un tiro en la boca.» Pero también había dicho: «Y entonces, sí».

109

Al atentado contra Miguel Jinete siguió una actividad policial enloquecida, como no se conocía desde los días siguientes al fin de la guerra. Además de la Brigada Político-Social, se implicaron en el operativo la Brigada Criminal, la Guardia Civil, la Guardia Urbana y un buen número de agentes que, como refuerzos, envió la Dirección General de Seguridad desde Madrid. Cincuenta agentes de policía ocuparon otros tantos taxis para captar conversaciones indiscretas que interrumpían bruscamente con una detención por sorpresa.

En todos los barrios se podían ver coches de la policía, con distintivos o camuflados, y a

numerosos agentes, de paisano o de uniforme, que invadían edificios, de día o de noche, para efectuar registros domiciliarios. Con frecuencia, sacaban a empellones a hombres y mujeres esposados. Los grises impedían que se formaran en la calle grupos de transeúntes de más de tres personas, fueran caballeros, amas de casa, ancianos o niños. Los espectáculos nocturnos fueron suspendidos y, a partir de las ocho de la noche, solo circulaban por las calles las patrullas de la Policía Armada.

Se decía que, en los calabozos de los sótanos de Vía Layetana, habían concentrado un gran número de presos políticos, traídos incluso de la Cárcel Modelo, porque tenían miedo de que les pusieran una carga de dimanita en las alcantarillas que pasaban por debajo del edificio. Había quien aseguraba haber visto a comisarios e inspectores que, al salir de servicio, se abrazaban y despedían como quien se va a la guerra.

Pero, pasadas dos semanas, la respuesta de la policía se hizo mucho más concreta y fulminante.

El viernes, 13 de abril, un hombre subía por la calle Borrell. Era Lucio Puente, aquel camarada cargado de espaldas y rostro amargo que le había gritado a Víctor: «¡No nos jodáis, ¿me oyes?, no nos jodáis!». Acababa de salir de la estación de metro de Urgell, había caminado una travesía por la Gran Vía —avenida de José Antonio Primo de Rivera— y se dirigía a la calle Diputación. Un coche se detuvo a su espalda. De él se apearon sus cuatro ocupantes. Bigotes recortados, sombreros flexibles o bien cabezas refulgentes de brillantina. Lucio Puente quizá escuchó el ruido de las portezuelas, o pasos precipitados tras él, o acaso lo alarmó la expresión de alguno de los peatones que venía de frente. No tuvo tiempo de volverse a ver qué ocurría. Uno de los cuatro atacantes disparó y, luego, los otros hicieron coro. Lucio Puente salió proyectado de bruces contra el suelo. Los cuatro tipos, sincronizados, sacaron sus placas y las mostraron en derredor, «¡Policía! ¡Policía! ¡Circulen!», y se agacharon junto al cuerpo para asegurarse de que estaba bien muerto.

El lunes, 16, a primera hora de la mañana, tres individuos de paisano, camisas limpias, corbatas y trajes de confección, llamaron a la puerta del piso que Julián Rodrigo tenía en La Torrassa. Julián Rodrigo era aquel capataz de una obra de la Diagonal, corpulento, con cara de ogro y agarrotado por el miedo, que le dijo a Víctor: «Cada vez que vosotros jugáis a los gángsters aquí, los señores vienen a vernos y alguno de nosotros se lleva una paliza». A él no le dieron una paliza. Lo mataron de seis tiros, sin mediar palabra, en el recibidor de su piso modesto, delante de su esposa y sus tres hijos.

El mismo lunes por la tarde, a las 19,50, dos hombres charlaban tranquilamente en la parada del tranvía 42, en la esquina del Bruch con Trafalgar. Eran Enrique Zarra y José Luis Barrueco, miembros del llamado «Grupo Talión» que meses atrás habían atracado un prostíbulo de la calle Bolívar, una joyería del paseo de Gracia, dos constructoras y el meublé La Casita Blanca, actos que tampoco habían figurado en los periódicos. Enrique Zarra era aquel individuo de unos cuarenta años, musculoso y recio, que aceptó las consignas de Perpiñán disciplinadamente y con un solo comentario: «Lo que haya que hacer se hará, pero creo que no es el momento». Víctor le había espetado: «¿Y cuándo sería el momento, según tú?». Su momento llegó en un automóvil que se detuvo delante de ellos para dispararles una andanada mortal. Enrique Zarra y José Luis Barrueco cayeron ensangrentados ante media docena de testigos horrorizados.

De todo esto, la prensa tampoco dijo nada.

110

Pasó el 13 de abril, viernes, y mi padre notificó a Inge que el viernes siguiente, 20, debía estar preparada con su equipaje porque se la llevaría con él. Por esas fechas, apareció en el cabaret una mujer hierática, distinguida y ensimismada, ida, que llevaba consigo una pierna ortopédica, la de su hijo que había regresado mutilado del frente y había muerto alcanzado por una bomba inglesa en la casa donde nació. A partir de entonces, no faltó ni un solo día a la función, pero no parecía que escuchara a los músicos ni que disfrutara del entorno. Solo prestaba atención a la pierna ortopédica.

Y pasó el 14, sábado, con mucha más asistencia de público en el cabaret Pompeya, tanto de personal militar como civil. Hitler continuaba empeñado en desmantelar las vías férreas, las carreteras, las líneas telefónicas, el telégrafo y la radio y se comentaba que había un general, un tal Reymann, dispuesto a hacerle caso y a demoler todos los puentes de Berlín. Decían que se trataba de impedir que la población civil abandonara la ciudad porque de esta manera creían que los soldados se iban a batir con mayor denuedo.

Y el 15, domingo, un hauptmann se apoderó del micrófono para gritar: «¡Tenemos que resistir, berlineses! El ejército de Wenck avanza para socorrernos. Unos días más, y Berlín volverá a ser libre», y lo interrumpió un oberführer que se pegó un tiro en una de las mesas del fondo, de repente, después de anestesiarse con alcohol, en soledad, sin un grito de despedida, pam, y cayó al suelo con mesa, botella, vaso y silla y todo. Y un generaloberst veterano y cruel sollozaba encogido en la primera fila.

El 16, lunes, se inició el ataque de las tropas del general Zhukov sobre la ciudad. No esperaron a la celebración del nacimiento de Lenin. Una descarga aplastante de cohetes Katiusha y continuas explosiones de obuses que demostraban que el enemigo se encontraba lo bastante cerca como para usar la artillería y no depender únicamente de la aviación para destruirlos. Tembló la ciudad. Aun a kilómetros de distancia de donde caían las bombas, se columpiaron las lámparas, se resquebrajaron espejos, estallaron los pocos cristales de ventanas que quedaban enteros, vibraron objetos sobre las mesas, repiquetearon los timbres de los teléfonos, se agrietó el asfalto de las calles y se ensancharon las fracturas de los muros, se descolgaron cuadros de las paredes, se tambalearon las personas que se atrevían a mantenerse en pie, fue un seísmo considerable causado por el hombre, el martillo de Thor jugando al críquet con el globo terráqueo. Los berlineses eran conscientes de que aquello era el principio del fin. Gritaban: Stalin ante portas!

El martes, 17, amaneció soleado y cálido pero las continuas explosiones, bum, bum, bum, incansables, obsesivas, y el estrépito de las casas al hundirse, lo volvieron neblinoso y opaco.

Eran tan intensos y continuos los bombardeos que los ciudadanos ya no salían de los refugios y

de los túneles del U-Bahn, ni siquiera para buscar comida. Incluso mi padre y los otros músicos se habilitaron unos camastros en uno de los despachos del búnker del Pompeya porque les daba miedo trasladarse a dormir al hotel. Contaban las horas que les faltaban para irse.

El día 18, cuatro de las señoritas de la orquesta habían desaparecido, probablemente en una de las largas caravanas que salían de la ciudad en vehículos de todas clases. Se quedaron tres, las más alcohólicas, envilecidas y dispuestas al suicidio. «¿Por qué se han ido las otras? No puedo entenderlo. Llegan quince mil rusos ansiosos de sexo, ¿y se van? ¿Qué significa eso? ¿Son frígidas?» Hacían chistes de este calibre. Y bebían, bebían tanto que luego eran incapaces de tocar dos notas sin desafinar. Todo su arte se resumía en eructar y enseñar las tetas. Y el sentido del humor del público se degradaba hasta reírles incluso gracias de este tipo.

La orquesta de Lalo Valente, el miércoles 18 de abril, arrancó como cada noche al grito de «¡España!, ¡Una!, ¡España!, ¡Dos!, ¡España!, ¡Tres!, ¡España, un-dos-tres y…!», y puso en el espectáculo todo el entusiasmo de que aún disponían sus componentes, que ya era poco. Temas seguros, muy conocidos, para que los asistentes los corearan a pleno pulmón: «Valencia es la tierra de las flores, de la luz y del color». Lalo y Lola bailaron más pegados y aguerridos que nunca para dignificar un poco la escena y contrarrestar las groserías del trío de señoritas supervivientes. Lola de Córdoba lucía por el corte de su corto vestido el broche del negro liguero que tensaba su media de seda y los rápidos quiebros de cintura de Lalo Valente forjaban el continuo ensamblaje de la pareja. Luego Lalo cantó Alma de bandoneón, y Por una cabeza, y Cambalache («Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé…»), y la griega Lola entonó su tema estrella, éxito asegurado, La morena de mi copla. Y en estas estaban cuando, sobre las diez y cuarto de la noche, irrumpió en la sala el major Lothar Böhm acompañado de dos soldados con casco y Schmeizer. A mi padre le dio un vuelco el corazón. Tuvo la seguridad de que iban a detenerle.

Cuando terminaron el tema, la presencia militar con carácter de urgencia había enfriado tanto los ánimos que no hubo ni un gesto de aplauso. El major Böhm se acercó a los músicos.

—Recoged el equipaje. Esto se acabó —miró el reloj para que todos lo miraran: eran las diez y media—. Dentro de media hora, a las once en punto, os recogeremos a la puerta del hotel con un camión que os llevará directamente a Tempelhof, de donde saldrá un avión a las once y media. No hay tiempo que perder.

Mi padre pensó en Inge y trató de resistirse:

—¿Y el cumpleaños del Führer?

Lothar lo miró como si siempre hubiera sospechado de él y por fin viera confirmada su desconfianza.

—Se celebrará de otra manera. Si queréis salir de aquí, tiene que ser hoy, ahora, porque cada vez hay menos posibilidades de hacerlo. Estamos rodeados.

—Pero una hora, no. Necesito un poco más de tiempo.

La mirada de Böhm, clavada entre ceja y ceja, decía «sé en quién estás pensando y no pienso

jugar tu juego; si no quieres abandonar Berlín, quédate, pero yo no voy a esperar a nadie, ¿has entendido?, a nadie».

—Una hora.

Fue la desbandada. Los músicos, camino del hotel, para hacer el equipaje. El público, ahuyentado por el «señores, terminamos por hoy», corrió a transmitir la última noticia: si cerraban el cabaret Pompeya era que las cosas estaban realmente mal. Solo mi padre se quedó clavado en su sitio, sin saber qué hacer, preguntándose cómo podía advertir a Inge de que salía el avión dos días antes de tiempo, repitiéndose que no podía dejarla en la estacada, a esta no, tenía que impedir que se cumpliera una vez más la maldición de los Gavanza. No quería que Inge se arrepintiera de haberlo conocido. ¿Pero cómo comunicarse con ella en aquellas horas? No conocía su dirección y, aunque pudiera localizar el edificio donde vivía, detrás del zoo, aquella ventana que se veía desde su habitación, no habría forma de entrar, el portal estaba cerrado de noche, ni siquiera podía gritar para llamar su atención, porque por las calles pululaban patrullas de la Volkssturm, cazadores de desertores y derrotistas.

Por fin, se le ocurrió una idea, pero en ello invirtió más de cinco minutos y ya estaba solo en el cabaret Pompeya.

Aunque hacía días ya que habían vuelto a abrir la entrada principal del cabaret, en una precaria caseta levantada con unos pocos ladrillos entre las ruinas del hotel Parnassus, mi padre y los demás músicos continuaban entrando por la estación del metro de Zoo-Bahn, que quedaba más cerca del Arcadia, y hacían aquel largo recorrido subterráneo por pasillos con despachos y dependencias oficiales a un lado y a otro, llenos de generadores, teletipos, teléfonos y demás. Y, aunque otros teléfonos hubieran sido desconectados, aquellos seguro que continuaban funcionando. Y (calculó mi padre) también estarían conectados los del Volkischer Beobachter, el periódico donde trabajaba Inge, porque los periódicos no pueden permitirse el lujo de quedarse incomunicados con el exterior. Esa era la única oportunidad. Pero él no sería capaz de expresarse en alemán con la soltura y la rapidez necesarias.

Se precipitó en el interior de una de aquellas oficinas, donde siempre había telefonista de guardia. Los conocía a casi todos. Al pasar por delante de la puerta cada día, había intercambiado bromas con los hombres y había flirteado con las mujeres. «Tiene usted que ayudarme a practicar el alemán.» Sie sollen mir helfen, Deutsch zu üben. Mi padre siempre supo hacerse popular, con sus chistes y sus payasadas. En aquel momento, estaba de guardia la joven telefonista de la cara redonda y el cabello falso, falso rubio y falso ondulado.

La sorprendió pendiente de la radio y le dio un buen susto porque estaba escuchando la BBC. Se volvió hacia él, horrorizada, quizá esperando verse ante un oficial con una Luger en la mano, a punto de descerrajarle un tiro. El alivio al entender que solo se trataba del músico simpático de los chistes la predispuso a concederle cualquier favor que le pidiera.

Mi padre se expresó con dificultad, entorpecido por la angustia. Que telefoneara, por favor, bitte, que llamara al periódico Volkischer Beobachter y que localizase a alguien que conociera a Inge Berckholtz. Tenían que hacerle llegar un mensaje muy urgente, de vida o muerte. La telefonista arrugó las cejas como una mala actriz que quisiera parecer enfadada y en seguida se puso a

conectar y desconectar clavijas. Habló muy deprisa. Mi padre entendió «Inge Berckholtz» al mismo tiempo que el reloj le decía que eran las once menos diez y que de sus labios salían sin querer las palabras «vida o muerte», Es geht um Leben und Tod, y experimentó un cierto alivio al oír que la muchacha también las pronunciaba, Leben und Tod.

—… Que le digan que tiene que estar en Tempelhof a las once y media. Sobre todo que le hagan llegar este mensaje. En Tempelhof a las once y media, de parte de Fernando.

La telefonista decía In Namen Fernandos sag ihr, y al otro lado no comprendían tan extraño nombre y la obligaban a repetir, Fernandos, in Namen Fernandos sag ihr.

Se acabó la comunicación, bruscamente —¿pero qué más había que decir? Ya estaba todo dicho, ¿qué más había que decir?—, y se alisó el ceño de la carita redonda que recuperó una sonrisa complaciente e infantil, «¿sí?, ¿ya está?, ¿lo he hecho bien?».

Mi padre tragó saliva, le agradeció el favor como supo, danke, danke schön, y se despidió con un abrazo. En seguida, desapareció de la vida de aquella persona tan definitivamente como aquella persona se esfumó de la suya como si no hubiera existido jamás; y recorrió a toda prisa los pasillos de cemento armado, y subió escaleras y escaleras, unos setenta escalones, el equivalente de tres pisos, y luego los pasillos del metro alicatados de blanco con baldosas resquebrajadas, y por fin al oscuro exterior, a la calle vacía, fría y nocturna. Con zancadas de velocista cruzó las calles a tientas, solo bajo la luz de un cuarto creciente que pintaba sombras en el decorado en calma, los cinco sentidos puestos en el posible grito de alguna patrulla del Volkssturm, o en el disparo que había de cazarlo como a un conejo, roto el silencio por su respiración alterada y por el ronroneo de cañones lejanos, la guerra que no cesa.

—Me la jugué —reflexionaba mi padre muchos años más tarde—. La verdad es que mis amigos me habían abandonado y era muy peligroso circular solo y despavorido por las calles de Berlín. Corrí entre ruinas y soledad y el miedo me agarrotaba los músculos. Pero no era miedo a morir. Ni siquiera pensé en la muerte. Nunca la muerte me pareció más lejana y ajena. En aquel momento tenía más miedo de torcerme el tobillo con las piedras sueltas que alfombraban el asfalto que de morir. Pero, eso sí, era un miedo tan tremendo, tan catastrófico, tan abismal, que creo que se me escapaba un gemido involuntario del fondo de la garganta. Y, durante todo el trayecto, movía los labios en un parloteo de loco: «¿Bastará? ¿Habrá sido suficiente el mensaje para Inge? ¿Podría haber hecho más por ella?».

Llegó con cinco minutos de retraso, quizá un poco más, a las once y algo, y un camión del ejército ya estaba allí, y Lalo Valente, Liliana, Lola de Córdoba, Cromañón, Charles, Lothar Böhm y dos soldados, casi todos fumando, contemplando su carrera desbocada.

—¡Vamos, vamos, vamos, Los, los, los! ¡Fernando! ¿Pero qué te pasa?

—Perdón —decía mi padre—. Verzeihung, tut mir sehr leid —con sonrisa contemporizadora que daba por descontado el perdón—. Perdón.

Lalo Valente se había tomado la libertad de entrar en su dormitorio y guardar el neceser en la maleta, que estaba esperando a mi padre en la acera, junto al estuche del bandoneón.

—Jetzt geht’s los! —gritó Lothar Böhm, «¡Vámonos!», impaciente, siempre con la mirada gris clavada en mi padre, como si la orden fuera exclusivamente dedicada a él.

Con aquella simple ojeada, ya se entendieron. «Estaba atendiendo a la chica», quería decir mi padre, «que tiene que venir con nosotros». «Si no llega a tiempo, os iréis sin ella», transmitía el oficial, inflexible.

Montaron en el camión. Avanzaron por calles inhóspitas hacia el sur. Vieron barricadas hechas con sacos terreros alrededor de cañones antiaéreos atendidos por niños y ancianos. Sentados en dos bancos encarados, Lalo, Liliana, Lola y Lothar a un lado frente a Cromañón, Charles, mi padre y un soldado armado que parecía amenazarlos a todos. Callados, con el corazón en un puño, escuchando atentamente el fragor de combates cada vez más cercanos. Mi padre continuaba pensando en Inge. Le angustiaba mucho pensar que no pudiera llegar a tiempo al avión. ¿Y si en el último segundo Lothar Böhm no le permitía viajar?

Llegaron al aeropuerto, que parecía abandonado y en ruinas, era imposible que desde allí se pudieran controlar el aterrizaje o el despegue. Penetraron directamente en la zona de pistas, pasando por una barrera levantada y custodiada por media docena de soldados. Mi padre reaccionó con tanta brusquedad que pareció que estaba agrediendo al major y el soldado se interpuso y lo agarró con fuerza.

—¡Lothar! ¡Tienes que decir que la dejen pasar! —en seguida se vio que aquello no era un ataque sino una súplica—. ¡Que la dejen pasar cuando llegue!

Lothar Böhm consultó su reloj.

—Ya es tarde.

Mi padre consultó su reloj.

—¡No es tarde! ¡Son las once y veinticinco! Faltan cinco minutos para que salga el avión. Mientras cargamos el equipaje y todo… —una pausa y un susurro—. No me hagas esta putada, Lothar. Somos amigos.

La palabra amigos flotó y vibró entre los dos. ¿Eran amigos?

Lothar suspiró con fastidio y se volvió para otro lado.

Se detuvo el camión y saltaron los músicos a la pista para encontrarse con un cuatrimotor gigantesco, un Junkers-290 con grandes bodegas capaces de transportar personas, pertrechos, e incluso cinco toneladas de bombas. De unos treinta metros de largo, resultaba terrible, erizado de ametralladoras, con la esvástica en el timón de cola y la identificación D-AITR en el fuselaje. Había una treintena de personas aguardando ante la escalerilla, una oscura masa humana de abrigos y sombreros y equipaje de mano, poca cosa para una fuga. Ni siquiera habían empezado a subir a bordo. Mi padre calculó que, entre unas cosas y otras, aún dispondrían de media hora antes de que despegara el aparato.

Dejó sus dos bultos junto a los de sus colegas y siguió a Lothar Böhm que se encaminaba hacia

la patrulla de la barrera. Lo alcanzó y se adaptó a su paso. En el horizonte, los relámpagos de la guerra recortaban el perfil de las casas rotas.

—Un día me contarás qué pasa con esa chica.

—Me encantaría —dijo mi padre—. Significaría que nos volveremos a ver. ¿Qué te creías? ¿Que éramos espías o algo así?

Llegaron a la barrera. Nadie saludó con el brazo en alto ni gritó Heil Hitler. Tanto los soldados como el oficial parecían aburridos de tanta ceremonia. Nunca había estado tan perdida una guerra. Lothar habló con el cabo, o el sargento, o lo que fuera, que estaba al mando de aquellos hombres. Mi padre volvió a consultar el reloj. Inge no llegaba.

La cuestión era que le hubiera llegado el mensaje y que ella hubiera tenido tiempo de reaccionar, cargar unas pocas cosas, un mínimo equipaje. En seguida le angustió cuál iba a ser el futuro de la muchacha fuera de Berlín. ¿Cómo iba a ganarse la vida en Barcelona? ¿Dónde iría? ¿Qué esperaba encontrar más allá? Le pasó por la cabeza que tal vez fuera mejor que ella se quedara en Berlín, en su casa, en su tierra, con suerte la llegada de los rusos no sería tan espantosa, se ensañarían con los culpables, pero no con los inocentes, mucho menos con una profesional como ella, que había estado ayudando a la causa aliada. Pero todos estos razonamientos se hacían añicos contra los fantasmas terroríficos que habían ido tomando cuerpo en los últimos días. El Volkischer Beobachter había sido el periódico que había difundido con más fanatismo las ideas nazis y los discursos de Hitler y Goebbels. Nadie que hubiera trabajado en el Volkischer Beobachter podía ser considerado inocente.

Y ya eran las once y media y, puntuales como relojes, Los, los, los, einsteigen!, «Vamos, vamos, vamos, a bordo», ya habían abierto la puerta del cuatrimotor y la gente subía la escalerilla apretujándose con premura. Los, los, los, einsteigen!

Mi padre oteaba la calle por donde había entrado con el camión y por donde ahora no venía nadie. Lothar Böhm se puso ante él.

—Ha llegado la hora —dijo, como se dice a los condenados a muerte—. Tienes que irte.

—*Bitte.*

El oficial negó con la cabeza. Dio media vuelta y echó a caminar hacia el gran avión. Los músicos ya tenían las maletas en la mano. «Anda, vámonos de una vez, coño.» Mi padre detrás del oficial nazi, suplicando: «Esperemos un momento más, Lothar, por favor, un momento más».

Sus compañeros ya subían la escalerilla. Lalo Valente, Liliana, Cromañón, «venga, Fernando, déjalo ya, sube», la griega Lola de Córdoba que a base de sarcásticas caídas de ojos no dejaba de recordarle que un día habían revuelto sábanas juntos y no había hecho tanta comedia por ella; y detrás Charles, que siempre se le iban las manos hacia las nalgas de la bailarina, «vamos, hombre, Fernando».

Y mi padre plantado, con la maleta en una mano, el bandoneón en la otra, temblándole las piernas, ante un Lothar Böhm frenético que disimulaba su frenesí pero estaba a punto de

explotar, pasaban ya más de diez minutos de la hora, un alemán faltando a la puntualidad, mein Gott. La crispación le salió en forma de exabrupto:

—Sí, supongo que sois espías. Ella te estaba esperando. Tú le debes de haber pasado información.

—¡No! —exclamaba mi padre alegremente, sin subir la escalerilla, sin moverse—. No, ¿pero qué dices?

—No sé qué información. Tal vez mis indiscreciones. A lo mejor, con mis confidencias has ayudado a los rusos a que destruyeran Berlín.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? ¿Tú me ves a mí de espía?

Los músicos habían llegado arriba. La escalerilla estaba libre. Toda para mi padre. «Vamos, coño, Fernando, que nos vamos sin ti.»

—Sube.

Entonces, llegó el coche. Unos bocinazos desde la barrera, un Mercedes negro, lustroso y magnífico, los soldados haciendo señas con los brazos. Lothar se volvió hacia ellos y dudó. Estuvo muy quieto unos segundos, como si planeara castigar aquel retraso, Zum Teufel mit denen!, «Pues ahora, que se joda, el avión se va sin ella». Pero al fin ganó el amigo, ganó la flexibilidad mediterránea. Respondió al braceo de los soldados con un gesto perentorio, «que pasen, deprisa», y se levantó la barrera con diligencia teutona y entró en la pista el Mercedes negro.

Mi padre esperó hasta ver bajar de él a Inge. Tan rubia, con un sombrero negro de ala flexible y el abrigo de visón tan aparatoso. Los ojos de niña extraviada a merced de los ogros. Al verla, mi padre experimentó una descarga de ternura; en un relámpago, todos los momentos que habían vivido juntos, en la cama, la mecánica del amor, el cariño con que contaba la historia del hipopótamo Knautschke, «Lo saludo cada mañana desde mi ventana, aquella de allí», el tacto de la mano suave y delgadísima entre los dedos de mi padre. Era el momento del grito de emoción, de la lágrima, del enamorado que suelta el equipaje y corre hacia ella al mismo tiempo que ella corre hacia él, perdiendo la compostura, y se funden en un abrazo intenso, pero no hubo nada de todo eso porque, a continuación, bajó del automóvil una niña de unos siete años, y luego otra de unos cinco años, muy rubias las dos, tan parecidas a su mamá, y a continuación un hombre grandote con abrigo y sombrero homburg rígido, de color gris. Y, por fin, el conductor que los había acompañado y los despedía con cariño, quizá un compañero del periódico.

Lothar Böhm se dirigió a ellos con muy malos modos. En seguida entendió que aquello no era un lío del donjuán sino un matrimonio con hijos y se volvió hacia mi padre para comprobar si él también lo entendía. Mi padre era un bloque de hielo que esperaba oír qué significaba aquello, que de ninguna manera iba a meter a cuatro personas en el avión cuando él solo esperaba una, y miraba a Inge mientras ella cargaba a una de las niñas en brazos, y el hombre del homburg descargaba el equipaje, mucho equipaje, demasiado equipaje, y la contemplaba con intensidad y tristeza porque aquello era un final, más final de lo que él pensaba, y apenas oyó cómo el mayor Lothar Böhm le decía:

—¿Sabes cuánto van a tardar los rusos en tomar Berlín, Fernando? —mi padre volvió a la realidad, lo miró con ojos empañados por las lágrimas. Y el nazi, sonriendo, terminó—: Tardarán dos horas y media. Cuando entren en la ciudad y vean nuestras defensas, estarán dos horas riéndose a carcajadas. Y, luego, emplearán media hora en hacerse los dueños de Berlín.

Era un chiste. Ah, era un chiste. Ja, ja.

—Anda, sube.

Mi padre emprendió el ascenso de las escalerillas como quien huye después de haber cometido una fechoría. Llegó arriba, y dedicó una última ojeada al major Lothar Böhm y, ¿qué más hacer?, no podía saludarle con la mano porque tenía las dos ocupadas por el equipaje, solo un gesto, una mueca, y se metió en el cuatrimotor. Había unos cincuenta asientos para pasajeros. Encontró uno libre entre sus amigos los músicos, Cromañón a la derecha y Lalo Valente a la izquierda, «siéntate aquí, Fernando, coño». La personalidad de Inge atrajo todas las miradas, ella con sus hijas, una en brazos, la otra de la mano, y detrás el marido, que ya no era presunto porque lo decía la compasión y el arrepentimiento de los ojos de la mujer rubia que apenas dedicó a mi padre un movimiento de cabeza. Él levantó la mano y sujetó la de ella por un instante, no podían fingir que no se conocían, pero el amenazador desabrimiento del hombre del sombrero homburg aconsejaba mantener las distancias. Fueron a ocupar asientos al fondo.

Luego, cuchicheos y murmuraciones, «joder, está buena», «¿esta es la que te tirabas?», «¿y el tío quién es?, ¿el marido?, joder, ¿sabías que tenía marido?».

Mi padre calló y pidió silencio discretamente. Después, fingió que se dormía y entendió que, si Inge Berckholtz se había metido en su cama desde el primer día, fue para tenerlo bien agarrado, en previsión de aquel desenlace. Todo calculado: lo necesitaba para librarse del final horrible que les llegaría con la victoria de los rusos. Con las fotos, debía de comprar a alguien su inmunidad y la de su familia en caso de que fueran los norteamericanos quienes cruzaran primero la línea de meta. Mi padre era la segunda posibilidad. Y supo qué hacer exactamente para ganárselo.

—Bueno —se conformaba mi padre, años después—. Todos nos buscamos la vida como podemos y como sabemos. Y hay que reconocer que ella no lo hizo mal. Se salió con la suya.

El Junkers-290 despegó en la noche de cuarto creciente, con miedo a encontrar otros aviones de rapiña por el camino. El piloto les comunicó que volarían a Barcelona por el corredor aéreo denominado K-22, el mismo que habían utilizado un año atrás, cuando habían viajado con mi madre de Barcelona a Zúrich.

—No nos dirigimos la palabra durante el viaje, ni al bajar del avión, ni una mirada, nada. Y, como de tantas otras personas que han pasado por mi vida, no volví a tener ninguna noticia, nunca más.

Aquella vez, la maldición de los Gavanza no se había cumplido. Quizá se hubiera roto el hechizo al fin. Ojalá que todo aquello hubiera servido para salvar a Montserrat de la desgracia.

111

El viernes, 16 de enero de 1976, estábamos preparando el viaje para ir al pueblo de la Cerdaña donde vivía Víctor, cuando mi padre, a media mañana, se puso muy enfermo.

El martes anterior yo había visitado por primera vez a Mariano Madurga, que me había entregado el maletín de mimbre con los papeles de Miguel Jinete. Llamé a Víctor de inmediato para comunicarle la gran cantidad de información que acababa de recibir y que se los llevaríamos al pueblo para que los viera. Así conoceríamos su familia y su casa.

Afortunadamente, antes de efectuar el viaje, tuve acceso al cuaderno que Miguel dedicaba a Carmen Brondo, «la Gran Meretrix» y donde se contaba que aquella mujer había matado a mi abuelo y a mi tío… Y decidí que aquello no se lo podía enseñar nunca, ni a Víctor ni a mi padre.

Teníamos intención de salir el viernes después de comer. Por la mañana, mi padre se levantó tarde, cosa rara en él, y murmuró que estaba muy deprimido, que debía de ser el tiempo, que a él las bajas presiones siempre le habían afectado mucho. Y, de pronto, se dejó caer en la primera silla que encontró y dijo: «Huy, no, yo estoy malo, estoy muy mal, llamad al médico».

Telefoneamos al médico de la mutua pero en seguida, antes de que llegara, solicitamos una ambulancia. Lo llevaron al Clínico. Le diagnosticaron fibrilación auricular, debería estar tres días en observación y, a partir de aquel momento, tuvo que medicarse y portarse bien.

Durante gran parte del proceso, mi madre estuvo rezongando, «esto es por culpa del champán y el coñac y los puros de estos días, tanto celebrar y celebrar, a su edad, que parece mentira, que cualquiera diría que se quería matar, porque ya me contarás, si no», pero luego, mientras aguardábamos en la sala de espera, después de un largo silencio reflexivo, me agarró la mano y me pareció que se arrepentía. No solo por haber rezongado, sino también por lo que me había dicho días atrás, cuando Víctor y mi padre habían ido a ver a Miguel Jinete y ella planchaba y le hice hablar.

—No me hagas caso —dijo de pronto—. Siempre me estoy quejando. Y sin razón. Tu padre es una persona excelente. Yo tuve mucha suerte de conocer a tu padre, y ha sabido hacerme muy feliz. Lo digo porque… —No me aclaró por qué lo decía. Calló, y yo interpreté que intentaba contrarrestar el efecto de aquella primera conversación. Liberó una sonrisa triste, suspiró y continuó—: La verdad es que tuvimos mala suerte, un mal comienzo. Yo embarazada y sola mientras tu padre viajaba a Berlín, en plena guerra, y naciste tú y él no estaba, y encima Miguel metiéndome miedo. Pero, luego, regresó… —se interrumpía para revivir las imágenes pasadas en medio de la nostalgia que interfería en su relato, y volvió a sonreír, invocando el sentido del humor de mi padre—. Regresó y sobre nosotros cayó la maldición de los Gavanza. Tu padre siempre lo decía. «Me persigue la maldición de los Gavanza, yo es que soy mufa.»

»Porque llegó y, lo primero de todo, se fue a la sucursal de la Caja de Ahorros para solucionar el asunto de las libras esterlinas, pues pensaba que éramos millonarios, que debíamos cobrar cuarenta mil libras esterlinas, dos millones de pesetas. Y se encuentra con que, efectivamente, en

el banco suizo había un ingreso a su nombre de cuarenta mil libras esterlinas, pero que estaban retenidas porque corría el rumor de que el gobierno alemán había estado falsificando libras esterlinas a gran escala, millones y millones, para desestabilizar el mercado internacional…

Luego, se confirmó que era cierto: en el campo de exterminio de Sachsenhausen, en Alemania, obligaron a los prisioneros a montar una gran industria de falsificación de libras esterlinas primero y de dólares después, de resultas de la cual Gran Bretaña tuvo incluso que cambiar el diseño de sus billetes bancarios.

—… Y nos quedamos sin nada —remataba mi madre como si se tratara de una anécdota jocosa —. Tanto tiempo jugándose la vida bajo las bombas para nada. Los nazis nos estafaron como a chinos, nos metieron el tocomocho. La maldición de los Gavanza. Tu padre y los otros de la orquesta tuvieron que ponerse a buscar trabajo y nosotros, durante un tiempo, vivimos a costa de mis padres, tus abuelos. Por suerte, la tintorería les iba bien y daba para todos.

»El otro día quizá te di la sensación de que las cosas siempre habían ido mal entre nosotros, entre tu padre y yo. No es así. No quiero que creas eso. Fue un principio muy complicado, pero tener a tu padre a mi lado ha sido un privilegio. Siempre animoso, divertido, emprendedor, entregado, generoso. Lo que pasa es que se recuerdan más los malos momentos que los buenos. Miles de aviones vuelan cada día de un lado a otro del mundo y no pasa nada, pero se cae uno de pronto y piensas que los aviones fallan continuamente y que volar es muy peligroso. Años de felicidad no afectan para nada a la piel de las personas pero la herida de un instante deja cicatriz y esa cicatriz estará ahí visible para toda la vida. Cuando eres feliz, no pasa nada, no hay nada que contar. La huella la dejan los disgustos, las contrariedades, los accidentes, las discusiones. Pero si solo contamos los malos momentos, no estamos contando toda la verdad.

»Tu padre, por ejemplo, estimuló mucho mi afición a la pintura. Durante un tiempo incluso vivimos de ello. En el 46 o 47, él ya estaba trabajando con Lalo Valente en el Rigat de la plaza de Cataluña, o en el Ritz, el Tívoli, las fiestas de Gracia o de Sants, en fin; tocaban en la radio, y grabaron un disco o dos, o eso fue después. Bueno, no importa, el caso es que en el Rigat tu padre conoció a un marchante de arte, un experto, un tal Anglesola, y lo hizo venir a casa para que viera lo que yo hacía… Esto sería en el 50, antes de que tu padre se fuera a Persia. Entonces nos iban bastante bien las cosas. Ya habíamos devuelto a tus abuelos lo que les debíamos, bueno, lo que quisieron aceptarnos, y no hablábamos para nada de la maldición de los Gavanza. Y el tipo aquel se entusiasmó con mi obra. Me organizó una exposición y hasta tuve una crítica elogiosa en La Vanguardia y todo. Decía… ¿cómo decía?, decía que “Montserrat Ansó pinta según su temperamento”, “pánicamente”, decía. Y luego, espera, que me lo aprendí de memoria: “Y no es que las premisas técnicas no existan, sino al revés, desde el corte del cuadro al arabesco, al, no me acuerdo cómo era, equilibrio cromático, las masas de los colores planos, no me acuerdo, al sabio manejo de la luz… Pero es una técnica que no se ve, que ni enfada —remarcaba la palabra enfada— ni destruye el lirismo de la obra”. Me gustaba que dijera que la técnica no enfadaba. Me lo aprendí de memoria, ahora ya se me borra. Vendí casi todos los cuadros y él, Anglesola, compró el resto. Tenía mucho dinero, el tal Anglesola.

»Pero, en el 51, a Lalo Valente le salió un contrato para ir a Teherán, Persia. Se acababa de casar el Sha con Soraya y todo el país estaba en fiestas. ¿No te ha contado tu padre que tocaron en palacio, que le estrechó la mano al Sha y a Soraya, la mujer más hermosa del mundo? Lo contaba

siempre. Bueno, el caso es que se fue. Otro disgusto, otra vez la maldición de los Gavanza. A mí no me gustaba que se fuera, pero no quedó más remedio, la vida del músico es así. Y, al menos, allí cobró, y cobró mucho dinero. Así empezó su vida nómada. En Oriente Próximo, en Italia, sur de Francia… Llegó un momento en que el tango tenía más aceptación en el extranjero que aquí, de manera que los viajes se hicieron más frecuentes y más largos.

»Cuando se fue a Teherán, en el 51, aquel tipo, Anglesola, vino a por mí. Era un hombre mayor, de unos sesenta años, muy arrogante, muy rico, que se creía muy atractivo, irresistible, y un día me invitó a cenar en un restaurante estupendo que había por el Ensanche, no recuerdo su nombre, y se quiso propasar. Me acompañaba a casa en su coche y aparcó en cualquier sitio y se me echó encima y yo lo rechacé. Lo rechacé de mala manera, incluso puede ser que me excediera en la violencia. Recuerdo que le arañé y le di un puñetazo. Tengo más fuerza de la que parece. Él se creía que se las veía con una mujercita indefensa y se encontró con un puñetazo en la nariz, y empezó a sangrar y a gimotear. Su dignidad por los suelos. Y no lo pudo soportar. Volvió contra mí la rabia más dañina que pudo encontrar. Me soltó que mis cuadros eran una porquería, que daban asco, que la crítica de La Vanguardia había tenido que pagarla de su bolsillo, que con sus amigos se habían reído a carcajadas del que denominaban «cuadro de las señoras bizcas» o del «bosque del vendaval», que tenía todos los árboles torcidos por un viento inexistente. Si se había vendido algún cuadro era porque él había convencido a cuatro incautos de que un día se cotizarían. Y que todo lo había hecho con la única intención de acostarse conmigo. Presumió de que en sus manos estaba la posibilidad del éxito clamoroso o del fracaso más estrepitoso de un artista, y que se iba a encargar de que yo no montara ninguna otra exposición jamás en mi vida. Un asqueroso.

»Yo nunca me había tenido por pintora genial. Me gustaba pintar y me parecía que mis cuadros no estaban mal y me complacían los halagos, claro. Aquel día me hundí. Regresé a casa llorando y decidí no pintar nunca más. Me dije que no lo necesitaba, que el dinero ya lo traía tu padre a casa, que había hecho el ridículo más espantoso y que no estaba dispuesta a pasar jamás por una situación semejante. Me asusté. Tiré el caballete, tiré las pinturas y los pinceles y escondí en el armario los cuatro cuadros que tenía. Si esas dos pinturas están en el pasillo es porque, a su regreso, tu padre insistió en ponerlas. Pero no insistió para que yo volviera a pintar, «si no quieres pintar, no pintes», y ya ves, también a él se le olvidó decirte que las había pintado yo.

Pregunté:

—¿Y por qué no me lo dijiste tú?

Dejó que mi pregunta se disolviera en el aire.

—A partir de entonces, viví la vida doméstica como un fracaso. Pero fue culpa mía. No quiero que pienses que le echo la culpa a tu padre. Fue culpa mía, o del entorno, dilo como quieras. Mis padres, tus abuelos, envejecieron mal, y me tocó a mí cuidarlos. Me trasladé contigo una larga temporada al piso de Sants, cuando mi madre no se podía valer por sí misma. Tu tía Núria tenía problemas con el sinvergüenza de su marido y Mercé tuvo tantos hijos que no podía hacer nada más. Yo, en cambio, estaba sola contigo y, en fin, cuando murió mamá, mi padre se trasladó a vivir aquí y me forzó a continuar encerrada. Pero casi me daba igual porque cada vez que me había asomado al exterior me habían escupido a la cara. Y lo que era peor: una vez más, tu padre

no estaba allí. Por eso he odiado tanto sus viajes.

Suspiró y añadió:

—Sin embargo, no quiero que me malinterpretes. Si odiaba sus viajes era precisamente porque, cuando estaba aquí, conmigo, me ayudaba mucho y me hacía muy feliz. Te lo digo ahora, cuando temo por su salud, porque no quiero que te quedes con la sensación de que no me ha gustado la vida que he vivido. Tuve mucha suerte al conocer a tu padre y al poder vivir con él. Y tú también tienes mucha suerte de haberlo tenido como padre. Aunque muchas veces no estuviera ahí en persona. Tuvo que viajar pero sé que, a distancia, nos cuidaba. Supo cuidarnos.

Eso fue lo que dijo mi madre en la sala de espera del Clínico mientras aguardábamos el dictamen del médico.

112

En la sala principal del viejo caserón conocido como la Osera, entre paredes desconchadas, manchas de humedad en los rincones del techo y un dedo de polvo en el suelo donde se plasmaban las idas y venidas de los presentes, celebraban una reunión los seis miembros de la banda del Inglés con su jefe Quílez.

Ya habían superado un par de puntos del orden del día, los más positivos y más fáciles de tratar: se habían congratulado por la derrota del fascismo internacional con las noticias de que los partigiani habían linchado a Mussolini y a su fulana, Clara Petacci, colgándolos patas arriba, como cerdos, en un garaje de Milán, y de que los rusos habían entrado en Berlín y Hitler y Eva Braun se suicidaron de sendos tiros en su búnker; y habían recibido la gratitud de muchas familias cuyos maridos habían sido fusilados o se estaban pudriendo en la cárcel y se habían beneficiado del botín de más de un millón de pesetas que estos hombres habían traído de su incursión en Barcelona. Bien. Hasta aquí, muy bien. A continuación, debían abordar el punto más conflictivo, el que borraba la sonrisa de todos los rostros.

—En Barcelona hay un soplón.

Un chivato, un confidente, un membrillo, un bocazas. Un traidor.

—Después de un mes de dar palos de ciego como tontos, sin ver de dónde les venían las bofetadas, de pronto, en dos días, nos liquidan a cuatro de nuestros hombres más valiosos y desmontan dos células con todo su potencial; imprenta, panfletos y armas. Eso solo lo consigue un soplón.

Seis hombres formando un corro en mitad de la gran pieza, sentados en sillas, Aregall y Rojo a horcajadas, con los antebrazos apoyados en el respaldo; Lapiedra repantigado, como si quisiera mantenerse lo más alejado posible de los otros. El Inglés y Pamplinas, en cambio, acodados en

las rodillas, con el cuerpo inclinado hacia delante, como corredores en la línea de salida, dispuestos a ponerse en movimiento en cuanto suene el tiro. Algo apartado del resto, Víctor escuchaba con las manos sobre la mesa del rincón, jugueteando con su Browning. Extraía el cargador con un chasquido, y con el pulgar iba sacando una a una las balas que rodaban ruidosamente sobre el tablero, y él las detenía y las agrupaba en el centro con la mano izquierda.

—… Y, además, los matan —añadía el Inglés, indignado—. Quiero decir que se pueden permitir el lujo de matarlos en público. No los detienen, no los interrogan.

—No los interrogan —decía Quílez— porque no necesitan interrogarlos. Ya tienen un confidente que les cuenta todo lo que necesitan.

Intervenía Rojo, sin disimular su ira:

—Los matan en público para que sirvan de lección, después del atentado a Jinete…

—Atentado frustrado a Jinete —puntualizaba Lapiedra, más pesimista.

—Si nosotros les matamos dos, ellos nos matan cuatro. Es su ley.

Víctor se mantenía distante, como ausente. Los otros atribuían su actitud a una manera de ser, cada cual manifiesta su odio como sabe y puede. Él pensaba que tenía que abandonar el grupo, pero no sabía cómo hacerlo. Perpiñán se había convertido para él en un techo demasiado bajo, aplastante. Un malestar asfixiante le impedía quedarse quieto y le forzaba a fumar un cigarrillo tras otro. «Ahora se lo diré», pensaba. «Ahora, dilo ahora.» «Pero, coño, Víctor, ¿qué te pasa?», «Nada, dejadme en paz». A los otros les resultaba alarmante su melancolía. Asistía a las reuniones como si diera por supuesto que no iban a decir nada que le interesara. «Ahora, díselo ahora.» ¿Pero cómo iba a desertar cuando preparaban el gran golpe contra Miguel Jinete, precisamente Miguel Jinete? ¿Y cómo iba a abandonar después del golpe frustrado, o cuando estaban asesinando a sus compañeros de Barcelona, o cuando debatían que había un chivato entre sus filas y votaban porque creían que había que ir a por él?

—¿Ir a por él? —se resistía Aregall, que siempre había sido el más prudente—. ¿Tal como está ahora la policía? Habrá controles por todas partes. Nos van a atrapar, seguro.

—Es ahora cuando hay que ir —impuso Quílez con energía—. Ahora, cuando se creen que nos están derrotando, cuando creen que ya nos tienen con un pie en el cuello. Localizaremos al soplón y lo ejecutaremos delante de sus narices, para que vean que están muy lejos de la victoria.

—¿Y si nos detienen? —objetó Lapiedra—. ¿Y nos torturan, y nos hacen cantar? Nosotros conocemos el funcionamiento de todo lo de aquí. Pondríamos en peligro toda la infraestructura del sur de Francia.

Quílez también tenía respuesta para eso, pero cedió la palabra al Inglés.

—Repartiremos cápsulas de cianuro. No pueden agarrarnos vivos.

Las miradas circularon por toda la estancia, buscando las miradas de los compañeros.

Cápsulas de cianuro. A vida o muerte.

La atmósfera era espesa, sólida, irrespirable. Aregall carraspeó para abrirse paso a través del silencio.

—Pero hay que hacer una investigación. ¿Alguien tiene una sospecha, un indicio, una pista? ¿Por dónde empezamos?

—Tenemos cuatro puntos de partida —tomó la palabra el Inglés—. Dos clases de colaboradores. Tenemos espías muy cerca de la policía, y yo me encargaré de hablar con ellos. Hay otros amigos en el Barrio Chino, putas y macarras y chorizos que también andan bien informados. ¿Rojo?

—Yo los conozco —dijo Rojo—. Yo hablaré con ellos.

—Y, luego, hay un par de compañeros, vinculados a los muertos, a quienes por lo visto la policía no ha molestado. Uno es Mateo Pérez y Pérez. Es raro que, habiéndose cargado a los del «Grupo Talión», no lo hayan molestado. Otro es Venancio Pedrosa, un sujeto que no acaba de estar con nosotros y que tiene cuentas con la policía por perista y que conocía los nombres de todos. ¿Querrías encargarte tú de Pérez y Pérez, Pamplinas?

—Hecho —dijo Pamplinas con toda su atención puesta en el cigarrillo que tenía entre manos.

—¿Y Venancio Pedrosa…?

Víctor volvía a introducir las balas en el cargador, una, dos, tres, enfrascado en ello como si la tarea requiriera toda su atención. Levantó la vista.

El Inglés miraba a Lapiedra.

—¿Lapiedra?

—Me parece que yo paso —dijo Lapiedra, avergonzado. Arrancó al mechero la llama que arrimó al cigarrillo. Aspiró el humo, lo expelió y añadió—: No me gusta cómo están las cosas ahí abajo. Están muy feas por Barcelona, de momento.

—Siempre han estado feas —le riñó Quílez—. Desde el 36 no pueden estar más feas. Por eso tenemos que ir. Por eso, no podemos quedarnos cruzados de brazos.

—No lo haría bien —terminó Lapiedra, sin saber dónde mirar.

El Inglés miró a Aregall, y Víctor tuvo la seguridad de que no quería enviarlo a él. Curiosamente, ese fue un acicate para intervenir. Se había olvidado del arma que tenía entre los dedos. Se oyó decir:

—Yo he estado en el domicilio de Pedrosa.

Aregall también estaba esquivando la mirada del jefe, de manera que este se volvió hacia Víctor.

—Pues irás tú.

Víctor tragó saliva.

«No me quería enviar a mí.»

113

A media mañana, supimos que Franco había muerto, pero observé que mi padre y Víctor no acogían la noticia con la euforia que hacían prever los preparativos de días anteriores. Pesaba mucho más en su ánimo la decisión tomada la noche anterior de ir a visitar a Miguel Jinete. Sobre todo Víctor debía de haber pasado la noche en blanco tratando de imaginar cómo iba a resultar la experiencia y su preocupación desbancó a las expectativas de la muerte del dictador.

Desayunaron en casa, se trasladaron al barrio de la Sagrada Familia en taxi, se dieron ánimos mutuamente, se plantearon muchas preguntas, decidieron no telefonearle para advertirle de su llegada, «que sea una sorpresa», «a ver si le da un ataque», y por fin se plantaron ante el portal modernista y ampuloso de la calle Provenza, tan cerca de la Sagrada Familia, donde el mismo Víctor había estado esperando un día con una metralleta Sten en la mano. Todavía tenían portero, un individuo tosco y mal afeitado con un guardapolvo gris en un cubículo al fondo del zaguán, junto al ascensor. Se extrañó ante los dos ancianos que preguntaban a aquellas horas de la mañana por el señor Miguel Jinete, como si le parecieran intrusos e inoportunos, pero sí, el señor Miguel Jinete estaba arriba, en el cuarto, tercera.

Subieron en un ascensor majestuoso, a juego con el portal, madera noble, asiento acolchado, espejo y sin pintadas ni grabados de gamberros, y se plantaron ante la tercera puerta del piso cuarto.

Mi padre llamó al timbre.

Víctor se quedó rezagado, en segundo término, quizá para tomar impulso.

Algo emitió un zumbido sordo en la puerta y el pestillo chascó. Mi padre empujó la puerta con la punta de los dedos y accedieron a un recibidor presidido por un gran cuadro, con apariencia de antiguo, que representaba a san Jorge matando al dragón y, sobre una consola, entre dos candelabros con bombillas puntiagudas que se pretendían llamas de velas de pasta, había la estatuilla de otro san Jorge matando al dragón. En un rincón, una butaca de terciopelo granate muy gastado y, a su lado, una mesa-tablero de ajedrez con piezas pesadas, grandes y de color verde, como esmeraldas gigantes. A mi padre le recordó el vestíbulo que los Villarroya tenían en la calle del Bruch. Supuso que Miguel debió de quedar tan impresionado por el lujo del primer piso de millonarios que veía que, en cuanto tuvo oportunidad, reprodujo su estilo, tal vez incluso inconscientemente.

A la derecha, se abría una puerta de cristales esmerilados y por allí llegó primero un suave zumbido mecánico y, en seguida, una voz grave, «pasa, guapa, pasa, como si estuvieras en tu casa», y por fin Miguel Jinete en una silla de ruedas con motor.

Se mostró desconcertado al verlos porque no respondían a la categoría de «guapa» que él esperaba y, en el instante siguiente, los reconoció. Se quedó boquiabierto.

—No —una pincelada de miedo. «Vienen a por mí. Por fin, me han atrapado.» De inmediato—: No me jodas que eres, que sois, la madre que me parió.

Estaba gordo y calvo, enorme en aquella silla que bajo su corpachón parecía de miniatura. Con batín de seda, camisa negra con los tres primeros botones desabrochados, su sonrisa tensa quería decir: «Qué alegría», su mirada fría y penetrante mascullaba: «Qué coño están haciendo estos aquí».

—Pero venid a abrazarme, joder, que os quedáis ahí como pasmarotes. ¡Fernando, Víctor, me cago en la mar, Fueyito, Victorino!

Respondieron a sus gritos con abrazos y él no paraba de decir «la madre que me parió».

Toqueteaba las gafas de Víctor y se reía: «¡Mírate con esas gafotas, cuatroojos! ¡Yo todavía tengo vista de lince!».

—¡Quita la mano, coño! —Víctor le acompañaba en la risa y el juego.

Aquella visita fue trascendental en la vida de mi padre y de Víctor. En su transcurso, descubrieron algo que los impresionó profundamente, que varió por completo su manera de entender el pasado. Eso hizo que, a su regreso a casa, me contaran cómo había ido el encuentro de una forma muy superficial, desganada y sin detalles. Querían resumirlo todo en vaguedades, «bueno, estaba allí, no puede andar, va en silla de ruedas y parecía muy satisfecho de vivir como ha vivido». Tuve que interrogarlos a fondo para que me describieran una gran sala comedor con cuadros antiguos, arañas de lágrimas, fuentes de plata con frutas de cera, alfombras mullidas, tresillos tapizados con telas estampadas de flores, la estatua de una especie de perverso genio de la lámpara a tamaño natural, un reloj de sobremesa de oro, el bufet con fotos de la familia, Miguel y esposa cuando se casaron, Miguel y esposa con dos niños pequeños, Miguel y esposa con los niños mayores, Miguel con su uniforme de policía cubierto de medallas, Miguel estrechando la mano del Caudillo, y una vitrina con mucho cristal de Bohemia y selectas piezas de cerámica.

Y, luego, la conversación, a retazos.

Miguel Jinete los informó de que estaba esperando a «una niña», y los hizo partícipes de su secreto, «qué coño, al fin y al cabo somos los Tres del Pompeya, con todo lo que hemos vivido juntos no puede haber secretos entre nosotros». Por lo visto, cada viernes por la mañana, enviaba a su mujer, «la parienta», de compras con sus amigas, y a jugar al bridge y, luego, a comer a algún restaurante caro, y daban fiesta a la criada, y él se quedaba solo con sus cosas. Era un pacto al que habían llegado, «el mínimo espacio vital que necesita un hombre en mis condiciones». Y entonces, cuando se quedaba solo, telefoneaba a una señorita complaciente «para que me haga

una mamadita, por el amor de Dios».

—Porque —presumía— esto mío funciona. Yo no sé a vosotros, pero a mí esto aún me funciona. A veces, cuando la nena está ahí abajo dándole a la lengua, le digo: «Anda, súbete, nena, súbete a la silla», y se me encarama aquí y se la hinco como cuando tenía veinte años. ¿Tú también funcionas, Fernando? ¿Y tú, Víctor?

Casi no les había permitido que hablaran. Los dos visitantes estaban de acuerdo en que se puso muy nervioso y liberaba su tensión hablando sin parar. Tardó mucho en preguntarles qué era de sus vidas y a qué se dedicaban, y a Víctor lo trató igual que a mi padre, como si solo se hubieran separado por azares del destino, como si Víctor nunca lo hubiera encañonado con una pistola pensando en matarle, como si él nunca hubiera matado a Víctor Luys.

Comentaba mi padre durante la cena de aquel día:

—Lo que sí ha ganado es sentido del humor. Aquello que ha contado de las mujeres…

—Ah, sí —replicó Víctor sin entusiasmo.

Les había expuesto su teoría de que todas las mujeres, todas sin excepción, fingen durante el coito. Él se lo agradecía de todo corazón, porque le parecía un detalle de urbanidad y de buen gusto; al fin y al cabo, lo hacían para que se quedara contento. Había llegado a la conclusión de que todas fingían porque no podía creer que tantos gritos, tantos gemidos, tantos aspavientos y ojos en blanco, y ronroneos y promesas de amor, pudieran ser siempre sinceros. Siempre no.

—… No te digo que, alguna vez, una se lo haya pasado estupendamente, pero ¿siempre y todas? No, no me lo creo. Todas fingen, todas mienten.

Mi padre se había reído a gusto con el discurso. Víctor no tanto. Hacía mucho tiempo recordaba haber pensado que el poder potencia el sentido del humor. Para muestra un botón.

Les ofreció de beber.

—¿Podéis tomar de esto? ¿Os lo permite el médico? ¿Whisky, vodka? Yo tengo un médico que me deja. Eso sí: es carísimo. ¿Queréis que abramos una botella de champán?

Víctor sugirió:

—Para brindar por la muerte de Franco.

Miguel no se definió respecto al motivo del brindis. Como si nada.

—¡Venga, vamos a por la botella de champán! ¿Os importa traerla del frigorífico? La cocina está ahí, en el pasillo, la segunda puerta de la derecha. Las copas las encontrarás en la vitrina.

Se sirvieron champán francés y bebieron.

—¡Por la muerte de Franco! —insistió Víctor, provocador, atento a la reacción del comisario de la Social.

—Por el Trío del Pompeya —dijo mi padre, romántico.

—¡Para que nuestros pitos continúen funcionando como el primer día!

—No había alegría en el encuentro —reflexionó Víctor cuando me describía la situación—. Era una falsa alegría. Demasiadas cosas no se podían tocar, no se podían decir. Miguel sabía demasiado de nosotros dos, y nosotros no nos atrevimos a hablar de según qué. Había que llenar los silencios como fuera, y yo no era capaz de hacerlo. Miguel, en cambio, era un virtuoso en este arte y Fernando, tu padre, era especialista en escuchar y complacer, y así no llegábamos a ninguna parte. De manera que de golpe me decidí a abordar el tema que nos había llevado hasta allí.

—Ayer estábamos hablando con Fernando de la colección de sellos de su padre. ¿Qué fue de aquella colección de sellos?

Miguel perdió su sonrisa.

—¿Colección de sellos?

—… A partir de aquel momento, empezó a preguntarse cómo nos iba a echar de su casa.

—Claro que te acuerdas —afirmó Víctor ante la prevención de mi padre, que habría preferido salir de allí sin formular la pregunta—. Se lo pediste a Carmen a cambio de conseguir la conmutación de mi pena de muerte… que nunca te agradeceré bastante.

Miguel Jinete frunció los ojos para indicar que él, en cambio, no le iba a perdonar jamás que lo pusiera en aquella situación y, en seguida, se evadió con una mueca desdeñosa.

—Ah, sí. No valía nada. La tuve en casa durante mucho tiempo y, un día, vino un amigo, experto en filatelia, y se la enseñé. Nada. Estaba aquel sello de Argentina, con un error de impresión, pero nada más. Le regalé la colección a ese amigo mío, convencido de que él la sabría valorar y le daría mejor uso que yo.

—Pero…

Había muchas más cosas que decir, pero Miguel no estaba dispuesto a escucharlas. Gruñó.

—No me toques los cojones ahora con las estampitas, coño. Nadie les estaba haciendo caso, tu padre ni siquiera recordaba que las tenía, y a ti no te interesaron nunca.

—Eso no es cierto —trató de reivindicar mi padre.

Pero ya era inútil. Miguel Jinete no iba a dar explicaciones. Y, antes de que se crisparan más los ánimos, llegó la putita.

Sonó el timbre de la puerta, y Miguel se desplazó con la silla hasta el pulsador que la abría a distancia. Después del zumbido y del chasquido siguientes, recitó la fórmula ritual, «Pasa, guapa, pasa, como si estuvieras en tu casa», y un taconeo se acercó por el pasillo.

Era una chica muy joven, de ropa desvergonzada y pose tímida y retraída, con una pizca de resentimiento inexplicable. Contempló aquella reunión de vejestorios con visible aprensión.

—Venga, os invito —dijo el dueño de la casa—. Aprovechad la ocasión, si es que eso todavía os funciona.

Tanto mi padre como Víctor declinaron la invitación.

—¿Y os importa que yo vaya a lo mío mientras hablamos?

—No, no —dijo Víctor—. Ya nos vamos. Te dejamos con tu intimidad.

—Pero si a ella no le importa —se reía Miguel.

Ya se iban, casi huían, de la pareja compuesta por el viejo gordo de la silla de ruedas y la jovencita feladora, que se estaba postrando ante él al mismo tiempo que él le ponía la mano en la cabeza y le decía: «Ven, ven, haz feliz a este pobre anciano», cuando Víctor se asomó con curiosidad a la colección de fotos de familia, y no pudo creer lo que veía, y sus ojos buscaron los de mi padre para que se posaran sobre las mismas imágenes, con la consiguiente conmoción, y los dos se volvieron hacia el policía que, en los prolegómenos de la mamada de cada viernes, les respondió con un guiño descarado y triunfal.

—Había estado esperando aquel momento toda su vida —me dijo Víctor, temblando de indignación.

114

—Salimos de Perpiñán por separado, cada uno por su cuenta. El Inglés, Rojo, Pamplinas y yo. Cada cual con su disfraz y su coartada. Y la cápsula de cianuro oculta en una pluma estilográfica. Bueno, yo no. Yo iba con mi caracterización de Canut el palurdo y pensamos que resultaría sospechoso que me encontrasen una pluma estilográfica encima. Yo saqué la cápsula y la protegí en una cajita metálica muy pequeña que escondí en la badana de la boina.

»Entré en España por Portbou, siempre un puesto fronterizo distinto, para que no pudieran recordarme, reconocerme, extrañarse por nada. Tardé unas ocho horas en llegar a Barcelona, me puse allí a las cuatro y pico, tal como estaba previsto. Con los compañeros nos habíamos dado un día para hacer nuestras indagaciones. Al día siguiente, a eso de las ocho de la noche, nos reuniríamos en la Ostia.

De pronto calló, cabizbajo, y se levantó de la silla y caminó hasta el balcón para mirar a la calle y continuar con un cierto desasosiego:

—Pero, durante el viaje, yo ya descubrí quién era el soplón. No me hacía falta ir a visitar a nadie,

ni preguntarle nada a nadie. De pronto, entendí qué era aquel malestar que me asfixiaba desde hacía tantos días, aquellas ganas de abandonar el grupo y, a la vez, la imposibilidad de dar el paso definitivo. Aquella insoportable contradicción. No era que yo quisiera dejar al grupo, yo quería continuar en la lucha, incluso esperando a Miguel Jinete con la Sten en la mano. Yo sabía que tenía que dejar el grupo porque podía perjudicarle, porque lo estaba perjudicando. Y, si no lo sabía, lo intuía. Tenía a mi alcance todos los datos para entender lo que estaba ocurriendo.

Una vez en Barcelona, Víctor fue directamente al piso de la calle de San Rafael. Tenía llaves, claro que tenía llaves, cómo no iba a tener llaves de su propia casa, y entró, y subió dando por supuesto que Teresa no estaba allí, sino trabajando en casa de la señora Pepita. A las seis iría a buscar al niño a la academia y hasta las seis y media no llegaría a casa.

—Si ella misma me lo estaba diciendo —murmuraba entre dientes, como si reviviera la tensión del momento del descubrimiento. Y repetía—: Me lo estaba diciendo. Me lo estuvo advirtiendo…

Se paseó por el piso que había levantado con sus propias manos. Se recordó derribando los tabiques que separaban los cuartuchos donde las putas recibían a sus clientes, y levantando nuevas paredes para delimitar el dormitorio donde había muerto su madre, y el otro donde había hecho el amor con Carmen, y con Teresa, y la sala donde Carmen y Teresa coincidieron durante el velatorio de su madre, y le latía el corazón como si se hubiera hinchado igual que un globo a punto de estallar.

—¿El teléfono, un lujo? «No, nada de lujo. Todo el mundo lo está solicitando. Y es muy práctico. Y no es muy caro, si no hablas mucho.» ¿Todo el mundo lo está solicitando? ¿Y a cuántos se les concede? En 1945, el teléfono era un lujo. Pero Teresa lo tenía. Lo había solicitado y se lo habían concedido. A ella, que trabajaba cosiendo para una modista y estaba casada con un rojo encarcelado.

En el perchero de la entrada, un hermoso sombrero Borsalino de fieltro. En el cuarto de baño, una brocha y jabón de afeitar. En el armario, una camisa de hombre, muy elegante, con las iniciales MJ bordadas en el pecho. Y las sábanas manchadas.

Un largo, un larguísimo silencio. Víctor miraba a la calle, dándome la espalda, hablando consigo mismo.

—Me lo había dicho. La última vez que nos encontramos, cuando no quiso ir al meublé y la llevé a la Ostia. «Me vino a buscar la policía, lo sabes, ¿verdad? Vinieron a buscarme, y me pegaron unas cuantas bofetadas. Y suerte tuve de Miguel. Este les paró los pies, y las manos, y me soltó.» Me lo estaba diciendo.

Víctor cabeceó, y dio media vuelta para alejarse del balcón y venir hacia mí, hacia la mesa y a la copa. Cabeceó de nuevo como si, además de la narración que me dedicaba, estuviera manteniendo una vibrante discusión consigo mismo.

—Decidí que era yo quien tenía que morir.

»Dejé el piso tal como lo había encontrado y salí a la calle.

Se fue a dormir a la Ostia y durmió poco. Dio vueltas y vueltas sobre el catre del altillo donde le torturó el recuerdo de que, en algún momento de la última noche que pasó allí con Teresa, había extendido el brazo y no había encontrado su cuerpo a su lado. Había sido como un sueño, una de esas experiencias que al día siguiente no sabes si fueron reales o no. Ella no estaba allí. Se ausentó.

El altillo donde estaba el catre era en realidad un balcón desde donde se podía ver perfectamente la única sala de abajo. Si se hubiera asomado, Víctor probablemente habría podido ver a Teresa hurgando en sus cosas, copiando los nombres de los cinco camaradas que debían recibir las cinco cartas. Víctor se preguntaba si no habría reprimido sus ganas de atisbar para no sorprender a la pobre Teresa, para no meterla en un apuro. Quiso convencerse de que lo había soñado. Pero no lo soñó.

Terminó levantándose y vistiéndose para ir a fumarse unos cuantos cigarrillos en la playa. Caminó entre los montones de escombros de la plaza de la Font, donde el 1 de octubre del 37 habían caído siete bombas, siete, el mismo día en que destruyeron el colegio de la calle Balboa y ametrallaron a los niños y profesores que salían despavoridos de él. Bordeó edificios abandonados donde gentes siniestras se calentaban alrededor de hogueras. Se sentó en la arena y contempló el mar de noche y escuchó el romper de las olas hasta la madrugada. Me dijo que estuvo pensando, sobre todo, en el Trío del Pompeya. Alguna noche se habían quedado a dormir sobre aquella arena después de una noche de juerga.

Con los primeros rayos del sol, pudo vislumbrar, entre la niebla, las ruinas de la fábrica del gas Lebon y de la Maquinista, y de la Escuela del Mar, y del Hospital de Infecciosos y, más allá, el pavoroso Campo de la Bota, escenario de miles de ejecuciones, y el amasijo de cientos de chabolas que configuraban el llamado Somorrostro donde se calculaba que vivían unas veinte mil personas.

Volvió a la realidad con un escalofrío. Disparó la colilla del cigarrillo con el dedo y echó a caminar hacia el centro de la ciudad.

Antes de las nueve, ya estaba apostado en la calle de la Cadena, frente a la Academia Lloveras.

Vio llegar a Teresa con Javier, vio cómo el niño se reunía alborozado con sus amigos y cómo se metían en el portal y subían las escaleras. Él era el cazurro de la boina que se aproximó como por curiosidad a la aglomeración de padres y madres y habló al oído de Teresa. «No vayas a trabajar, discúlpate con la señora Pepita, te espero en casa.» Aquella vez, la reacción de la mujer fue más brusca que nunca. «¿En casa?», replicó susurrando por encima del hombro. Era la primera vez que replicaba. «En casa» significaba muchas cosas. Peligro. Significaba peligro. Quiso decirle que no, que no podían ir al piso de San Rafael porque, por ejemplo, cabía la posibilidad de que estuviera vigilado por la policía, porque ponían en peligro la vida de su hijo. Pero ya no tuvo ocasión porque Víctor ya no estaba allí.

Llegó él primero al piso y tuvo que esperar unos diez minutos. Demasiado rato. Dan para mucho, diez minutos.

Le desazonaba comprobar que, mientras él andaba atracando o conspirando en Perpiñán, en aquel piso del Barrio Chino reinaba la calma, la alegría, el gusto por decorar, un sosegado

bienestar a pesar de todo. A pesar de la tiranía de Franco, a pesar de la miseria, a pesar de la policía torturadora, a pesar de los fusilamientos del Campo de la Bota. Los diarios no hablaban de ello: ese era el gran secreto. Si no lo decían los periódicos, las cosas no sucedían. Por eso, nunca pasaba nada.

En ese tiempo, Víctor jugueteó con el Borsalino y decidió que se lo iba a quedar porque, para las últimas horas de su vida, resultaba mucho más digno que una boina. Depositó la pistola ante sí, sobre la mesa. Una Browning con capacidad para ocho cartuchos. También sacó de su escondite en la badana de la boina la cajita metálica que contenía la cápsula de cianuro. Naturalmente, pensó en morder aquella ampolla y acabar de una vez. Pensó en pegarse un tiro en la sien o en la boca. Imaginó a Teresa que llegaba y se encontraba con su cadáver.

—Quizá el suicidio habría sido la mejor solución —me dijo, en un tono falsamente ligero—, pero no pude. Si no era capaz de matar a un desconocido, ¿cómo iba a ser capaz de matarme a mí mismo, que me conocía de toda la vida?

Cuando llegó Teresa, esta se asustó al ver la pistola y se temió lo peor. A los confidentes de la policía se les ejecuta y no había más que hablar. Todo estaba dicho ya. Pero la Teresa que entró no era mansa y resignada como Víctor la conocía sino una mujer valiente que no estaba dispuesta a bajar la vista, ni a suplicar. Él era el débil en aquel momento, abrumado por interrogantes.

Se había encontrado sola, con un hijo, asediada por una policía omnipresente obsesionada por capturar rojos, o esposas de rojos, o hijos de rojos, y darles un escarmiento que garantizara que nunca jamás levantarían la cabeza. Y, con la policía, la presencia seductora y salvadora de Miguel Jinete.

—¿Quién crees que me echó una mano cuando a ti te detuvieron en el bar y yo me encontré corriendo por las calles, con el pequeño Javier de la mano? ¿Quién nos convirtió en intocables, a Javier y a mí? ¿Quién me consiguió trabajo? ¿Quién estaba ahí cuando tú decidiste echarte al monte y nos dejaste en casa, y se presentaron de nuevo los de la Social, y me esposaron, y me llevaron a Jefatura, y me llamaron «roja asquerosa», y me dijeron que me iban a violar? ¿Sabes quién estaba? ¡Tú no estabas! ¿Qué derecho tienes a venir a pedirme explicaciones ahora?

En la calle sonaba la corneta del basurero, que advertía a las amas de casa para que sacaran sus miserias a la calle.

—¿Eres de los suyos? —le preguntó Víctor, frunciendo el ceño, dolorido.

—Lo preguntaba —me aclaró años después— porque quería saberlo, francamente. Porque pensaba que tenía derecho a haberse pasado al bando contrario después de cómo la había tratado yo…

—… ¿Eres franquista, de derechas, apoyas el Movimiento Nacional?

—¡No digas tonterías! —replicó ella, que ya había perdido los papeles, y lloraba enfurecida—. ¡Eso solo son palabras! Palabrería. Solo soy una superviviente. Estoy salvando la piel como puedo. Porque ahí fuera está lleno de monstruos y estoy cagada de miedo.

Cagada de miedo ante la pistola que había sobre la mesa. Porque a las delatoras las matan y no hay más que hablar.

Víctor miraba la Browning y pensaba que aquella noche, en la Ostia, ella se había levantado del catre mientras él dormía y había tomado nota de los nombres y apellidos de los camaradas libertarios con quien él tenía que reunirse, «Lucio Puente, Mateo Pérez y Pérez, Julián Rodrigo, Enrique Zarra, Venancio Pedrosa». También pensaba que le estaba haciendo pagar por todo lo que le había hecho sufrir con Carmen, tan descarado, y luego yéndose al frente cuando el niño acababa de nacer. «Todos tenemos nuestro purgatorio aquí, en la tierra. Cuando morimos, ya hemos pagado por adelantado, por nuestros pecados.»

Dijo:

—Está bien, se acabó. Seré yo. El soplón seré yo. Al fin y al cabo, lo soy. Cuando yo desaparezca, tú ya no tendrás información de ningún tipo sobre los movimientos anarquistas. Ya no le podrás transmitir nada a Miguel.

Ella empezó a murmurar, atónita: «¿Pero qué estás diciendo?».

—Que tienes razón. Que te he tratado muy mal. Que me lo tengo merecido —se puso el Borsalino un poco inclinado, con chulería, y se dirigió a la puerta—. Para mis camaradas no existes, ni tampoco existe mi amistad con Miguel. Yo seré el soplón.

Teresa, que hasta aquel momento temía su explosión de furia, su venganza, la pistola y la ejecución, palideció y tembló de forma distinta. Quiso retenerlo, agarrada de la manga de su chaqueta barata, y lloró de otra manera para suplicarle que no lo hiciera, que no se sacrificara por ella.

Fue un final muy melodramático, de gritos, tirones y empellones. Víctor desprendiéndose de ella, bajando aquella escalera empinada por última vez en su vida, y ella arriba, de rodillas, sollozando: «¡No, no, no!».

Una de esas situaciones embarazosas que a veces se dan en la vida.

115

Mi padre, pensativo y abatido:

—En el 68, cuando fui a verle para decirle que te habían detenido, cuando me hizo el favor de que te soltaran, me invitó a cenar a su casa. «Venid con Montse, que te presentaré a mi señora.» Y luego repitió la oferta, un par, o tres, de veces más, cuando asistía a nuestras representaciones en el Rigat, o en otros sitios, siempre solo, nunca con su señora. Yo siempre me negué, porque no habría arrastrado a tu madre a casa de Miguel Jinete ni atada, pero… Pero ahora entiendo que

quería presentarme a su esposa, que tenía un especial empeño en presentarme a su esposa. Eso era lo que quería.

Luego, repasando mis notas para este libro, y los caóticos escritos del mismo Miguel Jinete, pude sacar mis propias conclusiones. Había un momento clave en su biografía: aquel en que Víctor conoció a Carmen Brondo y, en lugar de dejarle elegir, como había hecho siempre, cuando Miguel dijo: «La morena para mí», él replicó un tajante: «No». Y, luego, fue Carmen quien rechazó a Miguel de la manera más explícita. Estaban en Madrid y fue cuando Miguel Jinete desapareció. Se fue. Dejó plantado a su amigo, y a Carmen, y a la Caraqueso, sin un duro en el bolsillo, y tardó casi dos años en regresar. Y, después de aquello, ya no recuerdo que pasara ningunas Navidades ni fiestas señaladas con sus amigos. Entendí que había tenido un ataque de rabia al verse superado por su amigo y rechazado por la hermosa y cautivadora Carmen y tomó una drástica determinación. Pienso que fue entonces cuando se casó. A su regreso, les comunicó que había estado en Francia, con Miquel Badía, pero no les dijo que se había casado ni con quién.

Como no pudo tener a la mujer de Víctor, corrió a apropiarse de la que había sido la mujer más querida por mi padre: Aurora Escolá, la cantante. La más hermosa de todas las cupletistas que cantaban tangos de Contursi.

Milonguita,

los hombres te han hecho mal

y hoy darías toda tu alma

por vestirte de percal.

Aurorita Escolá de ojos tristes, voz delicada, como de cristal, enternecedora y cursi, vestida de negro con brillos de azabache, moviendo las manos a un lado y a otro, con suaves vaivenes sentimentales. Víctor y Miguel jugándosela a cara o cruz. Aurorita Escolá, interrumpiendo la interpretación del tango, «¡maldito sea el tango aquel!», y tirándose de cabeza al suelo cuando vio la bomba en medio del público del Pompeya. Atada a una cama de latón reluciente y de sábanas revueltas, desnuda, en forma de aspa, exhibiendo el sexo de una manera que jamás se podría perdonar.

Miguel debió de mantener algún contacto con ella, desde el grave incidente de los años veinte, ella debió de conservarse soltera a causa del trauma que le provocó aquel suceso, y quince años después él supo seducirla y la consiguió.

Víctor cavilaba y cavilaba, e iba sacando conclusiones como si unos pensamientos se encadenaran con los otros.

—… Y luego se hizo con Carmen. Y la prostituyó y la corrompió hasta la muerte.

«La obligó a matar a mi abuelo», podría haber añadido yo. Y aún más: también estuvo acosando a mi madre, aunque mi padre nunca llegó a saberlo.

—Y, luego, Teresa. Y no se conformaba con poseerlas. Tenía que destruir lo mejor que tenían. No quiero ni imaginarme la vida que debió de darle a la pobre Aurorita Escolá.

Codiciaba lo que tenían sus dos amigos. No podía soportar que tuvieran algo de lo que él carecía.

Nuestro querido amigo Miguel Jinete.

116

Víctor empezó a contarme su vida como atracador el día del entierro de mi padre, en el momento en que los funcionarios tapiaban el nicho y se daba por terminada la ceremonia y los asistentes se dispersaban. Habían hecho acto de presencia unos cuantos músicos, un ancianísimo Lalo Valente, compañeros de oficina que había tenido en La Voz de Su Amo en sus últimos años laborables, y parientes y vecinos de mi madre, y la tía Núria y la tía Mercé y sus maridos e hijos. Yo había podido comprobar que había muy poca gente dispuesta a acompañarme en el sentimiento. Mi exmujer, que apenas me dirigió la palabra, como para dejar claro que había venido porque siempre le habían hecho gracia los chistes de mi padre pero no porque le importara nada mi estado de ánimo; unos amigos que conservaba de Editorial Bruguera y no recuerdo a nadie más. La persona más próxima a mí, el que me pasó el brazo sobre los hombros y estuvo a mi lado constantemente, fue Víctor Luys.

Y, mientras observábamos a los funcionarios del cementerio poniendo argamasa y encajando la lápida nueva, letras doradas sobre mármol negro, «Fernando Gavanza Carballido, 11-8-1900 / 23-2-1976», se aclaró la garganta y murmuró:

—Quizá la penúltima vez que vi a tu padre fue cuando vino a visitarme a la cárcel Modelo. Y la última vez… —se corrigió—: La última vez antes de esta, claro, antes de que me dieran por muerto en el 45. Esa vez también fue una despedida. Tenía necesidad de despedirme de él, de darle un abrazo.

Me relató su salida de la cárcel, después de cinco años y siete meses de cautiverio, y su reencuentro con Teresa, la pugna entre su amor por ella y el odio y la necesidad de luchar contra el régimen fascista…

Interrumpió la narración para atender a mi madre, que se había quedado sola con sus hermanas Núria y Mercé y sus cuñados, y esperaba que la rescatáramos de su verborrea, y nos fuimos a comer a un restaurante. Luego, mi madre quiso dormir una siesta y Víctor y yo nos preparamos unos cafés y destapamos la botella de coñac, la misma que había dejado a medias mi padre la noche anterior a su fallecimiento.

Fumando y bebiendo, Víctor retomó la historia que desembocaba en el último encuentro que había tenido con mi padre. Su biografía como atracador. El descubrimiento de que Teresa era la confidente de Miguel Jinete.

Su decisión de morir.

—Estaba tan decidido a morir que tuve la necesidad de despedirme. Y solo se me ocurrió una persona, aparte de Teresa, a quien me apeteciera realmente dar el último abrazo. Esa persona era tu padre.

Apuró de un trago la copa de coñac.

—Lo último que sabía de él era que había regresado de Berlín sano y salvo, porque había telefoneado a Teresa nada más llegar, pero no habían tenido ocasión de verse. «Nos acordamos mucho de Víctor», había dicho tu padre, muy imprudente, y se quedó callado, como si esperase que Teresa le dijera: «Pues sí, lo veo una vez al mes…». Bueno, le llamé desde un bar, donde me dejaron el listín telefónico para localizar el número de Gavanza, Fernando, Avda. José Antonio 426, y así pude escuchar la voz de mi querido amigo, «¿dígame?». Se llevó un alegrón enorme al oírme. Aquel mediodía estaba libre, sí, porque de momento no trabajaba. La orquesta de Lalo Valente estaba en negociaciones para tocar en el Rigat de la plaza de Cataluña, pero todavía no tenía nada que hacer más que ensayar. Lo contaba como si fuera una buena noticia porque eso le permitía encontrarse conmigo, después de tanto tiempo, y brindar por mi libertad. Ese era tu padre. Ahí estaba, siempre que lo necesitabas.

Pensé en lo que me había dicho mi madre: «Una vez más, tu padre no estaba allí».

—Le invité a Ca l'Agustí, en la calle Bergara, para recordar viejos tiempos. Nos daban bastante dinero cuando salíamos de misión y yo creía que ya no lo iba a necesitar. Nos encontramos a la una y media o las dos.

Habíamos hablado de aquella última reunión con mi padre, claro que sí. Casi fue lo primero que se mencionó después del reencuentro de treinta años.

—¿Te acuerdas? La última vez que nos vimos fue en Ca l'Agustí, en la calle Bergara.

Mi padre derrochaba euforia. Estrujó a Víctor entre sus brazos, propinándole fuertes palmadas que levantaron de la chaqueta polvo de la era.

—¿Y este pelo negro? —susurró, excitado—. ¿Te lo tiñes? ¿Vas disfrazado?

Víctor no fue muy explícito.

—Ya te habrá contado Montserrat…

Mi padre había invitado a mi madre para que asistiera a la comida, pero ella se había negado secamente, como si la invitase a un aquelarre.

—Quita, quita. Y tú tampoco tendrías que ir, que te vas a buscar un disgusto con estas

compañías.

Mi padre en seguida tomó la palabra. Habló de Berlín, de los bombardeos, de la estafa de las libras esterlinas falsas. Cuando le tocó el turno a Víctor, fue más parco y más triste. Para él era su último encuentro, el definitivo.

—He venido a despedirme.

—¿Te vas? ¿Dónde?

—No lo sé. No sé dónde voy, pero sí sé dónde no quiero estar. O dónde no debo estar. Y no quiero estar en Barcelona, jugando a un juego que no es para mí —ya se entendían. No podía ser más explícito—. Y no debo estar al lado de Teresa porque no le hago ningún bien —aquí, mi padre protestaba, se negaba a creerlo, «¿No os van bien las cosas? ¡Pero si Teresa es una mujer fantástica! ¡Si formáis una gran pareja!». Víctor le salió al paso—: Le he hecho mucho daño. Con Carmen, tú lo sabes. Estaba embarazada y la dejé para irme con Carmen. Luego la dejé para irme al frente. Después, la dejé porque me metieron en la cárcel. Ahora la dejo porque tengo que ir a salvar al mundo. Son cosas que no se perdonan. Se dejan pasar, pero no se perdonan. Y, por si fuera poco, la cárcel hace mucho daño. Nos cambia. Yo ya no soy el mismo hombre que ella conoció…

Mi padre quiso hacer una broma, como siempre, «Tal vez seas mejor», pero por una vez su amigo no se la rió.

—No puedo darle lo que necesita —dijo—. Y ahora esto ya no hay quien lo arregle.

—¿Hay otro hombre?

—Sí. Podríamos decir que hay otro hombre. Sí: es eso. Hay otro hombre.

Mi padre se ofreció para interceder, para dar a Teresa las explicaciones que hicieran falta. Que no, que no, que ya estaba todo pensado y todo hablado, y que él tenía que irse. Desaparecer de una vez. Y que, por favor, cuidara de Teresa en su ausencia.

—Cuida de ella, por favor.

Eso fue todo. «Me voy» y «Cuida de Teresa». Ninguno de los dos recordaba haber hablado de Miguel Jinete. Seguramente mi padre lo mencionara pero Víctor debió de esquivar el tema. «No quiero saber nada de ese hijoputa.» Ah, y eso sí: el chiste que no podía faltar.

—¿Recuerdas el chiste que me contaste?

—Es curioso —comentó mi padre—. De todas las personas que conozco que no cuentan chistes, eres la única que los recuerda todos.

—Solo aquellos que fueron importantes en mi vida. Y tú has contado muchos chistes importantes en mi vida. Era el del paciente que va a ver al médico y…

—Ah, sí. «Doctor, ¿qué me dijo que era? ¿Géminis o Capricornio?». Y el médico le dice: «No, señora. Le dije “cáncer”. Le dije “cáncer”».

—No. Otro. El médico le dice: «Le quedan dos meses de vida», y el paciente dice: «¿Podrían ser julio y agosto?».

Se rieron. Se abrazaron ya en la calle. A mi padre le costaba poco que se le humedecieran los ojos.

—Pero volveremos a vernos, ¿no?

—En otro mundo mejor —prometió Víctor.

Y, luego, durante la digestión de la reconfortante comida, se fue a visitar a Venancio Pedrosa.

Volvió al callejón de Ramón Berenguer el Viejo, abarrotado por el mercado de los tiñosos y los desperdicios, los colilleros, las putas gateras y el pan blanco del mercado negro. Entró en el primer portal de la calle del Arco del Teatro y ascendió por las escaleras tenebrosas hasta el piso de Venancio Pedrosa.

El perista cojitranco, embustero y solícito se sorprendió al verle.

—¡Canut! —para Pedrosa, Víctor era Ferran Canut—. No te esperaba. Pasa, pasa.

Renqueó ante él precediéndole por el pasillo oscuro como gruta, apestoso, saturado de polvo y miasmas en suspensión. Bajo sus pies, había baldosas sueltas que formaban baches en los que resultaba muy fácil tropezar. Una bombilla solitaria colgaba de un cable en la sala principal y lo teñía todo de amarillo deprimente. No parecía que hubiera ninguna ventana en toda la casa agobiante, repleta de trastos como la tienda de un anticuario, o la de un ropavejero. Cambalache. Montones de alfombras enrolladas en un rincón, piezas de motor de coche por el suelo, una gran pajarera, un fonógrafo con altavoz de tulipán, un jarrón de metro y medio de alto con dibujos azules, cuadros oscurecidos por los siglos, un par de baúles, un maletín de médico, dos o tres maletas abiertas con su contenido revuelto, una caja de madera rebosante de virutas protectoras que quién sabe lo que contenía o contuvo. Porquería, ya lo sé.

—¿A qué debo el placer de tu visita?

Víctor extrajo la Browning del bolsillo de la chaqueta y encañonó la espalda encorvada de Venancio Pedrosa.

—Te voy a matar.

Venancio Pedrosa se volvió hacia él con aquella cara de chiquillo avejentado, aquella sonrisa angelical, y durante unos instantes no supo interpretar lo que ocurría. Siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafados. Fue un proceso lento, hasta que entendió que aquella herramienta de la mano del visitante era una pistola. Sus labios formaron una o que fue la representación de un grito mudo.

—¿Pero por qué?

—Porque eres el soplón que entregó a Lucio Puente, y a Julián Rodrigo, y a Enrique Zarra…

Despliegue de maldad insolente.

No tenía ningún músculo en tensión y el dedo índice estaba fuera del guardamonte, lejos del gatillo, y deseaba que Venancio Pedrosa se fijara en esos detalles.

—¡No fui yo! ¿Qué dices? ¡No fui yo!

Venancio Pedrosa únicamente movía las pupilas. A un lado y a otro, buscando una escapatoria. Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor, ignorante, sabio, chorro, generoso, estafador.

—Sí. Fuiste tú. Tú tenías los nombres de todos, y compras y vendes objetos robados, la policía te conoce y tú conoces a la policía. Lo tienes todo.

—¡Pero no fui yo!

Recorría con la vista los objetos que cubrían la mesa que tenía al alcance de la mano. Una escultura de atleta en plena carrera, un quinqué, tres aparatos receptores de radio con grandes botones para regular la sintonización de emisoras y el volumen, herida por un sable sin remache lloraba una Biblia junto a un calefón, una cubertería de plata en un estuche forrado de terciopelo. Todo es igual. Nada es mejor. Ahí había cuchillos.

—Pero, cuando aparezcas muerto, todos creerán que fuiste tú, y eso es lo que me conviene, ¿comprendes? —Víctor relajó el brazo y dirigió la boca de la pistola hacia el suelo—. ¿No vas a hacer nada por defenderte? No puedo matar a un hombre a sangre fría. Trata de atacarme, por el amor de Dios —que había que decírselo todo—. Te volaré la cabeza de todas formas, pero me gustaría tener la sensación de estar matando a un hombre y no a una estatua de cera. ¡Demuéstrame que eres un hombre, coño!

Venancio Pedrosa movía el índice de la mano derecha a la altura de la cadera, negando tan enérgicamente como un dedo índice es capaz de negar. Y, de pronto, ese dedo lo entendió todo y se agarrotó.

—¿Porque fuiste tú?

Lo mismo un burro que un gran profesor.

Con un parpadeo y un sobrio asentimiento, Víctor le indicó que había acertado.

—Esto hay que zanjarlo en seguida. Antes de que alguien descubra que Miguel Jinete y yo nos criamos juntos.

—¿Miguel Jinete y tú?

—Siempre fuimos como hermanos. Él consiguió que me conmutaran la pena de muerte. Le debo

la vida.

¿Por qué hablar tanto? Solo los malos de las películas se entretienen dando largas conferencias a sus futuras víctimas, ofreciéndoles la oportunidad de que los sorprendan, les arrebaten el arma y los derroten con vistas a un final feliz.

Apartó la mirada, como si estuviera emocionado. El golpe llegó de repente. Fue como si le estallara la sien en astillas. Qué falta de respeto, qué atropello a la razón. Venancio Pedrosa había agarrado uno de los receptores de radio y le había dado con él, crac, tan fuerte que Víctor cayó de costado, fue a tropezar con la mesa y la derribó con todo su heterogéneo contenido. Sintió que la pistola se le escapaba de las manos. Desde el suelo, vio el movimiento quebrado de Pedrosa y se le ocurrió que, si aquel individuo se hacía con el arma, lo mataría sin dudar. ¿Dónde había ido a parar la puta pistola?

Se lo indicó el mismo Pedrosa al alargar la mano hacia un punto del suelo. Víctor reptó, gateó y saltó para agarrarse a su brazo justo cuando la había empuñado. Con el impulso de la embestida, los dos fueron a parar catastróficamente sobre el gran fonógrafo y se revolcaron en un merengue sobre piezas de motor de coche, cayeron sobre ellos las alfombras enrolladas del rincón y en el mismo lodo todos manoseados. Las dos manos de Víctor se agarraban a la muñeca armada de Pedrosa mientras la otra mano del perista le tiraba de los pelos y le arañaba la mejilla y le buscaba los ojos con el frenesí del condenado a muerte en sus últimos segundos. Víctor pensó que se iba a disparar la pistola y atraería la atención de los vecinos, de la policía quizá, y se decidió a romper aquellos dedos delicados de carterista, uno a uno. Dale, nomás, dale, que va, que allá en el Horno nos vamo’ a encontrar. Crac, el primer dedo. Pedrosa chilló. Pataleaban los dos en el aire, enviando puntapiés que destrozaron la pajarera y el jarrón de los dibujos azules y echaron a volar las maletas y su contenido. Se ha mezclado la vida. La bombilla se balanceaba enloquecida al cabo del cable y cambiaba de sitio las sombras con brusquedad, como si el escenario de la lucha se hubiera trastornado tanto como los contendientes. Venancio Pedrosa aullaba y lloraba. El que no llora no mama y el que no afana es un gil. Crac, otro dedo roto. Cayó la pistola al suelo con estrépito, bom, y Víctor se revolvió furioso, ya sin miedo al disparo. Agarró a Pedrosa como si fuera un pelele y lo lanzó por los aires, contra la puerta, hacia el pasillo, para ver si aquel imbécil entendía el mensaje de una puta vez y se largaba.

El cuerpo torcido del pobre hombre hizo tal estrépito contra el suelo que Víctor temió haberlo matado. Pero no. Lo vio rodar sobre sí mismo como una pelota erizada de brazos y piernas y manos desesperadas, y gatear por el pasillo allá, hacia la puerta salvadora. Adiós, Pedrosa, vete, largo, corre a contarle a todo el mundo que Víctor Luys te ha querido matar porque es el soplón, el que entregó a los camaradas que fueron vilmente asesinados por la policía, largo de aquí, que me busquen. Y que me encuentren.

Víctor se levantó y recuperó el Borsalino de Miguel Jinete y la pistola. No pienses más. Sentate a un lao, que a nadie importa si naciste honrao. Y salió del piso tan deprisa y tan furtivamente como pudo.

Después de todo, es lo mismo el que trabaja noche y día como un buey que el que vive de las minas, que el que mata, que el que cura, o el que está fuera de la ley.

Ya solo tenía que esperar.

Se encerró en la oscuridad del cine Argentina, en la calle de Robador. Decían que era un cine donde la gente iba a dormir. Echó de su lado a una solícita pajillera y mantuvo la vista fija en la pantalla durante un buen rato. Vio un poco de El mago de Oz, con Judy Garland, que bailaba junto a un león cobarde, un espantapájaros y un hombre de lata, pero no consiguió interesarse demasiado por el argumento.

117

La Ostia era un buen lugar para ir a morir. Las ruinas, las montañas de escombros y la miseria eran el decorado perfecto para la ruina y la miseria del final de una vida. Se le ocurrió a Víctor que entrar en el cuchitril claustrofóbico de la calle de la Sal era como meterse en el panteón antes de tiempo. Le hubiera gustado que las cosas fuesen distintas, claro que sí. Le gustaría que lo llevaran a la playa, para que su última visión de este mundo fuera el horizonte del mar y la caricia del sol sobre su piel. A lo mejor, si lo pedía bien, se lo concederían como último deseo.

Lo estaban esperando. En la calle de la Sal, que terminaba al fondo contra la montaña de escombros de lo que había sido plaza de Francesc Magrinyà, no había vecinas en sus sillas, cosiendo redes o cotilleando, sino dos hombres que por su aspecto muy bien hubieran podido ser policías.

Eran Rojo y Pamplinas. Fumando, mirándose las puntas de los pies, aburriéndose en compañía. Le echaron una ojeada y sus ojos se desviaron de inmediato hacia el portal del número 5, que estaba abierto. Le invitaban a entrar. Prácticamente, lo estaban empujando con el pensamiento.

Víctor llegó a la puerta y entró. Sentado a la mesa, ante la luz turbia de una lámpara de carburo, fumando e incómodo, estaba el Inglés. El sombrero le ocultaba la calva y parecía mucho más joven de lo que era. Se le veía abatido, como si acabara de hacer un esfuerzo sobrehumano.

—Víctor. ¿Qué haces aquí?

Una pregunta desconcertante.

—Habíamos quedado aquí.

El Inglés afirmó con la cabeza. Era verdad. Habían quedado citados allí.

—Hemos estado investigando a Mateo Pérez y Pérez —informó—. Lo atrapó la policía. A él no lo mataron. Lo detuvieron en su casa, de madrugada y lo tienen en Jefatura. Nuestros informantes aseguran que lo están torturando sin parar —al Inglés se le entristecían los ojos hasta el abismo, se le curvaba la boca hacia abajo—. Pero no es él quien delató a Puente, Rodrigo y Zarra, porque lo detuvieron el mismo día en que los mataron. Él debe de haber contado muchas

cosas, pero no delató a Puente, Rodrigo y Zarra.

Víctor tragaba saliva. Era el momento de revelar que el soplón era Venancio Pedrosa, a ver qué pasaba. Pero el Inglés continuó:

—Nuestros confidentes dicen que nadie sabe de dónde sale la información. Las órdenes llegan directamente de las alturas, como si la fuente hablara directamente con un mandamás.

Ya no merecía la pena hablar de Venancio Pedrosa. Venancio Pedrosa era un pelanas, un chorizo de tres al cuarto que no se relacionaba con ningún mandamás.

Víctor se había quedado en el umbral de la puerta pero Palmplinas y Rojo también querían entrar y, aunque no lo tocaron, se sintió empujado hacia el interior. Acorralado entre ellos dos y el Inglés.

—Y Venancio Pedrosa —añadió el Inglés, no como pregunta sino como si continuara enumerando noticias—, Venancio Pedrosa dice que le has querido matar —Víctor ya no tenía que añadir ni una palabra más. Habían llegado al cabo de la calle—. Dice que el soplón fuiste tú, que eres amigo de la infancia de Miguel Jinete, que le debes favores.

Víctor ya esperaba el tiro en la nuca.

—¿Sabes lo que se siente en ese momento? Una urgencia desesperada. Tienes la sensación de que te quedan muchísimas cosas por hacer y que la muerte no puede ser más inoportuna. Me dije: «Se acabó», y no iba a resistirme, ni a suplicar, porque había ido allí precisamente para encontrarme con aquello, «se acabó, pero qué putada que tenga que acabarse». Sobre esos momentos de terror indescriptible se han construido todas las religiones.

El Inglés levantó la vista hacia él. Echó mano al bolsillo, lentamente, muy atento a las manos de Víctor, y extrajo su pistola. Víctor no se había movido, petrificado por la presencia de los dos pistoleros a su espalda, de manera que no hacía falta encañonarlo. Solo depositó allí la cacharra, sobre la mesa, entre sus manos.

—¿Pero sabes qué pasa, Víctor? —el Inglés hablaba muy lentamente, a trompicones—. Que, si hubieras querido matar a Venancio Pedrosa, lo habrías matado. Y me extraña que, después de que se te haya escapado milagrosamente, hayas venido aquí, como si pensaras que no iba a localizarnos y a contárnoslo todo. ¿A qué has venido, Víctor? ¿Has venido al sacrificio? ¿A que te matemos?

Víctor pensó: «Si no saco mi pistola, no me matarán». La llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

—Habéis venido hasta aquí —murmuró, con voz ahogada—. Esperabais que viniera.

—¿Pero sabes por qué? Porque sé que no eres capaz de hacer lo que se supone que has hecho. Conozco a las personas. Tú solo montarías esta comedia para proteger a alguien. A alguien muy querido. Pensando, pensando, solo se me han ocurrido dos personas. Tu mujer y tu hijo. ¿Cómo se llama? ¿Teresa? Se supone que los dejaste atrás para siempre…

«No, a Teresa dejadla en paz.»

—Teresa no tiene nada que ver en esto —masculló Víctor. «Ahora, tengo que sacar la pistola y liarme a tiros.»

—Si fueras un delator, Víctor —dictaminó el Inglés—, habrías huido, o te habrías presentado aquí con la policía.

Se produjo un brusco movimiento en lo alto, cerca del techo, y en el balcón del altillo apareció un hombre sonriente que decía «Exactamente lo que ha hecho» y una pistola que de pronto estalló en fogonazos y humareda. Y la explosión se prolongó en una salva apocalíptica de truenos y relámpagos, y la pólvora metiéndose por la nariz hasta irritar los ojos. Víctor reaccionó sin pensar. Sacó su Browning del bolsillo y, casi sin querer, corrió hacia la escalera que conducía al altillo.

Arriba estaba Miguel. Nuestro querido amigo Miguel Jinete.

Víctor levantó la mano armada y lo encañonó.

Miguel se volvió hacia él. Desde lo alto, como un dios, elegante y seguro de sí mismo, un poco más gordo de como lo recordaba, sus ojos un poco más apagados, contento de verle.

Víctor, asustado, mucho más asustado que el hombre que estaba al otro lado de la pistola, desvió la mirada para comprobar que el Inglés, Pamplinas y Rojo estaban muertos en el suelo, junto a la silla caída. La lámpara de carburo sacaba brillos a la sangre. De pie, llenando el espacio que habían ocupado los dos guerrilleros, había dos tipos armados. Uno de ellos era Mariano Madurga.

Me contó Madurga que Miguel Jinete los había movilizado con urgencia aquella misma mañana. Habían entrado en la Ostia con la ayuda de una ganzúa y Miguel se había apostado en el altillo mientras que Madurga y el otro, uno que se llamaba Plaza, invadieron la vivienda de enfrente a fuerza de placa y autoridad. Estuvieron allí de plantón, cuatro o cinco horas, convencidos de que, tarde o temprano, los maquis acabarían por presentarse a la cita.

Llegaron primero el Inglés, Pamplinas y Rojo. Miguel Jinete contenía la respiración agazapado en el altillo.

Aguardaron un tiempo que pareció irracionalmente largo.

Y, por fin, llegó Víctor.

Miguel Jinete siguió la conversación entre él y el Inglés desde las alturas. Al ver que los dos guerrilleros de fuera se metían en la casa, Madurga y Plaza abandonaron su refugio de enfrente, cruzaron la calle y se apostaron a ambos lados de la puerta, atentos a la señal del comisario.

Por fin, el Inglés dijo: «Si fueras un delator, te habrías presentado aquí con la policía», y Miguel se asomó al balcón que dominaba la sala y exclamó: «Exactamente lo que ha hecho», al mismo tiempo que alargaba el brazo para acercar la pistola a la cabeza del Inglés y apretaba el gatillo.

Madurga y Plaza se plantaron ante la puerta abierta, chocando el uno con el hombro del otro. Ante ellos, el muro de las espaldas de Rojo y Pamplinas, desprevenidos. Dispararon contra esas espaldas, contra sus nucas para más seguridad. Tres o cuatro balas cada uno. Y se desplomó el muro humano.

Tenían orden de respetar a Víctor Luys, que los miró espantado y devolvió su atención a Miguel Jinete, que continuaba en lo alto de la escalera, sonriendo confiado.

Víctor lo apuntaba con la pistola.

—Eres un hijo de puta, Miguel —le dijo. «Nunca me había sentido tan débil e inofensivo.»

—Suerte has tenido de que Teresa me haya llamado esta mañana…

—Suerte ninguna. Tenían que matarme.

—No sé cuánto tiempo hacía que Teresa conocía este escondite, ¿pero sabes que nunca me lo había mencionado? Le digo hoy por teléfono: «Me ocultabas información». Dice: «Es el refugio de Víctor y no quería que pillaras a Víctor». Dice: «Pero ahora es cuestión de vida o muerte, tienes que salvarlo».

—¿Como ella te salvó a ti? —replicó Víctor, tembloroso—. ¿Fue ella la que avisó de que te esperábamos en la Sagrada Familia?

—No, amigo —el aplomo de Miguel resultaba insultante—. Eso fue pura casualidad. Aquel día presté mi coche a unos amigos. El ángel de la guarda que nos protege a los buenos. Tu ángel de la guarda es Teresa. Suerte tienes con Teresa, Víctor. No te puedes imaginar cuánto te quiere.

—Te voy a matar.

—No, Víctor. No le hagáis caso, chicos. Ese desgraciado que hablaba contigo no te conocía. Dice: «Si hubieras querido matar a Pedrosa, lo habrías matado». No, no te conocía. Tú eres incapaz de matar a nadie, eso hace muchos años que lo comprobamos. Eres incapaz de matar.

Ahora, era Víctor quien tenía la pistola en la mano y el dedo en el gatillo. Él era el imbécil capaz de destruir un pedazo de mundo. Disparar aquella bala lo convertiría en un miembro más del ejército de destructores, esos idiotas que creían que, si siegas una vida, solo siegas una vida. Miguel era un mundo para él, un universo de vivencias, recuerdos y creencias, una catedral de naipes que podía derribar solo con mover un dedo.

Víctor no había ido allí a matar, sino a morir. El viejo Dimas le había enseñado a respetar la vida. «El que sabe destruir difícilmente sabe construir, y yo quiero que seas de los que construyen.» «Lo mato, ¿y luego qué?» Aquel niño tan sucio, el hijo de la carbonería, el que le dio trabajo en el muelle, el que le pagaba las juergas, el que siempre le admiró con fervor, el que no permitió que Carmen ni Teresa ni sus hijos pasaran hambre, ni pisaran un calabozo, el que le salvó la vida a Hortensia, la madre de Fernando; el que salvó la empresa del padre de Fernando. El que salvó la vida de Víctor. «Lo mato, ¿y qué? ¿Cómo sigo viviendo?» «Tu padre era un inútil —había dicho Juliol—. Un inútil, porque no era un hombre de acción.»

—Disparé una metralleta Sten contra ti —la última bravata, intento patético de salvar la honra—, contra tu coche, delante de la Sagrada Familia.

—No me lo creo. No me creo ni que estuvieras allí pero, si estabas, no disparaste contra el coche. Tú no, Víctor. Que hace muchos años que nos conocemos, joder.

«Ahora. Aprieta el puto gatillo. Acaba de una vez.»

Si lo hacía, los otros policías dispararían también, de manera automática, contra él. Y fin.

—Es una nueva oportunidad para ti, Víctor. Víctor Luys, el guerrillero murió tal día como hoy en la Barceloneta. En su lugar, nació otra persona, un tío que pudo hacerse la vida a su medida. Ahora, ya conoces cuáles son tus límites. Ya sabes cómo eres. Por ejemplo, tú eres de los que no matan a nadie. Pues móntate una vida en la que no tengas que matar a nadie. Dame tu cédula de identidad.

Tendió la mano.

¿Pero qué se había creído?

—No.

—No seas idiota. No me vas a matar.

«¿Que no?»

No. No iba a disparar. Ahora ya sería un asesinato a sangre fría. «No puedo. No quiero.»

—Dame tu cédula de identidad.

Era la gran derrota. Peor que la muerte. No iba a matar a nadie y nadie le iba a matar a él.

Dejó caer el brazo a lo largo del cuerpo y soltó la pistola, que golpeó el suelo con ruido metálico y, por algún motivo incomprensible, percutió al mismo tiempo en su sien, pareció que le estallaba la cabeza y las escaleras, Miguel Jinete y la casa entera giraron vertiginosamente a su alrededor.

De pronto, percibió el olor del mar y el aire frío en el rostro mientras se sentía transportado en volandas. Abrió los ojos y era de noche o quizás no abrió los ojos. Se sentía tan mareado como si se hubiera bebido toda una botella de coñac y cayó pesadamente sobre la arena blanda. Oía pasos que crepitaban a su alrededor.

Y la voz de Miguel:

—Sí, el hijo de puta. Tu amigo el hijo de puta. Suerte has tenido de mí en toda tu vida, Víctor. Suerte has tenido de mí.

Fue entendiendo que uno de los policías se había acercado a él con sigilo y, en cuanto vio que soltaba el arma, le había golpeado con la culata de su pistola en la sien para dejarlo sin

conocimiento.

Mariano Madurga me lo contó tantos años después, riéndose como si no hubiera en el mundo nada tan divertido como golpear a alguien en la cabeza y verle caer redondo. «Le pegué una hostia que se quedó frito antes de pegarse el morrón contra el suelo. Qué leche se dio.»

Se fue recuperando poco a poco, al ritmo del oleaje.

Se levantó con torpeza. Dio tres pasos de borracho a un lado, cayó de rodillas y tuvo que tomarse un respiro antes de ponerse en pie de nuevo y empezar a ser persona. Mientras caminaba sin rumbo fijo, solo para comprobar si era capaz de hacerlo, se palpó las ropas y descubrió que en la cartera conservaba el documento nacional de identidad a nombre de Fernando Canut, de profesión «agrícola», y diez mil pesetas que antes no estaban allí. Miguel había permitido que conservara el Borsalino, un poco arrugado, y en la badana encontró todavía la cajita metálica que contenía la cápsula de cianuro.

Llegó a las ruinas de la Barceloneta y se perdió por ellas.

De aquel incidente sí hablaron los periódicos. No mucho y mal, pero hablaron. Referían una brillante operación policial contra una banda de tres malhechores que habían resultado muertos durante un tiroteo, cuando ofrecieron resistencia a la fuerza pública. Se trataba de los atracadores Esteban Rojo Asensio, Teodoro Ribas Gibert el Inglés, y Víctor Luys Medrano. De su grado de peligrosidad daba cuenta el arsenal encontrado en los sótanos de su guarida en la Barceloneta. 30 revólveres, 4 fusiles Máuser, 25 metralletas, 50 granadas de mano, 4 minas, 20 kilos de explosivos plásticos, 30 cargas de mecha Bockford, 2 aparatos portátiles emisores-receptores de marca norteamericana, 2 cajas de detonadores de 15 unidades cada una, e incluso un centenar de billetes falsos de lotería.

—¿Fernando?

—¿Sí?

—Oye, que soy Miguel.

—¿Miguel?

—Miguel Jinete.

—¡Hombre, Miguel! ¿Qué es de tu vida?

—Que tengo malas noticias.

—¿Qué pasa?

—Víctor.

—¿Qué pasa con Víctor?

—Ha muerto.

—No jodas.

—Un tiroteo. En la Barceloneta.

—No me jodas. No me lo creo.

—Lee los periódicos. Lo dicen. Víctor Luys Medrano.

—¿Víctor Luys Medrano?

—Es él.

—No, no, pero no puede ser.

—Es él. Lo siento.

—No. Mira, Miguel, no puede ser porque últimamente iba por ahí con documentación falsa. ¿Cómo lo habéis identificado?

—Yo lo he visto.

—No me jodas. Yo quiero verlo también.

—No es posible. ¿Qué pasa? ¿Que no te fías de mí?

—Tiene que haber una equivocación. No es él.

—Lo siento, Fernando. Víctor está muerto.

—Tiene que haber una equivocación. No me lo creo. Tiene que haber una equivocación.

118

La putita de aquel viernes parecía una ninfa angelical. Con unas enaguas blancas de la abuela, como se usaron durante una época, y los cabellos largos, lacios y sueltos, muy hippy, alpargatas y canasto colgado del hombro, resultaba muy difícil adivinar su profesión. Víctor la estaba esperando y había conocido suficientes putas en su vida como para reconocer a una aunque fuera disfrazada.

Le salió al paso.

—¿Vienes a ver al señor Miguel Jinete?

Ella lo miró temerosa de que le echara una bronca por haber hecho algo malo. Víctor lo

interpretó como una afirmación y le puso unos billetes en la mano.

—Ya te puedes ir. Está enfermo. No te puede recibir.

La chica se quedó mirando los billetes, indecisa. Seguro que aquella cantidad era superior a la que pensaba percibir. Se encogió de hombros, con indiferencia insolente, y continuó su marcha por la calle Provenza sin rumbo fijo aparente.

Víctor esperó a que el portero saliera para hacer algún recado en una de las tiendas de al lado, y se coló en el edificio sin ser visto. Subió por las escaleras para no perder tiempo esperando y abriendo y cerrando las puertas del vetusto ascensor. Descansó en el segundo piso, y se dijo que ya estaba demasiado viejo para según qué cosas. Pero siguió arriba, y descansó también en el cuarto, antes de llamar al timbre de la tercera puerta.

Zumbó el pestillo para franquearle el paso. Empujó la puerta. Entró en el vestíbulo de los sanjorges matando dragones. La silla de ruedas se acercaba por el pasillo. Los ojos mortecinos de Miguel cobraron vida súbitamente al verlo.

—Soy yo —le dijo Víctor.

—Coño.

—¿Podemos hablar?

—Bueno, estoy esperando visita —le salió un rictus quebrado y canalla de complicidad, «entre puteros nos entendemos»—. Hoy es viernes.

—Ya lo sé —la actitud mansa de Víctor significaba: «Vengo en son de paz»—. Termino en seguida.

—Víctor: tú y yo ya lo hemos hablado todo. Te moriste, ¿recuerdas? Te regalé otra vida, pero yo no quiero estar en esa vida. Te la has montado tú solo y seguramente lo has hecho de puta madre. Bueno, pues te felicito. Pero a ti ya no te conozco. Conocía a Víctor Luys, pero tú no sé quién eres. ¿Me entiendes? Y no estás invitado a esta casa.

«Me tiene miedo», pensó Víctor mientras inclinaba la cabeza con la firmeza de quien no está dispuesto a ceder y se arma de paciencia porque intuye que la lucha va a ser larga y dura. Dio dos pasos y ocupó la butaca del rincón, de terciopelo verde, junto al tablero de ajedrez de piezas verdes y grandes como esmeraldas gigantes. «No me voy a mover de aquí.» Miguel Jinete giraba en su silla de ruedas motorizada y lo observaba amenazante: «Tú a mí no me conoces, no abuses».

—Imagínate que soy una visita de ultratumba. Víctor, el amigo muerto que se te aparece. Solo quiero que me contestes a una pregunta —el dueño de la casa le concedió el deseo—. ¿Eres feliz?

—Vete a tomar por el culo.

—Quiero decir: ¿has vivido siempre tranquilo? ¿Conforme contigo mismo? ¿No tienes remordimientos?

—No, Víctor —fue categórico. Se recostó en el respaldo como un rey en su trono. Estaba muy orgulloso de sí mismo y encendía la satisfacción en su rostro para hacer ostentación—. He vivido la mejor de las vidas. Ven. Quiero que veas una cosa.

Puso en marcha la silla y enfiló el pasillo. Víctor lo siguió.

—Hemos vivido en el mejor de los tiempos, Víctor. Los locos años veinte cuando correspondía, en la loca juventud. Entonces, éramos idealistas, anarquistas, agresivos. Pasamos la crisis de la madurez durante la guerra, y menuda crisis. El idealismo de los anarquistas y comunistas chocando contra el materialismo capitalista, o el materialismo marxista y ateo chocando contra los ideales de la religión y la Iglesia. Yo qué sé. Vivimos revolcaos en un merengue y en un mismo lodo todos manoseaos, como decía el tango.

—¿Y vives a gusto en ese lodo, en ese merengue? ¿Vives a gusto manchado de mierda en esta pocilga?

Habían entrado en un dormitorio enorme, con dos balcones a la calle, obtenido sin duda de la unión de dos habitaciones a base de tirar tabiques. La cama tenía el capricho de un dosel y la insignia de un crucifijo en la cabecera, y el armario era de luna y de dos cuerpos, y había un reclinatorio frente a un atril con biblia, y en el centro espacio suficiente como para que la silla de ruedas se desenvolviera sin trabas.

—Después… —continuó Miguel Jinete, a lo suyo—. Cada cual recoge lo que ha sembrado. Siembras en la juventud, y en la madurez soportas las tormentas y los vendavales, la nieve, el granizo, y el embrión se desarrolla, crece, lucha por sobrevivir… Y, por fin, la sensatez del viejo sabio que sabe lo que le conviene. ¿No fue Churchill quien dijo que el que a los veinte años no es revolucionario no tiene corazón, y el que a los cuarenta lo sigue siendo, no tiene cabeza? Últimamente, todo lo que se ha dicho en el mundo parece haberlo dicho Winston Churchill.

Abrió una de las puertas del armario, sacó un cajón que había en la parte inferior, debajo de chaquetas, pantalones, esmóquines, el uniforme y hasta un chaqué, y lo vació sobre la alfombra, a los pies de Víctor.

—Y luego, cuando vuelve la calma, miras qué plantas dan frutos y cuáles no. Estos son mis logros. Estos son mis reconocimientos. Este soy yo. Medalla de oro de la ciudad de Barcelona, medalla de plata al mérito policial, cruz roja al mérito policial, cruz blanca al mérito policial…

Víctor murmuró:

—Chatarra.

—… Cruz de Caballero de la Orden de Cisneros, encomienda al mérito civil, cruz al mérito militar de segunda clase, encomienda de Alfonso X el Sabio, encomienda con placa de la Orden Imperial del Yugo y las Flechas…

Víctor repitió:

—Chatarra.

La exhibición de medallas no había sido más que un subterfugio para distraer su atención. Miguel Jinete había abierto otro cajón, metió la mano en él y ahora empuñaba una pistola automática Llama. Tenía los dedos débiles y torpes. La manaza callosa de Víctor los apretó y los devoró. La pistola cayó a un lado, rebotó en la alfombra y Miguel Jinete se encontró con el rostro de Víctor a pocos centímetros del suyo, abrasándolo con la mirada.

—Si yo te dijera que vas a morir en este momento, ¿te desesperarías? ¿Pedirías confesión, te arrepentirías de algo? ¿Tendrías miedo del Más Allá? ¿No se te aparece el fantasma de Juliol? ¿Y el de los otros que mataste, y los que torturaste en Jefatura? ¡Me recordarás siempre golpeándote como un malvao! ¿No se te aparece el fantasma de Carmen?

—¡A Carmen no la maté yo!

—¿Y Teresa? ¿Qué fue de Teresa?

—¡Yo qué sé lo que fue de Teresa! Me dijo: «No quiero verte nunca más», y no me volvió a ver. ¡Déjame en paz! ¡No me arrepiento de nada!

—¿Le has dado buena vida a Aurorita Escolá?

Se enfureció, virulento:

—¡Ella me ha dado buena vida a mí! Y ahora puede jugar al bridge e irse de compras con sus amigas y comer en el Ritz. ¡Es más de lo que le habría podido dar Fernando!

La mano callosa de Víctor pegó un salto y se estampó con fuerza contra la mejilla del otro. La bofetada sonó como un disparo y a Miguel se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡No hables así de Fernando! He visto la foto de tus dos hijos. Uno se parece mucho a ti, la misma pinta de galán papanatas. Pero el otro tiene mi nariz, mi altura, mis ojos.

—Es Eduardo —escupió el policía, desafiándole a una nueva bofetada, «a ver qué eres capaz de hacerme ahora»—. Es Eduardo, sí, el hijo que tuviste con Carmen. Él también ha tenido mejor vida de la que tú podrías haberle dado —era él quien había adoptado al niño de Carmen. También le había quitado un hijo—. Estudió derecho, tiene un bufete de abogado y gana mucho dinero. Y nunca se ha avergonzado de su padre. Si tú te hubieras hecho cargo de él al salir de la cárcel, ¿crees que habría tenido una vida mejor? ¿Más emocionante, quizá, acompañándote a tus atracos a burdeles?

—¿Y vives satisfecho con todo esto, Miguel?

Miguel Jinete abrió la boca para responder, su mirada echándole un pulso a la mirada del otro:

—Pues claro que vivo satisfecho. Siempre he procurado el bien de las personas que he querido.

Te salvé la vida, coño, me encargué de tus hijos mientras estabas en la cárcel…

—Y de mis mujeres —le cortó Víctor.

Miguel Jinete topó con la realidad. Calló en seco porque era consciente de lo que estaba sucediendo e iba a suceder a continuación. Con la boca abierta disimulaba la gravidez de una respiración despavorida.

—Sí —aceptó, consciente de que la sentencia dependía de ese breve sí—. Y de tus mujeres también, sí. Al menos, en tu ausencia estuvieron bien folladas por alguien que las quería y las respetaba. Sí.

Víctor no apartó la vista. No se inmutó.

—¿Duermes bien?

—Mejor que tú.

Pero al fin cedió, porque el otro era invencible, y miró a un lado. Y Víctor dio un paso atrás. Por un momento, también él pareció vencido, rechazado por la fuerza sobrehumana del otro. Miguel Jinete le devolvió la mirada y estuvo a punto de enarbolar la sonrisa de triunfo, mostrando sus dientes de lobo, pero tuvo que fruncir el ceño ante la determinación que vio en su examigo, exhermano, excompañero de juergas, que introducía la mano en el bolsillo de la chaqueta mientras decía:

—Pues peor para ti, imbécil; porque si me hubieras dicho que no eras feliz, que sufrías, que te atormentaban los remordimientos; si me hubieras dicho que te arrepentías con frecuencia de todo lo que has hecho en tu vida, ahora mismo recordaría que en la otra vida fuimos hermanos y tal vez tendría compasión de ti…

Sacaba la mano aparentemente vacía, no había pistola ni puñal en ella, solo el puño cerrado, ¿qué había ido a hacer allí?

—No me vas a matar.

—… Pero si después de vivir como has vivido, me vienes con que eres feliz y duermes bien y no tienes remordimientos, tu vida es una indecencia intolerable y hay que terminar con esto de una puta vez…

¿Qué coño tenía Víctor en la mano? Una diminuta cajita metálica. Y la abría con dedos torpes por la edad, el trabajo del campo, ¿qué coño tenía en aquellos dedos como butifarras?

—¡No te canses, idiota! ¡Ya lo probaste una vez y no pudiste!

Cuando Víctor me contaba el atraco que había cometido con sus hermanos en el banco Hispano Colonial, yo le había preguntado si habría sido capaz de disparar. Me había dicho, con sonrisa triste:

—… No. Hay dos clases de personas: las que matan y las que no matan. Y yo soy de las que no matan.

Poco después, apenas tres meses después de hablar conmigo, le estaba diciendo a Miguel Jinete:

—… He tenido mucho tiempo para pensar y prepararme. Treinta años preparándome.

—¡Tú no eres de los que matan!

—… Y no te digo que no me cueste decidirme, pero te veo tan satisfecho de ti mismo, tan rico…

—No, no, no, espera.

—… ¡Que pienso que no hay derecho, que no es justo, tu vida es una basura, una peste, y te vas a la mierda!

Se abalanzó sobre él y le echó las manos a la cara. La silla retrocedió hasta chocar contra la pared. Con la mano izquierda, Víctor le tapó la nariz y con la punta de los dedos de la derecha le presionó los labios. Miguel Jinete desorbitó los ojos y se resistió a permitir que nada entrase en él al tiempo que emitía un agudo ¡mmmm! Víctor se había colocado tanto sobre él, tan pecho contra pecho, que su víctima no podía hacer nada con brazos ni manos sino golpearlo en los costados, pero no dedicaba mucha energía a ello porque toda su atención estaba centrada en la nariz que el otro le oprimía y la boca que no quería abrir, y se puso muy colorado, con la cara como a punto de estallar en pedazos. Desprendía tanto calor que se empañaron los cristales de las gafas de Víctor y, por fin, cedió.

Cedió para inhalar una bocanada de aire al tiempo que gemía: «¡Sí que me arrepiento, mi vida es un infierno, por favor, somos hermanos, por favor!», pero la cápsula ya había penetrado en su boca y las mandíbulas crispadas rompieron la protección del cristal, y tuvo un espasmo, no por efecto del cianuro sino por la comprensión repentina de lo que acababa de suceder y de lo que inevitablemente sucedería a continuación.

Los dos lo entendieron.

Víctor retrocedió para contemplar su obra, como un pintor después del último retoque.

Miguel Jinete lo miraba fijamente y todavía tuvo tiempo de decir:

—Somos hermanos.

Un anciano desvalido, desconsolado, desengañado, que daba mucha pena.

Veinte centígramos de cianuro es una dosis mortal.

Pero los periódicos no hablaron de cianuro. Decían que Miguel Jinete había fallecido cristianamente a la edad de setenta y cinco años habiendo recibido los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica (Q. E. D.) y suplicaban un recuerdo en las oraciones de los lectores.

Dos días después, lo telefoneé yo, al pueblo. Le dije a Víctor:

—Que se ha muerto Miguel Jinete.

Respondió:

—¿Ah, sí? Vaya. ¿Y tu padre, qué tal está?

—Bien.

—Miguel Jinete no murió de muerte natural —me dijo Víctor en la estación de autobuses de Alsina-Graells, cuando ya se iba después de pasar tres días en casa con motivo del sepelio de mi padre.

—De pronto —reflexionaba con la mirada clavada en un punto muy concreto, como si todavía estuviera viendo el cadáver en su trono de ruedas—, lo comprendí. Entendí que Miguel no sintiera ningún remordimiento porque yo tampoco lo sentía en ese instante. Solo calculaba qué vería la policía, qué deduciría y si había algo que pudiera conducirla hasta mí. Las medallas y la pistola por el suelo sugerirían suicidio. Se despidió de sus condecoraciones, que era como echar una ojeada a su vida, y luego pensó en utilizar la pistola Llama. Pero al final lo pensó mejor. Conservaba una cápsula de cianuro… ¿Conservaba una cápsula de cianuro? Era evidente. No lo sabía nadie, pero la conservaba, la prueba está en que la ingirió. Nadie me había visto entrar y, si el portero me veía salir, fugazmente, solo podría hablar de un anciano. ¿Qué anciano? Nadie pensaría en Víctor Luys, aquel maquis muerto en 1945. Había terminado con una vida y eso no parecía afectar en nada a mi conciencia. En todo caso, era un gran alivio, un respiro. La satisfacción de un deseo que me mortificaba desde hacía treinta años. ¿Por qué no le disparé aquel día en la Ostia? ¿Porque todavía estaba demasiado cerca nuestra infancia común, nuestra juventud, el Trío del Pompeya, las putas compartidas? Quizá sí. Necesité más de treinta años para que la furia se fuera sedimentando y prevaleciera la razón y el sosiego, o sea la sangre fría. Y pensé en Miguel Jinete mientras labraba y sembraba y cosechaba, y sacaba a pastar a las vacas, y pensé en Miguel Jinete cuando capábamos al cerdo, o cuando despellejábamos un conejo, o cuando la vaca paría a un ternero, y fueron necesarios esos treinta años para convencerme de que hay un orden en las cosas, un orden natural, que es lo que entendemos por justicia, como diría mi padre, y en el orden natural de mi vida no cabía una persona como Miguel. Era demasiado injusto que viviera feliz, satisfecho y contento, sin la menor amenaza de castigo en la tierra, después de haber hecho lo que hizo. Por eso no me causó ningún dolor, antes al contrario, quitarle de en medio. Porque estorbaba. Porque sobraba. Porque, tal vez, si alguien lo hubiera quitado de en medio muchos años antes, por ejemplo, en el cementerio del Poblenou, cuando se atrevió a disparar contra Juliol, o junto a la Sagrada Familia, cuando le esperábamos con metralletas Sten en ristre, muchos miles de personas habrían sido mucho más felices de lo que fueron. Dijo una vez mi padre que, cuando hiciera falta luchar, quería asegurarse de que yo daría las bofetadas en la cara adecuada y en el momento oportuno, y estoy convencido de que eso fue exactamente lo que hice.

El autocar iba a cerrar sus puertas.

Víctor montó en él. Me saludó con la mano mientras yo contemplaba cómo se alejaba por la calle Pelayo, en dirección a la plaza de Cataluña, y pensaba: «Joder, este tío que yo conozco ha matado a una persona». Y me volví para mirar a aquellas personas que me rodeaban pero vivían

ajenas a mí. El hombre de las gafas, impaciente junto a sus maletas, la jovencita que parecía incómoda en su ropa, el sujeto de aspecto inquietante y canalla que ahora encendía un cigarrillo, la señora oronda y bajita que caminaba a toda prisa, contoneándose, dispuesta a comerse el mundo, gente que ni siquiera sabía que yo existía, ni lo sabría jamás. Y me empezaba a preguntar por las experiencias insólitas que llevaban consigo y, de pronto, zas, ya no estaban, se habían ido de mi vida para siempre y, en su lugar, en la plaza de Universidad, había otra muchedumbre desconocida. La pareja de enamorados que quizá estaban pensando en su primer polvo por venir o a lo mejor estaban cansados de follar. Y he conocido al hijo de uno que mató a centenares de personas, que cantaba: Me recordarás siempre golpeándote como un malvao, mientras las torturaba. El hombre del traje que miraba el reloj. El gordo perezoso que se rascaba la cabeza. La chica del moño que iba a lo suyo, vista al frente, ignorando a los piropeadores que daba por supuesto a su alrededor. Y mi padre fue espía en la Segunda Guerra Mundial.

Y, de pronto, zas, ya no estaban.

119

Una noche de febrero me desperté y percibí un ruido extraño en algún lugar de la casa. Unas zapatillas que se arrastraban por el pasillo con paso inseguro. Luego oí que alguien abría la vitrina, y el tintineo de las copas y de las botellas que allí se guardaban. Era la clase de ruido tenue causado por alguien que no quiere hacer ruido. Movimientos furtivos de ladrón.

Me levanté y me dirigí al comedor, procurando también ser lo más silencioso posible. No encendí ninguna luz.

Mi padre estaba sentado ante el balcón, con un codo sobre la mesa, sujetando una copa de balón llena de coñac, y miraba la calle que, en mayo del 37, bullía de anarquistas exaltados y armados, pegando tiros en la comisaría de abajo, y donde Miguel Jinete había matado a la Reme y a Ussía, el Gafas; y por donde pasaron Víctor, Teresa y Javier aquel día que Víctor salió de la cárcel.

—Papá —le dije—. Que Franco ya se ha muerto.

No se movió. Me acerqué a él. De pronto, me pareció muy viejo, un anciano. Le temblaba la mano que sujetaba la copa.

—No estoy celebrando la muerte de Franco. Ahora estoy celebrando la mía.

—No digas chorradas. ¿Qué haces tomando coñac? El médico te ha dicho que ni en broma.

—No me voy a volver alcohólico. Ya no me da tiempo —y continuó hablando, para quitarle importancia al tema—: Estaba pensando en todo lo que he vivido y no te he contado. Todas esas historias que recordamos con Víctor para ese libro que quieres escribir.

—Que estoy escribiendo.

—Y que no publicarás hasta que yo me muera —respiraba pausadamente, con una cierta fatiga que iba reparando con calma—. Pensaba en la cantidad de personas que han aparecido en mi vida un instante, unos días, y me han ayudado, incluso me han salvado la vida, y luego han quedado olvidadas para siempre. Una niña que se llamaba Esperancita Muñoz García, que era de Málaga, de Alhaurín de la Torre, y a la que se le habían roto las gafas. O aquella familia, los Guijarro, que tenían una hija que me despiojaba mientras recitaba rimas de Bécquer: «Del salón en el ángulo oscuro».

Aquella noche, me contó sus peripecias del final de la guerra, después de la muerte de Elena y Tomasín, cuando, como él decía, se volvió loco. Argelers, el regreso a Barcelona para recuperar su bandoneón, el campo de concentración de Miranda de Ebro. Fue cuando le pregunté: «¿Por qué no me contaste nunca tus penalidades?», y contestó: «Porque a nadie le gusta contar cómo le dieron por el culo».

Era la noche del 20 al 21 de febrero de 1976.

Al día siguiente, durmió hasta tarde, se tomó su café con leche con croissant a media mañana, salió a pasear; después de comer, hizo una larga siesta, por la tarde estuvo viendo la televisión y, durante la cena, mientras pasaban Kojak, dormitaba.

Más allá de la medianoche, volví a oírle deambular por la casa, y se repitió la misma situación que veinticuatro horas antes. Me levanté y allí estaba. No había encendido la luz. Nos movíamos entre sombras, en la tenue claridad que nos llegaba del exterior. A la copa de coñac había añadido un puro habano cuya brasa refulgía en la oscuridad. En aquel momento, tuve intuición de tragedia. Demasiado coñac, demasiado puro. ¿Qué era aquello? ¿Un suicidio? Pareció leerme el pensamiento. Dijo:

—«Doctor: ¿cómo puedo hacer para vivir cien años?» Dice el doctor: «Bueno, no beba, no fume, no vaya al cine ni vea la televisión, no fornique con su mujer…». Y dice el hombre: «¿Y así me asegura que viviré cien años?». «No: vivirá los que tenga que vivir, pero se le harán muy largos».

Me senté a su lado. Dijo:

—«Doctor: ¿cómo puedo hacer para vivir cien años?» Dice el doctor: «Bueno, no beba, no fume, no vaya al cine ni vea la televisión, no fornique con su mujer…». Y dice el hombre: «¿Y si no bebo, no fumo, no voy al cine ni veo la televisión, ni fornico, para qué coño quiero vivir cien años?».

Yo no le reía los chistes tan bien como Víctor. También hay que saber reír los chistes. Me levanté y fui a buscar otra copa a la vitrina. La puse junto a la suya.

—Me has convencido —dije. Me serví un poco. Brindamos. Bebimos—. ¿Más recuerdos?

Suspiró.

—No se acaban nunca. Una vida da para mucho —me miró de reojo con una sombra de sonrisa y

una chispa de picardía—: Casi considero obsceno hablar de lo bien que me lo pasé en Atenas mientras en España tantos millones de españoles sufrían hambre y miseria.

Pasó entonces a contarme su vida en Atenas, la proposición de Nacho Fuster, ¿qué habría sido de él?, sus paseos por el Berlín destruido por las bombas de la mano de Inge Berckholtz, ¿qué habría sido de ella?, «mira que fue raro aquello».

Apuró la copa y, después de darme una palmada en el hombro, dijo burlón: «La vida es muy larga y da tiempo para que pase de todo, me cago en la mar». Con un susurro que todavía suena en mis oídos.

Y, al día siguiente, 22 de febrero, volvió a levantarse tarde, más allá del mediodía, y a pesar de todo se tomó su café con leche y su croissant, ignorando las protestas de mi madre, «que luego no comerás», «bueno, no comer por haber comido», y comió con apetito las espinacas gratinadas con piñones y pasas y el filete con patatas, y yo le pelé una naranja tal como a él le gustaba, de forma que pudiera tomar los gajos enteros, «sin pringue», y durmió una siesta larga, hasta media tarde, «si no dormía: solo estaba pensando, recordando», y luego salió con mi madre a dar una vuelta, porque era domingo, los vi desde el balcón, los dos tan lentos, tan viejecitos, cruzando la calle. Por la noche, vimos en la tele un episodio de la serie Las seis mujeres de Enrique VIII, y nos fuimos a dormir.

Y a eso de las dos de la noche (yo ya estaba atento), percibí ruido en la quietud de la casa. Me disponía a abandonar la cama y acercarme al comedor para tomarme una copa de coñac con él, cuando me di cuenta de que no había salido de su dormitorio. Estaba hablando con mi madre. Hasta mí llegaban los murmullos a dos voces.

Indiscreto, me levanté y presté atención. Distinguí la voz ronca de mi padre: «Tengo que pedirte perdón por tantas cosas…», y la voz de mi madre: «¿Pero qué dices? Si vamos a eso, yo también tendría que pedirte perdón, y darte las gracias, y tú me dirías “gracias de nada, yo también tengo que agradecerte…”, y no acabaríamos nunca. Después de treinta años juntos, esas cosas ya se dan por habladas». Así se expresaba mi madre.

Cerré la puerta de mi habitación, y me volví a la cama, imaginando que ella le diría lo que me había contado a mí mientras él estaba en el hospital un mes antes: «Si odiaba los viajes de tu padre, era precisamente porque, cuando estaba aquí, conmigo, me ayudaba mucho y me hacía muy feliz. Tuve mucha suerte al conocer a tu padre y al poder vivir con él. Y tú también tienes mucha suerte de haberlo tenido como padre».

Cuando abandonó la orquesta de Lalo Valente porque ya se sentía muy mayor para aquel tipo de vida, entró a trabajar en la discográfica La Voz de Su Amo como letrista y arreglista. Traducía canciones de conjuntos ingleses al castellano, para que las interpretaran los de aquí, como los Mustang. Él fue quien convirtió We all live in a yellow submarine en Amarillo el submarino es. Y Ticket to ride en Un billete compró.

Y el lunes, 23 de febrero, mi padre se levantó tarde otra vez, un día más viejo que el día anterior, y desayunó su café con leche con croissant, «que luego no comerás», «bueno, no comer por haber comido», y a mediodía dio buena cuenta de los espárragos con mayonesa y la merluza que se mordía la cola, y naranja «sin pringue» de postre, y durmió la siesta, y por la noche pusieron

en la tele una película inglesa excelente, Las extrañas mujeres de Pitt Street, que nos divirtió mucho a los tres.

A las once y media, mis oídos ya estaban atentos a cualquier ruido, y capté el roce de las ropas. «¿Adónde vas?», preguntó mi madre (que no había preguntado «¿Adónde vas?» ninguna de las noches anteriores). «A mear, duerme», dijo la voz de mi padre.

Se puso la manga derecha del batín. Buscó las pantuflas con los pies, la derecha, la izquierda, y cuando se disponía a enfilar la manga izquierda, cayó ruidosamente al suelo.

Mi madre gritó: «¿Fernando? ¡Fernando!».

Salí corriendo.

Luego, la llegada del médico, ya inútil, y el trastorno de los servicios funerarios, el papeleo, la llamada a Víctor, la presencia de Víctor, tres días de confidencias con él, la despedida junto al autocar de Alsina-Graells, «este hombre que conozco ha matado a una persona», y regresé a casa, donde encontré a mi madre zurciendo unos pantalones gastados en la entrepierna.

Fui al cuarto de la plancha, me subí a una silla y, de lo alto del armario, bajé el estuche negro. Luego, con los gestos pausados y respetuosos del sacerdote que accede al sagrario, lo abrí, y aparté el viejo, deshilachado paño de color granate y, durante un buen rato, me quedé contemplando con ternura el querido bandoneón, un Alfred Arnold Doble A con incrustaciones de nácar.

Frankfurt, 10 de octubre de 2007

Barcelona, 11 de noviembre de 2010

Agradecimientos

Esta novela debe mucho a muchísima gente y, por lo tanto, es seguro que me voy a olvidar de mencionar a alguien y debo pedir perdón por adelantado, porque habría sido incapaz de escribirla de no ser por todas las personas que me han contado historias, que me han asesorado, que me han animado, que han leído lo que escribía mientras lo escribía, que me han criticado y que incluso me han financiado desde que un día pedí permiso para iniciar este trabajo.

Debería empezar con un recuerdo para mis padres, que me contaban historias que habían vivido, o que habían visto, o que habían oído decir; mi padre y su paso por África en guerra, por la Guerra Civil, por los campos de concentración, y por la Barcelona fascinante de los años veinte en que todo el mundo, incluso él llevó pistola alguna vez; y mi madre y las historias cotidianas que nos contaba a mi amigo Jaume Casas y a mí, aquella tarde feliz en que la vi reírse como nunca.

Y a mi tío Chinchín, claro, Crescencio Ramos Prada, mi admirado tío bandoneonista, el que siempre decía: «Los que hemos hecho la guerra… y la hemos perdido…», el que me dejó aquellas memorias en que detallaba sus aventuras en Grecia y en el Berlín nazi, que yo me he permitido corregir y aumentar con otras fuentes.

Y más cotilleos de familia, de tío Pepín y de su hermano Manolo, que era el comisario de la comisaría de la Audiencia, junto al Ritz; y de tío Miguel, que era guardia de asalto cuando los hechos de mayo del 37 y le hirieron en salva sea la parte.

Pero todo empezó cuando mi amigo, espléndido, Valentí Gómez, en la Feria de Frankfurt, me agarró por las solapas, me zarandeó y exigió que yo tenía que escribir «la gran novela negra de Barcelona». Entonces sonreí y le dije que eso era lo que trataba de hacer cada vez que me ponía a trabajar y que continuaría haciendo los posibles. Creí que no le prestaba mucha atención, pero lo cierto es que aquella sacudida fue la semilla de donde nació esta idea.

«¿Cómo tendría que ser la gran novela policiaca de Barcelona?», me pregunté en el viaje de regreso en avión. Y me respondí: «La Barcelona de las pistolas. Esa Barcelona llena de historias que, en boca de mi padre, parecían protagonizadas por gángsters de Chicago. Y los camiones que transportaban a los chicos de la Quinta del Biberón. Y el Sabaté y el Facerías, que recordaba con veneración.»

Un día reuní a mi agente literaria Carina Pons, digna heredera del genio de Carmen Balcells, y a Ramón Conesa y a Jorge Manzanilla, y les relaté, a lo largo de toda una mañana, cómo sería mi novela futura. Me aplaudieron y me animaron a empezar y, desde entonces, no dejaron de estimularme con su alabí-alabá-a-la-bim-bom-ba.

Luego el proceso de documentación. Tengo que hablar de Agustí Vehí, el policía local de Figueres, doctor en Historia, especializado en Historia de la Policía, profesor en la Universidad

Autónoma de Barcelona y formidable escritor de novela negra. Nos presentó mi buen amigo Joan Miquel Capell y, desde entonces, puedo presumir de ser también su amigo.

También debo reconocer la ayuda del historiador Jordi Finestres; del escritor Lluís Arcarazo, que me proporcionó documentación sobre Argelers; de Roser Peiró, Tobias Größl y Alexander Pérez Carmona, que me ayudaron con Berlín y el idioma alemán; de mi amiga imprescindible Maribel Blanco y el comisario José Luis Blázquez, que un día me abrieron las puertas de la ominosa Jefatura de Vía Layetana; de la otra amiga del alma, Verònica Vila-San-Juan, que siempre está presente, y a su padre, Felipe Vila-San-Juan, que, durante tres días del año en que yo nací, detalló en La Vanguardia el asesinato de Carmen Broto; y al maestro Juan Marsé, que me enseñó a corregir mi primer libro («este libro es bueno, pero no es muy bueno»: nunca se lo agradeceré bastante), que siempre ha hablado de Carmen Broto y en su Caligrafía de los sueños me ha hecho revivir cómo contábamos las aventis; y a Ferran Rodríguez de Can Lluís, que me alimenta con su cordialidad, su buen humor de chistes malos y me contó la historia de la bomba y el tiroteo en su local; y a Agustí Rosa, a Anna Rosa y a Pep Cabot de Ca l'Agustí, ese restaurante, de los mejores de Barcelona, que fue fundado quince días antes de que estallara la revolución en la ciudad; y al excelente autor de novela negra Petros Márkaris, que me orientó en mi paseo por la Atenas de los años cuarenta.

Y a los amigos amiguísimos Jaume Casas y Miquel Ferreres, y Paco Camarasa y Montse Clavé, de la librería Negra y Criminal; que leyeron la primera parte de la novela y aun así continuaron siendo amigos amiguísimos; y a Vicente Carballido y Maria Rempel, que eran editores y se ofrecieron los primeros para editarme; y al amigo y ahijado Dani Nel·lo, que marcó el recorrido exigiéndome que fuese una novela policiaca pero no una novela histórica (no sé si he sabido complacerle).

Y a Vicent Pons, secretario eficiente y abnegado, que puso orden en el caos, y a la misteriosa secretaria Vesela Rumenova, que un día desapareció sin dejar rastro.

Y, claro está, a Rosa M.ª, mi esposa, y a Clara, mi hija, que me dan la estabilidad, la calidez y la confianza necesarias para escribir y escribir y escribir cada día.

Y más, ya digo, muchos más, que es imperdonable que ahora olvide, y a quienes, además de deberles las gracias, tengo que pedirles perdón por la omisión.

Todos tenéis que saber que necesitaba escribir este libro y que, gracias a vosotros, ha sido posible.

No os podéis imaginar el inmenso favor que me habéis hecho.

Gracias.